Antonio Soler

Apóstoles y asesinos

Apóstoles y asesinos narra la vida del Noi del Sucre y el auge del anarquismo en la Barcelona de las dos primeras décadas del siglo XX. Basada en una rigurosa documentación histórica, la maestría novelística de Antonio Soler consigue revivir la violencia que se adueña de las calles de una Barcelona con grandes desigualdades sociales, que vive la Semana Trágica, la Primera Guerra Mundial y los momentos previos a la dictadura de Primo de Rivera entre las bombas de los anarquistas y las venganzas tanto de las estructuras del Estado y del Ejército como de las organizaciones de empresarios y los partidos conservadores.

Un Lluís Companys joven y soñador y Francesc Layret, su mentor, comparten protagonismo con el Noi del Sucre. Juntos formarán una trinidad trágica y al mismo tiempo luminosa. Por las páginas del libro vemos transitar una serie de personajes —Ángel Pestaña, Indalecio Prieto, Eugeni d'Ors o Largo Caballero— que muy pronto serán claves en la vida española. Es el tiempo en el que la Revolución Rusa parece que transformará el mundo, el tiempo en el que se gesta el nacimiento de Esquerra Republicana y en el que aparecen los antecedentes inmediatos de la Guerra Civil.

El resultado es una obra maestra donde el terror se siembra desde todos los bandos y donde las voces que predican el pacto y la no violencia parecen condenadas al fracaso.

Antonio Soler

Apóstoles y asesinos

Vida, fulgor y muerte del Noi del Sucre

ePub r1.0
Titivillus 01.07.17

Título original: *Apóstoles y asesinos*
Antonio Soler, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Parte de este libro se escribió durante
el periodo en el que su autor fue *Escritor en Residencia*
en Dickinson College (Pensilvania).

Sabemos que aquella mañana de marzo amaneció cargada de bruma y fue fría. Y que, probablemente, cuando Salvador Seguí se despertó las nubes ya habían desaparecido. El sol relucía en los cristales de su ventana y sacaba unos brillos parecidos a los de un caleidoscopio. Un arcoíris barato.

Es posible que fuese eso lo que pensara. Nada más que eso. Un arcoíris barato. Se lo dijo a Teresita, que fregaba algo en la cocina. Y se rió. Añadió algo más sobre el sol, la justicia y los cristales, pero, con el ruido del agua, Teresita no supo bien lo que decía. Ella seguía abismada en la inquietud de la noche.

Aún estuvo unos minutos en la cama. Se había dormido poco después del amanecer, cuando ya podía ver claramente el perfil del armario recortado contra la pared blanca. Su imagen, tumbado boca arriba, debió de ser poco más que un borrón en el espejo de la cómoda, dibujándose allí turbiamente, ganando nitidez a medida que pasaba la noche y una claridad dudosa asomaba por la ventana. Estaba fatigado después de las horas de insomnio. Teresa había sentido cómo se levantaba sigilosamente en medio de la madrugada y se quedaba un rato en el comedor. El olor del tabaco flotando hasta el dormitorio. Luego volvió con el mismo sigilo.

La manta y las sábanas habían tenido a ratos una textura fangosa. Se había estado removiendo en el limo de un pantano y el calor de Teresita a su lado, con el vientre hinchado por el embarazo, más que consuelo, le llegó a parecer una amenaza. Le inspiró miedo, debilidad. Él creía que ella dormía, y a ratos, ella pensaba lo mismo.

Unas horas después, al ver la cara de su asesino y la pistola que le apuntaba a la cara, esas sensaciones tal vez renacieran en su cabeza, distorsionadas, intensas, alocadas. Quizás tuvo la impresión de haber vivido antes ese momento, de estar viviéndolo continuamente, con tanto detalle que parecía que se estaba cumpliendo el argumento inverosímil de un sueño. O simplemente tuvo miedo, el espanto último y definitivo.

En cualquier caso, esa mañana se levantó fingiendo encontrarse bien, de buen humor. Eran ya las doce, Teresita lo recordaría muchos años después. Ella no fingió nada. Trató de hablarle del sobresalto que habían tenido la noche anterior y le pidió que no saliera de casa, que le mandaran protección del sindicato. Seguí se mostró cariñoso, bromeó. Por complacerla se quedó a comer en casa y estuvo allí hasta avanzada la tarde. Era sábado.

Su amigo Perones pasó a recogerlo poco antes de las seis. Seguí debía ir al bar Tostadero para cobrar un trabajo que esa semana él y su cuadrilla le habían hecho a Lluís Companys, pintándole un piso de su propiedad en Sants. Luego irían a ver a Pere Foix, que debía darles noticias sobre el posible golpe de los militares. Teresa le desaconsejó salir. Le pidió ayuda a Perones. «Que me haga caso, al menos una vez, díselo tú». Perones se encogió de hombros, impotente. Seguí le respondió a Teresa con un guiño y una sonrisa. La última.

Lo vio calarse la gorra y mirarse de reojo en el espejo del perchero. Desde la cocina oyó la puerta que se cerraba y la voz de Seguí hablando con Perones,

alejándose por el hueco de la escalera. Teresita siempre lo llamó por el apellido. Nunca por su nombre de pila y menos aún por el apodo con el que todos lo conocían. El Noi del Sucre, o, simplemente, el Noi.

Las calles estaban llenas de gente y a pesar del frío se notaba cómo un soplo de primavera iba de un lado a otro. Los viandantes, cansados del largo invierno, parecían deseosos de contagiarse de ese aire de levedad. Los bares estaban llenos, salían mujeres de las tiendas y algún endomingado prematuro, con caña y cuello duro, se dirigía a los garitos de juego de Conde del Asalto.

Los dos amigos habían tomado un tranvía, luego siguieron a pie. Seguí hizo el recado en el bar Tostadero y luego caminaron hasta la calle de la Cadena. Cuando estaban muy cerca de la de San Rafael, Perones quiso entrar en un estanco para comprar tabaco. Seguí le dijo que lo esperaba en la puerta, y allí se quedó disfrutando del bullicio y de la luz penúltima de la tarde. Siempre había sido un hombre vitalista, amante de la gente, el ruido, la risa. Sanguíneo y enérgico. Así lo recordaron siempre quienes lo habían conocido, cada cual rememorando un gesto insólito del Noi del Sucre o echando mano de una anécdota una y otra vez repetida, multiplicada, la mitad de las veces inventada. Él, poco dado a la nostalgia y enemigo declarado de la melancolía, sólo ocasionalmente miraba atrás.

Alguna vez confesó que su primer recuerdo era un campo amarillo, probablemente un trigal en la llanura de Lérida. Una mancha dorada que, según la deformación de su recuerdo, se extendía hasta más allá de donde podía alcanzar la vista. Eso era lo primero que había dibujado en su memoria, una pradera amarilla y un calor seco palpitando, como si bajo el campo se escondiera un pulmón de fuego. Después estaban las imágenes de Barcelona, los vendedores de las Ramblas donde a espaldas de su padre ganó sus primeras monedas con poco más de siete años. El recuerdo sombrío —unos mapas y unos tarros de formol en los que flotaban monstruos— de un colegio del que desertó para siempre antes de cumplir los once años. Y la rebeldía. El pulso de la vida corriendo por las callejuelas y los descampados hasta desembocar en las noches interminables del café Español.

Perones, pequeño y con las orejas despegadas del cráneo, salió cabizbajo del estanco, desenvolviendo el papel de fumar. Una camioneta se había estacionado ocupando parte de la acera y Seguí había avanzado hasta el cruce de las calles de la Cadena y San Rafael. Esperaba a su amigo casi en medio de la calzada de adoquines cuando la marea de gente tuvo una sacudida, un movimiento raro. Un niño, surgido de ninguna parte, corrió agitando los brazos, dos mujeres se apartaron precipitadamente de su lado y el Noi del Sucre se giró sobre sí mismo.

En ese momento es de suponer que no acudirían a su mente el campo tintado de amarillo ni tampoco la atmósfera turbia del café Español. Si hubo alguna sensación aparte de la mera reacción por la supervivencia, seguramente estaría relacionada con aquella que lo había envuelto a lo largo de la madrugada. Y, probablemente, una confirmación.

Eso es lo que en última instancia debió de cruzar por su cabeza en aquel instante sin tiempo. Una vulgar confirmación. Sencilla y trascendente.

Después, o tal vez al mismo tiempo, también Seguí hundió su mano en el bolsillo de la chaqueta, tocó el cañón de la *browning*. Consiguió incluso sacarla del bolsillo, así lo atestiguaron algunos de los presentes y así lo confirmó la policía al recoger el arma del suelo minutos después. Pero ya se oían los primeros disparos. Alguien, a su espalda, disparaba al aire, quizás también sobre Perones. Llegaban gritos desde algún lugar lejano, la gente se movía en un tiovivo con el eje roto, los edificios se convertían en el telón de un teatro que se levantaba hacia el cielo y el Noi del Sucre caía muerto sobre los adoquines con los ojos entornados y cara de borracho.

Els Fills de Puta

Seguí siempre fue una tormenta. Lo fue desde el principio, cuando apenas era un adolescente y pertenecía a un grupo anarquista llamado Els Fills de Puta. Así lo recordaba Juan García Oliver, compañero y al mismo tiempo enemigo del Noi del Sucre. En sus memorias, el anarquista de Los Solidarios que llegaría a ministro, describió a Seguí como un radical que fue marchitándose con el tiempo, un contemporizador que se olvidó de sus raíces.

El camino para llegar a encabezar el pequeño grupo de Els Fills de Puta no resultó demasiado largo ni complicado para Salvador Seguí. Era hijo de una familia campesina de Lérida que se había trasladado a Barcelona cuando el niño tenía poco más de un año. Atraídos por el fragor industrial y la promesa de sumarse, aunque fuera mínimamente, a la ola de progreso que experimentaba la gran ciudad. Barcelona, además, estaba convulsionada en esos momentos por la Exposición Universal que acababa de inaugurar el alcalde Rius i Taulet. Todo mentira. Una ilusión.

El niño Seguí, hijo único, acompañó a sus padres de cuchitril en cuchitril, cansado desde que tuvo uso de razón de oír las protestas del padre, una puntillosa e incesante enumeración de desengaños y agravios. Hasta que él mismo, poco después de cumplir los once años, decidió emprender su propia carrera laboral para ser dueño de su vida.

Mal trabajador, Salvador elige un oficio que requiere demasiada disciplina y un horario penoso. Empieza a trabajar como aprendiz en la panadería donde está contratado su padre. Se distrae. Hace monigotes con la levadura, fantasmea y está más atento a las conversaciones de los operarios que a la cocción del pan o al acarreo de los sacos de harina. Muchos días, a media mañana, desaparece. Nadie sabe dónde se ha metido.

Ese niño de ojos enormes y boca grande anda por los desmontes, se junta con chicos del Pueblo Seco. Merodea por las tapias de Montjuich. Él y sus amigos fantasean sobre la clase de torturas que habrán recibido allí los anarquistas acusados de lanzar una bomba al paso de la procesión del Corpus Christi. Discuten sobre el lugar exacto donde cinco de ellos han sido fusilados unos meses atrás. Rastrean las tapias buscando vainas de balas, identifican hipotéticos grumos de sangre seca. Seguí tiene una expresión bovina, atolondrada, pero se va convirtiendo en el jefe de aquella banda de mocosos, todos mayores que él.

En esa época su padre cae enfermo, probablemente de tifus, y Seguí, espoleado por el desafío y la necesidad, se aplica en el trabajo. Le atormenta la idea de que su madre pueda sufrir aún más miserias. A partir de entonces el pequeño Salvadoret es el primero en llegar a la puerta de la tahona en mitad de la madrugada. Golpea la acera con sus alpargatas para quitarse el frío mientras aguarda la llegada de sus jefes y compañeros. Lleva a su casa el jornal puntualmente y apenas descuenta unos

céntimos para tabaco. También se hace adicto a otro veneno. Empieza a comprar libros.

En la panadería, un joven que ya conoce las celdas de la Modelo y los métodos de la Brigada Social, recién creada para perseguir a la turba anarquista, le presta algunos libros manoseados. Novelas y también fórmulas revolucionarias para cambiar el mundo. Algunos nombres, todavía impronunciables, empiezan a serle familiares. Kropotkin, Spooner, Max Stirner, Proudhon.

Pasan meses. El padre de Seguí se restablece y el niño considera la salud de su progenitor como una señal de relevo en el trabajo. De nuevo empiezan sus ausencias en la panadería y sus despistes, hasta que el propietario lo da por imposible y lo despide.

Vaguea. Inventa, sueña, habla. Conoce a toda la gente del barrio, se mueve Paralelo arriba y abajo, husmea por el Raval, charla con obreros, bromea con unos y con otros. Se comporta como un hombre que ya lo supiera todo de la vida, es decir, como un niño. Lo contratan en un cafetín de mala muerte para limpiar el local y, cuando el dueño anda apurado, servir café y licores. Hay quien atribuye a esa época su apodo, pues aseguran que no para de meter la mano en el recipiente donde están los terrones de azúcar. Otros dirán que el sobrenombre se lo adjudicó poco tiempo después Jaume Bisbe cuando vio a aquel mocoso exaltado en una reunión de anarquistas y le dijo: «Qué sabrás tú, chiquillo. Si pareces un noi de sucre». A saber.

En cualquier caso, el Noi dura poco tiempo detrás del mostrador. Se relaciona entonces con unos amigos que trabajan en el ramo de la construcción y decide que el oficio de pintor de brocha gorda tiene más ventajas que el de panadero o que el de mozo de bar, pues aunque este último le ofrece la oportunidad de charlar con gente muy variada, lo obliga a estar siempre atento a los caprichos de la clientela, como un criado. De modo que se enrola como aprendiz en una cuadrilla de pintores y va de obra en obra, de casa en casa, por toda la ciudad. Es feliz.

Tiene trece años y es un joven precoz. Ha desarrollado un cuerpo grande, tiene la voz grave, los labios carnosos y los ojos ahuevados, pero resulta atractivo para las chicas del barrio. Sonríe con facilidad y también con bastante facilidad le aflora la ira. Cuando puede, busca excusas para no trabajar con la cuadrilla y se pasa las horas tumbado en la cama, leyendo. Va de un libro a otro, sediento, pero pronto encuentra su biblia y su profeta indiscutible.

Así habló Zaratustra. Friedrich Nietzsche. En una de las paredes entre las que está encajonada su cama ha clavado un retrato en el que aparece el filósofo de perfil, con su gran bigote de morsa, la cabeza apoyada en una mano y la mirada horadando el universo. La madre del Noi niega con la cabeza viendo a aquel individuo con cara de loco en el lugar donde antes se encontraba la estampa, siempre falta de devoción, de un san Judas con su manto verde desvaído. «Salvadoret, Salvadoret», murmura

doña Dolors, poco convencida por el cambio de amuleto.

Nietzsche es el apóstol de la destrucción y la regeneración radical. El héroe inagotable que el Noi necesitaba. Alguien que había venido al mundo para zarandearlo y acabar con todo lo caduco y lo podrido. El joven Seguí admira de un modo tan desaforado al escritor alemán que no puede evitar un rencor profundo cuando lee alguna de sus frases memorables. Le parece un crimen que los suyos, los humildes, los desheredados, no estén educados para apreciar la obra del genio. Que no puedan elevarse del suelo miserable que pisan y estén destinados a permanecer embrutecidos por los patrones, por todos aquellos a los que les interesa que los obreros no sean más que ganado de carga a su servicio.

El Noi adolescente bizquea al discutir, levanta el dedo como un mesías, alza la barbilla. Empieza a frecuentar algunas tertulias. Sale de ellas insatisfecho. Siempre espera más. Va de un lado a otro con su biblia. Aprende fragmentos de memoria. «Yo no doy limosnas. No soy lo suficientemente pobre para ello».

Predica. Le lee trozos del libro a su madre, le espeta frases a su padre como si fueran un desafío, una provocación. Lo mismo hace con sus amigos, con los compañeros de brocha y espíritu gordos que por el momento lo toman a broma. Y también le transmite el nuevo evangelio a una vecina, algo tartamuda y rubia. Es dos años mayor que él, pero al caer la tarde la chica lo escucha, no se sabe si arrobada o irónica, en el palomar del edificio donde viven, entre besos. «Que vuestra virtud sea vuestro yo mismo y no una cosa extraña, una piel, un encubrimiento», le susurra al oído empeñado en subirle las faldas.

«Yo amo a los valientes, pero no es bastante con ser un espadachín. ¡Hay que saber también contra quién se es espadachín!». Salvador Seguí ya hace tiempo que ha encontrado a su rival. Sabe perfectamente contra quién volcar todo su valor, su energía. Su propia vida. El enemigo está ahí. Justo enfrente, paseando por el otro lado de la acera, compartiendo el mismo oxígeno que él. Los patronos, la burguesía, los facinerosos que de madrugada se pasean en coche de caballos con fulanas y al día siguiente entran y salen del Liceo con sombrero de copa y llevando del brazo a sus señoras enjoyadas.

El de entonces es el Seguí más incendiario. El adolescente, el jacobino. Da golpes en las mesas, señala con ira de profeta al techo, a la gente anónima que pasa tranquilamente al otro lado de la vidriera del tugurio de turno. Amenaza al mundo, sublevar es el verbo que más conjuga. Y entre radicalismos y profecías acaba por encontrar a unos cuantos elementos de su mismo pelaje. Forman un grupo, supuestamente de acción. Se bautizan: Els Fills de Puta.

El nombre es en sí mismo una declaración de principios. Se reúnen en una tasca pringosa de la calle Arco del Teatro, entre el Paralelo y las Ramblas. Traman, pronostican catástrofes, especulan, fuman, ebrios de ideas. Beben un líquido negro al que presuntuosamente llaman café y comen churros fritos con sebo. Hablan con fervor de Paulino Pallás, el asesino fallido del gobernador militar que a pesar de todo

se llevó a doce soldados por delante en su atentado, o de Santiago Salvador, el apacible anarquista padre de dos niñitas que lanzó la bomba del Liceo y que, como Pallás, fue ejecutado después de recibir terribles torturas. Mártires, filósofos, visionarios. El altar se va llenando de gente dispareja.

Seguí y sus amigos están dispuestos a coger el testigo. Quieren, por encima de todo, ser terribles. Se sienten carne de revolución y dan por supuesto que ha llegado la hora suprema de la Justicia. Les asquea la palabra prudencia. «Siento ganas de vomitar, siento la náusea social de los cobardes, ese pescado podrido queriendo salir por mi boca, esa repugnancia que llaman prudencia», escribe Seguí en uno de aquellos acaloramientos.

Critican a los anarquistas moderados. Los llaman despectivamente «los cristianos». Los obreros resignados con su suerte son «los borregos», «los maniquíes». El Noi del Sucre despotrica contra los blandos que prefieren los dogmas de Tolstói a los de Nietzsche.

El anarcosindicalismo es todavía una materia de futuro. En esa Barcelona de obreros acosados nadie parece saber aún que la anarquía puede asociarse con un movimiento organizado, reivindicativo y eficaz —el sindicalismo— aunque menos llamativo y virulento que el anarquismo puro al que aspiran Seguí y los suyos. Un anarquismo regenerado, porque en ese momento, después de una época de ebullición y descontrol, los viejos anarquistas están adormilados, en estado latente. Así que pequeños grupos al estilo de Els Fills de Puta se erigen en los profetas de una confusa mística. Están profundamente enamorados de la intolerancia.

Son las vísperas de un tiempo nuevo. Se encuentran en el recodo último de una galería subterránea en la que ya se perciben los sonidos de la superficie. Pronto verán una tronera de luz. Y la luz vendrá tintada de sangre.

Seguí recibe en esa época el alto honor de ser detenido por primera vez. Su intervención en una huelga de metalúrgicos al lado de un piquete muy activo le acarrea la primera estancia en un calabozo. Son apenas unas horas de arresto, pero el Noi del Sucre sale de aquel cubil reforzado en sus creencias, engrandecido.

Tiene quince años y ya empieza a considerarse a sí mismo un veterano de la lucha obrera. Els Fills de Puta comienza a quedársele pequeño. Por deseo del propio Seguí han mudado ya el nombre por el de Els Fills Sense Nom. Pero el detalle no es suficiente. No tarda mucho en darse cuenta de que algunos de sus compañeros apenas van más allá de ser unos alborotadores ególatras, gamberros con vocación de trascendencia. Él conoce otros mundos.

Desde meses atrás frecuenta el Centro de Estudios Sociales. El Noi del Sucre, que ya tiene fama de incontenible parlanchín, se modera en aquel ambiente más adulto y maduro. Observa, escucha. Sus ojos grandes y oscuros se detienen en un personaje y en otro. Hay quien dice que calibra la dureza de la piel de cada uno, que les busca los

puntos débiles.

El Centro se encuentra en la sede de una agrupación de obreros metalúrgicos y allí los aprendices de superhombres y los exaltados de pacotilla dejan paso a problemas reales y estrategias inmediatas. Hay lerrouxistas en el Centro pero la mayoría, y quienes lo controlan, son hijos del anarquismo. Algunos, descreídos de la eficacia de las huelgas y de los movimientos colectivos, han practicado la acción individual violenta. Y no descartan volver a ella. El Noi los sondea, se interesa por sus ideas y sus tácticas. Va dejando aflorar su personalidad incontenible. Es cálido, cordial. Se gana la confianza de los veteranos. Va a las casas de unos y de otros, conoce a sus mujeres y a sus hijos, come con ellos. Él también se siente parte de aquella familia enorme y atrabiliaria. Aprende de la fortaleza de aquellos hermanos, de sus desfallecimientos y de sus dudas. Toma nota de todo, casi siempre sonriente, expansivo.

Pero la amargura es el telón de fondo. Siempre hay lugar para ella. Y para la traición. Es justamente en el Centro de Estudios Sociales donde Seguí entabla una cierta amistad con Joan Rull i Queraltó, un muchacho unos años mayor que él y que muy pronto va a cobrar una funesta celebridad. Además, Rull protagonizará al cabo de poco tiempo un suceso que el Noi del Sucre va a considerar como uno de los momentos más dolorosos de su vida. La única acción de la que se arrepentirá desde el mismo instante en que se produjo hasta el día en que, muchos años después, sería asesinado en el cruce de las calles de la Cadena y San Rafael.

Pero eso todavía forma parte del futuro. Las traviesas que llevan hasta ese punto las va colocando Seguí con entusiasmo juvenil y asombrosa determinación. Una determinación que, a pesar de su firmeza, durante un corto espacio de tiempo se tambalea y lo lleva a admirar el discurso directo y corrosivo de los partidarios de Lerroux y su republicanismo de opereta. El hecho de que el movimiento anarquista esté sumido en un periodo de baja intensidad desanima al impaciente Seguí, y cuando el rey Alfonso XIII, poco después de acceder al trono, se dispone a hacer una visita a Barcelona, el Noi del Sucre vive aquellas jornadas al lado de los furibundos lerrouxistas. Descartan la violencia pero de ningún modo quieren que la visita del rey pase sin pena ni gloria.

Siguiendo instrucciones del propio Alejandro Lerroux, las calles de Barcelona se convierten en una estrafalaria corte de los milagros. El líder republicano hace un llamamiento para que todos los mendigos y lisiados de la ciudad se vistan con sus ropas más miserables y se echen a la calle para recibir al rey. «Si ellos engalanan las calles, nosotros haremos lo mismo, cada cual con su oropel». Lerroux quiere que coloquen frente al rey el espejo del país, su miseria. Los menesterosos tienen instrucciones de aproximarse al monarca todo lo que los guardias permitan y desde cerca «observen cómo el monstruo de la historia tiene cara de niño y ojos interrogadores».

Así ocurre. Lisiados, mendigos, ciegos y vagabundos vestidos con andrajos llenan

las calles céntricas de Barcelona en una especie de carnaval mugriento. Salvador Seguí, asombrado por lo estrafalario de la ocurrencia, ríe. Va con un grupo de amigos de un garito a otro espoleando a los tibios, aunque en medio de la agitación no puede evitar una sensación incómoda, un pudor vergonzante por la exhibición de aquel cúmulo de andrajos, muletas, piernas torcidas, ojos vacíos y muecas grotescas.

En un cruce de las Ramblas se topa con uno de sus antiguos compañeros de Els Fills Sense Nom. El viejo conocido va ataviado con una especie de sayón roto y lleva la cara tiznada, simulando cicatrices y llagas. Seguí, ante la sorpresa, suelta una carcajada. Después de varios tragos a una botella que lleva el falso mendigo y de cruzar unas frases cómicas, se separan. El Noi ve alejarse al antiguo amigo mientras sus compañeros lo invitan a proseguir la ronda carnavalesca. Pero Seguí niega con la cabeza, abandona la comparsa. Se pierde solo por las calles adyacentes, vacías. Detrás de los cristales de las ventanas, detrás de los muros, sigue la vida humillada y silenciosa de los débiles. Allí, al margen del carnaval, están los explotados de verdad, los niños enfermos, las mujeres sin recursos y acosadas por la miseria.

La jornada le deja un regusto amargo. A la risa y la complicidad con los lerrouxistas le sucede un intenso desprecio. Seguí se avergüenza de sí mismo. Ve claro que aquella charada y las palabras altisonantes de Lerroux, ya definitivamente bautizado como el Emperador del Paralelo, tienen poco que ver con la emancipación de la clase obrera y mucho con el encumbramiento del propio Lerroux.

Apenas dos o tres días después del despliegue de pordioseros, tiene un mal encuentro en el Centro de Estudios Sociales con un partidario de Lerroux. El lerrouxista habla de quimeras con la soltura de un vocinglero y se engola imitando al líder republicano. El Noi ve cómo se derrama leche fresca por el suelo, delante de niños hambrientos. Ésa es la sensación que según dijo tiempo después tuvo mientras oía al exaltado parlanchín. Lo mira con una sonrisa de desprecio y le dice a la cara que más que un activista obrero «Pareces un figurín. Un charlatán vendiendo hierbas milagrosas. Eso es lo que eres tú. Un lechuguino, un timador». Llegan a las manos.

Después de la pelea, Seguí, con la boca ensangrentada y un diente bailándole, continúa sonriendo, al otro se lo llevan entre dos correligionarios a la casa de socorro. Se ha terminado su corto romance con el lerrouxismo. El Noi de aquella época no conoce los puntos intermedios y declara a los partidarios de Lerroux sus enemigos irreconciliables.

Definitivamente, los anarquistas son quienes están más cerca de su corazón y también de su cabeza. Pero tienen que encontrar una fórmula para ganar la confianza de la sociedad y hacerse cómplices de los trabajadores, que no deben ver en ellos a los representantes de un imposible sino un grupo organizado y decidido a alcanzar conquistas concretas. Justicia, pan, dignidad. Trabajo, salarios, derechos.

Sin embargo, a esas alturas ya ni siquiera los anarquistas amantes de la acción directa tienen ánimos para actuar, y cuando poco tiempo después se inicie una nueva campaña terrorista y por toda Barcelona aparezcan artefactos explosivos sembrados

casi al azar, el impetuoso Noi del Sucre ya habrá evolucionado. Entonces ya no será partidario de la violencia y verá en ella más un peligro para la clase obrera que un método de presión.

Su búsqueda no es vana. Tiene los ojos abiertos, los meandros de su mente empiezan a encontrar cauces más serenos y menos tumultuosos. Además, muy pronto el azar pone en su camino varias personas que van a resultar determinantes en su vida.

Lluís Companys, el Pajarito

Era delgado, piel sobre huesos. Ágil. Al andar parecía que estuviera ejecutando un baile delicado. Le llamaban el Pajarito. Pertenecía a una familia de campesinos ricos de Lérida. El padre era un terrateniente ilustrado, de ideas liberales. La madre, bastante menos liberal, contaba, sin embargo, con una fortuna mayor que la de su marido. Ambos estuvieron de acuerdo en enviar a su hijo Lluís a estudiar el bachillerato en Barcelona. Decidieron que el mejor lugar sería el Instituto Politécnico.

A Lluís no le pesó su origen campesino. El hijo de la familia Companys i Jover pronto se ganó la complicidad de sus compañeros barceloneses. Era desenvuelto, generoso. Muy hábil en los juegos, valiente y decidido en los enfrentamientos con los que algunos quisieron medir al recién llegado. Sin embargo, a pesar de su inmediata popularidad, fue a hacerse amigo de un chico algo especial, cetrino y reservado, con ojos de santo. «Se llama Francesc Layret y es un lisiado que se comporta como si fuera un hércules, miren ustedes qué cosa», informó a los padres de Lluís un conserje del Instituto que a todas horas veía juntos a los dos muchachos.

Aquel conserje no supo nunca hasta qué punto había acertado comparando a Layret con Hércules. Y tampoco he encontrado forma de saber si los padres de Companys llegaron a conocer la fuerza que el voluntarioso inválido inyectó en su entonces volátil hijo. Layret le traspasaba parte de su profundidad a Companys. Por su lado, Companys administraba a Layret transfusiones de alegría, de espontaneidad. Puede que el nexo definitivo fuese el particular sentido del humor de cada uno. El de Layret era cáustico, afilado, quevediano. El de Companys claro, ingenioso, efervescente.

Layret se indignaba cuando alguno de sus compañeros dejaba de jugar en el patio e iba a sentarse a su lado en un gesto piadoso. Más de uno lo miró como a un monstruo al oírlo decir: «¿Vienes a ganarte el cielo haciendo caridad con el paralítico? Pues ya te puedes ir. La caridad está hecha, san Pedro ha tomado nota».

Lo llamaban el Políglota, pero procuraban hablar con él lo menos posible.

Companys se sentó a su lado y le preguntó qué le había pasado en las piernas. Empezó a hablarle sin preámbulos de lo que pensaba de algunos profesores, del director, de otros compañeros. Como si Layret fuese su confidente. Y, más allá de las primeras reticencias de éste, lo fue, para siempre, hasta el día que lo asesinaron. Estudiaron Derecho juntos. Layret con notas sobresalientes, Companys sin demasiada brillantez. Uno iba ganando en conocimientos de historia, filosofía, política. Al otro un amplio historial de gamberradas le despintaba el expediente académico. Las noches se le iban en juergas. Tenía un continuo lío de faldas. Era un artista del naipe. Un señorito calavera.

Para Layret, Companys siempre fue el hombre de acción, la calle, la vida, la otra verdad. Para Companys, Layret era la verdad. Rotunda, desnuda. Luminosa.

Layret aprovechaba los veranos para ampliar estudios. Aprendía idiomas y, sin

diferenciar los meses de vacaciones de los invernales, pasaba las tardes enclaustrado en la biblioteca del Ateneo. Companys dedicaba las vacaciones a escribir novelones románticos. Pergeñaba asuntos rocambolescos y llenos de dramatismo. Se trataba de una especie de catarsis sentimental que lo llevaba a emborronar bajo los olmos de la casa familiar de Lérida montones de páginas por las que aparecía un acartonado elenco de doncellas atrapadas por la lujuria después de haber padecido amores desgraciados y explotadores sociales que morían a manos de campesinos justicieros.

A pesar de ese tumulto interior, o quizás a causa de él, Lluís disponía de una sonrisa fácil. Un poco conejil, rápida. De hecho, tenía la sonrisa tan a mano que parecía que siempre estuviera dispuesto a embaucar al primero que se le acercase. Al revés. Todos decían en aquel tiempo que tenía los ojos limpios. Era transparente.

Usaba ropa mala, siempre lo hizo. Confiaba en su elegancia natural. La coquetería la cargaba únicamente en un pañuelo blanco que desde su primera juventud y por siempre jamás colgó del bolsillo superior de su chaqueta. Convirtió aquel pañuelo en un símbolo, en una seña de identidad. Flojo, de seda, no asomando del bolsillo a modo de cresta de gallo sino derramándose casi por completo, pavoneándose en su desmayo, haciendo equilibrios sobre su americana y flotando sobre ella como un gas pesado o una flor exótica. Aquel pañuelo primero fue un reflejo de la personalidad de Companys, y luego, pasados los años, un recuerdo de las voluptuosidades y los caprichos que llenaron sus años juveniles, entre la universidad, los amigos y sus primeros escarceos políticos.

«¿Quién es ese muchacho tan espabilado?», preguntó una noche Lerroux al ver a Companys fulgurando como polemista después de un mitin estudiantil.

El hombre al que Lerroux había interrogado se encogió de hombros sin saber quién era ese muchacho desenvuelto que no paraba de hablar. Un compañero que estaba a su lado le comunicó al líder republicano que se trataba de un alumno de Derecho al que llamaban el Pajarito.

Lerroux asintió, moviendo la cabeza y sin apartar su mirada vidriosa, de zorro disecado, de Companys.

«Pues ese pajarito volará muy alto», susurró para sí mismo, no se sabe si admirado o contrariado, el Emperador del Paralelo.

Por lo pronto, Companys, una vez acabados los estudios de Derecho, empieza a volar casi a ras del suelo y tropezando con casi todo lo que encuentra a su paso, muebles familiares incluidos.

El siglo XX da sus primeros y equívocos pasos y el joven Companys, guiado por los preceptos de la familia, comienza a trabajar como pasante en el bufete de su tío Sebastián. Pero aquel despacho con aire de funeraria de lujo produce asfixia al burbujeante Lluís. A pesar de ello, se queda allí hasta altas horas de la madrugada estudiando no los casos en sí, sino las argucias que usa la gente principal de

Barcelona para solventar sus negocios y sus batallas judiciales.

«Ese sitio donde trabajo no es un bufete de abogacía sino un hipódromo donde se saltan obstáculos legales. Y con qué elegancia», le cuenta a Layret.

«¿Los derriban? Los obstáculos, digo. ¿Los derriban?», pregunta el inválido.

«No. Nada. Todo es limpio».

Layret asiente, desaprobando. Cuestiona:

«Limpio según las normas del hipódromo».

«Exacto. Eso es. Según las normas impuestas por los dueños del hipódromo nacional».

Por las mañanas, Companys fija su atención en las manos regordetas, lavadas con agua hirviendo, de un cliente, u observa el charol que otro amigo de su tío calza, brillante como si nunca hubiera pisado la calle. Contempla el engolamiento y la severidad implacable de aquella gente. Se ensimisma. Rumia. No es ésa la clase de vida con la que él y Layret han soñado.

Sólo resiste unos meses. Al cabo de ese tiempo le cede el puesto de trabajo a su hermano Camilo. Se independiza. Abre su propio despacho y empieza a trabajar a su modo. Aquello no es una derivación del bufete de su tío ni por allí pasa uno solo de sus clientes. Ni siquiera los parientes menos afortunados de éstos. Se trata justamente de la otra cara de la moneda.

Desahuciados, pobres, gente sin esperanza se amontona en la pequeña sala de espera para que aquel don Lluís con fama de perspicaz estudie su caso. No pueden evitar un asomo de recelo al mirar a ese muchacho con aire desenfadado que insiste en recitar a cada cual sus derechos. Lo hace allí, en su despacho, y también en la cárcel, adonde acude casi a diario para entrevistarse con sus representados.

«Carne de cañón, señorito», le suelta sardónico en cada visita un funcionario con ojos desiguales y labios chupados y azulencos.

Más de una vez se enfrenta con policías y carceleros demasiado escrupulosos o demasiado rigurosos. Pronto, sus clientes descubren que la actitud de ese joven no se reduce al sarampión rebelde de un muchachito burgués. El abogado Companys parece que quiera cambiar el mundo y hacerle la guerra a los de su propia casta. Así que obreros represaliados, militantes y trabajadores perseguidos por su filiación política o sindical empiezan a convertirse en su principal clientela.

La intención del Pajarito es magnífica, los resultados aceptables, el negocio funesto. Unos clientes no pagan nunca y otros lo hacen tarde. Eso no le borra la sonrisa a Companys. El desafío que se ha impuesto es largo.

Pero no sólo intenta reparar injusticias con la toga. La política, además de una herramienta para mover el mundo, se le va convirtiendo en una pasión. Está afiliado a las juventudes de Unión Republicana, la gran coalición que aboga por el advenimiento de la República y donde militan el sagrado Salmerón y los veteranos Eusebi Corominas, espigado como un don Quijote del Empordà, y el colmillo retorcido de Alejandro Lerroux. De momento, Companys convive con ellos. A los

primeros los admira, al tercero lo tolera.

Y aún hay más. En el poco tiempo que le queda libre escribe. Pero ya no imagina historias rocambolescas de señoritos y prostitutas redimidas. Lo de ahora son artículos. Compromiso social y político. Funda un pequeño periódico con nombre y contenido drásticos. *La Barricada*. Pronto la barricada cae por inanición. Publica entonces artículos en *La Aurora* y en algunos otros periódicos de corte progresista. Gana así un poco de dinero que la abogacía, gracias a la interpretación que viene haciendo del oficio, no le da.

El Pajarito va haciendo honor a su apodo. Cada día que pasa es más ligero y delgado. Casi famélico. Vende algunas propiedades que había heredado. Apenas duerme. Dedica las noches a trabajos que lo llenan de satisfacción personal pero que apenas le reportan dinero. Las noches que no trabaja insiste en el merodeo del género femenino. Cada vez va siendo más acertada la respuesta que da un viejo amigo cuando le preguntan de qué vive Companys: «¿Companys? Companys vive de arruinarse. Companys vive de no vivir. Su riqueza está en su empobrecimiento».

Justamente. No se podría decir mejor. Grandeza y pobreza.

A veces, cuando está con Layret, se ríe de su situación. Su amigo de adolescencia y universidad lo observa con sus ojos oscuros, entre vacunos y melancólicos, y le propone que trabaje como faquir en un circo ambulante:

«Ya tienes anatomía y andamiaje para ese negocio».

Companys afirma con la cabeza. Fuma, mira silencioso la alfombra y susurra, «Faquir, sí», pero de inmediato alza la voz y espeta a Layret:

«¿Sabes la última del señor Lerroux? El viejo juega a tres y cuatro manos y un día, después de levantarles las faldas a todas las monjas de España, se irá a abrazar con la derecha…». De pronto recapacita, abre desmesuradamente los ojos y responde: «¿Faquir? Ja, faquir, ya lo creo. Faquir», echa la cabeza atrás y ríe. Su pañuelo blanco se le estremece como una paloma y tiembla en el pecho con el movimiento sísmico de las carcajadas.

Layret, que se dedica a lo mismo que él y al que las cosas le van apenas un poco mejor, lo sigue observando con su mirada de pompas fúnebres, con cariño, y sólo al cabo de un rato levanta la esquina del labio, amaga una sonrisa y da un sorbo a su copa de licor de almendras, un veneno del que gustaba el abogado.

Y es entonces cuando una mañana, caminando cerca de la plaza de la Universidad, Companys tropieza con Salvador Seguí. Los dos muchachos se reconocen. Recuerdan el campo de Lérida donde los padres de uno eran terratenientes y los del otro humildes trabajadores.

Entran en el bar el Tostadero. Ríen. Se acuerdan de algunos juegos infantiles. Companys comenta cómo veía al niño Seguí: comilón, caprichoso, durmiendo por las eras, a la sombra de cualquier árbol. El Companys niño era para el Noi del Sucre un

tipo vivaracho, eléctrico, picudo, rico. Hablan de política. El Noi del Sucre, más joven que Companys, es ya conocido entre los anarquistas barceloneses, alguien que va abriéndose camino entre extremistas y enloquecidos, entre pedantes y delincuentes. Está enfermo de transformaciones. Tiene sueños, ambiciona realidades. La justicia para mañana no es justicia. Su ideal no es otro que un obrero bien alimentado y bien educado.

Companys, que nada tiene que ver con la ideología ácrata, ve en Seguí a un hermano de causa. Y quizás piensa en una trinidad cuando le dice, entusiasmado, que debe conocer a Francesc Layret.

«Tienes que conocerlo, mañana mejor que pasado mañana. Te iluminará. Y tú a él, seguro. —Ríe y añade—: Y los dos a mí».

El Noi, orgulloso, le dice al señorito Companys que ya sabe quién es su amigo Layret. Ha oído hablar de él. Y no sólo eso, lo ha visto y lo ha escuchado en el Ateneo Enciclopédico Popular.

Según recordaba años después el Noi, Companys se quedó mirándolo expectante. Espera una respuesta de Seguí que no llega, así que le hace un gesto y pronuncia una interrogación:

«¿Y?».

«Que sí. Yo no tengo prejuicio ni temor de sentarme con un burgués como tú ni con dos burgueses como tú y tu amigo».

«No te contagiaremos ninguna bacteria que no tengas ya metida en el sistema circulatorio, no te preocupes».

El Noi apura un trago y niega con la cabeza:

«Na, tampoco iba a importarme. Ya lo decía Nietzsche: quien siempre se ha tratado a sí mismo con mucho cuidado al final enferma de su exceso de cuidado. Y decía algo más, otra cosa: que la cobardía es lo que sujeta a alguna gente a su rama. —La sonrisa le cambió de matiz, casi se le quedó en una mueca triste cuando añadió —: Y yo, que no soy cobarde, no voy aferrarme a ninguna rama, estoy dispuesto a vivir en el aire que hay entre una rama y otra con tal de traer a esta tierra una gota más de dignidad, Companys».

Esa tarde, entre el humo del Tostadero, junto a la mesa de billar por la que rodaban las bolas en busca de sofisticadas carambolas, se empezó a fraguar una inquebrantable relación entre aquellos tres hombres. Seguí, Companys, Layret. Una trinidad truncada por la violencia.

Layret

Tenía el tórax hinchado como el de un forzudo circense, los brazos musculados por el ejercicio permanente al que lo obligaban sus muletas. Era bajo. Con la cabeza gruesa, pesada. De estatua. Sus piernas hacían un garabato al andar. Le formaban un arco raro, exagerado. Se le quedaban un poco atrás. Bajo los pantalones llevaba un andamiaje metálico que hacía ruido cuando caminaba. Era un chirrido inevitable, un crujido de barco, por triste que sea la comparación, de bicicleta.

En la calle, al encontrarse con un conocido, se detenía para descubrirse, apoyándose en sus eternos bastones. No había nadie más digno que él.

Nació sano, pero a los dos años fue atacado por una parálisis infantil que le afectó a las dos piernas y se las dejó inútiles.

Eduard, Mercè, Antidi y Josep Maria eran sus hermanos. De ellos, Eduard fue siempre el inseparable, el amigo íntimo. El padre de los Layret era un comerciante al por mayor de artículos de relojería que se desvelaba por la educación de sus hijos. Siempre tuvo debilidad por Francesc, el primogénito, «el reloj más ajustado de mi almacén, el que mejor marca el compás de esta válvula», decía, y se tocaba suavemente el pecho, como si el pecho fuese la cabeza de un niño dormido, como si allí dentro durmiese el niño Francesc.

Como si durmiera o como si Francesc estuviese leyendo, ensimismado. Con aquella concentración tan intensa, felina, con la que desde pequeño era absorbido por los libros. El adolescente Layret fue devorando de modo metódico un estante tras otro de la abundante biblioteca familiar. Era implacable. Era retraído. Tenía pocos amigos y en cuanto pudo se escondió detrás de una espesa barba. Negra, poblada. Como sus ojos. Negros, poblados. Abundantes.

Vivía apartado, pero aquella lejanía no estaba motivada por su traba física. O así lo quería aparentar. No tenía ningún complejo, o eso daba a entender. Y si al dar la mano lo hacía siempre con una energía excesiva no era para demostrar su vigor y contrapesar de ese modo su imagen de inválido, sino porque el continuo ejercicio de sus extremidades superiores lo había dotado de gran fortaleza. Era resolutivo, directo. También optimista, aunque el esfuerzo por caminar le marcó la boca con una expresión de dureza, casi de hostilidad.

Cuando la tortuga asomaba la cabeza de su caparazón infundía respeto. Se convirtió en un agitador universitario. En la universidad lo miraban pasar en silencio y a su espalda siempre se levantaba un murmullo: «Layret».

Ya entonces arengaba a los compañeros. Daba los mítines de pie. Moviendo con energía su brazo derecho mientras con el izquierdo, de modo invisible, se apoyaba en una muleta. Su estilo era claro, sin preciosismos literarios ni filigranas retóricas. Usaba frases cortas. Daba cifras, datos. Como un matemático. Como si la cuestión social fuese un álgebra incuestionable que él desentrañaba ante el público. Era enemigo de la tela de araña, del fango peguntoso en el que se manejaban tantos

políticos de la época.

El gesto era rotundo y los ojos le brillaban. Miraba a los oyentes como un santo al borde de la ira.

Todavía con un pie en la universidad y antes de acabar las carreras de Derecho y Filosofía y Letras ingresa, como Companys, en las juventudes de la Unión Republicana bajo el aura de Salmerón. No se conforma con eso, le da vueltas a la cabeza y funda la Associació Escolar Republicana. La finalidad de la Associació es simple. Difundir los valores de la democracia, aleccionar a los trabajadores y dignificarlos.

«Republicanismo y obrerismo son una misma cosa» es su mantra de la época.

Layret cree fervientemente en la propaganda. Se aplica a ella. Va a los centros de trabajo, a las imprentas, a los talleres, a las fábricas. Y también a las tabernas, que son el lugar en el que los obreros se reúnen, además de para beber, para debatir.

«La taberna es el único centro cultural de la clase obrera», dice a sus compañeros de la Associació. «Y allí es donde tenemos que estar nosotros».

Y allí va una noche y otra. Layret ofrece una estampa rara a los obreros. Enlutado, pulcro, con un asistente que marcha a su lado para ayudarlo en cuestiones elementales de movilidad y que no deja de mirar con distancia a los parroquianos mientras su señor se iguala a ellos y propone estrategias para combatir a su propia clase.

A veces, el asistente es sustituido por alguno de sus amigos. Lluís Companys, Miquel Gaudier, Emeteri Palma. Layret es quien lleva siempre la iniciativa. Habla con voz seca, monocorde y metálica, demasiado aguda para aquel cuerpo macizo, demasiado estridente para aquel rostro de serenidad franciscana. Pero al cabo resulta simpático, sabe mezclarse con los obreros, hace suyos sus problemas, sin ostentación, con un ímpetu y una llaneza que no dan lugar a equívocos.

Y los obreros lo admiran. Lo han visto en manifestaciones, mítines y tumultos, trastabillando, llevado en volandas por Companys, por Rovira i Virgili o Laureà Miró. Lo han visto refugiado en portales, rescatado por sus compañeros ante la embestida de los caballos o clamando contra la policía, valiente. Cada vez más amigo de las revoluciones.

Cada vez más amigo de las revoluciones y cada vez más convencido de que las revoluciones tienen que estar sustentadas por un proletariado con formación.

Eladi Gardó y Josep Tubau, dos jóvenes con ansias de transformar el mundo que luego seguirán caminos políticos dispares, hablan largamente con Layret. Se acercan a él, tienen parecidas inquietudes. Pretenden crear una institución que recupere el espíritu del extinguido Ateneo Catalán de la Clase Obrera y sirva como centro de formación para los trabajadores. Entre los tres acaban por perfilar el Ateneo Enciclopédico Popular, que muy pronto es conocido simplemente como el AEP. Están en 1902.

Organizan actividades, conferencias, pequeños mítines, difunden las ideas

sociales más avanzadas de la época. Layret pone su atención en la escuela nocturna. Allí van trabajadores y aprendices. Llegan con la gorra en la mano, mirando de reojo. Aprenden las cuatro reglas, a leer. Trazan en pizarrines sus primeras letras, garabatos. Layret tiene la convicción firme de que el Ateneo puede contribuir a la formación de un número importante de obreros que de ese modo podrán acceder a puestos de responsabilidad en el mundo sindical y político. Abriendo las compuertas, minando las murallas. La vida es una estrategia, un esfuerzo y una conquista. Layret sabe de qué habla.

Tiene un credo y lo cumple a rajatabla. Allí está para dar fe de ello. Su torcida figura se hace indispensable para los asistentes al Ateneo. Alumbrado por la luz temblorosa de aquella habitación despoblada que sirve de aula, apasionado, invencible, habla sobre la evolución del pensamiento político y social, enseña ortografía castellana y catalana, lee fragmentos de obras literarias y organiza debates. Usa a Unamuno y su *Vida de don Quijote y Sancho* para crear adeptos a su método de enseñanza y discusión. Polemiza, ríe, y los obreros ríen con él.

Entre los aprendices que se convierten en asiduos del AEP hay un chico despierto y ávido de saber. Tiene ojos de huevo, es altivo y en el bolsillo trasero del pantalón lleva un libro deslomado. Se llama Seguí y por algunos rincones de Barcelona ya lo conocen como el Noi del Sucre.

Café Español. Teatro Condal

Seguí tiene casi veinte años y usa gorra de dos cincuenta, al cuello lleva un pañuelo de seda blanquísimo y en su calidad de pintor pertenece al ramo de la construcción. Es un dandi que va de un lado a otro con la brocha y la escalera. Grande, sonoro, con dientes de piano. Una vez que cae la tarde no hay quien lo saque del café Español.

La atmósfera del Español es espesa, la luz tamizada y tirando a amarillenta, aunque en algunos rincones todavía es más pastosa y la humareda de los fumadores recalcitrantes le da un tinte marrón grisáceo, de turba. El Noi del Sucre tiene preeminencia en su tertulia. Es magnético, polemista, convincente. Tiene la voz potente, como la risa. Con él son fijos el Gambeta, Loredo o el Malatesta. A su alrededor siempre hay un hervidero de anarquistas en tránsito, socialistas que vienen y van, bohemios, viajeros, prófugos, franceses, alemanes, rusos.

Por allí pasa también gente notable. Los fundadores de la tertulia cuentan cómo Pío Baroja, lampiño entonces y manoseando un sombrero de hongo, los miraba con sus ojillos de pájaro. En el revés de aquellas pupilas que parecían —sólo parecían— adormiladas ya esbozaba paisajes de *Aurora roja* y en la mente retenía historias y argumentos de los que allí se contaban para llevarlos metamorfoseados y mejorados a aquella novela de rebeldes y anarquistas.

Julio Camba, ya expulsado de Argentina por panfletario y subversivo, luce en el café Español su pajarita de lunares y su melena lacia, de león lánguido. Habla con gusto de sus peripecias trasatlánticas pero es parco y hasta casi bizco cuando el Noi, osado, le pregunta por su amistad con Mateo Morral, el fallido regicida ejecutado sólo unos meses atrás.

Eugeni d’Ors, anarquista rabioso en la época, abandona en algunos momentos su tertulia de Els Quatre Gats y va a ver qué se cuece en la olla del Español. Ha dejado atrás el modernismo, lo repudia, y ya convertido en Xènius ha estrenado su *Glosari*, una breve colaboración diaria en los periódicos a través de la cual asume la alta responsabilidad de ser faro para los desorientados y auscultar «las palpitaciones de los tiempos».

La tertulia es una hoguera de ecos, palabras y nombres subversivos. Proletariado, sindicalismo, Bakunin, hermandad, Spooner, bomba Orsini, patrón, Stirner, lucha, pan, trabajo, justicia, libertad.

Los camareros sientan a las personas respetables lejos de aquella barahúnda acostumbrada a entrar y salir de la cárcel. Gente a caballo entre el evangelio y la pistola. El peor ganado. Los policías los observan, ponen oído, dan cabezadas, leen periódicos, o lo fingen, en un rincón del local. A veces se toman la molestia de camuflarse para espiar, a veces no.

Hay ocasiones en las que se producen redadas allí mismo y el Español se convierte en una improvisada comisaría con rondas de identificación, golpes, insultos y amenazas.

A pesar de su adicción a ese local, Salvador Seguí husmea por otras tertulias, acude a centros obreros, discute y piensa que es necesario un engranaje que coordine todo aquel movimiento que se palpa por un lado y otro de la ciudad, que se mueve con la pulsión descontrolada de un torrente y que todavía no tiene el cauce de ninguna central sindical, de ninguna organización obrera que sepa sacar rendimiento a tanta energía.

El terrorismo se ha recrudecido desde la primavera de 1904. En los últimos tres años cunde la siembra de bombas por las calles de Barcelona. No suelen ser artefactos de gran intensidad. Lo normal es que tengan una potencia algo superior a grandes petardos. Molinillos de café, cacerolas, pomos de puertas y adornos de cabeceros de camas, viejas granadas robadas en prácticas militares e incluso timbres de bicicletas, todo sirve para la fabricación casera de aparatos explosivos y la reivindicación de derechos a través del pánico y sus estallidos.

Pero nada de eso vale ya para el Noi del Sucre. A través de Malatesta ha conocido a Mariano Paoli, un italiano que durante el día es viajante de comercio y por las noches dirige un grupo activo de anarquistas. Al Noi no le gusta el personaje y menos todavía sus acólitos. Practican un terrorismo descerebrado. Ponen bombas sin ton ni son, allí donde simplemente les resulta más fácil soltarlas. En el portal de una casa de vecinos, en un callejón, en los aseos públicos y a veces, en un arranque de osadía, en los pasillos de un mercado de abastos, lugar en el que la poca potencia o la imperfección de la bomba puede suplirse con la abundancia de blancos en los que sembrar el terror y ganar resonancia.

Niega el Noi con un gesto de fatalidad cuando alguno de sus compañeros defiende esa estrategia. Alza la voz y golpea con su gorra la mesa como si quisiera matar algún bicho invisible que se paseara por el tablero.

«¿No os dais cuenta de que todo eso a quien favorece es al enemigo? A la burguesía la llena de fuerza y argumentos y a nosotros, a la larga, y a la corta también, nos debilita», dice mirando intensamente a los ojos a sus contertulios, esbozando una idea que no dejará de depurar a lo largo de los años siguientes. «Por ahí nos desangramos y se nos va nuestra autoridad principal. Es una ruina para el obrero».

En esa época, lo quiera o no, el terrorismo se va a convertir en el eje de su vida. Los primeros días de agosto, en 1907, lo llenan de amargura. Es entonces cuando se produce aquel suceso que tiene a Joan Rull como protagonista y que dejará marcado a Seguí.

Rull, antiguo compañero del Centro de Estudios Sociales, ha saltado a la fama al ser detenido como sospechoso de colocar bombas. El Noi del Sucre no cree que sea verdad, y no porque mantenga amistad con Rull, el personaje le repugna. Seguí, como muchos de sus compañeros, sabe que Rull ha abandonado el anarquismo y es un confidente de la policía. Desde tiempo atrás se había hecho notar su derroche monetario y eran famosas sus juergas en el Pay-Pay, La Buena Sombra y otros locales

de prostitución encubierta, censurados por la sobriedad de los anarquistas puros. A Seguí no le indigna el lugar donde Rull se gasta el dinero sino la procedencia del mismo —la policía— y la base sobre la que se sustenta su forma de vida: la prisión de los compañeros a los que delata y la desgracia de sus familias.

Al ser detenido Rull, *El Progreso*, periódico en el que se escribe al dictado del lerrouxismo, publica un artículo asociando el nombre de Seguí al de Rull. Al Noi le leen la noticia en el Español. Monta en cólera. Da golpes en la mesa, ahora no con la gorra sino con los puños. Vuelca una silla, los camareros lo miran, sin ánimo como para afearle la conducta. Al final del artículo se llega a insinuar que el Noi del Sucre es un compinche de Rull.

Seguí envía una nota a *El Progreso* pidiendo una rectificación. No llega ninguna respuesta. Mutismo. Hace llegar su indignación al periódico por otro conducto.

Sus protestas van a la papelera, seguramente entre risas, o eso imagina el Noi. Y enferma de rabia. En los días inmediatos escruta las páginas del periódico esperando encontrar el resultado de su queja. Nada. Su exasperación va en aumento. Hierve. Mira y vuelve a mirar aquellos borrones de tinta, en vano. Pero, eso sí, lee que en el teatro Condal se convoca un acto de exaltación lerrouxista. Allí acudirán los responsables del bulo.

Era 11 de agosto y un calor sofocante parecía haberse instalado en mitad de las calles. Bandeándose torpemente, flotando. Como una llamarada lenta que sacaba vapor de las paredes y embadurnaba el aire de plomo caliente.

Salvador Seguí también lleva brea circulándole por las venas. Va callado. A su lado, medio paso por detrás, camina Aleix Gil, un amigo, también pintor, que no lo ha querido dejar solo en el trance y que a cada poco le pide calma y cabeza. «Nen, tranquilo, nen. Con la tranquilad iremos a más y más lejos, nen. Te lo digo». El Noi del Sucre no responde. Lleva la chaqueta colgada del brazo, la camisa se le va tintando por el centro de la espalda con una mancha de sudor cada vez más grande. «Parece el mapa de un continente raro», pensará Gil, atontado por el calor. Tan atontado que está a punto de decírselo al Noi.

En la puerta del teatro Condal hay un amontonamiento de devotos de Lerroux. Gritan, ríen y agitan unas banderitas pequeñas, de papel encerado o algo parecido. Por allí hay también un grupo numeroso de los Jóvenes Bárbaros, muchachos radicales del lerrouxismo que velan por la seguridad del acto.

Seguí se ajusta la gorra y se abre paso entre el público y los Bárbaros. Aleix Gil va tras él, sonríe a los guardas de la puerta lo mismo que podría haberse santiguado ante ellos, pero no pierde la estela del Noi. Suben por una escalera lateral y en el último peldaño dos Bárbaros los detienen. Con un gesto les ordenan que levanten los brazos para el cacheo. Uno de ellos está borracho y es el que se encarga de Aleix. Por impericia, inclinación homosexual o por la propia borrachera, palpa exageradamente

los genitales de Gil, que lo empuja contra la pared y le grita, «Eh, eh, tus muertos». El otro encargado del orden, enorme, con ojos adormilados, intenta calmar la situación y después de examinar a Seguí cachea él mismo a Aleix Gil. El gigantón les hace un gesto torciendo el cuello. Pueden continuar. «Hijo de puta», se despide Gil. El borracho le enseña las mellas.

Avanzan por un pasillo. Seguí abre una puerta, luego otra y finalmente entra en el habitáculo. Es un palco bajo, muy cercano al escenario.

El Condal está abarrotado. Es una caldera. Hay cánticos, golpes rítmicos en las butacas, se lanzan vivas y se oyen risas, nombres de individuos que se llaman de una esquina a otra del teatro, gente que se agolpa en los palcos y parece que va descolgarse por allí. El calor es inmenso. Hay olor a ganado y a química.

Unos hombres aparecen sobre el escenario. El bullicio se transforma en el rumor de un motor que va acallándose poco a poco. Con la disminución del ruido parece que se intensifica el olor agrio que desprende el forro de los asientos, el amontonamiento humano. El tufo apelmazado del sudor sube desde el patio de butacas como una noria, a oleadas. Silencio, arrastrar de pies, toses.

Un tal Jordi Vinaixa hace de maestro de ceremonias. Delgado, con dientes caballunos. Es redactor de *El Progreso*, cerca de él, también en el escenario, está Emiliano Iglesias, director del periódico difamatorio. Gil, el amigo de Seguí, traga saliva al comprobar la coincidencia y en un susurro, inclinándose sobre su amigo le pregunta:

«¿Lo sabías?».

El Noi del Sucre, sin apartar la vista del escenario, niega levemente con la cabeza, pero el gesto no convence a Gil, que estruja su gorrilla entre las manos y se limpia el sudor con ella.

Interviene en primer lugar Josep Ulled. Es un orador mediano. Arremete, como es indispensable, contra la derecha y los abusos que practica. Ejecuta algún ditirambo en torno a la figura de Lerroux y su partido. Dura poco. Sale por un costado con aplausos, cumple con su función de telonero y deja paso a Emiliano Iglesias.

Seguí sube los hombros, se reacomoda en el asiento viendo cómo el periodista, joven y seguro —segundo de Lerroux en Barcelona—, se dirige a la tribuna. Aleix Gil observa al Noi sin que éste lo mire a él. Seguí ni siquiera parpadea. Voluminoso. Su camisa blanca hinchada como una vela.

Cuando los aplausos con los que es recibido cesan, Iglesias deja pasar unos interminables segundos —veinte, treinta— callado. El silencio se condensa, el tufo de la sala se eleva al techo en una nueva y espesa vaharada. Iglesias hace un gesto afirmativo con la cabeza como si certificara la pestilencia. Pero a él sólo le importa la podredumbre política. Por eso dice, en un tono muy bajo:

«Sí».

Y luego, sin que nadie salvo quienes se encuentran en la primera fila haya entendido si ha dicho algo o es un simple soplido, o nada, repite, en esta ocasión con

un decibelio más de intensidad:

«Sí».

Y la afirmación, al ser entendida, ya relaja e incluso entusiasma a los más cercanos, que parecen haber interpretado una clave compleja —la palabra que en sí misma encierra todo un discurso— o que, simplemente, se han tranquilizado al comprobar que el orador no ha enmudecido ni es víctima de ningún raro embarazo.

«Sí», repite Iglesias, pero ya lo hace con una voz rotunda y el monosílabo se engarza con nuevas palabras, con un torrente al que parecen haberle abierto las compuertas.

«Sí, vamos a dar nuestra medida. Vamos a acabar con el despotismo, con el abuso histórico, y vamos a traer justicia y prosperidad, sí, os lo digo aquí y ahora, sí».

Empieza por arriba su discurso el director de *El Progreso*, y el público se lo agradece removiéndose, temblando con un rumor de satisfacción, como una tierra seca que recibe lluvia y respira y sabe que muy pronto vendrán las semillas y germinarán.

Apenas lleva dos minutos hablando cuando Iglesias toca el asunto, la espina.

«Vamos a acabar con ellos. Y para eso no nos valen las bombas, sino la inteligencia. La resistencia. La integridad».

El Noi del Sucre no se mueve. Aleix Gil mira la montaña de su espalda. Seguí parece que hubiera dejado de meter oxígeno en su cuerpo, no respira.

«¡No! No nos valen esas bombas que cada día explotan en una esquina de nuestra ciudad, en la casa de nuestros hermanos de clase. Esa bomba que lo mismo puede colocarla un confidente policial como Rull, un pelele a sueldo de los carlistas de aquí, los carlistas catalanes, que los tenemos, sí, que los tenemos, o esos anarquistas de medio pelo que no saben lo que se hacen».

Fue entonces cuando Seguí se levantó de su asiento. Se puso de pie y quitó a Gil la visión de todo lo que ocurría en el escenario. Pero Gil continuaba oyendo la voz del orador, que quizás no había advertido la figura rotunda de Seguí alzada a unos metros de él y continuaba su discurso, preguntando retóricamente:

«¿Sabéis al servicio de quiénes están Rull y todos esos desgraciados de sus compinches que ponen las bombas? ¿Lo sabéis?».

El Noi del Sucre alza la mano, su voz se oye en todo el teatro:

«Pido la palabra. Pido ser escuchado aquí ya que desde vuestro periódico me difamáis con descaro y no me dais la oportunidad de defenderme».

Emiliano Iglesias lo mira con calma, toma aire y hace un gesto negativo con la cabeza. Varios de los Jóvenes Bárbaros salen de detrás del pesado cortinaje de terciopelo y se acercan al palco en el que está Seguí. El tufo es casi visible, se expande con el movimiento de las cortinas.

Iglesias habla con voz templada:

«¿Sabéis qué instrucciones cumplen esos anarquistas al colocar sus artilugios?».

Nadie contesta. A nadie importa ya el discurso. Todos miran hacia aquel palco en

el que destaca la mancha blanca de la camisa del Noi del Sucre. Algunos lo reconocen y murmuran su apodo, otros lo gritan. Todos oyen cómo su voz, más grave que la de Iglesias, resuena desde el balcón, pero llega entrecortada y pronto se mezcla con la de otras personas que insultan y patalean o con la del propio Iglesias, que vuelve a hablar.

«Voz», «libertad», «anarquista», «silencio», «matón», «derecho», «asesinos», «cállate», «mierda», «bombas». Son palabras perdidas que se oyen en los alrededores del escenario. Todas son dichas con un tono de amenaza o con un desgarro impostado, cacareado. Son los relámpagos anunciando la tormenta que ya está cerca, el olor a tierra húmeda que emborracha el aire antes de que caiga la primera gota de lluvia.

Anarquista, burguesía, asesinos, obreros, héroes, matar. Palabras que se propagan por el teatro en un coro desordenado y que preceden a la conmoción, al movimiento ágil, casi descoyuntado, de Salvador Seguí, que súbitamente pone un pie en la baranda del palco, se eleva igual que un ángel mal tallado, salta y cae sobre el escenario produciendo un redoble estrepitoso, de tambor roto. Un salto y un ruido que durante un segundo paralizan a todo el mundo, a los espectadores incrédulos, a los miembros de la tribuna, a los cuatro o cinco Jóvenes Bárbaros que ven volar a aquel hombre pesado casi por encima de sus cabezas.

A todos deja atónitos, salvo a Gil, que de inmediato se ha puesto en pie, «Nen», y ve cómo su amigo Salvador, un poco cojo, ya camina por el escenario con las manos alzadas, todavía reclamando su derecho a la palabra, antes de que uno de los Jóvenes Bárbaros lo agarre por la camisa y el cuello y tire de él con fuerza, saltándole varios botones y desequilibrándolo.

Aunque el Bárbaro no consiguió derribar a Seguí, aquel ataque se convirtió en el primer trueno de la tormenta. Dos segundos después el teatro entero se remueve como un hormiguero pisoteado. El aliento contenido se libera. La atmósfera sofocante de la sala se incendia.

Aleix Gil sigue a su amigo y salta desde el palco a la escena. El Noi da un puñetazo al tipo que lo ha agarrado de la camisa. Desde la platea sube el rugido, Gil, siguiendo la pauta de un *ballet* deslavazado, da un brinco y suelta una patada en la espalda a un hombre maduro, calvo y de apariencia enfermiza que se dispone a golpear a Salvador con una porra, una silla vuela por el escenario, ocho o diez Bárbaros corren hacia Seguí y Gil, el dentudo Jordi Vinaixa, maestro de ceremonias, rueda por el suelo arrollado por nuevos Bárbaros que irrumpen en el escenario, caen sillas desde los palcos, el oleaje humano se remueve y choca contra sí mismo, Seguí y Gil reciben golpes, los dan, se aplastan, se pierden entre el remolino, Seguí piensa que le arrancan una oreja, se oyen bufidos, gritos, el estallido de algo que parece una risa, un gran golpe estremece el escenario, es la mesa de la tribuna que ha sido volcada, el olor se ha hecho ya sólido, el aire es una masa que se respira con dificultad, el Noi retuerce una cabeza, queriendo separarla del tronco al que está

sujeta, alguien se recuelga de su espalda, ve fugazmente a su amigo, recibe un bastonazo en un costado, se derrumba, una patada le hunde el pecho, las maderas tiemblan, se oye un golpe seco, ahogado y al instante un remolino se desbarata en una esquina del escenario, baja la intensidad del bullicio y una nueva ola se expande por ese lado: una ola mansa que ahora, al contrario de cómo había sucedido al principio, va acallando e inmovilizando a la gente, seis, ocho, doce Jóvenes Bárbaros saltan del escenario al patio de butacas, retroceden, el hombre calvo y probablemente enfermo al que ha golpeado Aleix Gil grita, «¡Dios mío!», y al instante, bizqueando, queriendo contradecir su invocación religiosa, dice para sí mismo, «Hijo de puta», ante él y justo al lado del Noi del Sucre aparece un hombre joven y titubeante, lleva el pecho empapado en sangre y da unos desorganizados pasos de baile, la gente se aparta de su lado, le dejan un espacio para que pueda seguir interpretando por el escenario su dubitativa marcha, un golpe sordo suena levemente en las tablas, nadie advierte que una pistola ha caído junto a Jordi Vinaixa, todos miran al Joven Bárbaro herido, su aparente calma, la mancha roja que se expande lentamente por su camisa, alguien desde el patio de butacas lo reconoce y grita su nombre: «¡Soteras!», aquel grito saca al muchacho de su sonambulismo, lo devuelve a la conciencia y a su irremisible condición de moribundo, de la que intentaba huir mediante un extraño sortilegio, abre la boca y un vómito espeso, marrón, se le derrama por el pecho empañándole el rojo brillante, casi límpido, de la sangre, los ojos se le desorientan al tiempo que lanza un gruñido ronco, unas palabras que suenan a algo parecido a «Lo peinó» y que trata de repetir, extrañado, antes de caer de rodillas. Ésa es la señal de un nuevo acto.

El coro vuelve a ponerse en movimiento y a emitir su bramido, ahora ya del todo discordante. Hay gente que corre en distintos sentidos, se oyen lamentos de mujer, el Noi del Sucre es zarandeado, lo empujan, pero sin acabar de golpearlo, sin atreverse a tener un contacto demasiado cercano, como si pudiera desprender un germen contagioso, mortal, y él, ajeno a los empellones, tiene la mirada fija, un poeta diría que está concentrado en algún recuerdo lejano, el sol blanco en el pedregal de Montjuich cuando buscaba la sangre de los fusilados, la piel azulada de una lagartija palpitando al sol, a saber. La cuestión es que siente una arcada, una repugnancia violenta que le impide ver cómo Vinaixa impulsa con el pie la pistola que ha caído junto a su zapato. El arma se desliza, inocente, hasta quedar junto al Noi, que de un modo confuso e incoherente siente que el olor a podrido que desde el principio inundaba el teatro bien podía provenir de esa sangre ahora derramada frente a él, de esa sustancia marrón que mancha el pecho del herido y las tablas del escenario.

Y es en ese momento de confusión cuando finalmente alguien se atreve a acercársele y lo agarra por detrás. Es alguien fuerte y decidido que le pasa el antebrazo por el cuello al tiempo que le retuerce la muñeca. Seguí reacciona, forcejea, piensa en cómo defenderse, pero por el pasillo de la platea, entre las butacas y a la carrera, ya se abre paso un grupo de policías que gritan y hacen que el desconocido suelte al Noi del Sucre y lo empuje contra ellos, contra la policía, al

tiempo que grita, «Ahí lo tenéis, el asesino, anarquista».

El Noi del Sucre y Aleix Gil son detenidos. Salen del teatro Condal esposados, zarandeados. A Salvador Seguí se le acusa de asesinato. Gil es puesto en libertad una semana después. Por Barcelona corre el rumor, cada vez más extendido, de que el autor del disparo fue Jordi Vinaixa, el dentudo.

En las tabernas, en las tertulias y en los tugurios de toda especie se cuentan los detalles del suceso. Unos y otros relatan los hechos aportando alguna floritura que le añade dramatismo, comicidad o sorpresa a la historia, según convenga al gusto de quien la cuenta o la disposición del momento, pero todas las versiones coinciden en lo esencial y de un modo o de otro acaban contando cómo ese redactor de *El Progreso*, Vinaixa, viendo al desaforado Seguí dar golpes y reventar el acto como un déspota, disparó contra él y erró el tiro.

El rumor, sin embargo, no importa. Policía y jueces deciden permanecer sordos. Se mantiene la acusación de asesinato contra el Noi del Sucre. El escarmiento de un anarquista es oportuno y destacados lerrouxistas presionan para que una condena severa caiga sobre Seguí, que continúa encerrado.

Un atardecer, pocos días después de los sucesos del teatro Condal, un hombre grande y lento, con cara de sueño, entra en una comisaría cercana al Raval. Pide declarar sobre un crimen. Se identifica a sí mismo como lerrouxista, «Joven Bárbaro», dice muy serio, juntando los ojos, subrayando su cara de alelamiento. Acredita que él estaba en el Condal y que personalmente cacheó a Salvador Seguí antes de que entrase en el palco desde el que saltó al escenario. Ni él ni el que iba con él llevaban armas, puede certificarlo. «Eso yo lo puedo certificar», repite varias veces, orgulloso de emplear ese verbo. «Lo puedo certificar, aquí o donde me digan».

La declaración del Bárbaro acaba por trascender. Por otro lado, nadie ha podido demostrar que la pistola fuese de Seguí o de Aleix Gil. A pesar de ello, el Noi del Sucre pasará varios meses encarcelado. Su puesta en libertad se va retrasando por diferentes causas. Él le pone paciencia. Lee. Piensa. Se relaciona con los presos. Tiene contacto con el exterior. Algunos amigos le traen noticias, comida, algún periódico oculto. También hay quien se atreve y le habla de Rull.

Rull

Tenía en los ojos una especie de incendio nocturno. Oscuros, con resplandores intensos. El pelo, en consonancia, levantado como una llamarada negra. Lacio, elevado por el viento o el fuego. Un bigote, también negro, le dividía la cara en dos con un tajo fino, cruel.

Era atractivo. Le bamboleaba una pierna al andar, no mucho, aunque lo suficiente como para que lo llamaran el Coix de Sants. Realmente parecía caminar por un terreno inestable, separando las piernas más de lo común cada dos o tres pasos, como si llevase un raro compás interno. Su nombre fue Joan Rull i Queraltó. Era hijo de un funcionario del ayuntamiento de Tarragona expulsado de su puesto por corrupto y que a raíz de ese contratiempo había ido a instalarse en Barcelona, donde nació su hijo Joan. En medio de la pobreza. En 1881.

Joan Rull, el Coix de Sants, anduvo desde la adolescencia mezclado con grupos anarquistas. Unos lo recuerdan como observador y distante, otros como provocador e incluso algo fanfarrón. Siendo un muchacho frecuentó el Centro de Estudios Sociales y cuando todavía era joven convirtió a su familia en una banda de criminales.

Lo detuvieron por primera vez en 1904. Había crecido respirando anarquismo y a principios de ese año cuatro colocó una bomba en unos urinarios de las Ramblas. El artefacto, descubierto por un guardia, no causó víctimas.

Los investigadores dieron con Rull. Los jueces lo condenaron a un año y medio de cárcel.

En ese tiempo se reblandecieron sus ideas libertarias. Maquinó, dio vueltas sobre sí mismo. Sus compañeros anarquistas, alimentándose más de su verborrea que del rancho miserable que les daban en la cárcel, acabaron por producirle hastío y náusea. Los miraba fijamente. A veces no respondía a sus preguntas, perdido en sus pensamientos. La idea principal sobre la que giraba era que no quería convertirse en uno de aquellos ilusos. No iba a desperdiciar su vida con ensoñaciones.

Ni santo ni fanático. Iba a ser otra cosa. Confidente de la policía, por ejemplo.

Era ingenioso y cuando quería tenía labia. Al salir de prisión se las arregló para ser recibido por el gobernador civil. Rull prometió darle información sobre los atentados que tramaban sus compañeros anarquistas y sobre el lugar donde iban a ser colocados los artefactos explosivos, que continuaban sembrando el pánico en Barcelona. Era la época en la que se la conocía como La Ciudad de las Bombas.

El gobernador, sentado ante aquel individuo desenvuelto y guapo —ahora que miro su foto otra vez me recuerda a Johnny Depp— tuvo un momento de duda. Pensó devolverlo a la cárcel. Finalmente le hizo un gesto con la cabeza, señalándole la puerta por la que debía salir, y, ante la mirada inquisitiva de Rull, con otro gesto, esta vez hecho con la mano alrededor de su sien, el gobernador le dio a entender que debería pensar la cuestión. Fue un gesto realizado con desgana y Rull se quedó mirando la mano blanca y regordeta del hombre, suspendida en el aire, como un

pájaro desplumado que aleteara sin fuerza ni rumbo.

Ese pájaro necesitaba ser alimentado y orientado. Y allí estaba Rull para hacerlo hasta la saciedad, hasta donde fuese necesario.

Unos días después de la entrevista con el gobernador, el Coix de Sants hizo estallar una primera bomba. La colocó muy cerca de las Ramblas. En las semanas siguientes puso otros tres artefactos. En la misma zona, donde el eco y el pánico fuesen mayores y acabaran con las dudas del indeciso político.

El gobernador lo hizo llamar y le comunicó que aceptaba el trato. Pagarían a Rull una cantidad determinada por cada una de las bombas que lograran interceptar gracias a sus soplos. El negocio estaba en marcha.

Pero los cálculos financieros de Joan Rull i Queraltó no habían sido demasiado acertados. Se colocaban bombas, sí, pero Rull se enteraba de la misa la media. El dinero que le llegaba después de fisgar y sonsacar a sus compañeros anarquistas no era suficiente para llevar el tren de vida al que él aspiraba. Los días los pasaba frecuentando revolucionarios, yendo de imprentas a tugurios infectos, pero las noches eran de terciopelo y había mujeres, y abundantes necesidades que satisfacer.

Por otra parte, sus supuestos correligionarios empezaban a mirarlo con recelo. Se le notaba demasiado el desapego a la causa. Algunos incluso lo tildaban de renegado, vividor, sospechoso. Cada vez obtenía menos información de ellos.

Así que el emprendedor Rull dio un nuevo giro a su empresa. Involucró a su hermano Hermenegildo y a su madre en el negocio. Entre todos fabricaban bombas en el domicilio familiar. En la cocina, al lado de las verduras y las especias, estaban la pólvora, las mechas, los detonadores y las tuercas, las bolas de acero y los trozos de hierro que hacían de metralla. El material se escondía en un bidón de petróleo vacío al caer la tarde para ocultarlo a la vista del cabeza de familia, el padre de Rull, que regresaba de sus asuntos al anochecer y permanecía ajeno a las actividades de la banda en la que se había constituido su familia.

A media mañana podía verse salir de su casa a Maria Queraltó, un poco encorvada pero caminando con decisión. Se cubría la cabeza con un pañuelo y los hombros con una toquilla. La nariz grande, de tubérculo, el pañuelo y la firmeza de los pasos le daban el aire de un hombre mal disfrazado de mujer. La mirada también era severa y masculina. En una mano llevaba un capacho y en el capacho una bomba. La colocaba donde más daño y dinero pudiera ocasionar.

Hermenegildo Rull, una especie de sucedáneo de su hermano Joan, con la cara más redonda y los ojos algo ahuevados, transportaba las bombas que le correspondían, en una talega. Joan usaba tarteras, recipientes metálicos y ollas que a su vez metía en sacos de harina casi vacíos. Le gustaba que la explosión, además de por metralla, estuviese acompañada de una nube blanca, espesa, que según él amedrentaba más a los viandantes. Y de paso al gobernador, que ante el pánico aumentaba la tarifa de Rull. Indicaba a la policía dónde había algunas bombas al tiempo que estallaba otras para mantener vivos sus ingresos.

Terror, heridos, mutilados y algún muerto eran el sustento de la familia Rull i Queraltó. Los sembraban por donde mejor podían, a discreción. Ya ni siquiera el propio Joan conocía los lugares exactos donde actuaban su madre y su hermano. Y menos aún sabía en qué sitios iban a actuar los grupos ácratas partidarios de la violencia. En esos círculos ya no le daban ninguna información. Definitivamente tenía adjudicado el pedigrí de chivato, de vendido.

Apenas llevaba medio año como confidente policial y ya Rull y su familia tenían sembrado el caos en toda la ciudad. Demasiado caos. Demasiado desastre. Joan Rull nunca entendió de cálculos. Nunca supo medir fuerzas.

El ayuntamiento y la diputación de Barcelona decidieron unir estrategias. Buscar fórmulas para acabar con el terrorismo más allá del método que les proporcionaba un confidente que según entendían se encontraba desbordado por la saña anarquista. Resolvieron crear una unidad policial de élite. Después de sopesar ideas diferentes y de entrevistarse con autoridades de distintas ciudades desestimaron la idea y optaron por el rancio prestigio de la policía británica.

Al final de la primavera de 1907 apareció por las calles de Barcelona un tipo extravagante que devoraba churros con chocolate, se abanicaba con un periódico y sólo en los lugares donde la etiqueta lo exigía se sacaba de su cabeza calva un sombrero claro y flexible de ala ancha. El sombrero, o más bien el modo en que lo llevaba, con el ala delantera subida como si hiciera frente a un vendaval y la trasera echada hacia abajo tapándole la nuca, se convirtió en su seña de identidad. Lo demás, su corpulencia, los ojos saltones y medio descolgados, casi líquidos, la boquilla con la que fumaba o aquel bigote lánguido y pelirrojo que se le derramaba a ambos lados de la boca, quedaban en segundo plano ante el sombrero estrafalario.

Hablaba de un modo casi ininteligible pero amable y pausado con las mujeres y los mozos que atendían los puestos de flores de las Ramblas. Distinguía los diferentes tipos de rosas, hablaba de la calidad de los abonos y también del tiempo atmosférico. Se entretenía con los camareros y daba coba a los serenos y propinas generosas a los limpiabotas. Nunca les hacía preguntas directas, aunque todos sabían quién era y por qué estaba allí.

Lo llamaban el Detective de Barcelona, pero su nombre era Charles John Arrow, y además de afable y hedonista era inspector jefe de Scotland Yard. Aceptó investigar el entramado terrorista por el exorbitante sueldo de 2700 libras esterlinas. Además exigió que se le hiciese un seguro de vida. Él también sabía por dónde andaba.

La primera vez que reparó en Joan Rull fue en un garito del Paralelo. Reconoció en aquel joven desenvuelto la foto del confidente que le habían mostrado en comisaría. Le llamaron la atención las maneras de Rull, el aire sobrado con que se acercaba a las mujeres, la barbilla alta, el pelo derramándose hacia atrás como una cortina de teatro, el bigote canalla. La leve cojera utilizada como un arma más de

seducción y altanería.

Arrow se acercó a pedirle fuego y le dedicó una sonrisa lenta. Rull supo quién era, y también le respondió con una sonrisa vanidosa, parecida a la que le dedicaba a las mujeres del establecimiento. Pensó en el dinero malgastado que le iban a dar a aquel individuo con cara vacuna y ojos despintados. Rull volvió a equivocarse. Muy pronto aquel personaje extraño, amable y puntilloso se convirtió en la peor pesadilla de su vida.

Apenas unas semanas después, la madre de Rull estaba alarmada, el hermano amedrentado. En vano intentaba Joan tranquilizarlos y restar importancia a la sospecha de que estaban siendo vigilados. Se encontraban en la cocina, medio en penumbra. Maria Queraltó se había quitado el pañuelo de la cabeza y se lo pasaba por los labios una y otra vez, limpiándose con desesperación alguna sustancia invisible. Daba la impresión de que en cualquier momento se iba a introducir el pañuelo entero en la boca, de que estaba haciendo un gran esfuerzo para contenerse y no hacerlo. Desesperada. Su hijo Hermenegildo la miraba con una expresión llorosa, sentado en una banqueta, media cara iluminada por el resplandor del fogón. Se dirigía a su hermano como un mendigo, aunque apenas podía decir algo más que su nombre. «Joan… Joan…». Sudaba. Era julio.

Y Joan todavía alcanzaba a sonreír. Fumaba, iba de un lado a otro de la cocina y agitaba el cigarrillo en el aire, dispuesto a hacer un truco de magia. Con su cojera elegante. No había por qué inquietarse. Él lo tenía todo calculado, bien pensado.

Ésa, o tal vez la madrugada siguiente, cuatro policías lo arrancaban bruscamente del sueño, a él y a una pelirroja medio tísica, irrumpiendo en su dormitorio. Una habitación angosta y sin ventanas que tenía alquilada en un inmueble de la calle Conde del Asalto.

Apenas una hora después, su madre y su hermano salían del domicilio familiar custodiados por una docena de policías. Los guardias acarreaban bolsas y sacos con metralla, pólvora y harina. El padre de Rull, desde la puerta, con el pelo revuelto y el ceño fruncido, veía avanzar aquella rara procesión hacia los vehículos policiales. Abría y cerraba la boca mecánica, lentamente, masticando el aire cálido de la noche. Intentando comprender.

Les sacaron la verdad a golpes. Joan Rull era quien más tenía que contar, quien más tenía que pagar. Durante varios días removieron toda Barcelona en busca de posibles colaboradores.

En aquellos días fue justamente cuando se produjo la detención de Salvador Seguí a causa del altercado del teatro Condal. El juez que instruía el caso de Rull quiso interrogarlo. Sabía que los disturbios del Condal habían estado motivados por la asociación que *El Progreso* había hecho entre ambos. Además, el nombre del Noi del Sucre había aparecido en un viejo cuaderno de Rull.

La policía condujo a Seguí al despacho del juez. Era una sala espaciosa, con un cortinaje pesado y teatral al fondo. El Noi del Sucre lo miraba todo con desapego, mantenía la calma. Empezó respondiendo al juez con una cierta ironía. Eran preguntas generales, acerca de las bombas y los continuos atentados que se producían en Barcelona. También se interesó por su detención. Le preguntó si contaba con las atenciones básicas.

El juez, al igual que Seguí, también manejaba una cierta flema. Era un hombre pálido, ojeroso. Tenía el cuello fino, adelgazado. Observaba con atención los gestos del Noi, fijaba la vista en sus manos y en sus facciones, en el modo en que apoyaba su cuerpo en la silla. Jugaba con los silencios. Le ofreció tabaco. Seguí lo miró a los ojos, sabía que era un modo de retrasar la cuestión por la que había sido llamado. Rull, imaginaba.

Efectivamente, apenas expulsada la primera bocanada de humo, el juez, quitándose unas briznas, reales o imaginarias, de tabaco de la chaqueta le preguntó si conocía a Joan Rull.

Seguí afirmó con la cabeza. La dejó columpiarse un poco y cuando paró de moverla y parecía ya que no iba a hablar dijo con voz suave:

«Sí, lo conozco».

«Lo conoce», los ojos del juez eran verdosos, y conservaban una transparencia joven, limpia, en medio de los surcos y las depresiones de la piel. Así recordó siempre aquellos ojos el Noi del Sucre.

«Sí. Lo conocí. Hace años».

«Joan Rull i Queraltó».

«Sí».

«Sabe usted que está detenido con algunos familiares suyos, ¿no?».

El juez, ante el gesto inmutable de Seguí, añadió:

«Acusados de fabricar y colocar artefactos explosivos».

El Noi hizo un gesto de forzado asentimiento. Molesto.

«Bien».

El juez preguntaba ahora directamente, guiado por una curiosidad natural:

«¿Y cree usted que Rull y su banda son culpables de esos delitos de los que se le acusan?».

«¿Ellos? ¿La madre de Rull y ese hermano suyo que no es capaz de matar una mosca? ¿Ésa es la banda?».

El juez asintió.

«¿Usted ha visto a la madre de Rull, señor juez? ¿Y se la imagina poniendo bombas por ahí?».

«Perfectamente».

Se quedaron un instante mirándose a los ojos. El Noi del Sucre apartó la vista, observó el escritorio del juez, sus manos pálidas, femeninas, buscaba alguna señal, alguna explicación. Sobre aquella historia que le parecía una farsa, sobre la estrategia

de la policía. Le vino a la memoria una imagen de Rull en el Centro de Estudios Sociales años atrás, riendo, despreocupado, cojo, casi feliz. No escuchó las palabras que de nuevo le dirigía el juez. Durante unos instantes sólo percibió aquella voz deformada, un rumor que penetraba en su ensoñación y desbarataba la imagen lejana de Rull.

«¿Cómo?».

«Hablo de él, de Rull. ¿Tampoco cree usted que él esté directamente involucrado en nada de eso, en la fabricación y colocación de bombas?».

«No lo sé, yo diría que no, señor. No lo creo», los ojos de Seguí, grandes, más ahuevados que nunca por la delgadez y la mala alimentación de los últimos días, transmitían ahora desagrado, casi repugnancia.

El juez suspiró largamente. Se miró un pliegue del traje, pasó la mano por él, otra vez eliminando briznas invisibles. Se decía de él que era un maniático de la pulcritud.

«Dígame, Seguí, ¿qué opinión le merece, como hombre, Joan Rull?».

«Para mí no es más que una piltrafa humana», la respuesta del Noi fue inmediata.

«Lo considera inocente de actos terroristas pero capaz de muchas bajezas. Un ser despreciable, ¿no es eso?».

«Sí. De la peor especie, un confidente, un traidor, un miserable».

Se había acabado la tregua. El juez se puso de pie con lentitud, la mano blanca apoyada en el respaldo de la silla. Avanzó unos pasos en dirección al cortinaje del fondo y dio una orden seca.

«Abran».

La cortina se descorrió despacio, a trompicones, como en un teatro infantil. Seguí vio primero unos pies, un trozo de uniforme, y luego la escena completa.

Allí estaba la figura encorvada, pálida y torturada de Joan Rull. Detrás de él dos policías lo agarraban por los brazos para mantenerlo de pie.

Rull tenía la mandíbula descolgada y mucho más grande de lo que el Noi recordaba. Un ojo cubierto por una tela de carne entumecida. La voz se le había hecho espesa y aflautada, pero el Noi distinguió claramente sus palabras.

«Dios te lo pague, Seguí, Dios te lo pague».

Lo dijo casi con una sonrisa. O ésa era la mueca que producía aquella boca desencajada. De marioneta.

Aquella imagen penetró a Seguí lenta, profundamente, tal como se filtra el agua por la roca. Y supo que nunca, viviese el tiempo que viviese, iba a olvidar la cara y el susurro que había pronunciado Rull. El burbujeo de sangre en sus labios hinchados, el resoplido de un animal apaleado y tambaleante.

Rull intentó dar un paso hacia él, pero una pierna, quizás la de la cojera, se le desbarató, como si fuese ortopédica y se le hubiera saltado el punto de sujeción. No se quejó. Hizo un gesto de desvalimiento. Nada más. Los guardias tiraron levemente de él y desaparecieron por la puerta que había a su espalda.

«De todos los actos de mi vida sólo me avergüenzo de uno», le confesaría unos años más tarde Seguí a su amigo Josep Viadiu.

Estaban sentados frente al mar, en un local de la Barceloneta. Una mesa levemente coja y unos vasos de vino blanco que temblaban un poco sobre el tablero. Curiosamente, aquella desigualdad de la mesa había sido lo que les hizo evocar a Rull. Su cojera. Seguí era ya entonces un líder del anarquismo. Adorado por unos, odiado por otros.

No era fácil ver al Noi del Sucre tocado por la melancolía. Pero esa tarde, con el sol del verano apagándose y un olor a salitre y gasoil flotando en el aire, recordando aquella figura extraña de Rull, le confesó a su amigo Viadiu el remordimiento que había sentido durante el proceso del antiguo compañero. Un dolor que no se había atenuado con el tiempo sino que, por el contrario, había ido creciendo sin detenerse, alimentándose de las pequeñas miserias, los desengaños y las desilusiones que habían destilado los días.

Un animal agazapado en una madriguera oscura que devoraba despojos. Eso era aquel recuerdo que, más que recuerdo, era una emoción torcida, un sentimiento amargo.

«Aquel día, cuando habían detenido y torturado a Rull, caí muy bajo. Yo no tenía que haber hablado así delante de un juez. Nunca tendría que haber hecho eso, Viadiu. No sabes. Qué vergüenza, al verlo allí lo recordé años atrás», negaba con la cabeza, más rabioso que triste.

«Pero, Salvador…».

«No. Es de mal nacido acusar a un desgraciado, a un preso», al hablar, Seguí golpeaba la mesa con dos dedos, rítmicamente, martilleando. El vino se mecía con indiferencia, casi con dulzura, en los vasos.

«Dijiste la verdad, lo que todos pensábamos de él», Josep Viadiu, manos de monstruo, ojos tristes, además de intentar darle una salida al amigo, decía lo que sentía.

«La verdad. Nunca debe decirse la verdad cuando pueden mandar a un hombre al presidio o al patíbulo. Eso lo sabemos todos, ¿no?».

Se alargaban las sombras, empezaba a dibujarse la noche. El Noi seguía recordando en voz alta aquel suceso. Que se sepa, nada más que lo hizo aquella vez.

«Sólo Alomar, sólo él se portó bien en aquel momento. No con Rull sino con la dignidad, con el género humano si lo quieres decir así. Los demás, todos, fuimos unos miserables. Empezando por mí».

Miserables o inconscientes. Vengadores, curiosos enfermizos, inhumanos y feroces. Una vez que fueron detenidos, alrededor de Joan Rull y su familia se despertó un interés aparatoso, malsano. Por toda Barcelona corrían rumores, sobre las torturas a las que era sometida la familia entera, sobre la condena que podían recibir. Se apostaba, literalmente, sobre la suerte que iban a correr.

Se inició el proceso contra ellos. La jauría reclamaba un castigo ejemplar.

Conservadores, anarquistas, republicanos, socialistas. Todos pedían sangre. Y una excitación, un regocijo incontenido, acompañaba los fervientes deseos de venganza. Los Rull eran una atracción. Chacota, zumba, ferocidad. En los puestos de prensa, en las paradas de las flores de las Ramblas y en algún colmado se vendían postales de los acusados como si fuesen un reclamo turístico.

Sólo Gabriel Alomar, escritor novecentista, diplomático, libertario, amigo de Seguí, se atrevió a interrumpir aquel carrusel festivo con un artículo publicado en *El Poble Català*. En él pedía a los barceloneses un poco de humanidad, algo de generosidad con los caídos. De poco sirvió.

Joan y Hermenegildo Rull y la madre de ambos, María Queraltó, fueron condenados a muerte. En el momento en que se conoció la noticia los habitantes de la ciudad se echaron a la calle para celebrarlo. La plaza de Cataluña se convirtió ese día en el centro de una manifestación llena de júbilo. Acordeones, vino. Un tamboril. Alguna sardana. Se había fijado un día para la triple ejecución, 8 de agosto, y todos la coreaban. Promesa de fiesta mayor.

Gabriel Alomar no dio por terminada su campaña en favor de la dignidad. Todo lo contrario. El siniestro espectáculo sirvió para espolearlo. A los intelectuales y a los políticos sumados a la revancha les puso delante un espejo para que contemplaran su bajeza. A los que permanecían callados les echó en cara su silencio.

En un nuevo artículo, esta vez publicado en *La Campana de Gràcia*, pidió al rey el indulto para los condenados. Algunas miradas acabaron finalmente por volverse hacia ese hombre que hablaba con serenidad por encima del griterío. El diario madrileño *El País* se sumó a los argumentos de Alomar días después de la publicación de su último artículo.

Pero el rencor que había dejado atrás la familia Rull i Queraltó era imposible de borrar. Alguna prenda había que darle a una ciudad que por todos los rincones andaba exaltada, mimando su deseo de venganza. En la mente de la masa se había dibujado el espectáculo de la muerte y había que dar satisfacción a ese sueño brutal.

Fueron días difíciles para Salvador Seguí. Ya había salido de prisión. Anduvo desaparecido. No lo vieron por las tertulias. En el trabajo estaba callado. Removía las pinturas con la mirada fija, esperando que de aquellas tinturas surgiese un espectro y lo arrastrase con él al fondo de algún abismo.

No encontró el menor consuelo en la noticia que unas horas antes de la ejecución empezó a correr por toda Barcelona. Hermenegildo y su madre eran indultados. Les conmutaban la pena de muerte por la de cadena perpetua. Ella la cumpliría en la prisión de Alcalá de Henares, Hermenegildo en la de Ceuta.

En el otro lado de la balanza estaba Joan Rull. El joven despierto y alegre del Centro de Estudios Sociales, el soñador de las tabernas con su dulce cojera, el mal anarquista, el confidente, el guapo de los *cabarets*, el torturado aparecido detrás de la cortina como una marioneta macabra.

La víspera de la ejecución una turba expectante se fue juntando a lo largo de la

madrugada en la explanada de la Modelo. Pululaba el hervidero de un lado a otro. Hormigas circulando entre los árboles enjutos. Obreros descamisados, mujeres alegres con niños adormilados en los brazos, comadres, hombres concentrados en la espera. Unos cuantos guardias civiles a caballo entrecortaban parsimoniosamente la multitud, vigilando. Detrás de los muros, en el patio que llamaban Los lavaderos, todo se preparaba para darle garrote a Rull.

A la par que digería la decepción por el indulto del hermano y de la madre, la multitud se alimentaba con la comidilla de las últimas horas del reo. El diario *La Vanguardia* confirmaría en días sucesivos algunas de las cuestiones principales. Un carcelero, testigo de los hechos, aportaría además su testimonio de modo solemne, consciente de haber presenciado un suceso histórico y sin que su lenguaje deficiente ni sus mellas aparatosas mermaran trascendencia a la narración.

Ni el hermano indultado ni el padre habían querido despedirse de Joan. El condenado se quedó esperando la visita en un lateral de las cocinas, sentado en una silla de anea, fumando con un guardia civil que le contaba chistes verdes.

Sólo cuando ya se disponían a devolver a Rull a la celda apareció su madre. Dio un beso en la frente al hijo, disculpó escuetamente la ausencia de Hermenegildo y del padre. Entre las manos llevaba un pañuelillo que encogía y estiraba al modo de un acordeón mudo.

«Me habría gustado verlos, madre».

La madre hizo un gesto leve, torciendo la cabeza hacia un lado y levantando un hombro, estirando al máximo el pañuelo.

«Despedirme. Me habría gustado», insistió Joan.

La madre se vio obligada a dar explicaciones mayores.

«Padre no habría podido tenerse encima de las rodillas. Y tu hermano ya sabes tú cómo es, lo que le pasa. De pensar que iba a venir le ha dado un desmayo y al caer se ha herido la cabeza. El pobre».

«¿Sí?».

«Tiene su debilidad. No es como tú».

«Dígale que se cuide. Y que se esmere».

La madre volvió a torcer la cabeza del mismo modo, paciente.

Se quedaron callados. Miraban el suelo. La madre observó con curiosidad los enormes peroles de la cocina. Suspiró y de nuevo se encogió de hombros.

Rull se puso de pie y entonces fue él quien le devolvió el beso en la frente. La mujer hizo una pequeña reverencia de despedida al guardia civil de los chistes, que se había retirado unos pasos y fumaba en la penumbra con el carcelero mellado que todo lo sabía y todo lo contó. Se callaron al recibir el saludo de la mujer. Maria Queraltó se dio la vuelta y salió. Arrastraba un poco los pies y llevaba el pañuelito desaparecido, arrugado dentro de un puño. «Tal que un pajarillo asfixiao», confirmaría el carcelero omnipresente.

Rull pasó la madrugada escribiendo cartas y postales. Más de cien tarjetas

estuvieron destinadas a los hermanos de Paz y Caridad y de Nuestra Señora de los Desamparados. Una penitencia y al mismo tiempo una caridad. Tal vez pensara Rull que los hermanos podrían vender a buen precio las últimas palabras del célebre condenado Joan Rull i Queraltó. También escribió a los empleados de la cárcel y a algunos antiguos amigos entre los que no se encontraba Salvador Seguí. Todos pudieron comprobar la letra recta y el pulso seguro que había guiado aquella caligrafía, ya fueran palabras de despedida, o frases de gratitud o de perdón.

No durmió. Hacia las seis de la mañana pudo oír un bramido lejano, el eco de una gran algarabía que llegaba por encima de las murallas y los patios. Celebraban su muerte.

El cielo estaba pálido, algunos pájaros ya piaban y un funcionario distraído había izado la bandera negra en el mástil de la cárcel. Al ver el trapo, el público arremolinado delante de la Modelo dio por hecho que Rull acababa de morir y empezó a festejarlo con aplausos, coplillas y golpes con ollas y palos. Los perros ladraban, huían entre las patadas y las risas de la multitud, los niños de pecho rompían a llorar y unos rumores encontrados comenzaron a cruzar la marea en un sentido y en otro.

Rull pudo enterarse de lo que pasaba y en cierto modo fue como si hubiese presenciado su propia muerte. Le dio un poco de miedo, una náusea. Siguió mirando la pared, el suelo. Con los dedos entrelazados, moviéndolos un poco.

En la explanada, la bandera negra había provocado una enconada discordia. Pronto se empezó a murmurar que Joan Rull también había sido indultado, otros negaban esa falsedad y daban detalles exactos de cómo se había desarrollado la ejecución, comentaban el llanto de Rull, cómo se había abrazado a las rodillas del cura, de qué manera al recibir el garrote había arañado el suelo con los pies hasta romper los zapatos y cómo luego, al retirarle el herraje, la cabeza había rodado hasta un rincón de Los lavaderos. Se horrorizaban las señoras, se santiguaban los creyentes, todos complacidos, felices, espantados, mientras por el otro lado de la aglomeración empezaba a circular una noticia fresca y se contaba cómo el hermano de Rull, Hermenegildo, también estaba gravemente herido al haber intentado suicidarse chocando la cabeza contra la pared ante la indiferencia de la madre, que había pedido ración doble de picatostes en el desayuno. Corazón de loba.

De pronto cuajó un profundo silencio. Todos se callaron y los ojos apuntaron al mismo lugar. Eran casi las ocho de la mañana y un funcionario arriaba la bandera negra que su compañero había izado dos horas antes por error.

Era la confirmación de que Rull seguía vivo.

Tras el atónito paréntesis, la plebe retomó el zumbido con más brío, completamente indignada. Protestaba en un coro disparejo contra la normativa reciente que privaba al público de presenciar las ejecuciones, tal como había ocurrido hasta poco antes, en esos años —1894, 1895, 1896— la multitud pudo agolparse y presenciar con sus propios ojos las exitosas ejecuciones de Joaquín Figueras en

Castelldefels o la del Peinador y la de Silvestre Lluís en el Patio de los Cordeleros de Barcelona. De aquel modo no había lugar a la confusión que en ese momento reinaba, no se propalaban rumores insanos ni se producía esa inquietud y malestar. El no saber, el no ver.

A pesar de los inconvenientes y la imposibilidad de asistir a la ejecución, a lo largo de la mañana no dejó de llegar gente a las inmediaciones de la Modelo. Y cuando, ya pasada una hora del mediodía, se alzó definitivamente la bandera negra en el mástil raquítico, la garganta de la multitud celebró al unísono la muerte del Coix de Sants, en mala hora nacido.

La fantasía continuó, y aquellos que deseaban conocer los detalles ciertos de la muerte y sus momentos previos tuvieron que esperar a leerlos en *La Vanguardia* del día siguiente:

> A las doce y media se presentó en la capilla el ejecutor de justicia, Nicómedes Méndez, para vestir al reo de hopa y casquete, haciéndole entrega de un crucifijo que estrechó, besándolo repetidas veces.
>
> A la pregunta obligada del verdugo de si le perdonaba, contestó Rull afirmativamente y con gran efusión.
>
> El público, que esperaba en las inmediaciones de la cárcel Modelo y que había aumentado considerablemente, creyendo que se le permitiría desfilar ante el cadáver del ajusticiado precipitóse en tropel hacia la puerta principal de la cárcel, siendo rechazado por la guardia civil de caballería y por la fuerza de infantería que prestaba servicio de guardia.
>
> Con este motivo hubo sustos y carreras, resultando un niño con una contusión leve en un muslo.

El Noi del Sucre se guardó de leer esa o cualquier otra noticia referida al macabro acontecimiento. Y cuando, varios días después, mientras tomaba un café en un local de la plaza Real, su vista se topó con la primera página de *Los Sucesos* tuvo una arcada. Allí, colocado sobre una mesa, el dibujo de un Rull sonriente y encorbatado ocupaba toda la primera plana a excepción del inmenso titular, **Juan Rull ejecutado**, y una estampa que, situada en el ángulo inferior derecho, reproducía la escena de la ejecución. La mancha negra de una sotana, Rull sentado, dos o tres figuras desdibujadas y el verdugo apostado detrás de aquel reo al que Seguí siempre llevaría a plomo sobre su conciencia.

Carácter de Seguí. El sueño del verdugo

Nada cierto se conoce sobre la participación de Salvador Seguí en los disturbios que conmocionaron Barcelona en el verano de 1909, aquello que más adelante fue conocido como la Semana Trágica.

Hasta donde puede saberse, el Noi del Sucre fue visto durante aquellos días en uno o en otro punto de la ciudad, observando, discutiendo, corriendo por las Ramblas. Sólo eso puede darse por cierto. A partir de ahí las versiones que existen son tan contradictorias que dejan de ser fiables.

Su amigo Josep Viadiu dijo alguna vez que el Noi tomó parte activa en aquel caos que comenzó como protesta contra la guerra de Marruecos y acabó como reivindicación de la clase obrera, si es que uno y otro asunto no eran en realidad la misma cosa. Y contó Viadiu, cara de campesino, ojos tristes, que su participación llegó hasta tal punto que al acabar los disturbios Seguí tuvo que refugiarse en Gualba, un pueblecito del Vallés oriental, donde unos compañeros le dieron asilo por unas cuantas semanas. No está demostrado. Nadie lo vio allí. A nadie le contó nunca el Noi que hubiera estado escondido en Gualba.

Oriol Martorell, concejal del ayuntamiento de Barcelona y con quien Seguí había iniciado una curiosa amistad pocos meses antes, negó que Seguí hubiera participado activamente en el levantamiento popular. Recordaba haber tenido con él una discusión política el primer día de la violencia. Se habían conocido en el café Suizo. A Martorell le fascinaba la facilidad verbal de Seguí, su modo de abordar con claridad asuntos que para otros eran laberínticos o venenosos. Según Oriol Martorell, el Noi del Sucre veía con satisfacción la protesta por lo que tenía de zarandeo a las clases pudientes y a la tiranía con que maniobraba el Ejército, pero entendía que aquel movimiento no iba a tener trascendencia futura ni serviría para vertebrar las aspiraciones de la causa obrera.

«Que aquello era un derroche, unos dramáticos fuegos artificiales, eso es lo que pensaba Salvador», sentenció Oriol Martorell, sabiondo, en una tertulia.

A esa tesis de escaso compromiso con la revuelta se abonó también Lluís Companys, aunque sin proporcionar datos concretos que avalaran su opinión ni hacer referencia alguna ni a la pirotecnia ni al drama.

Y por último está el testimonio de otro sindicalista, Adolfo Bueso, alias el Apuntador y alias el Ángel Rojo, dos años más joven que Seguí, enjuto, casi famélico, nariz inmensa al estilo de una vela latina dividiéndole la cara en dos y colocando a cada lado del muro unos ojos pequeños pero asombrados. En la época, Bueso, que andando el tiempo llegaría a tipógrafo, era maestro auxiliar en la Escuela de los Albañiles de Barcelona.

Bueso va más allá que Viadiu en lo que se refiere a la implicación de Seguí en la Semana Trágica. En sus *Recuerdos de un cenetista*, memorias inéditas, pinta a un Seguí hiperactivo durante esos días. Lo localiza en una barricada de la calle Hospital.

Justamente en un lugar conocido como Las Vueltas de Bernardino cuenta Bueso que se encontró con el líder anarquista Josep Negre. Negre estaba arengando a un destartalado grupo compuesto por desertores de las milicias y civiles enfurecidos. Y allí, al lado de unos cuantos jóvenes, sin gorra ni sombrero y en mangas de camisa, asegura Bueso haber visto al Noi del Sucre con un espléndido máuser colgado del hombro y una sonrisa inmensa endulzándole la cara. Según Bueso, alias el Apuntador, alias el Ángel Rojo y también alias Serafín Reig, era el lunes 26. Primer día del levantamiento popular.

Y no sólo asegura esto Bueso. Siguiendo el hilo de su memoria relata cómo en la noche del día siguiente, martes 27, vuelve a toparse con Seguí. En esta ocasión afirma haber visto al Noi del Sucre formando parte de un grupo que, en medio de la madrugada y alumbrado con teas y antorchas al estilo medieval o romántico, llega a la barricada que se ha levantado en las escaleras de la prisión de mujeres, asediada por la guardia civil. Según Bueso, «unos quince hombres disparando sus escopetas y rifles saltaron corriendo en auxilio de los sitiados, seguidos de otro grupo similar armados éstos con revólveres. Salvador Seguí iba entre los primeros», es decir, entre los que portaban fusiles. Quizás el espléndido y ya famoso máuser.

A saber. Pueden pensar lo que quieran. Nada claro hay en lo que Seguí pudo o no pudo hacer a lo largo de aquellos días en los que la ciudad estuvo en llamas. Había tiroteos por todas partes, muertos en las aceras y momias de monjas expuestas al sol. Incluso se vio a Isidrín el Tonto bailando una especie de vals con uno de aquellos cadáveres por las Ramblas.

Lo cierto es que esa época significó un periodo de transformación y asentamiento para el Noi del Sucre. Hacía un año aproximadamente que había salido de la cárcel, donde había pasado unos cuantos meses a consecuencia del accidente, digámoslo así, del teatro Condal. En prisión se había entregado fervientemente a la lectura de los clásicos del anarquismo. También, vía Nietzsche, había desembocado en la filosofía. Pronto, a todo el que quiera oírlo, y muchas veces al que no, le dirá que Aristóteles había sido el mayor pensador de todos los tiempos y le recitará las dos primeras y lapidarias frases de la *Metafísica*. «Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber. El placer que nos causan las percepciones de nuestros sentidos son una prueba de esta verdad».

«Una prueba irrefutable», añadía de su propia cosecha el Noi del Sucre.

Un ejemplar del libro de Aristóteles sustituye a partir de entonces al sobado *Así habló Zaratustra* que tan buenos servicios le había prestado.

También se familiariza con Descartes, con Rousseau, con Montaigne, con Gracián. Pero no nos equivoquemos. No por ello puede deducirse que el Noi del Sucre se ha convertido en un pacífico vegetariano entregado a la ensoñación y a las amapolas literarias. La filosofía, los libros, la literatura, no son para él una quimera o un motivo de especulación intelectual, sino una inmersión en los cimientos del mundo y una luz que alumbra el destino del mismo. No son un limbo, sino una forma

de abordar y propiciar el combate. Una vía para subvertir la realidad.

«Para mí la literatura no es más que un procedimiento de propaganda», dejó escrito.

El Noi del Sucre, al que muy pronto todos van a conocer como un carismático y entusiasta líder sindical, se está formando con los posos de una triple o cuádruple torrentera. La calle, el movimiento obrero y los libros confluyen en la dársena de su propia naturaleza, cruzada por repentinas tormentas y días templados. Su jovialidad, su humor expansivo y la condescendencia con algunos defectos ajenos desaparecían repentinamente de la faz de la tierra para dar paso a uno de aquellos arranques de cólera que lo convertían en un hombre temible, alguien que podía emprenderla a golpes con cualquiera que hubiese puesto en cuestión su dignidad, se atreviera a vilipendiar a algún compañero honrado o pretendiese rebajar la condición noble que él atribuía a los trabajadores.

Un rubor oscuro le subía al páramo inmenso de sus mejillas y se las coloreaba, primero de púrpura y luego de un tono que tiraba a morado. Furibundo, en plena erupción, los ojos le desprendían un brillo negro. Los que lo oyeron en alguno de esos arrebatos decían que la voz le sonaba diferente, como si de pronto tuviera la boca pastosa, revuelta de una bilis que no lograba expulsar con sus improperios.

Una de las últimas veces que se le vio de aquel modo fue en un local próximo al Paralelo. Una taberna llamada Can Ramón. Allí, a cada tanto, Nicomedes Méndez daba una charla sobre su trabajo. Nicomedes Méndez era el verdugo de Barcelona. Por sus manos habían pasado asesinos y casos de gran renombre. Hasta 1896 sus ejecuciones fueron públicas y eso, unido a una templanza fuera de lo común y a una experiencia muy dilatada en el oficio, le habían proporcionado un renombre que el verdugo estaba empeñado en aprovechar.

Riojano, pulcro, criador de canarios, crecido porque el mismísimo don Vicente Blasco Ibáñez lo había hecho protagonista de un relato titulado *Un funcionario*, el verdugo Nicomedes quiso montar en el Paralelo el Palacio de las Ejecuciones, una barraca como otras tantas que en la época poblaban la zona y que estaban dedicadas a penosos números de circo o a la exhibición de fenómenos y seres monstruosos. La atracción proyectada por Méndez estaría destinada al aleccionamiento popular de la pena máxima y a mostrar los pormenores de su profesión de matarife humano.

Nicomedes Méndez, visionario y muy orgulloso de su oficio, al que consideraba como «la profesión más limpia», había diseñado un local en cuyo espacio central quedaría instalado un patíbulo con su correspondiente escalinata. Sobre el módico cadalso, Méndez, auxiliado por su ayudante, el estira cordetes, llevaría a cabo una doble y ficticia ejecución de garrote vil. Para ello había diseñado dos muñecos de cera, hombre y mujer, de tamaño natural, más un tercer maniquí, éste vestido con sotana y crucifijo en mano, que representaría el papel indispensable del cura, figura a la que Nicomedes le daba un valor trascendente en cualquier ejecución.

El sueño del verdugo no pudo realizarse. La administración no comprendió el

carácter didáctico de su espectáculo ni tampoco entendió, como tan nítidamente lo veía Méndez, que aquel teatrillo visto por niños y muchachos de conciencias dudosas fuese disuasorio para futuros criminales que, al recordar el espeluznante final que podía aguardarles, optarían por un camino más apegado a la ley y la decencia. El ayuntamiento de Barcelona le denegó el permiso para abrir la barraca, privando al público de ver cómo aquellos muñecos de cera sufrían la trepanación de su bulbo raquídeo.

No desfalleció Méndez. Era un hombre de conciencia firme y voluntad férrea. Convencido de lo benéfico de su empeño y atraído por el dinero que tal fervor le podía reportar, concibió un plan algo más modesto. Habló con el dueño de Can Ramón y acordó con él dar una serie de charlas —conferencias las llamaba Nicomedes Méndez— sobre sus vivencias como verdugo.

Le procuraron una tarimilla. Y desde allí, pulcro, con su ancho bigote peinado hacia los lados, entre la humareda, las risotadas y las voces, iniciaba su discurso dejando constancia de lo cristalino de su conciencia y la ejemplaridad que guiaba su mano a la hora de apretar el torniquete.

La voz era de flauta.

«Lo primero es que sepan ustedes que no soy yo, señores, quien mata a ese desgraciado que me sientan ahí, temblando, en descomposición».

Se tomaba una pausa Nicomedes para medir la atención del público y hacerla más espesa. Una vez cuajado el silencio, arrancaba de nuevo, con un tono que iba creciendo a cada sílaba hasta acabar en campanada.

«Y tampoco son los tribunales quienes mandan quitarle la vida. Quien lo piense está equivocado al mil por cien».

Pausa. Respiración, redoble.

«Es él mismo quien se mata con el crimen que cometió. Es él quien ha buscado su propio fin. Él. El criminal».

Se explayaba Méndez en anécdotas y detalles escabrosos. Se tenía por el número uno en su oficio y contaba ufano cómo había introducido una innovación en el garrote llamada La Versión Catalana, una nueva modalidad de su propia cosecha que según él atenuaba el suplicio del reo y que experimentó por primera vez con Santiago Salvador, el anarquista que en 1893 había arrojado dos bombas Orsini en el Liceo cuando comenzaba el segundo acto de *Guillermo Tell* ocasionando veintidós muertos.

Méndez se preciaba de distinguir la verdad de la mentira en las confesiones postreras de los reos y compilaba para aquel público boquiabierto y jaleoso las últimas frases de los ajusticiados.

«Lobos vestidos de corderillos y alguno en el que reconocí la inocencia pero al que igualmente, por mandato superior, apliqué el castigo. A todos con piedad, a todos. Porque la piedad está unida a este oficio como la mano al brazo, como el brazo al tronco».

Y así, sin saber que en aquel lugar, esquina del Paralelo, peroraba un verdugo,

entró una de esas noches en Can Ramón, Salvador Seguí con Agustín Muntaner, hermano de Teresita, y Tintoré, sesudo compañero en la tertulia del Suizo.

Al pronto, no reparó el Noi del Sucre en aquel hombre que hablaba con voz meliflua desde el pequeño estrado. Se acomodó con Muntaner en el mostrador y sólo cuando Tintoré volvió a reunirse con ellos después de haber estado escuchando unos instantes a Méndez, supo Seguí de quién y de qué se trataba.

«El verdugo Nicomedes», señaló Tintoré con la sien.

El Noi depositó lentamente su vaso en el mostrador. Levantó la barbilla y prestó atención a la vocecita que venía de más allá del nubarrón de humo, flotando por encima del murmullo general y las bromas negras de la parroquia como si la voz fuese una hilacha más de niebla.

Un efluvio tóxico que se metió en el organismo de Seguí y que en ese momento disertaba, entre la chacota de los oyentes, sobre la ejecución de Isidre Mompart.

Seguí avanzó con la vista fija en el verdugo, sin ver por dónde andaba ni con quién se cruzaba. Méndez contaba la peripecia que acarreó la ejecución de Mompart. Éste era un muchacho de veintiún años, asesino de dos niños, una mujer y una anciana, ladrón, y necrófilo que se sació sexualmente tanto con la mujer como con la anciana después de muertas.

«Una desviación del género humano, un engendro al que su abogado quiso librar de la pena que le habían impuesto. Confiaba en que llegaría el indulto. Era un abogado sin raíces, sin experiencia, ya saben ustedes. Así que para dilatar la hora de la ejecución alegó que su cliente, que iba vestido con una camisa amarilla no llevaba la ropa adecuada».

El Noi del Sucre miraba las manos pálidas, delicadas, del verdugo, el modo en que dibujaba raros garabatos en el aire al hablar.

«Ya saben ustedes que a los parricidas se les viste de amarillo para ejecutarlos. No quería confusiones. A eso se agarró el abogado del criminal. Al color del camisón. Y se empeñó en decir que su cliente no tenía otra ropa. Ganando minutos, pensaba él. Aumentando el tormento del desgraciado Mompart, que de descompuesto como estaba tuvo que ser devuelto a la capilla, si lo sabré yo, aunque éste bien ganado se lo tenía, por criminal y marrano y enviciado con lo sagrado, un cadáver. Yo a los cadáveres y a los reos los trato como cosa santa, eso se lo digo aparte de lo que les cuento. Como cosa santa. Un reo, y más un cadáver».

Agustín Muntaner y Tintoré se miraron sin acabar de entender qué le ocurría a su amigo Salvador, por qué estaba allí, al parecer tan interesado en lo que decía el macabro charlatán.

«Se fueron a comprarle ropa, por allí, por la calle Amalia, y como se estaba en enero y a punto de empezar los bailes de carnaval, en las prenderías se alquilaban y vendían dominós, y el empleado de la cárcel compró uno, negro y con ribete rosa. Le quitaron los ribetes con unas malas tijeras, así a lo basto, los guardias metidos a modistos, y con imperdibles se procedió a encajarle el traje al criminal. De forma que

cumplida la ley, satisfecho el defensor, marchó el reo hacia el garrote, vestido con un dominó de baile de máscaras».

El verdugo dejó que la ola de la mofa rompiese mansamente en la arena, que tuviera su desahogo entre aquella gente empapada de alcohol y excitación morbosa. Asentía con calma, mirándolos con socarronería y hondura, sabio en la materia humana.

El arrebol de la ira fue subiendo a la cara de Seguí.

«Y a pesar del traje de bufón y del empeño del abogado por enturbiar el camino recto de la justicia, se dio un espectáculo ejemplar. No se cabía en la plaza. Cientos y cientos de personas con el cuello estirado para ver el cumplimiento. Había niños trepados a los árboles. En las fotos están retratados. En mi carpeta lo tengo todo y el que lo quiera lo puede mirar, de gratis. Yo me fío del castigo, me fío de él tanto que defiendo que debe hacerse a los ojos de todos. Porque es bueno. Es sanador y previene el mal».

Méndez sacó de la carpeta una foto en la que aparecía una multitud. Unos árboles inmensos con las ramas peladas y un pequeño rectángulo con una sombra en medio. El patíbulo, el reo. Hoy la foto puede verse en internet.

«Verán ustedes cómo esos niños que estaban allí con sus baberos y sus ojos más abiertos que platos no caen en el mal camino, sólo por no verse como vieron a Mompart con el cuello quebrado y veinte centímetros de lengua colgando de la boca. No como hicieron con Rull, que tuve que darle justicia medio a escondidas y con una aglomeración de criaturas impacientes al otro lado de la tapia de la Modelo, deseando ver cómo el criminal purgaba. Como si yo y el cura que lo asistió y los guardias y hasta los jueces estuviésemos haciendo algo manchado de vergüenza».

Muntaner y Tintoré vieron cómo al arcoíris que marcaba la furia del Noi del Sucre le sucedió en su cara un mal color, una mancha terrosa y gris que pareció contaminar las palabras que salían por su boca, un susurro que primero apenas tenía fuerza para mezclarse con las voces, las risas, el chocar de vasos en los tableros y luego subía por encima de aquellas cabezas e increpaba al verdugo.

«Asesino, eres un cabrón vendido a la burguesía, matarife, ganando dinero con el sufrimiento de los más desgraciados, a ti sí que tendrían que subirte a un patíbulo», una retahíla de palabras dichas en voz baja que apenas podían entender Muntaner y Tintoré, ya a su lado, dándole escolta, previendo un tumulto, un arranque exageradamente violento del Noi.

«¡A ti sí que tendrían que subirte a un patíbulo, cabrón!», de pronto las palabras de Seguí se había convertido en un grito.

Su voz resonó por toda la taberna y el verdugo detuvo su discurso. Con la mirada fría, sin alterarse lo más mínimo, siguió los movimientos del Noi del Sucre, cómo intentaba desembarazarse de Muntaner y Tintoré al tiempo que seguía gritando, muy pálido.

«¡Pagarás todo lo que has hecho! ¡Matarife! ¡Asesino!».

Méndez asentía suavemente con la cabeza, muy convencido, mientras Salvador Seguí movía los brazos y estiraba el cuello, trabado por sus dos amigos.

Dos mesas se volcaron, cristales rotos, gente apartándose, mirando con violencia. Ramón, el dueño del tugurio, sacó un garrote de debajo del mostrador en previsión de un disturbio que en ese momento parecía que empezaba a desvanecerse. El Noi era impulsado por sus dos amigos hacia la calle.

«Sé quién eres. Sé quién eres», susurraba el verdugo sin dejar de afirmar con la cabeza, marcando las sílabas en los labios para que Seguí advirtiera lo que estaba diciendo.

Rull apaleado, su mandíbula desencajada, la cara y los labios del verdugo, su bigote en movimiento como una rata.

Seguí, por una vez, se dejó llevar. Llegando a la puerta pudo oír la voz de Méndez que a esas alturas había abandonado el susurro y decía en voz alta, para que lo oyese todo el mundo:

«Sé quién eres, sé quién eres, Noi del Sucre, y si no enderezas tu rumbo sé que un día acabarás sentado delante de mí, besando un crucifijo. Tú y los que son como tú. Os conozco muy bien».

Y continuaba asintiendo levemente con la cabeza, seguro de sí mismo el verdugo Méndez, ganándose de nuevo la atención de su auditorio.

Nada parecía importarle ya a Seguí. Ni lo que decía el verdugo ni nada de lo que sucedía a su alrededor. Eso diría tiempo después Tintoré a un periodista y algo muy parecido contó Muntaner a su hermana Teresa, cuando ya era la mujer del Noi del Sucre.

Una vez en la calle, Seguí se inclinó contra la pared. Echó un vómito largo. Sus dos acompañantes se miraron. El Noi se incorporó. Se limpió los ojos y la boca con un pañuelo. Aspiró aire. Miró al fondo de la calle, el cielo empalideciendo, cruzado de pájaros. Se pasó la mano por la cara, tosió y echó a andar en dirección a la avenida del Paralelo. Sus amigos se le colocaron a un lado. No dijo nada. No habló de Rull. No volvió a mencionar al verdugo. No dio explicación de lo que había hecho en Can Ramón ni ellos se la pidieron.

El Noi del Sucre era alguien a quien se le guardaba respeto. Se empezaba a hablar de él en todos los ámbitos de la Barcelona obrera. Se decía que tenía futuro. Que tenía valor, que tenía ideas. Que era un hombre de los pies a la cabeza. Que iba a tener un papel importante en la gran organización anarquista que estaba a punto de nacer. Porque a esas alturas los miembros de Solidaridad Obrera y todos aquellos hombres luchadores, visionarios e idealistas que se mueven a su alrededor, han llegado a la conclusión irrevocable de que deben cambiar su estrategia si quieren conseguir resultados concretos y que las aspiraciones de los anarquistas no sean pura retórica o queden convertidas en conatos de rabia expresados con bombas, manifestaciones violentas y arrebatos esporádicos.

Tienen el ejemplo francés. Entre todos proyectan una transformación del

sindicalismo. Y todos en Barcelona están seguros de que el Noi del Sucre va a entrar de lleno en ese nuevo movimiento. Alguien como él tendrá futuro en esa nueva organización a la que tal vez van a denominar Confederación Regional del Trabajo, CRT, o incluso, si el plan resulta más ambicioso, Confederación Nacional del Trabajo, CNT.

CNT. Republicanismo (Ubicación histórica)

Desde el fracaso de la huelga general que había intentado llevar a cabo en 1902, el sindicalismo catalán no levantaba cabeza. Podría decirse que seguía el zigzag de un beodo, sin energía ni continuidad. A veces dando dos pasos firmes para a continuación dar un quiebro que acababa en ninguna parte. Diluyéndose. Metiéndose en callejones sin salida.

Aquella agrupación sindical que se llamaba la Unió Local de Societats Obreres de Barcelona y que aglutinaba a trabajadores de todo tipo y creencia nunca había sido realmente otra cosa que una amalgama con empacho de ideas pero famélica en la acción.

De aquella Unió surgió en 1907 Solidaridad Obrera. En la comisión organizadora estuvo Salvador Seguí. Aunque el ámbito había pasado a ser regional, repetían el esquema de la Unió Local de Societats Obreres de Barcelona en cuanto a la diversidad de pensamiento. El único credo común era la defensa de la clase obrera. Tenían un lema al amparo del cual recibían a todos sus afiliados. «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; nosotros os enseñamos el camino, que es la asociación y la solidaridad obrera».

Aunque el epicentro lógico del nuevo sindicato siempre fue Barcelona y su enjambre fabril, pronto acudieron obreros de toda Cataluña a recibir amparo. Y a darle vigor. Solidaridad Obrera creció rápidamente, adquirió una fuerza que hizo temblar a más de un empresario y puso a más de un industrial a pensar en los derechos de sus trabajadores. La Semana Trágica no ayudó a la organización. Se aprovechó la insurrección para arrinconar a los obreros. Censura, persecución. Encarcelamientos más o menos indiscriminados. Los políticos que daban auxilio al sindicato desaparecieron, los empresarios, al comprobar su debilidad, se crecieron. Hubo desbandada, o casi. Ante ese estado de cosas, los anarquistas, parte fundamental de aquella organización, decidieron crear un sindicato que tendría la acción directa como meta.

La idea estaba madura después de tantos años de intentos baldíos. Era 1910. Octubre. En Barcelona se celebra un gran congreso libertario. Solidaridad Obrera se transforma en una nueva organización de corte únicamente anarquista. No quieren estar vinculados a la política. Ni socialistas ni comunistas tienen cabida. Ni izquierdas ni derechas. Nada. Anarquismo. Sindicalismo puro. Defensa a ultranza de los derechos laborales.

La nueva formación sueña con extenderse a todo el país pero finalmente su ámbito es únicamente el regional. La magnitud de la UGT cohíbe a los delegados, que en ese momento no se atreven a constituir un sindicato nacional que pueda competir con la poderosa Unión General de Trabajadores. Optan por constituir la Confederación Regional de Trabajadores. CRT.

Es el primer paso. La maquinaria se ha puesto en marcha. Lo más difícil está

hecho. Pero, como el apocamiento no forma parte de la personalidad de aquellos anarquistas dispuestos a la conquista universal de sus derechos, sólo transcurre un año para que estén reunidos en un nuevo congreso fundacional. Más ambicioso. En septiembre de 1911 queda constituida la Confederación Nacional del Trabajo. La UGT ya no es un obstáculo. La recién nacida CNT no sólo no teme las medidas que pueda tomar aquel sindicato contra las aspiraciones de la nueva organización sino que aspira a una futura unión de las dos centrales Libertarios y socialistas unidos. Y así lo recogen en el texto final del Congreso:

> El Congreso acuerda constituir una Confederación Nacional del Trabajo española, que se compondrá provisionalmente de todas las sociedades no adheridas a la Unión General de Trabajadores, con la condición de que una vez constituida la CNT española, se procurará establecer un acuerdo entre las dos federaciones, a fin de unir a toda la clase obrera en una sola organización.

El nuevo mundo está frente a ellos. El apostolado también:

> El Sindicalismo es una institución salvadora en la que cada desposeído, cada injuriado, cada víctima de la injusticia social encontrará, no un apoyo compasivo, sino solidaridad positiva, verdadero compañerismo, la fuerza necesaria para su satisfacción y su justificación.

Salvador Seguí está presente en el nacimiento de la CNT. Tiene veintitrés años y ya es conocido en toda la Barcelona trabajadora y en los ficheros de la policía como un líder brillante, impulsivo, carismático. Pero cuando, unas semanas después de constituirse, la CNT convoca una huelga general, Seguí evita cualquier protagonismo. No está de acuerdo con la medida e intenta pasar desapercibido.

Barcelona se ha convertido en un caos. El Noi del Sucre, dando muestras de su personalidad independiente, desaparece, se esconde, se disfraza.

Su amigo Simó Piera lo encuentra una tarde en un bar de la calle de San Pablo, vestido con una blusa azul, un pañuelo al cuello, boina y gafas negras. Piera, que a los seis años ya se ganaba la vida cargando y vendiendo escombros en los desmontes de Sabadell y que ahora es un impresor correoso, le pregunta al Noi si pretende hacerse pasar por un tratante de ganado. Seguí se ajusta la boina y le responde que sí. Y además se ríe. Se ríe con aquella risa suya de joven, que suena a trueno y en la que se le ven los molares.

Simó espera que la risa amaine.

«Pues no lo consigues. Vas muy mal disfrazado», le dice entonces. Y lo vuelve a mirar de arriba abajo.

El Noi del Sucre se encoge de hombros:

«Vosotros tampoco lo vais a conseguir. El disfraz revolucionario nos queda

grande, todavía. Esto no tiene consistencia. Aparte, esta huelga está contaminada de política».

«Consistencia… contaminada…», Simó Piera niega con la cabeza, Salvador Seguí afirma, con el mismo ritmo que su compañero.

Se despiden.

Puede decirse que la huelga es un fracaso. Además del perjuicio que supone un seguimiento desigual, un tal Sánchez Moreno, un tipo influyente entre los obreros barceloneses, filtra al gobierno civil los nombres de los principales coordinadores. Son detenidos. La huelga queda descabezada. El Gobierno, envalentonado y justificado, aprovecha para declarar ilegal la CNT y clausura todas sus sedes. Encarcela a muchos de sus dirigentes. Simó Piera, buscado como uno de los cabecillas, escapa de Barcelona en un tren de ganado, se refugia en Toulouse.

Salvador Seguí se reúne clandestinamente con los dirigentes anarquistas que quedan libres. Se organizan para ayudar a las familias de los represaliados. Se constituye una red oficialmente invisible pero sólida. La CNT tiene ya detrás de sí treinta mil trabajadores. A pesar de estar ilegalizada su aparato no dejará de crecer en la sombra.

El Noi del Sucre anda obsesionado con una idea. Reunir a toda la clase obrera bajo un mismo techo y con un mismo horizonte. La CNT es un instrumento con el que avanzar por ese camino, pero para aquel Salvador Seguí joven, imbuido por el pensamiento de los grandes líderes del anarquismo europeo, la CNT no es todavía lo que él sueña que sea. Su estructura falla. Se encuentra dividida en tantas sociedades obreras como oficios hay. No es un ariete con el que derribar los portones clausurados de los caciques y los patronos.

Seguí piensa que los sindicalistas están obligados a conquistar una cohesión mayor. Y a que todos los trabajadores de la península Ibérica estén organizados al margen de sus ideas políticas para conseguir la dignidad que siglos de despotismo les han negado.

Discute, aguijonea, escribe, no se conforma. Da charlas, participa en mítines semiclandestinos, polemiza, entra en cólera, apacigua, une, divide. Se agranda, crece, se multiplica. Se gana adhesiones incondicionales, lo persiguen críticas venenosas.

Desde el sector más severo del anarquismo lo acusan de elitista. En una reunión, un muchacho más joven que él le recuerda que los libertarios españoles no provienen de la burguesía ni menos aún de la aristocracia al estilo de Bakunin o Kropotkin, sino del corazón de la clase obrera. Le aplauden cuatro o cinco seguidores.

«Si ellos vienen del corazón yo vengo de su hígado, de sus tripas. De la víscera que quieran. Soy pura casquería obrera», le dice a Companys una mañana, paseando por la Boquería.

«Mira, eso eres tú», le dice Companys sonriente, señalando un puesto del mercado en el que están revueltas las entrañas de un animal. «Pura aristocracia carnicera, eso eres, nano».

«Cuidado tú, que eso es cerdo», advierte Seguí.

«¿Ves como eres delicado? Si tienen razón tus amigos anarquistas».

Esos amigos anarquistas van diciendo por ahí que el Noi del Sucre es un dandi. Y aseguran que en más de una ocasión lo han visto con sombrero, pañuelo de seda y camisas planchadas a conciencia, como si una esclava hubiese estado pasándole el hierro tres horas a las mangas y lo único que le quedase fuese ponerle cuello duro y almidón.

Son los bulos del ala radical. Se alimentan de un día que lo vieron acicalado para una boda, de una noche en la que andaba peripuesto en una verbena de barrio. Su apariencia altiva, el gusto por ir pulido y repeinado le dan un toque de cierta elegancia aun cuando va ataviado con su ropa de faena, alpargatas y gorra. Su indumentaria habitual.

Además recelan de su amistad con burgueses con pedigrí. Con el concejal Oriol Martorell, con Lluís Companys, hijo de un terrateniente, o con Francesc Layret, cada día más inmerso en maniobras políticas. Quienes lo desuellan a costa de esas amistades olvidan a conciencia que el Noi del Sucre ha rechazado el contrato que Martorell le ofrecía para trabajar en las brigadas obreras del ayuntamiento de Barcelona, que Companys anda medio arruinado por ayudar a obreros perseguidos y que Layret está cada vez más comprometido con la causa de los trabajadores, aunque, eso sí es cierto, desde la política.

«Políticos, amantes del poder, hijos de la basura que siempre estarán mosconeando alrededor de esa inmundicia de la política y que utilizan a los obreros en su beneficio». Ésas son las sentencias que sueltan los que se oponen al ascenso de Seguí.

Su apasionada defensa de la causa obrera desmiente la templanza ideológica que ya entonces algunos quieren atribuirle. Lo que hace, lo que escribe, su pasión sindical, cuestiona cualquier recriminación. Seguí arriesga. No deja de pensar en nuevas posibilidades del sindicalismo. Calibra todas las opciones para afianzar el poder de los trabajadores. Y además, sí, estudia, lee, habla, intenta divertirse. Y además, sí, tiene buenos amigos entre la izquierda política.

Lluís Companys está absorbido por la política. Atrás van quedando las parrandas nocturnas, las aventuras medio amorosas y las timbas. Continúa sintiéndose republicano hasta la médula pero ya —también él— ha marcado distancias con Alejandro Lerroux. El Emperador del Paralelo se le ha revelado cada vez más como un chalán y un aventurero de la política. Sólo cuando surge la coalición Solidaritat Catalana, volverá a estar Companys cerca de Lerroux y su gente. El suceso del *Cu-Cut* está detrás de este asunto.

Los hechos del *Cu-Cut* no solamente ayudan a la formación de aquella coalición electoral sino que espolean el sentimiento nacionalista de muchos catalanes.

Companys entre ellos.

Cu-Cut es una revista satírica, avalada por la Lliga Regionalista y por tanto emparentada con el diario *La Veu de Catalunya*. Podría decirse que el *Cu-Cut* es el pariente gamberro de *La Veu*. Ninguna de las dos publicaciones gusta al centralismo. Al Ejército menos aún. Así que a raíz de unos artículos de *La Veu* y sobre todo de una viñeta del *Cu-Cut* en la que se ridiculiza a los militares se produce por parte de éstos el asalto a la redacción de la revista. Que el estamento militar invada la sede de un periódico no es un asunto nuevo. Lo habían hecho en época de Isabel II y lo habían repetido cuando en las últimas campañas de Cuba no se habían considerado bien tratados por la prensa.

Mesas de redacción volcadas, elementos tipográficos rotos, charcos de tinta por el suelo y embadurnando el pelo de las empleadas, ventanas reventadas, redactores amoratados. Ése es el paisaje que dejan tras de sí los airados señores de uniforme.

La cosa trasciende. Por toda España se habla del suceso del *Cu-Cut*. Se forman bandos a favor y en contra. Se producen algaradas. La clase conservadora aprieta filas, se unge de militarismo. Por el otro extremo, cunde el separatismo entre los catalanistas más intensos. La indignación no es patrimonio de nadie. Al frente de todo ello tenemos un jefe de Gobierno tan untuoso como inútil, Segismundo Moret. «Levita irreprochable, cerebro vacío», lo definirá con acierto el jurista Ángel Ossorio y Gallardo en una biografía sobre Companys.

El melifluo Moret, lejos de tomar medidas para desarmar a los exaltados de una parte y de otra, se arredra ante el desbocado militarismo y se inventa una lamentable Ley de Jurisdicciones mediante la cual la libertad de expresión, de pensamiento y de prensa queda en manos de los tribunales militares. El Ejército es a partir de ese momento juez y parte.

Si de ese modo Moret pensaba que los nacionalistas se iban a acobardar no hacía otra cosa que dar una muestra más de su ineptitud. El resultado es justamente el contrario.

Ante la afrenta, los elementos del catalanismo se agrupan bajo un solo aliento. De ahí es de donde surge Solidaritat Catalana. Una amalgama heterogénea en el pensamiento político pero unida en un único sentimiento. Son el corazón y la visceralidad quienes ahora mandan.

A Solidaritat van a parar republicanos de extrema izquierda, moderados enarbolando la bandera del seny o carlistas anclados en un pasado catalán fabricado más a base de fábulas que de realidades. Y ahí, en medio de esa turbamulta herida de nacionalismo e injusticia, están Francesc Layret y Lluís Companys.

Companys es la sombra de Layret. Los dos amigos marchan unidos en sus movimientos políticos. Los dos respaldan la maniobra maestra de colocar frente a ese movimiento republicano no a un catalán sino a un andaluz que por encima de los intereses autonomistas representa el alma del republicanismo. Nicolás Salmerón. Expresidente de Gobierno en la Primera República, hombre grave, capaz de

abandonar su cargo por problemas de conciencia y con gran peso político e intelectual.

Es justo lo que Solidaritat y el republicanismo necesitaban. Cunde el entusiasmo. Las manifestaciones se suceden por los cuatro puntos cardinales de aquella desquiciada España de principios de siglo. En Barcelona se roza el delirio cuando en un ventanal del hotel Colón y ante una multitud expectante se funden en un abrazo Salmerón y el duque de Solferino, máximo representante de los carlistas catalanes.

Demasiado catalanismo para Lerroux, que al verse postergado dentro de la coalición adorna su sombrero de paja con una cinta de la bandera española y decide emprender su propio rumbo. Con él se va parte del republicanismo, que a partir de ese momento queda escindido.

Con Lerroux están algunos republicanos decentes de la vieja guardia, algunos pícaros arrimados a la política y algunos desorientados. Al otro sector van a parar elementos de la derecha —con Cambó y Prat de la Riba a la cabeza— y de la izquierda —Jaume Carner, Ildefons Suñol, Francesc Layret y Companys. Todos están unidos por el catalanismo y el horizonte esperanzado de la República.

Pero es un horizonte demasiado lejano. Pasados los primeros impulsos y diluido el entusiasmo callejero, el conglomerado de Solidaritat empieza a cuartearse. Salmerón, siempre de salud delicada, muere en los baños termales de Pau, Francia, en mitad de un periodo vacacional. Eso acarrea más disensión. La Lliga Regionalista y sus comodines de la derecha se van adueñando de la coalición mientras que los izquierdistas del perfil de Carner, Layret y Companys perciben que el clima ha cambiado y que ése no es su sitio.

Se rompe Solidaritat y la gente de la izquierda nacionalista y republicana busca un nuevo acomodo. No van a regresar al costado de Lerroux, centralista y cada vez más patriotero de bombo y platillo. Así que, mientras los anarquistas andan preparando el germen de la CNT, casi simultáneamente, surge Unión Federal Nacionalista Republicana. A partir de entonces el partido es conocido como el UFNR. Sus enemigos, con mofa y recelo, lo llaman el PUF. Sus líderes son Jaume Carner, Pompeu Fabra, Francesc Layret, Gabriel Alomar y algunos otros nombres de prestigio. Companys, naturalmente, sigue los pasos de Layret.

Francesc Layret es a esas alturas concejal del ayuntamiento de Barcelona, profundo admirador del Partido Laborista británico y un ideólogo del republicanismo catalanista. En los pasillos municipales es ya una figura conocida y respetada, incluso temida. Un viejo compañero recoge en un apunte apresurado una descripción de Layret en esa época: «Era bajo y enfermo. Tenía que caminar apoyado en dos muletas. Sus piernas no tocaban en el suelo. Sólo la leve punta del pie derecho… Las piernas formaban en el arco de sus dos muletas un esguince trágico. Bajo el pantalón llevaba un armatoste metálico espantoso y al caminar, el ruido del hierro producía espanto. Las piernas le bailaban en el aire».

La penosa descripción acaba diciendo que Layret tenía una fuerza hercúlea en los

brazos. Lo que no se menciona en ese esbozo es que también su mente está dotada de una potencia descomunal.

Se va posicionando como un político distinto, audaz, valiente. Junto a Gabriel Alomar define el espíritu de lo que va a ser a partir de entonces su espacio político.

Ambos son conscientes de que el fracaso de la izquierda catalana, «nuestra izquierda catalana» la llaman, ha sido actuar como un partido de centro. Quieren cambiar y trabajan para que su formación alcance un nuevo rumbo. La clave está en esas tres palabras. «Nuestra izquierda catalana». Van a combinar una política de izquierdas con el catalanismo. Y lo van a hacer a su modo, entreverando elementos —izquierda, nacionalismo— que en principio resultan antagónicos.

«Nuestra tarea debe consistir en dar un carácter afirmativo, orgánico, sistemático y consciente al obrerismo catalán; en una palabra, convertir el anarquismo maléfico en un socialismo potente, serio y constructivo; improvisando en Cataluña una forma europea y catalana a la vez, del gran socialismo internacional».

«¿El anarquismo maléfico?», pregunta socarrón el Noi del Sucre a Layret después de haber leído en un folleto esa declaración de intenciones.

Es una tarde de invierno. La lluvia golpea suave en el ventanal del estudio de Layret, en su casa.

Layret asiente, todo oscuro, barba, ropa, pelo, ojos.

Hay poca luz, el pequeño grupo de amigos deja que la penumbra vaya apoderándose de los rincones, sin querer romper aquella atmósfera con un golpe de luz artificial.

«Maléfico. Pernicioso, perverso a la larga para los trabajadores», responde Layret.

«A la larga. Maléfico», repite Salvador Seguí, irónico, provocador.

«Sí. Y tú, como eres inteligente, lo entenderás no a largo plazo, sino a medio».

«Ya. A medio plazo».

«Sí. Todavía estarás un tiempo con tu CNT, tu Bakunin, tus príncipes negros y tu mundo imposible», se encoge de hombros Layret.

Nadie que no lo conozca podría percibir la broma, el sarcasmo, incluso la punta de alegría que hay detrás de sus palabras.

Layret bebe un sorbo largo de coñac y se arrebuja en el cuero del sillón, entre sus libros, entre sus amigos, Companys, Alomar, Seguí.

«Maléfico», repite Seguí.

«Maléfico», confirma Layret.

Seguí sentimental

Había comenzado la Primera Guerra Mundial. Barcelona se llenaba de espías, refugiados, negociantes, contrabandistas. El Noi del Sucre compaginaba su trabajo de brocha y pintura con una dedicación cada vez mayor a la prensa.

Había dejado de escribir artículos para *Solidaridad Obrera*. La publicación central del anarquismo atravesaba horas bajas y su línea editorial era ahora contraria a la CNT. Pero había intensificado su trabajo en otros periódicos. Las líneas maestras del sindicalismo debían ser enunciadas una y otra vez. También por escrito. Seguí ponía todo su empeño en esa tarea.

El centro de aquel derroche de pasión periodística es en esa época una publicación en catalán llamada *La Tramuntana*. El Noi del Sucre se ha ido comprometiendo cada vez más con ese modesto periódico semanal hasta acabar convertido en su director. La redacción está en la calle Hospital. Seguí va allí cada tarde, cuando al final del día ya se ha lavado sus manchones de pintura, se ha aseado y se ha pulido el peinado, silbando ante el espejo. Cada vez con más frecuencia se le ve también subir la escalera del número 82 de esa misma calle.

En el segundo piso de ese edificio vive un tal Puig.

Puig es barbero. Un barbero culto y vago que se ausenta de su trabajo y se va al mercado de los Encantes Viejos para comprar libros. En esos libros se le va la mitad del sueldo. A veces, Puig se demora en la escalera de su casa, sube hasta el último rellano del edificio y esconde los libros en el hueco de un ventanuco. Luego desciende con las manos en los bolsillos, alegre, hasta su piso.

De madrugada, cuando su mujer duerme, sale de puntillas para recuperar el botín. Hojea los libros a la luz de una vela y antes de apagarla los revuelve con otros, para que su mujer no detecte la nueva compra. Otras veces, arrostra el combate, entra directamente en la casa con los libros recién comprados bajo el brazo y soporta como puede el escarnio de su mujer.

Alguna vez Salvador Seguí es testigo de esas discusiones. Puig y su mujer no se cohíben por su presencia. Ella lo acusa de derroches, amenaza con dejarlo. «¿Dejarme?», repite histriónicamente Puig. «¿Dejarme? Já». Teresa se enerva, le aparece una vena gruesa, «Casi un tubo», piensa el Noi, en el cuello y se le queda allí durante toda la pelea, bombeando.

Hace un gesto que gusta especialmente Seguí. Echa la cabeza a un lado y con los dedos en forma de pinza se recoge un mechón de pelo y se lo coloca detrás de la oreja mientras mantiene ladeada la cara. A veces hace el gesto de modo gratuito, sin que el pelo se haya escapado de su lazo.

El barbero Puig bromea. Hace aspavientos ante los arrebatos de su mujer. Es delgado, tiene ojos de gato, es rubiasco, con los pómulos exageradamente acusados y tiene dientes caballunos. Bromea hasta que en un determinado punto la sonrisa se le agria y golpea la mesa con el puño, repetidamente, desacompasando sus golpes y sus

palabras, recordando una especie de autómata averiado. Parece un mal actor que ni siquiera hubiese ensayado su papel, aunque su furia es verdadera. Pero también efímera.

El Noi del Sucre observa. Como un científico. Lleva semanas observando a aquella mujer. Morena, más bien delgada, con la piel blanca y una mirada que se posa en todo como una capa de polvo. Un limo suave que se deposita sobre todo aquello por lo que pasa. Una pátina tan fina como aquella que el Noi veía cuando trabajaba de aprendiz en la panadería. Una harina suave. Terciopelo.

Seguí conoce a Puig desde unos años atrás. Es un compañero anarquista. Noble, leal. Algo estrafalario. A Teresita la había visto de lejos alguna vez, cuando él esperaba a Agustín Muntaner, el hermano de ella, en la puerta de su casa. A veces Agustín se encontraba con Teresa en el portal y cruzaban unas palabras. Agustín se acercaba al Noi negando con la cabeza. «Mi hermana», decía al llegar. Y el Noi no le preguntaba por el gesto de negación ni por el modo lastimero con que mencionaba el parentesco.

Cuando meses atrás Puig lo había invitado a subir a su casa, Seguí no reconoció en un primer instante a Teresa. Ella tampoco dijo nada. Puso sin cuidado dos vasos, una botella de vino, un trozo de pan y unas sardinas entre los libros que Puig le mostraba a Seguí y se volvió a la cocina. El Noi la oía hablar con alguien, también escuchó un llanto de niño. Sólo cuando ya se marchaba y se despedía de Puig, Teresa se asomó a la puerta de la cocina, apoyó la cadera en el marco y, secándose las manos en un paño, le dijo:

«Tú eres Seguí, ¿no?».

Salvador se detuvo. La miró y miró la cara sonriente de Puig, que asentía, orgulloso de que su mujer y el Noi del Sucre fueran conocidos.

«¿Tú…?».

«La hermana de Agustín —dijo, seria—. La mujer de éste».

Metió las manos en el paño, como si se las estuviera secando de nuevo, sin dejar de mirar a Seguí.

Se separó del quicio y se volvió a la cocina.

Las visitas del Noi se hicieron regulares. A veces Puig asomaba por la redacción del periódico y lo invitaba a ir a su casa. Otras, Seguí iba directamente al número 82, subía despacio la escalera y llamaba a la puerta. Si Puig no había llegado lo esperaba en el comedor, sentado a la mesa, hojeando libros. Teresita lo dejaba allí después de que cruzaran unas cuantas palabras. Hablaban de Agustín, el hermano de Teresita, de Palamós, su pueblo, del frío o del calor, se miraban. No pasaba nada más. Ésa, al menos, es la versión de Teresa.

Luego, siguiendo esa versión, la única de la que disponemos, Seguí la oía trastear en la cocina y por los dormitorios. Le hablaba a sus hijas, peleaba con ellas. Reía.

Eran dos niñas pequeñas, una apenas un bebé que gateaba detrás de la madre y miraba a Seguí con los ojos muy abiertos.

Teresita también entraba a veces en otra habitación. Allí había un individuo llamado Castellà. Un jovencito que al pronto le pareció a Seguí un poco engreído, huidizo, con viruela. Aprendiz de algo. Estaba allí realquilado. No tardó en acercarse al Noi. Se ganó su confianza. Le hablaba de Teresita, la vida absurda que llevaba con Agustín. Todos la llamaban así, Teresita. A veces ella se sentaba a la mesa con los dos hombres, o con los tres. Una niña en el regazo. Se pasaba los dedos por el pelo, alzaba una ceja. Provocaba risas y ella misma se reía. Cuando pasaba ante Seguí, aunque no se mirasen, ambos sentían la presencia del otro como una tensión gravitatoria.

Seguí dejó de acudir a casa de Puig. Puso tierra de por medio. En los días siguientes el barbero, acostumbrado ya al trato con el Noi, fue a verlo varias veces a la redacción de *La Tramuntana*, pero cuando le proponía ir a su casa Seguí inventaba cualquier excusa. Hablaba un rato con Puig en una de aquellas mesas atestadas de papeles o tomaban cualquier cosa en un bar cercano.

Una de aquellas tardes Puig le dijo que Teresita había preguntado por él.

«¿Sí?», preguntó a su vez el Noi, de modo neutro.

«Sí. Que si no vas a volver», dijo sonriente el barbero anarquista.

Seguí sonrió igualmente. «Sí, claro, cualquier día».

Teresa Muntaner recordaría más de cincuenta años después cómo sucedió todo. Habían pasado tres o cuatro semanas desde que el Noi del Sucre había abandonado la casa de Puig por última vez cuando una tarde, al bajar de la redacción del periódico, vio a Teresita en la puerta del edificio. El Noi bajaba las escaleras alegremente, charlando con dos compañeros, y al verla allí, detenida en la acera, aminoró el paso, se despidió de los compañeros, dijo que volvía a la redacción por algo olvidado y dio tiempo a que salieran del portal y se cruzaran con Teresa antes de hacerlo él.

Al verlo, no hizo ningún gesto ni fingió sorpresa.

«Te estaba esperando».

Parecía un poco más delgada. Miró a un lado y a otro de la calle. Contrariada, los labios apretados. Luego se encogió de hombros y miró directamente al Noi a los ojos.

«He venido a despedirme».

«¿Despedirte?».

Asintió con un gesto brusco y volvió a mirar a una punta de la calle. Como si las palabras estuvieran flotando allí y le sirvieran de apunte. Cuando pareció haberlas retenido en su mente, volvió a mirar al Noi.

«Se acabó. Me voy a mi pueblo».

«¿A Palamós? ¿A ver a tu familia?».

«Voy a dejar a Puig».

El Noi del Sucre frunce el ceño. La mira fijamente. Teresita persiste en su nervioso oteo de los extremos de la calle. Ahora habla mirando hacia el extremo que da al interior del barrio, las calles más oscuras.

«Se lo tenía bien dicho».

«Otra pelea».

Teresa responde con determinación:

«No. Para siempre, lo dejo. No aguanto más. No se puede aguantar más».

El Noi no aparta los ojos de ella, atento al más mínimo gesto. Están parados en mitad de la acera.

Teresita mira ahora el portal del que ha salido Seguí, mira el suelo, se mira los zapatos —marrones, uno con el tacón un poco torcido—, y luego otra vez a él. Le mira las mejillas, la frente, el pelo, no a los ojos. Cuando al final lo hace, se encoge de hombros y dice:

«Me quería despedir de ti».

«No te vayas».

Teresita baja la vista.

«No te vayas», le repite poniéndole un dedo en la barbilla, levantándole la cara. Ella se libra del dedo con un movimiento de la cabeza. Dobla el cuello un poco más, hace el amago de recogerse un mechón de pelo inexistente detrás de la oreja pero aborta el movimiento. Endereza la cara, le viene un mal recuerdo, enseña los dientes inferiores.

«Se lo tenía dicho, muchas veces».

«Óyeme».

«No lo aguanto».

«Óyeme. Óyeme».

«Qué».

Se miran, callados. Hasta que habla Seguí, en voz baja, seguro.

«Quédate».

Teresita lo mira sin comprender. El Noi del Sucre la coge de un brazo, la arrima a la pared. Acerca su cara a la de ella. Huele —si seguimos fieles a la versión de Teresa — por primera vez su piel, el pelo. Hay un rastro de perfume, de jabón, una tibieza rara. Una confirmación.

«Dame ocho días. Y lo vamos hablando».

«¿Que te dé? Ocho días para qué. ¿Para qué, qué quieres decir?».

Seguí le mira un ojo, luego el otro. Mide algo. Lo dice:

«Para que yo busque una casa y te pongas a vivir conmigo. Y desde hoy hasta entonces lo piensas. Si al final de los ocho días sigues pensando en irte a Palamós, te vas».

Teresita lo mira, con las ideas atropelladas en la cabeza.

La calle está vacía. Pasa algún transeúnte que mira de pasada el cuchicheo de la pareja. Se iluminan las primeras farolas. Todo se va llenando de sombras y una lluvia

fina comienza a caer. Desde las Ramblas llega un estallido de voces, risas de gamberros o los gritos de alarma por un robo, un tumulto leve, aunque suficiente para que Teresita mire hacia allá un par de veces, despacio, antes de preguntarle al Noi:

«¿Eso lo dices de verdad? ¿Pensándolo?».

Seguí no contesta. La mira.

«¿Y las niñas?».

«No las dejarás en la inclusa. Digo yo».

Teresita Muntaner sonríe, mueve la cabeza a un lado y a otro, dos veces hace amago de recogerse el pelo, sus dedos pasan una y otra vez por su mejilla, arrepintiéndose, yendo, viniendo, tuerce, endereza el cuello. Sonríe, extrañada, divertida.

«Tú estás loco, Seguí».

Él continúa mirando:

«Ocho días», responde.

«Con todas las que van detrás de ti, y a mí, con las dos niñas, casi ni me conoces».

Seguí también sonríe ahora, mira a un lado y a otro para comprobar que no hay nadie a su espalda.

«Nadie viene detrás de mí. ¿Tú ves a alguien? Y sí te conozco, sé quién eres. Y también sé que las niñas son dos, no tienes que decírmelo, las he visto muchas tardes en tu casa, aunque si fueran cuatro tampoco me iba a importar».

Teresita baja la cabeza. La sube, mira al Noi con la seriedad recuperada. Él también está serio:

«Lo piensas. Ocho días».

Ella asiente. Seguí le coge el antebrazo, lo aprieta con suavidad.

«Dentro de ocho días te busco».

Teresa Muntaner recordaba medio siglo después la despedida. Su desconcierto. La alegría, el disparate. Los cuerpos se rozaron. La calle ya estaba vacía y es de suponer que bajo esa lluvia dudosa las luces se alargaran amarillentas y temblorosas en los adoquines. Se despidieron sin apenas decirse nada más. Seguí se va hacia las Ramblas, ella se queda en el limbo de la lluvia, al lado de su portal.

Tres semanas después Noi del Sucre y Teresa Muntaner inician su vida juntos.

Seguí corta de raíz los asuntos amorosos, los enmarañados y abundantes líos de faldas que ha tenido hasta entonces. Su madre, Dolores Rubinat, bendice la unión y acepta a las hijas de Teresa como a dos nietas repentinas.

Puig, el barbero ilustrado y vago, también acaba por mostrarse conforme. Se consuela pensando que su mujer lo abandona por el Noi del Sucre y no por un cualquiera.

En esta ocasión no hay pelea entre el antiguo matrimonio. La misma noche del

encuentro con Seguí, Teresita le repite una y otra vez que en cualquier caso iba a dejarlo. También le dice, aparentando inseguridad o desgana, que con Seguí la vida le puede dar otra oportunidad.

«Será una locura, Puig, pero yo creo que me voy a poner a vivir con él».

«¿Así, por las buenas?».

«Por las buenas».

El barbero la mira de los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies. Calibrando.

Teresita se defiende de la sospecha.

«Aunque no lo creas. Por las buenas. Y si fuera de otra forma ahora no te iba a engañar. Te lo diría, como te lo he dicho siempre todo. Tú y yo no tenemos remedio».

«Eso es algo que un día se te metió en la cabeza. Y no has parado hasta cumplirlo. Un determinismo».

«Como sea. Pero ahora te digo esto, y te digo la verdad».

Teresa Muntaner contó siempre, entonces y muchos años después, que Puig, sentado en un taburete, miró al piso, negó con la cabeza y gesticuló como si tuviese una conversación consigo mismo, pero que ya no dijo nada más.

Puig dejó pasar unas semanas. Salvada la primera rabia y el primer desconcierto, fue a ver a Salvador Seguí. Después de unas palabras amargas quedaron como amigos. En los Encantes Viejos, charlando con libreros y libertarios, Puig se mostraba orgulloso de que sus hijas fuesen a criarse al lado del Noi del Sucre. «Es un gran hombre y yo, para serlo mediano, lo tengo que reconocer. Con él los trabajadores vamos a ganar ni se sabe cuánto. Necesitamos a alguien como el Noi del Sucre. Y más con los tiempos difíciles que vienen, que ya tenemos encima».

Guerra Mundial

Cuando el 28 de junio de 1914, en Sarajevo, el escuchimizado estudiante serbio Gavrilo Princip, perteneciente a la facción terrorista Mano Negra, disparó en la yugular del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría y en el vientre de su esposa, Sofía, ocasionándoles la muerte, automáticamente estaba convirtiendo la ciudad de Barcelona en un puerto franco de espías, prófugos, traficantes de armas, putas de postín y negociantes de toda laya.

Aquel día de comienzos de verano, cielo azul y calor bochornoso, mientras el estudiante Princip fracasaba en su intento de suicidarse con cianuro inmediatamente después de cometer el atentado y, ya detenido, era apaleado por la plebe y salvado del linchamiento por la policía, Barcelona vivía un día más dentro de aquel periodo de tensa calma.

El amanecer había sobrevenido acompañado de un soplo dulce, como es frecuente en esa época del año. Los obreros, con el velo dudoso de la primera luz flotando en el aire, se habían dirigido a los centros fabriles en un desfile ruidoso y cansado. Densas humaredas se levantaban en los ingenios. Las Ramblas y los mercados empezaban a llenarse de un trasiego constante, excitado, aparentemente alegre pero también tenso.

La mañana avanzaba luminosa y las calles barcelonesas se llenaban de gente aunque su animación nada tenía que ver con el bullicio de Sarajevo a esa hora, cuando el archiduque y su esposa paseaban en ceremoniosa comitiva por las calles de la ciudad bosnia. Allí, sin que nadie, y ellos menos que nadie, lo advirtiera, los archiduques esquivaban a los tres primeros terroristas apostados en el desfile y que, por miedo, imposibilidad técnica o torpeza, ni arrojaron sus bombas ni dispararon sus revólveres contra el cortejo imperial, tal como tenían planeado.

Finalmente, cuando a las diez y diez de la mañana la bomba lanzada por el cuarto terrorista, un tal Čabrinovič, rebotaba en la capota del automóvil de los archiduques e iba a caer bajo el siguiente coche del séquito, Barcelona era ya una ciudad en plena efervescencia. Miles de mujeres se afanaban en su trabajo humildemente inclinadas sobre los telares de la industria textil, alineadas en hangares insalubres —calderas en verano y congeladores invernales—, señores graves y livianos chupatintas con cuello duro entraban y salían de los bancos escupidos por las puertas giratorias. Camionetas festivas y petardeantes, carros, pregoneros, vendedores abúlicos, recaderos apresurados, ociosos de chaleco con cadena de oro a la altura del hígado y habano insertado en la boca a modo de chupete, niñeras de uniforme, pillos y ojeadores transitaban calles arriba y calles abajo a la par que la bomba lanzada por el tal Čabrinovič explotaba dejando bajo el coche que seguía al de los archiduques un agujero de medio metro de profundidad e hiriendo a veinte personas.

En mitad del revuelo, Čabrinovič se quiso asegurar una muerte rápida que le evitase el linchamiento o, en caso de sobrevivir al tumulto, lo llevara a convertirse en

delator. Con tal propósito, nada más arrojar la bomba ingirió una cápsula de cianuro y corrió a arrojarse al río Miljacka. Pero Čabrinovič, terrorista chapucero donde los hubiera, vomitó el cianuro, que se encontraba en mal estado, y tampoco pudo ahogarse en las aguas del Miljacka, que en esa época del año apenas alcanzaban los quince centímetros de profundidad.

La vida seguía y el automóvil del archiduque y su esposa se dirigió a gran velocidad hacia el ayuntamiento de Sarajevo. Temblaba de indignación y de ira el bigote de cuernos altos, casi verticales, del archiduque mientras su mujer, antigua dama de compañía de la archiduquesa Isabel y acostumbrada a templar nervios, trataba de calmar a Francisco Fernando. Sin embargo, una vez en el ayuntamiento, sintiéndose protegido, la cólera de Francisco Fernando de Austria-Hungría estalla de nuevo. No ha ido a Sarajevo a que le arrojen bombas sino en visita de cortesía. Recrimina a las autoridades locales el ultraje. Éstas se humillan y disculpan. Al final, su esposa vuelve a actuar como lenitivo.

Media hora de descanso. Templan el ánimo y deciden retomar la marcha, ahora en dirección al hospital para ver a los heridos del atentado.

No llegarán vivos. En el camino estaba apostado el quinto terrorista, Gavrilo Princip, provisto de una cápsula de cianuro en tan mal estado como la de su compañero Čabrinovič y armado con una pistola semiautomática FN modelo 1910 de 9 milímetros diseñada por John Browning y con número de serie #19074.

A la altura del puente Latino, el conductor de los archiduques lleva a cabo una imprudente maniobra que deja el coche momentáneamente parado. En ese momento, Princip realiza los dos disparos que incendiarán Europa. Es media mañana, el Noi del Sucre está con su cuadrilla pintando una casa cercana al Paseo de Gracia. Bromea con una frutera y con dos mozos de carga, pasan unos niños aullando, arrastran un perro con una cuerda al cuello y fingen disparar a los transeúntes. Salvador Seguí saluda también a un compañero de la Confederación que pasa con una camioneta cargada con bobinas de papel. La CNT ha vuelto a ser tolerada por el Gobierno meses atrás y tiene ya tras de sí a miles de afiliados dispuestos a conseguir que las fábricas y los centros industriales reconozcan sus derechos.

Apenas hay que esperar para que el atentado del mártir Princip trastoque los delicados equilibrios de Europa y empiece a cambiar la vida de millones de personas. La guerra estalla. Poco importa que España permanezca neutral en el conflicto. De inmediato se ve afectada por su monstruoso y gigantesco desarrollo. Las repercusiones de la guerra convulsionan el equilibrio social del país y lo someten a vértigos y zarandeos.

Se producen enriquecimientos repentinos, idas y venidas de mercancías, negocios fulminantes, explotaciones y abusos a los que los movimientos obreros y los sindicatos no van a dejar de enfrentarse. Con todas sus fuerzas. A veces con las armas

en la mano.

Héroes, mártires, ladrones, traidores, facinerosos y visionarios comparten tablero. Muchos de ellos van a intentar destruirlo, reventarlo, y más de uno podría haber puesto en su boca las palabras con las que el enfermizo estudiante Princip, amoratado por los golpes, famélico, iluminado, se dirige al director de la prisión cuando se disponen a trasladarlo a una de mayor seguridad. «Yo, en vez de tanto traslado, lo que sugiero es que me claven en una cruz y me quemen vivo. Mi cuerpo en llamas será una antorcha que guiará a mi pueblo por el camino de la libertad».

Sin tanta grandilocuencia pero con la misma determinación, en Barcelona muchos luchadores de la causa obrera o simples trabajadores que, llevados por un afán de justicia, se comprometen con sus derechos van a seguir una suerte parecida y pagarán con la calderilla de sus vidas el precio de sus ideas. Frente a ellos tendrán a los empresarios más intransigentes, a políticos al servicio de la patronal y a matones igualmente al servicio de la patronal.

La Gran Guerra provoca riadas humanas. Uno de los primeros y más notables miembros del hampa en llegar a Barcelona es un tal Fritz Stallmann, más conocido como el barón de Koënning. Mundano, aventurero, hedonista. Cuando los cañones de agosto empiezan a turbar la tranquilidad de Europa, el barón de Koënning, que años atrás ya había abandonado su Austria natal y vive en París, decide fijar su residencia en España. En París siempre se había encontrado saltando en un trampolín que en los momentos bajos lo hacía hundirse en el fango de la sociedad y en los altos codearse con los cogollitos burgueses y aristócratas de la Ville Lumière.

Tanteando esos ambientes entre los que continuamente oscilaba su vida, antes de abandonar Francia, lleva a cabo una serie de contactos con el fin de sacar rendimiento a su inmediato viaje a España. Entre esos contactos de última hora se encuentra un importante agente del espionaje francés. El barón, del que se rumoreaba que es un informante del servicio secreto austrohúngaro, no duda en ofrecerse como contraespía a la República Francesa. Se acepta su ofrecimiento. Son tiempos difíciles y más que nunca se necesitan hombres sin escrúpulos. Bajo esa consigna el barón de Koënning emprende su viaje hacia el sur.

Las crónicas cuentan que se le vio cruzar la frontera por el País Vasco. Lo hizo en compañía de dos señoras atractivas y elegantes, si bien hay que indicar que aquellas viejas crónicas al referirse a las dos damas siempre lo hacen entrecomillando el término «señoras». Una de ellas es la supuesta baronesa, la otra la suegra del barón. Las crónicas detallan que tanto una como otra se encuentran todavía «en la flor de la edad» y dan a entender que todo en Stallmann, empezando por su baronía, es rotundamente falso.

De Irún, el curioso trío pasa a Fuenterrabía y, después de tomar en el hermoso pueblo costero unos días de descanso, se dirige a la que en los próximos años va a ser su base de operaciones. Barcelona.

Una de las primeras personas con las que Stallmann entra en contacto es el

constructor Miró Trepart. Trepart lo introduce en importantes círculos empresariales y le facilita sus primeros negocios. El barón y las dos señoras pronto se hacen unas figuras familiares entre una burguesía que, sin ser demasiado proclive a las vanidades aristocráticas, no es lo suficientemente austera como para dejar de franquearle el paso a aquel trío que arrastra tras de sí las ínfulas imperiales de la engolada Europa.

A mediodía los tres parientes suelen ser vistos en los mejores restaurantes de la ciudad compartiendo mesa con halcones de los negocios. Las noches que no frecuentan los *cabarets* ni asisten al teatro están en casa de algún industrial, propagando algún chismorreo parisino o berlinés o ultimando un ventajoso asunto de importación o exportación con alguno de los países en guerra. Las dos damas alternan esas actividades con frecuentes visitas a timbas, locales dudosos donde la canalla se mezcla con lo exquisito y las acompañantes del barón pueden entregarse fervorosamente al juego.

Se dice que la supuesta baronesa es adicta a la cocaína. Alta, elegante, ojos profundos y vivos, fuma continuamente de una larga boquilla. Escotes profundos que dejan entrever unos pechos pequeños, rebeldes, orgullosos, respondones. La madre, si es que en verdad lo es, tiene un aire más carnal, labios más gruesos, una sensualidad menos sofisticada y más rotunda. Ríe con carcajadas muy medidas, casi a cámara lenta, con un rumor grave subiendo y bajando de su garganta. Cuando mira los naipes, la punta de su lengua asoma entre el carmín oscuro, golosa.

Por sus manos pasan cheques, pagarés, billetes. Ganan y pierden cantidades elevadas de dinero. Siempre impasibles. Siempre voraces.

Algunas de las transacciones del barón de Koënning se solventan con ganancias, pero no son suficientes para mantener el tren de vida que se han impuesto. La baronesa y su «madre» no cesan de pedirle dinero. Al fin y al cabo ese trío que se presenta como un compenetrado núcleo familiar no es otra cosa que una asociación mercantil.

El barón se ve obligado por tanto a ampliar su espectro comercial y para ello retoma la vieja táctica —ascensión-inmersión social— que, como un sístole-diástole, había practicado en París yendo con toda naturalidad de la nata social a los bajos fondos.

En casa de un famoso industrial conoce al individuo adecuado para comenzar su estrategia. Se trata de Manuel Bravo Portillo. Comisario de policía y hombre clave en la próxima lucha que los anarquistas van a tener con sus patronos.

Manuel Bravo Portillo es un hombre de apariencia insignificante. Cetrino. Ojos muy negros e inmóviles. Bigotes poblados y anchos con las puntas afiladas con goma, erectos, señalando al cielo. El poco pelo lo lleva medio planchado y, lacio, escaso, lo doma hacia el lado izquierdo para taparse de mal modo la calva.

Había nacido en Filipinas, hijo de militar, a mediados de los años setenta, siglo XIX. Siguió la profesión del padre y combatió a los independentistas filipinos. Las malas lenguas decían que allí, entre cabezas cortadas y torturados suplicantes,

forjó el carácter que luego iba a desarrollar en Barcelona. Lo repatriaron en vísperas de la derrota colonial, 1897, enfermo de malaria aunque no lo suficiente como para impedir su casamiento con una asténica hija de militar. Tiene absoluta preferencia por el ramo castrense.

Bravo Portillo se bandea, sobrevive. Ingresa en el Ministerio de Hacienda, en Madrid. Aprende números. Sueña con ser quien entonces aún no es. En 1908 se incorpora al recién creado Cuerpo de Policía. Empieza a sentirse en su medio. Progresa pronto. En un año asciende a inspector jefe. Lo trasladan a Barcelona en vísperas de la Semana Trágica.

El espécimen ha llegado a su hábitat natural.

Durante los disturbios de esa semana saca a relucir todo lo aprendido en la campaña de Filipinas. Se muestra implacable, resolutivo, brutal. Sus subordinados no dejan de admirarse ante la fiereza incólume y fría de aquel currutaco que ni siquiera en los momentos de mayor tensión pierde una apariencia anodina y funcionarial que en esos momentos dramáticos se revela como siniestra.

Le reconocen el trabajo hecho con una condecoración y un ascenso. Se convierte en el comisario más joven de España.

A partir de entonces, Bravo Portillo comienza a montar una enrevesada red de confidentes mediante la que controla toda la delincuencia común de Barcelona y los movimientos de los círculos anarquistas, cuyas actividades para él en nada se diferencian de las de los vulgares ladrones, estafadores o asesinos. Sin embargo, la llegada de la Gran Guerra lo va a distraer de esa prioridad. Es justo entonces cuando conoce al barón de Koënning.

Los dos sujetos congenian de inmediato. Se reconocen. Desde el primer instante saben de lo que hablan, quiénes son. El tanteo del terreno es breve. Incluso disfrutan desvelando sus dudosos proyectos. Bravo Portillo muestra, hasta donde sabe, su oscura sonrisa, una mueca lúgubre. Stallmann exhibe su resplandeciente dentadura pangermánica. Los labios color sangre se le abren. Sabe que le corresponde a él tender la mano, hacer una demostración de confianza.

Al cabo de la noche, en un sofá esquinado de la lujosa vivienda en la que se han conocido y camuflados por una espesa y cara nube de humo de habanos, el policía está al tanto del pasado del barón y de la escasez de escrúpulos que alberga su ancho y resonante pecho. Conoce Bravo Portillo la labor de contraespionaje que acaba de inaugurar su nuevo amigo así como los anhelos que éste siente por sacar provecho de toda la información secreta que pasa por su mano y convertirla en moneda de curso legal.

Por su parte, Bravo Portillo deja entrever ladinamente alguna de sus cartas. Se siente muy interesado por los laberintos del espionaje y da a entender que no le importaría conocer más a fondo ese mundo, tal vez participar en él de algún modo. Y asintiendo a las explicaciones que le proporciona el barón, con sus ojos de canica emitiendo unos destellos leves, turbios, comprueba con un deleite disimulado que ha

descubierto un compañero de viaje adecuado a sus condiciones y proyectos.

Naturalmente, hablan de la guerra que desde hace unos meses arruina Europa. A consecuencia del conflicto, Barcelona se ha llenado de extranjeros y refugiados, y los dos nuevos compinches ven la populosa y desorientada invasión como una gran oportunidad para hacer negocio. También en eso están de acuerdo, de modo que quedan emplazados para reunirse dos días después y perfilar algunos de los planes que esa velada han dejado esbozados.

En lo único en lo que no coinciden esa noche es en el modo de celebrar su providencial encuentro.

El barón de Koënning, con mirada cómplice, le habla a Bravo Portillo de una discreta casa situada en la colina del Tibidabo:

«Allí, mi querido amigo, coinciden huríes turcas con valquirias de los profundos fiordos del Norte, y unas y otras se esfuerzan en demostrar toda su ciencia».

El policía esboza una mueca que casi todos nosotros podríamos interpretar como una sonrisa. Muestra unos dientes afilados y cortos, casi de pez. Mantiene la mirada sobre el barón, fría. Luego hace un gesto con la cabeza, una especie de saludo, y se dirige a un pequeño corro de señoras entre las que sestea su mujer. Ella, al verlo, le dedica una sonrisa de párvula. Bravo Portillo le toma la mano, casi azul, de venas lánguidas.

A los pocos minutos, el policía y la ojerosa se despiden de los anfitriones, saludan y se pierden por el arco del salón.

Koënning finge una sonrisa triste considerando que, en el fondo, Portillo es un pobre hombre, uno de esos puritanos forjados con el hierro de la castidad. Pronto sabrá que bajo esa fachada se esconde un depredador sexual tan ávido como taimado.

Dos días después de aquel encuentro, Bravo Portillo y el barón de Koënning se reúnen en comisaría, dejando constancia de por dónde se va a desarrollar su trabajo futuro.

Al amparo del cargo policial de Bravo Portillo, los nuevos socios inician un ilegal y lucrativo tráfico de inmigrantes. Extorsionan, chantajean y en colaboración con los bajos fondos de Barcelona y Francia crean una sofisticada red criminal. Detectan extranjeros susceptibles de ser expulsados de España y les piden fuertes sumas de dinero a cambio de extenderles permisos de residencia, pasaportes falsos, pasajes para América o África.

El policía y el barón obtienen importantes ganancias, pero son ambiciosos. Las dos mujeres de Stallmann son una fuga permanente de dinero, y aunque a veces, para paliar sus pérdidas en el juego, las ofrece sexualmente a algún refinado extranjero o a un alto y discreto miembro de la burguesía local a muy alto precio, el balance de las damas es negativo y el falso barón no se conforma con las compensaciones que le proporcionan los inmigrantes. Tampoco lo hace Bravo Portillo, que finalmente consigue formar parte del entramado de espías que pululan por la ciudad. Trabaja para el Gobierno alemán, que remunera espléndidamente la valiosa información que

desde su cargo de comisario va suministrando. Al contrario de lo que ocurre con el barón de Koënning, lo que mueve al policía no son los gastos exagerados de su recatada y hasta beata mujer, sino la avaricia y una feroz ansia de poder largamente amasada desde los días de su juventud en la jungla de Filipinas.

La guerra sigue su marcha. Los dos socios explotan los recursos que tienen a su alcance. Son conscientes de que los suyos son unos negocios transitorios, dependientes del azar de la contienda, y ambos, inteligentes, se preparan para mantener sus ingresos cuando llegue la paz. Nuevamente coinciden. Han puesto sus ojos en la dura batalla que la patronal mantiene con los obreros. Saben que tarde o temprano esa lucha irá a más y puede ser una fuente de ingresos.

Eso sucederá más tarde. De momento, Barcelona continúa recibiendo carne fresca. Llega gente de los cuatro puntos cardinales. Muchos, sí, son extranjeros solventes en busca de refugio, pero los barrios humildes, las pensiones más sombrías y las calles de los arrabales también se llenan de españoles que, atraídos por el incremento vertiginoso y artificial que la guerra ha producido en la industria, buscan un modo duro y honrado de ganarse la vida. Como un compañero de Salvador Seguí declara con sorna en esos días, «Esto tendrá que reventar. Vienen muchos millonarios en busca de paz y demasiados obreros en busca de pan».

Entre los obreros, una mañana neblinosa de 1914, llega un hombre zanquilargo y triste. Castellano, idealista, anarquista hasta la médula. Un compañero ferviente de Salvador Seguí y al mismo tiempo un rival, quizás el de mayor altura que el Noi del Sucre va a tener nunca.

Se llama Ángel Pestaña. Tiene treinta y dos años y con él va su compañera, María Espés. Aragonesa, menuda, vivaz, valiente. Buscan una pensión de mala muerte.

Consigo llevan una maleta de cartón y un pasado lleno de calamidades.

Ángel Pestaña

Pestaña fue un niño vagabundo. Corrió media España pegado al costado de su padre, un hombre analfabeto, voluntarioso y buscavidas.

Ángel Pestaña había nacido en un pueblo perdido de León, en 1886. Pronto, la familia —padre, madre, Ángel y su hermana Balbina— se va de allí, al parecer por un descalabro legal del padre, una rebelión contra el despotismo de un cacique.

Los primeros recuerdos del niño son de Béjar. Allí se le quedó grabada para siempre la imagen de su padre perdiéndose en la boca de una montaña. Un agujero enorme, el bostezo del monte, oscuro, que cada día se tragaba a su padre. El niño se agarraba con fuerza a la falda de la madre. Los nudillos minúsculos se le ponían blancos, los ojos desorbitados, fijos en el suceso. El padre trabajaba en la perforación de un túnel de ferrocarril.

En Béjar, con cinco o seis años, atraviesa un periodo de ceguera. Se la producen unas cataratas muy graves. Lo ponen al cuidado de una curandera que no para de rezar a su lado durante varios días y noches. Le dibuja con los dedos cientos de cruces sobre los párpados y luego, una vez bendecida la cuenca ocular, le restriega los ojos con una buena porción de azúcar cande. El azúcar escuece, el niño resiste el dolor como puede. Más nudillos blancos apretando las sábanas.

A consecuencia del azúcar, de los rezos o de su propio organismo, Pestaña acaba recuperando la vista. Pero no hay lugar para un respiro. La siguiente desgracia, que ha estado esperado pacientemente el turno, irrumpe en su vida.

Lo hace una madrugada. En medio de la noche el pequeño Ángel es despertado sigilosamente por su madre.

La madre de Pestaña es una mujer alta, morena, atractiva. Desafiante. Siempre dispuesta a la disputa con su compañero, quien, con razón o sin ella, le censura sus desapariciones, los devaneos y las charlas más largas de lo conveniente con otros hombres. Ella siempre tiene cuerda y simpatía para otro perforador, un ingeniero, un tendero que le da pan blanco, demasiada cecina, más garbanzos de la cuenta.

En la memoria de Pestaña quedan fijadas aquellas peleas entre sus padres. Sillas volcadas, golpes, patadas a las puertas. La olla estampada contra la pared, los grumos de comida chorreando en hilos lentos hasta el suelo. Y allí, en el almacén de la memoria, queda también el recuerdo de esa madrugada, cuando su madre le tapa la boca con una mano helada y, pidiéndole que no hable ni haga ruido, lo viste apresuradamente. En una silla, adormilada, está su hermana Balbina. A la niña le cuelgan los pies de la silla, se le dobla la cabeza, tiene un abriguillo comido por las ratas.

Huyen.

En la plaza principal de Béjar suben los dos niños y su madre a un carruaje de pasajeros que se dirige a Palencia. Al llegar se encaminan a la estación de ferrocarril. Cuando está amaneciendo y un sol dudoso comienza a emborronar las nubes, se

encuentran apretados en un banco de madera, temblando de frío. Es entonces cuando aparece el padre, moviéndose como un animal renqueante, asfixiado. Se produce un gran alboroto, la madre se defiende, escupe, insulta, el padre la intenta agredir, lo impide un grupo de viajeros.

Padre y prófugos vuelven a su casa. Por poco tiempo. Unas semanas después, el niño se despierta solo en la cama que comparte con su hermana. Es noche cerrada. El lado de su hermana está vacío, destapado. Llama. Al padre, a la madre. A la hermana. No acude nadie. El niño espera con los ojos abiertos a que se haga de día para salir del dormitorio. La casa está vacía.

En esta ocasión la madre ha sido más rápida. Para conseguir su objetivo ha dejado atrás al niño. Su marido ha salido de nuevo en su busca, pero esta vez no la ha encontrado. Llega a la casa a media mañana. Se sienta en una silla coja. Mira el suelo con mucha insistencia. No habla. El niño lo observa.

A partir de entonces empieza el deambular de Pestaña y su padre por toda la península Ibérica. El padre trabaja en las minas, también en la perforación de nuevos túneles. Canfranc, Puerto de Pajares, el túnel ferroviario de Achuri entre Bilbao y San Sebastián, minas de Alen, Castro Urdiales, Ponferrada, Valmaseda, Sopuerta, Cobarón, Santander, Zaramillo forman el alocado zigzag de la peregrinación en busca de jornal.

Por en medio hay que contar que al padre de Pestaña se le ocurre la idea de que su hijo sea cura. No es religioso, simplemente lo considera un oficio, mejor pagado que el suyo y más descansado. Además, el niño puede estudiar un poco. Hasta ese momento ha hecho toda clase de esfuerzos para que su hijo aprenda a leer y a escribir. Es todo lo que ha conseguido. Así que deja al niño en casa de un primo suyo para que lo lleven a la escuela. El pequeño Ángel no pisa el aula ni un solo día. El primo y su mujer lo ponen a trabajar de pastor. Apenas le dan de comer. Historia a lo Dickens. El padre se entera, rescata al hijo y siguen su trashumancia.

En Cobarón, Ángel Pestaña, con once años, tiene su primer empleo. Lo contratan para trabajar en una mina. Su jornal es de cinco reales diarios. El trabajo dura poco. Siguen el periplo, meses de andar de un lado a otro. Llegan a Zaramillo.

La etapa de Zaramillo acabará en drama. «Mi primer choque serio con la vida», escribirá Pestaña años después en sus memorias. Como si lo vivido hasta aquí fuese un leve contratiempo. El padre cae enfermo. Una mañana dice que no puede levantarse. Piensa que tiene pulmonía. Delira, no conoce a los compañeros que van a verlo. Pestaña, que a esas alturas ya tiene doce o trece años, avisa al médico y éste diagnostica una retención extrema de orina. No ve mucha salida al caso, lo considera gravísimo.

El hombre pasa todo el día en la cama, vuelto de cara a la pared. Cada dos horas el niño le da la medicina recetada por el médico. Sólo para eso cambia el padre de postura.

Cae la noche. Tomamos otro fragmento de las memorias de Pestaña: «Velé al

enfermo durante toda la primera noche. De madrugada, como pareció calmarse un poco, me acosté unos momentos. Durante el día durmió unos ratos. Los mismos que yo aprovechaba para irme a jugar a la calle».

El segundo día, el niño ya no sale a jugar. No tiene ánimo ni fuerzas. El enfermo empeora y sólo al tercer día, cuando lo visitan unos amigos de la mina, consigue hilar cuatro frases. Son para mostrar preocupación, no por su vida, que la considera ultimada, sino por la suerte que correrá su hijo.

Lo intentan consolar, quitándole importancia a su dolencia, por más que un compañero, tímido, menudo, negro de la mina, al sentarse junto al camastro lo salude:

«Qué, Pestaña, ¿agonizandillo?».

Como se ve, la infancia y adolescencia de Pestaña, sin acabar de tomar partido por uno o por otro, va de Dickens a Baroja y de Baroja a Gutiérrez Solana.

Es la tercera noche. A las cuatro de la mañana despiertan al chico, su padre acaba de morir.

Los amigos del padre desaparecen. Pestaña debe preparar el funeral. Pide algún dinero, se lo dan, con escaso rumbo.

El día que sigue al funeral, el chico vuelve a la mina, al tajo.

Aquella ocupación no dura mucho. Lo enredan en una broma de mal gusto que sus compañeros gastan a uno de los jefes. Lo culpan. Deja atrás Zaramillo. Sigue su vagabundeo, ahora solo, en busca de trabajo. Escuálido, oscuro. Formal.

En Sestao tiene el primer encontronazo con la policía. Su vena justiciera está bien alimentada gracias a la colección de injusticias que lleva vistas y vividas. En ese pueblo vizcaíno, el joven Pestaña se atreve a pedir públicamente la jornada de ocho horas. Sin alharacas, con firmeza, parco, entero. Es detenido. Los guardias municipales le dan una brutal paliza. Lo arrojan a una celda lóbrega. Tirita, delira. Por primera vez se ve entre barrotes. Abandonado, entumecido por los golpes y el frío. El caldo de cultivo del que mana su ideología se condensa.

Después de seis días, cuando ya puede sostenerse en pie, lo llevan caminando entre la nieve, mojado y ronco, hasta la cárcel de Valmaseda. Allí, los presos sociales se apiadan de aquel muchacho anguloso y taciturno. Le dan algo de ropa, lo libran de la pulmonía. Pasa tres meses en la jaula. Pestaña ya ha aprendido cómo funcionan las reglas del juego.

Sigue el peregrinaje por aquella España estéril y áspera. Siguen sus trabajos efímeros y mal pagados. Otro pozo, una fábrica de espejos que quiebra y, como escarnio, ese muchacho seco, de cara larga, casi fúnebre, se enrola en el grupo artístico de un tal Faíco, cantante de bulerías, cupletista, zapateador. Pestaña acompaña en el espectáculo como puede. Palmea sin gracia, entona de mala manera. En Oviedo, Faíco y su desvencijada *troupe* se unen a otros vividores y forman una Murga Gaditana. Pestaña no aguanta ese descenso a los infiernos con camisa de lunares. En Gijón abandona la vida artística y vuelve al hambre de los caminos.

Va a hacer su primera incursión en Francia. Indocumentado. Llega hasta París, lo

alojan en la prisión de la Santé. Regresa a España, mil trabajos, mil desesperaciones, mil resurrecciones. Lee, se documenta como puede, piensa lo que puede. Se van concretando sus difusas ideas revolucionarias. Es parco en todo, muy comedido, casi asceta. Silencioso.

Ante nuevos problemas con la justicia, por reivindicaciones proletarias, decide volver a Francia. Esta vez prepara mejor el viaje. Se hace de documentación falsa. Ahora se llama Ismael Nadal y es oriundo de Alcoy, provincia de Alicante.

Llega a Burdeos y allí trabaja en una propiedad vinícola. Tiene poco más de veinte años. Es su primer trabajo en el campo. La labor es dura, no pagan mucho, pero Pestaña se siente bien, lo respetan a pesar de que no cumple los hábitos del lugar y de su clase. No bebe. Ni los largos tragos de vino —dos, tres litros por día— que en medio de la faena absorben sus compañeros, ni remata la jornada empinando absenta o coñac. Lo miran de arriba abajo, sin desprecio, sólo con curiosidad. El místico, el español, el Quichotte.

Se acaba la temporada de trabajo en la granja. Más carretera, más noches pasadas en vagones de ganado, atravesando vías, cruzando estaciones fantasmas, huyendo de los perros en la oscuridad. Cerca de Montpellier se asocia con un alpargatero aragonés y con un pastelero catalán, se proponen fabricar caramelos. El catalán desaparece de buenas a primeras con un poco de dinero común. El aragonés propone a Pestaña emprender otro negocio. Cosido, reparación y fabricación de alpargatas al por menor. Abren una tiendecita, un agujero, en los muelles de Sète, en el Languedoc. Pronto los guardas del muelle, casi todos españoles, usan el local para guardar el vino y las mercancías que roban de los barcos.

Las cosas vuelven a pintarse con colores oscuros. Sin embargo, una tarde aparece por allí una joven aragonesa menuda, viva. La María. Sus padres son amigos del alpargatero. Se entretiene hablando con el socio de Pestaña. Tiene una risa armoniosa y manos muy pequeñas.

La muchacha vuelve unos días después. En dos o tres ocasiones Pestaña la sorprende retirando la vista de él. No lo hace con demasiada rapidez. Deja un poso, un rastro de caracol en su mirada.

La tercera vez que la chica visita la tiendecita, Pestaña deja su trabajo y sale tras ella. No sabe qué va a decirle ni cuál es exactamente su propósito pero avanza por el muelle siguiendo sus pasos, acortando la distancia que los separa. La muchacha se da la vuelta. Lo mira. Pestaña se detiene en seco, sin dejar de mirarla. Ella le sonríe.

Días después puede vérselos por los muelles y los canales de Sète, entre gabarras, gritos de gaviotas y el golpeteo mareado del agua contra las paredes de los muelles. Caminan despacio, el dedo meñique de él, largo, hosco, entrelazado con el dedo meñique de ella, leve, ligero como una bailarina. Así engarzados. Cómicos y tiernos. Una pareja dispar, ya para siempre inseparable.

Pestaña, que a partir de entonces se convierte para la muchacha en el Ángel, siente que ha encontrado un halo protector, una mano, un manto. Un cobijo en el que

guarecerse de tanta intemperie, un calor, una luz, un reposo. La posibilidad de desembarazarse de las costras, las heridas, los trozos de armadura, las espinas, los arañazos, el polvo, la sequedad, la miseria, la sed, el silencio.

Muy pronto deciden unir sus vidas. Abandonar Francia. A Pestaña le prometen trabajo en Argel y hacia allí se embarcan. Van a ser años exóticos, con nuevas calamidades laborales y nuevos aprendizajes. Pestaña casi recupera su nombre verdadero. Deja atrás la impostura de Ismael Nadal y pasa a llamarse Ángel P. Núñez. Su nombre real, aunque reduciendo el Pestaña al esqueleto de una mayúscula. También aprende un nuevo y definitivo oficio al que se va a dedicar siempre y que está en completa sintonía con su carácter. Relojero.

Acarrea libros, periódicos, lee. Con lagunas, quiebros y carencias va colocando, una tras otra, las piezas de su espíritu político, crítico, rebelde. Escribe su primer artículo. Lo envía a *Tierra y Libertad*, semanario ácrata que se edita en Barcelona. El artículo tiene un título tan enigmático como su propio autor. «El comunismo entre los mormones». A saber de dónde ha sacado esa combinación entre los seguidores de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y la realización del marxismo, pero ese artículo es un puente importante, el primer lazo que une a Ángel Pestaña con el anarquismo catalán.

A partir de entonces empieza a cruzar cartas y opiniones con compañeros libertarios de Barcelona. Envía nuevos artículos, menos extravagantes, a *Tierra y Libertad* y son publicados con regularidad. En Argel le sobrecogen los ecos de la Semana Trágica y el inmediato fusilamiento de Ferrer i Guàrdia.

Argel es un exilio blanco. Una miseria bañada en luz. También una forma de felicidad. Cinco años largos.

1914. Pestaña asiste incrédulo al asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su esposa. La guerra. Pero más desconcertado y más herido queda cuando tres días después del estallido del conflicto abre un periódico y lee, lívido, que en el café du Croissant de Montmartre un fanático ha asesinado a Jean Jaurès, director de *L'Humanité*, a causa de las declaraciones y los discursos pacifistas que en días anteriores venía pronunciando el político socialista.

El mundo ha desquiciado sus ejes y Pestaña, como tantos millones de personas en esos días, se mueve como si caminara por la cubierta de un barco que se escora. Lo envuelve una sensación de profunda irrealidad. Quizás lo que más le desconcierta es la gran manifestación de euforia, de gran fiesta que vive a su alrededor. La guerra se anuncia como un espectáculo monumental y colectivo, un hermanamiento espontáneo y vehemente, una gran borrachera.

Parco, silencioso, casi fantasmal, se pierde por las calles deslumbrado por el fenómeno. Escucha conversaciones, se queda pasmado observando caras, muecas, ojos brillantes, invitaciones a beber, a confraternizar. En alguna ocasión incluso interroga a los exaltados, sin dejar de asombrarse por sus efusivas respuestas, por esa plaga de insensatez general que corre por las calles de Argel y, según teme Pestaña,

por las de medio mundo.

María lo mira con preocupación. La guerra no ha hecho más que estallar y ya las trabas burocráticas empiezan a dificultar la existencia de los extranjeros en Argel.

«El Ángel se llenaba de sinsabor. Iba a la comisaría a arreglar los papeles de la residencia y lo tenían allí horas y más horas. A él y a todos los extranjeros. Y todo para nada. Al día siguiente, igual. Y mientras esperaban salía un guardia a cada rato diciendo que quien quisiera alistarse de voluntario para el ejército francés tenía los papeles arreglados para él y su familia desde ese instante. El Ángel no pasaba por aquello, venía a casa con el estómago revuelto. Aquello había que arreglarlo. Como hicimos».

La única solución posible que contemplan Pestaña y su mujer es abandonar la colonia francesa. El único destino que atinan a vislumbrar es Barcelona. Allí están sus compañeros anarquistas. Allí se publica *Tierra y Libertad*. En Barcelona están fraguando los movimientos obreros y las ideas revolucionarias del proletariado.

Embarcan en el buque *Jaime I*. A mediados de agosto de 1914 llega al puerto de Barcelona la desigual pareja. Su maleta de cartón, sus pasos disparejos pero acoplados. Los ojos vivos de María, el aire sobrio y riguroso de Pestaña. Esa misma mañana dan con una pensión sencilla y de su gusto. Al día siguiente Pestaña encuentra un trabajo decente en una relojería de la calle de la Cera.

Pestaña entra de inmediato en contacto con los círculos anarquistas de la ciudad. Pronto también se encontrará con el Noi del Sucre. Y comenzará su larga, difícil, fructífera, irregular y tormentosa relación.

Ascenso, esplendor y controversia del Noi

La temperatura de Barcelona se sigue midiendo en función de la Guerra Europea. La conflagración ha acabado por convertirla en una ciudad decididamente cosmopolita. La costa catalana se llena de pájaros raros. Personajes sin trabajo conocido que viven en hoteles, frecuentan los restaurantes y los sastres más caros y se pasean en automóvil. Tienen una marcada preferencia por hacer excursiones por el litoral. Curiosamente, muchos de ellos mantienen unas estupendas relaciones con las autoridades, especialmente con los carabineros y los responsables de las aduanas.

Entre las pertenencias de estos individuos siempre tienen un lugar preferente unos prismáticos de primera calidad. La explicación es fácil, y conocida por el común de los barceloneses. Estos señores miran barcos, otean los mares, escudriñan el horizonte en busca de submarinos. Son espías aliados o alemanes, o mercenarios al servicio de un bando o de otro. Y su tarea es evidente. Los del bando aliado pretenden averiguar dónde y cuándo los submarinos alemanes reciben el suministro que se les entrega en las costas catalanas. Los alemanes, por su parte, informan detalladamente sobre los buques que cargan mercancías y abastecimientos con destino a los puertos franceses.

En Barcelona, la actividad de los muelles se ha vuelto frenética. Los ojos de las autoridades portuarias están convenientemente cegados. Se dice que en el puerto no queda un solo hombre sin comprar. Un dato difícil de verificar, pero el hecho es que allí nadie se fía de nadie. Atracan y zarpan barcos con todas las banderas del planeta. No se sabe lo que cargan. No se sabe adónde van, porque casi siempre, al alejarse unas millas de la costa, cambian la hoja de navegación y toman un rumbo distinto del que en principio seguían.

Al amparo de ese trasiego surgen efímeras compañías navieras, el dinero va de una mano a otra y acaba desembocando en la compra de cabeceras de periódicos que se ponen al servicio de una u otra causa. La guerra y sus miserias van calando en la sociedad española y especialmente en la catalana.

Tras los primeros momentos de incertidumbre y caos, los grandes empresarios contemplan la guerra como una posibilidad de aumentar sus beneficios. Desde Europa se solicitan mercancías de todo tipo. La industria española se reactiva, especialmente la catalana. En el ámbito textil, Barcelona y Málaga son las grandes beneficiadas. Los países en conflicto demandan una enorme producción de tejidos, de uniformes. Los obreros, a pesar de estar masivamente en contra de la guerra, empiezan a experimentar una cierta mejora en sus condiciones laborales. Creen vivir una contradicción, pero lo que viven es un espejismo.

Porque todo es pasajero y todo está sustentado en unas bases de barro. El beneficio que se obtiene con las exportaciones no se compensa con la importación. La guerra rompe la producción de materias primas que hasta antes del conflicto llegaban con normalidad y a un precio razonable a España. Esas materias primas

empiezan a escasear. Los especuladores entran en acción. Explotan, estrangulan, obtienen unos beneficios desorbitados y los productos de primera necesidad se encarecen de un modo insostenible. Comienza el llamado «problema de las subsistencias».

Corre la frustración, se expande. La indignación hincha su pecho. La efímera mejora aumenta en los obreros su sensación de pérdida histórica, de naufragio eterno. Han paladeado un poco de dulzura. Un mínimo terrón de azúcar que en su corazón encierra la hiel de siempre. El veneno contra el que llevan peleando décadas y contra el que ahora están decididos a rebelarse.

España, neutral y siempre colocada de perfil, está podrida. Eso es lo que siente el hormiguero. Eso es lo que estremece al edificio entero del país. En sus cimientos los trabajadores se arremolinan, empiezan un duro ejercicio de contorsión. En la cúspide, o cerca de ella, el filósofo Ortega empieza a hablar de un país «invertebrado», habla de la «atmósfera irreal» en la que vive la nación, habla del caos endémico y pide desesperadamente «aire respirable».

En Barcelona se inicia la rebelión de las Juntas de Defensa de Infantería —el Ejército movilizándose para preservar su poder expande su insurgencia por todo el país—, el Gobierno cierra las Cortes y la Lliga Regionalista de Cambó, líder del conservadurismo catalán, convoca en Barcelona una asamblea de parlamentarios con la que pretende tomar medidas y eludir el cierre de las Cortes. Allí acudirá la España en sombras, desde Melquíades Álvarez con su espíritu apacible y su cara de pájaro republicano hasta un Pablo Iglesias en las puertas de la vejez y hundido bajo el peso muerto de un terno con solapas interminables, pero todavía enérgico, decidido y valiente.

Catalanismo, muerte de la restauración, asomo de republicanismo, conmoción obrera, militar, huelgas, acción directa y profundas ansias regeneracionistas. El cóctel bien removido. Lo que todos sabemos. Pero ¿y Seguí? ¿Dónde está Seguí y qué ha sido de él en medio de toda esa convulsión?

Durante ese periodo, el Noi del Sucre se ha asentado dentro del anarquismo catalán y ya es una pieza fundamental del movimiento obrero. En 1915 ha sido elegido presidente de la Federación del Ramo de la Construcción de Barcelona. Ese año también es nombrado secretario del Ateneo Sindicalista. Su primera medida es crear y organizar una biblioteca en ese centro. Hace recogidas de libros, llega a acuerdos para recibir fondos editoriales. El Noi se multiplica. Es el tiempo en que recorre Cataluña de una parte a otra dando conferencias, conociendo compañeros de toda clase y tendencia, predicando el evangelio del nuevo anarcosindicalismo. Ganando adeptos, levantando recelos. En su Lérida natal organiza a los obreros de la provincia, los espolea y los llena de argumentos para la lucha.

El Noi del Sucre demuestra más vitalidad que nunca. Se le sigue viendo por los

lugares de siempre, incendia las tertulias, su voz potente y apasionada sigue resonando en el café Español y en el Suizo. En el Español —y ahora también en el Tostadero— continúa con sus interminables partidas de billar y, entre carambola y carambola, da mítines abreviados con el taco en la mano.

Su figura de dandi obrero aparece por cualquier peña, bar o restaurante del Paralelo, Conde del Asalto o La Unión, al cuello el pañuelo de seda blanquísimo, los pies de bailarín enfundados en unas alpargatas igualmente blancas e impolutas. Come, fuma, bebe y cuando la excitación llega a su punto más alto los ojos, grandes, dulcemente ahuevados, se le vuelven casi estrábicos, amenazantes.

Hay puntos con los que el Noi del Sucre no transige. Cuestiones que lo sacan de quicio y le esquinan la vista. Una de ellas es la desunión de los trabajadores. La falta de unidad en la acción produce ramales, bifurcaciones, caminos subterráneos. Los caminos subterráneos propician descontrol; el descontrol, violencia y la violencia, represión. En definitiva, la desunión acarrea debilidad ante el gran monstruo de la patronal.

Incluso entre los propios anarquistas existen facciones. La Guerra Mundial ha llevado a una parte de ellos a reafirmarse en un pacifismo tolstoiano y a gritar con más celo que nunca dos de sus frases elementales, casi fundacionales: «¡Contra todas las guerras!», y «¡Antes que la guerra, la revolución!». Todavía padecen los obreros españoles la sangría de Marruecos en sus carnes, todavía está fresca en Barcelona la Semana Trágica, la leva forzosa para los pobres. Sin embargo, otros libertarios han seguido la estela de Kropotkin, que se ha colocado junto a los aliados y ha acusado a Alemania de haber desencadenado la guerra, desbordada por su incurable afán bélico y su incontenible vocación imperialista.

A Cataluña también llegan los ecos de esa discordia. Pero, además, aquí existen otras confrontaciones y recelos internos. Los anarquistas revolucionarios y puros se están distanciando cada vez más de los anarcosindicalistas. Y pronto, cuando estalle la Revolución Rusa, surgirá una nueva corriente, probolchevique y favorable a los principios leninistas.

El Noi del Sucre entiende que todas esas cuestiones, anarquistas puros, sindicalistas y probolcheviques, son secundarias y que el movimiento obrero sólo tendrá una opción de triunfo si permanece unido. Eso no significa que alguien como Seguí, apasionado y luchador vehemente, se mantenga ajeno a la polémica. Se ha hecho un firme defensor del anarcosindicalismo y en cada ocasión que puede hace un elogio apasionado del sindicato como fuente de cambio y progreso para los trabajadores. Defiende ese combate, llevado a cabo en cada fábrica, en cada industria y en cada pequeño taller por encima de las teorías anquilosadas y el espíritu contemplativo de otros.

Ya hay quien en la CNT lo mira de forma torcida. Algún murmurador lo tacha de heterodoxo. «El Noi del Sucre es un disconforme, un cajón aparte», escucha Teresa un día al azar, pasando por la puerta donde se encuentra la redacción de *Tierra y*

Libertad. «¿Un disconforme? Na, un relapso, eso es lo que es», dice un tipo menudo con un cigarro esquinado en la boca sonriente. «No sé lo que eso significa, pero seguro que también lo es. No tiene buena carne. Y además es un moderado», responde el otro.

Moderado, sindicalista por encima de anarquista. Desviado. Relapso, contumaz, rebelde. Providencial, lúcido, insobornable. El Noi del Sucre ya está entre las dos orillas. Lo adoran o pretenden someterlo a cuarentena. No hay término medio. El neófito Ángel Pestaña pertenece al bando de los que se le enfrentan y lo cuestionan.

Una vez instalado en su humilde pensión y después de establecerse en su nuevo trabajo, una de las primeras cosas que hace Pestaña es acudir a la redacción de *Tierra y Libertad*. En su cabeza medio mística aquel lugar simboliza el templo máximo del anarquismo. Se presenta a los redactores, pone cara a alguno de los nombres con los que hasta entonces se ha carteado. Son amables con él. Promete volver muy pronto, con artículos para la imprenta. Sale de la redacción iluminado, casi feliz.

Un domingo, Pestaña aparece por el Ateneo Sindicalista. Parco, serio, casi funerario, se sienta cerca del cortinaje pesado y algo polvoriento que cierra la sala principal. Observa. Las tardes de los días festivos el Ateneo es un hervidero. Se hacen lecturas comentadas o se discuten abiertamente asuntos de la actualidad, ideológicos, históricos. Cualquier asistente puede tomar la palabra, alza el brazo, se pone de pie y diserta.

Aquella tarde hay un tipo que borbotea obviedades pacifistas sobre la Guerra Europea y el anarquismo. Pronto se calla, se solventa su intervención con algunos comentarios y al instante se alza una figura corpulenta, voluminosa y voluptuosa que de inmediato empieza a hablar con voz grave y envolvente. Pestaña frunce el ceño.

«Es el Noi del Sucre», le informa un joven delgado, amarillento, que está sentado a su lado.

«Lo he sentido. He sentido de él, en *Tierra y Libertad*», le responde Pestaña, serio.

Pestaña continúa escuchando a Seguí mientras el muchacho demacrado deja la mirada fija en él todavía unos segundos más, intentando inútilmente calibrar el impacto que la brillante oratoria del Noi causa en el nuevo visitante. Pero Pestaña permanece impávido, registrando, absorbiendo lo que oye y, sobre todo, lo que ve.

Ese día, Pestaña se marcha nada más pronunciar el Noi las palabras rituales con las que siempre concluye cada charla, cada conferencia o cada mitin: «Compañeros, he acabado».

Pero el domingo siguiente, Pestaña vuelve al Ateneo Sindicalista. Y también el siguiente. Y el tercer domingo después de aquel primero, el joven demacrado y amarillento, le presenta al Noi.

Seguí y Pestaña se estrechan la mano. El primero detecta el recelo del segundo, que no se esfuerza por disimularlo. Pero Seguí no pierde la sonrisa, la hace más franca. No le resulta antipática la postura orgullosamente torpe, casi desafiante, de

Pestaña y le palmea el brazo acartonado.

«Ya irás viendo. Cuando lleves un tiempo aquí. Sabrás cómo es todo», le dice.

«Ya lo estoy viendo», responde el otro.

«Sé que escribes en *Tierra y Libertad*».

Gesto de afirmación de Pestaña, escueto, negándose a la seducción. «Tengo allí amigos, conocidos», reconoce finalmente.

«Claro. Todos tenemos allí amigos, y menos amigos. De todos modos, no descartes mandar algún artículo a la *Soli*».

Una mueca de extrañeza en la cara larga de Pestaña. Más desconfianza.

«*Solidaridad Obrera*», aclara el Noi.

«Sé lo que es la *Soli*», responde Pestaña.

«Quiero decir que yo no daría por muerto ese periódico, aunque otros lo piensen. Las cosas pueden cambiar. Van a cambiar. En todo y para todos», el Noi del Sucre vuelve a sonreír abiertamente, vuelve a tocar el brazo de Pestaña y se da la vuelta. Se marcha con Gabriel Alomar y con el muchacho amarillo y desde ese instante, comentando con sus dos acompañantes el encuentro con Pestaña, lo bautiza con el alias con el que siempre se referirá a él. El Caballero de la Triste Figura.

Se verán en domingos sucesivos en aquel mismo lugar. Pestaña toma por primera vez la palabra unas semanas después y lo hace a favor del sector contrario a Seguí. Es conciso, claro y proclive a la rotundidad, brillante a su modo, aunque se desenvuelve todavía entre tópicos y frases hechas. Cuestiona el anarquismo de seda de Seguí, su evolucionismo, su moderación.

El Noi del Sucre se ha convertido ya en el líder de la corriente mayoritaria del anarcosindicalismo catalán, lo que casi vale a decir del español. Realmente es su alma, su impulsor. Los contrarios, los puros, necesitan una figura que contraponerle. Y van a fijarse en el recién llegado, con su aura de seriedad, ortodoxia y credo en la mística del anarquismo más firme. Ángel Pestaña es hábil con la palabra, no tanto como el Noi del Sucre, pero es que la brillantez de Seguí también pesa para muchos en su contra, por su vistosidad, por esa luminosidad y elocuencia que consideran una muestra sospechosa de aburguesamiento, casi una frivolidad.

Los flamantes pestañistas se regocijan al oír decir a su nuevo compañero que «el capitalismo explota a los trabajadores y los tiraniza», o que «la revolución social consiste en dar a cada uno según sus posibilidades y recibir según sus necesidades». El parvulario del proletariado dicho con la gravedad leonesa de Pestaña. El anarquismo romántico frente a la organización y el talento creador para movilizar a los trabajadores.

Todo es demasiado fácil para Pestaña. Progresa dentro del anarquismo barcelonés con un liviano bagaje intelectual, sin hablar catalán, apenas sin entenderlo todavía. También se le dispensa su falta de experiencia sindicalista y revolucionaria. La simpleza de sus ideas se toma como un deseo de claridad y un reflejo de la honestidad —que sin duda tiene— del recién nacido líder. Pestaña no deja de

asombrarse de su fulgurante ascensión. Alguna noche, entre orgulloso y perplejo, se lo comenta a María a luz del quinqué. Ella, astuta, cose, lo escucha con atención, da puntadas, hilvana y sin levantar la vista de la tela lo llama a la prudencia. Él casi sonríe. Las sombras se alargan.

Alrededor de Pestaña se van reuniendo todos los elementos para convertirlo en un efímero fuego de artificio, en una herramienta de usar y tirar en manos de gente versada en el oscuro trabajo del alcantarillado subversivo, clandestino. Y si finalmente no se produce el naufragio es porque, al lado de esa ingenuidad manifiesta, Pestaña tiene visiones de zahorí que le hacen vislumbrar con antelación el camino que tomarán algunos acontecimientos.

Esa habilidad natural y el deseo de sus marionetistas de que le siga haciendo sombra al Noi del Sucre hacen que Pestaña sea elegido para uno de los desafíos mayores que la CNT se propone en ese tiempo. La unión de los trabajadores.

Como Seguí, Pestaña —y también sus seguidores-impulsores— está convencido de que las alianzas significarían la implantación definitiva de la causa obrera dentro del renqueante y anquilosado Estado español. En el Ateneo Sindicalista, y también en algunas charlas que le han proporcionado por Tarragona y Lérida sus seguidores, Pestaña ha defendido aquella postura con argumentos tan rudimentarios como «La unión hace la fuerza» y frases parecidas.

Como se sabe, la acción conjunta con la UGT es una idea que está presente en la CNT desde su propia constitución, pero ahora, con la desproporcionada carestía de la vida, el abuso patronal y la agitación constante de los trabajadores, se hace urgente y parece posible. Seguí lo ve con claridad y empieza a movilizar desde abajo a los suyos. También la *Soli* se implica en ese objetivo y publica una serie de artículos apelando a la unidad.

Años después, ya muerto el Noi, su viejo amigo Josep Viadiu escribe en una pequeña y bien informada biografía —aunque con tramos de prosa medianamente asfaltada— que «Salvador Seguí comprendió muy pronto que el éxito del movimiento y de la causa trabajadora no podía confiarse exclusivamente en la solidaridad, en la buena voluntad de las minorías conscientes ni en el azar de las medidas represivas de la autoridad, sino que era necesario aglutinar y cohesionar a las fuerzas obreras y dotarlas de organismos potentes que respondiesen, por propia vitalidad y conciencia de clase, a todas las necesidades que la lucha contra el capitalismo hicieran necesarias».

El Noi, lleno de fuerza y convicción, con un respaldo incuestionable y avalado por sus compañeros asturianos, propone el contacto formal con «la organización hermana» en la asamblea general de la CNT que se celebra en Valencia en mayo de 1916. No obstante, deja constancia de que el pacto no puede hacerse a toda costa y que la CNT no debe perder su esencia ni su aspiración a la acción directa.

Por su parte, la UGT acuerda poco después en su Congreso de Madrid iniciar contactos con la CNT con el fin de mantener una estrategia común y calibrar la

posibilidad de una alianza permanente. El primer encuentro se celebra en Zaragoza. Su resultado: la huelga general de diciembre de ese mismo año avalada fraternalmente por la CNT y la UGT. Esa huelga de diciembre del 16 es la mejor organizada y la que más respaldo ha tenido de todas las que hasta ese momento se han celebrado en España.

Un golpe sobre la mesa que impresiona por igual al gobierno de Romanones y a la patronal pero que al cabo no es más que un ensayo general de lo que va a ser la gran huelga revolucionaria de 1917.

1917. Año revolucionario

«Se volcaron las cajas de los fondos de los sindicatos, entregando hasta el último céntimo para comprar pistolas y fabricar bombas. Una fiebre de actividad invadió nuestros medios confederales», escribe un deslumbrado Pestaña ante el trasiego vertiginoso con que el sindicato anarquista, y también el socialista, preparan la huelga del 17. Una máquina de conquista, un engranaje violento y justiciero.

De todas partes, de cualquier taller, imprenta, muelle, tienda, almacén o fábrica llegan hombres, ayuda, manos, voluntad, monedas, fuerza.

La huelga es un fruto, un animal casi domesticado que crece y que germina gracias a las conversaciones y a los acuerdos a los que están llegando la CNT y la UGT. El origen, el punto clave, es la reunión que se celebra en Madrid en mayo del 17.

Allí acuden en representación de la Confederación anarquista el Noi del Sucre, Ángel Pestaña y Ángel Lacort, aquel tenaz y autodidacta alpargatero que muy pronto progresaría desde el sindicalismo puro hacia la política abriendo un camino en cuyo umbral se encontraba Salvador Seguí en el momento de ser asesinado y por el que más tarde se adentraría con toda convicción Pestaña, muy indignado cuando Lacort decida que la política también es un arma legítima para impulsar la causa de los trabajadores. Pero eso es futuro, relativamente próximo en cronología pero muy lejano por la barrera de acontecimientos, convulsiones, traición y violencia que median hasta llegar a él.

Estamos en 1917, en la reunión a la que van Seguí, Pestaña y Lacort en nombre de la CNT. Por parte de la de UGT acuden Largo Caballero, Julián Besteiro y Vicente Barrio Minguito, que desde 1905 es el secretario general del sindicato socialista.

Para Pestaña es el primer cónclave de altura en el que va a participar. Está orgulloso, se siente responsable. La víspera apenas duerme. Recuerda los caminos de su infancia, solitarios apeaderos ferroviarios en mitad del páramo, habitaciones vacías. Entrevé el rostro de su padre.

Por la mañana, su mujer le limpia de pelusas la chaqueta negra, le ayuda a ponérsela y cuando la tiene puesta le acaricia las solapas, como a un niño enfermo. Pestaña es el primero en llegar a la estación. Seguí y Lacort aparecen juntos. El Noi parece más alto que otras veces. En el tren, Pestaña lo mira de reojo. Seguí, endomingado, no para de hablar y reír con Lacort, traqueteados en el asiento de tercera.

De aquel viaje es la famosa foto del Noi con corbata, cuello duro y sombrero que acaba de asentar la fama de dandi proletario que tanto van a airear sus adversarios cenetistas.

«Es el uniforme para ir a la capital. La ideología la ha demostrado el Noi del Sucre en mil momentos de dificultad, en unos cuantos calabozos, pintando paredes de la mañana a la noche durante años, dando dinero de su bolsillo a compañeros en

apuros y en ni sabe cuántas acciones que vosotros ni habéis hecho ni soñáis hacer», defienden a Seguí sus partidarios en un esgrima inútil en el que el Noi ni siquiera entra.

En ese momento tiene otra preocupación, y cuando pase ese momento siempre va a tener otras ocupaciones mucho más importantes que «el murmullo de las comadres y su diagnóstico sobre la calidad de mi sombrero».

«Me inquieta más una carambola a doble banda en el Tostadero que lo que digan o dejen de decir de mí las beatas del anarquismo. Y siempre va a ser así», le dirá más adelante a Gabriel Alomar, que en todo instante estaba atento a la consideración y el prestigio de su amigo.

Lo que en aquel momento, en aquel tren, con aquel sombrero y aquel cuello duro, le preocupa al Noi del Sucre no es el sombrero ni el cuello duro ni el tren, ni siquiera Pestaña o Lacort, sino el acuerdo con la UGT y la huelga que se avecina. Es lo que le obsesiona por más que no haga de ello bandera ni mucho menos dramatice ni ponga sus actos en un altar.

Él sí ha dormido bien. Y, basándonos en su conducta y en su naturaleza, podemos afirmar que no ha entrevisto en la fantasmagoría de la noche ninguna cara asomando en las sombras. Ha revisado en los días, semanas y meses anteriores la estrategia a seguir. La ha consultado con sus compañeros y, puede que contraviniendo la opinión de éstos y a escondidas, haya ido a ver a Companys y a Layret para calibrar la opinión de ambos. Con seguridad puede afirmarse también que no ha pedido opinión ni bendición a Teresita, ni con la mirada ni con la palabra, porque nunca el Noi del Sucre ha llevado a su casa los problemas del sindicato.

A buen seguro, la despedida habrá sido ruidosa, Teresita le habrá dado como único consejo que tenga ojo con las cosas de la capital, incluidas la policía y las mujeres madrileñas, y Seguí habrá estrujado, besuqueado y apretado hasta la irritación a las dos hijas de Teresa, que hace tiempo siente ya como propias, antes de salir camino de la estación. El encuentro con los compañeros socialistas, según lleva dibujado en la cabeza, puede suponer un cambio rotundo en la visión que el Gobierno y los patronos de toda España tienen de las organizaciones obreras. De su poder. De su capacidad para imponerse, para transformar realidad social de millones de personas. Para sacudir el manto de plomo que muchos, casi todos, creen inamovible.

La reunión de Madrid acaba siendo una confirmación de lo presentido por Seguí. No hay desacuerdos entre las dos organizaciones, todo fluye. No hay fisuras y sí un objetivo común y una manera común de abordarlo. Anarquistas y socialistas tienen la determinación de forzar al Gobierno a que emprenda una política rotunda contra los efectos de la crisis económica y las vergonzosas consecuencias que esa crisis está teniendo sobre la clase trabajadora.

El día posterior al acuerdo hacen público un manifiesto con sus conclusiones. En el manifiesto, redactado por Julián Besteiro pero impulsado por un espíritu revolucionario, puede leerse también la amenaza de ir a una huelga general indefinida

si no se producen los cambios inmediatos que garanticen al pueblo unas condiciones mínimas de vida, de dignidad.

Empieza a gestarse la tormenta. Seguí alerta a sus dos camaradas sobre la posibilidad de que todavía puedan surgir dificultades con la UGT. Lacort confía en los compañeros socialistas, sobre todo en el ansia transformadora de Largo Caballero. Pestaña es optimista. En algún momento incluso podría pensarse que está radiante. También resplandece cuando interviene con sus dos compañeros en un mitin en la Casa del Pueblo, rodeado de lo más granado del socialismo español. El ambiente que se vive en aquel mitin parece surgido de los sueños. Los trabajadores en pie, los obreros blandiendo sus herramientas como armas, el futuro encarnado en un presente rotundo, casi frenéticamente real.

Los sindicalistas de un signo y de otro destilan entusiasmo, hermandad y fe en las fuerzas propias. Pero al Gobierno no lo amilanan sus cantos ni sus banderas. O si lo hacen responde del modo más contundente que sabe, para camuflar los temores. El manifiesto conjunto le suena a simple declaración de guerra. Para empezar, se decreta la detención de todos los que han intervenido en el mitin de la Casa del Pueblo.

Seguí, Pestaña y Lacort, expertos en fugas, se escabullen y salen de Madrid en un tren nocturno. Están dormidos en un banco corrido cuando llegan a Zaragoza. Seguí percibe dentro del sueño una quietud rara. Abre un ojo y lo primero que ve es el uniforme de un guardia civil. Dos fusiles apuntando a su pecho.

«Mira, loh tre Reyeh Mago», oye decir con profundo acento andaluz, probablemente cordobés.

Son devueltos a Madrid y encerrados en un calabozo del Palacio de Justicia. Pasan allí un día, hasta que el juez decreta que sean conducidos a prisión. Incluso en ese trance, se siente postergado Pestaña. «Lacort y Seguí iban atados juntos», escribe años después, recordando que a él lo amarran a Manuel Cordero, miembro secundario de la UGT aunque también firmante del manifiesto.

La cárcel no dura mucho. Seguí lo toma con calma. Juega a los chinos con los demás presos, escribe alguna carta, lee. A la cárcel llegan noticias. La opinión pública está escandalizada con el encarcelamiento de los sindicalistas. Por todas partes surgen voces, artículos, panfletos, algaradas. El Gobierno considera que los detenidos son menos peligrosos en libertad que entre rejas y los pone en la calle.

El regreso a Barcelona tiene un sabor dulce. No importa que el trío anarquista se vea obligado a pedir el dinero que les falta para comprar sus billetes de vuelta a los compañeros socialistas ni que lleven hambre atrasada o su aliño indumentario haya perdido lustre. Pestaña lleva la corbata torcida y desganada, Lacort tiene sus amplios mofletes más caídos que otras veces y pespunteado por la barba del presidio. Seguí tiene un aire algo más pulcro que sus compañeros aunque el cuello duro de la camisa viaje en lo hondo de su bolsa y su flamante sombrero haya cogido más mugre de la precisa.

La culminación de la huelga general se va a hacer esperar todavía y, como el Noi

del Sucre ha previsto, surgen recelos y desconfianzas entre las dos organizaciones sindicales. En el proceso de negociación de la huelga y en las conversaciones de cara a una futura y definitiva alianza se suceden avances ilusionantes, retrocesos angustiosos y episodios de toda clase entre los que se incluyen un estrafalario viaje de Largo Caballero a Cataluña y el encuentro que los cenetistas tienen con Pablo Iglesias, sacerdote máximo del PSOE y la UGT.

En el caso de Largo Caballero, la cosa ocurre más o menos así: El líder ugetista llega a Barcelona de incógnito, con un sombrero calado hasta las cejas. En la estación lo recoge un tipo cojo que apenas puede hablar debido a una ronquera rara. Lo lleva en un viejo coche hasta un lugar apartado, en las afueras, que Largo no identifica. Allí aparecen tres o cuatro anarquistas que lo conducen caminando a través de un intrincado e inquietante sendero hasta un refugio situado en el monte de Las Planas, donde lo esperan Seguí, Pestaña y algunos otros miembros de la CNT.

La reunión es muy tensa. Largo Caballero se defiende dignamente de los reproches que le lanzan algunos miembros del sector más radical. Largo afirma que su sindicato va a ser el principal impulsor de la huelga general, piensen lo que piensen los anarquistas. Éstos acusan a la UGT de prudencia antirrevolucionaria, de cobardía y de connivencia con políticos burgueses. Alejandro Lerroux y Melquíades Álvarez entre ellos. Seguí se muestra comprensivo en este último punto y piensa que la alianza con esos sectores políticos puede ayudar al éxito de la huelga.

Pero ni siquiera las palabras del Noi del Sucre despejan el temor de Largo Caballero, que desde su llegada al refugio se siente inquieto por las dos pistolas que hay encima de la mesa, y cuando la discusión se hace más virulenta no puede impedir que la mirada vaya de las manos de sus oponentes a las armas. Seguí advierte el gesto y con la vista ordena a uno de los compañeros que retire las pistolas al tiempo que le dice a Caballero, «Son por si la policía viene a interrumpir la reunión. Para defenderte. Caemos nosotros muertos o heridos antes que consentir que te detengan o te pase algo. Respondemos de ti, aunque eso no te libre de oír todo lo que tenemos que decirte». Los ojos pequeños y casi transparentes de Largo Caballero cobran un poco de calor, aunque no el suficiente como para que al final de la reunión el propio Noi del Sucre y Pestaña se ofrezcan a escoltarlo hasta la entrada de Barcelona ahorrándole el trago de adentrarse por el bosque y las tupidas cañadas en compañía de los hoscos dueños de las pistolas.

El encuentro con Pablo Iglesias deja un sabor más agrio. Iglesias llega a Barcelona para participar en la asamblea de parlamentarios que ha convocado allí Cambó. Los dirigentes de la CNT creen que es un buen momento para urgir al presidente de los socialistas y del sindicato hermano a que acelere los preparativos para el movimiento revolucionario en marcha. Acude a verlo una pequeña delegación. La encabezan Seguí y Pestaña. Iglesias, parco, suspicaz, silencioso, escucha con un punto de sorpresa y de desconfianza los apremios enérgicos que le hace esa gente acostumbrada a la acción y, según él, a la poca cabeza. El patriarca del

socialismo, todo canas y aplomo, pide pausa y meditación de cara a la gran sacudida social que va a representar la huelga.

Seguí y los suyos insisten en romper la parsimonia que viene arrastrando en las últimas semanas la UGT y eso provoca en Iglesias una reacción que rompe la moral de los anarquistas. Sentado en un sillón de cuero, alzando sus ojos oscuros, llenos de hastío y cansancio, Iglesias los interrumpe, más cargado de condescendencia que de desprecio: «Ustedes, los obreros manuales, lo ven así. Pero nosotros, los intelectuales, lo vemos de diferente manera».

Seguí levanta la barbilla, todavía sin creer lo que acaba de oír. Pestaña niega despacio con la cabeza. Después de esa frase apenas se cruzan ya en esa habitación unas cuantas palabras, y las que se cruzan son banales. Todos parecen estar en otra parte, lejos de allí, viendo a los demás a través de un vidrio enturbiado. Los anarquistas se despiden.

En la calle, Seguí comenta el desprecio que acaban de sufrir. Pestaña, tan indignado como Seguí, piensa que el viejo ha querido ser más paternalista que despreciativo. El Noi del Sucre se vuelve hacia él y le dice: «Mira, Pestaña, el paternalismo con nosotros aquí, a estas alturas, es un desprecio. Lo mires como lo vengas a mirar». Pestaña asiente, «Conforme», y Seguí le replica, «Pero, esto no se para aquí, la huelga va a venir, y la vamos a hacer con éstos, y con los políticos de la izquierda. Nosotros sí que vamos a parar al país, de cabo a rabo». «Conforme», dice el otro.

El 14 de agosto los cañones están alineados en la plaza de Catalunya. Artilleros forrados con el caluroso uniforme de campaña apuntan en dirección a las Ramblas. Es una visión extraña. Opereta y tragedia. Existen por ahí fotos del acontecimiento, si es que puede llamarse así a aquella convulsión.

Da grima ver a esos hombres. Cetrinos, embobados, con aire miserable. Soldados de plomo mal fundidos. Nerviosos por la espera, tal vez asustados, fuman. Están callados. Se sientan en los estribos de las piezas de artillería. Observan a los grupos de huelguistas que asoman por el fondo de la plaza y que desaparecen corriendo, gritando cosas que no pueden descifrar. Gritos de pájaros. Luego escuchan descargas de fusilería. Disparos sueltos, el estampido de alguna bomba casera que hace vibrar los cristales de las casas señoriales y deja en el aire una música sorda de vidrios estremecidos.

La huelga se había adelantado a raíz de los sucesos de Valencia, donde los ferroviarios afiliados a la UGT han comenzado un paro laboral que deriva en la proclamación del estado de excepción. Se precipitan los acontecimientos. El comité de huelga del PSOE y la UGT, formado por Julián Besteiro y Andrés Saborit y por Largo Caballero y Daniel Anguiano respectivamente, da luz verde para que la gran huelga comience. Incluso desde las filas socialistas y ugetistas hay quienes temen que

el adelanto y la falta de preparación en los detalles últimos hagan fracasar el movimiento. Pero nadie se arredra ni nadie abandona el puesto que le han asignado. El estado de excepción se convierte inmediatamente en estado de guerra.

En Barcelona está previsto que el peso de la huelga recaiga sobre la CNT. A los anarquistas el paro ferroviario de Valencia los coge por sorpresa. No saben a qué atenerse. La confusión es enorme. Las comunicaciones se han cortado, corren rumores de todo tipo. Empieza a haber detenciones y sólo cuando algunos ejemplares de *El Socialista* llegan a Barcelona conocen en la CNT cuáles son las coordenadas en las que van a moverse. Al mismo tiempo reciben desde Madrid unos telegramas cifrados en los que se transmite la consigna de iniciar la lucha. El movimiento revolucionario está en marcha.

El día en que la huelga se va a iniciar en Barcelona, la ciudad despierta aparentemente tranquila. Todo va a funcionar en su justo momento. Es una gran representación teatral.

Los policías estaban atentos. Vigilaban las esquinas, controlaban los centros culturales proletarios, las asociaciones de obreros. Nada. Se habían abierto los talleres, se habían alzado las persianas de los almacenes, los trabajadores habían ido a ocupar su puesto y cada cosa funcionaba como cada día. O eso parecía.

A las once de la mañana empezaron a circular algunos obreros en bicicleta, un poco más veloces que de costumbre. Entraban en las imprentas, en las fábricas. Y salían rápidamente. Otros iban a pie. Decían unas palabras y volvían a salir de la tienda, la bodega, el taller. Estaban dando la consigna de detener el trabajo y echar el cierre una hora después.

Así ocurrió. Desaparecieron de la vía pública los carros, el ronquido desordenado de los automóviles, las camionetas, cualquier medio de transporte. Los tranvías quedaron detenidos en mitad de las calles, abandonados por sus conductores y sin que pudieran ser llevados a las cocheras porque también se habían detenido los motores y el zumbido de la fábrica de electricidad que los abastecía de fluido.

A las doce del mediodía, después de unos minutos de desconcierto, la ciudad entera empezó a enmudecer, a perder fuerza. Todo se iba ralentizando, hasta quedar definitivamente paralizado. Durante unos instantes extraños, perturbadores, Barcelona se vio envuelta en un mutismo que la sacó del tiempo. El latido de aquel corazón de hierro y cemento se paró unos segundos, luego burbujeó, tuvo unos ligeros espasmos y una especie de susurro pareció subir de los muelles y de lo hondo del mar antes de empezar a crecer, a transformarse en un zumbido sordo y sin dueño.

Los tranvías detenidos y vacíos, los camiones abandonados, los cierres de los comercios y los almacenes, la deserción en las fábricas, dan una idea a los barceloneses no implicados en la huelga de la magnitud del acontecimiento. Los grupos de curiosos se hacen cada vez menos numerosos hasta acabar por diluirse. Sopla el miedo. La consigna de los convocantes es que el paro sea pacífico y sólo se use la violencia como defensa, en último extremo. El Ejército está dispuesto a llegar

rápidamente a ese extremo. Y a rebasarlo.

A las tres de la tarde las calles son un sendero por el que sólo corre el perro vagabundo de la brisa y algún transeúnte perdido. A las cuatro aparecen los primeros soldados pegando por las paredes el bando en el que se advierte que la ciudad ha quedado bajo jurisdicción militar. Sus pasos y sus voces resuenan con un eco de malos augurios. Peor efecto aún tienen las risas nerviosas que a veces escapan de sus pechos, de aquellas bocas mal dentadas. Los ojos abiertos, las pupilas enfermas, las púas de los bigotes con forma de oruga.

El anochecer se llena de ruidos. Las tropas abandonan los cuarteles y toman posiciones en los cruces más importantes, en la puerta de los edificios gubernamentales, en las arterias clave. Hablan en voz demasiado alta, dan golpes, sueltan risotadas y da la sensación de que les han dado de beber antes de sacarlos de los cuarteles.

Los soldados prohíben el paso por la plaza de Cataluña, donde ya han instalado varias piezas de artillería y algunas ametralladoras pesadas. En el Paralelo colocan dos cañones Schneider frente al teatro Victoria. Quieren amedrentar a la población y lo consiguen. Todo está muerto.

Cuando la noche acaba de cerrarse aún es peor. Hay barrios enteros a oscuras. La luz eléctrica está cortada y los ingenieros militares no consiguen en casi ningún caso poner en marcha las dinamos del alumbrado. Un capitán del cuerpo de Ingenieros y un soldado resultan electrocutados manipulando el sabotaje que han llevado a cabo los operarios antes de abandonar sus puestos. Nadie se atreve a encender velas o quinqués por miedo a señalar sus ventanas, sus casas. Barcelona es una ciudad de fantasmas. Y sólo de tarde en tarde se ven resplandores fugaces a los que sigue un estruendo ronco como si una tormenta seca vagara por la ciudad. Pero la tormenta es humana y los fulgores van unidos a un intenso olor a pólvora y petróleo.

Grupos de huelguistas han empezado a distribuirse por toda la ciudad. Les hacen frente a los soldados. Salen piquetes, se suman militantes, obreros, gente independiente que se sumerge en el río de una multitud que no deja de crecer. En el barrio de Gracia se producen duros enfrentamientos. Un grupo de huelguistas se refugia en el Casino Republicano y desde allí entabla un tiroteo con los soldados. Matan a un capitán, hieren a varios soldados. Los militares intentan concentrar en los alrededores una compañía entera pero deben dividir sus efectivos. Las calles han dejado de estar mudas. Ahora son un continuo trasiego de gente corriendo, gritando, llamando a la revolución. En Sants se vuelcan dos tranvías, se incendia otro.

Al Ejército se unen pequeños grupos del somatén. Som atents. Son burgueses muy conservadores, viejos carlistas, eso que luego se llamaría ultraderecha. Van canturreando y silbando su himno, «Pau, pau i sempre pau». Extraña paz. Algunos llevan botines blancos, boinas. Van armados con revólveres y tercerolas y entre ellos los hay más atrevidos y más inquisidores que los soldados. Detienen a gente solitaria por las esquinas, en los portales. Los hacen identificarse, los apalean si resultan

sospechosos, y si la cosa va muy mal, como ocurre en varias ocasiones, les sueltan un tiro en lo alto de la cabeza. No en la nuca ni en la sien, sino, previo arrodillamiento, en la parte superior del cráneo. Para que la bala los arrastre al infierno, a lo hondo de la tierra de donde nunca deberían haber salido.

Siempre están atentos, cumplen con la etimología. En los descansos van a reponer fuerzas a casa de sus amigos, de sus patrones, de sus papás. Comentan sus hazañas y sus peligros.

También acuden a las barricadas que han levantado los huelguistas y entran en los tiroteos. Los más duros se producen en las calles de San Pablo, en la de la Cadena, en la de San Rafael, donde los anarquistas han establecido su cuartel general y se han hecho fuertes, donde seis años después van a asesinar al Noi del Sucre.

El Noi del Sucre encabeza el comité de huelga de Barcelona. Con él están Ángel Pestaña, Josep Viadiu, Francisco Miranda y otros compañeros. Seguí se siente abandonado por los políticos de izquierda y por los catalanistas, que en principio estaban comprometidos con la huelga. Desde Lerroux a Cambó. Incluidos sus amigos Companys y Layret. Y eso le duele, por más que estos dos justifiquen ampliamente su posición y Layret rompa la disciplina de su organización para ponerse, al menos de palabra y corazón, al lado de los huelguistas, del pueblo. Poco más pueden hacer. Son políticos. Ellos solamente sindicalistas, trabajadores.

Por otro lado, Seguí y sus compañeros comprueban cómo el Ejército, después de crear las Juntas de Defensa y de haberse enfrentado con el poder, una vez que la huelga ha comenzado no duda en ponerse al servicio del Gobierno para aplastar el movimiento obrero. Esto no representa una decepción, porque nunca han confiado demasiado en que desde los cuarteles pudiera venirles la más mínima ayuda, pero supone la ratificación de dónde se encuentra cada cual y, también, un duro revés para el desarrollo irregular y apresurado de la huelga.

Ni la deserción de los políticos ni el ataque del Ejército frenan a cenetistas. Confían en el futuro pero siempre están preparados para lo peor. Seguí, Pestaña y Viadiu viven esos días y noches en la calle. Van de refugio en refugio, afrontan peligros. Coordinan los enlaces, distribuyen fuerzas y hacen que el paro y la lucha se mantengan en medio de la confusión.

Apenas llegan noticias de fuera. Cada uno tiene conciencia de lo que ve, poco más. El resto son rumores. Un viento que unas veces sopla hacia un lado y al instante en sentido contrario. Barcelona está sometida a un cerco informativo. Los periódicos locales han sido intervenidos y dejan de publicarse. De Madrid llegan algunos, pero censurados. En caracteres de cuerpo enorme se repite la versión oficial: El movimiento revolucionario ha fracasado y apenas quedan unos cuantos focos de agitación desperdigados por la península. Por su parte, *El Correo Catalán*, periódico barcelonés con ideario carlista, sale a la calle a los dos días de comenzar la huelga. Aprendices de salesianos y maristas se han hecho cargo de los talleres. Las noticias que dan son rotundas e inapelables. La rebelión de los obreros ha sido sofocada en

todo el país.

Los dirigentes de la CNT insisten en desmentir esas informaciones, intentan darles la vuelta, convencer a los suyos de que esas noticias lo único que demuestran es la preocupación del Gobierno. Pestaña se desgasta en la tarea. Escribe y reescribe alocuciones, arengas que van circulando de barricada en barricada. Seguí le hace el relevo. Echa mano de toda su energía. Nadie, viéndolo en aquellos lugares, se acuerda de los reproches que le han hecho meses anteriores.

Un soplo de esperanza les llega con un suelto de *El Liberal*. En ese periódico madrileño los tipógrafos han conseguido burlar incomprensiblemente la censura incluyendo una noticia en forma de telegrama: «Una columna militar se dirige a Oviedo», dice la nota. Lo suficiente para iluminar a quienes resisten y darles idea de la enorme dimensión que la huelga ha alcanzado en Asturias.

Y se saben más cosas. Al mismo tiempo que la UGT insiste en el carácter pacífico del paro y omite su naturaleza revolucionaria, se sabe que en Sabadell el Ejército ha empleado la artillería contra las sedes de la CNT y de la UGT. Las han reducido a escombros y han matado a casi todos los activistas que había dentro, pero la lucha callejera continúa en esa población.

También llegan a saber que los mineros de Río Tinto y León están levantados. Y que la huelga ha paralizado Madrid y núcleos tan importantes como Valencia, La Coruña o Zaragoza. En algunos de esos lugares y en otros como Alicante o Bilbao la violencia se propaga y hay muertos en las calles.

Pero las fuerzas están mal medidas, la precipitación ha sido mucha y a los trabajadores y sindicalistas de base no puede pedírseles el martirio eterno. El campo, controlado por caciques y perros guardianes, no ha respondido al llamamiento. Apenas son unos pocos núcleos rurales los que se han sumado al paro.

Además, la policía ha detenido en Madrid al comité de huelga. Julián Besteiro, Andrés Saborit, Largo Caballero y Daniel Anguiano son arrestados en la casa de un militante, en calle del Desengaño. Los encierran en una prisión militar. Los humillan, se les obliga a desnudarse y permanecer así alineados, se les trata de intimidar con amenazas. Son la cabeza de una redada policial que parece interminable. Viviendas, edificios, calles enteras son sitiados, registrados, saqueados. Aparecen militantes obreros en huecos inverosímiles, encogidos en altillos de cuarenta centímetros de ancho por un metro de profundidad, metidos en dobles fondos de alhacenas, dentro de colchones, en depósitos de agua, en sótanos y azoteas, en carreteras y descampados.

En la cárcel de Madrid se produce un motín que, por la furia de los internos, parece irrefrenable. Pero no lo es. La policía y el Ejército se encargan de sofocarlo con una virulencia muy superior a la que han empleado los presos. En el patio y por los corredores del presidio quedan esparcidos los cadáveres de más de una decena de reclusos, entre ellos los de siete militantes socialistas.

Los huelguistas se ven obligados a replegarse. Las calles quedan completamente bajo tutela militar. El orden empieza a volver lentamente con su reflujo de sangre. El

saldo oficial de la huelga es de setenta y una víctimas. Pero se calcula que la cifra real duplica el guarismo del Gobierno. También se estima que más de la mitad de las muertes han tenido lugar en Cataluña. Hay más de trescientos heridos. Y dos mil detenidos. El trabajo ha sido duro.

Entre los dos mil detenidos no se encuentran el Noi del Sucre ni Ángel Pestaña. Tampoco otros miembros destacados del comité de huelga de Barcelona. Pestaña salió de la ciudad en un camión cargado de material de derribo, sepultado entre escombros, y fue a refugiarse a Albalate del Cinca, un pueblo perdido de Aragón. La fuga del Noi del Sucre fue tan perfecta que ni siquiera hoy, después de las entrevistas aparecidas con su mujer y con otros miembros del comité de huelga, se sabe dónde estuvo. Si salió de Barcelona o permaneció unos meses oculto en cualquier lugar indescifrable de la ciudad.

Se sabe, sí, que como cabeza visible del anarquismo y de la huelga fue él quien ordenó el final de la misma en Cataluña. Había que asumir la derrota. Por precipitación, por abandono de los políticos, por falta de cohesión entre los sindicatos, por la naturaleza del poder al que se enfrentaban. Mantener la lucha ya sólo podía traer nuevas desgracias y ningún beneficio a la clase obrera. Habían transcurrido cuatro días, la resistencia había sido feroz, el mensaje estaba lanzado. Nada iba a ser igual a partir de ahora.

Pasados esos cuatro días, Seguí se reúne con Pestaña, con Josep Negre y algún otro miembro importante del sindicato. Calibran fuerzas y posibilidades. Adolfo Bueso, enteco, largo, narigudo, no ha parado de recorrer la ciudad durante toda la huelga. Lleva informes a esa reunión decisiva, sabe cómo está y cómo respira cada rincón de Barcelona. Todavía está exaltado por lo que ha visto.

«Mucho valor, mucha entrega. Lo de los tranvías ha sido formidable. Volcados, convertidos en murallas, qué digo, en trincheras. Y los nuestros dándolo todo».

Seguí lo deja desahogarse.

«Podemos aguantar dos o tres días más», concluye Bueso.

El Noi del Sucre hace un gesto de comprensión. Palmea el hombro de Bueso:

«Sí, ¿y después qué?».

«Eso digo yo. Eso mismo estaba pensando», responde Negre.

Bueso mira a uno y a otro.

«¿Qué piensas tú, Ángel?», interroga Seguí a Pestaña y todos callan y esperan su respuesta.

«Que ya hemos hecho todo lo que hemos podido. Y que si de fuera no se reciben noticias favorables, habrá que plegar las velas».

Uno de los presentes, un tal Acrato recuerda Pestaña en sus memorias, interviene, entre indignado y heroico, es decir, patético:

«Pues si es por nosotros, los metálicos, podemos aguantar quince días. Como lo digo, así, quince días más».

«No te hagas ilusiones, nen —lo desinfla el Noi—. La munición empieza a faltar

y la gente de las barricadas a tener hambre. Y no es cosa de asaltar las tiendas».

«¿Por qué no?».

«Pues porque al final también tendríamos que capitular y lo haríamos de peor manera. Aparte que las tiendas serán las de unos pobres trabajadores. Digo yo».

El tal Acrato junta los ojos mirando al Noi, niega y resopla. Bueso mira a Seguí con sueño, agradecido, de acuerdo. Y sólo es Pestaña quien habla, muy cerca del Noi:

«Seguí, presiento que los puristas te van a dar disgustos. Muchos disgustos».

Pestaña ya está contaminado. Ha abandonado definitivamente la pureza.

Colofón de apóstoles

Así es como dan ganas de llamar a aquel tiempo. Colofón de apóstoles. Y no porque aquellos años hubieran estado impregnados de ninguna santidad sino porque lo que estaba por venir era de una escala y una bajeza que a algunos les hizo pensar que aquel tiempo de lucha había sido limpio y había estado alentado por una cierta inocencia.

A partir de entonces los asesinatos tuvieron otro cálculo y otra dimensión. El precio del hombre bajó en ese triste mercado que siempre ha sido la historia del ser humano. Por otra parte, las ilusiones fueron más turbias. Las ideologías siguieron teniendo un aura de liberación, de afán justiciero y reparador, pero también empezaron a convertirse en una especie de ficción que cobraba vida propia y establecía un camino paralelo a la realidad, desentendiéndose de ella en demasiadas ocasiones.

No hubo un giro radical, no cambió la perspectiva súbitamente ni hubo un hecho o una fecha determinante que marcasen una frontera, pero no es gratuito pensar que la Primera Guerra Mundial y el naufragio de unos países enteros habían ofrecido un nuevo rostro de sí mismo al hombre. Un espejo en el que mirarse atentamente y con la misma dosis de repulsión que de asombro. Ése soy yo. Eso somos nosotros.

Quedaba el sueño de Rusia. Pero frente a los devotos incondicionales del movimiento bolchevique había quienes detectaban una vibración perturbadora. Bajo aquel sueño materializado presentían un sótano profundo desde el que ascendía un rumor de cadenas y un chapoteo de sangre. Había voces que confirmaban lo oscuro del presentimiento. Algunos de los primeros enviados a Moscú, imparciales o deseosos de adherirse previamente al gran movimiento libertador e igualador del rasero humano, regresaban hablando entre susurros o incluso levantaban una señal de prevención y alarma. También había ya quienes advertían allí un espejo turbio. Ése soy yo. Así somos nosotros.

Eran ideas que flotaban en el aire. Eran palabras que podrían haber estado en algún momento en la lengua y en la mente del Noi del Sucre. La huelga del 17 no lo había desfondado. Al contrario, a pesar de todas las imperfecciones lo hizo crecer. Su mirada hacia los políticos se hizo crítica, probablemente más crítica que nunca, más descreída de lo que había sido antes y desde luego mucho más de lo que sería después.

El comité de huelga de Madrid fue sometido a un inmediato consejo de guerra. Sus principales miembros fueron encontrados culpables de un delito de sedición. Y aunque las Juntas de Defensa, deseando tal vez lavar su imagen por la dura represión de la huelga, no deseaban que se produjese una condena dura, el Gobierno presionó para que el castigo fuera ejemplar.

La cabeza del comité —Julián Besteiro, Andrés Saborit, Largo Caballero y Daniel Anguiano— fue condenada a cadena perpetua. Hubo una sonora campaña popular de

apoyo a los penados. De nada valió. Sería la política quien los iba a rehabilitar.

En febrero de 1918 se celebraban elecciones y los cuatro condenados fueron incluidos en las candidaturas socialistas. Largo Caballero fue en la lista de Barcelona. A su lado quisieron que fuese Salvador Seguí, y así se lo hizo saber Julián Besteiro por medio de varios mensajes y emisarios. Pero el Noi del Sucre se negó. Estaba entregado al sindicalismo y herido con la política. Pensaba que la CNT en unión con otros movimientos puramente obreros era capaz de transformar por sí misma la relación de fuerzas entre patronos y trabajadores.

Tampoco quería que la política y los políticos le sirvieran de escudo protector. El sindicalismo, la CNT, el movimiento obrero, eran su espada y su armadura. Así lo hizo saber a todos. Y entre todos, fundamentalmente a los dos políticos que más le importaban. Lluís Companys y Francesc Layret.

En 1917, Companys apenas es nadie. Al lado de Layret, había apoyado en su día a Salmerón, pero todo aquel sentimiento republicano ha ido derivando claramente hacia una línea republicano-catalanista que es la que va marcando Layret. De modo que cuando en 1917 y ante la inoperancia del Parlamento, la Lliga Regionalista sortea la ley y convoca en Barcelona la asamblea de parlamentarios, Companys apoya la iniciativa desde su segunda fila. No importa que la convocatoria venga desde la derecha y esté auspiciada por Cambó. El catalanismo está enconado y aquella cita, a la que acude toda la izquierda del Estado, puede ser un golpe decisivo al centralismo españolista.

El golpe es dado y el gobierno de Eduardo Dato cae. Sí. Pero con él caen también todas las promesas de Cambó. El convocante máximo de la asamblea y voz retumbante del catalanismo no tiene ningún reparo en diluir en un instante todo cuanto ha prometido. Así que cuando el nuevo presidente del Gobierno ofrece a la Lliga dos carteras ministeriales las coge al vuelo y toda la fuerza revolucionaria e independentista desaparece. El compromiso de Cambó durante la asamblea de parlamentarios advirtiendo que su partido «no apoyaría ni aceptaría formar parte de ningún gobierno cuya estructura y finalidad no estuviesen de perfecto acuerdo con las conclusiones aprobadas por la asamblea» es sólo un cuento.

Companys aprende la lección. Layret, probablemente la sabía ya. El sombrío inválido es pura inteligencia y vitalidad. Su actividad política y social continúa creciendo.

En 1916 se funda el diario *La lucha*. Layret fue el alma de la publicación y quien lo sostuvo económicamente. Marcelino Domingo, que va a estar unido a Layret en todos los frentes hasta la muerte de éste, figura como director. Lluís Companys es un colaborador asiduo, con cargo de redactor jefe aunque poco a poco se convierte en el director real de ese periódico que va a ser una auténtica pesadilla para el poder y que no se callará ante nada.

Layret, Domingo y Companys van a estar además unidos en un proyecto político de gran ambición. Junto a Gabriel Alomar, Ramón Noguer y otros destacados

nacionalistas de izquierda fundan en la primavera de 1917 el Partit Republicà Català, germen de la futura Esquerra Republicana de Catalunya. Marcelino Domingo es nombrado presidente del nuevo partido, Noguer secretario general, Layret tesorero. En la cabeza de todos está el programa federal que en su día señalara Pi i Margall, el laicismo y la defensa de la clase obrera. El diario *La lucha* se convierte en su portavoz.

En sus apretadas páginas, el periódico denunciará cualquier abuso de poder o atropello contra los más desfavorecidos. Por ejemplo: el enriquecimiento de algunos destacados militares africanistas a costa de la guerra de Marruecos mientras los soldados, hijos del pueblo, mueren a causa de las fiebres o las balas. Tanto es así que incluso crean una sección fija sobre el caso: *Marruecos: Sangría y Robo*. Como es fácil de entender, las amenazas —anónimas y con firma—, las denuncias y las suspensiones gubernamentales son cosa habitual.

El piso principal del número 10 de la calle Aviñó, que es donde *La lucha* ha establecido su redacción, se convierte en la sede de una tertulia permanente. Marcelino Domingo, que ya es diputado, suele estar por allí cuando sus obligaciones se lo permiten. Siempre aporta al periódico aquel temple y aquella visión política que lo irán alejando de los radicalismos, incluido el nacionalista, y que con el tiempo lo llevarán a ocupar varias carteras ministeriales al lado de Manuel Azaña durante la Segunda República. Sus artículos son un revulsivo para el periódico y cada vez que aparecen hacen subir la tirada de modo sensible. A pesar de eso y de ocasionales momentos en que sus hojas se ven por toda la Barcelona obrera, *La lucha* nunca llegará a ser un negocio rentable. Es un arma política, un medio de orientar a la sociedad catalana. Así lo entendió siempre Layret.

El periódico es uno de sus proyectos más queridos. Cada día va a la redacción, casi siempre acompañado de Lluís Companys. Ambos recorren a diario el trayecto entre la calle Balmes, donde vive Layret, y la de Aviñó. Companys pasa puntualmente a recoger a su amigo y juntos marchan hacia el periódico. Habitualmente van a pie y aprovechan ese camino, que al paso renqueante de Layret es largo, para poner en orden el mundo.

La pareja dispar es conocida por los tenderos y vecinos del recorrido. Companys con su andar leve, casi flotando, el pañuelo blanco y vaporoso derramado por su pecho. Layret aferrado a sus muletas, la barba del siglo XIX, el tupé como esculpido en escayola, tan negro como sus ojos, la boca carnosa, roja y hambrienta. Hambrienta de mundo. Grave Layret pero emitiendo algunos comentarios ferozmente irónicos que hacen desternillarse de risa a su acompañante.

El paseo es un calentamiento verbal para las charlas con los redactores del periódico y la tertulia que irremisiblemente va a tener lugar. Por allí aparece cada tarde el Noi del Sucre. La llegada de Seguí nunca pasa desapercibida. Su voz se oye al otro lado de la mampara que aísla el cubículo de Layret de las otras mesas. Truena, ríe, aguijonea, razona, provoca.

Los primeros encuentros con Layret y Companys después de haber estado desaparecido tras la gran huelga tuvieron algún punto de tensión.

«Nuestra gente se sintió abandonada. Los políticos os portasteis como políticos».

Layret le niega el razonamiento, de raíz.

«No confundas, Seguí. No mezcles. Porque de ese modo, al final, lo que haces es mentir».

«¿Mentir?».

«Faltar a la verdad».

«No digo que tú lo hayas hecho, pero los políticos nos abandonaron a nuestra suerte. Y ahora están ahí, por ahí hablando, subidos en el pedestal. Encima de nuestros muertos».

«Ni yo ni nuestro partido», puntualiza sereno Layret, con la oscuridad de los ojos fija en las pupilas del Noi del Sucre.

Se encoge de hombros Seguí.

«No, Seguí. No seas injusto. Eso deberías decírselo a otros. En otra parte».

«A todo el mundo se lo digo. En todas partes».

«Marcelí Domingo fue encarcelado por participar en la huelga, él y más de una docena de los nuestros, dirigentes. Yo me libré por tullido y Companys, Companys no sé por qué. *La lucha* nos la suspendieron dos meses, sin poder publicarse, por su apoyo incondicional a la huelga y a los trabajadores. Y te recuerdo que Domingo es el presidente de nuestro partido y el director de este periódico. Algo haríamos a favor de los obreros y de los sindicalistas para recibir ese premio, ¿no te parece?».

La amistad salva los escollos. Y también la razón que avala a Layret y Companys. Su partido es el único que se mantuvo plenamente al lado de los huelguistas.

Layret se siente tan orgulloso de esa actitud como de la de los sindicalistas y los trabajadores que hicieron posible la huelga, así lo escribe y dice en una conferencia que da inmediatamente después del paro general:

«En una huelga tan intensa y decidida no ha habido ningún atentado personal ni ataque contra la propiedad individual, cosa que no puede evitarse ni en los países más avanzados. Fue, por lo tanto, un movimiento glorioso y respetuoso. Quizás —digamos la verdad— el fallo de la huelga fue el ser demasiado pacífica, tan puramente defensiva, tan ordenada…».

Como era de esperar, defendió la actuación del Partit Republicà Català durante aquellos días de agosto:

«La huelga estalló, pudiéndose ver a todos nuestros hombres en la calle. Todos ellos tenían la oportunidad de visitar a nuestros dirigentes. Precisamente por esto, por estar a la disposición de los que luchaban, por mantenerse atentos, llenos de esperanza, de angustia y valentía por todo y por todos, fue tan fácil su detención, por el exceso de coraje que llevaba consigo el deseo de acabar de una vez por todas con el recelo y la desconfianza populares. En aquellas horas, nosotros sentíamos el mismo furor que los trabajadores».

La actitud de Layret y de algunos miembros de su partido no es suficiente para acabar con la desconfianza que a raíz de la huelga general siente el sindicalismo catalán hacia los políticos. Especialmente hacia los políticos de derecha y, especialmente, hacia la derecha catalanista. Cambó se ha convertido en el traidor oficial. Seguí nunca se lo perdonará. En el despacho de Layret, el Noi se desquita. Está de pie, habla con su voz ligeramente ahuecada, como un trueno en una bóveda. Desde la redacción se escuchan perfectamente sus palabras:

«Ése nunca creyó en nada. Ni en ti ni en Domingo, ni en nada. Y menos, que en nada, en sus enemigos, que somos nosotros, el sindicalismo, los trabajadores organizados».

«¿Me dirás qué tenemos que ver nosotros con Cambó, Salvador?», Lluís Companys le hace la pregunta son su sonrisa de conejo, los ojos alegres.

El Noi alza las palmas de las manos como un cura oficiante, teatral, fingiendo sorpresa:

«Catalanismo. O eso pensaba».

«¿Es que te parece mal que lo seamos, catalanistas?», Layret lo mira fijamente.

«No me parece nada. O sea, nada en absoluto. Es un adorno. Es un acto secundario. Es lo que viene después de lo que viene luego. Es la cola del cometa».

«La cola del…».

«¿O de verdad me queréis decir que a uno de nuestros trabajadores, cuando lo entierren a causa del hambre o por el tiro de un guardia civil, le va a importar que la bandera que esté colgada en el gobierno civil tenga las rayas más anchas o más estrechas?».

«Tal vez entonces no se morirá de hambre. Y no le dará ningún tiro ningún guardia», es Companys quien responde, fumando, tranquilo, encogiéndose de hombros.

«Muy bien, pues a lo mejor se lo da un somatén, o uno de Cambó. Por algo son un invento de la tierra, los jodidos somatenes».

Se callan los tres. El Noi del Sucre, corpulento, agrandándose entre el humo y la estrechez del despacho de Layret, sigue de pie, se mueve, y al final vuelve a hablar:

«Lo que yo os digo, lo que sienten los míos, es que esa gente, los de la Lliga y los que no son de la Lliga pero están con ellos, no quieren ninguna independencia. Lo único que quieren es usar Cataluña como un chantaje. Un trueque. Nada más. Y nosotros, nosotros, no tú ni tú, los trabajadores, nuestras condiciones laborales, nuestra explotación es la moneda de cambio. O una de las que esa gente maneja».

«No es exactamente así», Layret, su busto de escayola, habla entre el humo. Inmóvil, con labios de marioneta.

«Sí es así. Nosotros y Cataluña y el catalanismo, no somos más que ingredientes de un guiso, de un cambalache. Y en cuanto el Gobierno paga la factura, en cuanto les dan lo que quieren, se acabó todo. Se olvidan de todo».

«Será Cambó…». Companys, piernas cruzadas, manos en movimiento, suave,

como un prestidigitador.

«Nosotros, oye lo que te digo, nosotros en la CNT somos más catalanistas, queremos la independencia más que ellos. Pero antes que la independencia queremos todo lo demás. La justicia social, por ejemplo. Y hemos aprendido que tenemos que conseguirlo con nuestras manos. Eso es lo que os digo».

Companys niega. Layret sigue rígido, o sereno, oculto detrás de su mueca impasible, en su sillón, con sus piernas de trapo.

«Eso es lo que os digo. Y ahora, por caridad cristiana y ecuménica y pontificial y lo que queráis, vamos a tomar una botella en algún agujero innoble y proletario. Vamos a divertirnos un poco, sólo un poco», el Noi del Sucre levanta la barbilla mira al cielo del techo, la lámpara amarillenta brillando detrás de su cabeza como la aureola de un santo.

«Vamos a divertirnos. Vamos a divertirnos, como monos en las ramas de los árboles, innobles y proletarios… Seguí, todo te irá mal, querido Seguí», Layret susurra entre dientes, pero ni Seguí ni Companys lo oyen ya, así hablarían una y tantas veces en la redacción de *La lucha*, sopla el viento en la noche, golpean los cristales de la ventana unas gotas de lluvia violenta, el año se acerca a su final, son inminentes las elecciones municipales y en ellas Lluís Companys dará su primer salto político, es elegido concejal del ayuntamiento de Barcelona, y se empeña en que se instalen en la ciudad albergues para alojar a miles de niños franceses hostigados por la guerra. Los bolcheviques, a los que desde lejos admira Layret, ocupan palacios y poderes, fusilan, combaten, traen la justicia, su justicia, la Gran Guerra europea entra en su última e incierta fase, el continente es un amontonamiento de cadáveres y barro, casas destruidas y caminos hundidos. La guerra acaba, acaba en falso pero por todas partes se celebra la vida, entre escombros, entre ruinas y cementerios hinchados, las fábricas de Europa vuelven a ser fumarolas del progreso y en España, en Cataluña, las exportaciones menguan, se ha acabado la época de los negocios fáciles, los patronos aprietan, bajan los sueldos, suben los precios, la clase obrera lo paga todo con sudor y miseria, Barcelona, industrial y rebelde, es el ojo del huracán y allí estalla otra guerra, un conflicto interminable que esta vez es una contienda enmascarada y sorda, con la ciudad y las calles como campo de batalla, las esquinas como filos de navaja y los portales convertidos en guarida de lobos o transitorios depósitos de cadáveres. El mundo y la ciudad cambian. Comienza un nuevo tiempo, van a ser unos años sangrientos, plagados de traiciones, matones, tretas y disparos a bocajarro, sin misericordia para el enemigo, sea quien sea. Las nuevas reglas no están escritas en ninguna parte, pero todos las conocen. Es el tiempo de los asesinos.

Barcelona Traction Light and Power

Todos la conocían como La Canadiense porque su principal accionista era el Canadien Bank of Commerce, de Toronto. Era una empresa eléctrica. La empresa eléctrica que dominaba la energía de Barcelona.

Se estaba viviendo el reflujo de la Gran Guerra, se estaban cosechando generosamente sus miserias. El efecto mariposa de aquella bomba arrojada en Sarajevo por el escuchimizado estudiante serbio Gavrilo Princip casi cinco años atrás seguía multiplicando su onda expansiva por todos los rincones del mundo, incluidos los países y lugares que no habían intervenido directamente en el conflicto.

Los filamentos, los capilares de aquella tragedia, seguían conduciendo sus gotas de desdicha, y también de fortuna, por el planeta. La guerra había afectado a Barcelona de mil modos posibles y a miles de personas. También repercutió directamente en La Canadiense a mediados de la contienda. Su fundador, el ingeniero eléctrico y, tal vez nunca mejor dicho, brillante empresario, Fred Stark Pearson, murió cuando iba a bordo del portentoso trasatlántico *Lusitania* y éste fue torpedeado por el submarino alemán U-20. El lujoso buque, como es sabido, se hundió en tan sólo dieciocho minutos frente al faro de Old Kinsale en las costas irlandesas. Con el *Lusitania* y con Fred Stark Pearson también se hundió la vieja concordia laboral de La Canadiense. Surgieron conflictos de diversa índole y la empresa, en manos de nuevos y avarientos propietarios, ya nunca fue la misma.

De ese modo, continuando la teoría que toma su inicio en el aleteo de una mariposa y multiplica por el infinito las consecuencias de los actos, una serie de suaves sucesos crecieron en una ola progresiva hasta alcanzar una dimensión insospechada. Así ocurrió una mañana de enero de 1919, cuando Fraser Lawton, gerente de La Canadiense, quiso promover a ocho administrativos de rango inferior, empleados eventuales, a la categoría de fijos. Aquel hecho de apariencia insignificante trajo como consecuencia la mayor huelga y la mayor victoria colectiva que la clase obrera había tenido en España a lo largo de toda su historia.

El conflicto surgió cuando a los ocho trabajadores se les comunicó que su nueva condición de fijos conllevaba una considerable disminución del sueldo. Se dio además el caso de que esos empleados no eran dóciles. Algunos de ellos pertenecían a la CNT y no estaban dispuestos a que su salario, ya miserable, fuese aún más bajo. Se resistieron, intentaron negociar y finalmente se negaron a aceptar las condiciones. La empresa actuó como sabía. Los despidió. Sin más. Un asunto de rutina laboral. Eso creían.

Había un mal de fondo previo. Para justificar los bajos sueldos de sus trabajadores, La Canadiense les entregaba como complemento unos bonos para comprar en tiendas predeterminadas, todas ellas propiedad de la empresa. Además, pagaban diez céntimos diarios por dormir en unas cuadras inmundas, también propiedad de la Barcelona Traction Light and Power.

Después de firmar el despido de aquellos trabajadores, el gerente Lawton se enfrascó en asuntos importantes de la compañía y, como era natural, se olvidó del asunto. Pero, dos días después, cuando se encontraba reunido en su despacho con un grupo de importantes inversores británicos, alguien llamó a su puerta. Era un hombre grueso aunque con la calavera muy marcada, un tipo extraño del que no sabemos el nombre pero que aparece registrado en varias fotografías relacionadas con el conflicto que estaba a punto de comenzar. Ese hombre anónimo y cadavérico, con voz susurrada, informó al señor Lawton de lo que estaba ocurriendo, y que no era ni más ni menos que lo siguiente:

Esa mañana, como cada día, los ciento veinticinco compañeros de los escribientes despedidos acudieron a la sede central en la plaza de Cataluña y comenzaron como siempre su rutinario trabajo, pero, justo antes del mediodía, exactamente un minuto antes, los ciento veinticinco hombres de la sección se pusieron de pie al unísono y al unísono rompieron sus plumas y las tiraron al suelo. Algunos tinteros fueron a estrellarse contra las inmaculadas paredes de la gran oficina, contra las baldosas. Algunos tinteros quedaron intactos sobre los escritorios como sapos cristalizados antes de saltar. Pero los ciento veinticinco empleados abandonaron su puesto de trabajo con paso firme, dejando tras de sí miradas atónitas y las huellas de sus humildes zapatos manchando de tinta el reluciente mármol de las escaleras.

Era el 5 de febrero. Había comenzado la huelga de La Canadiense.

En realidad, sólo se habían declarado en huelga esos escribientes del departamento de facturación, todos ellos determinados a no volver al trabajo hasta que los ocho despedidos fuesen readmitidos. Por decisión asamblearia, apasionada pero siguiendo un riguroso orden, decidieron enviar una comisión al gobernador civil, otra a la presidencia de la Mancomunitat y una tercera al alcalde, para que alguna de esas autoridades mediara en el conflicto. Fue el gobernador, Carlos González Rothwos, quien tomó la resolución de apoyar a los huelguistas y a los despedidos. Después de oír sus reivindicaciones se retiró a su despacho, hizo unas llamadas telefónicas —o dijo haberlas hecho— y, cacareando, ufano, importante, garantizó a los miembros de la comisión que todo estaba solucionado. Podían contar con el cumplimiento de sus justas peticiones. «Está garantizado, mis estimados conciudadanos. Garantizado y sellado».

Al llegar a la sede de La Canadiense, los escribientes en huelga se reúnen. Los radiantes miembros de la comisión que viene de entrevistarse con el gobernador están dando cuenta del éxito alcanzado cuando una puerta se abre de golpe y la policía irrumpe en la estancia. Un oficial toma la palabra y comunica a los perplejos trabajadores que aquel pelotón policial ha sido llamado por la dirección de la empresa y tiene orden de desalojar de allí a todo aquel que no esté dispuesto a empezar a trabajar de inmediato, sin condiciones ni exigencias.

Hay algunos gritos. Algún iluso increpa al oficial diciéndole que tienen el respaldo del gobernador, «No hay cuidado, son cagatintas», se le oye decir a un

policía a su compañero, «Gente sin chicha».

Sin embargo, en un rincón comienza un forcejeo entre un empleado y dos policías, el empleado cae al suelo con la nariz rota y escupe varios dientes, se vuelca una vitrina, saltan vidrios y se produce un remolino, hay gritos y un oficinista hace amago de sacar un arma. Pero un escribiente joven ya se ha subido de un brinco a una mesa, toma la palabra y pide a sus compañeros que salgan de allí pacíficamente. Lo miran los policías y lo miran los trabajadores. Con sorpresa e incredulidad. El joven promete que La Canadiense pagará caro el atropello. Para que eso sea así, lo fundamental es salir de allí ahora, sin más disturbios, dando ejemplo de civismo, de unidad. Un murmullo recorre la estancia y los primeros huelguistas se dirigen hacia la puerta. Los siguen los demás. El muchacho continúa hablando, enalteciendo el ejemplo que van a dar. Se llama Fernando Cubero, es un sindicalista convencido, un anarquista orgulloso de pertenecer al movimiento libertario y de conocer personalmente al Noi del Sucre.

A partir de ese momento, la CNT toma el control de la huelga y va a dirigir las operaciones. Se le ofrece al gerente de La Canadiense la vuelta inmediata al trabajo de todos los huelguistas si los ocho despedidos son readmitidos con el mismo salario que tenían en el momento de su cese. Fraser Lawton, el gerente, oye con calma a los cuatro miembros del comité que ha recibido en su despacho. Y cuando el representante de los mismos ha dejado de hablar, Lawton señala con su estilográfica a un desconocido que los acompaña y que en todo momento ha permanecido callado: «¿Y éste quién es?». El empleado que hace de portavoz se vuelve y mira asimismo al representante de la CNT que está en un rincón: «Un compañero sindicalista». Lawton hace un gesto afirmativo: «Un anarquista». «Un compañero sindicalista», repite el empleado. «Bien, pues comuníquele a su compañero sindicalista que quien dirige esta empresa soy yo. Y a sus otros compañeros, a todos esos que están ahí fuera esperando sus noticias, hágales saber que todo aquel que mañana no se presente en su puesto de trabajo será inmediatamente despedido». El cenetista se pone inmediatamente de pie, silencioso. Los demás se miran entre sí y lo imitan. El portavoz de los huelguistas hace un gesto negativo y le advierte a Lawton. «No es ése el camino». El gerente señala con la pluma la puerta. «Ése será el camino de todo el que no venga a trabajar mañana. La calle».

No hubo que esperar veinticuatro horas para saber cuál iba a ser la reacción de los amenazados. Ese mismo día los huelguistas se encargaron de hacer imposible la lectura de los contadores eléctricos dejando de ese modo a la empresa sin posibilidad de realizar sus cobros. La partida de ajedrez estaba en marcha. Le tocaba mover a La Canadiense.

En el plazo anunciado por Lawton, es decir, veinticuatro horas, los ciento veinticinco trabajadores fueron despedidos. Era el 5 de febrero.

El día 8 la plantilla entera de La Canadiense se declara en huelga en apoyo de los despedidos. Exigen su readmisión, aumento de los sueldos y la garantía de que no se tomarán represalias contra los promotores de la huelga.

El día 10 la dirección de la empresa hace público un ultimátum en el que acusa a los sindicatos, especialmente a la CNT, de aprovechar con fines políticos y revolucionarios un conflicto estrictamente laboral. Sin tanta alharaca hace correr la voz de que ofrecerá un aumento de sueldo a todo aquel que, rompiendo la huelga, vaya a trabajar.

Sólo un empleado, un cobrador llamado Joaquim Baró, acepta la propuesta y acude a su puesto de trabajo. Pero lo hace por poco tiempo. La noche siguiente unos desconocidos le disparan cinco tiros cuando camina por el lateral izquierdo de la calle Calabria. Baró muere dos días después. En La Canadiense ya nadie trabaja. La partida continúa.

La contundencia que están demostrando los huelguistas hace reflexionar al gerente Lawton. Convoca un encuentro para iniciar unas negociaciones que ni siquiera llegan a empezar porque exige como condición previa que a ese encuentro no asistan militantes de la CNT. Aunque algunos trabajadores no sindicados muestran cierto nerviosismo y plantean la posibilidad de cumplir el requisito impuesto por Lawton, el criterio mayoritario dicta no aceptar esa condición. El Noi del Sucre está ya al frente de la estrategia y se convierte en el cerebro de la huelga. Van a resistir, y lo van a hacer pacíficamente. El tablero de ajedrez ha volado por los aires, o mejor dicho, sus casillas se han multiplicado de tal modo que la partida sobrepasa a Lawton y a la Barcelona Traction Light and Power.

El ejemplo que están dando los trabajadores de La Canadiense atrae hacia ellos las miradas de obreros de otros sectores. Salvador Seguí ha puesto en marcha un perfecto aparato propagandístico. El día 17 todo el sector textil de Barcelona se une al paro. Son veinte mil trabajadores. Entre otras demandas piden la jornada de ocho horas y el derecho a sindicarse con libertad. El día 21 todo el personal de las compañías eléctricas abandona el trabajo. Esa tarde, a las cuatro en punto, se corta el fluido eléctrico de la ciudad entera. A partir de ese momento, la huelga en el ramo de la electricidad, el gas y el agua es ya general.

Esa noche, Barcelona es un bosque negro. Las calles son túneles por los que sólo de tarde en tarde se oyen voces o se intuyen movimientos, visiones de sombras adivinadas en el alquitrán. Los setenta tranvías que no han podido llegar a las cocheras por falta de energía están abandonados y sus siluetas, apenas insinuadas en la oscuridad, son las de unos barcos varados en mitad de las calles. En algunas ventanas se ve un parpadeo de velas, el resplandor de las lámparas de carburo. En la cueva de los portales se oyen algunas voces que llegan de otro mundo. Los periódicos no pueden imprimirse y en el horizonte se ve el perfil de unas industrias fantasmas, paralizadas.

La huelga, funcionando como una maquinaria perfecta, es ya prácticamente

general. El pánico empieza a propalarse entre la burguesía, que ve cómo la marea proletaria está inundando la ciudad entera. El capitán general Milans del Bosch, gobernador militar, pide que se declare el estado de guerra. Pero el gobierno de Romanones tiene otras ideas. Por un lado, da instrucciones para que se detenga del modo menos llamativo posible a sindicalistas y trabajadores, lo cual hace que Seguí y otros destacados líderes permanezcan en libertad. Su detención habría sido demasiado llamativa y habría iniciado una escalada de violencia. Por otro lado, el Gobierno se incauta de la empresa eléctrica.

En medio de una mañana de lluvia, el 4.º Regimiento de Zapadores toma las instalaciones de La Canadiense. Con él va un grupo de oficiales de Ingenieros y de la Armada que trata de restablecer el fluido eléctrico de la ciudad. El setenta por ciento de la industria barcelonesa está en esos momentos sin posibilidad de funcionar. Sin embargo, los técnicos del Ejército fracasan en su intento de restaurar los servicios. Después de estudiar las instalaciones calculan que necesitarían cuatro días para poner en funcionamiento las centrales en huelga. Y eso contando con que el carbón que La Canadiense tiene almacenado en el puerto llegue a sus instalaciones. Algo que no es fácil que ocurra porque los carreteros que normalmente realizan el transporte se niegan a hacerlo. Los militares deben usar carros propios y más soldados para cargar y acarrear el carbón.

Barcelona queda iluminada de modo raquítico. El fluido eléctrico es intermitente por la falta de práctica de los militares y por los permanentes y sutiles sabotajes de los trabajadores de La Canadiense. *La lucha*, el periódico de Layret, acosado por la censura, se las ingenia para publicar en primera página un único titular:

¡LA HUELGA CONTINÚA!

Layret ve en la huelga de La Canadiense una ocasión única para la causa obrera. En esos días pronuncia en Manresa una exaltada conferencia. Allí, subraya las circunstancias excepcionales que se están viviendo y declara que el conflicto no quedará solucionado con un simple aumento de los sueldos. De pie, apoyado en sus muletas, la voz grave de Layret es escuchada bajo un silencio sepulcral. Los obreros, las mujeres, los sindicalistas, los niños trabajadores, miran a aquel hombre como a una especie de profeta contrahecho e iluminado:

«Que no os engañen, que no compren vuestro orgullo con unos cuantos céntimos más al mes o a la semana o al día. El verdadero problema no está en esas monedas, sino en el traspaso de poder a manos de los trabajadores. Vosotros sois la empresa, vosotros sois su riqueza. Vosotros os merecéis la dignidad. Nos clausuran los sindicatos y son encarceladas las personas que los dirigen, quieren desmembrarnos. Se equivocan. El Gobierno se empeña en confundir la legalidad con la realidad. Los hombres del Gobierno creen que lo que no figura en la ley no tiene vida. Naturalmente, no es así, y como las realidades no pueden ser burladas, aplazando los

problemas sociales no se consigue sino agravarlos…».

La lucha reproduce parte del discurso. La censura ha dejado de ser efectiva gracias a un brillante sindicalista de Artes Gráficas llamado Salvador Caracena, amigo personal del Noi del Sucre. Frente a la presión patronal, Caracena le da la vuelta al control que el Gobierno quiere imponer en los diarios y pone en pie la llamada Censura Roja.

A partir de ese momento, el Sindicato Único de Artes Gráficas hace saber a los directores de los periódicos de Barcelona que los trabajadores de sus diarios impedirán la publicación de cualquier noticia o comunicado sobre la huelga que vaya contra los intereses de la causa obrera. La operación coge tan desprevenidos a los periódicos que no tienen otra alternativa que someterse a ella. El control de la información queda de ese modo en manos de los huelguistas y lo ejercen de tal forma que llegan a impedir la publicación inmediata del bando de Milans del Bosch en el que se ordena la militarización de los empleados del gas, la electricidad y el agua con edades comprendidas entre los veintiún y los treinta y un años.

Finalmente, el bando se publica. Pero muchos de los jóvenes forzosamente reclutados se niegan a cumplir las órdenes. Se declaran en rebeldía y argumentan que están dispuestos a servir como soldados pero que el Ejército no puede obligarlos a trabajar y a usurpar de ese modo el derecho de los obreros a la huelga. Layret exaltará a esos muchachos que dieron «un ejemplo de heroísmo, de valor». Tres mil insubordinados son detenidos y conducidos a Montjuich. En esos días puede verse cómo continuas cuerdas de presos atraviesan la ciudad camino del castillo. Al pasar por las calles, los jóvenes reciben gritos y miradas de aliento desde las ventanas y los portales. Mujeres y niños desafían a los soldados que los escoltan y les entregan trozos de pan, pequeños hatos de ropa.

La huelga es general. Rotunda. Y no tiene visos de romperse. La Canadiense, con todo su material deteriorándose por el mal uso que le dan los técnicos militares, se encuentra al borde de la quiebra. Sus propietarios saben que la supervivencia de la empresa depende de unos días y que si la huelga continúa están abocados al naufragio. Por su parte, los obreros están mentalizados para resistir. El Noi del Sucre los guía. Todos lo saben. También las autoridades, que, ya a la desesperada, planean una meticulosa redada y detienen a Seguí junto a media docena de dirigentes de la CNT. Pero ya es demasiado tarde. La huelga y la resistencia están perfectamente construidas.

El Gobierno se sabe acorralado e inicia un movimiento doble y simultáneo. Para cubrir su apariencia de mano dura e intransigencia, el día 13 de marzo declara el estado de guerra en la provincia de Barcelona. Al mismo tiempo nombra un nuevo jefe de la policía sobre el que no pesan antecedentes en la represión obrera y designa como gobernador civil a Carlos Montañés, un ingeniero antiguamente vinculado a La Canadiense que cuenta con la simpatía de los liberales y catalanistas. Los antecesores de los dos nuevos cargos salen por la puerta de atrás. La actitud conciliadora y

negociadora que el Gobierno quiere abrir con estos nombramientos es evidente.

En palabras de Layret «se había utilizado el sistema represivo, se habían utilizado todos los medios coercitivos, y las fuerzas obreras, perseguidas, encarceladas, con sus sociedades clausuradas, eran más fuertes que el Gobierno, y más fuertes que las clases directoras. Y entonces el Gobierno del señor conde de Romanones tuvo un acierto, el único en toda su gestión; fue el único intento de carácter europeo que había realizado un gobierno español para solucionar estos conflictos: envió al señor Morote a Barcelona…».

José Morote, subsecretario de la presidencia del Gobierno, llega a Barcelona con plenos poderes. Es un hombre moderado en las formas, enérgico y decidido en su carácter. Desoye a quienes acuden a ponerlo en antecedentes. Él elige a sus interlocutores y el orden en el que va a entrevistarse con ellos. En primer lugar se reúne con las autoridades. Congenia con Montañés, el recién nombrado gobernador civil, recela de Milans del Bosch. Luego se entrevista con Lawton y otros gerentes y directores de las compañías afectadas por la huelga. Revisa en silencio los documentos y las cifras que le proporcionan. Responde a pocas preguntas. En tercer lugar ve a los representantes del comité de huelga, pero antes de que esa reunión se celebre, pide entrevistarse con el Noi del Sucre.

Morote se dirige al castillo de Montjuich. Seguí lo recibe en su celda, pulcro, amigable, entero. Morote pregunta y escucha. El Noi responde. Pone sobre la mesa las razones de los huelguistas y su determinación a resistir. Deja claro que la CNT va a apoyar el movimiento de un modo pacífico pero que lo hará hasta las últimas consecuencias. Morote le asegura que no será necesario.

No se sabe cuánto duró la entrevista de aquellos dos hombres de vidas e ideas absolutamente dispares, pero a través de varias fuentes queda constancia de su acuerdo y de la promesa que José Morote hace a Salvador Seguí. En nombre del Gobierno, Morote le asegura al Noi del Sucre que si los obreros de La Canadiense se reincorporan al trabajo, todos los detenidos a raíz de la huelga sobre los que no pesen delitos mayores serán liberados inmediatamente. También afirma que tiene autoridad suficiente para asegurar que todos los huelguistas serán readmitidos sin que la empresa tome ninguna represalia contra ellos.

La reunión de Morote con el comité de huelga ha quedado de ese modo allanada y se solventa apenas como un trámite en el que el enviado de Romanones, sobrio, seguro, ratifica todo lo prometido al Noi del Sucre y afirma que La Canadiense, por su parte, anunciará otras concesiones.

Y así es. Las conversaciones telefónicas de Morote con Madrid han sido intensas, en muchas ocasiones tensas. Pero la causa obrera tiene todas las de ganar, entre otras cosas porque el eco de La Canadiense y la actitud de sus trabajadores ha llegado a Madrid y desde allí Largo Caballero, en una clara maniobra de apoyo a los compañeros barceloneses, amenaza con levantar a la UGT y provocar una huelga general en todo el país.

Desde uno de los ministerios implicados en el conflicto telefonean a Fraser Lawton y lo llaman a entrar en razón. También recibe esa tarde la visita de Carlos Montañés. El gobernador civil, viejo conocedor de las claves internas de la empresa, intenta convencer a Lawton de que, aunque sea por puro egoísmo, propio y empresarial, ceda en su postura. El gerente de La Canadiense se aviene a aceptar algunas de las reivindicaciones de los huelguistas pero no transige con una de sus peticiones clave, la readmisión en bloque de los despedidos. A medianoche recibe una nueva llamada telefónica, esta vez desde las más altas instancias del Gobierno.

A la mañana siguiente, Fraser Lawton, pálido como su cuello duro, algo demacrado aunque impávido, se presenta ante el comité de huelga acompañado por Montañés. Lee un breve comunicado. La empresa Barcelona Traction Light and Power readmitirá en sus puestos a todos los trabajadores despedidos, no expedientará a ningún empleado ni tomará represalias contra los huelguistas. Promoverá un aumento general y proporcional de los salarios, acepta la jornada de ocho horas y se compromete al pago de la mitad de los días que ha durado la huelga.

Lawton mira con sus ojos de color azul desvaído la satisfacción contenida de los representantes de los trabajadores. Esboza un asomo de sonrisa y cede la palabra al gobernador civil. Montañés felicita a ambas partes por la vía de acuerdo que se ha abierto y afirma que en el momento en que esos términos sean aceptados por los huelguistas, el Gobierno levantará el estado de guerra en Barcelona.

Un revuelo corre por las calles. Un golpe de alegría estalla en los desolados barrios que llevan resistiendo el acoso del hambre y las necesidades más básicas durante casi siete semanas. Pero el júbilo es efímero. El optimismo del comité obrero choca con la resistencia de los trabajadores más desconfiados y no puede tomar ninguna decisión hasta no contar con la completa aprobación de los huelguistas. Para decidir el rumbo que tomarán los acontecimientos se convoca, con permiso gubernamental, un mitin crucial en la plaza de toros de Las Arenas.

Es el 19 de marzo, justo al caer la noche. Algunos de los asistentes dejaron constancia de la climatología y la atmósfera. Ese día hubo un cielo alto y despejado, una temperatura dulce anunciando la primavera inmediata. Las últimas luces de la tarde se irían dejando un reflejo de colores pálidos, con tonos violetas, en unas nubes elevadas, estrechas y alargadas como lápices, que poco a poco, mientras la gente llenaba Las Arenas, se confundirían con la oscuridad.

Nunca nadie recordaba haber visto aquella plaza más llena ni con tanta efervescencia. Por todas las puertas entraba un río lento pero burbujeante de personas que iban subiendo por el graderío, apelmazándose en el albero y elevando un rumor que pronto se convirtió en un zumbido, un retumbo que, como las nubes y su tinte, también parecía elevarse por la bóveda oscura del cielo.

Cuarenta mil trabajadores, entre ellos unos cientos de niños y unas dos mil

mujeres, forman una colmena ansiosa, agitada, disconforme que ocupa la plaza y sus alrededores. Un manto de ropa oscura, sombreros y gorras. Su porvenir, su futuro inmediato, se va a decidir en las próximas dos horas. Unos están cansados de privaciones y sufrimiento. Otros ven la ocasión de seguir avanzando en su lucha y doblegar a los patronos, al Gobierno, al Estado. Todos los encarcelados durante la huelga no sometidos a jurisdicción militar habían sido liberados a lo largo del día. En Montjuich sólo queda un reducido grupo de detenidos.

Un jovencísimo Francisco Madrid, redactor de *La Publicidad* y *La lucha*, describe el ambiente en un artículo que el día siguiente de los acontecimientos pasa de mano en mano por Barcelona:

> **Pechos al aire, camisas oscuras, rostros sin afeitar, mujeres que gritan, muchachos que se encaraman en los lugares más imprecisos de una plaza de toros; multitudes enervadas. Gritos. Blasfemias. «¡No cederemos!». «¡Primero la libertad de los presos!».**

El Noi del Sucre, que ha sido puesto en libertad una hora antes y que se ha dirigido directamente de la prisión a la plaza de Las Arenas, se encuentra en una esquina de la mesa de oradores. Su amigo Simó Piera, del sindicato de la Construcción, preside el acto y es el primero en intervenir. Le sigue un tal Díaz, de la Federación Regional, y a éste le sucede un representante de los tranviarios, Gironés. También lo hace uno de los presos liberados, Francisco Miranda.

Se muestran satisfechos por el resultado de las negociaciones, por la determinación de los trabajadores y la clara victoria de la clase obrera. Y de un modo monocorde, casi calcado, cada uno de ellos insiste en que ha llegado la hora de volver al trabajo. Pero uno tras otro son interrumpidos por un tumulto de gritos, protestas e insultos cuando plantean el fin de la huelga. Ya desde el principio del mitin, cuando Piera había propuesto la vuelta al trabajo, un pequeño grupo de exaltados lo llama traidor y esquirol, y grita que nadie debe romper la huelga hasta que los detenidos que todavía hay en Montjuich no sean liberados. Esa minoría exaltada acaba por arrastrar a la multitud y cada vez que uno de los participantes en el mitin alude a esa cuestión, el público se enciende, vocifera y lo calla.

El Noi del Sucre es quien debe cerrar la desbordada asamblea. Desde una esquina de la tarima que han montado en el centro de la plaza ha seguido la intervención de sus compañeros. Midiendo el grado de indignación que ha ido apoderándose del público.

Francisco Madrid ha reparado en él mientras los demás hablan. Lo deja retratado en su artículo.

> **Salvador Seguí, sentado en un rincón de la tribuna, esperaba su turno. Las voces roncas no le asustaban. El oleaje humano que se alzaba y rugía contra un gigantesco rompeolas no le atemorizaba. Miraba de reojo a los que le rodeaban, fumaba pacientemente el resto de un cigarrillo…**

El Noi ha comprobado cómo las palabras de moderación de sus compañeros han sido gasolina en un incendio. Cuando lo llaman a la tribuna su nombre queda oculto por el griterío general y apenas puede oírse. Miranda, que viene del estrado, cruza con él una mirada de desconsuelo.

Y cuando avanzó para hablar, apretó al cuello su pañuelo, escupió el cigarrillo y dejó la gorra en manos de un compañero. Gritos, blasfemias, voces. «¡No, no, no!».

Seguí apoya las manos en el tambaleante púlpito. Mira al frente, las gradas, la mancha de las caras. Aguarda. Los más cercanos lo reconocen e inician una ovación. El grupo radical lo está esperando. Pita y patalea. Se oyen cientos de voces gritando «¡Fuera! ¡Fuera! Ese reformista no tiene nada que decirnos. ¡Esquirol! ¡Fuera!».

Seguí continúa callado. No hace ningún gesto. El joven anarquista Fernando Cubero recordó a la muerte de Seguí que aquella tarde, mientras en la plaza se cruzaban los aplausos y el abucheo, el Noi del Sucre parecía asomado tranquilamente a un balcón, como lo vio un año después en casa de un compañero frente a la Sagrada Familia, una noche de verano.

Los asistentes de Las Arenas parecen impregnarse de ese mismo estado de ánimo y poco a poco el tumulto desciende hasta quedar reducido a un murmullo tenue. Es entonces cuando Salvador Seguí comienza a hablar. Lo hace con su tono de siempre. Claro, rotundo. Tan poco dado al adorno. Con su voz grave y su entonación encendida. Es breve. Apenas se detiene a considerar los logros que hasta entonces ha alcanzado la huelga, tampoco habla de sacrificios. Mira al futuro y quiere que todos los que están allí con él miren adelante y tomen plena conciencia de la encrucijada en la que se encuentran.

A los cinco minutos, sólo retumbaba la palabra de Salvador Seguí, firme, ronca, sonora. El silencio era cada vez más aterrador, más impresionante. No hay en las noches del campo tanto silencio como había en la plaza. Parecía que hablaba a los muertos.

El dilema que propone el Noi del Sucre es claro. O aceptan la vuelta al trabajo cumpliendo la palabra que han dado y confiando en la prometida liberación de los presos que quedan en Montjuich o salen de la plaza y van al castillo a rescatar por la fuerza a los encarcelados sabiendo que si eligen esta opción será a costa de que nunca nadie vuelva a confiar en ellos. Seguí se detiene para calibrar la intensidad de las protestas, que surgen del sector radical y avanzan por el resto de los tendidos.

Antes de que sus palabras puedan ser silenciadas por el clamor, vuelve a hablar. Ahora ya no es un hombre tranquilo asomado a ningún balcón, es el Noi de los tiempos difíciles, el hombre duro que no se amilana ante ningún obstáculo, ni siquiera ante el más difícil, el que le ponen sus propios correligionarios. En el artículo de Madrid se conservan algunas de sus palabras textuales:

«Es pueril la actitud vuestra. Se ha ganado la huelga. Se vuelve al trabajo. Tenemos la palabra de que en cuanto suene el primer martillazo de un obrero en La Canadiense se abrirán las cárceles. Hay que respetar la prioridad de la autoridad…».

La plaza vuelve a levantarse en un rugido. Seguí calla un instante, observa, mide y retoma con más fuerza el discurso que Francisco Madrid va anotando apresuradamente mientras intenta captar al mismo tiempo el impacto que causa en la multitud:

«Nosotros cumplimos con nuestra palabra de hombres. Volvamos al trabajo. La empresa cumple la suya al readmitirnos. Y la autoridad cumplirá la suya de libertar a los que están encarcelados, porque habrá que comprender que en este juego de palabras y seguridades que nos hemos dado, quien falte a la suya será el responsable de un nuevo incendio. No es una amenaza ni una indicación, es la seguridad de que todos cumpliremos con el deber y las promesas…».

Protesta sonora, pataleo y pitidos, pero también voces en contra de los que protestan. Es gente que en unos minutos, al oír las palabras de Salvador Seguí, ha cambiado de rumbo e increpa a quienes promueven la agitación. El Noi del Sucre capta ese reflujo cada vez más claro. Ya no es sólo Francisco Madrid, sino un gran número de testigos quienes recuerdan su gesto y voz resonando por encima del barullo. Pocas veces verán a un hombre alzarse con tanto magnetismo sobre una multitud.

El Noi señala con su dedo a Montjuich y apuesta fuerte. Desde todos los puntos de la plaza se oye su voz:

«¿Queréis a los presos? ¿Los queréis? Entonces vamos a buscarlos. Yo voy con vosotros».

Las Arenas se hunde en un silencio brusco, rotundo. Es la perplejidad, es el temor, el abismo. El dedo del Noi del Sucre sigue señalando las sombras, el bulto siniestro del monte, firme el Noi, como bronce de estatua.

La plaza, los miles de cabezas, las voluntades, son un trigal dulce y la voz de Seguí el viento que lo mece. Suave, todavía con el dedo alzado, haciendo un gesto de afirmación, vuelve a hablar. Otra vez es el hombre sereno asomado a una noche apacible. Baja el dedo, también con suavidad, ahora sí es el tiempo de la exaltación y el reconocimiento del sacrificio:

«Os propongo, después de vuestra resistencia, del ejemplo que habéis dado a la clase obrera de Cataluña y España, que volvamos todos, unidos, firmes, como un solo hombre, como una sola mujer, al trabajo. Que lo hagamos ahora, mañana. Y que, sin rendirnos ni entregarnos, después de lo conseguido, le demos al Gobierno un plazo de setenta y dos horas para poner en libertad a todos nuestros presos».

El rumor de la plaza crece, la aprobación corre de un lado a otro. El aire se descarga de plomo. Todo se hace más transparente y etéreo. Seguí modela las pausas

como arcilla blanda, como agua. Es el amo del fuego. Un pirómano alegre, sensato.

«¡Setenta y dos horas! ¡De lo contrario, se encontrarán con nosotros! ¡Iremos a la huelga general!».

La voz del Noi es la espuma del clamor. El pulso de la sangre, la fe, el optimismo. Todo vuela.

Y así, elevándose, poniéndose de puntillas detrás del estrado, aumentando su silueta ya imponente, pregunta:

«¿Se acuerda la vuelta al trabajo?».

Un «¡Síííi!» en forma de trueno, unánime y orgulloso, retumba en la plaza de Las Arenas.

Se da el mitin por finalizado.

Las bocas de la plaza se atoran de obreros. La agitación de dos horas atrás sigue flotando en el aire pero ahora es una conmoción eléctrica.

El Noi del Sucre, sin nunca haberlo querido, es ahora una bandera. Y todos sienten que la dignidad y la firmeza que había demostrado aquel pintor hijo de la miseria es una parte de ellos mismos, el reducto de un *yo* hasta entonces desconocido y vivo, poderoso.

La huelga de La Canadiense es una cumbre en el movimiento obrero. Nunca se había producido en Cataluña una huelga de tal dimensión. Una mirada atrás convertía en ridículos los cuatro días de la huelga general de 1917 al compararlos con estas cuarenta y cuatro jornadas que han paralizado las tres cuartas partes de la industria barcelonesa.

Los sindicatos habían actuado con enorme sentido de la estrategia y de la responsabilidad. Los dirigentes anarquistas habían intentado contener a los elementos más radicales. Sólo los más incontrolados tomaron las armas en acciones dramáticas pero puntuales. Una vez lo hicieron para colocar una bomba en la calle Córcega que ocasionó un muerto, y otras cuatro para asesinar al cobrador de recibos Joaquim Baró y a otros tres compañeros que actuaron como esquiroles y trataron de poner en peligro el paro laboral. Cinco brutalidades reprobadas por los dirigentes sindicales y que en el contexto histórico y comparadas con la violencia de 1917 o con la de las huelgas menores de la época transmitieron una sensación de control e incluso de moderación.

Los trabajadores habían conseguido todas y cada una de sus reivindicaciones y la burguesía, la patronal y una parte de las autoridades se habían visto obligadas a claudicar ante tal grado de entereza y determinación. Y tal vez eso fuera lo más grave.

Los poderosos se sintieron derrotados. Vivieron el proceso como una humillación. Y no estaban acostumbrados a recibir ese tipo de afrentas ni dispuestos a aceptarlas. En el fondo de muchos de ellos latía la sensación de que no se habían empleado a

fondo. Por debilidad de unos y veleidades altruistas de otros —el gobernador Montañés y el enigmático Morote entre otros— no habían utilizado todos los recursos que estaban a su privilegiado alcance. Habían sido benévolos. Habían sido frívolos. Habían sido cobardes. Y eso debía cambiar, de inmediato.

La huelga de La Canadiense había durado demasiado como para que los problemas y las heridas quedaran solventados sin más. Se habían alimentado demasiados odios y también demasiados sueños. La patronal, atrincherada, empezó a demostrar su fuerza consiguiendo que las autoridades incumplieran la palabra de liberar a los presos que quedaban en Montjuich y, literalmente, empezó a armarse para un nuevo enfrentamiento. Por su parte, los representantes radicales de los obreros, envalentonados por el éxito conseguido, creyeron que podían vencer una y mil veces más.

Aquél fue el primer revés, la primera desautorización verdadera que moralmente iba a vivir el Noi del Sucre. Considerado por muchos un débil. Un posibilista que no había jugado las cartas hasta el final. Los asesinos llamaban a la puerta.

Pistoleros

Dos jóvenes con aspecto menesteroso acudieron a ver a Ángel Pestaña a la redacción de *Solidaridad Obrera*. Uno tenía ojos de beato y el pelo negro, apelmazado como el barro y saliéndole desde poco más arriba de las cejas. El otro, rubio, frío, tenía la boca torcida, tal vez por un defecto o por una manifestación de su carácter.

La *Soli* se había hundido un par de años atrás hasta ver su tirada reducida a la de una publicación marginal. Fue entonces cuando decidieron nombrar a Pestaña director para que hiciera de sepulturero. Pero el metódico anarquista de la triste figura había encontrado su pasión y no hubo funeral periodístico. Detuvo la caída, saneó las cuentas, introdujo nuevas firmas. Se dejó los ojos trabajando dieciséis horas diarias en su apolillado escritorio y en unos meses la *Soli* circulaba de mano en mano entre los obreros.

Pero aquellos dos jóvenes dispares y resueltos no habían ido a ver a Pestaña con la intención de escribir artículos ni tampoco para llevar ninguna información que mereciera la pena publicarse.

Se quedaron de pie ante el escritorio, uno mirando los papeles amontonados de Pestaña, otro las manos del sindicalista. Esperaron a que un redactor que andaba por allí se alejase lo suficiente para que no pudiera oírlos.

Sin preámbulos, el del pelo oscuro miró a Pestaña a la cara y le dijo:

«Tenemos una cuestión. Vamos a plantearte la cuestión. Nosotros formamos parte de un grupo anarquista de acción, tú sabes».

Pestaña, sin levantarse de la silla, miraba a uno, al otro. El rubio, torcido, respirando por la nariz, seguía mirando las manos de Pestaña, movía los labios como si fuese él quien estuviera hablando y no su compañero:

«Venimos a proponerte que seas nuestro intérprete con los comités confederales, mayormente con el Comité Regional».

«¿Intérprete? —Pestaña ya sabía lo que buscaban, pero sentía curiosidad por conocer los detalles, por ver cómo los explicaban aquellos dos—. ¿Intérprete de qué?».

«Intérprete», dijo el rubio, mirando ahora el ventanuco que había pegado al techo.

El moreno siguió con su discurso.

«La cuestión, nuestro propósito es el siguiente: nosotros dos —el otro asintió— estamos dispuestos a acabar con el patrono o director de fábrica que la organización nos encargue que debe suprimirse».

«Sin titubeos», el rubio se había decidido ya a mirar directamente al director de la *Soli*. Pestaña escribió tiempo después que, vistos de frente, los ojos del individuo parecían de ciego, opacos, tal vez enfermos.

«A costa de este esfuerzo que estamos dispuestos a hacer por la organización, nada más que pedimos que la organización nos pague los gastos que tengamos y los jornales perdidos. Y que haya un depósito de dos o tres mil pesetas para, en caso de

que haya necesidad de huir porque se descubra quiénes semos, que podamos hacerlo de seguida».

Pestaña consideró que había llegado el momento de frenarlos.

«¿Y el tercero?».

Los otros dos se miraron con desconfianza, desconcertados.

«He oído que siempre actuáis en grupitos de tres, ¿no? Dos cortan la huida y uno dispara».

Al comprender, el rubio atajó la ironía:

«Nada de grupitos. Nosotros nos bastemos».

Pestaña se quedó mirándolo, severo.

«Semos suficientes», precisó el matón.

«Seáis suficientes o no, perdéis el tiempo. Yo no voy a aceptar ser vuestro mensajero o intérprete o como lo queráis decir».

«Ésa era la cuestión», lo interrumpió el rubio.

Su compañero concluyó con su mensaje, como si no hubiera oído nada de lo dicho por Pestaña.

«Y si detienen a alguno de nosotros, como supondrás, queremos que se nos ayude. Que el abogado amigo vuestro se haga cargo de nosotros y no nos dejéis pudrirnos en el peor agujero de un castillo. Lo que pedimos ya ves que es poco. Estamos para ayudar».

Pestaña les mantuvo la mirada:

«Ya os lo he dicho todo».

«No, tú no has dicho nada. Nosotros lo hemos dicho todo. Ahora tú haces de intérprete con el comité», el rubio dejó de tener la cara un poco menos torcida.

«Por la organización, por los compañeros. Lo haces y se acabó», añadió el otro.

Pestaña los vio dirigirse entre las cajas y las resmas de papel hacia la puerta. Se mantuvo unos instantes inmóvil, miró las cuartillas que tenía sobre la mesa, un artículo a medio escribir, sopesó lejanamente un camino y otro, las armas y las palabras, y se quedó allí, ojeando las últimas líneas que había escrito antes de la llegada de los dos tipos.

Ni ese día ni los siguientes dijo nada sobre ellos. Estaba en contra de los atentados, pero aún mantenía una oculta reserva que le impedía enfrentarse abiertamente a los compañeros que combatían de ese modo a la patronal y a las autoridades. «Unos tratamos de convencer, otros simplemente de vencer», dejó dicho más de una vez.

Además, quien en esos momentos hostigaba con mayor energía a los violentos era el Noi del Sucre, y Pestaña no estaba dispuesto a respaldar incondicionalmente al ahora discutido y blando Seguí. Eran «los titubeos y las dudas» de Pestaña que su admirador Ángel María de Lera siempre le atribuyó ante la figura rotunda, apabullante para Pestaña, del Noi del Sucre. «Razones biológicas» llamó De Lera a esas inseguridades de Pestaña.

Después de abandonar la redacción de *Solidaridad Obrera*, aquellos dos individuos no dejaron de ofrecer sus servicios en un lugar y otro. Muy pronto fueron aceptados por el Sindicato del Arte Fabril y Textil para cometer atentados. Después de la huelga de La Canadiense, en Barcelona se había producido una desorbitada demanda de pistoleros.

Es probable que el Noi del Sucre hubiera evitado un baño de sangre con sus palabras en Las Arenas, pero inevitablemente se había comprometido a cumplir la voluntad de la mayoría en caso de que la autoridad no cumpliera su cacareada palabra y no liberase en el plazo convenido a los obreros que mantenía encerrados.

Montañés, el cívico gobernador civil, hizo llamadas a Madrid, se reunió con altos miembros de la red empresarial y a la desesperada fue a entrevistarse con el gobernador militar, Milans del Bosch. Pero nada sirvió de nada. En Madrid, el presidente del Gobierno, Romanones, se encontraba a las puertas de la dimisión, la patronal estaba en pie de guerra y para Milans del Bosch la situación se encontraba justo en el punto en el que él la deseaba desde años atrás.

Ante la negativa de liberar a los presos se convocó una huelga general. Salvador Seguí, en contra de lo que pensaba pero cumpliendo lo pactado, apoyó la constitución de un comité de huelga. Sin embargo, el espíritu de la huelga de La Canadiense ya se había diluido. Ahora se trataba de otra cosa. Ante lo que consideraban el fracaso de la moderación del Noi, las riendas quedaban en manos de los radicales, y sus fines iban mucho más allá de la liberación de unos cuantos presos o del mantenimiento de los acuerdos laborales alcanzados. Ahora se trataba de una huelga revolucionaria y el objetivo no era otro que acabar con la sociedad burguesa y capitalista. Primero en Barcelona, después en Cataluña y luego en toda la península Ibérica.

La guerra estaba servida y la patronal bien atrincherada. Como contraataque, los empresarios habían empezado a utilizar el *lock out* para desestabilizar y dividir a los obreros. A través del cierre patronal ejercían presión y esperaban envenenar contra los huelguistas a los obreros que querían trabajar. Además, ahora tenían pactado de modo férreo el apoyo del Ejército y la policía. Y del somatén.

La vieja guardia rural resucitada poco antes llegó a reunir entonces un contingente de más de ocho mil voluntarios armados. No sólo los alentaba el deseo de venganza, también el pánico se había apoderado de multitud de hogares burgueses en Barcelona y muchos de sus miembros ingresaron en las filas del somatén. Sentían que había llegado la hora decisiva. Se echaron a la calle. Montaban guardia día y noche en patrullas autónomas o en apoyo de policías y militares.

Por su parte, el Ejército, o lo que en esos momentos en Cataluña equivalía a decir lo mismo, Milans del Bosch, había conseguido que se declarase el estado de guerra. Montañés, atribulado, dimite. Y un viejo conocido del anarquismo reaparece en escena. El antiguo e implacable comisario Manuel Bravo Portillo. Su historia había dado algunas vueltas.

En 1918, cuando la guerra europea había entrado ya en su última fase pero

todavía los servicios se pagaban a muy buen precio, el minucioso policía había ejercido un papel protagonista en la organización del asesinato del industrial José Alberto Barret, que fabricaba material de guerra para los aliados.

A pesar del cuidado que Portillo ponía en sus asuntos y de lo escrupuloso que era en la elección de sus subalternos, uno de ellos no estuvo a la altura de las circunstancias y una noche, en un tugurio del Paralelo, entre botella y botella, se entretuvo en contar a un compinche la hazaña del asesinato. Un anarquista joven del ramo textil escuchó parte de la conversación. Las palabras le llegaban entrecortadas a través de un biombo pero, en uno de esos momentos de silencio repentino que se producen en medio del bullicio, el nombre de Barret le llegó con nitidez. Se acercó al biombo y afiló el oído. La voz del que hablaba se mezclaba unas veces con las palabras de una mesa vecina, otras con aquello que el camarero iba cantando al pasar y otras con lo que decía una fulana que a cada tanto se acercaba para ofrecer sus servicios, pedir fuego o que le llenasen el vaso. El ruido dificultó la escucha, pero el muchacho de la CNT acabó por hilar lo que se contaba y tuvo claro que Portillo estaba involucrado en aquel crimen.

Cuando la conversación terminó y los protagonistas de la misma parecía que comenzaban a despedirse, el joven anarquista se levantó y, fingiendo dirigirse hacia el fondo del local, miró disimuladamente al otro lado del biombo. Un tipo bajo y cuadrado, cejijunto, seguía hablando mientras daba palmadas en el hombro a otro algo mayor y medio calvo.

A la mañana siguiente, el anarquista se dirigió a la redacción de *Solidaridad Obrera* y pidió hablar con un redactor. Cuando apenas llevaba medio minuto contando lo que había escuchado la noche anterior y mencionó a Bravo Portillo, el periodista le hizo un gesto para que se detuviera y mandó llamar a Ángel Pestaña.

Pestaña escuchó con mucha atención el relato del muchacho. Éste no sabía quién era la persona que había estado alardeando de haber participado en el asesinato de Barret ni cómo podía encontrarlo, tampoco sabía cuánto había de verdad o de fanfarronería en lo que había oído, pero el nombre de Bravo Portillo hizo que Pestaña comenzara de inmediato a trazar mentalmente una estrategia para investigar el caso. Esa noche mandó a un redactor joven y al anarquista anónimo al garito donde éste lo había escuchado todo.

El parlanchín no dio señales de vida, pero sí lo hizo el hombre que había estado oyendo la historia. Coronilla calva, pelos hirsutos y despeinados, cara alegre y bigote espeso, según aparece en un retrato de la época. Aseguran, además, que tenía una risa ruidosa. El redactor joven se acercó a él con una botella en la mano. Fingió acento andaluz y comenzó preguntándole dónde podía encontrar mujeres de nervio. El otro, llenando y vaciando vasos, muy pronto se mostró esponjoso.

A las nueve de la mañana siguiente, Pestaña tenía sobre su mesa dos cuartillas llenas de datos, nombres y posibles pistas. En poco tiempo el hilo encontrado en aquel tugurio del Paralelo acabó llevándolo hasta las propias barbas de Bravo

Portillo. Las pruebas encontradas fueron concluyentes. Una vez reunidas, Ángel Pestaña comenzó a publicarlas en la *Soli*. Cada día iba apareciendo un artículo firmado por él mismo. En ellos se desgranaba con todo detalle el complot que se había urdido para asesinar al industrial Barret.

El día que se publicó el primer artículo, los subordinados de Portillo repararon en el meticuloso orden que se empeñaba en poner en su escritorio, alineando mientras hablaba los plumines, trazando perfectas líneas paralelas y perpendiculares con las actas, las carpetas, los tinteros. Esa mañana los movimientos de Bravo Portillo eran lentos, daba la impresión de que se encontraba sumergido en un líquido espeso y de que en cualquier momento, al abrir la boca, iba a dejar escapar las burbujas de un ahogado. Aunque los primeros artículos fueron despreciados por las autoridades políticas y judiciales, la contundencia de los mismos y la rotundidad de las pruebas con las que estaban tejidos hicieron que la justicia, inexcusablemente, acabase por intervenir.

El comisario que había hostigado sin piedad a los anarquistas catalanes fue sometido a humillantes interrogatorios y a una investigación que, siguiendo la línea trazada por Pestaña, no tuvo ninguna dificultad en llegar a conclusiones determinantes. La *Soli* y su director no dejaban espacio a los prestidigitadores.

En aquellos días la puerta del comisario permanecía cerrada a cal y canto. Ya no se sabía si su orden meticuloso imperaba allí, pero en cualquier caso era evidente que ya no se movía en aguas submarinas. A través de aquella leve barrera de madera y vidrio llegaban a menudo timbrazos de teléfono, gritos y unos profundos silencios que, según algunos, auspiciaban el estampido de un disparo. Quienes así pensaban no conocían a Bravo Portillo.

Terminó siendo procesado. Y condenado. Sus influencias dentro de la patronal catalana y del Ejército le sirvieron para evitar la cárcel, pero no logró conservar su puesto en la policía. Fue expulsado del cuerpo. Comprenderán de qué modo ese suceso aumentó el odio de Portillo hacia el movimiento anarquista y con qué determinación un hombre de esa naturaleza se prometió a sí mismo vengarse.

Bravo Portillo no permaneció ocioso mucho tiempo. Continuó sus turbios negocios con el barón de Koënning, pero además pronto tendrá un trabajo extra y muy bien remunerado. Las consecuencias de la huelga de La Canadiense, con el subsiguiente rearme de la patronal, reclamaban al lado de los empresarios más oscuros la presencia de un hombre sin escrúpulos y conocedor del terreno para llevar a cabo toda clase de maniobras con las que contrarrestar la crecida de los obreros. Había llegado la hora estelar de aquel hombre gris, frío, de presencia insignificante y ojos muertos.

La huelga convocada a causa de la no excarcelación de los presos entró rápidamente en un callejón sin salida. Salvador Seguí quedó arrinconado en beneficio de los compañeros que reclamaban hierro y plomo. Doce horas después de ser declarada la nueva huelga, Barcelona amanece tomada por el somatén y el Ejército.

Muy pronto se ve que el golpe de los obreros está lleno de riesgos. Los partidarios de Seguí, y muchos que hasta ese momento no lo eran tanto, invocan su nombre, deciden abandonar el paro y volver al trabajo. Pero no van a poder hacerlo.

Los empresarios, aprendiendo la estrategia colectiva de los sindicalistas, se hacen fuertes. Crean en esos días la Federación Patronal Española e inician un *lock out*. La presión a la que los trabajadores pretendían someter a sus contratadores se vuelve contra ellos. Ahora deben afrontar un cierre patronal mientras el somatén, el Ejército y la policía inician un inmenso trabajo de depuración, purgas y detenciones. En ese periodo llega a haber 43 mil sindicalistas y obreros detenidos. Se asesinan anarquistas de modo selectivo.

El 10 de abril, con Barcelona sumida en el caos, el capitán general Milans del Bosch convoca en el Casino Militar a los altos mandos del Ejército. A la espalda del general hay un plano de la ciudad. Milans tiene mirada de matadero, la barba cuadrada, los bigotes formando un siniestro balancín, delgado, chupado. Habla poco aunque lo suficiente para dibujar un paisaje tétrico, lo suficientemente desastroso como para que bajo el estado de guerra que impera en Barcelona, sean las autoridades militares quienes tomen el mando absoluto.

Milans del Bosch, de pie, preñado de sí mismo, severo, casi feliz, asegura que las autoridades civiles se han convertido en ese momento en un estorbo que dificulta la tarea de los militares. Ninguno de los presentes podría afirmar claramente si lo que Milans ha emitido es una orden o una proposición, pero, con más o menos energía, todos respaldan sus palabras. Se decide expulsar de la ciudad a las autoridades civiles. Incluso Carlos Montañés, que ya está desprovisto de su cargo de gobernador pero que sigue intentando ejercer de mediador, es detenido por la guardia civil y obligado a subir a un tren con destino a Madrid. Barcelona se ha convertido en territorio militar.

Un territorio militar en el que se han urdido sólidas alianzas con algunos destacados civiles. Bravo Portillo está en el centro de esa tela de araña.

Milans del Bosch, después de una larga conversación con miembros de la recién creada Federación Patronal, hace llamar a Bravo Portillo. Han decidido que es el hombre que necesitan. El expolicía conoce a la perfección el entramado de los sindicatos y todavía conserva dentro de ellos buenos confidentes.

«Lo que se espera de mí nadie más que yo puede hacerlo», le dice Portillo al general, que lo mira con su cara de quirófano y hace un gesto afirmativo lento, de caballo.

En principio lo que se esperaba de Bravo Portillo era que procurase una escolta segura a los miembros de la patronal y también que, en la medida de lo posible, localizara y facilitara la detención de militantes de la CNT. Pero su ambición iba mucho más allá que aquel trance circunstancial de la huelga. También lo ven así los patronos que habían bendecido su contratación. El antiguo policía supo ampliar su influencia a base de eficacia y rotundidad. Y una vez dejada atrás la huelga empezó a

crear una infraestructura sólida para combatir futuros conatos de rebelión o de presión por parte de los obreros.

Bravo Portillo, lleno de seguridad, utilizando los contactos del barón de Koënning y avalado por Milans del Bosch, afirma una y otra vez ante un reducido cónclave de patronos que tiene gente «dentro, fuera y enfrente de la policía» para hacer ese trabajo.

«Hará falta dinero. Pero tengo el convencimiento de que ése no será el problema».

Y no lo fue. La Federación Patronal sufragaba el mantenimiento de la banda con la fortuna de treinta mil pesetas mensuales. Además, puso a disposición de Portillo unas oficinas en el número 71 de calle Septembrina. Instalado en aquel lugar en el que los vecinos ven entrar y salir gente de muy extraño pelaje, el expolicía empieza a gestionar su banda. Desde el primer momento, su mano derecha es Antonio Soler, un peligroso delincuente sin escrúpulos también conocido como el Mallorquín. En sus memorias futuras, Ángel Pestaña describirá a este individuo como un licenciado en presidios, «chulo y ladrón de oficio, hombre en verdad peligroso por lo cuco y desconfiado», que ni siquiera se fía de su propia gente, reclutada en los bajos fondos de Barcelona.

Portillo y Soler organizan la banda en grupos de diez, cada uno con una función definida y una jerarquía visible. Cobran quince pesetas diarias, atentados aparte. En su momento de máximo auge la banda va a contar con sesenta miembros, de ahí que normalmente fuese conocida como La Banda de los Sesenta. Todos son contrastados delincuentes y asesinos, y todos están dispuestos a trabajar duro.

Bravo Portillo y su banda

La primera acción importante de la banda es el asesinato de Pablo Sabater, el Tero, presidente del sindicato textil. Un par de meses antes de acabar con el Tero, la patronal le había pedido a Bravo Portillo que eliminara a Pedro Massoni, un elemento incómodo y agitador del ramo de la construcción que conminaba a sus compañeros a luchar por sus derechos. Le ofrecieron tres mil pesetas por acabar con Massoni. Portillo quiso esmerarse en este primer trabajo de envergadura y para ello contó con la flor y nata de su ya de por sí cualificado personal.

Al caer la noche del 23 de abril, Antonio Soler, Luis Fernández y Octavio Muñoz se presentan en el domicilio de Massoni. Dicen ser policías. Entre protestas del sindicalista, afirman que tienen órdenes de llevarlo a comisaría. Salen de la casa, le indican un coche lejano, con los faros apagados. Fernández y Muñoz lo flanquean, Soler va detrás, haciendo sospechar a Massoni. Pero no lo atacan por la espalda, sino de frente. De las sombras de un portal surge, tropezando, la silueta de Epifanio Casas, el cuarto miembro de la banda enviado por Bravo Portillo. El grupo, con el tropiezo de Casas, se descompone. Fernández se aplasta contra la fachada, Octavio Muñoz salta al otro lado de la acera y Soler, sabiendo lo que va a ocurrir, se agacha. Massoni, que ha visto en la mano de Casas un reflejo metálico, la sombra de un revólver, quiere correr, pero resbala justo cuando suena un estampido y recibe en alguna parte del pecho un golpe seco, rotundo y difuso a la vez. El dolor y el pánico se expanden al mismo tiempo por todo su cerebro. Va a levantarse y suenan unos golpes, otro disparo y la carrera de los falsos policías.

Massoni no murió. Quedó mal herido e incapacitado definitivamente para seguir cumpliendo su oficio de albañil, pero aquel primer trabajo de Bravo Portillo se saldó con un fracaso. Sin embargo, el antiguo comisario tenía rédito y padrinos. Avales. No hizo falta que devolviera las tres mil pesetas que le habían adelantado por su trabajo. Confiaban en él. Y él se hizo merecedor de esa confianza.

En medio de un clima gansteril en el que elementos de la CNT han tomado a su vez las armas, Bravo Portillo pone su mirada en un destacado sindicalista. Y ahí es donde nos encontramos con Pablo Sabater, el Tero.

Fuerte, cara cuadrada de camión y ojos rasgados, penetrantes, Sabater es presidente del Sindicato de Tintoreros de Barcelona, adscrito al Ramo Textil de la CNT. Tiene treinta y cinco años y, una década atrás, a raíz de su participación en los sucesos de la Semana Trágica, había puesto tierra de por medio, bastante tierra, y se había marchado a la África profunda con la idea de no regresar hasta que las aguas volvieran a su cauce. En África, el Tero se ganó la vida cazando cocodrilos. De regreso a Barcelona, se afilió a la CNT y comenzó a trabajar en una tintorería de Pueblo Nuevo. Su incansable actividad como sindicalista y agitador de obreros lo había llevado a ocupar un puesto relevante en la lista negra de la patronal. Ese dato le había aportado una variada colección de detenciones policiales y la imposibilidad de

encontrar trabajo. Así que, en aquel momento posterior a la huelga de La Canadiense, subsistía gracias a la pequeña tienda de su compañera, Josefa Ros. Tenían tres hijos. Vivían en el número 274 de la calle Dos de Mayo, frente a la fábrica de cerveza La Bohemia, en la barriada obrera de San Martín de Provensals.

Y allí, en la calurosa noche del 17 al 18 de julio de aquel año de 1919, se presentaron dos coches con los faros apagados. Era poco más de la una de la madrugada. Dos hombres descienden entre las sombras del primer coche, uno del tercero. Sabemos que los dos primeros son Antonio Soler el Mallorquín y Luis Fernández. Del tercer hombre nunca se ha tenido una identidad precisa. Tampoco se supo quién fue el conductor del segundo automóvil. Todo apunta a que el del primero era Arturo Luis Elizalde. Arturo Luis era hijo de un importante industrial del sector automovilístico, se enteró de que iba a cometerse el atentado y quiso colaborar aportando su coche y conduciéndolo él mismo.

Soler, Fernández y el tercer hombre utilizan la misma táctica que usaron contra Pedro Massoni. En este caso sabemos que la resistencia de Sabater fue mayor. Llaman a la puerta con golpes secos. Al otro lado se oyen pasos. Una voz queda de mujer. Ruido de cajones. Vuelven a llamar, ahora repetidamente. El Tero, desde el interior, seguramente apoyado en la pared cercana a la puerta para evitar un posible disparo a través de la madera, pregunta quién es. A su vez, Fernández pregunta, «¿Pablo Sabater Lliria?». «Sí». «Policía. ¡Abre!». Se oyen pasos en el interior de la casa. Un cuchicheo, y luego la voz del Tero que pregunta «Qué policía». Una patada a la puerta como respuesta y la voz de Soler, «¡Quieto, coño!», presuntamente reprendiendo al autor de la patada. Y al instante, más calmada diciendo, con la boca pegada a la puerta, «Te van a interrogar en comisaría. Unos amigos tuyos han puesto una bomba en la plaza de Cataluña. Abres o la emprendemos a tiros. Y si alguno va a parar a la cabeza de uno de tus hijos, apechuga tú luego con la bala y con el muerto. ¿Te enteras?». Hubo un instante de silencio y después el crujido de la cerradura. Sabater vio el hierro negro, los tubos de los cañones, dos pistolas apuntándole. Estaba descalzo, vestido únicamente con un pantalón. Fernández, sonriendo, según pudo deducir la mujer de Sabater por la entonación de su voz, le dijo que se calzara y se pusiese una camisa. Al fondo de un corto pasillo había luz. Los tres falsos policías verían la sombra de Josefa en la cal del pasillo. El Tero apenas tardó unos segundos en ponerse unas alpargatas y abotonarse la camisa. Repentinamente, quizás percibiendo un movimiento sospechoso, uno de los matones, no se sabe cuál de ellos, lo agredió. La mujer oyó un ruido brusco, un insulto. Gritó. Fue a asomarse al pasillo pero uno de los hombres le apuntó con un arma y volvió a entrar en el dormitorio. Un niño había comenzado a llorar. Quizás fuese en aquella refriega cuando, siguiendo el informe de la autopsia, el Tero perdió un diente a consecuencia de un golpe propinado con un objeto contundente, la culata o el cañón de una pistola casi con toda seguridad. También constaba en el informe forense que le habían atado con fuerza las manos a la espalda. Josefa encontraría unas gotas de sangre en el suelo instantes

después, cuando calmó el llanto de su hijo menor y, después de oír abrir y cerrar la puerta de la calle, salió definitivamente del dormitorio. Llegó temblando a la entrada de la casa, que en ese momento no era más que una bolsa de aire vacío y latente, una bocanada de olores oscuros. Se asomó a la única ventana frontal y vio alejarse lentamente dos coches con los faros apagados, doblando la esquina de La Bohemia. Pablo Sabater iba en el asiento delantero del segundo automóvil, entre el conductor y el copiloto, y aunque todo evidencia que desde el primer instante había sospechado de ellos y de la suerte que podía correr en sus manos, las sospechas se convertirían en una evidencia de lo que iba a suceder cuando comprobó que los automóviles se dirigían hacia las afueras y una serie de almacenes y descampados se sucedían en aquella negrura desmadejada y profunda que transcurría al otro lado del cristal. Tal vez el Tero intentara algo entonces. Es de suponer que un hombre como él no esperaría hasta el último momento para rebelarse. La autopsia mostró numerosos golpes y contusiones en su cuerpo. Se encontraron esquirlas de vidrio hincadas en su pierna derecha, a la altura de la pantorrilla. Ese pie estaba descalzo y la alpargata que le correspondía no fue encontrada cerca del cadáver, sino a unos cientos de metros de distancia, lo cual hizo suponer que en medio de una disputa el sindicalista golpeó con la pierna una ventanilla o el cristal frontal del coche, atravesándolo —aquí aparece el recuerdo de Scorsese o de Coppola, aunque el desgraciado *copyright* es del Tero—. El forcejeo debió de ser duro. También cuando lo sacaron del coche. Las uñas del Tero, a pesar de haber tenido las manos atadas a la espalda, conservaban restos de pintura negra, probablemente del automóvil del que había sido obligado a salir, y dos de ellas estaban rotas, casi arrancadas. Lo condujeron por la carretera de Montcada al Camp del Arpa una explanada desabrida llena de matojos secos, y allí le dispararon seis veces. Sus verdugos estaban irritados por la resistencia de Sabater. Dos de los disparos fueron mortales de necesidad. Había estrellas y ladridos de perros a lo lejos. El aire era dócil, casi eterno, como suele serlo en las noches de verano. Su mujer estuvo buscándolo por distintas comisarías de Barcelona. En unas le dieron mal trato verbal y en otras fueron más humanitarios, pero en ninguna tuvo noticias del Tero. Dio parte al sindicato. Nada. Ni rastro. Fue dos días después cuando supo lo ocurrido. En un rincón del periódico leyó que un hombre de mediana edad, moreno y corpulento, había sido encontrado muerto con signos de violencia en el Camp del Arpa, cerca de Torre Baró. Comprendió instantáneamente que los hombres que se habían llevado a Sabater no eran policías y que el cadáver del que hablaba el periódico no era otro que el de su Pablo.

En medio, entre el asesinato de Sabater y su publicación en el periódico, se produjo otra muerte. Bravo Portillo quería hacer méritos en aquel arranque de violencia extrema. Así que encargó a Epifanio Casas que acabase con otro cenetista especialmente incómodo para la patronal. Se trataba de José Castillo, un miembro del comité nacional de la CNT.

Epifanio Casas, acompañado de otros dos sicarios, fue en busca de Castillo.

Tenían ficha de él, sabían por dónde se movía. Lo avistaron cerca de su domicilio, pero había mucha chiquillería a su alrededor, mujeres, bullicio. Divididos, cambiando de acera e incluso de gorra o sombrero a cada poco, siguieron sus pasos hasta una barbería de Sants. Allí se produjo un suceso que de nuevo recuerda a los mejores gánsteres de Hollywood.

Epifanio y sus dos compinches llegaron a la vitrina del establecimiento cuando Castillo estaba tumbado en el sillón del barbero, relajado y con la cara cubierta de jabón espeso. Uno de los matones se quedó en la puerta, mirando hacia ambos lados de la calle. Epifanio y el otro, con las pistolas en la mano, entraron en el local. Castillo abrió los ojos extrañado de la inmovilidad repentina del barbero y vio a los dos hombres. Quizás llegó a adivinar lo que iba a suceder, aunque el primer disparo ya había sonado. Ese primer tiro reventó el espejo. El segundo, el tercero, el cuarto, llenaron la barbería de un estruendo alegre, oloroso, loco, y el local entero pareció saltar en las mismas esquirlas y gotas que el espejo y la sangre de Castillo. Luego vino un silencio infinito de uno o dos segundos, un océano en el que el barbero creyó ahogarse, y después un disparo más, y otro. Y ya no estaban los matones, ya todo había pasado, igual que si hubiera transcurrido un año y todo estuviese ya fabricado con la bruma rara de los recuerdos, de lo que no se sabe a ciencia cierta cómo ni cuándo ocurrió. El barbero, chocando los dientes, temblaba casi al mismo compás que el cuerpo de Castillo. La mano del anarquista colgaba con un estertor moribundo, un disparo, tal vez aquel primero que había reventado el espejo, había entrado por su mejilla derecha y había salido por la izquierda. La sangre bajaba entre la espuma jabonosa haciendo unos surcos caprichosos, un pequeño laberinto de nata y fresa, mientras una isla creciente y roja se expandía rápidamente por el babero que cubría el pecho del anarquista.

De ese modo quedaba inaugurado el terrorismo de la patronal, conocido a partir de entonces como el Terrorismo Blanco. Pablo Sabater y José Castillo fueron sus primeras víctimas mortales. Bravo Portillo se había convertido en el pope de aquella situación violenta. Aquel hombre de aspecto insignificante y apariencia de discreto oficinista volvía a sentirse en su lugar. Igual que cuando había combatido a los independentistas en la jungla de Filipinas o, ya en Barcelona, desde su puesto de comisario, había sembrado el pánico entre los sindicalistas.

Sólo que ahora tenía enfrente un enemigo difícil, espoleado, herido. Ocho mil obreros indignados acudieron al entierro de Sabater. Las autoridades militares esperaban el incendio. La patronal lo deseaba. Estaba armada, respaldada, dispuesta a resistir ataques y huelgas y a responder con el *lock out* a las presiones de los trabajadores. Continuaba declarado el estado de guerra, habían sido encarcelados a esas alturas del año casi cincuenta mil sindicalistas y las organizaciones obreras estaban debilitadas. Deseaban que el rival diera un paso adelante, reducirlo.

Salvador Seguí comprendió la estrategia con un solo golpe de vista. Escribió y habló. Se reunió con dirigentes anarquistas propensos a la respuesta violenta y a

todos les recalcó que no mordieran el anzuelo.

«El Tero, Castillo, las palizas en los calabozos. Todo eso es un señuelo. Nos quieren en la calle, violentos, atacando. Quieren excusas para emplearse a fondo. Vamos a usar la cabeza. Vamos a ser fuertes. Más fuertes que ellos. Vamos a vencerlos».

Pueden ustedes darles las vueltas que quieran a esas frases. Eran las que el Noi del Sucre empleó una y otra vez a lo largo de aquellos días, en las reuniones clandestinas, en los cafés, en las octavillas, en las casas de los compañeros anarquistas, en la de Layret.

Ante el desgobierno general y con el país sumido en un colapso político y económico, se convocaron elecciones. Se celebraron el 1 de junio de aquel convulso 1919. Francesc Layret resultó elegido diputado, junto a Gabriel Alomar, como miembro del Partit Republicà Català.

Layret lleva meses colaborando con la CNT como abogado. Se niega a ser representante oficial del sindicato. Por mucho que estime la labor de los sindicalistas y la considere esencial en la evolución política de España y Cataluña, el anarquismo no está dentro de su horizonte político. Su ideario está unido cada vez de modo más indisoluble al nacionalismo, algo que los anarquistas, cuando no lo esquivan lo desprecian.

Por otra parte, Layret, que siempre se había declarado admirador del Partido Laborista británico, después de oír los ecos de la Revolución Rusa, se va acercando cada vez más a un socialismo radical. Igualitario. Y entiende que el primer peldaño de la igualdad es la justicia. Su despacho de abogado está abierto a los que más lo necesitan, y en esos tiempos los anarquistas se encuentran entre ellos. Layret los sabe atacados, encarcelados, asesinados, y después de una larga conversación con el Noi del Sucre pone su despacho a disposición del sindicato anarquista. La condición es que nunca cobrará, que no será representante oficial de la CNT y que atenderá sólo los casos especiales, cuando alguien de confianza de la organización, es decir, Seguí, se lo pida.

La idea de unos sindicatos fuertes que contribuyan a la dignidad de los trabajadores, a su cultura y a la toma de una sólida conciencia social une a Layret y a Seguí. Sin embargo, los hechos que vienen produciéndose en los últimos tiempos son vistos desde perspectivas diferentes por cada uno de ellos.

Seguí, el anarquista formado en la calle, juvenil miembro de aquellos radicales Els Fills de Puta, está —ya se ha dicho— en desacuerdo con las respuestas violentas que parte de sus compañeros llevan a cabo. Mientras, Layret, el inválido hijo de la alta burguesía, el estudiante aplicado y provechoso, disculpa sutilmente el uso de la fuerza. No cree en la violencia como solución pero sí la justifica.

Así se lo hace saber a Seguí en una tensa reunión en la que Lluís Companys,

como tantas veces, intenta ejercer de mediador.

El Noi del Sucre niega con la cabeza, sonríe, intenta mostrar su incredulidad. Layret, con vocación de busto, observa la gesticulación de Seguí, su ironía. Éste apela a la inteligencia de Layret.

Se sabe que hablaron sobre esa cuestión, y se conocen los argumentos e incluso algunas de las palabras que utilizaron. El diálogo, si así se lo puede llamar, que hubo entre ellos debió de ser muy parecido a éste:

«Siempre, siempre te supuse inteligente, Layret…».

«Suposiciones…».

«… y no puedo entender, no me puede entrar en la cabeza cómo una persona inteligente…».

«… eso es lo que sobran, suposiciones…».

«… que alguien con tu lucidez no alcance a ver…».

«… lo que este pueblo necesita son hechos, Seguí».

«… cómo nos puede perjudicar… ¿Hechos?».

«Eso es. Hechos. No suposiciones…».

«¿Es que no es un hecho…?».

«Ni suposiciones ni palabras ni paciencia…».

«Mírame, Layret. ¿No te parece un hecho…?».

«Te miro…».

«¿No te parece un hecho tener el aplomo y la valentía de resistir…?».

«Naturalmente, pero ¿hasta cuándo? Te miro y ya no sé lo que veo, Seguí».

«¡Qué!».

Es probable que Companys, pañuelo blanco de seda, manos de pianista tratase de mediar:

«Vamos a calmarnos. A bajar el diapasón, camaradas, hermanos, fratelli».

«¡Cálmate tú!».

«¿Yo? Acabaré por pagarla yo. No tenéis razón ninguno de los dos aunque la tengáis los dos».

El Noi del Sucre miraba fijo a Layret:

«¿Que no sabes lo que ves?».

Un momento de silencio, el suficiente para que Layret, en su sillón, parpadease con lentitud.

«Sí. Sé lo que veo. Pero a veces no me gusta».

«¿Lo dices por mí? ¿O es que te piensas, crees que a mí me gusta lo que veo cada día?».

Layret miraría a Seguí con aquellos ojos imperturbables que observamos en sus fotos. Profundos. Viendo otra realidad, un mundo más allá de sus limitaciones. Oyendo casi sin oír las palabras del Noi del Sucre:

«No se puede dar ni una palabra de apoyo a los violentos, ni un aliento, nada. Y menos desde aquí, hundido en ese sillón de cuero, rodeado de tus libros…».

«No, Seguí. No emprendas ese camino».

«… con tu formación… ¿Que no te lo diga? Piensa. Piensa en esa gente que mañana no tendrá qué comer, viendo a sus familias…».

«¿En quién crees que pienso si no?».

«… y a los que la patronal irá aplastando, haciéndoles pagar…».

«¿Es que pienso en mí? ¿Eso crees?».

«… haciéndoles pagar por las bombas que pongan otros…».

«Nunca defenderé que nadie mate, pero lo entiendo…».

«… y haciéndoles pagar por los asesinatos que otros cometan en su nombre… Vamos, Layret. No estarás de acuerdo, pero tiene que notarse, lo tienen que saber todos, oírtelo decir, una, cien, un millón de veces».

«Bien. Pues oye lo que te digo. Se lo van a hacer pagar de todos modos. Tanto si se están mano sobre mano y son dóciles como si matan».

«La violencia le está siendo rentable a la patronal. Y los nuestros, todos, tienen que saberlo. No lo van a hacer en mi nombre».

«Olvídate de tu nombre, Seguí, Noi del Sucre, Salvador, qué más da».

Seguí estaba desanimado. Vivía aquellos días como un animal acorralado. Por un lado y por otro lo veían negar con la cabeza, levantar la barbilla e increpar a quienes, según él, con cada acto violento estaban dinamitando las fuerzas del sindicalismo. Y así, negando con la cabeza, levantando la barbilla o alzando las cejas en uno de sus gestos característicos aún escucharía las últimas palabras de Layret:

«Precisamente lo cómodo, desde aquí, desde este sillón de cuero que tanto te molesta, sería decirles: aguantad, sed pacientes, santos».

Y contestaría:

«Te equivocas de medio a medio, Layret. Hay que responder con inteligencia. Eso es lo único rentable. Parece mentira que tenga yo que venir a recordártelo. Y otra cosa: si en algún momento, algún día, alguna noche, bebido o dormido, me oyes decir que hay que ser dócil, entonces que venga uno de esos reprimidos gubernamentales tuyos y me dispare a mí, antes que a nadie».

Los reprimidos gubernamentales. El Noi del Sucre se refería a la controvertida, abucheada, atronadora y, desde algún rincón, también aplaudida intervención que Layret había tenido en el Congreso de los Diputados.

En el Diario de Sesiones, con fecha de 7 de agosto de 1919 quedaron recogidas las palabras que el nuevo diputado Francesc Layret i Foix lanzó desde la tribuna de oradores y que al finalizar el pleno provocaron un leve alboroto en la calle de San Jerónimo. Allí, cuando bajo un calor inclemente, Layret se dirigía apoyado en sus muletas hacia el vehículo que lo estaba aguardando —rigurosamente ataviado con su traje negro, chaleco y corbatín estrangulante— fue increpado por un grupo de partidarios de Antonio Maura que le devolvían sus frases más hirientes mezcladas con insultos y amenazas.

En su discurso, Layret había divido a la clase trabajadora de Cataluña y de todo el

mundo en dos corrientes fundamentales. Una partidaria de la evolución dentro de los cauces legales y otra «que cree que con estas vías legales los obreros no conseguirán nunca la transformación de la sociedad» porque los gobiernos y la burguesía recurrirán siempre a poderosos medios para dominarlos, obligándolos a «acudir a los procedimientos violentos hasta llegar a predicar el atentado personal y el régimen del terror».

Decía Layret que para poder juzgar a esos obreros había que conocer la realidad en la que vivían. «Debo deciros que el que una tendencia u otra domine no depende de los obreros, depende de los gobernantes». Achacaba indolencia a la clase política y no resulta complicado imaginar con qué indignación sería mirado desde los conservadores, y mayoritarios, bancos.

«Es muy fácil levantarse en esta Cámara contra los atentados personales. ¿Quién no protesta contra ellos?».

No se recoge en el Diario de Sesiones, pero algunos testigos afirmaron tiempo después que desde un lado y otro del hemiciclo se oyeron varias respuestas furtivas: «¡Tú!». «¡Tú y tus amigos!». «¡Tu gente, tullido!». «¡Vosotros, cómplices!».

«El deber del Gobierno —siguen las actas— el deber del Gobierno es buscar soluciones. ¿Y cuál es la conducta que han seguido los gobernantes? La contraria a la que debían seguir. Porque han detenido a los dirigentes obreros sin procesarlos. Se necesita mucha abnegación, mucha fe en el ideal, mucho espíritu de sacrificio por parte de estos hombres que por predicar sus esperanzas se ven condenados a la cárcel la mayor parte de su vida, sin haber cometido jamás delito alguno, sin que ni siquiera se les procese, sin que les tomen declaración».

La incomodidad provocaba un oleaje lento en la Cámara, toses rompiendo la humareda de habanos, posturas forzadas, gente que abandonaba el pleno hablando en voz alta. «¡Una mente enferma dentro de un cuerpo enfermo!».

Pero la voz enérgica de Layret, con su marcado acento catalán, seguía implacable.

«A estos hombres que se ven encarcelados, que se ven perseguidos, que quieren ampararse en la ley… se les contesta con la suspensión de garantías constitucionales y con el estado de guerra… estos hombres están en una encrucijada, entre la represión del Gobierno y la desconfianza que sienten hacia ese elemento terrorista que se va infiltrando en el proletariado y que les dice: “Las leyes que la burguesía os da son mentira, porque los gobiernos faltan a estas leyes, no las cumplen. Nada conseguiréis por medios pacíficos, ni por medios legales, es preciso que os impongáis por el terror, ya que produciendo el pánico en el Gobierno y en las clases directoras, entonces conseguiréis las reformas que pedís”. Y ellos, en su fuero interno, han de confesar que frente a la conducta del Gobierno no encuentran argumentos para contestar. La violencia llama a la violencia y siempre un acto de violencia por parte del Poder es contestado por los de abajo con otros actos de violencia».

Así iba a ser. Y uno de los afectados va a ser el inefable Manuel Bravo Portillo. La indignación popular por el asesinato de Castillo y sobre todo del popular Pablo

Sabater había intentado ser sofocada desde algunas instancias gubernamentales. El sector de la policía no comprado por la patronal dio un paso al frente al detener el 25 de agosto a Luis Fernández.

Fernández, que, como sabemos, había participado en el asesinato fallido de Pedro Massoni y en el no fallido de Sabater, fue presionado en los calabozos. Amenazado con ser encarcelado en un pabellón con reclusos anarquistas. El hombre sonreía, mostrando una mella esquinada y profunda. Portillo le había dicho, a él y a todos los cabecillas de la banda, que estaban protegidos por las altas esferas, pero a Fernández le vino un asomo de duda. Detrás de la sonrisa estaba su insolencia natural, sí, pero también un atisbo de recelo. Y así, probablemente llevado por la idea de que su delación no tendría ningún efecto más allá de librarlo de un posible linchamiento, a lo largo de un duro interrogatorio se avino a dar el nombre de Bravo Portillo como máximo responsable del grupo con el que venía actuando. También dejó entrever que un coronel de la policía, Álvarez Caparrós, estaba implicado, como protector directo de Portillo.

Al menos de momento, nada de aquello sirvió para nada. Si acaso para enervar más aún a los dolidos compañeros del Tero.

Con el propósito de contemporizar e intentar crear un aire de normalidad en el que las asociaciones de obreros deberían sentirse menos acosadas, las autoridades levantaron el estado de guerra el 2 de septiembre.

Bravo Portillo, después de varias conversaciones con autoridades policiales y del Ejército, no se había alterado demasiado por la detención de su cómplice, o así intentó demostrarlo. Nadie percibió en él ningún síntoma de nerviosismo o preocupación. Aplomado, continuó con su vida normal, prometiendo a sus patronos que seguiría cumpliendo su trabajo con el mismo esmero y contundencia que hasta entonces.

Y así avanzaba aquel verano sangriento de 1919. Ya casi al final del mismo, en la mañana del 5 de septiembre, Bravo Portillo, como cada día, abandonó a pie su domicilio, situado en el Paseo de Gracia. Se entretuvo mirando el escaparate de un comercio que había en los bajos de su casa, La Dalia. Desde el otro lado de la vitrina recibió el saludo de su dueño. Portillo, según aquél, le devolvió el saludo con una inclinación de la cabeza y un atisbo de sonrisa que apenas hizo oscilar las enhiestas puntas de su bigote.

Subió caminando hacia el barrio de Gracia. Hay quien afirma que se dirigió allí para visitar a una amante. Es probable. Lo que sí consta es que esa tarde había establecido una cita en un piso de la calle Córcega, donde tenía alojada a una mantenida. Todo indica que el hombre era bastante propenso al trasiego sexual. En cualquier caso, ya pasado el mediodía, Portillo fue visto por algunos testigos subiendo a un tranvía en la parte alta de Vía Augusta.

Portillo no completó el trayecto previsto. Conocía bien su oficio y por mucho que mantuviese la calma nunca andaba relajado, y mucho menos descuidado. Así que,

situado al fondo del tranvía, vio cómo dos individuos de aire sospechoso lo miraban de reojo, retirando la vista cuando eran sorprendidos. El expolicía, disimuladamente, montó la *browning* M1911, con sus iniciales grabadas en la empuñadura que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Vigiló a los dos sospechosos a través del reflejo de la ventanilla.

En la primera parada, cuando el tranvía ya se ponía en marcha, Bravo Portillo saltó del vehículo. Con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta se quedó mirando a los dos individuos, que, dudando, se alejaban con el armonioso chirrido del tranvía.

A partir de ahí, caminó rápido, a veces cambiando súbitamente de rumbo y de acera, girándose. Es probable que atisbara el peligro, pero no por eso varió sus planes. Bravo Portillo era un hombre seguro de sí mismo. Cuando, ya en la calle Córcega, pasó el cruce con la de Bruch, un tendero lo vio volverse sobre sí mismo dos veces, aminorar el paso, levantarse el sombrero un momento y aplacarse con la palma de la mano la calva, el pelo de los parietales. Al parecer tomó aire y se sintió aliviado.

Pero al entrar en el portal donde vivía su amante se topó con el brusco movimiento de una sombra que se lanzaba hacia él. La del hombre que lo estaba esperando para asesinarlo.

Portillo actuó con rapidez. Tal vez vio la sombra antes de que le disparase, o tal vez reaccionara con una velocidad pasmosa para un hombre de su apariencia una vez que se produjo la primera detonación. El caso es que a los testigos ambas cosas les parecieron simultáneas, es decir, el disparo y la aparición de Portillo corriendo por la acera.

El expolicía tomó instintivamente el sentido contrario al que traía al llegar. Uno puede imaginar su carrera alocada, la mano metida en el bolsillo de la chaqueta cogiendo su pistola, intentando sacarla en el nudo de tela que se había formado con el movimiento mientras a su espalda oía la carrera del hombre que le había disparado y que lo perseguía, probablemente a muy poca distancia, dudando éste entre disparar a la carrera o detenerse para hacer blanco. Pero ese hombre no estaba solo. Bravo Portillo vio, llegando desde la conjunción de la Diagonal con la calle Córcega, a los dos individuos del tranvía, que, al verlo, empezaron a correr hacia él. Fue entonces cuando sonaron al menos cinco disparos. Provenían del primer perseguidor, de uno de los hombres del tranvía y también del arma del propio Portillo, que en esos momentos, cuando todos los curiosos corrían a refugiarse en portales y comercios, rodaba por el suelo, dejando en la acera sus primeros manchones de sangre, aunque, según todos los indicios posteriores, esa sangre vertida no era consecuencia de ninguno de los disparos sino del golpe recibido en la cara al intentar cambiar bruscamente la dirección de su carrera. Y así lo indica el hecho de que Bravo Portillo se levantase con rapidez y, después de un primer instante de desorientación, reemprendiese la carrera con la misma velocidad.

Abandonó la calle Córcega y entró en la de Santa Tecla, con los tres

perseguidores a muy corta distancia. Allí se volvió a oír una sarta de disparos, cuatro, seis, ocho. Desde un terrado, un albañil adolescente que seguía la escena excitado y atónito vio cómo Bravo Portillo se doblaba sobre sí mismo. Uno de los disparos le había alcanzado en la ingle derecha. Con una mano, según la versión del chico, se presionaba la herida, con la otra hizo varios disparos, quizás dos, quizás tres, contra sus perseguidores, que ya estaban a quince o veinte metros de distancia.

Portillo reunió fuerzas y, cojeando, trató de refugiarse en una carbonería, pero el destino quiso que el dueño hubiese enfermado la noche anterior y el portón estuviera cerrado. El antiguo policía no desmayó en su afán por salvar la vida y se parapetó detrás de un automóvil estacionado en la puerta de la carbonería. Desde allí disparó una o dos veces más. Se tumbó en el suelo. Con las manos ensangrentadas rebuscaba en sus bolsillos, probablemente munición para su arma. El dolor y la desesperación debían de ser fuertes, porque el experto policía, allí tumbado, había cometido un error básico. Mientras uno de los atacantes golpeaba ostensiblemente una puerta metálica para atraer su atención, por el lado contrario otro se tiró al suelo y disparó contra él por debajo del automóvil. Tres veces. Acertó una, y fue suficiente.

Los agresores desaparecieron de inmediato. La calle Santa Tecla quedó durante unos instantes sumida en silencio profundo. El joven albañil pudo oír, como si de una apacible mañana de domingo se tratara, el rodar lejano de los tranvías, el destartalado paso de una camioneta por la calle Córcega e incluso un nervioso revoloteo en un palomar vecino. Allá abajo, el menudo hombre de negro continuaba caído al lado del automóvil. Aunque ahora ya no rebuscaba nada en sus bolsillos. Tenía la cabeza ladeada y, ya olvidado del dolor en la ingle, hacía una especie de lentos y desbaratados movimientos gimnásticos con sus piernas, como si torpemente estuviese aprendiendo a nadar en aquel charco de sangre o tratase de pedalear en sueños.

Bravo Portillo fue llevado con un hilo de vida hasta la Casa de Socorro del Paseo de Gracia. Su estado era agónico y no consta que durante el trayecto, realizado en una camioneta de reparto de harina, dijese palabra alguna. Murió a los pocos minutos de llegar al centro médico, envuelto en polvo blanco y sin que los doctores de guardia pudieran hacer por él otra cosa que retirarle del rostro y del traje negro las manchas de harina más evidentes. Había llegado el fotógrafo y Portillo debía estar presentable.

Dos días después, *Mundo Gráfico* publicaba un reportaje con varias fotos de Bravo Portillo. Una de ellas era un retrato de un par de años atrás en el que el antiguo servidor del orden aparecía con ojos disparejos y su cara infantiloide, como un niño que se hubiese disfrazado de hombre mayor, con un bigote prusiano postizo y disimulando una calva lisa, también infantil, con una cortinilla de pelo negro.

El reportaje seguía con una foto de la fachada donde había vivido Portillo y en la que podía verse el letrero de La Dalia, el local ante cuyo escaparate el expolicía se había detenido al salir de su casa por última vez. Había una instantánea del portón de la carbonería de la calle Santa Tecla donde había encontrado la muerte. Un grupo de curiosos se esforzaba por sacar la cabeza y salir en la fotografía, en medio de la cual

aparecía el carbonero, sacado de la cama por el acontecimiento. En el suelo estaba marcado con una equis el lugar donde Bravo Portillo había quedado tumbado haciendo sus torpes prácticas de natación, buceando en la muerte podría decir un amante de la prosa fácil.

La foto que cerraba el reportaje y que le daba importancia al mismo se ocupaba ya del cadáver de Portillo. El policía aparece tumbado en una camilla, la cabeza echada hacia atrás, la escasa pelambre despeinada y el bigote desbaratado. Todo lleva el desaliño de la muerte. La pechera está manchada de sangre y la chaqueta revuelta. Los ojos cerrados, fingiendo que se hace el muerto. A su alrededor, como si se tratase de un equipo de fútbol macabro, posan cinco hombres más un sexto que queda desenfocado y casi fuera de campo. Tres son sanitarios, los otros dos guardias, uno de ellos con la gorra de plato puesta, el otro con cara de circunstancias y bigote con puntas engomadas, como al muerto le gustaba llevar el suyo. Entre los sanitarios podría decirse que hay división de opiniones. Uno de ellos, rubicundo y lozano, aparece jovial, mirando a la cámara, contento de haber estado allí para la ocasión. Otro, fino y con aire intelectual, mira el cadáver con los brazos cruzados y aire de trascendencia, enfrentado a los abismos del ser y la nada. El último, situado junto a la cabeza de Bravo Portillo, mira hacia abajo interesado, como si todavía esperase que el antiguo policía tuviera algo que decir o viese un extraño signo en las manchas de sangre de la camisa. Al pie de la composición, con gran profusión de comas, se nos informa que a Portillo no le pudieron «ser prestados los auxilios de la ciencia, por haber fallecido, al entrar en el benéfico establecimiento, a causa de dos disparos, que le hicieron traidoramente sus agresores».

La hoja con el retrato último de Portillo corrió por toda Barcelona. Se asegura que en algunos establecimientos y tabernas donde se reunía la flor violenta de los anarquistas fue usada en el retrete con fines higiénicos. Por salones de mejor alcurnia la estampa se recibió con condolencia y con rabia, en pocos sitios con pena. En ninguna parte con sensación de orfandad.

Las autoridades comprometidas con el Terrorismo Blanco y la patronal de esa cuerda recibieron la noticia como un duro revés, aunque no con desesperación. Bravo Portillo dejaba su organización bien estructurada, y también un heredero de la confianza de la patronal. El conocido barón de Koënning.

Venganzas, pactos, traiciones, congresos y revoluciones

La muerte de Bravo Portillo conmocionó Barcelona. La autoridad se movilizó de inmediato para detener a los asesinos. Los miembros de la patronal más intransigente se reunieron para resolver el modo en que solventaban la pérdida de su perro guardián. Su banda, de momento capitaneada por Antonio Soler el Mallorquín, se puso en pie de guerra, dispuesta a vengar la muerte de su jefe y proveedor de recursos.

Mientras la policía practicaba una serie de detenciones entre los grupos anarquistas y se enredaba ante una maraña de sospechosos, nombres falsos y pistas que indefectiblemente conducían a un callejón sin salida, los hombres de Bravo Portillo usaban los conductos establecidos por el expolicía. Tenían varios infiltrados en la CNT. Y fue uno de ellos quien le sopló a Soler los nombres de los asesinos.

Todo apunta a que en ese momento el Mallorquín se entrevistó con algún miembro de la patronal o con algún representante de la autoridad militar, porque Soler, reunido un par de días después con cuatro o cinco cabecillas de la banda, dejó claro que contaba con el respaldo de la autoridad. Nadie pensó que fuese mentira. La fanfarronería no era uno de los defectos del Mallorquín.

«Tenemos la autoridad con nosotros y eso es cosa para que estemos tranquilos y para hacer lo que tenemos que hacer».

«Tenemos la autoridad con nosotros», repitió varias veces a lo largo de aquella reunión, levantando su barbilla corta y su nariz larga. Era un hombre anguloso, callado, pero al que de pronto le gustaba remachar una y otra vez las mismas palabras. «Tenemos la autoridad con nosotros». Y, además de la autoridad, tenía un plan.

El infiltrado en el sindicato debía de ser alguien de cierta relevancia dentro del sector duro. Desconocemos su nombre, pero demostró su influencia al conseguir establecer una cita con los tres atacantes de Bravo Portillo.

No sabemos cuál fue la excusa bajo la que los tres hombres fueron citados por ese personaje, pero el hecho es que acudieron a un bar cercano al Paralelo. Los había convocado por la tarde, a la luz del día, para levantar la menor sospecha posible. Ese individuo desconocido por los cronistas le proporcionó a Antonio Soler razón cabal del lugar y la hora de la reunión. El personaje no acudió a la cita, los que habían matado a Portillo sí. Y Antonio Soler y tres miembros de su banda también.

De hecho, Soler y uno de los suyos llegaron casi treinta minutos antes de la hora. Se apostaron al fondo del bar, sentados a una mesa pequeña, en una zona no demasiado iluminada. Los otros dos se quedaron fuera, fumando en una esquina cercana. La idea era que bloquearan la puerta una vez que los asesinos de Portillo entrasen en el local y desde allí establecieran un fuego cruzado para acabar con ellos.

Ése era el plan.

Y empezó a cumplirse cuando, cuatro o cinco minutos antes de la hora convenida, apareció bajando la calle un tipo solitario. Gorra calada, andar ligero y la barbilla girando a un lado y a otro, oteando.

Entró en el establecimiento y fue a colocarse ante el mostrador. Parece ser que relativamente cerca de la puerta. Varias veces miró a Soler y a su acompañante, también a los cuatro o cinco parroquianos que a esa hora había por allí. Sin notar nada extraño. Pidió café.

No le dio tiempo a bebérselo. El camarero era lento, un hombre gordo con bigote ancho según queda descrito en un periódico, bigote de morsa imaginamos. Cuando ya había tomado un buche de aquella especie de cebada rancia aparecieron sus dos compañeros. Pero apenas cruzaron el umbral. Uno de ellos estaba saludando al bebedor de café cuando el otro hizo un movimiento brusco y saltó hacia atrás señalando hacia Soler y su compinche. Lo había reconocido. Gritó: «¡El Mallorquín!». Todo se dislocó.

Antonio Soler y su acompañante abrieron fuego. Uno de los anarquistas respondió de inmediato. Vidrios rotos, mesas volcadas, los parroquianos por el suelo. Los cinco hombres estaban armados, todos disparaban. Los anarquistas ya estaban en la calle y allí sonaron nuevas detonaciones. Los dos hombres que Soler había apostado en la esquina corrían hacia el bar y disparaban a su vez. Una camioneta recibió un impacto en su vidrio frontal, el conductor se tumbó en el asiento y la camioneta sin control fue a estrellarse contra una panadería. Los anarquistas huían. Se parapetaban en los portales, cubriéndose la retirada casi de un modo organizado. Soler y los suyos no dejaban de disparar. Los anarquistas tampoco. Los tres libertarios corrían Paralelo arriba, se perdían por las calles de Pueblo Seco, espantando a la gente a su paso. Eran ágiles, de eso no quedó duda. Lo último que se supo de ellos lo aportó un comerciante de la zona. Declaró haber visto a un hombre delgado, con gorra y lívido, que llevaba en una mano un revólver y en la otra un vaso vacío. Se palpaba el chaleco empapado de un líquido viscoso, pero al parecer no era sangre, sino café.

No hubo ningún muerto, y sólo uno de los hombres de Soler y dos clientas de la panadería contra la que fue a estrellarse la camioneta resultaron heridos, de forma leve. Pero la patronal, con media Barcelona revolucionada por el tiroteo, consideró la operación un desastre y a Soler, un magnífico subalterno, incapaz de liderar la banda.

Fue entonces cuando recurrieron al barón de Koënning. Fritz Stallmann, el falso barón, continuaba viviendo en Barcelona. Los principales miembros de la Banda de los Sesenta le eran conocidos gracias a su estrecha relación con Portillo.

Básicamente se propuso mantener la misma infraestructura y el mismo tipo de acciones llevadas a cabo por su antecesor. Consideraba que el sindicalismo y los movimientos obreros estaban debilitados y que había que actuar para impedir su recuperación. La patronal tenía la misma impresión, así que también tomó medidas

por su cuenta. Aunque, auspiciada por el Gobierno, se había creado una comisión mixta de trabajo para intentar sofocar el clima de violencia que reinaba en la calle y volver a la normalidad en las fábricas y las empresas, la patronal no dejó de reventar los posibles acuerdos.

El Noi del Sucre, al frente de la CNT en esa comisión mixta, lleva a cabo una meticulosa labor de encaje entre el sindicato, sus miembros más violentos, los moderados, los representantes de la patronal y los del Gobierno. Nadie le regala nada. Cuando en la segunda quincena de septiembre parece que se ha llegado a un acuerdo, la patronal se niega a firmarlo. Además, imitando a los obreros, se refuerzan como colectivo. En octubre hacen una demostración de fuerza. En el Palau de la Música celebran el segundo Congreso de la Federación Patronal Española. La zona se puebla de policías, automóviles relucientes y rostros satisfechos.

Un día después de que finalizara el encuentro, la red de empresarios de restaurantes y cafés de Barcelona inicia un *lock out*. Ante las protestas de obreros de otros sectores, la Federación Patronal decreta la ampliación de la medida y cierra otros centros de trabajo y algunas fábricas.

45 mil obreros se quedan a expensas de la patronal, sin ocupación, sin cobrar. Sus familias piden prestado, pasan hambre, malviven. Y algunos trabajadores miran a los organizadores de los movimientos obreros responsabilizándolos de su situación. «Nosotros, que podíamos vivir tan tranquilos, con nuestro trabajo», llegan a pintar en alguna fachada de sus locales. «Vosotros, que moriríais explotados, lamiendo la suela de quien os patea», responden los otros.

La patronal está decidida a seguir trabajando en la división de los obreros. Sin embargo, debe atender a las presiones gubernamentales, que necesitan apaciguar el foco de tensión perpetua en el que se ha convertido Barcelona y exigen que la comisión mixta alcance un acuerdo. El 12 de noviembre se consigue. Dos días después los obreros están convocados a ir a sus puestos de trabajo.

Al llegar a sus fábricas, obras y talleres les indican que deben ponerse en fila y entrar de uno en uno. Identificándose. Todos los que han tenido un protagonismo especial en el periodo de huelgas o han desempeñado funciones como delegados en las mismas son expulsados.

Un grupo de esos proscritos se dirige a la sede de la CNT. Están furiosos. Buscan al Noi del Sucre. Seguí se encuentra en esos momentos con Simó Piera en la sede del gobierno civil, reunido con representantes de la patronal, ultimando los cabos sueltos de la negociación.

El entonces gobernador, Julio Amado, recordaba tiempo después la escena. Debía de ser media mañana cuando un bedel entró en la sala de reuniones. Ante la mirada de todos se acercó a Seguí y le dijo algo al oído. Desde el otro lado de la puerta llegaban voces, casi un asomo de tumulto. El Noi del Sucre hizo un gesto para que lo excusaran, se puso de pie y tocó el brazo de Simó Piera, que lo siguió hasta la puerta.

Allí había una representación de los obreros recién despedidos. Indignados,

pusieron a Seguí y a Piera al corriente de lo ocurrido.

Simó Piera contó tiempo después cómo al Noi se le transformó la cara, «parecía que la quijada se le hubiera puesto blanda». Grande, ágil, con ademán violento, Seguí se dio la vuelta y mientras los obreros todavía continuaban profiriendo insultos, amenazas y reproches, entró en la sala que acababa de abandonar.

Los rostros se volvieron hacia él. El gobernador Amado describió aquello como un acto reprobable por parte de los representantes de la patronal y calificó de justa la cólera del Noi del Sucre, que, «al cabo, estaba defendiendo no solamente a unos pobres hombres y su pan, sino el acuerdo pactado, la legalidad».

El barullo de la antesala se evaporó ante las voces de Seguí. A gritos exigía a los patronos una explicación y una rectificación inmediata. Uno de ellos —según Piera fue Agustí; según el gobernador, Trías— se puso de pie, se acercó a Seguí y trató de calmarlo. Argumentó que los empresarios no podían arriesgarse a meter la revolución dentro de sus casas, que los elementos depurados eran una mínima parte, elegidos con todo el cuidado y con intención de disuadir a los demás de futuros conflictos que sólo podían acarrear perjuicios para todos, empezando por los obreros y los sindicatos.

Amado trató de mediar. Nadie quiso escucharlo. Su propuesta resultaba ofensiva para los sindicalistas. Para los patronos era «cháchara de vieja». Públicamente, el gobernador confesó días después su frustración por la actitud de los patronos. «No les niego el derecho a expulsar de sus casas a los elementos de perturbación, pero opino que debieron hacerlo más tarde o por otros procedimientos, no cuando los sindicalistas pedían la paz. Yo aconsejé a los patronos que enviasen a otras fábricas, cambiándolos de lugar, a los obreros que fuesen incompatibles en sus establecimientos y no se me hizo caso».

Ante el ultimátum de Seguí, apenas hubo respuesta. Unos miraban hacia las ventanas, otros sus zapatos. Agustí, o Trías, dijo: «No podemos hacer otra cosa más que lo que hacemos».

El Noi del Sucre tomó la única decisión digna que le dejaban, y con ello dio pie a la continuación de la guerra sucia. Siendo consciente de la encrucijada y la encerrona, aceptó el desafío:

«Como ustedes quieran. La CNT se retira definitivamente de la comisión. Las negociaciones se rompen».

Cuentan que, todavía dentro de la sede del gobierno civil, el grupo de sindicalistas salió escoltando a Seguí, lanzando amenazas contra la patronal y la burguesía. A favor de una nueva huelga y de la revolución igualitaria. A favor del paraíso que estaba a punto de llegar.

El falso barón de Koënning se desvivía por ganarse el favor de sus señores. Nada más disolverse la comisión mixta negociadora y volver la radicalización a las calles de Barcelona, Stallmann puso en marcha un plan que diese argumentos sólidos a las

autoridades para actuar contra la barbarie anarquista. Encargó el trabajo a su hombre de confianza, Antonio Soler el Mallorquín.

Soler, acompañado de dos miembros de la banda, colocó un artefacto explosivo en un lateral de la Capitanía General la noche del 24 de noviembre, una semana después del episodio de Seguí con los representantes de la patronal. No hubo muertos, sólo dos soldados —uno que se encontraba de guardia y otro que inexplicablemente andaba a esas horas en ropa interior por el patio, tal vez un sonámbulo o tal vez un visitante sexual— resultaron heridos, uno de ellos de gravedad, el sonámbulo. La guerra estaba declarada.

El Ejército no podía tolerar ese ataque. El general Milans del Bosch se sintió impelido a volver a las calles. Ese mismo día, veinticinco mil obreros de la construcción van a la huelga. Por su parte, la patronal, responde decretando un *lock out* mucho más severo que el anterior. Ahora van a ser 150 mil obreros los que se van a encontrar cerradas las puertas de sus puestos de trabajo. Y desde la patronal se hace saber que el cierre no concluirá hasta que se hayan terminado absolutamente todas las huelgas: rendición incondicional. Se crea un espeso caldo de cultivo propicio para sembrar la división y debilitar la causa obrera, fundamentalmente al sindicato anarquista, que se encuentra en vísperas de un histórico congreso en Madrid.

Ante la duración y gravedad del *lock out*, un grupo de dirigentes, entre los que se encuentran los jóvenes cachorros del anarquismo más violento, propone que ningún obrero abandone su puesto de trabajo aunque se le intente expulsar de las fábricas. Que empleen la fuerza para evitarlo. Eso, lo saben todos, es el comienzo de la revolución. Están dispuestos a llegar hasta el final. Sin embargo, mérito de Salvador Seguí y su incansable capacidad para negociar y hacer valer su ascendente, se imponen los partidarios de la defensa pasiva. Simó Piera se encarga de difundir en aquellos días un manifiesto en el que insta a los obreros a resistir serena y pacíficamente.

En la Federación Patronal, ocurre lo contrario. Se imponen los sectores más radicales que coaccionan a los empresarios menos duros o a los que se niegan a ingresar en la Federación. Sancionan, obstruyen o, como ocurre con la Fundición Girona, contraria a secundar el *lock out*, la obligan a paralizar su trabajo al cortarle el suministro de carbón.

El ministro de Gobernación, Manuel de Burgos y Mazo, recibe en Madrid a una representación de los empresarios barceloneses. El Gobierno necesita que la situación se normalice y el ministro hace un esfuerzo para alcanzar acuerdos mínimos. Pero los empresarios se mantienen firmes y exigen al Gobierno medidas extraordinarias de fuerza que Burgos y Mazo no está dispuesto a respaldar. El ministro, oyendo a aquellos hombres, se da cuenta de la inutilidad de las reuniones y de lo cerca del abismo que se encuentran su ministerio y la totalidad del Gobierno.

Pocos meses después, cuando, efectivamente, el Gobierno ha caído, Burgos y Mazo escribe en sus memorias: «Hay que decirlo con toda claridad, sin temor alguno,

como debido tributo a la verdad: la clase patronal y otros elementos directivos de Barcelona son los principales culpables de ese estado social que allí existe hoy, sin que osemos defender tampoco la absoluta inocencia de los Gobiernos».

Sobre las reuniones con los miembros de la Patronal, cuenta: «¡Lo que tuve que oír en aquel salón del Ministerio! ¡La paciencia que necesité para resistir a pie firme, sin inmutarme visiblemente ante aquel diluvio de impertinencias, de desconsideración, de faltas de respeto, de amenazas, de desplantes sediciosos, de groserías que se descargaban sobre mí! Allí oí decir un día y otro día a esos hombres de orden que no obedecerían los decretos del Gobierno, que se resistirían a cumplirlos, empleando incluso la violencia».

La Federación Patronal jugaba a fondo sus bazas. La CNT iba a celebrar en Madrid un congreso trascendente para su futuro, sí, pero el mismo día y prácticamente a la misma hora en que daba inicio ese congreso, en el número 32 de la calle Tapicería, en Barcelona, se fundaba la Corporación Nacional de Trabajadores-Unión de Sindicatos Libres de España. El número 32 de la calle Tapicería correspondía a una sociedad obrera de ideología carlista.

El líder de la nueva organización, que inmediatamente va a ser conocida como los Sindicatos Libres, o sencillamente el Libre, es Ramon Sales, un leridano que al acabar la Primera Guerra Mundial había ingresado en la CNT. Apenas unos meses después, abandona el sindicato y entabla una relación estrecha con los carlistas Pedro Roma, Miquel Junyent y Salvador Anglada, que a su vez tienen conexiones con los dominicos, muy cercanos a las clases trabajadoras con convicciones católicas. Juntos deciden la fundación del nuevo sindicato, que hará frente a la CNT y que, a pesar de declarar una y otra vez que no son ni serán un juguete de la Federación Patronal, a lo largo de sus primeros años va a ser promocionado por los empresarios con el fin de dividir a la clase obrera. Un problema más para la nueva directiva del sindicato anarquista que surgirá del congreso de Madrid.

La CNT de Barcelona, a pesar de los momentos de máxima tensión que estaban viviendo en la ciudad, acudió al congreso con sus figuras más representativas. Los catalanes eran casi el sesenta por ciento de los más de setecientos mil afiliados que el sindicato tenía en ese momento.

Salvador Seguí encabezaba la delegación barcelonesa. Tres iban a ser los puntos principales que iba a abordar el congreso. El primero se refería a la propia estructura interna de la organización, el segundo a una posible alianza con la UGT y, por último, el tipo de relaciones que debían establecer con la revolución bolchevique rusa.

En el primer apartado, como defienden Seguí y su grupo, se adopta la fórmula del sindicato único que de modo tan eficaz estaba funcionando en Cataluña y que daba por finalizada la fórmula de las federaciones de oficios. En cuanto a la alianza con la UGT no prosperó. De nada sirvieron los esfuerzos del Noi del Sucre ni los apoyos que en ese sentido recibió de Ángel Pestaña y de Eusebio Quintanilla, un pedagogo con carrera ascendente dentro del anarquismo.

La relación entre ambas organizaciones había quedado debilitada después del fracaso revolucionario del 17. El sindicato socialista observaba con recelo la expansión de los anarcosindicalistas, que ya invadían su territorio. Ni siquiera envió un representante al congreso. Con esa actitud, la UGT dio aliento a los cenetistas partidarios del alejamiento.

La Revolución Rusa, aquel misterio del que llegaban noticias contradictorias y que despertaba entusiasmos y recelos igualmente desproporcionados, fue objeto de un debate intenso. La actitud que la Confederación iba a tomar con respecto a la Tercera Internacional comunista celebrada meses atrás produjo un sonoro enfrentamiento entre dos bloques. Mientras que el sector encabezado por Hilari Arlandis, futuro comunista, Eusebi Carbó, entusiasta del comunismo libertario, y Andreu Nin, futuro líder del POUM, defendía la adhesión a esa Tercera Internacional, el otro frente, defendido en sendos discursos por Eusebio Quintanilla y por el propio Salvador Seguí, rechazaba esa adhesión que los alejaba del sindicalismo y de la ya lejana Primera Internacional alentada por Bakunin.

La fuerza de Seguí consiguió dar la vuelta a lo que parecía un inevitable acercamiento al campo gravitatorio del comunismo. La CNT declaró su apoyo a la Tercera Internacional, sí, pero de un modo meramente diplomático y provisional, porque se acordó que el sindicato enviaría una delegación a Moscú y que en función de su informe se llegaría a una conclusión definitiva.

Después de barajar muchos nombres, los ojos se pusieron en Ángel Pestaña y en Eusebi Carbó. Ellos deberían decidir si la CNT estaba con la resplandeciente Revolución Rusa o no.

Tardaron bastante tiempo en emprender el viaje, o mejor dicho, en que Pestaña lo emprendiera, porque Carbó fue detenido poco antes de subir al tren. Pestaña, alertado por Seguí, emprendió entonces el viaje, o la fuga, sin perder un minuto. Como ya era habitual en él, Ángel Pestaña cruzó la frontera sin pasaporte, y sin pasaporte llegó a París. Allí, compañeros anarquistas le facilitaron uno, desconozco bajo qué nombre, y con él pasó en tren a Alemania. Desde Berlín, vía Estonia, acabó finalmente en las puertas del II Congreso de la Tercera Internacional, en Moscú.

Pestaña en Rusia. Una entrevista

Una vez en Moscú, Pestaña empieza, según sus propias palabras, a llenarse de estupor. Los procedimientos antidemocráticos de los dirigentes soviéticos para manipular y someter a su voluntad las decisiones de los delegados lo dejan perplejo, anonadado. Se concede la palabra, o no, dependiendo de quién la pide. Y dependiendo de quién habla se le otorga un tiempo u otro.

Ángel Pestaña, habituado a los debates libres y un tanto espontáneos de su organización, no da crédito a lo que está presenciando. Él, que pertenecía al grupo de los que pensaban que en Rusia la clase obrera había dado su primer gran paso hacia la liberación, no puede menos que recordar con amargura las palabras de recelo con que Salvador Seguí lo había despedido al iniciar el viaje.

Sin embargo, Pestaña, hijo de tantos reveses, no se resigna a rumiar la bilis. Finalmente, consigue de la mesa del Congreso que le concedan diez minutos, cronometrados, para intervenir. Podríamos decir que el suyo es un discurso que roza lo estrambótico. De entrada, desautorizó al Partido Comunista ruso y trató de quitarle el protagonismo supremo de la revolución. Los traductores balbucean, alguno incluso quiere suavizar los bordes más afilados de sus palabras. Seco, alto y funerario, nariz cubista, corbata de luto, Pestaña, todo entereza, afirma:

«La revolución, según mi criterio, camaradas delegados, no es, no puede ser, la obra de un partido. Un partido no hace una revolución. Un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado, y un golpe de Estado no es una revolución».

Y así continuó, caminando por la cuerda floja aquel equilibrista cada vez más asombroso y entero:

«Decirnos que sin el Partido Comunista no puede hacerse la revolución, como aquí se está oyendo hasta el empalago, y decirnos que sin el Ejército Rojo no pueden conservarse sus conquistas, y que sin la conquista del poder no hay emancipación posible, y que sin la dictadura no se destruye a la burguesía, es hacer afirmaciones cuyas pruebas nadie puede aportar».

Pestaña alzaba su nariz escalena para mirar el reloj que pendía como una guillotina entre dos arcos de la sala y volvía a la madeja:

«Si serenamente examinamos lo sucedido en Rusia, no hallaremos en tales afirmaciones ninguna confirmación, por mucho que el cuento se repita. Vosotros no hicisteis solos la revolución en Rusia. Cooperasteis a que se hiciera y fuisteis muy afortunados al lograr el poder. Nada más, compañeros».

No puede decirse que hubiese muchos aplausos cuando Pestaña finalizó de hablar y se quedó flotando en la tribuna como un muñeco severo. El silencio, aunque duró poco, fue sepulcral. Y duró poco porque de inmediato, una vez desalojado el español del estrado, un alto personaje salió a ocupar su lugar y a rebatir, palabra por palabra, punto por punto y coma por coma, sus palabras. El personaje se tomó cuarenta y cinco minutos para destruir el discurso del anarquista español y se llamaba Trotski.

La mañana siguiente fue Grigori Zinóviev, el poderoso miembro del Politburó, quien tomó aproximadamente el mismo tiempo que Trotski y los mismos argumentos para rebatir a Ángel Pestaña.

El enviado de la CNT intentó que le concedieran la palabra en algún otro foro. No fue posible. Allí no se estaba para discutir, sino para acatar y aprobar.

Pestaña era consciente de estar asistiendo al nacimiento de algo completamente nuevo. Sabía que por primera vez en la historia del hombre «una nación entera se sacudía el dominio de instituciones y castas históricas y se disponía a organizarse de abajo arriba. Por primera vez también los obreros tomaban el mando o al menos despojaban de él a quienes lo habían usufructuado sin limitaciones». Pero también sabía que aquella revolución «no era ni podía ser la que nosotros preconizábamos».

Años después escribió que no podía aceptar la dictadura de una élite ni «su dogmatismo intransigente y cerrado, su desprecio por la libertad del individuo y el sacrificio de la persona a la divinidad todopoderosa del Estado».

Y, todavía bastantes años más tarde, le contaría a un joven y despierto Ángel María de Lera —futuro novelista, futuro biógrafo de tapas rojas de Pestaña— aquel viaje histórico, azaroso y disparatado que lo llevó al corazón de la Revolución Rusa.

El Pestaña que hablaba con Lera en vísperas de las elecciones de 1936 era un hombre maduro, con los ojos ya un poco borrosos, sin aquella intensidad de carbón que habían tenido en su juventud y primera madurez. Ancho, más forrado que vestido con un traje de paño oscuro, con su eterno chaleco y corbata negra, lejos del escuálido adolescente que no paró de cruzar el país en busca de trabajo y justicia. Rozando la cincuentena pero ya envejecido, a poco más de un año de distancia de su muerte.

Desengañado de tantas cosas y ya siendo líder del Partido Sindicalista, en vísperas de sumarse al Frente Popular para aquellas elecciones del 36 en las que saldría elegido diputado. Revolucionario todavía, o casi, aunque con la CNT dejada atrás. «Como seguramente la habría dejado Seguí. De haber vivido. Y estaría ahora aquí, en este partido político, o en otro que él hubiera creado, o a saber si con su amigo de siempre, Companys, en la Esquerra Republicana».

En aquel encuentro entre Pestaña y Ángel María de Lera, uno de los muchos que tuvieron, Lera entrevistó a Pestaña sobre aquel viaje que definiría, al menos por un tiempo, la postura de la CNT con respecto a la Revolución Soviética.

Estaban sentados en los bajos de un edificio, un local vasto y destartalado que le habían cedido al Partido Sindicalista por aquellos días. Había una mesa en mitad de la estancia, sin sillas ni nada que sirviera de acomodo a su alrededor, una lámpara de pie al fondo y dos viejos sillones de cuero en los que estaban sentados.

El veterano sindicalista recordaba para el incipiente escritor las interminables deliberaciones de aquel Congreso, el galimatías maratoniano, extenuante y finalmente absurdo:

«Si hubieras visto de qué manera se llevaban las deliberaciones… Las sesiones se

prolongaban hasta el agotamiento físico de los congresistas. Se hablaba y se hablaba sin cesar, pero era como si hablaras a sordos o predicaras en desierto, porque nadie entendía, y había que recurrir a las traducciones, que eran lentas y confusas, muy confusas», miraba Pestaña la mesa, su dedo índice dibujando el borde, como si estuviera recordando un sueño.

«Y cuando mayores eran el cansancio y el aburrimiento, hacía su aparición en la asamblea alguno de los gerifaltes, así, con sus maneras, te puedes imaginar, ¿verdad? Bueno, pues ocupaba la tribuna y durante una hora o más se ponía a lanzar una catarata de palabras que no sabías lo que significaban hasta mucho después, por las traducciones, cuando el tema se daba por suficientemente discutido y ya se había pasado a otro».

Le pregunta Lera, con sus veinticuatro años y su frente de frontón resplandeciendo sobre sus ojos vivos, quiénes eran esos gerifaltes. Y Pestaña responde calmoso:

«¿Los gerifaltes? Eran Zinóviev, Radeck, Trotski y el mismo Lenin. Trotski era como una tormenta, Lenin como una maza…».

«¿Y es verdad que se os pedía a todos los delegados extranjeros que respondieseis a un cuestionario por escrito y que una de las preguntas era qué opinabais de Lenin?».

«Eso es, sí».

Según Lera, Pestaña se quedó mirando fijamente las costuras del brazo de su sillón, como cuando miraba el mecanismo de los relojes, antes de repetir:

«Eso es. Una opinión sobre Vladimiro Ilich Lenin».

Y según el futuro novelista, Pestaña continuó con la vista fija en cualquier menudencia del asiento, sin que la castellanización del nombre de pila del líder soviético tuviese el más mínimo asomo de ironía.

«Y es cuando escribiste aquello», intenta animarlo Lera.

«Eso es».

«Dos palabras. Nada más».

«Dos palabras. Y una coma».

«Autoritario, absorbente. Eso pusiste».

«Eso mismo. Lo que pensaba».

«Mucho valor, ¿no, Ángel?».

«Lo que pensaba, nada más».

Humildad forrada de hierro, orgullo forrado de humildad, como la de aquellos hombres que en la infancia había visto bajando a las minas, sencillos y sin embargo aficionados a la grandilocuencia, o por lo menos al tufo de la leyenda:

«Y por eso me hizo llamar. Ya ves tú. Fui uno de los pocos delegados extranjeros a quien Lenin quiso conocer —se encogió de hombros el viejo luchador, casi sonrió—, allí, en aquellos salones por los que parecía que todavía respiraba el zar, con las paredes con aquel merengue del rococó, Ángel, para que lo hubieras visto. Aquello es para que tú lo hubieras visto y lo hubieras escrito, lo mismo que tantas otras cosas

que vi».

«Estuvisteis hablando, Lenin y tú».

«Por medio de un traductor, sí. Eso ya en una sala más recogida, con menos apariencia».

«¿Y por qué camino fue la conversación?».

«No, más que una conversación, fue otra cosa. Lenin me estuvo escuchando. No se puede decir que fuese una conversación porque estuvo atento a lo que yo decía, pero muy reservado».

«Hermético».

«Más que hermético, inescrutable. Y eso porque yo hacía hincapié en asuntos como la libertad individual y la democracia de abajo arriba, que eran cuestiones que quedaban al margen del plan que aquel hombre se había trazado para su revolución. Claro, hay que fijarse en que era el sucesor de Pedro el Grande y jefe de un imperio muy desigual que se extendía por dos continentes… lo que yo le decía podía parecerle un asunto de importancia menor. ¿Por qué ese empeño en hablar tanto de libertad? Pero no era un asunto menor».

«Lo tuyo eran las objeciones líricas de un soñador, así lo vería desde su posición».

«Dentro de su mentalidad pensaba que qué podía esperarse del libre albedrío de unos millones de mujiks, esos campesinos de Tolstói, analfabetos, siervos de la gleba hasta ayer. Era todo tan difícil —Pestaña hace un gesto de desconsuelo, suspira—, es todo tan difícil».

«Lo continúa siendo», el escritor alza la barbilla en un gesto de interrogación.

Pestaña afirma, concentrado, sin parecer escuchar a su interlocutor, que vuelve a hablarle:

«Y lo continuará siendo».

«Para eso estamos aquí. Para que sea menos difícil, a los que vengan, a los hijos de los hijos de todos los pueblos, pero aquello, ya sabes lo que le dijo a Fernando de los Ríos que fue con la misma cuestión que yo, ¿no? Como si fuésemos puritanos».

«Sí. Libertad ¿para qué?».

«Para qué. Ese hombre, Lenin, tenía que aprovechar todos los materiales a su alcance, fueran cuales fueran su origen y calidad, para su obra. No le importaban los medios, sino el fin. Pero yo estaba allí para defender que todos los individuos debíamos tener los mismos derechos y obligaciones y que la libertad de cada uno es sagrada. Yo estaba allí para eso, para dar la opinión de mi organización y conocer la suya, la de ellos».

«En las cosas pequeñas tampoco te quedaste callado. Lo digo por lo de los zapatos y todo aquello».

«Eran cosas pequeñas pero que señalaban otras grandes. Yo había visto cómo en el hotel los delegados suyos, gente importante y con mentalidad burguesa, dejaban los zapatos en la puerta de su habitación, para que se los lustrasen los trabajadores del

hotel…».

«¿Le dijiste eso a Lenin?».

«Sí».

«¿Y qué te respondió?».

«Nada. Me miraba. Le dije eso como le podía haber dicho otras cosas. El vodka que pedían y cómo lo hacían, tratando a los trabajadores como a criados, o el dinero que vi ir de una mano a otra, bajo cuerda. Cosas que yo preferiría no haber visto, porque emprendí aquel viaje con una esperanza muy grande. Y vi que allí se estaban haciendo cosas muy importantes, pero también vi que eso no tenía nada que ver con nosotros, con nuestra CNT, y así lo transmití. Ya desde allí dejé caer algo».

«Cosas que no sentaron bien en un sector del sindicato».

«Y cómo iban a sentar si esos a los que te refieres eran filocomunistas, aunque entonces estuviesen con nosotros, militando y aún con puestos muy importantes en la CNT».

«Gente como Arlandis, Nin…».

«Sí, eran comunistas. Arlandis ya en el año 21 o en el 22 dejó la CNT para ingresar en el Partido Comunista Obrero Español, aquel partido paralelo al PCE. Y los otros, Andreu Nin, ahí lo tienes fundando un partido comunista como el POUM, igual que Joaquín Maurín, que a algunos ya se les ha olvidado que fue secretario general de la CNT entonces, a primeros de los años veinte. Fíjate, allí empezó a extenderse parte del veneno, antes de la FAI y lo que vino después. Ahí empezaron a haber problemas serios entre nosotros».

«Pero, volviendo a Rusia…».

«Volviendo a Rusia, pues, ellos, los filocomunistas que teníamos entre nosotros, dieron un vuelco en un pleno que se celebró en Lérida, por sorpresa, y decidieron enviar una nueva delegación a Rusia. No estaban conformes con lo que yo dijera, claro».

«Dejaste Rusia con un sabor amargo».

«No tanto. Eso de amargo es quizás mucho, porque allí estaba jugándose el futuro de la clase obrera y había aciertos también. Una sensación contradictoria, eso sí que tuve. Pero de inmediato, bueno, después de algún tumbo, ya estaba en lo mío, en lo nuestro».

«En Moscú te ofrecieron dinero para hacer el viaje de vuelta».

«Sí, pero lo rechacé, con amabilidad, pero lo rechacé».

«Lo daban a todos los delegados, era legal».

«Todo lo legal que fuera. Pero hay cosas por encima de lo legal o de lo no legal. Los únicos que lo rechazamos fuimos dos españoles. Fernando de los Ríos y yo mismo».

«Es curioso».

Ángel Pestaña, asiente, pero piensa en otra cosa. La luz de la habitación va menguando. Está cansado. La República bulle, los antiguos adversarios vuelven a

unirse bajo el amparo del Frente Popular. Cualquiera diría que el tren de la vida, lejos de ir calmándose, a cada paso cobra más velocidad. No hay tregua o al menos no la ha conocido nunca ese viejo luchador. Un brillo, sin embargo, ilumina sus ojos fatigados, su nariz es mortuoria, su voz un poco pastosa al recordar:

«Hice el viaje de vuelta por Italia. Llegué a Milán, y allí me detuvo la policía italiana. Me quitaron todos los documentos que llevaba. De la cárcel de Milán me llevaron a la de Génova. En todas partes lo mismo. Porque al llegar a Barcelona, como estaban las cosas, me volvieron a detener».

«Un regreso a casa malo y un recibimiento igual de malo».

Se encoge de hombros Pestaña, porque ni piensa en aquello ni en su momento le dio demasiada importancia:

«Sí, pero en todo el trayecto, en todo el viaje, y en esos días de cárcel en Italia había una idea que me venía y que no paraba de rondarme la cabeza».

El brillo de la pupila aumenta, Pestaña, afirma:

«Me acordaba de Seguí. Me acordaba de sus palabras, lo que había dicho en nuestro congreso, cuando todos, el noventa por ciento, estábamos deslumbrados por el paraíso rojo».

«Y él no».

Un silencio. Ángel María de Lera observa a aquel hombre pensativo, que suspira fuerte, con una ligera negación de cabeza.

«No, él no. Él, en eso, vio más lejos de lo que otros veían. O veíamos».

«No se dejó deslumbrar».

«No sólo eso. Lo argumentó, y dio razones en un discurso que luego tendrían que haber repartido a cada uno de nuestros afiliados. Aunque habría dado lo mismo. Cada cual ve lo que está predispuesto a ver y nada más».

«Atacó a la Revolución Rusa».

Hace una mueca Pestaña, de confusión. Tose, busca un orden en lo que quiere decir.

«Más que atacar, defendió. Defendió el sindicalismo. Dijo que todo el desbarajuste que había ocurrido en Rusia era consecuencia de no tener un sindicalismo que controlase la producción, la distribución y el intercambio de productos entre la ciudad y los campesinos. Las posibilidades de cualquier revolución, vino a decir casi con estas palabras que te digo, pasan necesariamente por una masa de trabajadores organizada en sindicatos de estructura industrial y económica. Y al final, con aquella voz suya y esa pose que al principio tanto me chocaba, dijo que encomendar eso a partidos políticos como el ruso equivalía a encerrarse en el círculo vicioso de la dictadura, por mucho que la quisieran disfrazar añadiéndole el adjetivo de proletaria».

«Tuvo algo de clarividencia. Lo vio desde muy lejos, en el tiempo y en la geografía».

«Sí, pero, fíjate, lo mejor, lo que me rondaba en todo el viaje, era una frase más

sencilla, algo que dijo en medio del discurso como si nada: No basta soñar con revoluciones. Qué te parece. Cuánta razón tenía. Cuánta verdad en tan pocas palabras».

Pestaña hace un gesto afirmativo, leve, después de pronunciar las últimas palabras aquella tarde, que tal vez fuese ya noche, en aquel salón casi tan destartalado como un hangar.

Transición

Después del congreso madrileño y antes del viaje de Ángel Pestaña a Rusia, las noticias truculentas, las huelgas, los *lock out*, los atentados y las detenciones no dejaron de sucederse en Barcelona. Comenzaron los locos, y sangrientos, años veinte. Aquel carrusel. Y aunque la intensidad del conflicto general entre patronos y obreros, entre justicieros y déspotas, continuó subiendo en intensidad, una vez desaparecido Bravo Portillo puede decirse que hubo un periodo de transición en el que se buscaron nuevas fórmulas de ataque y defensa, pues aunque el heredero de la banda estaba designado y su segundo, el depravado Soler el Mallorquín, de momento continuó haciendo las funciones de un perfecto subalterno sin escrúpulos, la Banda de los Sesenta no llegó a tener las penosas excelencias que había alcanzado bajo la batuta del expolicía Portillo.

En noviembre de 1919, Salvador Seguí sufre su primer atentado. Sale, milagrosamente, ileso. La patronal ha empezado a temer más a aquel hombre, capaz de movilizar con su verborrea a miles de trabajadores, que a las pistolas de sus compañeros.

Poco después de un mes Seguí es víctima de un segundo atentado. Con la ciudad bajo un nuevo *lock out* de la patronal, Barcelona va a tener un día especialmente movido. Es el 4 de enero de 1920.

A primera hora de la mañana, un elemento muy dinámico y violento del anarquismo, Medí Martí, y dos compinches suyos visitan a Joan Serra, sospechoso de haber sido uno de los asesinos del Tero. En esa época, Serra ya actúa como pistolero oficial, si eso puede decirse, del Sindicato Libre. Lo dejan gravemente herido.

Esa misma tarde, atacan a Salvador Seguí. Esta vez será en la calle de Mendizábal. La patronal, por medio del barón de Koënning, le ha encargado el trabajo a un tipo oscuro llamado Blas Marín Pérez, perteneciente a uno de los grupos más violentos del Sindicato Libre. Blas Marín, acompañado de otro individuo del que desconocemos el nombre, sigue a distancia a Seguí, que se dirige al café Español. En un momento en el que la calle parece algo más animada, Marín y su acompañante aceleran el paso para aproximarse a Seguí, casi corren. Se precipitan. Fallan, los tiros revientan una vitrina, se incrustan en la pared. El propio Seguí repele el ataque disparando contra sus agresores, que huyen por las calles del Raval entre gritos de los transeúntes y nuevos disparos. Los enviados del barón han fallado otra vez, aunque en esta ocasión el tiroteo ha sido tan aparatoso que dan al Noi del Sucre por muerto. Se corre la voz. En el café Español, donde se le esperaba, reina una profunda consternación y ya hay quien está jurando vengar su muerte cuando Seguí, sonriente, irrumpe en el establecimiento. Sólo la chaqueta manchada de cal y un leve corte en la oreja dan fe del ataque sufrido.

Al día siguiente, vísperas de los Reyes Magos, cuando el centro de Barcelona está rebosante de gente, se produce una réplica. Hay quien asegura que se trató de la

respuesta al ataque contra el Noi del Sucre, otros niegan esa relación directa.

El hecho incuestionable es que en la tarde del día 5, Félix Graupera, presidente de la Federación Patronal, atravesaba la ciudad en el asiento trasero de su automóvil, un impecable Ford T negro. A su lado viajaba un importante directivo de la Federación, Ernesto Batlle. Con ellos, a modo de escolta, van dos policías. Uno de ellos hace de conductor. Graupera, de mediana edad, diserta sobre el futuro empresarial cuando en un cruce que emboca la Vía Layetana el automóvil está obligado a aminorar la velocidad y un hombre ataviado con un aparatoso gabán de color pajizo surge de entre los transeúntes que inundan la acera y se coloca delante del coche obligándolo a detenerse. El individuo parece atolondrado, tal vez borracho, y mira nerviosamente hacia un portal vecino. No se aparta a pesar de que el policía conductor lo amenaza y, justo cuando parece que está a punto de obedecer, salen del portal dos figuras disparando contra los ocupantes del coche. También el presunto borracho ha sacado un revólver de su gabán y dispara entre los gritos y la estampida de los viandantes. El Ford T da brincos, parece que va a reanudar la marcha pero lo único que consigue es avanzar unos cuantos metros y detenerse mansamente ante el escaparate de una tienda de encurtidos. Humea el motor ronco y a su alrededor hay derramado un charco de cristales y salpicaduras de sangre. Los pistoleros huyen. A su paso alguien oye la recriminación del hombre del gabán a sus compañeros, Nen, me pensé que no salíais nunca. Dentro del automóvil queda muerto el policía, Ricardo San Germán, que viajaba al lado del conductor, éste, a su vez, se encuentra grave. En el asiento trasero, Batlle tiene dos heridas de bala y ha perdido el conocimiento, pero no morirá. Por su parte, el objeto principal del atentado, Félix Graupera, presidente de la Federación Patronal, también ha recibido un tiro en una pierna, a pesar de lo cual, intenta abrir con una torpe urgencia la portezuela del coche y bajar de él, temiendo, confesará más tarde, que los asesinos vuelvan para rematarlo. No será así. O, si lo vemos de un modo más amplio, tal vez podría decirse que sí, que volvieron por él, pero tendrían que pasar más de dieciséis años hasta que, en el verano de 1936, ya con la Guerra Civil comenzada, un grupo de anarquistas se presentase en su casa veraniega de Arenys de Munt y se lo llevara con ellos, desatendiendo los ruegos y lloriqueos de su esposa. El cadáver de Graupera aparecería dos días después en un lugar conocido como el Torrembó de Arenys de Munt, con un disparo en la cabeza. Pero eso será, ya digo, mucho tiempo y mucha sangre después.

El 6 de enero de 1920 los Reyes Magos regalan a la ciudad de Barcelona una nueva ocupación militar, obra del sempiterno Milans del Bosch. En los primeros días del despliegue militar la violencia se rebaja y la patronal abre las puertas de sus fábricas y empresas dando por finalizado el *lock out*. Pero la calma no reinará mucho tiempo. Algunos de los obreros que han retomado el trabajo se sienten como ovejas devueltas al redil y entre ellos hay quienes se mueren, a veces literalmente, por demostrar todo lo contrario. En ese tiempo, entre los anarquistas empieza a tener presencia un grupo conocido como la Banda de Ródenas. Gente radical y con más

vocación de lobo que de cordero.

Así que, apenas un par de semanas después de recuperada esa aparente normalidad, un empresario francés instalado en Barcelona y amigo personal de Graupera, Theodore Gennis, es asesinado a puñaladas en la puerta de su casa. Sus asesinos son capturados al mismo tiempo que se desmantela un atentado que pretende dinamitar el tren en el que viaja Francisco Maestre Laborde, conde de Salvatierra y nuevo gobernador civil de Barcelona, quien, desde su toma de posesión, se ha revelado como un enemigo feroz de las organizaciones obreras. Por su parte, los asesinos de Gennis son condenados a muerte y ejecutados a garrote vil.

Vemos que el toma y daca es continuo. Y en medio de él sigue actuando un barón de Koënning, que va imponiendo nuevas reglas y deja de seguir las rígidas pautas de Bravo Portillo. Quizás su primer gran error es desplazar del primer plano a Antonio Soler e ir depositando su confianza en un personaje más ambiguo y menos rotundo que el Mallorquín, un tal Bernat Armengol. Soler era un producto de las alcantarillas más profundas y un gran conocedor de su oficio, el de criminal. Armengol, por el contrario, provenía de la clase obrera y de la propia CNT, de la que había sido militante y desde donde había servido como confidente a Bravo Portillo. No deja de ser un sutil correveidile, un chivato bien informado, casi tan codicioso como su patrón Koënning, aunque una cadena mantenga siempre su cuello unido al fango. Coquetea con el Sindicato Libre y ofrece sus servicios a sus dirigentes, que no dudan en contratarlo.

«Manejo la pistola y la labia», le dice en un momento de euforia al falso barón. El barón seguramente asiente y sonríe, porque él con quien coquetea es con la esposa del ufano Armengol, una mujer rubia y tímida, aunque de mirada cenagosa.

Hay distintos testimonios que apuestan por el adulterio, lo cual da completo sentido a algunas de las cosas que sucedieron un poco más adelante, ya con Armengol y el propio barón en declive. Pero, entonces, a comienzos de 1920, se encuentran en la cima de su negocio. Y quieren subir más alto. Koënning acumular dinero y mantener el ritmo de vida de sus dos mujeres oficiales, Armengol elevarse definitivamente sobre el mundo estrecho en el que nació y emular a su patrón en lujos y vida disoluta. Se ha mudado de casa, su mujer duerme entre sábanas de hilo y deposita sus, al parecer, sensuales glúteos en un sofá de terciopelo rojo, a veces compartidos, sábanas y sofá, con el prolífico Koënning.

En su afán de superación, el barón idea un plan. Desde sus tiempos de militante, Bernat Armengol conserva numeroso papel con el membrete de la CNT. Deciden darle uso. En nombre del sindicato anarquista envían cartas amenazantes a distintos empresarios con el fin de ser más solicitados aún, de subir sus emolumentos y dar entrada a nuevos miembros en su banda, de cuyos trabajos, Koënning, y también Armengol, cobran comisión. Para ser todavía más convincentes, montan un servicio de acoso a los empresarios amenazados. Éstos, al salir de sus casas o de sus empresas, ven a un par de individuos que los observan con poco disimulo, en el

bolsillo de los gabanes evidencian un bulto que no puede ser otra cosa que una pistola. En varias ocasiones, los figurantes llegan a disparar contra los empresarios, fallando, lógicamente, siempre. Pero siempre obteniendo un beneficio inmediato.

El ambicioso Koënning no se detiene ahí. En esa época ya tiene gran influencia dentro de la policía de Barcelona un personaje que resultará siniestro y del que pronto tendremos amplias noticias, Miguel Arlegui Bayonés. Un militar recientemente incorporado a la guardia civil. Koënning también trabaja para él, y también quiere involucrarlo en una fantasmal confabulación de anarquistas que supuestamente amenazan algunos de los enclaves estratégicos de la ciudad. El barón reclama fondos a Arlegui para acabar con ese supuesto grupo peligroso. El falso barón empieza a introducirse en un terreno pantanoso y finalmente, cuando da el paso definitivo, las tierras movedizas lo engullen.

Armengol, su mano derecha, ha encontrado al barón al llegar a su casa en un par de ocasiones. Calmoso, rubicundo. La primera vez, el barón y la mujer de Armengol están sentados en el sofá, cada uno en una esquina del mismo. La mujer muestra menos tranquilidad que el barón. El segundo día, Koënning está de pie en medio del salón, tan flemático como la primera vez aunque con la chaqueta mal encajada y el corbatín torcido. La mujer podría decirse que se mostró, digámoslo con un adjetivo de la época, azorada. Azorada, confusa, sin saber dónde colocar las manos ni la vista, así estaba la señora Armengol cuando surgió del pasillo que comunicaba con las dependencias más lejanas de la casa, aquellas donde estaba el dormitorio conyugal. Con todo ello podemos especular. Lo que queda claro es que el falso barón de Koënning se sentía cada vez más seguro. La impunidad se convirtió en su domicilio habitual. Y ya, como suele ocurrir en esos casos, poco le importaba que las paredes de esa vivienda fuesen de vidrio.

Koënning llegó a considerarse invisible, o por lo menos intocable. Con esa consideración actuó en sus asuntos profesionales y también en los personales. Bernat Armengol era ambicioso, y dócil, sí, pero no completamente manso, no lo suficiente. De modo que, a pesar de no objetar nada a su patrón por aquellas visitas, sí lo hizo a su mujer. Le partió un labio y le contusionó dos costillas, le mordió una oreja hasta desprenderle el lóbulo inferior. Nada de esto que estoy contando está descrito en ningún parte médico, pero es el diagnóstico que circuló entre los allegados al matrimonio. En cualquier caso, fue prueba suficiente para que Koënning, deseando disfrutar en paz de la señora de Armengol, ordenase dar un chivatazo que puso a Armengol en manos del sector limpio de la policía.

Armengol fue detenido. Y, lo que era peor, conducido al pabellón de la cárcel en el que estaban encerrados sus antiguos compañeros de la CNT. Muchos de ellos debían su condena a él, otros habían perdido amigos o familiares a causa de sus delaciones. Así que el pobre miserable, que se había soñado, si no socio, al menos compinche de lujo del falso barón, dio un paso atrás, y, aferrado a la vida, suplicó que lo sacaran de allí. A cambio se ofreció a colaborar del mejor modo que sabía.

Delatando a sus cómplices. Era un renegado múltiple y a esas alturas sabía que su único bando era él mismo. Así que comenzó a enumerar fechas, crímenes, timos, extorsiones y nombres. Y empezó por el de su propio jefe, Fritz Stallmann, supuesto barón de Koënning.

La señal más rotunda de que las cosas pintaban mal para Koënning y su banda fue ver al escuálido Antonio Soler por los muelles de Barcelona arrastrando una maleta abultada y embarcando en un buque que partía rumbo a Buenos Aires. El astuto Mallorquín daba por concluida su etapa barcelonesa. Su rastro se pierde en ese momento. De él sólo tuvo noticias una mujer de ambiente prostibulario a la que algunas de sus compañeras confesaron ver en más de una ocasión perforando con la brasa de su cigarrillo unas cartas que, según parece, previamente había leído con aire melancólico. La correspondencia, efectivamente, llegaba desde Argentina aunque nadie pudo conocer el nombre del remitente. Los sobres desaparecían y las palabras más comprometidas quedaban borradas por las quemaduras. «Allí nada más podía leerse una guarrería y otra guarrería, cosas del oficio y la lubricación», le confesó una de las pupilas a un policía y cliente de la casa.

La declaración de Armengol implicando al barón en una sarta de delitos llegó hasta el escritorio de Miguel Arlegui. Éste se las ingenió para que no siguiera su curso, pero los rumores sí lo hicieron. Y además lo hacían acompañados por un coro de disparos y desórdenes. A los esbirros de Koënning se les estaba yendo de las manos el control de la situación. Se habían acostumbrado a apretar el gatillo con demasiada facilidad. Su trabajo, más que para amedrentar o contener a los pistoleros anarquistas, se había convertido en pura provocación.

Durante varios días unos y otros se dieron cita en las callejuelas del Raval para intentar matarse entre sí. Uno de los cabecillas de la banda de Koënning, Manuel Grau, murió en esos enfrentamientos que escandalizaron a la opinión pública, a las autoridades y a los prudentes representantes de la burguesía. Exigían al gobernador civil más contundencia con los anarquistas y más permisividad con sus manifestaciones nacionalistas.

Miguel Arlegui no pudo contener la avalancha de protestas. Venía de gente más poderosa que él. La cosa se resolvía en otras esferas. Desde Madrid —más exactamente desde la nueva presidencia del Gobierno— se pidió la cabeza de Koënning. Desde Barcelona pedían la del gobernador, conde de Salvatierra. Las dos fueron cortadas y entregadas en bandeja de plata con apenas unas semanas de diferencia.

A pesar de la oposición del constructor Miró Trepart, que desde la llegada de Koënning a Barcelona se había convertido en su protector, el barón de pacotilla es deportado. Nadie fue a la estación para despedirlo. Los empresarios no deseaban ser vistos con alguien que ya tenía marchamo oficial de delincuente y por otra parte la gente de su banda no era demasiado sentimental. Así que una mañana de primavera pudo verse a Fritz Stallmann, alias barón de Koënning, caminar por el andén de la

estación, avanzando entre los vapores de las locomotoras camino de su coche de primera clase. Lo seguían las dos mujeres con las que había llegado a la ciudad años atrás y un pequeño desfile de mozos cargando unos lustrosos baúles. Ni de él ni de sus dos acompañantes nunca más se supo. En ningún lugar consta que regresara a España ni ninguno de sus amigos, compinches o rivales volvió a tener noticias de él.

En cuanto al conde de Salvatierra, a pesar de haber mostrado mano dura con los movimientos obreros, también se había ganado el despido. Sobre todo desde que en los últimos Juegos Florales, los refinados asistentes comenzaran a cantar *Els Segadors*, gritaran vivas a Catalunya lliure y la policía cargara contra ellos para calmar las efusiones independentistas. Hubo damas pisoteadas, ancianos deslomados, algunos burgueses heridos, muchos contusos, todos humillados.

Los señores de Barcelona responsabilizan al gobernador civil del atropello. De modo que Maestre Laborde, conde de Salvatierra, con su frente de bombilla, su barba poblada y sus ojos de pájaro, es colocado en el centro de la diana. Su suerte queda definitivamente echada cuando, contraviniendo órdenes de Madrid, se niega a firmar la liberación de los casi mil presos de la CNT que en ese momento hay detenidos en Barcelona. Eduardo Dato, que acababa de llegar por segunda vez a la presidencia del Consejo de Ministros, después de exigir la deportación de Koënning, pretendía alcanzar una tregua definitiva con los anarquistas. Para ello, como acto de buena fe, había ordenado que fueran liberados los presos cenetistas. Al negarse el conde de Salvatierra a cumplir la orden, lo destituye y nombra en su lugar a Federico de Carlos y Bas, un político conservador pero cargado de humanidad, culto y con un elevado espíritu conciliador. Sin embargo, no hay nada que conciliar.

Los presos anarquistas salen de la Modelo. Veinticuatro horas después se inician los contactos para retomar aquella fallida comisión mixta que meses atrás se había roto con las maniobras de la patronal y las duras palabras de Noi del Sucre en la sede del gobierno civil. De nuevo Seguí, apoyado por Simó Piera y por Ángel Pestaña, se aviene a que la CNT participe en las negociaciones.

Pero los grupos radicales han elegido una vía de actuación más expeditiva.

Aquella paz precaria se rompe cuatro días después del inicio de las conversaciones. En la calle del Carmen se produce un enfrentamiento entre varios pistoleros de la CNT y del Sindicato Libre. Después de que se cruzaran al menos veinte disparos, queda muerto Joan Purcet, miembro del Libre y cocinero del entonces exquisito Restorán Royal. La réplica tarda dos días en llegar. Los del Libre acribillan al dirigente anarquista Vicens Roig. Suma y sigue. El mes de julio se va tintando de sangre, la enumeración de disparos, atentados y muertos corre el riesgo de convertirse en un viejo elenco telefónico. Cenetistas, pistoleros del Libre y miembros de la antigua banda de Bravo Portillo —descabezada tras la expedición al extranjero de Koënning pero no disuelta— aportan, cada cual en la medida de sus posibilidades, muertos y terror a las calles de Barcelona. En el tiempo libre salen de Cataluña para ajustar cuentas atrasadas.

Así ocurrió en el caso de Francisco Maestre Laborde, el conde de Salvatierra, que tan mal sabor de boca había dejado entre la CNT y al que se le responsabilizaba de la muerte de una treintena de anarquistas. Durante su mandato como gobernador civil había contado sus amenazas de muerte por cientos. No se preocupó por ellas. Al contrario, eran un estímulo para redoblar su tarea represiva, podríamos decir que casi obsesiva. Pero una vez destituido del cargo y ya sin la fuerte escolta policial con la que había contado hasta ese momento sí empezó a tomar en consideración esa siniestra correspondencia que, a pesar de haber disminuido en cantidad, no lo hizo en calidad. Tanto, que decidió poner tierra de por medio.

Con la máxima discreción que pudo, dejó Barcelona y, aprovechando las vacaciones estivales, se retiró en compañía de su familia a su Valencia natal. Allí pretendía disfrutar de un periodo de calma y que su nombre fuese diluyéndose en el olvido. No fue así. El día 5 de agosto el nombre de Maestre Laborde aparecía en todos los diarios de España. En *ABC* pudo leerse:

ULTIMA HORA
(Conferencia telefónica de las dos de la madrugada)

Atentado contra Maestre Laborde
El exgobernador de Barcelona y su esposa heridos
¿Muerte de la cuñada del conde de Salvatierra?

Madrid 5.— Según noticias recibidas de Valencia, ha sido víctima de un atentado el señor Maestre Laborde. Esta tarde salió de su casa el señor Maestre acompañado de su mujer y su cuñada para dar un paseo en coche.

A las ocho de la noche, cuando regresaba de paseo de El Grao, se había apostado un grupo de obreros, que hicieron una descarga cerrada sobre el vehículo que conducía a la familia Laborde.

Se hicieron unos diez y ocho disparos.

Según parece, el señor Maestre Laborde está grave, gravísima su mujer y muerta su cuñada.

Se confirma la muerte de la cuñada y la gravedad de los dos heridos

Madrid 5.— Está confirmada la noticia de que en Valencia ha sido objeto de un atentado el señor Maestre Laborde, haciéndole 18 disparos.

Su cuñada ha resultado muerta, la mujer gravísima y Laborde gravísimo también.

Así recogía en noticias de última y de ultimísima hora el diario monárquico una sucinta acta de lo ocurrido en aquella tarde de verano a orillas de la albufera valenciana, cuando el conde de Salvatierra, queriendo disfrutar de su nueva y relajada situación, planeó una excursión en coche de caballos, uno de los llamados milord, tan parecidos a esos en los que ahora se pasean los turistas por medio mundo.

Maestre llevó a su mujer y a su cuñada María del Pilar, la joven marquesa de Tejares, a ver un desfile de carrozas. Vestidos blancos, conversación agradable y limonada —con menta las señoras, con un aditivo alcohólico los señores—

compartida con la crema de la sociedad valenciana. Dicen que esa tarde el conde estaba de buen humor y que incluso bromeó con un camarero, al que aseguró que lo contrataría a su servicio para que a la caída de la tarde le ofreciese cada día uno de aquellos brebajes. Y se reía, un poco entonado, el conde al decir la palabra brebaje. Echaba la cabecita hacia atrás, como un rato después la iba a echar por el impacto de los disparos.

Al terminar el desfile de carrozas, el conde de Salvatierra se dirigió con su esposa y su cuñada al puerto del Grao para despedir a unos amigos que zarpaban en viaje de recreo. Desde el Grao, el conde inició en su milord el camino de regreso a la ciudad. Le dijo al cochero, Miquel Moyá, que fuese con calma. El camino era corto, unos tres kilómetros, y el atardecer hermoso. La carretera estaba desierta y el antiguo gobernador conservaba el buen humor. Bromeaba con su cuñada la marquesa y criticaba entre risas a algunos de los personajes con los que habían compartido la tarde.

Todo estaba entre dos luces cuando llegaron a un paso a nivel. Un tren se aproximaba alegremente a lo lejos, el carruaje se detuvo. Y sólo unos segundos después, cuando el tren comenzaba a pasar ante el milord, dos hombres surgieron de detrás de un murete y abrieron fuego. Dieciocho veces. El estrépito del tren lo envolvió y distorsionó todo hasta el punto de que Miquel Moyá, el cochero, no advirtió que nada extraño estuviese sucediendo a sus espaldas.

La sacudida del tren había apagado las detonaciones y camuflado los movimientos que inevitablemente hubieron de estremecer el coche, aunque fuese de modo ligero. La ignorancia del cochero resultó extraña a la policía y en principio recayó sobre él la sospecha de ser cómplice de los asesinos. Sin embargo, la fidelidad perruna que Moyá había demostrado desde siempre con su señor y el afán que manifestó para socorrer a los heridos acabaron por disipar las sospechas.

Hubo que recomponer los hechos, pequeños trozos de un puzle, por otro lado bastante previsible. Varios pasajeros del tren que, caprichos del destino, resultó ser el expreso de Barcelona, se ofrecieron como testigos. El hecho de que el convoy en ese momento llevase una velocidad no demasiado alta facilitó que algunos pasajeros vieran cómo dos hombres disparaban contra los ocupantes del coche descubierto. Unos solamente percibieron unos fogonazos. Otros vieron con claridad cómo el hombre del milord, el conde de Salvatierra, volcaba la cabeza hacia atrás con el cuello blando, descoyuntado, ante los impactos de las balas, o cómo una de las mujeres alzaba los brazos y la otra hacía amago de descender por la portezuela contraria a la de los asesinos. Incluso un revisor que en ese momento iba en el furgón de cola afirmaba que había visto cómo uno de los agresores, después de disparar, se santiguaba. Pero casi todos coincidían en lo mismo, en la actitud indiferente del cochero.

La descripción de los dos asesinos resultó más confusa, y contradictoria. Uno ancho y bajo, el otro delgado y alto, los dos muy bajos, los dos con bigote, ninguno

con bigote, uno con barba, los dos morenos, uno rubio. A pesar de todo, el retrato trazado a tantas manos sirvió finalmente para identificar a Ramon Casanellas y a Pere Mateu, dos pistoleros adscritos a la CNT, como autores del atentado. También quedó claro que uno de los dos disparaba con dos pistolas al mismo tiempo y el otro, presuntamente el persignado, con una sola, y que ambos emprendieron la huida en dirección al Cabañal.

En cualquier caso, de lo que quedó constancia fue de que, una vez pasado el tren, Miquel Moyá escuchó unos sonidos extraños a su espalda y los achacó todavía a las bromas del señor conde.

Ya con el milord en marcha, giró la cabeza con discreción y vio aquel espectáculo. El hombre, sobresaltado, hizo tal movimiento que cayó del pescante y fue a estrellarse contra las traviesas de la línea ferroviaria que en ese momento estaban cruzando. Cuando fue a ponerse de pie ya estaba a su lado el guardavías del puesto, que tampoco se había percatado de la agresión aunque luego sí había visto la carrera de dos hombres a los que, él sí, pudo describir con cierta precisión. Moyá y el guardavías se encontraron ante los tres cuerpos bañados en sangre. El conde, aunque inconsciente, seguía con sus gemidos y una especie de cantinela rara. Doña María del Pilar, según palabras del ferroviario, estaba «como dormida, aunque hacía un burbujeo de sangre con la saliva y se veía mucha gravedad». Por lo que respecta a la marquesa de Tejares, con sus veintidós años, no había duda: «Esta señora nada más mirarla se veía sin solución, con su cara tan linda pero con los sesos fuera de sitio».

Miquel Moyá, con dos huesos de su brazo astillados por la caída, subió al pescante, el guardavías se situó entre los condes para intentar, con trozos del vestido de la difunta, taponar las hemorragias e impedir que los heridos y la marquesa cayeran del coche, lanzado al galope y «acumulando en su suelo una cantidad enorme de sangre, que hasta daban ganas de achicarla, como si fuese uno en una barquilla por la Albufera».

Moreno Laborde y su mujer, tal como anunciaba el rotativo de Madrid, llegaron heridos de mucha gravedad a la casa de socorro de la Glorieta. La joven marquesa de Tejares ingresó cadáver. A lo largo del día siguiente y con una diferencia de dos horas, murieron Moreno Laborde y María del Pilar, su mujer.

El atentado del conde de Salvatierra, por mucho que sus autores lo enmarcaran en aquella sucesión interminable de réplicas y contrarréplicas, tuvo unas consecuencias que ni aquellos que dispararon en el paso a nivel ni quienes los instigaron a hacerlo pudieron imaginar. Lo que para ellos fue una venganza más se convirtió en una conmoción nacional. El salvaje acribillamiento, la muerte de dos mujeres jóvenes ajenas al entramado de represalias políticas y terroristas y, sobre todo, el hecho de que el atentado se produjera en Valencia, puso en guardia a toda la burguesía española que, al unísono, hizo suyo aquel crimen múltiple.

Lo que hasta entonces habían contemplado como un asunto catalán, focalizado entre empresarios barceloneses y anarquistas, cada cual usando sus pistoleros como peones de ajedrez, era ahora un asunto propio. A cualquiera, mujer o niño, podían matarlo en cualquier lugar.

Desde todos los puntos del país le llegaron al presidente del Gobierno, Eduardo Dato, peticiones de mano dura. De poco valían ya los deseos de Dato de tender una mano a unas organizaciones obreras que se atrevían a actuar fuera de Cataluña y que ya extendían sus huelgas por otros lugares de España.

Ante una clase herida y poderosa, el jefe del Gobierno se encontraba sin argumentos. Aun así intentó proseguir con su política conciliadora, al menos durante unos compases más. Fueron unas semanas en las que los miembros radicales de la CNT volvieron a actuar y en las que la otra parte del sindicato anarquista se aproximaba de nuevo a la UGT en busca de un gran pacto nacional. Salvador Seguí, naturalmente, estaba al frente de ese movimiento. Él y su compañero Evelio Boal viajan a Madrid para reunirse con Largo Caballero.

El Noi del Sucre está más convencido que nunca de que ambos sindicatos son complementarios. El momento histórico demanda la unión y el hecho de que geográficamente estén delimitados y cada uno sea mayoritario, a veces casi absoluto, en su zona, facilita ese hermanamiento coyuntural. Largo Caballero, en su calidad de presidente del sindicato socialista, avala los argumentos de Seguí y de Boal.

El resultado es un acuerdo firme, por más que desde el sector duro de la CNT algunos de sus miembros escupan al oír hablar de confluencia y los pistoleros sigan a lo suyo.

De tal forma siguen a lo suyo que ni siquiera parece haberles afectado la gran conmoción que había supuesto el asesinato del matrimonio Maestre y la marquesa de Tejares. Al contrario, para algunos aquello fue simplemente un aldabonazo, un dardo en la diana. Así que lo repitieron.

Esta vez fue en Zaragoza. Allí, en mitad de una huelga de electricistas, dos pistoleros de la CNT aprovechan un tumulto para asesinar a José Yarza, un arquitecto municipal intransigente con los sindicalistas.

A partir de entonces, el sindicato vive unos meses de auténtico desquiciamiento. Por un lado, Salvador Seguí y Evelio Boal inician una campaña en defensa de los acuerdos alcanzados en Madrid con la UGT. Por otro, Dato, respondiendo a las presiones que le llegan desde su partido y desde los empresarios de todo el país, intenta arrinconar legalmente a la CNT desautorizando el cobro de cuotas y encarcelando a algunos de sus miembros más díscolos.

El Noi del Sucre y Boal, ahora también apoyados por Ángel Pestaña, cruzan y descruzan el mapa de Cataluña intentando que las bases apoyen el acuerdo con la UGT. Al mismo tiempo, Seguí mantiene reuniones más o menos veladas con las autoridades para intentar que la nueva comisión mixta se ponga en marcha y la patronal y los trabajadores acerquen posturas. El Noi tiene dibujado en su mente el

camino, y en ese esquema también está contemplado debilitar al Sindicato Libre, cada día más agresivo con los cenetistas.

El 3 de septiembre los representantes de UGT y CNT firman un pacto. El día 5 hacen público un manifiesto conjunto. En vísperas de que la comisión mixta pueda iniciar sus primeros pasos la noticia da pie a la esperanza. Una quimera. El día 8 es asesinado un cajista de *La Publicidad* y queda gravemente herido otro compañero de ese periódico afín al Sindicato Libre. El asesino es José Saleta, un cenetista conocido como el Nano.

Dos días más tarde es asesinado otro miembro de *La Publicidad* y dos días después llega la respuesta del Libre. En el Pompeya, un *cabaret* de moda y algo pringoso frecuentado por anarquistas, estalla una bomba que, entre cenetistas y bailarinas, deja seis muertos y dieciocho heridos. El pánico vivido en el Pompeya deja imágenes espantosas que corren de boca en boca por toda la ciudad.

Un personaje tan escurridizo como Inocencio Feced —miembro podrido de la CNT, compinche del barón de Koënning, mercenario del Sindicato Libre y del que tendremos tristes noticias más adelante— fue detenido como principal sospechoso. Pero nunca se llegó a saber quién estaba detrás de la colocación de aquella bomba. Circularon teorías muy dispares. La más inmediata culpaba al Sindicato Libre, la más enrevesada a pistoleros de la propia CNT en busca de nuevos argumentos para proseguir su campaña de sangre y fuego. Otros responsabilizaban directamente a la patronal. Todas las teorías eran posibles y, lo peor, todas eran lógicas.

Todo empezaba a ser posible en aquel naufragio en el que se había convertido la ciudad de Barcelona. Cenetistas, miembros del Libre, empresarios, policías, rateros metidos a asesinos, transeúntes. Cualquiera podía convertirse en diana de cualquiera. El Noi del Sucre, afanado más que nunca en su tarea de reforzar el sindicalismo, sufre en octubre un nuevo atentado. En esta ocasión tiene lugar en la calle Carretas y también es a tiros. Seguí, una vez más, sale ileso, pero una bala perdida acaba con la vida del empresario Francisco Casals, que casualmente pasaba por allí.

La espiral no podía prolongarse mucho más. El presidente del Gobierno está desbordado. Le exige al gobernador civil, Federico Carlos y Bas, que emplee mano dura, muy dura, con los movimientos obreros. Las fuerzas vivas de Barcelona, por su parte, le hacen saber que no bastan las detenciones. Se pide algo más. La respuesta de Bas es nítida y, repitiéndose por las cantinas, las fábricas o los salones forrados de seda, queda en los anales de la decencia: «Señores, yo podré ser un gobernador fracasado, pero no un asesino». Es destituido.

La burguesía había empezado a ser víctima de una psicosis aguda y aquellos que como el gobernador Bas o el Noi del Sucre intentaban encontrar vías de entendimiento eran boicoteados por los radicales de un lado y de otro. Usaron la fuerza con todo su empeño, con toda su inteligencia y con todo su rencor, hasta donde alcanzaron. En el lado gubernamental dieron con el hombre idóneo para sustituir a Bas. A partir de entonces sus dos apellidos quedarían siniestramente unidos para

siempre a la represión. Martínez Anido.

Martínez Anido, carnicero

Martínez Anido fue requerido con el fin de limpiar Barcelona. Para ello le dieron el cargo de gobernador civil, en sustitución del pusilánime Bas. Militar, romántico pintor de postales. Asesino institucional. Sanguíneo —congestionado permanente— y sanguinario. Dicen que tenía una voz cavernaria, con ecos y vibraciones de bronquios, como esas falsas tormentas que luego fingirían en los estudios de radio, estremeciendo láminas metálicas, aunque la comparación sea un poco rebuscada. Su contraseña era la brutalidad.

En el futuro sería ministro de Gobernación durante seis años con la dictadura de Primo de Rivera y más adelante, después de purgarse con la República, se convertiría en ministro de Orden Público de Franco en 1938, un cargo que podemos suponer fácilmente lo que acarreaba —entre otras cosas que setenta años después un juez de la Audiencia Nacional llamado Baltazar Garzón abriese una causa contra él imputándolo por crímenes contra la humanidad, sin importar que Martínez Anido hubiese fallecido siete décadas antes. En cualquier caso, el ministerio sería un broche de oro para una vocación de matarife místico y depurador de la raza que alcanzó su mayor altura y renombre en la represión que llevó a cabo en Barcelona.

Quienes lo llamaron para la limpia tenían el firme convencimiento de que los movimientos obreros y el sindicalismo estaban llevando España, y especialmente Cataluña, a un abismo demoníaco. El panorama que esos ciudadanos intranquilos atisban ante las aspiraciones sociales de la clase obrera puede describirse así: «Toda esa explosión de modernas fórmulas para la dirección de los pueblos tenía su origen en las teorías de Rousseau, en el judaísmo y en la masonería, así como en las doctrinas de Carlos Marx». No es una parodia, ni lo he inventado yo. Así está recogido por un hagiógrafo del militar, un tal Juan Oller Piñol, en el libro *Martínez Anido. Su vida y su obra*, editado en 1943. Rousseau, fuente de males, el judaísmo, los masones.

Vida y obra. Su obra, ya se ha dicho, era la limpieza. Y la practicó en diferentes lugares. Su vida, con el nombre de Severiano, había comenzado en El Ferrol, en 1862. Tiene una temprana vocación militar y con dieciocho años ingresa en la Academia de Infantería de Toledo. Su primer destino, intrascendente, Navarra. Después, Vich, Tarragona, Melilla, Martínez Anido lleva una soporífera vida cuartelera que en nada casa con sus aspiraciones de batallas, condecoraciones y hazañas. Se va en busca de todas ellas a Filipinas, donde ha estallado una prometedora guerra.

En enero de 1897 embarca como capitán con el batallón de Cazadores Expedicionarios número 12 y al llegar a Filipinas, donde por cierto estaba el inefable Bravo Portillo, es enviado al combate en Luzón. Según unos, se distingue por su valentía. Según otros, por su crueldad. En la guerra las dos cosas son un mérito, así que en apenas un mes recibe el ascenso a comandante. Entró una y otra vez en

combate, llevó a cabo represiones ejemplares, aunque no se conserva ninguna foto de él con las cabezas cortadas que sus hombres dejaban al paso por aldeas y poblados incendiados.

Se perdió la guerra y con ella el archipiélago filipino, pero Martínez Anido tenía otro hermoso campo de batalla en el que seguir desarrollando su oficio. Marruecos era entonces una colmena de aventureros, mercenarios, comerciantes con o sin escrúpulos y militares con ansias de ascenso y gloria rápida. Como otros africanistas, Martínez Anido se desenvolvió a sus anchas en Marruecos. Por allí pudo vérsele durante años, ascendiendo, recibiendo condecoraciones, siempre haciendo honor a su fama sangrienta. Su biógrafo cuenta orgulloso cómo el batallón de Martínez Anido siempre se distinguió «por su disciplina y policía». Taxdirt, Nador, las lomas de Hidum o Sebt, donde, precedido de su fama, «logró que los moros se presentasen en masa a someterse», fueron escenario de sus acciones. Coronel.

Con ese rango es nombrado en 1912 director de la Academia de Infantería. Sólo estará allí unos meses, hasta alcanzar la clase de general de brigada. Una vez conseguida la estrella y los sables cruzados, vuelve a África. A esas alturas, Martínez Anido es ya un ser pastoso, sus ojeras son pesadas y su cara va tomando un raro parecido al de una tortuga gigante, con ojos de animal frío, disecado. Desde Marruecos cruza la península Ibérica en 1917 para ir a San Sebastián con el cargo de gobernador militar. Allí recibe el ascenso a general de división. Queda unos meses en espera de destino hasta que, ya en 1919, recibe un telegrama en el que su destino se une al de la ciudad que lo haría siniestramente famoso. Lo acaban de nombrar gobernador militar de Barcelona.

No ha llegado su hora, el momento en el que, pasado de la gobernación militar a la civil, empezará su trabajo de depuración, pero ya está muy cerca. Oscurecido por el protagonismo de los sucesivos gobernadores civiles, Martínez Anido debe permanecer en segundo plano, pero desde su llegada empieza a familiarizarse con el conflicto de la sociedad barcelonesa y a atisbar soluciones radicales, ejemplares y efectivas.

Su biógrafo da alguna pista al respecto, pues, al igual que el propio general, había atisbado cómo allí habían ido «arraigando ideas de rebeldía, a las que siempre están propensas las masas, a menos que una mano dura regida por un preclaro cerebro y un espíritu previsor desvíe el rumbo de los impulsos sociales y paralice las inclinaciones violentas de dichas masas. Y ya hay algunos objetivos claros. Entre ellos Francisco Layret, hombre protervo y de perversos intentos; Luis Companys, exaltado y procaz, que fue el primer director y actor del pistolerismo en su iniciación».

Ahí tienen a Layret y al Pajarito, uno reconcentrado en su maldad y el otro luciendo su eterno pañuelo blanco de seda mientras dirige el pistolerismo catalán. Ya saben. El general Martínez Anido «tomaba nota de todo cuanto ocurría», y a esos dos individuos los tiene ya en su pupila.

Una mañana, el general llega demudado a su despacho. Nadie se atreve a

perturbar su aire reconcentrado. Tardan poco en averiguar la causa de su turbación. Sobre su escritorio hay un periódico abierto por la página en que se da noticia de la muerte de los guardias civiles Marcelino Peromingo y Francisco Gonzalo. Ambos se encontraban de servicio en las inmediaciones de la Sagrada Familia cuando vieron a un hombre que se tambaleaba, tal vez enfermo. Al acercarse, diez individuos cayeron sobre los guardias armados con martillos y otras herramientas conseguidas de las obras del sagrado templo. Perecieron a martillazos, golpes y cortes propiciados por las herramientas. «Los cadáveres —decía el periódico— presentaban muchas heridas y tenían casi completamente destrozados los cráneos». Uno de ellos, aunque el diario no recogiese el detalle, también presentaba un palustre hincado en el pecho.

Esas heridas quedaban marcadas en el cuerpo del general. Eran estigmas y debían ser purificados con sangre aunque de momento sus propuestas no eran atendidas. «En las altas esferas gubernamentales no se apreciaba la importancia de las noticias que se comunicaban», dice su biógrafo.

Martínez Anido recibe con agrado la creación del Sindicato Libre. Ya estaba bien que el sindicalismo estuviese únicamente en manos de «los hampones, los tahúres, los matones de oficio». Los gobernadores civiles, con sus blandenguerías, le parecen meros comparsas de la canalla, aunque «ha de hacerse una honrosa excepción a favor de don Salvador Maestre, conde de Salvatierra, que mantuvo el principio de autoridad y se mostró enérgico en la solución de los agudos conflictos». Así que cuando el blando Federico de Carlos y Bas es cesado, Martínez Anido recibe la destitución como una noticia a celebrar. Y eso que todavía no sabe que él mismo va a ser su sustituto.

En la mañana del 8 de noviembre, Martínez Anido recibe una llamada telefónica en su despacho. Al aparato, Eduardo Dato. El presidente del Consejo de Ministros le propone el cargo de gobernador civil y, según cuenta la fábula hagiográfica, Anido se niega arguyendo que «yo no entiendo de asuntos civiles ni de política». Ya saben, el limpio guerrero que sólo sabe de su deber por encima de esa casa de muñecas que es la política, la mariconería de los asuntos civiles.

No importa que llevara meses proponiendo mano dura, potenciar el somatén, cortar de raíz el problema con pólvora. El orgulloso militar renuncia a la frivolidad de un cargo civil. Sin embargo, siguiendo la fábula, el contrariado Eduardo Dato, al no encontrar una cabeza y una mano que puedan conducir a buen puerto los destinos de la urbe barcelonesa del modo que lo podría hacer un hombre del temple de Martínez Anido, repite la llamada a las tres de la tarde del mismo día. La conferencia, entonces, se sucede exactamente en estos términos:

Presidente: ¿Hablo con el general Martínez Anido?

General: A sus órdenes, señor presidente.

Presidente: Después de una ronda de conversaciones, su majestad el rey y el

Gobierno han decidido nombrarle gobernador civil de Barcelona. Diga si acepta usted el cargo.

General: Bien, no me queda más que decirle que estoy a las órdenes del Gobierno.

Presidente: Me congratulo de su proceder. Esta tarde toma usted posesión de su nuevo cargo.

Apenas dos o tres horas han bastado, según esa versión, para que el general cambie de opinión. No se sabe si quienes contaban aquello pretendían recalcar su falta de ambición política o una entrega tan absoluta al deber que aceptar una responsabilidad que le resulta antipática y repelente. Casi una degradación que él asume con gusto puesto que conlleva un sacrificio por la patria. Exactamente lo mismo que unas horas antes, sólo que ahora se le insistía y detrás de la petición estaba no únicamente el Gobierno sino el rey. Una fábula probablemente inventada por su biógrafo o incluso por él mismo, pues todo hace pensar que la única conversación real fue la que unas líneas antes ha sido transcrita. El león llevaba meses oliendo la presa. Acababan de abrir la puerta de su jaula.

Antes de dar ningún paso en falso, Martínez Anido viaja a Madrid. Quiere hablar cara a cara con el presidente Dato y con el ministro de Gobernación para que no haya equívocos. Desea tener las manos libres y que una vez comenzado su trabajo no salgan las plañideras gubernamentales a quejarse. El asunto es cuestión de hombres. Horizontes claros, decisiones firmes. Ejemplaridad. Grandeza.

Además de poderes extraordinarios en Barcelona, Martínez Anido pide el mando oficioso de Valencia y Zaragoza, donde la CNT tiene una fuerte presencia. El sindicato anarquista es, según la pupila del general, la causa principal del veneno social y va a dedicarse de lleno a aniquilarlo. Obtiene carta blanca. El presidente del Gobierno, después de fracasar la vía pacífica, sabe que aquel hombre puede acallar a la patronal herida, a los grandes comerciantes, a la burguesía que lo sostiene en el poder. Ha llegado la hora de hacer lo que no se quiere hacer, incluso aquello que repugna pero que ya tiene consistencia de necesario, de indispensable. Una mancha más en la conciencia de Dato que, según dicen, en esos días recordó a Maquiavelo más de lo que en él era habitual.

A su regreso de Madrid, Martínez Anido es recibido «por los principales elementos de la Ciudad Condal». Todos ven en él al redentor. Antes, el tren se ha detenido extraordinariamente en Zaragoza. Al compartimento de Martínez Anido ha subido el gobernador civil de la capital aragonesa. Han mantenido una larga conversación en la cual, el general ha expuesto sus planes y su colega ha acatado.

Ya en Barcelona, convoca a la prensa para que anuncie la llegada del tiempo nuevo. No va a ser, como sus antecesores, «juguete de las veleidades de la política», él es un militar y su fracaso podría empañar al Ejército. No va a permitir semejante

deshonra. Afirma que la situación en Barcelona es crítica y está dispuesto, con ayuda de todos, a encauzarla. «Amo y estimo esta tierra, a la que considero mi segunda patria, y siento un vivo dolor al ver lo que está llamado a ser paz y prosperidad, convertido por los terroristas en una ciudad de crímenes». Está decidido a evitarlo, con la certeza de que al hacerlo «trabajamos en interés de nosotros mismos y, sobre todo, de España».

Tarda muy poco, apenas unas horas, en formar un estrecho equipo de colaboradores. Martínez del Villar, un militar que había sido expulsado del Ejército por asuntos turbios y que Anido rescata para que los ponga en práctica a su lado. Salvador Anglada, un carlista al que ya hemos visto en la fundación del Sindicato Libre y que dentro del gabinete de Martínez Anido será la correa de transmisión con ese sindicato. El Libre va a ser un elemento clave en el que el nuevo gobernador civil quiere apoyarse.

Por último, el equipo queda cerrado con su pieza más importante, la verdadera mano derecha de Anido: Miguel Arlegui Bayonés, al que ya vimos trapicheando con el barón de Koënning. Arlegui es nombrado Director General de Seguridad de Barcelona. Jefe de la policía con plenos poderes. Éste siempre va a estar apoyado en el inspector Antonio Espejo, un tipo sin escrúpulos y experto buceador en los pozos negros del hampa barcelonesa.

La constitución del equipo es rápidamente conocida en la ciudad y no deja lugar a dudas de cuál va a ser su orientación. Todos son viejos conocidos del sindicalismo catalán. El tándem Anido-Arlegui alcanzará una celebridad fulgurante.

La velocidad a la que trabajan es pasmosa. Apenas una semana después de hechos los nombramientos ya hay sesenta y cuatro sindicalistas de peso encarcelados y ha sido asesinado Alfonso Cortina, delegado de la CNT. Cuando Cortina se encontraba trabajando en la construcción de una casa del banquero Roses, dos individuos del somatén aparecen por la obra. Uno lleva gabán amarillo, otro es bizco y lleva gorra. Poco más atinaron a decir los compañeros de Cortina a pesar de que los dos individuos se pasean por la obra y miran a un trabajador y a otro, intentando identificar a su víctima. Finalmente, desenfundan sendas pistolas y mandan a los obreros a colocarse contra una pared a medio enladrillar. El bizco pronuncia el nombre de Cortina y éste se da la vuelta y los mira. «Soy yo». Lo sacan de la fila y, en presencia de sus compañeros, le descargan dos tiros en la cabeza y uno en el cuello.

Tres días después, se establece la censura previa en la prensa al tiempo que es detenido por sorpresa el Noi del Sucre. El día siguiente el detenido es Ramón Arín, presidente de los Metalúrgicos. Las fichas siguen cayendo y los sucesos vuelan.

El desastre no ha hecho más que empezar. Las redacciones desiertas de los periódicos sindicales, ateneos obreros, cafés, antros y pisos clandestinos, las tapias que circundan las fábricas y los alrededores de los talleres, todo es una colmena en la que se intercambian rumores y se anuncian nuevos arrestos, redadas nocturnas,

palizas, delaciones. Nadie sabe cómo pueden ser tan precisos los movimientos de Anido y Arlegui.

Tiempo después se conocerá que la causa de ese tino está basada en el trabajo que calladamente había venido haciendo en el último año un capitán de la guardia civil que ronda los sesenta años, asturiano, algo miope, meticuloso y calculador, llamado Julio de Lasarte Pessino. Lasarte había sido reclutado por Bravo Portillo cuando la Banda de los Sesenta estaba en su esplendor. Portillo, conocedor de las habilidades de Lasarte, le había asignado un trabajo que a muchos pareció insignificante y del que ahora se beneficiaba el dúo Anido-Arlegui.

Bravo Portillo, con dinero de empresarios simpatizantes de los somatenes, había habilitado un piso en la Diagonal para que el puntilloso Lasarte confeccionara un fichero lo más preciso posible sobre todos los elementos subversivos —o sospechosos de serlo, o proclives a serlo, o colaboradores, familiares o amigos de quienes lo eran— que pululaban por Barcelona. Portillo puso a disposición de Lasarte un par de ayudantes igual de eficientes que el asturiano y que, al modo de las hormigas, cada día iban llevando al piso de la Diagonal, una ficha, una carta robada en un buzón, una fotografía, un dato suelto, un domicilio, una amante, una confidencia.

El resultado fue una inmensa tela de araña en la que, de un modo o de otro, estaban enredados los principales activistas obreros y centenares de anarquistas y sindicalistas de cualquier tendencia. Parte de ese trabajo, que ahora tengo en mis manos, fue desvelado en 1931 con la llegada de la Segunda República. Conocido desde entonces como *El Fichero Lasarte*, fue difundido y denunciado como terrorismo de Estado por el periodista Pere Foix, viejo militante obrero y amigo de Seguí que además escribiría un libro, *Apòstols i Mercaders*, en el que recogió los retratos biográficos de los líderes más importantes del sindicalismo.

Desde una fotografía hecha en Moscú y en la que aparecen Andreu Nin y José Jové Sarroca hasta planos detallados de las calles donde vivían sindicalistas y el lugar señalado donde convenía asesinarlos. Desde notas internas hasta cartas interceptadas a dirigentes anarquistas. Carnets de somatenes, facturas, el decálogo del somatén o las fichas personales de importantes miembros del sindicalismo francés o alemán y, naturalmente, español. Allí, por ejemplo, está la ficha de Andreu Nin, foto con sombrero y sin sombrero, que Eduardo Mendoza reprodujo en *La verdad sobre el caso Savolta*. También está la de Pablo Iglesias, aunque, como se ve, la del líder socialista es bastante más escueta que la de Nin:

PABLO IGLESIAS

SOCIALISTA PROPAGANDISTA

Organizador de las Sociedades Obreras de resistencia de Madrid y Leader acerrimo del Socialismo.

Vive en Madrid. calle de Mendizabal nº 8.

Entre los papeles, hay notas como ésta —con sus correspondientes incorrecciones ortográficas— facilitada por el cabo de somatén del distrito III:

SOMATENT DE BARCELONA
DISTRICTE III
Segun confidencias recibidas, en la calle de Poniente (no se precisa el número) se reunen diariamente en un piso varios anarquistas.
El piso en cuestion lo habita para su cuidado una prostituta.

PAU PAU
I
SEMPRE
PAU
24 de julio 1919.

En otra se da cuenta de la detención de Dionisio Marsé Solsona sospechoso de haber tenido «participación en el hallazgo y ocupación de dos bombas en el domicilio de la madre del comunista Adolfo Bueso García», y se pide al destinatario de la misiva que si el juez encargado de juzgar a Marsé es «amigo de usted recabe el que sea trasladado a ésa para ingresar en la TORRE por una temporada y por ese medio quitárnoslo de encima».

Asimismo, Lasarte y sus colaboradores elaboran unas largas listas que son entregadas a los pistoleros para que tengan localizados a quienes pueden convertirse en sus objetivos inmediatos. Para que se hagan idea, uno de esos elencos comenzaba así:

PEDRO DOMENECH MOLL de 33 años, encuadernador, domiciliado en la calle Grasot nº 108-3º-2ª
ANTONIO CARIN MAS DE 22 años, escultor, con domicilio Maspons nº 5-tienda
ESPARTACO PUIG ALEGRE de 20 años, tejedor, de Tarrasa, sin domicilio
JUAN TRULLS RUBIOLS, 43 años, soltero, cartonero, domiciliado Amalia 27-2º
JOSÉ A. GARRIGA ARGEMÍ de 48 años, jornalero, habitante calle Jaime Giralt nº 23-2º

El fichero de Lasarte se convierte en el libro de cabecera de Martínez Anido y Miguel Arlegui. Su biblia. Y le van sacando partido. Versículo a versículo.

Sin embargo, con lo que no va a encontrarse el famoso tándem es con la mansedumbre del pistolerismo anarquista. A pesar de las detenciones, la calle sigue siendo un escenario permanente de atentados, tiroteos y muertos. El 26 de noviembre, es decir, cuando apenas han transcurrido tres días de la detención de Seguí y menos de una semana del asesinato de Cortina, llega la revancha.

Esa mañana, el dueño del hotel Continental, un tal Antonio Albareda que pertenece al Sindicato Libre, sale del establecimiento, situado en las Ramblas acompañado por un botones. Al poco, advierten que los siguen dos individuos. Son Francisco García el Patillas y Manuel Soler, dos cenetistas aficionados a la pistola.

Albareda y el muchacho están calibrando qué hacer cuando, de un portal, surge Vicente Cervera, compinche de los otros dos, y suelta un navajazo en el vientre del hotelero. Éste, corajudo y medio destripado, saca su pistola y hace amago de disparar sobre sus atacantes, que al ver el hierro huyen a la carrera. Podían haberlo hecho andando. La pistola de Albareda se ha encasquillado y sólo cuando se encuentra sentado en la acera, todavía apretando el gatillo a la espera de que lo metan en un furgón, se dispara el arma, hiriendo de levedad, con la bala muy extrañamente rebotada, a una anciana que caminaba por la acera de enfrente.

Albareda no muere hasta dos días después, pero sí lo hace esa misma noche Ramón Batalla, cenetista del ramo de la Construcción, que cae abatido por disparos anónimos en una calle de Sarriá. Casi simultáneamente es asesinado a manos de los anarquistas el presidente del Sindicato Libre de Reus. Un par de horas más tarde y antes de que acabe la jornada del 26 de noviembre, José Canela, exsecretario de Hostelería de la CNT y amigo personal de Seguí, es tiroteado y muerto cuando se encontraba en el bar Ciclista de la plaza del Buensuceso. Recibe catorce impactos de bala. Los asesinos en esta ocasión son cuatro pistoleros del Libre, José Cinca, Ramon Sales y los hermanos Alvarado.

El día 27 amanece gris, casi helado. Martínez Anido consulta con Arlegui. Después de conferenciar, Anido mira por la ventana los tejados y terrados que hay frente a él. Lo hace del mismo modo que en África observaba las colinas por donde se escondía el moro. Apenas lleva unas semanas en el cargo y se dispone a dar un paso decisivo en su afán de limpieza. Hace unas muecas frente al vidrio, como, según dicen sus colaboradores, acostumbra a hacer en los momentos de tensión. Un abrir y cerrar las mandíbulas, un rugido sin rugido, de león, o algo así. Después de los visajes se vuelve a Arlegui y le hace un gesto afirmativo con la cabeza. El jefe de policía asiente a su vez. Da por recibida la orden, y procede. Ahora no se trata de detener a un simple anarquista. Van por Companys. Un riquito que además de riquito es concejal del ayuntamiento de Barcelona.

«Si hay que descabezar la culebra, se descabeza. Y no nos vamos a parar en contar cuántas lenguas tiene ni cuánto dinero ni cuánta posición ni mierda política lleva encima ni quién era su padre o su mala madre», dicen que dijo. A saber.

Lo que sí se sabe con exactitud —se supo horas después de aquella reunión— es que Anido y Arlegui estaban dispuestos a jugar fuerte y a hacer valer hasta las últimas consecuencias la carta blanca que habían recibido desde la presidencia del Gobierno. Y no se iban a parar en la detención de Companys.

Fueran ciertas o no, literales o inventadas, las palabras que se le atribuyeron con respecto a no tener en cuenta la procedencia ni la clase social de sus víctimas se cumplieron al pie de la letra.

Layret, relámpago y sangre

La detención de Lluís Companys se produce por sorpresa. La burguesía de la ciudad sufre un movimiento retráctil, igual que un gusano partido en dos por una cuchilla.

Companys no es un sindicalista con alpargatas ni el líder de unos desarrapados. Es de izquierdas, se codea con anarquistas, sí, pero está sostenido, al menos hasta el momento, por hilos que forman parte del entramado real de la Barcelona real, de la Cataluña real, económica, ilustrada, soldada a nombres, tierras, familias, influencias. Y detrás de esos nombres y de esas abstracciones hay rostros concretos, individuos. Una parte de ellos sonríe satisfecha y piensa que el que juega con fuego acaba quemándose, sea carbonero o sea un mimado con afanes revolucionarios que denigra a su clase. Otra parte cree que Martínez Anido quizás esté yendo demasiado lejos. Pero éstos no actúan y apenas hablan.

Así sucede todo. Unas horas después de que Companys haya sido detenido, Francesc Layret, acompañado por la mujer de aquél, se entrevista con el alcalde de Barcelona, Antoni Martínez Domingo. Layret es en ese momento diputado a Cortes y exige del alcalde protección para Companys, que es concejal de su corporación.

Martínez Domingo es un católico militante, conservador, nervioso, abogado, que ha militado al costado de Eduardo Dato y que desde hace un tiempo pertenece a la Lliga Regionalista. Ya tuvo un enfrentamiento con Martínez Anido, cuando éste era gobernador militar de Barcelona, y con el difunto conde de Salvatierra por boicotear ambos exaltaciones catalanistas. Así que el alcalde, bigote intoxicado de nicotina, voz trémula, hace llamadas, inquiere, piensa y acaba por contactar telefónicamente con Anido. Presiona. Su voz, según los testigos, es agria. El general, finalmente, los cita el día siguiente a las siete de la tarde.

Pero al día siguiente, una hora antes de la cita acordada, el general aplaza el encuentro para dos días después. La jornada ha sido nuevamente convulsa. Por un lado, ha ordenado la clausura del Sindicato de Camareros que se encontraba en huelga desde varios días atrás. Por otro, los pistoleros del Libre, guiados por mano gubernamental, han tiroteado y matado a Carles Bort, miembro de la CNT.

Entre los planes de Martínez Anido no entraba, ni ese día ni ningún otro, celebrar esa reunión con el alcalde. Sus proyectos inmediatos eran otros. Y tenían una gran envergadura. El principal afectaba directamente a Francesc Layret, conocido en los conciliábulos del general y de su compinche Arlegui como el Tullido de Luto. Todo está previsto que confluya el 30 de noviembre.

Jornada inolvidable, anota en la esquina de una agenda el abotargado general.

La mañana del día 30 comienza con gran movimiento en la cárcel Modelo. Los detenidos de la CNT, viejos expertos en cuestiones carcelarias, detectan algo extraño en el ambiente. Un recluso destinado en la cocina cruza la cárcel simulando seguir la encomienda de un funcionario y consigue llegar hasta el Noi del Sucre. Lo pone al

tanto. Han llegado varios camiones militares cargados de guardias civiles, por las galerías de los presos comunes entran y salen oficiales, se susurran órdenes, los guardias se cuadran.

El Noi advierte a los suyos. Companys fuma y le pregunta con los ojos, Seguí le hace un gesto para que se tranquilice y cuando están solos le comunica su temor. Cree que van a trasladarlos. «¿Al otro mundo?», llega a preguntar con una sonrisa el Pajarito. «Na, pero seguro que no es por falta de ganas», le responde el Noi del Sucre, y se sienta a su lado en el jergón.

Así los encuentran los guardias. Las espaldas apoyadas contra la pared, las rodillas dobladas, fumando. Les ordenan que se pongan de pie. Los dos amigos se miran y se levantan, ligero Companys, con retranca el Noi. También están en esa celda Josep Viadiu, siempre fiel al Noi del Sucre, ojos tristes, manos de monstruo, Antoni Amador, Camil Pinyol y Daniel Rebull alias David Rey, un fiel partidario de Seguí con aires de dandi y al que los días de encarcelamiento le han resecado la gomina y le han dejado el pelo levantado en una cresta oscura, borrascosa.

Son esposados de dos en dos. La muñeca izquierda de Seguí queda unida a la derecha de Companys. Ante la mirada muda de los comunes, la cadena de presos es conducida al patio y montada en tres de los camiones militares. Son 36 presos. Dos camiones más y varios automóviles forman el convoy que se pone en marcha.

Nadie consigue que le den noticia de cuál es el destino. Los toldos de los vehículos están bajados pero a través de las rendijas los presos reconocen el camino. Especulan. En un primer momento tienen la certeza de que son conducidos al castillo de Montjuich, hasta que se dan cuenta de que el castillo queda atrás. Empiezan a ver las lápidas y tumbas del cementerio. En la penumbra de los camiones hay cruces de miradas, murmullos. Calibran seriamente la posibilidad de que van a matarlos. Pero también sobrepasan el cementerio, giran, enfilan un camino de bajada entre pinares y descampados, regresan a la ciudad. Entienden que no están siguiendo una ruta determinada, dan vueltas, se acercan al mar. Sospechan, temen. Vuelve a haber susurros. Se difunde la idea de que pueden ser arrojados al agua, atados. Seguí y Companys callan. El Noi se limita a negar con la cabeza ante las miradas de interrogación de su amigo.

Finalmente el convoy llega al puerto. El periodista libertario Francisco Madrid, que esa misma mañana había visitado a Companys y a Seguí en la cárcel, se encuentra en el muelle. Ha ido allí alertado por un militar al tanto de lo que se estaba cociendo. Madrid consigue acercarse lo suficiente para ver cómo los guardias retiran las lonas de los camiones y sus ocupantes, efectivamente esposados de dos en dos, empiezan a bajar.

El periodista moja la mina de su lápiz en la lengua y se apresura a escribir en su libretilla unas líneas muy parecidas a las que unas horas más tarde van a poner en las planchas los cajistas:

Por parejas, los deportados iban bajando. Seguí fumaba un cigarrillo, distraídamente, sin querer dar importancia a aquel acto; Amador estaba muy emocionado; «David Rey» parecía ir a una fiesta mayor y Companys observaba detenidamente todo lo que le rodeaba.

Una vez en tierra los fueron colocando en una barcaza que se alejó del muelle para atracar en las escaleras del «Giralda». Por parte de todos había una expectante serenidad.

Cuando todos los sindicalistas estaban en cubierta, yo, en un horrible estado nervioso —se llevaban a muchos de mis amigos a los que temía no volver a ver— corrí hacia la redacción.

Al día siguiente, pueden verse informaciones menos personalistas en otros periódicos. *La Veu de Catalunya* daba una pieza en la que se decía:

> **Ayer, a primera hora de la tarde, salieron del cuartel de la calle Consejo del Ciento, un centenar de Guardias Civiles a las órdenes de un comandante. Iban con el sable desenvainado y se dirigían por la Gran-Vía en dirección hacia Sants.**
> **Más tarde pudo verse que el muelle de Barcelona era ocupado completamente por la Guardia Civil y Policía. El público no sabía de qué se trataba.**
> **A las cuatro y media, llegaron tres camiones de la Intendencia Militar custodiados por el piquete de la Guardia Civil antes nombrado. Los camiones transportaban algunos de los sindicalistas que estaban detenidos en la Prisión Modelo…**

A continuación se daba la lista de los 36 presos comenzando por Salvador Seguí Rubinat, Manuel Salvador Serrano, Antoni Soler Quadrat… y finalizando por Lluís Companys Jover y Antoni Amador Obón.

Sin embargo, siendo esa información de gran interés, la noticia que ese día va a estar en la primera plana de todos los periódicos es otra. Aunque íntimamente está relacionada con el suceso de la deportación de los sindicalistas, tiene un protagonista único y ocurre en el corazón del Ensanche. Calle Balmes, número 26.

Allí vive Francesc Layret y allí acude Mercè Micó, la mujer de Lluís Companys, cuando se entera de que su marido forma parte de la comitiva de presos que han sacado de la Modelo y embarcado en el buque *Giralda* de la Armada.

Por Barcelona corre el rumor de que los presos van a ser llevados a Guinea, aunque fuentes mejor informadas afirman que el lugar elegido es un castillo-prisión en las islas Baleares.

Layret escucha con atención a la mujer de Companys. Manda a su asistente que le traiga sus bastones y le ajuste el corsé con el que ha de moverse. Mientras, va realizando varias llamadas de teléfono. Además de hablar con algunas autoridades locales, intenta obtener de Madrid una explicación sobre lo que está ocurriendo.

Finalmente, encuentra apoyo, otra vez, en el alcalde de Barcelona. Martínez Domingo no está dispuesto a que un concejal de su corporación sea tratado del modo que lo está siendo. Cita en su despacho a Layret y se compromete a llevar a cabo gestiones a favor de Companys.

Quedan unos minutos para las seis de la tarde cuando Francesc Layret, acompañado por la esposa de Companys y por su asistente, está en el portal de su casa. Llevan el paso moroso del impedido Layret. Avistan el coche alquilado que los espera. El chófer se baja y abre la puerta trasera. Ya hay sombras, el atardecer es especialmente frío. La mujer de Companys recuerda haber oído a lo lejos la risa de unos niños al salir a la calle.

Nada más.

Luego ya todo es una conmoción que parece eternizarse. Alrededor de treinta disparos. Una nube de plomo. Casi veinte disparos impactan en Francesc Layret. La mujer de Companys, empujada por uno de los pistoleros, cae en la acera, gatea, grita. El ayudante de Layret, sobre el que infructuosamente ha disparado uno de los pistoleros levantando esquirlas de mármol y trozos de pared, ha corrido a ocultarse en el portal y sube las escaleras gritando el nombre de Layret, golpeando alocadamente en todas las puertas que encuentra a su paso. El chófer está oculto, temblando junto al guardabarros de su automóvil.

Hay un instante de silencio profundo. Luego, un individuo vestido con mono azul de mecánico hace un disparo más. Él y los otros tres pistoleros miran a su alrededor y comienzan a andar con paso acelerado, decidido, pero no corren. Dos caminan hacia la Gran Vía, los otros en sentido contrario, hacia la calle Diputación. Uno lleva gabardina oscura y sombrero pardo, otro una gorra calada, una chaqueta marrón con coderas. El del mono azul tiene una bufanda cubriéndole el rostro. El último, dice un testigo, va vestido con un chaquetón de ferroviario, con botones de hojalata. Montan en dos coches que los están esperando. Desaparecen. Son Ángel Coll, Fulgencio Grisca, Fulgencio Vera alias Mirete y Carles Baldrich, todos pertenecientes al Sindicato Libre. Cada uno de ellos cobró tres mil pesetas por el trabajo.

Los sonidos vuelven a la calle. El ayudante de Layret, que no se sabe hasta qué piso ha subido aullando el nombre de su patrón, ya está a su lado. Layret ha caído en una posición rara, quizás forzada por su andamiaje ortopédico. Sangra tan abundantemente que a su alrededor ya hay un óvalo oscuro, aterciopelado, de casi un metro y medio de longitud y su levita es un paño empapado, burbujeante. La mitad de los disparos los ha recibido en la cabeza, cuello y hombros. Los asesinos parecen haber querido evitar la posible protección de los herrajes y placas metálicas que forman su corsé. Asombrosamente, no está muerto. Al menos tiene un espasmo en los dedos de la mano izquierda.

El chófer ha salido de su parapeto, la mujer de Companys, ilesa, tiene unas convulsiones parecidas a las de la mano de Layret, intenta coger aire, trata de llorar, pero es como si no supiera. Un vecino la toma del brazo y la introduce en el portal.

Ella balbucea, «Es por mí, es por mi culpa, es por mi culpa». Asoman varios curiosos y ven cómo el ayudante de Layret y el chófer levantan el cuerpo del moribundo y lo introducen en la parte trasera del automóvil.

El coche, con los tres ocupantes, sale a la máxima velocidad que la incipiente mecánica —manivela, explosión, bielas, pistones, ronquidos— permite. Es el ayudante de Layret quien guía al conductor, le da instrucciones mientras llora y trata de taponar las múltiples hemorragias de su patrón. Llegan a un pequeño dispensario que hay en la plaza Goya. Bajan el cuerpo de Layret. El médico de guardia se ve desbordado. Sólo al ver las heridas llama una ambulancia. Layret, vivo, es trasladado a la clínica del doctor Corachán, situada en la calle Aribau.

Como es de esperar, los médicos consideran gravísimo su estado. El propio doctor Corachán entra en el quirófano. Una de las heridas, con orificio de entrada por la frente y salida por el parietal izquierdo, ha ocasionado daños que a primera vista parecen irreversibles. Además, Layret presenta impactos en el pómulo derecho, en el izquierdo, en la nariz y el cuello. Está exangüe. El doctor Corachán considera que ha de realizarse una trepanación craneal, pero antes pide que se realice urgentemente una transfusión. No hay plasma suficiente. Ante la carencia se ofrecen varios voluntarios para donar su sangre. Ya están en la clínica dos hermanos de Francesc, uno de sus primos, varios amigos incondicionales y algunos sindicalistas llenos de gratitud.

No llegan a extraer sangre a nadie. Francesc Layret muere pasadas las ocho de la noche. No han pasado dos horas desde que fue atacado en el portal de su casa. Allí, arrinconadas, han quedado sus muletas, una de ellas partida en dos por el impacto de una bala. La acera es una gran mancha de serrín que, con la sangre, ha formado un papilla pegajosa, un barro oscuro que los transeúntes miran con fascinación.

La noticia corre por Barcelona. Todos los círculos obreros se levantan. La indignación se propala. Todo el mundo se pregunta cómo no ha habido ni un solo guardia en los alrededores del crimen. Hablan de la calma con la que los asesinos se han retirado, de la confianza que tenían en sí mismos, seguros de su impunidad, de la protección oficial con la que contaban.

Una sucesión de rumores contradictorios va de un lado a otro. Aseguran que la mujer de Companys también ha sido víctima del atentado, que han muerto el chófer, un hermano y el asistente de Layret, que Layret aún está vivo. También corre la voz, ésta parece que cierta y recogida años más tarde por Gabriel Alomar, el gran amigo de Layret y de Seguí, de que el pistolero de mono azul, antes de hacer el último y solitario disparo, soltó una sonora carcajada diciendo después «¡Pobre Layret!». *La Veu de Catalunya* llega a publicar que el asesino es uno, luego rectifica y dice que fueron dos. Asimismo en *La Veu* puede leerse que Martínez Anido se personó en la clínica Corachán para interesarse por el estado del herido:

> **Mientras le aplicaban los primeros auxilios se presentaron en el dispensario, interesándose por el herido, el gobernador civil, el alcalde, algunos concejales y amigos que tuvieron rápida noticia del crimen.**

Efectivamente, el alcalde, Martínez Domingo, ha acudido a la clínica, pero no el gobernador. Sí lo ha hecho Miguel Arlegui, jefe de la policía, a quien el periodista ha confundido con su jefe.

Martínez Anido se encuentra en su despacho del gobierno civil, y allí está cuando Arlegui lo llama desde la clínica para darle noticia de la muerte de Layret. Lo tienen todo preparado. Anido se apresura a convocar una rueda de prensa para esa misma noche.

Cuando los reporteros tienen atestado y envuelto en una espesa humareda de tabaco un salón del gobierno civil, Martínez Anido entra con el rictus severo. Lleva traje civil, chaqueta cruzada, la papada casi verde, las ojeras hinchadas. Seroso. El bigote le forma un triángulo casi perfecto bajo el pegote de la nariz. Antes de hablar hace sus consabidas muecas. Las que haría un pez fuera del agua. No permite preguntas. Levanta una mano con la palma hacia el suelo ordenando calma y silencio.

Carraspea y habla. Los plumillas apuntan. Recogemos sus palabras textuales:

«Ya ven ustedes lo que hay. Han salido en el *Giralda* unos cuantos sindicalistas. No son deportaciones ni mucho menos. Hay que alejarlos, porque la gente está muy cansada y ya ven ustedes lo que hacen. Es natural, ha llegado la reacción. Yo estoy conteniendo, conteniendo…» (Hace un gesto de galápago con el cuello, queriendo sacar la cabeza del caparazón, del almidón de la camisa. Continúa). «Quería hacer lo mismo con el señor Layret. Por la consideración que merece su título de diputado, no lo hice, y ya se habrán ustedes enterado de lo que ha sucedido esta tarde. Ayer quería poner a Amador en libertad y me alegro de no haberlo hecho, pues estoy seguro de que a él y a los que he embarcado, les he salvado la vida. Por ahora se les envía a un castillo, en Mahón. Las deportaciones no están autorizadas. Esto no es más que un alejamiento de Barcelona. Es necesario reformar las medidas conforme lo piden los tiempos». (Respira a fondo, hace ruido con la boca, mastica un poco de aire. Concluye). «Y eso es todo. Por ahora».

Un periodista le pregunta:

«Mi general, entonces ¿esto que se ha hecho con los treinta y seis sindicalistas, es para salvarles la vida? ¿Para protegerlos? ¿Protegerlos de quién, mi general?».

Otro se interesa por el asesinato de Layret:

«¿Se sabe quién o quiénes han sido los autores del asesinato del diputado Layret, señor gobernador?».

Y aún otro inquiere:

«Y si tanto era el interés del Gobierno y de usted mismo, que lo representa, por proteger a Layret, ¿cómo se explica que no tuviese ninguna protección y, que por el contrario, los alrededores de su casa estuvieran tan desamparados, sin un policía en un kilómetro a la redonda?».

Ni uno ni otro ni el tercero obtienen respuesta. Martínez Anido ya pasea su impedimenta, su estructura de mamífero lento, hacia la salida. Si bien el tercero de

los periodistas consigue de el general le dedique una mirada lenta, rumiante, y tome nota mental de su persona.

Lo ven salir de la sala ahumada. Su nuca carnosa, rapada, los hombros pesados. De inmediato se le arrima Miguel Arlegui. Cuchichean. Ambos hacen gestos afirmativos. Son los héroes de Barcelona. Los hombres de la limpieza. Han quitado de las calles a los elementos más incómodos del sindicalismo, han dado un golpe de autoridad encarcelando a un concejal de la burguesía como Companys y, cerrando la jugada, han quitado de en medio a ese otro burguesito resentido que quería remendar sus complejos atacando a su clase.

De madrugada, el cuerpo de Francesc Layret es llevado a su domicilio. Las calles de Barcelona son un puro látigo. La mayor parte de los líderes de la CNT están en ese momento en la bodega de un buque de guerra camino de un castillo penitenciario y la organización está casi desmantelada, pero el nombre de Layret sirve de contraseña para el incendio.

Ya se ha acordado que el día siguiente se inicia una huelga general indefinida. Miembros libres de la CNT se ponen en contacto con compañeros de la UGT para solicitar que se unan al paro. El sindicato socialista rechaza embarcarse en una huelga que considera ajena a su ideología y a sus intereses. Para unos, el funeral va a ser una manifestación de rabia. Para otros, una reivindicación de Layret y de lo que él ha defendido.

Mientras, el *Giralda* se encuentra en alta mar, rumbo a Baleares. Los presos no están seguros de cuál es su destino. Van atados y estrechamente vigilados por guardias civiles. Se les prohíbe hablar. Companys invoca su autoridad civil, una y otra vez solicita ver al capitán del barco. Lo mandan callar y él sigue pidiendo lo mismo. El Pajarito parece una cacatúa. Después de negaciones, gritos y amenazas, consigue ser atendido. Companys pone al capitán al corriente de la situación que están viviendo en la bodega, con varios compañeros vomitando, atados, sufriendo aquella penosa travesía como galeotes. El capitán es un tipo humanitario. Llama al oficial de la guardia civil al mando de la expedición y discute con él. El capitán hace valer su jurisdicción dentro del buque. Los detenidos son liberados de sus ligaduras y tienen permiso para hablar, aunque permanecen encerrados en la bodega.

Se conservan fragmentos manuscritos de Companys recordando aquel día:

No sabíamos si nos quedaríamos en Mahón. Alguien había hablado de la Mola, pero parecía que las autoridades de Mahón no sabían nada al respecto. Y los ministros tampoco: la orden había sido asunto directo de Martínez Anido. Oíamos decir que, mientras tanto, se celebraban conferencias telefónicas entre Madrid-Mahón-Barcelona y que de ellas dependía nuestra suerte inmediata.

Pero ya casi ni nos preocupábamos, porque lo admitíamos todo por adelantado. Es preciso haberse encontrado en aquellas circunstancias. Todo lo creíamos posible

y hasta probable y con el cansancio, el mareo y las naturales emociones del día, nos encontrábamos dispuestos a cuanto pudiera sobrevenirnos. De vez en cuando, una pequeña esperanza, un breve intento de rebeldía; algún marinero que, bajo la vigilancia de los guardias civiles, nos enviaba algún aviso. Pero ¿pensar con la cabeza? ¡Imposible! A pesar de todo, no hubo ni un solo hombre que se sintiese abatido en ningún momento hasta perder la moral, ni uno.

Y el mazazo llegó, más duro, más fuerte, más violento de lo que nos podíamos imaginar. Un joven oficial de la marina, con el que había entablado amistad dos años antes, cuando yo estaba en el «Álvaro de Bazán», entró en la bodega y dirigiéndose a mí me dijo:

—Layret… El pobre Layret… ¡Lo han asesinado!

—¿Cómo?

—Han asesinado a Layret. No gritéis… Por Mahón hay carteles que dan la noticia.

Seguí, que estaba sentado a mi lado, abrió los ojos con espantosa sorpresa.

Y grité la noticia: ¡Han asesinado a Layret!

Companys, en aquel artículo titulado «Han assassinat en Layret», recordaba cómo un impresionante silencio se hizo entre los ocupantes de la bodega del *Giralda* y cómo entre los crujidos del buque pudo oírse la voz clara del Noi del Sucre, delatando la gran pérdida que la muerte de Francesc Layret representaba para la causa obrera: «Saben muy bien lo que han hecho».

Al desembarcar en Mahón, la sombría comitiva cruza el muelle y allí mismo conoce algunos detalles más sobre las circunstancias en las que ha sido asesinado Layret. Companys, al saber que lo han matado cuando acudía en su ayuda y que su mujer estaba a su lado, se derrumba y sufre una crisis de ansiedad y llanto. Al igual que ocurrió con su mujer, siente que ha sido la causa involuntaria del crimen.

Seguí marcha a su lado. Calmosamente le hace ver que de cualquier manera, esa tarde, o la mañana siguiente, aprovechando la ocasión que fuera, habrían acabado con su amigo. Era un objetivo claro para Martínez Anido. Todo formaba parte de la misma estrategia. Descabezar el sindicalismo y acabar con sus defensores, encerrándolos o asesinándolos, se llamaran Companys o Layret.

Suben a los camiones que están esperándolos. Los conducen hacia el castillo de La Mola. Por el camino, respirando el aire frío que llega desde el mar, Seguí es consciente de que está empezando un nuevo ciclo dentro de la lucha obrera e intuye que ese encarcelamiento no va a ser una detención más. De modo que, a partir de ese mismo instante, tratará de usarlo a su favor, sacarle el máximo partido posible. No perder una gota de energía en lamentaciones. Todo lo contrario. Acción. El encierro debe ser convertido en una acumulación de conocimiento, fuerza, inteligencia. Josep Viadiu y Antoni Amador, que viajan a su lado, captan el pensamiento del Noi sin necesidad de que éste diga una sola palabra. Cruzan la vista con él y asienten. La lucha va a estar más viva que nunca. En parte, se lo deberán a Layret.

De funeraria

Como se ha dicho, la misma noche de la muerte de Francesc Layret se decreta una huelga general para el día siguiente, 1 de diciembre. Evelio Boal, que ha conseguido eludir la redada de Martínez Anido y que en ese momento es secretario general de la CNT, mantiene durante la madrugada una reunión clandestina en los sótanos de un almacén de la Barceloneta, entre sacos de grano y barricas mohosas. El funeral del abogado va a ser el primer acto de lucha obrera.

Francesc Layret está siendo velado en su casa. De madrugada, el ataúd ha cruzado el portal, todavía con dos lámparas melladas por los disparos y el musgo parduzco del serrín ensangrentado formando grumos en las esquinas de los peldaños. En la casa están sus hermanos. Eduard, Mercè, Antidi, Josep Maria. Hay varios compañeros de la corporación municipal, entre ellos Nicolau d'Olwer, el futuro ministro de la Segunda República, tan apreciado por Manuel Azaña y que esos días, a raíz del asesinato de Layret, va a jugar un digno e indispensable protagonismo en los acontecimientos que están a punto de suceder.

La noche, como en los cuentos infantiles, es un bosque lleno de lamentos y lobos. Barcelona duerme con un ojo abierto. En casa de Layret la pena, la indignación y los recuerdos se van dando un turno desordenado y enfermo. Se repasa a saltos su vida, la enfermedad, el sufrimiento desde la infancia, la determinación y la inteligencia. Cuarenta años en el mundo. La soledad. Un amigo de la familia niega con la cabeza y, apelando a la sucesión de disgustos, recuerda que apenas unos meses atrás, en el propio Parlamento de Madrid, un diputado de Salamanca, un tal Martín Veloz, intentó agredir a Layret después de que éste desgranara desde la tribuna los horrores y los abusos de la guerra de Marruecos. También recordó cómo en esa ocasión, valientemente, Indalecio Prieto salió en defensa de Layret.

El piso de la calle Balmes es durante todo el día y la siguiente noche un continuo trasiego, un termitero en el que no deja de oírse cómo cada cual va desmenuzando palabras y actos de Layret. El peso leve de una vida. Su simbología trazada por esos compiladores espontáneos, transfigurados, desvertebrados por el dolor, el estupor o la resignación.

Así, un hombre tímido, menudo y vestido de negro al que luego Eduard Layret presentaría a algunos de los presentes como un sindicalista de Sabadell, antiguo seminarista renegado, recordó algunas de las palabras que Layret había pronunciado dos días antes en su ciudad, Sabadell. Fue su última conferencia y aquel hombre quiso darle, quizás llevado por su desechada vocación sacerdotal, aires de profecía.

«La conferencia tuvo lugar en el Centre Republicà Pi i Margall y los hijos de aquellos a los que Pi i Margall había convertido a la democracia escucharon a Layret con tantísima atención como si fuese el propio Margall quien les hablase, observen ustedes —el hombre menudo, con el mentón azulenco a pesar de la pulcritud del rasurado, aspiraba con fuerza y el aire hacía un ruido raro al entrar por su nariz—, fue

algo inolvidable, y más aún para mí, porque al acabar su discurso, tuve la impresión de que Layret sabía que sobre su cabeza pesaba una implacable amenaza, y ahora, habiendo pasado esto, la impresión se me confirma, porque esto explica lo que nos dijo, en su totalidad, en su profundidad, quiero decir. En su concepto trascendente. El caso es que después de la conferencia unos pocos amigos lo acompañamos al hotel España, era la una de la noche. Apurábamos su compañía como si supiéramos, pero qué íbamos a saber, los quilates que tenía su tiempo. Nos dijo cosas que hoy tienen un alcance muy superior. Y no es emoción del momento. Ni exageración. Porque en el vestíbulo del hotel España, el nombre es otra metáfora, además de un servidor había testigos de nombre, Casanovas, Ventós y Francisco Madrid, que pueden atestiguar lo que cuento. Nos dijo, este hombre que ahora ya sólo es materia química, que debíamos tener la seguridad de que si las fuerzas proletarias no se unen llegará una era de violencia inusitada. Observen ustedes —el hombre abría los ojos desmesuradamente, como si en el interior de su cabeza, una habitación cerrada, alguien arrastrara muebles o hubiese inquilinos desconocidos, hasta tal punto era extraña su expresión que algunos de quienes lo escuchaban pensaron que estaba bebido, por más que luego se comprobara que todo lo que estaba diciendo era cierto y las palabras que él ponía en boca de Layret fueran recogidas por Francisco Madrid, casi al pie de la letra, en un librito titulado *Las últimas veinticuatro horas de Layret* —, observen ustedes. Qué aliento premonitorio. Y dijo más, apoyado en sus muletas, cansado pero siempre tan lúcido. Dijo que el ambiente está preparado para acoger toda esa violencia. Como una madre recibe el flujo seminal y lo nutre con su sangre y luego lo echa al mundo. Bueno, esto de la maternidad no lo dijo, pero se desprendía del contenido, pero sí afirmó que las violencias sociales han colmado la paciencia de todos, que ni las derechas han asumido la lección de la Revolución Rusa ni las izquierdas han sabido llenar de ideas nuevas los viejos programas políticos. El vendaval de la Gran Guerra ha borrado el lenguaje de ayer. Qué criterio tan afinado. Qué pupila mental. Y esto otro: Los gobernantes siguen hablando como antes y el pueblo dice frases nuevas que los de arriba no entienden. Piensan con cincuenta años de retraso y no advierten que lo que importa en estos momentos es tener audacia en la acción. Yo diría, señores, que nuestro querido Layret se sentía ante un abismo, que era consciente de encontrarse en esa orilla donde ya no hay suelo. No digo que intuyera su muerte próxima sino que la había intuido siempre, que llevaba años conviviendo con su esqueleto, no sé si consigo explicarme, y ustedes me dispensen, pero quiero decir que él estaba entre nosotros, entre sus camaradas, entre sus familiares, pero ya no estaba en ninguna parte, eso es —el hombre se ensimismó un momento y algunos de los concurrentes aprovecharon para retirarse, aunque todavía el antiguo seminarista pronunció sus últimas palabras de la noche, pues luego cayó en un mutismo extraño, quizás etílico, quizás pseudomístico, en consonancia con el tono trascendente, casi visionario, que tuvieron las palabras de Francesc Layret en el vestíbulo del hotel España de Sabadell—, eso es lo que quería decirles. Yo no soy

nadie y nunca lo he sido, pero a partir de ahora puedo afirmar que fui y soy testigo, y depositario, de algunos de los últimos pensamientos de Francesc Layret, casi un testamento moral. Porque eso es lo que nos dictó a quienes estábamos con él, un testamento moral. Y con esa clarividencia final, Layret siguió desmenuzando la realidad de este oscuro país en este oscuro momento. Ya conocen ustedes su voz, sólo un velo de la memoria nos separa de ella, pues imagínensela en la confidencia que da la madrugada, como ahora, diciendo: No hay que tenerle miedo ni a las palabras ni a los nuevos hechos. Si España tuviera un hombre capaz de captar el instante que está pasando ante nosotros haría una de las obras más extraordinarias de este siglo. Ya ven ustedes. Yo entonces me decía en voz baja, España a quien necesita es a usted, Layret. Y ahora me lo digo en voz alta. A usted y a hombres como usted. Ése es el futuro que nos han truncado las balas. Pero si ustedes están sorprendidos y piensan que hay un trasfondo raro, o esotérico, en esas palabras de nuestro querido Layret, oigan lo que dijo a continuación, señores, observen, pues me parece capital: Incluso aquellos que por su ideología política demandan la transformación de la sociedad tienen miedo al cambio. La presencia del general Martínez Anido en el gobierno civil de Barcelona es un indicio de lo que va a ocurrir. ¿Qué me dicen? ¿No es extraordinario? Y prometo por el movimiento obrero que no hay ni una palabra de más en lo que les digo. Esta noche vendrá, cuando su deber en el periódico se lo permita, Francisco Madrid, y él fue testigo como yo de lo que les estoy diciendo. Nos quedamos sobrecogidos al oír aquellas palabras y nadie se atrevió a contradecirlo, porque ante aquella convicción tan rotunda y clara, no había argumentos. Y qué argumentos iban a haber si ayer se nos ha confirmado palabra por palabra y coma por coma todo lo que nos anunció, y estábamos allí, eran las dos de la noche, con los ojos de par en par, hasta que Layret nos quiso dejar, pero ya con un pie en la caja del ascensor que habría de llevarlo hacia su última noche de descanso, nos dijo que las pocas libertades que se habían logrado en estos tiempos van a perderse. Las persecuciones, dijo, van a ser sistematizadas. Y todavía mentó otra vez al asesino, al depravado: La presencia de Martínez Anido en el gobierno civil anuncia un régimen autoritario terrible, al igual que el que padece Hungría o Italia y padecerán otros pueblos europeos antes de nada, dentro de poco. Ganas me dan, señores, de que hubiese una persignación laica, un modo de ahuyentar o protegernos de ese designio, pues ya ven cómo se ha cumplido en su propia carne lo que hace dos noches avisó. Un mal en toda Europa, gobiernos déspotas. Y un déspota, o lo que es peor, el lacayo de los déspotas, ya instalado en nuestra ciudad, dispuesto a poner cabezas en la bandeja de sus señores».

El hombre menudo, del que nadie tiene constancia de su nombre pero al que muchos de los presentes esa noche recuerdan, aún estuvo yendo de un corro a otro, cada vez más ensimismado, con la mirada extraviada y un cierto desaliño ganándole terreno.

En cualquier caso, era evidente que las palabras pronunciadas en Sabadell

empezaban a cumplirse. Martínez Anido parecía empeñado en seguir el guión que en el *hall* del hotel España le había trazado Layret.

La policía de Barcelona no da muestras de estar demasiado interesada en recabar información ni pistas sobre la muerte del político. Todo se toma con calma. «Filosofía, señores, filosofía», les aconseja un capitán tripudo a sus subordinados.

Los asesinos de Layret se encuentran la noche del velatorio en el Lion d'Or. Se trata de un garito frecuentado por literatos, putas cursis y señoritos. Se han reunido allí para celebrar su trabajo. Beben, cosa rara entre el gremio, champán. Quizás porque entre ellos se encuentra un sobrino de Paulino Pallás, el anarquista que veintitantos años atrás y al grito de viva la anarquía había arrojado dos bombas Orsini contra el general Martínez Campos en medio de un desfile militar. Este pariente de Pallás —hay quien asegura que no era sobrino, sino hijo— llevaba un tiempo trabajando como asesino a sueldo para el jefe de policía, Miguel Arlegui, y copiaba como podía las maneras de los señoritos a los que su tío —o padre— había tratado de exterminar.

Los homicidas no se preocuparon por disimular, hasta el punto de que algunos parroquianos, enterados del motivo del jolgorio, optaron por abandonar el local. Tal vez por indignación o por miedo de saber demasiado. Podían haber estado tranquilos, ningún policía iba a ir tras ellos para interrogarlos.

Realmente, esa madrugada la policía barcelonesa tenía una preocupación mucho mayor que la muerte de Layret, y era las consecuencias que podría traer la muerte de Layret.

Mientras en casa del asesinado se sucedían escenas de dolor y en el Lion d'Or los criminales elegían las compañeras con las que iban a pasar la noche y la mona, Martínez Anido y Miguel Arlegui se encontraban reunidos en un despachito del gobierno civil. La luz amarillenta, según testimonio de un conserje simpatizante de la CNT, permaneció encendida hasta poco antes del amanecer. Al rayar el día salieron de allí Anido y Arlegui. El primero más ojeroso de lo habitual, con las bolsas de los ojos «como botas de vino y el pelo lamoso», y el segundo «pálido azulenco y más estirado que nunca». «En la habitación parecía que habían quemado papeles, por lo espeso del humo. O a lo mejor eran los puros raros que fumaba el general».

En aquel cuarto mínimo y sin ventilación, los dos hombres que en ese momento controlaban la seguridad en Barcelona habían estado redactando el bando que esa mañana iba a darse a conocer por cada rincón de la ciudad. Era una advertencia contra los rebeldes, díscolos e incendiarios que quisieran aprovechar la muerte de Layret para fomentar el desorden que tanto trabajo le estaba costando instaurar a aquella espeluznante pareja.

El bando, con firma de Severiano Martínez Anido, comenzaba así:

En presencia del vergonzoso recrudecimiento de los crímenes terroristas, que se manifestó a los pocos días de posesionarme del mando de esta provincia, he

creído deber ineludible de la autoridad que ejerzo aplicar los recursos que las leyes me otorgan, con presión proporcionada a la gravedad del mal que a Barcelona infieren los desalmados que juzgaron lícito apelar a los más execrables excesos de la violencia para imponer a los demás sus propósitos de disolución.

La composición lírico-cómica, casi satírica, que el poco afortunado dúo literario había perpetrado continuaba resaltando el empeño del general en continuar el camino emprendido hasta acabar con el tiránico dominio que imponían al conjunto de la sociedad unos pocos individuos que **se olvidaron de que eran hombres**.

No he de olvidarme de que la energía debe ser siempre hermanada con la justicia; para tal labor requiero el auxilio de todas las clases sociales del territorio de mi gobierno. Es preciso que todos, poderosos y humildes, sacudan el yugo intolerable de la coacción clandestinamente ejercida, para restablecer, con el apoyo inflexible de mi autoridad, el imperio del derecho; porque las aspiraciones proletarias, no pueden impunemente implantarse por la organización del crimen.

El bando iba a producir el efecto contrario al que deseaban sus dos redactores. Ellos, aquella madrugada, estaban persuadidos de que, habiendo suprimido los gerundios propios de la escuela literaria castrense e invocando en párrafos impares a la redención de las clases trabajadoras y en los pares a la firmeza, la autoridad y el sacrificio como sinónimos de una amenaza velada, habían dado un paso adelante en su deseo de aplacar los ánimos de la ciudad.

Martínez Anido había mantenido a lo largo de esa noche varias conferencias telefónicas con Madrid. Ministros y seguramente también el presidente del Gobierno habían estado al otro lado del auricular. El gobernador había conseguido salir bien librado de esas charlas por más que, al menos en dos ocasiones, el conserje anarquista le oyera comentar a su compañero Arlegui la elevada tensión de aquellas conversaciones, llegando a decir que «los hilos telefónicos van a arder como esto siga así».

La receta de Martínez Anido contra ese recalentamiento era simple y doble: «Si querían frío que hubieran traído aquí un pingüino más, como esos que habían coleccionado antes de que llegara yo», o, «por mí que agarren los cables y se ahorquen con ellos, desde cuanto más alto, mejor». La noche en vela, la tensión del día y las copas de coñac consumidas durante la redacción del bando habrían acabado de fraguar el sesgo de irrealidad que esa madrugada parecía haber envuelto al dúo Anido-Arlegui, más parecidos en ese momento a una caricatura trazada por su coetáneo Valle Inclán que a personas con las dudas y complejidades que afectan a los seres de carne y hueso.

Pero si, a regañadientes o con reservas, habían conseguido el respaldo de Madrid,

o al menos el silencio, en Barcelona las cosas rodaban de forma distinta.

La bilis, la emoción y la dignidad de multitud de obreros que habrían optado por permanecer en sus casas el día del entierro se revolvió con el bando. Fue aquel provocador edicto el que acabó por llevarlos a las inmediaciones de la calle Balmes para acompañar a quien Martínez Anido parecía empeñado en convertir en mártir.

Por su parte, Martínez Domingo, alcalde de Barcelona, redacta un comunicado en el que muestra no solamente su dolor por la muerte de Layret sino por el encarcelamiento de Lluís Companys. Sus palabras encierran un desafío al gobernador civil. «Si mi cargo de alcalde no me obligase a interesarme a favor del señor Companys, me obligaría a ello la amistad y el afecto. He hecho todo lo humanamente posible para conseguir su libertad y prometo continuar las gestiones…». Después, el alcalde alude a un profundo sentimiento de dolor «por el odioso asesinato del señor Layret». El ayuntamiento aprueba por unanimidad las palabras del alcalde.

El funeral hace presentir una enorme manifestación de duelo y de solidaridad con la causa obrera. Martínez Anido, desvanecida las esperanzas apaciguadoras de su bando al tiempo que se evaporan los últimos efluvios del coñac, se dispone a afrontar el pulso. Sus ojos son dos perros en la noche.

Ya desde las primeras luces de aquel día gélido, el segundo de diciembre, todas las calles y esquinas cercanas a la Gran Vía y a la calle Balmes fueron ocupadas por varias compañías de la guardia civil y la policía. También hay somatenes, más o menos camuflados, por el Paseo de Gracia. Un grupo numeroso de guardias civiles se queda apostado frente a la casa de Layret.

La Vanguardia describía el paisaje a las tres de la tarde, hora señalada para el inicio del cortejo, como una aglomeración humana dominada por obreros y con presencia de muchas mujeres. A las tres y unos pocos minutos apareció por el portal el féretro. Iba a hombros de obreros a los que Layret había defendido en los tribunales. La calle se quedó en silencio y sólo un rumor sordo cruzó de un lado a otro cuando las autoridades asomaron detrás del ataúd.

Algunos periodistas, equivocados por la etiqueta y la distancia, se apresuraron a anotar que el alcalde presidía el funeral. No fue así. Confundieron a la máxima autoridad municipal con Lluís Nicolau d’Olwer. Ni las gruesas gafas redondas ni el pelo moreno ni los veinte años menos de diferencia entre Nicolau d’Olwer y Martínez Domingo sirvieron para sacar del error a algunos de los plumillas. Quizás quedaron confundidos por la firmeza y autoridad que Nicolau d’Olwer demostró. En todo momento el joven concejal hizo de muro de contención entre los indignados manifestantes y unas fuerzas policiales dispuestas al enfrentamiento. El intelectual, en el pasado autor de la primera historia de la literatura catalana escrita íntegramente en catalán y en el futuro ministro de Economía del primer gobierno de la Segunda República, prisionero del mariscal Petain y de la Gestapo, exiliado en Nueva York y México, salvó la situación cuando la comitiva llegó a las Ramblas y su paso fue cortado por la policía, temerosa de que nuevas masas se unieran allí a lo que ya era

una incontrolada manifestación de protesta.

Se produjeron varias cargas policiales. Caballos, sables desnudos, pedradas y adoquines volando. Los portales se cerraban violentamente, impidiendo que se refugiaran en ellos la gente que huía de los caballos y los sables. Gritos, pitos, clamores. Obreros y guardias heridos. El féretro se había convertido en una triste balsa flotando, a veces casi a la deriva, en medio de un oleaje oscuro de cabezas, gorras, pañuelos, tricornios, calvas, moños y casquetes.

El periodista Francisco Madrid contaría cómo sólo «quedamos rodeando el ataúd de Layret unos cuantos amigos, amparándonos en la vara de alcalde de Nicolau d'Olwer», que levantaba «la vara de la autoridad» y gritaba que en ese momento él era el alcalde de Barcelona, quien lo representaba.

Asomaron las cañas negras de algunos fusiles, la amenaza de la tragedia completa, pero en el último instante, como en una mala película o en una novela peor, Nicolau d'Olwer consiguió hacer valer su autoridad. Autoridad civil entre las fuerzas de orden público y autoridad moral entre los acompañantes de Francesc Layret. Él mismo lo plasmó por escrito en un texto dedicado al compañero asesinado y que tituló *Recordando al ciudadano ilustre*. «Tuve la triste satisfacción de presidir, en nombre de la ciudad, su entierro. Estaba organizado de tal manera que todo se encaminaba para que concluyese con un auténtico pogromo. El ataúd de Layret recibió golpes de sable; la manga de uno de los que llevaban el féretro sobre sus hombros fue desgarrada. A pesar de todo, pudo evitarse un nuevo día de luto para Barcelona».

El funeral, una vez interceptado su paso por las Ramblas y después de las múltiples cargas llevadas a cabo por la guardia civil, se vio obligado a dirigirse, siempre a pie y siempre con el bamboleante féretro cargado a hombros de los obreros, por la Gran Vía hacia la plaza de España.

La Veu de Catalunya describió así la procesión en aquel lastimoso tramo:

> **Después de las cargas quedaron alrededor del ataúd y de las autoridades unos trescientos individuos. Por los lados y por detrás seguía una sección de la guardia civil montada. Algún guardia llevaba roto su sable.**

A medida que la situación se amansó, fueron reintegrándose al cortejo los elementos que habían salido huyendo en las diferentes acometidas de la caballería hasta volver a formar la imponente masa anterior. Mellado el cajón, zarandeado el cadáver, pisoteados por bestias y hombres muchos de los dolientes, la enlutada oleada fue finalmente acercándose al cementerio del Suroeste. Las puertas del camposanto, desacostumbradas a abrirse de par en par, chirriaron para dar paso a la multitud.

La comitiva se fue estrechando por el embudo de los pasillos del cementerio, la tarde gris acompañaba el dolor con su bruma y su frío. Las nubes se apelmazaban y se hacían compactas como en un cuadro barato, más que nubes parecían el dibujo torpe de un pintamonas dedicado a plasmar borrascas.

Familiares, autoridades, amigos, conocidos y curiosos, trabajadores y sindicalistas eran víctimas de una rara sensación de irrealidad. Unos iban transidos por la pérdida, otros apesadumbrados por la hostilidad recibida, y otros, olvidados del muerto, simplemente parecían inmersos en una especie de triste prueba atlética, una competición de obstáculos que después de carreras, saltos y esfuerzos variados desembocaba en la meta de aquel callejón funerario batido por el viento y ya medio en sombras.

Eugeni d'Ors, que caminaba agarrado al brazo de Francisco Madrid, era de los que marchaba traspasado por el dolor, aunque éste, más que dolor, fuera una variante literaria. D'Ors, todavía izquierdista agitado, aún con su pelo bruno divido en dos por un rectilíneo cortafuegos pero ya desprendido del bigote con puntas alzadas de su juventud como luego se desprendería de la agitación y del izquierdismo e incluso de lo bruno del pelo y del pelo mismo, ascendía lentamente por el tobogán de las emociones y mientras marchaba entre tumbas en todo veía una manifestación sutil de la tragedia. El autor de los glosarios miraba al cielo, que, según las palabras del periodista Madrid, se iba tintando con una cierta «belleza crepuscular» y en absoluto dejaba indiferente a D'Ors. El insigne Xènius, emocionado, exclamaba a cada paso: «¡Qué marco más bello para este entierro patético!». Según Madrid, a D'Ors «lo estaba ahogando la estética».

Sabiéndose cercanos a la definitiva despedida del gran Layret, los hombres lloraban y besaban la caja. La gente no hablaba, sólo algún suspiro con referencia a Dios y la subsiguiente respuesta en forma de blasfemia se alzaban sobre el compás de los pasos en la grava. «Nicolau d'Olwer iba al lado del cadáver de Layret con los ojos fijos adelante… El áureo atardecer fue ennegreciéndose», Francisco Madrid *dixit*.

Y así, entre vahídos poéticos, llantos y el acecho de unos guardias civiles que todavía hacían acto de presencia y que a cada tanto eran repelidos por los gritos de «¡Cosacos! ¡Cosacos!», llegó la comitiva al pie de un agujero numerado con el guarismo 242.

Antes de que introdujeran el ataúd en el sombrío boquete, desde lo alto de un muro, un obrero leyó unas lamentables poesías. Después de los ripios, un sindicalista, igualmente anónimo, pronunció unas profundas palabras en nombre de los obreros y de las personas humildes que, gracias a Layret, habían conocido el amparo de la justicia.

Por su parte, Nicolau d'Olwer hizo una semblanza del hombre que ahora enterraban. El tono era vibrante y el silencio que lo rodeaba absoluto. En el aire flotó la verdad desnuda, desembarazada de otra sensación que no fuese la pureza del momento. Se manifestaba callado pero nítido el rigor de la vida y la muerte, el leve soplo de lo eterno suspendido de la nada, de las palabras que antes de desaparecer dejaban un rastro casi tangible. Por un instante, aquella heterogénea marea humana supo que estaba acariciando el velo de lo trascendente.

Y así, despertando de aquel vahído efímero, se oyeron las piquetas y los palustres

rompiendo ladrillos en los bordes del agujero, el triste y prosaico arrastrar del ataúd.

El viento soplaba entre los cipreses, esquiaba en un prudente e impersonal eslalon entre las lápidas. Eugeni d'Ors, aupado en el saliente resquebrajado de una sepultura, dedicaría por escrito unas palabras a la descripción de aquel momento, aunque, como puede apreciarse, sustituyó lo trascendente por lo nacional y la emoción por el amor a los gremios:

«La última palabra dicha hoy en el cementerio, de cara a la sangrante caída del sol, ha sido ésta: ¡Viva Cataluña!, pronunciada por un camarada carretero, el Presidente del Arte Rodado». Amén.

La Mola

Nada de almenas románticas ni sillares con mohos medievales, La Mola es una fortificación horizontal, pegada al suelo, edificada unas décadas atrás por orden expresa de la reina Isabel II, con cuyo nombre es bautizado el pabellón oficialmente, aunque todos lo van a conocer siempre como La Mola. Pardo, desabrido, sin árboles dentro ni fuera, pétreo, militar. Enfrentado al castillo de San Felipe, cada uno en el extremo de la boca del puerto de Mahón, son dos colmillos chatos, duros.

Los 36 presos que han llegado de Barcelona son instalados en un patio en el que se levantan dos pabellones medianos. Uno les servirá de comedor y dormitorio y el otro de taller. Entre las tres docenas de presos hay ebanistas y carpinteros, metalúrgicos y orfebres que van a pasar las horas practicando su oficio para ganar unos céntimos o enviar regalos a sus familias. Las condiciones de vida no son malas pero muy pronto surge la primera batalla en la que todos se empeñan. Es la disputa que va a definir la identidad de los detenidos. En ese pulso Companys y Seguí juegan un papel determinante.

El castillo está bajo el mando del coronel José Millán Salmerón. Es un hombre tan apacible que él mismo está allí confinado por sus blanduras. Cuando los sindicalistas llegan, mantiene una entrevista con ellos y les anuncia que recibirán un trato digno y que les hará el retiro lo menos penoso posible. «Casi llega a decirnos que somos sus huéspedes y nos pone un cojín de terciopelo en el culo», le susurra Josep Viadiu al Noi del Sucre.

Sin embargo, el oficial al mando del pabellón tiene otro concepto del hospedaje, o de la vida penitenciaria que debe llevar una reata de criminales. Lo mínimo que espera de ellos es que sigan la disciplina militar que impera en La Mola. Intenta, sin acabar de conseguirlo, alinear a los 36 reclusos en el patio y les anuncia que su nueva vida empieza al día siguiente, y que lo hará al toque de diana. El Noi y Companys cruzan una mirada, susurran algo entre ellos y luego el murmullo, entre sonrisas, va de una a otra punta de la dislocada formación.

Toque de diana en medio de una negrura invernal. Por el patio se oyen carreras, el grito airado de los cabos y de algún suboficial destemplado. En el pabellón de los 36, sin embargo, continúa el silencio, y sólo en la esquina derecha, donde tienen aislado al roncador Daniel Rebull, se escucha un gruñido disparejo y estridente. El oficial entra en la sala, prende la luz y con una vara va golpeando los tubos metálicos de las literas. Ante la inoperancia de sus reos, vocifera y se indigna, amenaza y da cinco minutos para que estén perfectamente vestidos y alineados en el patio. La respuesta es una sonora ventosidad, no se sabe si verdadera o fabricada por la boca de algún gracioso del fondo. «¡Cinco minutos! O en vez del palo traeré el sable. ¡Y no vendré solo!», responde ante la afrenta. Sale.

Nadie se mueve, todos permanecen bajo las mantas. Lo único que ha cambiado es el ronquido de Rebull, que ahora se ha convertido en un farfullar de protestas y toses.

A los diez minutos vuelve el oficial, ahora acompañado por un par de sargentos y una docena de soldados. Esgrime, verdaderamente, un sable. Las caras de sueño se despejan y tensan, pero nadie abandona su lecho. El hombre grita, ordena a sus soldados que empiecen a volcar las camas. Los soldados dudan un instante, las venas del oficial abundan en su cuello al repetir la orden. En ese momento, Lluís Companys, con señorial pijama azul, se ha levantado y se coloca frente él. Le comunica que todos sus compañeros y él mismo son presos políticos y que bajo ningún concepto están obligados a someterse a un régimen cuartelario, sean amenazados del modo que sea.

Las palabras de Companys incendian aún más al oficial y lo reducen directamente a su condición de energúmeno. Vuelve a los gritos, iguala a los presos que tiene ante sí con criminales de cualquier otra especie e invoca a la autoridad para ser obedecido de inmediato. «Autoridad, sabia palabra en labios de un militar —Companys no ha perdido la compostura ni el tono templado de la voz—, siguiendo esa palabra que aquí es ley, la autoridad, le propongo que sea la máxima autoridad de este lugar quien decida si somos presos políticos o canallas desposeídos de derechos y de dignidad».

El oficial mira fijamente a Companys, cruza los ojos, aturdido por tanto desprecio como siente y sin que en ese instante ni él mismo sepa a ciencia cierta si el germen del desprecio nace de las palabras que acaba de oír, del tono mesurado o del absurdo pijama con el que va ataviado aquel individuo. Vuelve al grito y, diríase que sinceramente intrigado, pregunta a voces, no a Companys, no a los otros presos, ni siquiera a sus atónitos soldados, sino a su agarrotada conciencia, si estos reclusos acaso se creen superiores a su tropa y con derecho a llevar una vida superior a la que sus soldados o él mismo llevan en ese peñasco de mierda en el que está destinado desde hace dos años, seis meses y unos cuantos días.

Companys, lleno de templanza, insiste: «Nadie es superior a nadie, pero cada cual tiene un lugar y unas funciones que representar aquí, señor, y lo que digo es que, acogiéndonos a su criterio, sea precisamente la máxima autoridad de este peñón fecal como usted lo llama quien dirima el asunto y nos libre de este desagradable trago. Tan temprano». Un sargento emite un chasquido con la boca y da un decidido paso al frente, pero el oficial ya es carne de duda, el pijama de aquel hombre, su bigotito, la cresta del pelo enarbolada como la bandera del sueño y su templanza lo han llenado de una repugnancia que no logra controlar y que no quiere seguir padeciendo.

«No quiero sangre —confiesa a su pesar—, sólo autoridad».

«Exactamente, exactamente, señor».

La primera batalla, simbólica, está ganada. Los pilares de la vida que los 36 van a desarrollar quedan fijados en su condición de presos políticos tras la entrevista que Companys y Seguí mantienen con el beatífico coronel Millán Salmerón.

Los nuevos reclusos se organizan de cara a los próximos meses. Crean turnos diarios de seis miembros, rigurosamente rotativos, para la limpieza de los pabellones. Establecen horarios, reuniones, conferencias. Surge una pequeña biblioteca con los

manoseados libros que algunos tenían en la Modelo y con los volúmenes que poco a poco empiezan a llegar de la Península, no siempre debidamente aislados por el papel de periódico en el que van envueltos de la pringue de la chacina y las butifarras que los acompañan. Sin embargo, esas envolturas siempre cumplen otra función. Están elegidas por compañeros, esposas y hermanos de los reclusos y traen una información precisa de todo lo que en esos días de oscurantismo está ocurriendo en Barcelona.

El 12 de diciembre, apenas diez días después de la llegada de los presos a La Mola, han sido arrestados todos los miembros de una asamblea que Joan Peiró presidía en Castelldefels. Pocos días después, en su regreso del famoso viaje a Rusia, llega detenido a Barcelona Ángel Pestaña. En el puerto le permiten ver durante unos segundos a su mujer. Tiempo suficiente para que, al abrazarla, le entregue unas cuartillas en las que va escrito su informe sobre Rusia y que su mujer entregará a Evelio Boal, secretario general de la CNT. A Pestaña lo encierran en unas dependencias del puerto. En un primer momento cree que desde allí lo enviarán a La Mola, pero, aquellos que lo han mandado detener prefieren que el grupo de Mahón no se refuerce moralmente con la llegada de nuevos compañeros. Lo dejan en la Modelo de Barcelona.

Las detenciones de Peiró y Pestaña son una nueva señal de alerta. Muchos cenetistas inician una estrategia de alimañas perseguidas. Continuamente cambian de nombre. Aceptan trabajos miserables, malviven en tugurios que de inmediato abandonan por otros normalmente más infectos y reducidos. Pero no es suficiente.

Unos días después de la llegada de Pestaña, en un bar de Pueblo Nuevo es acribillado Juan Llovet, un simpático recaudador de cuotas sindicales. Con él, fingiendo jugar al dominó mientras intercambiaban información clandestina y contactos, están los también recaudadores Antonio Mallol y Jaime Parra, que resultan gravemente heridos. Quienes han disparado contra ellos son unos pistoleros del Libre que encuentran por parte de las autoridades una sospechosa cobertura, traducida en inoperancia policial, desaparición de pruebas y rápido archivo del caso. Los violentos de la CNT no tardan en responder.

El día 22, en el bullicioso mercado de la Boquería que se apresta a la celebraciones navideñas, es asesinado a tiros el miembro del Libre Juan Soler. Sus cuatro asesinos lo dejan sentado y con apariencia de colador en la puerta misma del mercado. Y como la venganza les sabe a poco, dos días después de Navidad, bajo un cielo de plomo y una llovizna que amenaza con convertirse en copos de nieve, tres hombres de mal pelaje entran en la ferretería que regenta Enric Aymerich, miembro del Sindicato Libre. Enric no acierta a preguntar a los individuos qué desean. Comprende de inmediato lo que quieren. Agarra un martillo y lo lanza contra el grupo al tiempo que intenta saltar por encima del mostrador, pero dos de los individuos ya le están disparando. El martillo no ha ido a ninguna parte, Aymerich se queda despatarrado sobre el mostrador, congelado en su imposible salto y con la cabeza, agujereada por varios disparos, depositada en una caja con tornillos y tuercas

que se van inundando por un flujo de terciopelo rojo.

En el castillo de La Mola esas noticias van percutiendo en la moral de los presos que, a pesar del humor ocasional de Companys, la templanza normalmente contagiosa del Noi del Sucre o la moral inquebrantable de Josep Viadiu, están afectados desde su llegada por la muerte de Layret. Cada noticia que llega de Barcelona contribuye a estrechar más el embudo de su ánimo.

En aquel mes de diciembre, asesinatos y venganzas aparte, la noticia que deja desarbolados a los prisioneros ha llegado de Madrid. La dirección nacional de la Unión General de Trabajadores emite el día 16 un comunicado en el que da por cancelado su acuerdo con la CNT. Los últimos acontecimientos, el radicalismo de un sector del sindicato anarquista y el protagonismo, excesivo para la UGT, que Cataluña tiene dentro del movimiento, llevan a los socialistas a cortar unos lazos en los que nunca han acabado de creer.

El día en el que se recibe la noticia, el Noi del Sucre está en la cuadrilla de limpieza. Barre el patio obsesivamente. Las colillas, las briznas de hierba, los granos de arena que llegan desde el mar, todas esas menudencias parecen elementos de un raro rompecabezas en los que, según la intensidad con que Seguí los mira, parece estar el futuro del movimiento obrero español.

Durante la cena, el Noi es pura energía. No para de hablar. A una caída se responde con un nuevo impulso, más enérgico, para levantarse. Ante una dificultad el cerebro encuentra una solución mayor y un beneficio que antes ni se había soñado. Dice cosas parecidas a ésas. Come con ganas y tiene los ojos iluminados, sin parecer en ningún momento que esté loco. Esa noche, alumbrado por una lamparilla de aceite, comienza a escribir sus reflexiones sobre el sindicalismo. Companys lee las primeras líneas y lo anima.

Pero, muy pronto Companys va a dejar de pertenecer al selecto grupo de La Mola. El gobierno de Eduardo Dato había convocado elecciones legislativas y Lluís Companys era candidato por el Partit Republicà Català en la circunscripción de Sabadell. El ejemplo de Layret, encumbrado como mártir de las clases obreras y los desamparados de la tierra, sigue intacto en la turbulenta mente ciudadana. Quieren rendirle tributo, compensarle el sacrificio, y lo hacen en la figura de su amigo y correligionario Companys.

Los electores de Sabadell acuden en masa a votar y lo hacen por Lluís Companys, al que, además de amigo íntimo se considera, en palabras del moderado Ángel Ossorio y Gallardo, como «el discípulo predilecto del glorioso inválido».

Y si eso no es suficiente para valorar la figura de Companys, se añade que en esos momentos está sufriendo un injusto cautiverio. «La elección era un homenaje al muerto, una consagración del sucesor y una ocasión de liberarle».

Lluís Companys, que empezaba a dejar de ser el Pajarito, gana en su circunscripción de un modo clamoroso.

Su acta de diputado es una carta de libertad. Sus compañeros de La Mola se

consideran al margen de la política, al más puro estilo anarcosindicalista, pero celebran el triunfo de Companys. Lleva años prestando servicios a la causa obrera y en esas semanas de cautiverio ha establecido lazos de amistad y camaradería que algunos de aquellos hombres no olvidarán nunca.

La víspera de su partida le ofrecen un modesto banquete. Al rancho nocturno le añaden unos trozos de queso, unos pegotes de sobrasada de la isla y unas aceitunas. El coronel Millán Salmerón les hace llegar de forma clandestina dos botellas de vino para que puedan hacer un brindis. Llegaron a la isla cuando la sangre de Layret aún estaba en la acera de la calle Balmes y ahora, apenas un mes después, levantaban un vaso de vino en honor de Companys, elegido para prolongar la obra del amigo asesinado. Hubo palabras para Layret, para los compañeros igualmente asesinados en esos últimos meses, para los encarcelados como ellos y para los tiempos futuros.

Al día siguiente, en el patio, alineados de una forma más ordenada que cuando lo reclamaba aquel oficial que ya los dejó por imposibles, se despiden de él. Companys los abraza de uno en uno. El último en hacerlo es el Noi del Sucre. Se desean suerte. La figura menuda cruza el patio con el hatillo al hombro. «Parece Charlot», dice Viadiu, muy serio.

Companys embarca, y cuando el buque se hace a la mar, desde el castillo, sus compañeros lo despiden asomando toallas y sábanas blancas por los ventanucos y las troneras. Ángel Ossorio y Gallardo escribió que el barco se alejaba «llevando a Luis Companys al éxito, a la gloria y al martirio». Sí, pero eso sería años después. De momento lo llevaba a una ciudad, Barcelona, donde la ley cada vez estaba más cerca de los sumideros y las cloacas.

Tres días después de la salida de Companys de isla de Menorca acaba 1920. Un viento frío azota la roca y el ánimo de los sindicalistas encarcelados, al menos de la mayor parte de ellos. Con Seguí ocurre algo distinto. Previendo esa amenaza de derrumbe, ha preparado escrupulosamente la última tarde del año. En el pabellón de trabajo, él y Viadiu han colocado sillas, bancas y taburetes. Ya con la luz del día ida, Seguí ofrece a sus compañeros una conferencia sobre el sentido del sindicalismo.

La voz del Noi del Sucre se hace especialmente hipnótica ese día. Lo que transmite a sus compañeros no son sólo las palabras y las ideas sobre las que ha estado reflexionando en esas semanas de cautiverio, sino su actitud. Trabajar, pensar, debatir, perfeccionarse, porque no hacerlo es entregar el poder y la vida al enemigo, ofrecerse ellos mismos y a sus familias y a sus compañeros como reos eternos. Reconocer el triunfo de la injusticia. Entreguismo, cobardía.

Las palabras de Seguí resuenan en aquel barracón circundado de oscuridad, batido por unas olas oscuras y un viento racheado que silba siniestro entre las rocas. «Las ideas todas, sin los hombres que las crean. No son nada». Y los hombres, Viadiu, Amador, Rebull, Pinyol, entre espátulas, formones, madera, cepillos, barro y

viruta, fuman y escuchan, mueven los pies, los calcetines y las alpargatas, tosen y aspiran, entrelazan los dedos encallecidos, anaranjados, nicotínicos, romos, parpadean y bufan, «Ahora bien. Con cuanta más fe se luche y cuanto más íntegramente sea planteada la lucha, más pronto y más felizmente se llegará a la realización de las ideas». Los pensamientos, los recuerdos van y vienen con el viento, en Barcelona la gente empieza a desaparecer de las calles, se oyen gritos de fiesta, despedidas anticipadas del año. Cruces y bendiciones, manteles de hilo, lámparas de cuarenta bombillas alumbrando comedores de caoba, muebles como ataúdes, automóviles que petardean camino de cónclaves familiares, mujeres humildes que acarrean en capachos desvencijados las últimas verduras de la Boquería, niños mendicantes, usureros, putas, chupatintas ojerosos, pajareros y mercachifles subiendo o bajando las Ramblas, figuras de mujeres mal vestidas, alegres, el viento, un carbonero de última hora vendiendo la última mercancía, un borracho anticipado, un tullido con muletas heredadas, una monja descarriada desapareciendo por las callejuelas del Raval, las palabras del Noi tienen un tono bíblico, la creación del Sol y los Astros, la separación de las Aguas y la Tierra, «el anarquismo, sentemos esta afirmación, dio lugar al sindicalismo. El sindicalismo es la base, la orientación económica del anarquismo», y en una casa de la parte alta de la ciudad, en un piso burgués, rodeado de los suyos pero con la cabeza puesta en la isla de Menorca, en el roquedal por el que sopla impávido, mineral y planetario el viento, las palabras, el humo, Lluís Companys levanta una copa de vidrio tallado y se palpa el pañuelo colgante de la americana, esa bandera siempre en la media asta de su pecho anguloso, bebe, sonríe, el bigotillo como un hurón en busca de madriguera, «el anarquismo no tiene un origen material. No nace en un punto para morir en otro. Es propio de la inteligencia y del sentimiento. Es la suma de perfecciones humanas», bebe Companys, bebe y siente el remordimiento y la determinación y el ansia de que llegue el nuevo día, el siguiente, para empezar a gestionar la liberación de sus compañeros, cae una serpentina por el hombro del diputado electo, por Lluís, por Lluís, brinda un primo con papada de barítono y en otra ventana, en otro salón alumbrado por otras bombillas pero por el mismo flujo, por el mismo parpadeo inadvertido y amarillo, Martínez Anido alza la copa, retira el habano del labio amoratado, mueve la mandíbula para liberarse del cuello rígido, de la corbata estrangulante y su señora palpa el mantel como una ciega, ay, los niños, piensa, los niños sin techo, las pobres madres, este mundo, corren despavoridos por la sombra de un portal unos rateros, confundidos con anarquistas, perseguidos, «claro que sindicalismo no es anarquismo. Pero sí es una gradación del anarquismo», en un tugurio del Paralelo, Marià Sans, antiguo pistolero a las órdenes del barón de Koënning, celebra su regreso a Barcelona con un antiguo socio, una joven fuma a su lado y cuenta cómo el año pasado en esa fecha, en esa noche, se cortó las venas, muestra las muñecas cruzadas por dos bordes carnosos, una cicatriz como una pequeña cordillera, otra como la cuerda tensa de un arpa, lo hice por un hombre, uno

que no me merecía, que no merecía ni la cuchilla ni el pensamiento y menos una gota de mi sangre, lo ilusa que puede ser una y allí me habría muerto, Marià Sans, al que sólo le quedan ochenta horas de vida, le pasa una mano por la nalga, arrima su cara al humo que la envuelve y le dice no, no pienses, «el anarquismo dio al sindicalismo alma y espíritu, que a nadie le quepa duda que el sindicalismo es una promesa y una garantía para la precipitación de las ideas anarquistas», el viento como una maldición o un mensaje incomprensible, qué vida le espera a una, qué vida, no lo sé, pero sea la que sea mejor que estar en la hoya, con la espalda puesta en la tabla para que me coman, llueve, empieza a caer una lluvia negra que al atravesar el haz de los faroles se ilumina de plata y los árboles cabecean como borrachos, la sombra de unas gabardinas se pierden calle arriba, una risa, «¿que el sindicato es algo amorfo? Démosle espiritualidad. Elevémosle, elevándonos nosotros por encima de pasiones y discusiones estériles», la mujer aspira el cigarrillo, expira humo, allí, estaría muerta por aquel cerdo, una cuchilla, una vida entera, Marià Sans la mira y se ríe, vaya pensamiento, dice, y se lleva una mano a la cara, para taparse las mellas, cuando cuatro días después le hagan la autopsia en un sótano a tan sólo un centenar de metros de donde ahora se encuentra y extraigan de su cuerpo las nueve balas que han alojado en él los pistoleros de la CNT descubrirán que en el antebrazo derecho, curiosamente, lleva un tatuaje que dice, *Viva la Anarquía*, «lo que sí haremos es arrancar de cuajo lo malo, lo perverso y lo inútil», *Viva la Anarquía*, quizás tatuado a modo de camuflaje en sus tiempos de confidente o una veleidad de la primera juventud, el eco de las risas sube por el patio como un fantasma borracho en busca de la negrura del cielo, hay calles solitarias como túneles, hay calles que ya no van a ninguna parte y por las que ya no suenan ningunos pasos y parece que nunca nadie volverá a transitar por ellas, sumergidas en lo hondo de un pantano viscoso, tristes sombras, alegría, Josep Julià, miembro de la CNT, pone su mirada afligida en la pared que tiene enfrente, el marco fino de madera y la cara de su padre en la foto desvaída, un santo que hoy nos falta dice su madre, qué pena, un santo para qué, piensa Julià, santo para nada, santo para el martirio, mastica, paciente, antes de tres días la boca se le quedará descolgada como la de una marioneta vieja, rota por un disparo, cuando lo maten en un telar de la calle Industria y la camisilla esa que lleva, ya percudida, agujereada por tres o cuatro tiros, se le tinte muy despacio de sangre, como si de su interior surgiera un invento líquido, un prodigio, una mancha que se expande como un animal ciego, como un espectro, como un mapa sin fronteras, y el retrato del padre seguirá entonces colgado triste y funerario en aquella pared ahora alumbrada por dos bombillas que cacarean y se estremecen como un bicho adormilado, «se nos presenta otro problema importantísimo que el proletariado debe resolver. El de la cultura», sí, los hombres suben escaleras, reciben abrazos, beben, es la última noche del año, se refugian en un cuchitril tres anarquistas perseguidos, uno afila un cuchillo enorme, otro bizquea y siente náuseas, habría que matar a Seguí y a todos los tibios, dice, el tercero calla y siente el bulto del revólver en el costado como un órgano más de su cuerpo, un

órgano que destila humores y segrega vitaminas en una combustión lenta, animal, «y cuando sean realidad tangible nuestros deseos, cuando nuestros esfuerzos revolucionarios hayan culminado con el triunfo del proletariado, cuando el hombre, de esclavo pase a ser libre, procuremos que todos los valores de la vida humana tengan representación en el Sindicato y tengan todos los hombres mayor garantía de personalidad, independencia, libertad y emancipación», La Mola es una frente de piedra, un cráneo, un monumento funerario contra el que se estrellan las olas con esa estúpida obcecación de los borrachos, equivocándose, repitiendo el error, insistiendo, la voz del Noi del Sucre es del mismo mineral que el viento, y en una habitación lejana, en un dormitorio alumbrado sólo por la luz del pasillo, una mujer joven, echada entre las sábanas, murmura, ay, si yo una vez tuviera lo que tú tienes, si yo tuviese treinta años, mi propia polla y fuese por el mundo así, sin tener que dar cuentas a nadie, dice la mujer metiéndose los dedos entre el pelo corto, revuelto, a mí no me verían más por aquí, y Manuel Valero, menudo, ojos de pájaro, cenetista del ramo de la construcción, la escucha serio, formal, todavía desnudo, no sabes lo que tienes, dice la mujer afirmando con la cabeza, diciéndose a sí misma cosas que se ha repetido hasta la saciedad, y Valero pregunta casi en un susurro, a qué hora viene tu marido, ella no contesta, lo mira y no sabe que ésa será la última vez, que ya no lo volverá a ver, ni en aquella habitación con crucifijo y un armario con impresión de ataúd ni en la bodega de la esquina donde ella compra el vino para su marido y donde lo atisbó por primera vez, sonriente, dentro de ocho días acariciará la almohada donde Valero ha reposado la cabeza, donde dos y hasta tres veces por semana ha descansado el cráneo que le van a perforar las balas de dos pistoleros del Sindicato Libre la tarde del día 8 de enero de 1921 en una taberna de la calle Jerusalén, esta ciudad es un volcán, esta ciudad nos ha estado necesitando desde hace demasiado tiempo, le confiesa Miguel Arlegui a su cuñado, que come y lo mira, rubicundo, casi sudoroso, masticando, los molares haciendo un ruido sordo, triturando, un ruido de molino y piedras, mientras Arlegui, enjuto, fibroso, alerta, lo mira, vamos a poner las cosas en su sitio, y no nos lo agradecerán lo suficiente, hasta los que ahora patalean y protestan nos lo van a agradecer, maricones, dice el cuñado sin motivo aparente, y traga, lo mira Arlegui con el mismo desprecio que si le hubiera dirigido el insulto a él, en un comedor solitario, desangelado como la bodega de un barco, una mesa, cuatro sillas, dos lucernas encendidas a medio gas, unas fotos difusas y unos libros en un chinero vacío, Teresa Muntaner, Teresita, la mujer del Noi, trenza los dedos, allí sentada, colocada en una silla como una estatua en tránsito y a la que pronto moverán de ese lugar, para llevar a un almacén, a un depósito donde la cubrirán con un trapo y mil capas de polvo caerán sobre su juventud y su esqueleto, sentada la última noche del año en aquella casa de la que una mañana saldrá el Noi del Sucre con su amigo Perones en dirección a Sants para no volver nunca, tiroteado en el cruce de las calles San Rafael y de la Cadena, derrumbándose, fracasando, hundiéndose en el légamo mientras su mano, la mano que ya es la mano de un muerto, roza el revólver que lleva

en el bolsillo y los niños corren espantados, otro crimen, allí sentada, Teresa Muntaner abre la boca como un pez fuera del agua, lenta, pensativa, vela el sueño de los niños ya acostados, piensa en su vida y la encuentra similar al capricho de una ruleta, y no siente ni pena, ni dolor, ni mucho menos compasión por sí misma, sólo un cansancio profundo, mineral, borroso, una hiedra oscura que le va envolviendo y apretando el cuerpo sin dolor, sin odio ni ansia, pero sí con una voluntad empecinada, sorda, subterránea, brutal e impasible, así era la vida, recordará muchos años después en la entrevista que irán a hacerle a Toulouse, así era todo, Seguí con sus cosas, de las que nunca hablaba en la casa, y yo con los niños, cada uno con su brega, su cruz o lo que sea, así era todo, «y ahora, amigos míos, dejadme que diga esta noche mis últimas palabras. Que en estas horas de recogimiento en las que nos une el dolor y una luminosa esperanza de manumisión económica y espiritual, hagamos una profesión de fe, de constancia en el propósito y de confianza en nosotros mismos», manumisión, manumitir, liberar al esclavo, el Noi del Sucre teje el aire, el velo de su voz roza como una cortina las paredes del barracón en el que treinta y cuatro hombres lo escuchan como sonámbulos, aspirantes a la manumisión, a la vida y a eso que los señoritos llaman justicia, también a eso, la voz escapando por las rendijas de los muros, huyendo por la locura de los desagües y los boquetes del mundo, lamiendo el ventanal del castillo donde el coronel Millán Salmerón cena con su familia, huyendo por encima de las garitas, entre los penachos de piedra desnuda y afilada, por entre las cuadras, la bosta de los animales, las ratas que no dejan de cavar túneles, las nubes que se desgarran en flecos fantasmales y al momento se amontonan con unas convulsiones raras, epilépticas, animales asustados, yo lo mataría si me cruzara con él, dice el anarquista borracho, no por él, sino por nosotros, porque los anarquistas sepamos lo que tenemos que saber, para que no vengan a engañarnos desde dentro, el Noi del Sucre y sus amigos de postín, «muchas han de ser las noches que nos reunamos como en esta ocasión, para que nos sintamos más nuestros, para que aprendamos a querernos», Barcelona es un buque con las luces encendidas, camarotes ciegos, por el Raval corren rumores de nuevas muertes, en Gracia hay una falsa alarma, «hoy el azar nos ha reunido en esta prisión. Mañana el deber ha de volver a reunirnos. Y siempre, hoy o mañana, juntas o separadas nuestras personas, habremos de elevar el corazón y el pensamiento por encima de cuanto nos rodea», también el viento es una navaja cortando los pasillos del cementerio, en la tumba de Layret hay unas rosas frescas, la flor de tu vida, rosas blancas, su hermana Mercè puso la mano en la lápida, en esa frontera, al otro lado del mundo donde trabajaba la calavera, en el día de Navidad, por nuestros padres y por nuestros hermanos, nos han segado media vida, reconoce Companys, ahora ya descaradamente triste, bebiendo con desesperación, dos, tres vasos, y luego asomándose a la mirada de los otros como al balcón de un despoblado, a una calle vacía por donde ya no transitaba nadie, van a dar las doce, ya nada volverá a ser, nada es ya como era, somos y vamos a ser otros, ahora será otro mundo, socavado, empezamos todos a disimular, a mirarnos ya de

soslayo en los espejos, a quién se lo dices, Lluís, a quién se lo dices, Companys, le pregunta un cuñado que oye su susurro, ven, anímate y espanta los fantasmas, tienes el futuro, la vida por delante, sí, todavía vendrán los años del combate, una dictadura, una guerra, vendrán amigos muertos, algo parecido a la alegría, nuevos fantasmas, vendrá la presidencia de la Generalitat y vendrá esa mujer que después del matrimonio roto con Mercè Micó un día aparecerá por una esquina de su vida y se quedará en su centro, Carme Ballester i Llasart, la rubia que enloquece al Pajarito, Ésa, la llamarán así tantas veces, Ésa, hasta que venza al tiempo y las habladurías, vendrá la convulsión, el expolio y el desaliento, vendrá la guerra como un manto de plomo, el exilio francés, los nazis y las tapias del castillo de Montjuich donde te irán a fusilar, vendrá todo ese torrente, un río arrastrando objetos, casas derruidas, trozos de vida y recuerdos, y todo parecerá ajeno, parecerá que es la vida de otro, sólo Carme Ballester con su mirada de estanque tendrá visos de verdad, tapias de Montjuich, cementerios y antenas de insectos, élitros, huesos, vida, seremos otros, sí, hasta el final, dónde irá a parar tanta desolación y tanta fuerza, Pestaña, Alomar, Maurín, Evelio Boal, Nin, en tugurios, en calabozos, en sótanos, «elevar el corazón y el pensamiento, por encima de cuanto nos rodea, sí, porque sólo de ese modo será posible triunfar», la mano de Josep Viadiu roza la madera, cinco dedos ciegos, animales abisales que nunca conocieron la luz ni la dimensión del mundo, el Noi fue el mejor de nosotros, dirá y escribirá Viadiu años después, en un librito colectivo, un librito de la colección Cuadernos Populares, París, 1960, dedicado al Noi del Sucre: «el hombre va a tientas. Lo es todo a la vez, lobo y hermano, el sentimiento de justicia unas veces vive latente y otras permanece adormecido, como asimismo el de la injusticia y la violencia», así lo escribirá Viadiu, esmerado, divulgando la figura de Salvador Seguí, el hombre yendo a tientas, lobo y hombre, pero Seguí era todo hermano para él, sólo hermano, hermano para los hombres, lobo para los lobos, y allí está, el Noi del Sucre esa noche, de pie frente a treinta y cuatro hombres que están en manos de un destino arbitrario, despótico, un dado entre los dedos de un jugador de ventaja, en el corazón de Barcelona, ciudad arriba, Severiano Martínez Anido se mueve lento, ve rostros, sonrisas, el año se acaba y todos se alegran porque el futuro ha dado un paso más hacia ellos o ellos hacia él, todos contentos de acercarse un poco más al abismo, esta alegría, esta felicidad.

1921. Ley de fugas

«¿De dónde sacarían el material?».

«¿El material?».

«Sí. Tanto material. Tanta bomba y tantas cosas. Era material español. Eso decían».

«Fabricaban bombas. Las hacían en sus casas, o en los laboratorios, o sea, donde pillaban. Un laboratorio, por llamarlo así, podía estar en un almacén o en la trastienda de una panadería, en cualquier parte».

«Hacían las bombas aquellas. Las que decían Orsini».

«Y otras. Tenían expertos. Y, por si no lo sabe, le diré que la dinamita con la que fabricaban las bombas venía siempre de robos».

«Robos».

«Sí, robos».

«Robaban dinamita. —El hombre menudo cavila—. Y bancos también robaban… ¿Y dónde…?».

«Yo se lo voy a decir. Principalmente esos robos se hacían en Sallent, en Fígols y en Montcada. Tenían un químico extranjero de primera. Ése fabricaba todo, como un ingeniero, o más».

«Sí, pero las pistolas, eso digo. Eso no lo podían construir. Y siempre tenían balas».

«A ver. Eso parece que lo dice usted de broma, una pistola sin balas es como un martillo o una herramienta, nada».

«Digo que tenían munición. Y en Figueras un farmacéutico mató a su mujer y a su cuñada con un martillo».

«Ya sé lo que dice o quiere decir. Barcelona se había llenado de armas en la Gran Guerra. Había habido mucho extranjero. Mucho comercio oscuro».

«Y espías».

«Eso ya se ha dicho».

«También, sí. Se ha dicho casi todo. Por haber, había hasta putas hablando lenguas».

«Casi todo, todo no, porque todavía quedan cosas que contar aquí. Y lo de las putas es una tontería, o por lo menos un detalle, no un fundamento».

«Y lo del asesinato del Noi del Sucre».

Los dos hombres hablan en la penumbra del casino. El enjuto remueve café. El otro, el que lo sabe casi todo, respira sonoro, tiene un ojo más grande que otro, abultado y salido, como si fuese de vidrio, aunque es natural. Es un ojo de vaca, apenas muestra un borde blanco de la esclerótica, todo ocupado por un iris oscuro, casi negro. Éste, gordo, con papada colgante, bebe coñac en copita pequeña, una copita con una franja mínima, de color azul, y otra un poco más gruesa, roja. Es didáctico, prepotente. El delgado tiene los dientes grandes y el pelo juvenil le cuelga

por las arrugas de la frente. El gordo vuelve a hablar.

«Había una foto…».

«Lo que yo digo es que ahora que va a venir la República todo eso tendrá que cambiar. Y a cada uno lo suyo».

«Eso lo dice usted con mucha facilidad y como por decir».

«Lo dicen personas con preparación. Y yo por mi cuenta también lo pienso».

«Sí».

«La verdad no es de nadie. Eso es lo que se va a ver».

«Había una foto…».

«Y antes ha dicho usted, cuando hablaba de los laboratorios en los que hacían bombas, que hasta usaban las trastiendas de las panaderías. ¿Usted sabía que el padre del Noi del Sucre fue panadero?».

«Naturalmente, está dicho, si quiere va usted a mirarlo. Lo de la panadería lo he dicho como un ejemplo, un suponer».

«Era por si se le había olvidado».

«A mí no se me olvida nada. Estábamos en el año veintiuno, empezando. Con Martínez Anido de gobernador civil, los presos en La Mola y todo eso».

«Eso es, sí».

«Pues no sé si de ese año exactamente, mil novecientos veintiuno o veintidós, pero de entonces, había una foto que la veía usted y parecía sacada de una película de Pamplinas o de Chaplin. Nada más les falta el maquillaje, las ojeras negras que les ponen a los que hacen de malos».

«¿Dónde, la foto?».

«En Barcelona. Y si no fuera por lo trágico de todo aquello sería de risa. Están en las afueras, en la puerta de una venta o algo así, porque lo que aparece a la espalda es una campa».

«¿Y por qué habla de esa foto? ¿Quiénes están?».

«Por lo que tiene de particular, y por quienes están, precisamente. Nada menos que Primo de Rivera, a las puertas de ser dictador, Anido, Arlegui y otros cinco o seis a cual más estrafalario. Están de celebración o después de una comilona, eso está claro».

«A saber lo que trataron en el cónclave sus señorías».

«Ésa es la cosa. Y lo de estrambótica es por cómo están retratados. Uno con gorra de marinero, otro con un panamá y otro con un canotier, el de más allá con sombrero de invierno y el de más acá con pajarita, otros con las corbatas tiesas como para la horca y el señor Martínez Anido sonriente».

«Eso sí que es raro».

«Hombre, raro regular, porque era una persona. Aunque su comportamiento fuera inhumano con los filipinos, los moros o los anarquistas, con los de su ralea sería como un piernas normal, es lo que yo tengo sabido por uno que sirvió cerca de él. Pero lo raro de la foto no es Anido sino que Anido está sosteniendo a un tal

Marimón…».

«¿Marimón? ¿Ése no fue concejal de Barcelona?».

«Sí, ése, pero en la fotografía que le digo no tiene trazas de concejal sino de borracho. Está en mangas de camisa, con risita de bobo y como derrumbándose. Aunque la foto, como es natural, está parada, dan ganas de alargar la mano para que el elemento no se caiga, y eso es lo que hace Martínez Anido, sonriendo como cuando uno consiente con un borracho».

«Se podía haber desnucado, el Marimón. Y el que lo aguantaba».

«De acuerdo, pero ahí está el documento».

«¿Y eso cómo concuerda con lo que estábamos hablando?».

«Concuerda en que es una estampa de lo que fueron esos tiempos, un despotismo, y concuerda con lo que yo le había dicho, que mil novecientos veintiuno fue el año de Martínez Anido, eso ni se duda».

«Es una visión».

«Por desgracia, más que una visión. Fue un año siniestro».

«Ahí yo no tengo más que decirle sí señor —el hombre menudo mueve los dientes adentro y afuera, parecen postizos, pero no lo son, es un hombre hecho de retazos, pelo juvenil, surcos de viejo en la cara, dientes blancos con apariencia falsa, manos de pianista—, con recordar lo de mi cuñado ya sería del todo negro ese año. No quiero ni contarle lo que mi hermana padeció habiéndole matado al marido como lo mataron, en la Diagonal, como a un perro».

«Sí —afirma ceñudo el gordo— lo de Ricard Pi…».

«Mi cuñado. Ricard Pi Bayarri».

«… Lo de Ricard Pi y Domènech Rivas fue sangrante, pero no fueron los únicos. Por mucho que la hermana de usted y la compañera de Rivas, si es que la tenía, hubieran padecido, habría sido un alivio que nada más que ellos hubieran sido asesinados de aquella manera, o diez como ellos, pero el monstruo Anido era muy avaricioso de sangre…».

«Usted habla mucho de Martínez Anido, como es natural, por la importancia que tuvo, y de Arlegui, por lo mismo, y que era su sombra, pero al que no mienta es al inspector Antonio Espejo, que era, digamos, el pie y las manos de esos dos pájaros. Sus ojos en la calle, con lo importante que era eso entonces. Y ahora».

«Hablar de aquel año y hacerlo de Espejo es inevitable, así que lo iba a mencionar y usted casi me lo ha quitado de la boca».

«Algunas veces parece que está uno metido bajo el agua del puerto y que los recuerdos son como ahogados que aparecen un momento delante de uno y desaparecen, que los encubre el agua turbia o se los lleva la corriente y los mete en la cabeza de otro».

«Vaya forma de ver las cosas».

«Es más un sentimiento que nada. Y mi cuñado fue uno de los muertos, cuando ni el Noi del Sucre ni otros que tenían cabeza estaban para poner seny donde había que

ponerlo».

«Bueno, pues verá usted si tenía yo presente a Espejo que iba a hablarle de los valencianos».

«Los valencianos».

«Sí. Yo creo que tuvo que ser a mediados de enero de ese año negro cuando llegaron de Valencia cuatro o cinco miembros de la CNT que traían fondos para socorrer a los presos del sindicato».

«Yo es que con mi cuñado, el Ricard, hablaba poco, eso lo tengo que confesar, y los detalles no los sé todos».

«Usted parece…».

«Yo sé más lo de mi hermana que lo de mi cuñado».

«Usted parece más del ramo de la lírica, con los muertos bajo el agua sucia del puerto y todo eso».

«Son cosas que me pasan por la cabeza».

«Pues aplíquese. Y escuche, porque ahí viene lo de Espejo. No sé quién le fue con el cuento, seguro que uno de los que hacía doble juego, el caso es que se enteró de que los valencianos estaban en el café Español…».

«Cómo le gustaba a Seguí ese sitio».

«… Y mandó para allá un pelotón de policías, de paisano».

«Los tirotearon, a los valencianos».

«No señor, los detuvieron».

«Habría mucho personal en el café…».

«Los detuvieron, y en la comisaría los acusaron de ser los asesinos de Maestre Laborde, el conde de Salvatierra».

«Por haberlo matado en Valencia, sería. Con su mujer y su cuñada, en el landó».

«No era un landó».

«Un coche de caballos».

«Sí, bueno. Les querían cargar los muertos».

«Tengo escuchado que la cuñada del conde era una golosina, tan jovencita».

«Con esa edad todo es golosina, o casi todo».

«Turgencias y turtungencias decía un amigo mío, dependiente zapatero de aquí al lado, de Manresa. Digo lo de zapatero porque se queda embobado calzando los zapatitos a las señoras. Y con el dinero y los perfumes, esa mujer, la cuñada del conde que también era condesa o marquesa, tendría la piel como un pétalo de rosa, ya ve usted, turtungencias».

«Su vicio poético es lo que veo, con los pétalos. Muy burgués, por cierto».

«Parece que le incomoda no ser el único que le da al pico».

«Es que soy el que tiene la información. O más información. Y que usted me ha preguntado. Usted sabe que mataron a su cuñado y aún eso lo sabe regular».

«No se encrespe usted. Íbamos por los valencianos y la acusación de la muerte del conde y su patulea, que yo a las ocho me tengo que ir. Y dispense los apuntes».

«Sigo entonces».

«Flechado».

«El mismo día que detienen a los valencianos la policía entra de improviso en el domicilio de un tal Pons Calvo, en la calle Carretas, que a la vez que vivienda era la sede de una cosa que se llamaba Comité Pro Presos de la CNT. Allí detienen a cuatro o cinco, entre ellos, además de a Pons Calvo, a Martínez Casanovas…».

«Ése no sé quién es».

«… Y a un tal Canales Moncax…».

«Tampoco».

«… Que era de cuidado. Y además de detener a estos cinco o seis, encontraron mucha documentación».

«Papeles. Eso es un peligro. Mi cuñado nunca quiso tener en la casa ni un papel, nada, ni una hoja, y eso sí que lo sé, porque mi hermana cuando lo mataron buscó y rebuscó y lo único de papel que encontró fue, mire usted, la foto de una niña, no una chica, no piense mal, una niña de ocho o nueve años al lado de una cabrita, en el campo. Tenía la foto metida debajo de su ropa interior. Las cosas. Y ni idea de quién era esa niña».

«A eso también le podía sacar usted unos versos».

«Yo no, pero no me dirá usted que no hacemos cosas raras los hombres. O sea, y las mujeres, el ser humano en general me refiero».

«Y tanto».

«¿Y los papeles, documentos, que encontró la policía allí eran de importancia? Ya son las siete y media».

«Había recibos firmados por Lluís Companys, el otro abogado, cómo se llamaba, Lorogoyen, y una montaña de recibos con la firma de mujeres que resultaron ser compañeras de los anarquistas a las que el comité aquel Pro Presos ayudaba».

«Organización no les faltaba. ¿Está bueno el coñac ese? Todavía me da tiempo de sorberme una copita».

«Sí, mediano, con regusto. Y entonces es cuando aparece Ramon Archs…».

«Muy amigo de mi cuñado Ricard, metalúrgico de la Hispano Suiza. A Archs sí lo conocí personalmente, iba al Novelty y yo entonces andaba por allí, por asuntos. Archs entraba en el local y se notaba que había entrado, un peso, un plomo en el aire, que todo el mundo volvía la cabeza, y allí estaba él, con cara como de niño grande, con el bigotito y los labios muy carnosos y colorados, igual que las orejas, nunca había visto yo unas orejas regordetas. Era también conocido del Noi del Sucre».

«Ellos se conocían todos, pero no creo que precisamente el Noi del Sucre le tuviese mucha consideración. Archs era, como si dijéramos, de la otra vía. La de la pistola y la bomba».

«Así le fue».

«Sí, lo asesinaron ese mismo año, aunque antes montó todo aquello. A él fue a quien se le ocurrió la idea de hacer el atentado contra el inspector Espejo. Y fue

entonces, en aquellos días de enero del año veintiuno, cuando…».

El hombre menudo le hace una señal al camarero. Le indica con el dedo la copa de coñac y luego su pecho.

«¿Usted gusta otra copita?».

El otro duda.

«Invito yo».

El gordo asiente, el ojo de vaca le da una vuelta al ruedo. El de las arrugas en la frente y el flequillo juvenil le muestra al camarero dos dedos y el camarero hace un gesto fúnebre.

«Yo sabía lo de Archs y Espejo, pero, como le digo, sin los detalles».

«Pues la cosa fue que, después de la detención de los valencianos, Espejo volvió al café Español a hacer preguntas a los camareros. Iba con otro inspector de policía, uno que también había que atar en corto, y que se llamaba Ferrer».

«Ni idea».

«Alguien en el café, un camarero o un parroquiano, debió de dar aviso de que aquellos dos pájaros estaban allí, y todo se puso en marcha. Cuando los dos policías salieron del Español después de hacer sus indagaciones, ya estaban por alguno de aquellos portales los encargados del asunto, que parece que eran varios, un grupito. Como luego dijo el inspector Ferrer, al salir del café, Espejo y él tiraron por Conde del Asalto, pero luego se separaron. Espejo se fue por la calle Ancha y allí le dieron catite. Aprovecharon que se paró para que pasara el carro de la basura, y, bum, bum, bum. Le soltaron no sé cuántos tiros».

«Le iba en consonancia. Con el carro de la basura. Tendría que habérselo llevado, como despojo que era».

«Aunque parece que lo seguían dos o tres, solamente fue uno el que le disparó. Un hombre con un impermeable gris».

«¡Claro! El Hombre del Impermeable Gris. Se hizo muy famoso en la época».

«A partir de entonces apareció en varios atentados…».

«O ajusticiamientos».

«Pero nunca se supo quién era. ¿Su cuñado no sabía nada tampoco?».

«A lo mejor sí, pero ya le digo que el Ricard era callado para lo suyo. Y conmigo, ya le digo, tenía poca comunicación. Seguro que lo sabía, pero tampoco le iba a decir a mi hermana, mira, el Hombre del Impermeable Gris del que habla todo el mundo y que busca la policía es fulanito».

«No, era por si había oído usted algo».

«Nada. Yo en aquella época, además, procuraba no oír nada, lo menos posible. No quería líos, de ahí en parte la distancia con mi cuñado, y el carácter».

«Sin líos no anda el mundo».

«Pues así será. Pero uno es de otra idea. Tiene buen gusto este coñac».

«Se dijo que aquel hombre, el del impermeable gris, podía ser uno que se llamaba Eusebio Conde, otros decían que Laciaga. La cuestión es que si la cosa estaba mal

para los anarquistas antes de la muerte del inspector Espejo, una vez que le dieron pasaporte la cosa se puso fatal. Fueron a por todas. Ese día hubo mucho movimiento. Los de la CNT con afición a la pólvora, sabiendo que el presidente del Ramo del Agua era un confidente de la policía, fueron por él. Le llenaron la barriga de tiros, en el Clot, frente al cine Montaña, estaba mirando los carteles y fue lo último que vio. Para colmo, esa noche mataron a un empresario del metal».

«De algo de eso me acuerdo, por el revuelo que había aquellos días, y porque ya estaba cerca lo del Ricard, mi cuñado, y mi hermana era como si se lo estuvieran diciendo. Muy preocupada, sabiendo que andaba como andaba y con quién andaba».

«Con esos muertos encima de la mesa, sobre todo el cadáver de Espejo, Arlegui tomó la decisión de la ley de fugas. Allí empezó el infierno de verdad».

«La consultaría con el jefe».

«Lo consultaría con Anido, seguro, pero el que dio la orden fue Arlegui en persona. Los reunió, a unos cuantos cabecillas de la policía, y les dijo lo que iban a hacer. Empezó como venganza por Espejo, pero devino método. Esa misma madrugada, la del día que mataron a Espejo, sacaron de los calabozos de comisaría a los cuatro valencianos. Les comunicaron que los llevaban a la Modelo. Esposados. Les dijeron que al estar tan cerca iban a ir andando. La noche de invierno como boca de lobo, como usted puede imaginar, enero, y en aquella época más, más solitaria, y cuando iban por la calle Calabria, o quizás fuera Rocafort, por allí, los guardias se echan atrás y pum, empiezan a dispararles».

«Hijos de puta. A sangre fría, como a conejos».

«Peor. Como a personas. Alegaron que los presos habían querido huir. Esa noche empezó la tristemente famosa ley de fugas».

«Quién se iba a creer aquello. Que iban a huir».

«Nadie, y menos pasando lo que pasó. Uno de los cuatro valencianos, Parra creo que era el nombre, recibió dos tiros, pero los dos en el mismo brazo. Tuvo el cuajo de quedarse allí quieto, empapándose en la sangre que salía de sus compañeros, pero aguantando la respiración y sin un pestañeo. Así que cuando llegó personal del hospital Clínico ya reaccionó y, claro, largó. Contó cómo fue todo, y todavía lo va contando, porque después de aquello volvió a Valencia pero al poco estaba otra vez por Barcelona, y por Barcelona sigue».

«La cosa se puso fea, hasta los que estábamos aparte sentíamos la persecución. Esa avaricia, segando hombres, cuellos, tanta sangre. Una vez vi un charco en las Ramblas como en un matadero».

«Sólo había que tener ojos para darse cuenta de lo que pasaba».

«Estábamos aparte. Los mansos, nos llamaban. Y ellos, no sé cómo habría que haberlos llamado. A unos de un modo y a otros de otro, porque ni siquiera eran todos iguales. Los había del estilo del Noi del Sucre, pero también como Ramon Archs, o hasta el Ricard, mi cuñado. Y al final, todo eso para qué».

«Por el progreso. ¿O le parece a usted poco?».

«A mí lo que me parece es que todo fue una barbaridad. Y que hay maneras».

«Pues ya ve usted las maneras que encontraron Anido y Arlegui. La mañana siguiente de haberles aplicado la ley de fugas a los valencianos detuvieron a otro de la CNT, y lo mismo. Dijeron que quería escapar y le metieron una porción de tiros».

«Una moda. Vamos, que de pronto ese día todos se escapaban».

«Y esa mañana detuvieron a otros cuatro, unos de un grupo que se llamaban a sí mismos los Internacionales, o los de la Internacional…».

«Lo del inspector Espejo les escoció lo suyo».

«… Pues a esos cuatro también. Los detuvieron por el Arco de Triunfo, y al rato dijeron que habían querido huir y que no les había quedado otra alternativa que disparar. Mataron a tres, pero el cuarto, Agustín Flor…».

«Sí, el Flor, hombre…».

«… Flor salió corriendo, con los tiros raspándole las orejas y no paró de correr hasta su casa, como una liebre, pero fue tal el pánico de haberse visto a las puertas de la muerte que al poco de entrar en su casa, de color verde y con un sudor frío, le dio un ataque al corazón y se murió».

«Morirse de susto se llama eso. Yo me acuerdo de un suceso que dio muchas vueltas. Que el día veintidós del uno del veintiuno, entraron en el hospital Clínico treinta y seis muertos a consecuencia de la ley de fugas».

«Lo dice usted muy raro, con esa cantinela de números, como un galimatías, pero es verdad que se dijo aquello, que el veintidós de enero los muertos pasaron de treinta».

«Qué bestias. Treinta y seis. Así reaccionaron los otros. El Ricard es cuando entró en acción».

«La idea fue, como tantas que tuvieron que ver con las pistolas en aquel tiempo, de Ramon Archs. Estaba muy convencido de que había que apuntar arriba…».

«Y para eso llamó a mi cuñado».

«… Atentar contra Martínez Anido…».

«Y no vieron mejor momento ni sitio para hacerlo que en el cementerio, en el entierro de Espejo. Es tener pocas luces. Según mi opinión, piense usted lo que quiera pensar».

«…»

«Por qué se queda usted así. ¿O no tengo razón? Alguna razón tendré. Y alguna vez tendré razón. Aunque sea poca razón y aunque la tenga entera muy de tarde en tarde».

«…»

«Le ha dado a usted la desgana».

«No. Usted se lo dice todo».

«Como se queda así. Mirándome los dientes».

«Yo no miro nada. Lo que yo pienso es que Archs lo tenía todo bien estudiado, que no podían resistir más esa situación. Pero fallaron los encargados de cumplir la

misión».

«La misión no, el asesinato».

«De un perro como aquél».

«Un perro o lo que sea, pero humano. Porque Martínez Anido es humano aunque sea inhumano».

«Entonces ¿mejor soportarlo y nada más? ¿Esperar que matase hasta el último sindicalista?».

«O sea que el que falló fue mi cuñado».

«Los encargados de matar a Martínez Anido en el cementerio eran él y Domènech Rivas. Y fallaron los dos. Y no es que llamaran a su cuñado a última hora. Lo de acabar con Anido lo venía pensando Archs desde un tiempo atrás, sólo que ahí vio la ocasión».

«¿Y en qué consistió el fallo? O lo que usted dice que fue fallo. Porque yo, siendo de la familia, no me enteré nunca de nada más que de que lo mataron de mala manera».

«Pues para empezar, y de eso no tuvo culpa su cuñado, ni tampoco Rivas, Anido se presentó en el cementerio con un montón de policías y guardaespaldas. Rivas y su cuñado no se arredraron, al contrario, estaban decididos a todo, hasta a dejarse allí la vida».

«Tendría usted que haber conocido al Ricard. A carácter le ganaban pocos. Pregúntele a mi hermana».

«Tenían coraje, no se duda, pero los delató el nerviosismo. Mirando como no hay que mirar, y la gente de Anido que estaba muy entrenada en la materia. Los localizaron antes de que pudieran echar mano al revólver, la intención les salió a la cara».

«Me dijo uno que los tiraron sobre unas tumbas. Que con la cabeza del Rivas rompieron una cruz, y que los patearon por encima de las lápidas».

«Bien no los trataron, eso es de garantía. De allí se los llevaron para la central. Y el resto ya lo sabe usted».

«Los afusilaron».

«Fusilados no».

«Mi hermana no vio el cuerpo-presente, ni yo, que estaba con el comercio en Alicante y no llegué a tiempo, pero al Ricard por lo menos sí lo vio el Ramonet y nos dijo que ni le pudo contar los agujeros, y nada más que lo vio de medio cuerpo para arriba, imagínese».

«Eso es verdad, hubo testigos de la saña, pero nada de fusilamiento. Los llevaron a comisaría y esa madrugada, sin que nadie supiera cómo ni por qué los sacaron de allí…».

«El porqué sí se sabe».

«Sí, hombre, bueno…».

«Ya ve que sí se sabe».

«Sí, claro».

«Es que si no se sabe eso no se sabe nada».

«Es una forma de hablar».

El hombre menudo mueve los dientes. Los mueve como un caballo. Muestra las encías. El gordo apunta con cada ojo a una esquina del local.

«Entonces ¿sigo?».

«Natural».

«El caso es que aparecieron, como usted sabe, los dos cuerpos tirados en la Diagonal, efectivamente con muchos tiros, acribillados».

«En el vecindario dicen que oyeron una cosa como en las fallas, una traca que no terminaba. Y luego está el papel».

«¿Qué papel?».

«El papel que un amigo o confidente o qué se yo del Ricard cogió de la comisaría. La copia que habían hecho con carboncillo. ¿Lo quiere ver?».

El gordo asiente, desconfiado, cansado. El otro saca de un bolsillo de la chaqueta un papel doblado en cuatro partes y con las aristas casi cortadas. Lo desdobla con mimo y se lo muestra al otro:

> INDIVIDUOS MUERTOS POR INTENTAR FUGARSE CUANDO ERAN CONDUCIDOS A LA CARCEL
> DOMINGO RIVAS TEJEDOR
> RICARDO PI BAYARRI detenidos el dia del entierro del Sr. Espejo, por haberse hecho sospechosos a una pareja de Seguridad: después de ofrecer resistencia, pudieron ser detenidos encontrándoseles pistolas Star dispuestas para disparar. Al ser conducidos por la noche a la carcel, fueron muertos por intentar fugarse.

El hombre gordo se encoge de hombros mientras devuelve el papel al otro:

«Ley de fugas, de eso hablábamos, ¿no?».

«Usted sabrá —dice el cuñado de Ricard y mientras pliega con esmero el papel, pregunta—: ¿Sabía usted que ellos, los anarquistas, se conocían como la palma de la mano todo el alcantarillado de Barcelona? Mejor que la superficie conocían todas esas callejuelas y recovecos que hay por debajo del suelo».

«Otra ciudad. Algo supe. Tenían planos, para evasiones y cosas así. Pero no sé si en aquel tiempo ya los tenían».

«Ponían bombas en las cloacas. Cosas de otro mundo, parece todo eso».

«…»

«Así que eso pasó. ¿Ya no dice nada?».

«Como usted dijo que se iba a las ocho».

«Sí, si me esperan tampoco importa. Yo no soy tan importante. Ni quiero serlo».

«…»

«Del Noi del Sucre me ha hablado poco, que es a lo que íbamos, o sea por donde empezamos la conversa usted y yo».

«Es que el Noi del Sucre, en las fechas de las que usted me hablaba, estaba preso en el castillo de La Mola. Eso se lo dije antes».

«Ya lo sé que me lo dijo. Y yo ya lo sabía».

«Si le he contado más es para que vea cómo estaban algunas cosas en esa época. Conociendo aquello se conoce más al Noi del Sucre».

«Como si yo no hubiera vivido. Como si yo hubiera vivido en el planeta Luna. Ojalá no lo hubiera vivido».

«¿No dijo que entonces estaba usted en Alicante, y luego en Palamós, y luego aquí? O sea, Barcelona usted la tocó poco. Por lo menos en aquellos años, o por lo que ha referido».

«No se crea usted. Me crié, y viví allí hasta África, y luego otra vez del veintidós al veinticuatro, o casi».

«A usted lo que parecía interesarle era el asunto de su cuñado, Ricard Pi».

«Sí, por la cuestión familiar y haberlo conocido con más detalle que muchos que hablaron tanto de él. Y saber algo más del que lo metió en todo eso, que casi mata de los nervios a mi hermana, el Archs, que lo traté en el Novelty».

«Ya me dijo, usted también, lo del Novelty…».

«Menudo sitio era aquél. Lo que allí se palpaba. Me acuerdo del cojo, uno que era cojo, que siempre llevaba una manivela en el bolsillo, así…».

«Yo lo que le puedo asegurar es que Archs estaba dispuesto a hacer algo gordo. Y lo hizo. Vaya que si lo hizo. Ya antes de lo de Martínez Anido venía dándole vueltas y planeando atentar contra el presidente del Gobierno».

«Lo de Dato».

«Lo de Dato, sí señor».

«Ya, bueno».

«¿Le parece poca cosa?».

«Na, pero eso fue en Madrid —el pariente de Ricard hace una mueca de desdén —: Eso es otra cosa».

«En Madrid o en toda España, depende de cómo se mire, por el significado que tuvo».

«En Barcelona no fue, ni aquí».

«Como usted quiera».

«Como fue. Y eso está sabido y en todos los papeles. Hasta los párvulos se lo pueden decir».

«Pues sí».

«Y nada más».

«…»

«Lo de la ley de fugas fue terrible. Hasta en el Parlamento, en Madrid, la trataron. Gente que no era de aquí».

«España entera tenía los ojos puestos en Cataluña. Vivimos unos años muy tristes, Layret, todas aquellas criaturas matadas como animales. En fin».

«¿Me va a preguntar por los dientes?».

«No. No. ¿Por los dientes? Por qué».

«Son míos».

«Sí, no sé, bien».

«Como me los está mirando. Creí que me iba a preguntar por los dientes».

«Yo no miro nada».

«Mire. Todos. Míos».

«…»

«¿Lo ve? Sin moverse».

«Yo no miraba. He mirado como se mira todo, sin ver».

«Parecía que miraba con intención. Una vez y otra».

«No quería molestar, usted también mira, lo normal, como todo el mundo. Pero sin ofender».

«Da igual. Yo ya me voy. He venido a ver a un hermano, el mediano, que tiene una cosa de pulmón. Por aquí voy a venir poco me parece a mí».

«Pues que haya mejoría».

«No creo. El coñac está bueno, pero tampoco para dislocar».

La calle, La Mola y un magnicidio

Sí, la que ya siempre sería conocida como la ley de fugas fue llevada al Parlamento. Allí, el diputado socialista Julián Besteiro, ya sin la barba estropajosa y negra con la que se había dado a conocer, rasurado, dentudo y con sus maneras evidentes de profesor meticuloso trató de arrinconar verbalmente al ministro de Gobernación, conde de Bugallal.

La sesión, como dicen los cronistas vagos, fue acalorada. Gabino de Bugallal, ojeroso y abotargado, miraba sardónico a aquel socialista que le parecía un pobre músico sin instrumento ni orquesta. «Usted está equivocado en todo. Hasta en los zapatos que se ha puesto esta mañana», susurraba Bugallal mientras Besteiro hacía piruetas oratorias en la tribuna y trataba de despertar la narcotizada conciencia de la cámara. «Hable, hable». Besteiro alzaba la mano entreabierta hasta la altura de su sien para dar énfasis a sus palabras —hable, hable, murmuraba el otro— y preguntaba al ministro Bugallal si estaba de acuerdo con los métodos que Martínez Anido venía empleando desde su nombramiento como gobernador civil de Barcelona.

Bugallal respondía lacónico. «Sí», y añadía algunas consideraciones menores para respaldar el prestigio y la carrera intachable que el general Severiano Martínez Anido desarrollaba al servicio de España.

Julián Besteiro, ante la indiferencia del Parlamento, intentaba la estocada, se volvía agudo, o trataba de serlo, e increpaba al ministro. ¿Qué podía decirle sobre ese horror sangriento de la ley de fugas? ¿En qué país medianamente civilizado se consentían esas prácticas africanas, esos crímenes que tal vez Martínez Anido había aprendido en Filipinas y perfeccionado en Marruecos?

El conde de Bugallal no se esforzaba mucho en fingirse atribulado y respondía que efectivamente era una contrariedad esa rebeldía de los detenidos y que tantos de ellos pretendiesen escapar al ser detenidos o cuando eran trasladados de una dependencia a otra. Pero, a quién se le podía achacar esa pulsión nefasta sino a los propios detenidos y al modo en que ponían en peligro a los funcionarios policiales, a nuestros protectores. ¿O es que está usted, señor Besteiro, con los criminales y en contra de los defensores de la ley?

Sólo dos portavoces salen en apoyo del desolado Besteiro. Son el lerrouxista Rafael Guerra del Río, antiguo redactor de *La Rebeldía* barcelonesa, y Lluís Companys. Dos discursos perdidos en un Madrid en el que una poderosa voz catalana, la de Francesc Cambó, va a apoyar al ministro Bugallal y los métodos del siniestro y laborioso dúo Anido-Arlegui.

Martínez Anido, pues, continúa su trabajo. Siega, rompe, tritura, come, bufa, corta, trocea, desgarra y despedaza, traga, regurgita y vuelve a segar, a cortar, a mandar, a matar. Reza en la iglesia y se lustra ante el espejo, ojeroso, dudosamente hinchado, como si un veneno espeso acompañara su sangre por el flujo de las venas. Tóxico, podrido, siempre con aquel olor a colonia mezclado con el vaho de sus

habanos, masticando aire, exhalando cadáveres.

Una voz, siempre disidente, nunca conforme con nada y menos que con nada consigo mismo, la voz de Miguel de Unamuno, también se ocupa del victimario. Su voz llega lejos, más allá de las fronteras. Ante el corresponsal de un diario alemán, el escritor, que en esos días pone y quita las últimas comas a *La tía Tula*, hace unas declaraciones al más puro estilo unamuniano: «Martínez Anido es un epiléptico, y su mayor distracción es hacer degollar a las gentes en su presencia».

Los perros fieles del general salen en su defensa. Ladran, escriben. Su hagiógrafo oficial declara que Unamuno es un ser «rabioso contra toda autoridad y disidente con todo lo que no sea fruto de su cerebro».

Por su parte, Eduardo Aunós, secretario de Cambó y muy pronto ministro de Miguel Primo de Rivera, escribirá más tarde que el pobre Unamuno es un ser abatido por la pérdida «de los viejos ideales patrios, sin haber tenido fuerza creadora para levantar otros nuevos de raigambre nacional».

Unamuno, siguiendo el movimiento pendular de su ideología o tal vez de su ombligo —quizás más reloj de cuco que de péndulo— y más Unamuno que nunca, Unamuno al cuadrado, tiempo después enviará al general una carta llena de elogios y disculpas, arrepentido de sus «adjetivas locuciones y excesos de lenguaje».

En cualquier caso, las protestas parlamentarias y la coz de Unamuno hacen que la fórmula de la ley de fugas cambie. No se suprime. Sólo se modifican algunos de sus ingredientes para maquillarla sin que ni el fondo ni el resultado muden. A partir de ese mes de febrero, los encargados de aplicarla ya no van a ser los policías de Arlegui, sino individuos del somatén o pistoleros del Sindicato Libre. La policía se limitará a dejarles la presa a tiro, a la salida de la cárcel o de las comisarías.

El calendario se convierte en un triste elenco de víctimas. El 26 de febrero un grupo de pistoleros del Libre llega a las puertas de la Fundición Alexandre, en la Barceloneta. Los pistoleros se bajan de un automóvil. Otros dos llegan andando por la calle Ginebra. La fundición es un nido de anarquistas. Uno de los pistoleros entra en la garita del guarda que hay junto al portón principal. Le pone una pistola en la frente y le ordena silencio. Sus compañeros entran en la fundición. Muy pronto, al ruido habitual de la maquinaria se le suma un petardeo irregular que va en aumento. La intensidad, resonancia y agudeza de los disparos es diferente. El guarda supone que impactan y rebotan en planchas de acero, vigas y paredes. También que encuentran materia humana. El guarda, un hombre grueso y calvo, percibe gritos, golpes, carreras, voces que se acercan y se alejan. Reconoce alguna. Cierra los ojos. Tiembla y siente cómo la boca del revólver se le incrusta en la frente. Teme que el disparo que acabará con su vida sea inminente. Él también es anarquista, adscrito a la CNT desde 1917. Los matones no lo saben, o no les importa. Los que habían entrado en la fundición salen a la carrera, el que le apunta le empuja y corre hacia el automóvil. Negro, quizás marca Ford. El guarda apenas sabe lo que ve. Confiesa un rato después que las rodillas apenas lo sostienen, es un temblor general y muy pronunciado, más

que temblar parece que lo sacuden desde su interior, pero aun así entra en la fundición, caminando despacio, como un inválido. En una montaña de carbón están caídos Francisco Vizcaíno y Emilio Cervantes, unidos por la cabeza como una V al revés. Cervantes sangra en abundancia y manotea torpemente, Vizcaíno está inmóvil, pero con respiración. Unos pasos más allá, al lado de la pileta grande, encuentra al niño Elías Vidal, con el pecho ensangrentado y la cara de un color azulenco. Hace pompas de sangre y tiene los ojos muy juntos, distinto a como los tenía habitualmente. Se cruza con un operario, al que asegura no identificar, que corre hacia la salida con una pistola en la mano, pretendiendo dar alcance a los atacantes. Demasiado tarde, para qué, piensa el hombre gordo y lento, mareado. Sigue caminando hacia el interior de la fundición. De una cuba flotante se derrama plomo fundido, huele a carne asada. Tumbado en el suelo está Ramón Lloveras, muerto. No tiene cara, se la han borrado a tiros. El plomo líquido le cae sobre una pierna y levanta ese olor que se expande por el patio. El guarda trata de apartar el cuerpo de Lloveras del caño hirviente, se agacha, apenas lo toca, piensa que la tobera de la cuba puede moverse y el plomo abrasarlo a él, y Lloveras ya no es más que un muerto. Da dos pasos atrás, entra en la sala del horno, allí, su amigo Emilio Fuentes está a gatas, de la boca y de alguna otra parte, el pecho, un brazo quizás, un hombro, le caen hilos de sangre. Va a acercársele, pero a la izquierda ve a otro aprendiz, el niño Francisco Marcos, también herido. Está sentado en una silla que el guarda no sabe de dónde ha salido, el niño, con las manos empapadas de sangre, se palpa el tórax. El guarda se da la vuelta, sale al patio, el plomo, la pierna de Lloveras, la peste, y vuelve. Siente remordimientos. Lo confesará más tarde a un compañero de *Solidaridad Obrera*. Se sintió cobarde, tuvo mucho miedo, y cuando le apuntaban a la cabeza se arrepintió de ser anarquista, renegó de todo y de todos. Siempre supo que no hay justicia en el mundo. Ahora sabe que tampoco la hay dentro de él mismo. Sus palabras quedan anotadas en un papel amarillo. A la policía no le dirá ni la mitad, para qué. Y menos aún hablarle a esos cómplices de los asesinos de justicia y remordimientos. A ellos, sí, como un desafío, les menciona la palabra venganza. Gordo, fofo, torpe, decidido. Goteante de sudor a pesar del frío.

Y la venganza no tarda en llegar. El balance de víctimas de la Fundición Alexandre es mucho más benigno de lo que al principio se temió. Sólo muere el citado Ramón Lloveras y aunque dos de los cinco heridos presentan un pronóstico de extrema gravedad finalmente quedarán con vida.

El Hombre del Impermeable Gris no espera a conocer los partes médicos. La misma tarde del atentado su sombra vengativa vuelve a aparecer por las calles de Barcelona. Unos y otros dirán que es alto, de estatura media, delgado, corpulento, ágil o lento, cojo o rápido, moreno, con bigote y sin él, trigueño. Un enigma, una leyenda pobre para una población acosada y necesitada de vengadores justicieros.

Quien quizás podría haber dado alguna nota más precisa sobre el misterioso pistolero fue el industrial Antonio Pareto, que ese día lo tuvo frente a él. Pero Pareto,

rimando, se llevó el secreto a su más que inmediata tumba.

Este empresario había despedido meses atrás a todos sus empleados con pedigrí anarquista y los había sustituido por miembros del Sindicato Libre. Ese hecho le pareció más que suficiente al Hombre del Impermeable Gris para elegirlo como contrapeso del atentado de la Fundición Alexandre. A las seis de la tarde, cuando Pareto sale de su oficina y está en la entrada de carruajes esperando que llegue su chófer, aparece el Hombre del Impermeable Gris. Nadie sabe cómo ni cuándo ha llegado hasta allí. Desde una ventana, una mujer lo ve salir de las sombras que hay en el rincón del patio. El individuo llama a Pareto por su nombre, sin gritar ni alterarse, y cuando el industrial se está volviendo para ver quién lo llama y lo mira, le suelta cuatro tiros. Pareto cae moribundo, el Hombre del Impermeable Gris sale a la calle. En un instante se ha perdido por las callejuelas circundantes. Ya saben: alto, delgado, grueso, cojo, bajo, torpe, ágil.

La sangría se prolonga esa semana: el día siguiente del atentado en la Fundición Alexandre y del de Pareto, Sebastián Canal y Antonio Cruzat, miembros de la CNT, caen abatidos en la plaza Real. Día posterior: en la carretera del Morrot es asesinado el tranviario Ramón Esteve quien, una vez puesta en marcha la investigación, resulta ser un policía infiltrado en el sindicato anarquista.

Marzo empieza igualmente virulento. Explosiones, atentados fallidos. El día 3 es detenido en un registro rutinario un tal Ángel Fernández, delgado, cetrino, con ojos de conejo. En la comisaría, un anarquista que hace juego doble lo reconoce: es Evelio Boal, secretario general de la CNT. El soplón entra en un despacho y comunica que aquel hombre que tienen sentado en un pasillo y que se hace llamar Fernández es en ese momento la cabeza de la CNT.

Tras la detención de Boal, Andreu Nin ocupará su puesto y Ramon Archs, el organizador del atentado fallido contra Martínez Anido en el cementerio, es elegido secretario del Comité regional. La línea dura prospera dentro de la Confederación.

En el castillo de La Mola el goteo de noticias hace un trabajo de estalagmita. El pesimismo crece como una roca. Día a día y gota a gota. Salvador Seguí siente peligrar su obra en la distancia. En ningún momento lo vive como un fracaso personal sino como una resbaladiza deriva que puede dañar irremisiblemente al sindicalismo en Cataluña, en España.

«Hacen el juego a la patronal. Han mordido el anzuelo», repite.

Viadiu, Antoni Amador, Daniel Rebull alias David Rey, casi todos, están con él.

«Sentimos que nuestra vida corre peligro. No nuestra vida física —le dice Josep Viadiu en el patio de aquel roquedal—. Sino el sentido de nuestra vida. Todo se puede ir por el desagüe».

«No mientras nos quede resuello. Mientras tengamos al Noi del Sucre y el Noi del Sucre nos dirija. Con cargo dentro de la Confederación o sin él».

Quien así habla es David Rey. Los presos están unidos, o casi. Porque en algún momento Camil Pinyol tiene dudas. No sabe si lo que están haciendo los compañeros

en Barcelona es lo que se debe hacer o no.

Manuel Salvador Serrano tiene certezas. «Ya está bien de dejarse matar como conejos. Ni somos monjes ni mártires. Hemos venido a cambiar el mundo, estamos encerrados en este castillo por eso. Y el mundo no se cambia sin romper el cascarón del huevo. Que me digan qué vamos a solucionar dejándonos matar. Que nos maten llenos de inocencia. Y que nuestros hijos y nuestras mujeres se mueran con la misma inocencia. Empachados de inocencia. Es lo que siempre nos han estado tratando de meter en la cabeza sus curas».

Las posturas aún se radicalizan más. Los polos del anarquismo se alejan. Ramon Archs está en uno de los extremos. Como se ha dicho, es un tipo que no se conforma con poco. «Mi ambición es meterlos a todos en un tren y llevarlos a despeñar». Se supone que «todos» son los miembros de la patronal, los del Sindicato Libre, los policías en general, los pistoleros a sueldo, más de la mitad del clero y más de la mitad del Ejército.

El propósito es una exageración, un exabrupto tabernario, sí, pero después del intento frustrado de asesinar a Martínez Anido, el siguiente plan de Archs también le parece a sus compañeros exagerado. Desorbitado. Pero no es un desahogo espontáneo. Ramon Archs lleva trabajando en ese plan varias semanas. Está dispuesto a matar al jefe del Gobierno, a quien, justificadamente, acusa de dar carta blanca a Anido y Arlegui y de amparar la ley de fugas. Lo tiene todo medido y a su gente preparada.

Ha seleccionado cuidadosamente a su equipo. A principios de marzo se reúne por última vez con los tres anarquistas que van a viajar a Madrid con el propósito de asesinar a Eduardo Dato. Son Pere Mateu i Cusidó —de veinticinco años, nacido en Valls, Tarragona, obrero metalúrgico, mecánico, moreno, achaparrado, con cara de santo—, Lluís Nicolau i Fort —treinta y cuatro años, mallorquín, calvo prematuro y bigotito hitleriano antes de que nadie supiera quién era Hitler, ojos enfebrecidos, aficionado a llevar pajarita, violento— y Ramon Casanellas Lluch —natural de Barcelona, veinticuatro años, con cara de niño triste y tendencias intelectualoides, fervoroso admirador de los bolcheviques, aficionado a la velocidad y a conducir motocicletas. Algo que le marcará la vida, y la muerte.

La reunión se celebra en un almacén de la Barceloneta. Repasan planos, dibujos, horarios. Ramon Archs les da dinero. También nombres y direcciones de compañeros en Madrid que les facilitarán armas, contactos e información suplementaria. Los tres hombres escuchan atentamente. Apenas hacen preguntas. Durante las semanas previas han ultimado los detalles de la operación, todo está claro.

Esa tarde Mateu y Casanellas salen hacia Madrid en una motocicleta con sidecar que será pieza clave en el atentado. Nicolau lo hará al día siguiente por ferrocarril. La motocicleta es una Indian de color gris y con siete caballos de potencia. La han comprado en una tienda de la calle Trafalgar por 5100 pesetas. «Un dragón de la carretera, una máquina del futuro», según Casanellas.

Camino de Madrid, a la altura de La Muela, Zaragoza, tienen un percance. Mateu y Casanellas resultan ilesos. La Indian sufre algunos desperfectos que Mateu repara primorosamente. En Madrid se reúnen con Nicolau, que ya ha establecido contacto con la red que va a darles cobertura en la capital. Tienen localizado el vehículo en el que se desplaza Dato. A pesar de que al entorno del jefe de Gobierno han llegado rumores sobre un posible atentado, cuando se traslada en automóvil lo hace sin escolta, probablemente confiados sus agentes de seguridad en la potencia del Hudson en el que viaja.

Dos días después ensayan la operación. Los tres anarquistas, a bordo de la motocicleta, se sitúan a una distancia prudente del coche oficial. Lo siguen durante unos minutos y comprueban los lugares de desaceleración más adecuados para llevar a cabo la misión. Pere Mateu comunica telefónicamente con Ramon Archs. «El pollo está en el horno». Como si parodiaran las películas del futuro.

El martes 8 de marzo es un día frío. Los anales dicen que amanece con una cierta neblina que poco a poco se va despejando para dejar un cielo despejado, con aire de cerámica, un típico día invernal de Madrid, supone uno. Los tres anarquistas pasan el día encerrados. Comen, fuman, sestean. Nicolau, desobedeciendo las órdenes que piden máxima discreción, sale a estirar las piernas, desarmado, con su pajarita, su bigotillo y un sombrero color canela con el que le gusta aparecer en las fotos.

Pasadas las seis de la tarde, salen. Montan en la Indian. Una hora después puede vérselos en la plaza de Cibeles, dando vueltas alrededor de la diosa y su carro. Ramon Casanellas, que conduce la motocicleta, va ataviado con una pelliza de cuero negro, boina y unas gafas de chófer, o de aviador. Él también se siente un dios. Un ángel exterminador a bordo de un carro de fuego. Pere Mateu, con su pelo recio al viento, chaqueta clara, va en el sidecar, tan serio como si estuviera muy borracho y a punto de vomitar, pero es pura sobriedad. En el asiento trasero de la moto viaja Lluís Nicolau, observa a la diosa desde todos los ángulos, su túnica de piedra pálida. Vagamente le recuerda a Llúcia Forns, su compañera. Luego confesará que los leones congelados empezaron a ponerlo nervioso. Es él quien toca el hombro de Casanellas y le pide que deje de dar vueltas y suba un tramo de la calle Alcalá para evitar sospechas. Así lo hacen, suben, bajan y dan alguna vuelta más hasta que a lo lejos aparece el coche negro y pesado del jefe del Gobierno. Trae buena velocidad.

Eduardo Dato, pálido y ojeroso, calavera canosa, cargando dignamente con sus sesenta y cuatro años, ha salido del Senado y después de solventar unos asuntos urgentes en la sede de la presidencia, se dirige a su domicilio. El Hudson perteneciente al parque de Automovilismo Rápido Militar con matrícula ARM 121 cubre media circunferencia de la plaza de Cibeles y enfila la calle Alcalá en dirección a la plaza de la Independencia. La motocicleta, a la que Mateu le ha destripado el escape para que el petardeo disimule al máximo las detonaciones, se sitúa a la espalda del coche.

En el momento en el que el automóvil ha pasado ante ellos, Mateu y Nicolau han

fijado la posición que el jefe del Gobierno ocupa en el interior. Parte derecha del asiento trasero. El vehículo oficial sube la calle Alcalá a unos sesenta kilómetros por hora. Pere Mateu ya tiene en las manos —todavía ocultas bajo la chapa del sidecar— dos pistolas, Nicolau tantea su arma, aún pegada al pecho. El Hudson, bordeando la Puerta de Alcalá, disminuye la velocidad para cubrir el semicírculo que lo llevará a la calle Serrano, y es entonces, aprovechando la desaceleración, cuando la Indian se pega a la parte trasera del automóvil.

Veintiún disparos. Dos minutos largos de tiroteo.

Mateu, con los dos brazos extendidos, dispara las dos pistolas tratando de que ni el pulso ni los movimientos desvíen sus balas. Nicolau lo hace por encima del hombro de Casanellas, que grita repetidamente «¡Viva la anarquía!». Tiran contra la parte trasera del Hudson. Están tan cerca que las balas atraviesan la chapa y la capota sólida del automóvil. El chófer —el sargento Manuel Ros—, que venía vigilando por el retrovisor la escandalosa motocicleta, advierte de inmediato el ataque, da varios volantazos, Eduardo Dato, ya herido, es zarandeado, vuelve a su posición como un pelele y recibe dos nuevos impactos, uno en la cabeza. La motocicleta está a punto de colisionar con el coche, que acelera y retoma el rumbo hacia la calle Serrano, los peatones miran sobresaltados, son pocos los que comprenden lo que está ocurriendo, sólo advierten unas maniobras raras, el estruendo del escape, una motocicleta y unos gamberros, un muchacho grita que ha visto pistolas, pero todo pasa demasiado rápido, Casanellas, sordo por los disparos que Nicolau está efectuando cerca de su cabeza, acelera —la Indian es un portento de la ingeniería americana— y toma de nuevo la estela del automóvil, que se había distanciado unos metros. Mateu y Nicolau vuelven a disparar, ya con la Puerta de Alcalá a sus espaldas. Nuevo impacto en la cabeza de Dato, varios más en la espalda y en los hombros.

Casanellas acelera, adelanta al automóvil, Mateu se incorpora en el sidecar y todavía aprovecha para hacer dos disparos —uno en el pecho, otro perdido— a través de la ventanilla del Hudson. Huyen, a casi ochenta kilómetros por hora, calle Serrano adelante, alocados, delirantes, temblorosos, felices.

Casanellas es un auriga celestial, Nicolau piensa otra vez en la estatua Cibeles, en Llúcia, en la cara rechoncha del chófer entrevista en el adelanto, en ese borrón de sangre que se sacudía en el asiento trasero del automóvil. Mateu se ha quedado congelado, la cabeza vacía, libre, siente que es la primera vez que ve el mundo, que respira, las dos pistolas están soldadas a sus manos, siempre han estado ahí, formando parte de su cuerpo, de esta vida que acaba de comenzar, recién nacido. Lo recordará casi cincuenta años después, y en una entrevista concedida al diario *Pueblo* confesará que nunca se arrepintió de aquel suceso. «Éramos tres trabajadores jóvenes. Queríamos redimir al proletariado catalán de tanta represión». Además, «yo no maté a Eduardo Dato, sino al presidente de un gobierno represor, hice justicia, que la hagan conmigo». También dijo que ese día recordaron a Francesc Layret, y que alguna de las balas que fueron a incrustarse en el cuerpo de Dato llevaba su nombre.

Una vez dejado atrás el automóvil de Dato, siguieron a toda velocidad calle Serrano adelante. El objetivo era un garaje situado en las inmediaciones de la Ciudad Lineal. Por su parte, el coche ha llegado a la vivienda del presidente del Gobierno, situada apenas a cien metros del lugar donde se habían producido los dos últimos disparos de Mateu. Los policías que están de escolta en la casa montan en el Hudson y se dirigen rápidamente a la cercana casa de socorro de Buenavista. Todo es inútil. El presidente del Gobierno ha muerto por el camino.

La velocidad fue la perdición de Ramon Casanellas. Resultó inútil que Nicolau le gritara varias veces al oído que dejase de acelerar. Un maravilloso incendio devoraba a Casanellas, en su pecho ardían árboles, edificios, colinas enteras, el aire era una llamarada pálida y en ningún instante pensaba en girar el puño para restarle gas a la portentosa máquina, de modo que cuando en un cruce de la calle Arturo Soria un carro apareció frente a ellos, apenas tuvo tiempo de esquivarlo. Lo consiguió, sí, pero el carro, con la bestia que lo llevaba espantada, volcó. El mulero rodó por el suelo aunque no por eso dejó de ver cómo la moto giraba en la primera esquina, ahora sí con la velocidad muy menguada, lo suficiente como para que el hombre logre retener la fisonomía de Mateu y de Nicolau, que miraban hacia atrás para calibrar la magnitud del estropicio, y luego pueda identificarlos. El hombre recorrerá varias veces esas calles y los descampados próximos preguntado al vecindario por los ocupantes de la motocicleta.

El mulero no fue el único testigo, aunque sí uno de los fundamentales. El día siguiente del atentado, muy cerca de donde se ha producido el accidente, una vecina le comenta a una pareja de guardias civiles que un individuo —luego se supo que era Pere Mateu— introducía una motocicleta como la que andan buscando en una antigua carnicería, ahora convertida en almacén, en la calle Fernández de Oviedo. Allí encuentran la Indian con sidecar. Se propala la voz. Todos buscan a los dueños.

Los tres anarquistas se han dispersado después del asesinato. Han abandonado la modesta pensión que le habían recomendado sus contactos en la capital, pero Mateu ha dejado allí sus pertenencias. La dueña de la casa de huéspedes, la señora Valeriana López, temerosa de ser acusada de complicidad o encubrimiento da parte a la policía sobre los tres individuos que se han alojado en su casa. La señora ofrece toda clase de minuciosos detalles sobre el aspecto y las costumbres del trío con el que había compartido techo y comida durante casi una semana.

La policía monta vigilancia en los alrededores de la pensión. Nada. Pero, cuatro días después, en el momento en que están abandonando la vigilancia, aparece un aterido Mateu en busca del gabán que había dejado allí. Es detenido en el pasillo mismo de la pensión, ante los ladridos del chucho de la señora Valeriana y las exageradas persignaciones de ésta.

Por su parte, Lluís Nicolau había tenido la precaución de regresar a Barcelona el día siguiente del atentado. Allí lo esperaba su compañera con las maletas hechas. Fueron a refugiarse a casa de Amor Archs, hermana del organizador de la operación.

Permanecieron ocultos varios días sin salir de la casa, encerrados en una habitación y en silencio, para que ni los vecinos ni los visitantes ocasionales percibieran su presencia. Una semana después, de noche, abandonaron la casa. Cruzaron la frontera en dirección a Berlín. Mucha precaución, poco resultado. Nicolau fue detenido en Alemania unos meses después y extraditado a España.

Ramón Casanellas, siguiendo su pasión bolchevique, huyó a Rusia y se enroló en el ejército soviético. A él nunca pudieron detenerlo.

Pere Mateu y Lluís Nicolau fueron condenados a muerte. A Nicolau no se le podía ejecutar porque el convenio de extradición con Alemania impedía que los presos que este país entregaba fueran luego sometidos a la pena capital. Fue condenado a cadena perpetua. A Mateu se le conmutó asimismo la sentencia de muerte por la perpetua. Ambos estarían encarcelados —Mateu dedicado al estudio, Nicolau fue un preso atípico, solitario, ensimismado y gran observador de muros, suelos y paredes— hasta la proclamación de la Segunda República. En ese momento, tanto ellos como Casanellas, fueron amnistiados.

El desenlace de sus vidas fue heterogéneo. Pere Mateu siguió militando en la CNT. Durante la Guerra Civil combatió en el frente de Aragón. Al caer Cataluña pasó a pie la frontera francesa en el penoso éxodo de febrero de 1939 y fue internado en el campo de Argelès-sur-Mer. Una vez liberado, se estableció cerca de Toulouse. Montó un taller mecánico. Curiosamente, uno de los primeros vehículos que le tocó reparar fue un Hudson, idéntico a aquel en el que viajaba Dato en la fatídica tarde de marzo. Murió en 1982.

Lluís Nicolau, al recuperar la libertad en 1931, fue a establecerse con su compañera Llúcia en Gironella, un pueblecito de Barcelona. Se ganó la vida por distintos medios. Siempre serio, siempre cuidando escrupulosamente su aspecto. Siempre radical, ingresó en la FAI nada más fundarse la Federación Anarquista. Combatió en distintos frentes durante la guerra y tras la caída de Cataluña volvió a España cruzando los Pirineos con un destacamento de anarquistas. Fue capturado en 1939, y fusilado inmediatamente, junto a otros compañeros en La Quart, muy cerca de Gironella, el pueblo donde había vivido.

Ramon Casanellas, ya con el anarquismo dejado atrás como una locura juvenil, regresó a España desde la Unión Soviética en 1931 con la misión de organizar el Partido Comunista de Cataluña. Fue el candidato comunista por Barcelona en las elecciones del 31. No obtuvo acta de diputado, pero siguió trabajando afanosamente por el partido y por papá Stalin. En octubre de 1933 lo vemos de nuevo conduciendo una motocicleta, por última vez. En el viaje que hace desde Barcelona a Madrid en compañía de su camarada Francisco Barrio se estrella contra un automóvil que se cruza en su camino. Casanellas y Barrios mueren en el acto. Desde distintos puntos del PCE se denuncia que la muerte no ha sido accidental, sino un complot perpetrado por destacados comunistas, enemigos de las tesis del férreo Casanellas, el apasionado motociclista.

El Noi del Sucre vive todo esto desde el castillo de La Mola. Intensamente. Sus compañeros lo ven entregarse cada vez de un modo más arduo al estudio y a la escritura. Lee más de una vez las escasas cartas que le envía Teresita. No pierde el pulso vital, pero, según recordará Josep Viadiu con tristeza, «hay días en los que el Noi parece uno de nosotros».

Desde Barcelona, algunos compañeros escriben a Seguí mostrando confianza en que, tras la muerte de Dato, la represalia contra los anarquistas bajará de intensidad. También en La Mola hay quienes piensan así. Llevados por el optimismo creen que al disminuir la represión oficial, la violencia de los sectores más radicales del anarquismo dejará de tener sentido y será la gente de Seguí la que retome el control de la organización.

El Noi del Sucre está convencido de lo contrario. De inmediato los hechos le dan la razón. A lo largo de los meses siguientes Barcelona seguirá siendo un territorio de gánsteres.

Una bandera bordada

Repasando la historia vemos que el sucesor inmediato de Eduardo Dato fue el conde Gabino de Bugallal. Sí, justamente, el hasta entonces ministro de Gobernación, el individuo que de modo tan cínico había respondido en el Parlamento a las denuncias que Julián Besteiro presentó contra los abusos de autoridad que se estaban produciendo en Barcelona. En cualquier caso, Bugallal sólo fue un presidente interino. A los pocos días juraba el cargo —en el que apenas se mantendría cinco meses y del que sería desbancado por el desastre de Annual— Manuel Allendesalazar.

Allendesalazar pensaba que podría contemporizar con el asunto catalán. No apostar fuerte, ni en un sentido ni en otro, rebajar la tensión. Tardó unas horas en comprender que eso era imposible.

Existía una trinchera muy honda y muy ancha, y la poderosa patronal barcelonesa, unida a las autoridades locales, le dejaron claro que sólo cabía situarse a un lado o a otro de la trinchera. Allendesalazar, curtido en carteras ministeriales y conocedor del alcantarillado del poder, no duda un segundo. Por convicción y origen sabe dónde está su puesto. Se debe a los asesinos institucionales. Martínez Anido y su conmilitón Arlegui tienen las manos libres. La fiesta puede continuar.

Y continuó. Marzo se sigue llenando de cadáveres. Hoy mata el Sindicato Libre, mañana la CNT, mañana el Libre, y, hoy y mañana, la policía sigue aplicando la ley de fugas en distintas modalidades y versiones, aunque siempre con el resultado de un anarquista muerto.

Abril cumple puntualmente en su cita con la sangre. El día 1 es asesinado Francisco Celis, conserje de la Unión de Proletarios del barrio de San Martín, gran peligro, como puede deducirse por su cargo, para la integridad de la burguesía catalana.

En este mes va a celebrarse en Lérida, donde la CNT es medianamente tolerada, una asamblea regional del sindicato. La policía facilita a los pistoleros del Libre toda clase de información sobre el evento y sus participantes para que puedan ir asesinándolos allí donde mejor puedan. El pleno estará dirigido por el sector bolchevizante que ahora controla la CNT y en él se decidirá que, a pesar del informe negativo del ahora postergado Ángel Pestaña, Andreu Nin, Joaquín Maurín e Hilari Arlandis viajen a Moscú para que los sóviets faciliten armas a los anarquistas catalanes.

Son recibidos por Trotski, a la sazón Comisario del Pueblo para la Defensa. Los tres delegados presume de acatamiento a la III Internacional. Apelan a su hermandad proletaria y a la necesidad imperiosa de que los trabajadores de Cataluña provoquen una revuelta popular que desplace a la burguesía del poder. Trotski los observa en silencio. Andreu Nin menciona a Pestaña, confiesa que no eligieron al mejor hombre para valorar el alcance histórico de lo que estaba sucediendo en Rusia y afirma que

ahora son ellos y gente como ellos quienes dirigen la CNT, se acabó el tiempo de los niños azucarados.

Trotski escucha al intérprete sin exteriorizar la más mínima expresión. Según Arlandis, asentía. Según los otros dos, rendidos de admiración, el revolucionario ucraniano estaba sumido en una honda reflexión, pues no en vano se convertiría en su profeta, cuando ellos fueran el alma del POUM.

Vagamente afirmativo o reflexivo, una vez que el traductor dejó de hablar, Trotski preguntó, mirando no al intérprete sino a los ojos de Andreu Nin, futuro mártir de su fe, si para esa inminente revuelta contaban con el Ejército. «¿Con el Ejército?», preguntó desconcertado Nin, que no sólo miró a Trotski, aquel reflejo de vidrios en los ojos, aquel alboroto de cabellera en pleno incendio, sino a sus compañeros. En este caso Trotski no tuvo necesidad de traducción. Pidió al intérprete que hiciera la pregunta de otro modo. «¿Contáis, camaradas, con los soldados de Cataluña para la sublevación del pueblo?». Nin se repone y responde, «No, con los soldados no». Tampoco tuvo Trotski necesidad de traducción. Entonces, mientras se ponía de pie, sí sonrió.

No tuvieron armas. Martínez Anido y sus compinches sí tenían, de sobra. Y en aquel mes de abril empezaron a emplearlas no solamente contra conserjes, carpinteros, albañiles, panaderos y tranviarios, o contra simples pistoleros con carnet cenetista. Anido y su sombra Arlegui están dispuestos a romper la cadena que hace posible la supervivencia de los anarquistas y deciden atacar uno de sus puntos vitales: el de los abogados que defienden a los sindicalistas.

El ataque comienza con una campaña de desprestigio y amenazas. El desprestigio era cosa asimilada y sabida desde antes de que cada uno de esos abogados decidiera representar a un anarquista. Las amenazas, viniendo de quienes vienen, hacen temblar a más de uno. La sombra de Francesc Layret cruza por sus cabezas. Si se atrevieron con él lo harán con cualquiera de ellos.

A mediados de abril, sólo dos semanas después de que se hayan difundido las primeras amenazas, es asesinado el primer abogado defensor de los cenetistas. Dos individuos se presentan en el bufete de José Lastra y disparan contra él sin mediar palabra. Salen del despacho, bajan la escalera en calma y montan en un automóvil que los está esperando al borde de la acera. Esa misma noche, cuando José Ulled se encuentra en la puerta de su domicilio —Paseo de Gracia, 105— hablando con el portero de la finca, Francisco Estrada, tres hombres que hasta ese momento parecen unos paseantes se acercan y abren fuego. Estrada muere instantáneamente, Ulled resulta herido de gravedad en el cuello y el tórax. Morirá ocho años después a consecuencia de las heridas que ha sufrido esa noche de primavera.

El prestigioso Eduardo Barriobero, que ha disfrutado de varias actas de diputado y que fue defensor, entre otros casos importantes, de los organizadores de la huelga general de 1917, es alertado por un soplón de la policía que se siente en deuda con él. Le tienen preparado un atentado. Huye a Madrid. Los pistoleros deciden enjugar su

frustración liquidando a Joan Casanovas, un pasante suyo. Van por él. Tres matones. Lo sorprenden cerca de su casa. Bueno, la sorpresa es relativa, porque antes de quitarse de en medio, Barriobero ha dado la alerta a sus compañeros y Casanovas va armado. Es ágil y está atento. Antes de que los matones le disparen brinca y se refugia en un portal. Cuando los pistoleros se acercan, Casanovas repele la agresión. El tiroteo se salda con unos cristales rotos y el ataque de nervios de una anciana de buena familia que circulaba por allí.

Anido y Arlegui están dispuestos a seccionar la médula legal que sostiene al enemigo por donde sea preciso. Envían su gente a Madrid. Allí atentan, aunque de modo fallido siempre —quizás la nostalgia de Cataluña les hace temblar el pulso a los matones—, contra Rafael Guerra del Río, notable abogado y en la época diputado a cortes. También los letrados Fontana y Saragoyen son víctimas de sendos ataques.

Lluís Companys, que en cada uno de aquellos atentados revive el de Layret y que él mismo ha sido abogado de los cenetistas, sufre esos desmanes como una dolorosa herida personal. Así se lo hace saber a Salvador Seguí por medio de varias cartas.

En ellas Companys afirma no dar crédito a lo que está ocurriendo y se pregunta dónde, en qué punto estará el límite, «no el de Martínez Anido, cuyo límite de despotismo ya sabemos que es ninguno, sino el límite de esa gente que se dice civilizada y que en definitiva, querido Salvador, es la que sustenta a ese criminal, la que desde sus salones o desde sus despachos, y no digamos desde su reclinatorio de la misa dominical, encomienda a esa bestia que haga este trabajo de estercolero, en su nombre, en el de los barceloneses, en el de los hombres de bien, con sus conciencias de seda…».

Y con sus conciencias de seda, sí, y con el almidón del dinero, y con el perdón de los pecados, la flor y la nata de Barcelona se rinde ante el gobernador, que no sólo reprime la barbarie anarquista sino que además vela por la regeneración de la moral y las buenas costumbres. Sí, también eso.

A nadie se le escapa que cuando el general llegó al gobierno civil la ciudad estaba inundada de publicaciones obscenas. Libros y folletos que se exhibían en los escaparates y herían el gusto de los ciudadanos más sensibles. El hagiógrafo de Martínez Anido describe el episodio con palabras que darán una idea exacta de la situación: «Era lamentable ver en algunas librerías y en kioscos de las Ramblas láminas de marcado tono sicalíptico, grabados de mujeres desnudas en posiciones que pretendían ser artísticas, aunque bien claramente se veía que no era el arte la finalidad de tales estampas, frente a las cuales se estacionaba bastante gente para contemplarlas, al propio tiempo que se hacían comentarios muy subidos de color…».

Martínez Anido ordenó la retirada de cualquier tipo de publicación que escapase a los códigos morales que él había aprendido en sus inmersiones católicas, ya fuera en las parroquias de Filipinas o en el trato con los curas castrenses en el norte de África.

Y no paró ahí su preocupación por la moralidad del rebaño que le habían encomendado pastorear. El gobernador había advertido —era difícil no hacerlo— el

enorme tráfago de prostitutas que había en Barcelona. Y se empeñó en redimir a esas mujeres, en cuerpo y alma. Evitar que se convirtieran en cadena de transmisión de sus padecimientos sexuales al tiempo que las restituía al buen camino. Para ello, según Oriol Piñol, lo mejor era «disponer de un hospital destinado a albergue y donde fueran atendidas las mujeres de agitada vida que padecían enfermedades venéreas».

Martínez Anido mandó acondicionar un viejo edificio para ese menester y pronto hubo allí internadas ciento cincuenta mujeres. Una «obra bienhechora» sin duda. Sólo que la puso en manos de una gran dama apostólica de la caridad. «Bajo la rígida dirección de doña Tula Galisteo, cuya severidad corría pareja con la escrupulosidad y sentimientos compasivos en su misión», el centro se puso en marcha siguiendo las instrucciones del general, que «reparaba meticulosamente en todos los detalles» y estaba en buena sintonía con la disciplina de horarios, rezos e irrigaciones que esta doña Tula —que haría pasar por casquivana a la de Unamuno— aplicaba a las internas.

Formando parte de esa exaltación de los valores más altos, la citada flor y nata de la burguesía barcelonesa decide rendirle tributo al somatén, que se ha convertido en un socio indispensable del gobernador. El acto central consistirá en la entrega a tan ilustre cuerpo de una bandera con un Cristo bordado por distinguidas señoras. Habrá un gran desfile, presidido por Martínez Anido. Se da por descontado que estará acompañado por Miguel Arlegui.

Los cenetistas del ramo violento no ven mejor ocasión para preparar un gran atentado contra el somatén, contra Martínez Anido y Arlegui, contra las damas de la caridad, contra la bandera y contra el Cristo bordado en la bandera.

En este momento hay que hablar de Juan Bautista Acher, y verán por qué. Acher es un artista del hambre. Delgado, moreno, habituado a la taberna, había nacido veinticuatro años atrás. Tenía la nariz ancha, planchada —quizás de un buen golpe—, y ojos de ave rapaz. Su alias era Shum, en homenaje a un amigo de andanzas llamado Roca al que todos conocían como Salvador Humbert o como Schumblerium.

Realmente Shum era el alias de un alias, porque el verdadero nombre de Acher era Alfons Vila i Franquesa. Había nacido en Lérida. Era artista. Ácrata. Violento. Una llamarada de fuego. De esos que acusaban al Noi del Sucre de ser una monja. Tenía sensibilidad. Muy joven había emigrado a París. Pretendió llegar desde Barcelona a la capital del Sena andando. Casi lo consigue, se quedó a la altura de Orléans. Otros dicen que sólo llegó a Bourges, novecientos o setecientos kilómetros, una bagatela para quien quería incendiar el mundo con poco más de quince años.

Casi seis estuvo en París. Se hizo anarquista en los tugurios de Montmartre. Malvivió, aprendió a burlar a los gendarmes. Cambiaba de nombre como un camaleón de color. Dibujaba. Hacía acuarelas. Retrataba putas y borrachos, amigos y dandis sin blanca. Hacía caricaturas y retratos para saldar las deudas. Tiene talento.

Su obra es un batiburrillo de cafetines y lupanares. Su vida, la de un funambulista. Un Toulouse Lautrec tardío y con mejor planta. Vivió la Gran Guerra escuchando las bombas a lo lejos como una música detrás de un tabique. La dinamita iba a formar parte íntima de su vida.

Juan Bautista Acher —ya con ese seudónimo usado como nombre ordinario y adecuado para eludir el cumplimiento del servicio militar— regresa a Barcelona con veintiún años. Se convierte en un activista inquieto, sediento. La justicia hoy, no mañana. Y sin importar por qué vía ni a qué precio. Lo importante cuesta caro, dicen que dice. De momento, se conforma dibujando carteles reivindicativos e ilustrando publicaciones anarquistas. El estilo es limpio, elegante. El mensaje un rayo. Y como el rayo quiere la luz, y que le siga el trueno.

Y la luz llega con el gran desfile del somatén que se prepara en mitad de esa primavera. Acher se ofrece para participar en el acto terrorista. La idea es volar la tribuna donde Martínez Anido, Arlegui y los somatenes más distinguidos de la ciudad harán entrega de la bandera bordada. Con Acher, al que también llaman por aquel entonces el Poeta, van a colaborar José Pérez alias el Mula, Pedro Vandellós, Roser Segarra y Juan Elías Saturnino.

En la mañana del día señalado, Acher, el Mula y Vandellós caminan por la plaza de Cataluña. Es un día luminoso. 24 de abril. Acher está excitado, casi alegre. Brillan sus ojos ladinos. El Mula tiene un aire demasiado sospechoso, tartamudea, mira todo el tiempo de reojo, a un lado y a otro. Va vestido —casi disfrazado— de anarquista peligroso. Vandellós es pura horchata, lleva en la espalda, rozándole la columna, el plomo de una antigua bala del Sindicato Libre que los médicos no se atrevieron a sacarle. Es un hombre reflexivo y dado a la lectura, asegura que la bala es un regalo, un elemento que no deja de recordarle quién es y a qué se debe en la vida.

Los tres montan en un taxi con la placa 856-B. Le indican al conductor que los lleve a Espluges. Por el camino, en la calle Aragón, recogen a Segarra y Saturnino. El taxista, un individuo llamado Manuel Roca, que ya sospecha algo, protesta. Acher lo conmina a callar y a seguir. En el asiento de atrás se aprietan los cuatro anarquistas. Acher le indica al chófer una nueva ruta. Todos viajan callados, solamente el Mula tartamudea algo a cada tanto. Cosas imprecisas, palabras de desahogo. Acher siente la brisa en su cara, se llena de vida. El aire salado que acariciaba las manos de Salvador Seguí en el roquedal de La Mola. La soledad de un hombre en mitad de un patio carcelero.

El taxi llega a la masía Farinera. Acher desciende, le indica al conductor que mantenga el motor en marcha. Vandellós se baja con él. Entran en la masía y a los pocos minutos salen. Pedro Vandellós lleva un bulto entre los brazos. Arropando un bebé, piensa el taxista.

Pero no es un bebé, es el paquete con las bombas. Lo depositan con cuidado en el suelo del automóvil, al lado de donde van a estar los pies de Acher. El taxista pregunta qué es eso. Acher le ordena que conduzca de nuevo hacia el centro de la

ciudad. El hombre protesta mientras empieza a conducir. Ni protesta ni conduce durante mucho tiempo. Cuando ya ha encarado la ruta de retorno, Vandellós saca un revólver y lo pone en su oreja. Acher le indica que estacione el coche a un lado de la calzada. Una vez cumplida la orden, Acher le hace un gesto con la barbilla, fuera. Pero, hombre, cómo me voy a quedar aquí, y sin el coche, ¿tú sabes lo que me haces? Que te bajes. El hombre, con mono azul, delgado, con pómulos de calavera, sale del automóvil. No ha visto a Segarra, que ya se ha bajado, está a su espalda y le golpea la cabeza, tal vez con una barra de hierro envuelta en un trapo.

El Mula y el propio Segarra cogen al taxista y lo echan por un pequeño terraplén. Rueda hasta el pie de una acequia, inconsciente. Cuando media hora después gatee hasta la carretera, con el maxilar inferior fracturado, los anarquistas estarán con su vehículo deambulando por el centro de Barcelona.

Conduce Vandellós. Acher le da instrucciones. Callejean. Están nerviosos. Estamos atorados, reconoce Acher, que es mejor dibujante que estratega. La policía tiene tomados los alrededores del lugar donde se van a celebrar los actos. El Mula no para de decir Lo sabía, lo sabía. Acher lo manda callar. Gritan. Vandellós impone silencio.

Al llegar al Paseo de Gracia, el taxi es desviado por dos guardias que miran a los anarquistas fijamente, José Pérez el Mula susurra algo, una jaculatoria que decían los prosistas de la época, Saturnino le aprieta el brazo a la par que sonríe y tiene el cuajo de ordenar a Vandellós, Para. Y Vandellós para. Saturnino asoma la cabeza por la ventanilla y le pregunta a los guardias qué pasa, qué es este jaleo. El somatén… va a explicar uno. El otro, menos locuaz, señala el camino que debe seguir el automóvil, Vamos, por allí, por aquí no se puede pasar, vamos. Dan vueltas, a lo lejos ven la tribuna donde van a estar Anido y Arlegui, los cabecillas del somatén, las damas de la peste católica. Pero el cordón policial es infranqueable y aquel coche con cinco individuos a bordo está punto de levantar sospechas.

Discuten, se mandan callar unos a otros, se amontonan las ideas, y finalmente, sin que nunca se haya podido saber de quién fue la ocurrencia, deciden dejar el automóvil lo más cerca posible de la tribuna. Casi cien metros. Para hacer estallar las bombas no tuvieron una idea mejor que meterlas en el motor del coche. Lo paran.

Se bajan todos menos Vandellós. Levantan la portezuela del motor. Saturnino y Segarra acomodan las bombas, cuidadosamente, mientras Acher y el Mula les sirven de biombo. Cierran la portezuela. Le hacen una señal a Vandellós. Acher gira la manivela del motor y el coche arranca. Vandellós baja. Los cinco hombres se alejan disimuladamente confiando en que el calor del motor hará estallar las bombas. A alguien matará, nosotros hemos cumplido, dice el Mula. Los otros caminan en silencio, intentando no mirar atrás.

Salvador Seguí, el aire de abril, Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, las interminables tertulias del Español, los ojos enfebrecidos de Layret, barre el patio de un castillo bañado por el sol y el salitre, y piensa Seguí que el sindicalismo y la lucha por la

causa obrera nada tenían que ver con esto, que la cárcel y la renuncia son un buen precio por un ideal pero nunca por un asunto de matones, briznas de hierba, virutas de tabaco, cucarachas muertas, mondas de manzana con los bordes oxidados, un escarabajo agonizante que aún mueve los élitros, pretendiendo volar, tierra, basura mínima, cerillas usadas, un botón azul, barre lenta y minuciosamente la extensión ilimitada del patio y siente la brisa en sus manos y en la cara y tiene conciencia de su piel, tanto por hacer, tantas posibilidades y tanta vida, y tanto desperdicio, el Noi del Sucre barre y piensa, barre y piensa en la carta que escribirá a Teresa, diciendo lo que no ha dicho, lo que nunca dirá y sólo dejará esbozado, una intención blanda e inacabada, entre sus papeles, esos pliegos con letra irregular que luego mirarán unos ojos ajenos cuando él también esté muerto, dentro de poco, ni siquiera dos primaveras, cuando el aire sople más frío y el sol alumbre claro como entonces brilla en el castillo de La Mola y como brilla en las calles bulliciosas de Barcelona en fiesta, beatas, niños, policías al quite, mujeres, payeses equivocados de ruta, pistoleros camuflados y vendedores ambulantes, briznas de hierba, pregoneros y sastres, hojas muertas, trozos de papel, cabos de cuerda, tranviarios, putas curiosas y monjas al acecho del hisopo, pedigüeños, bombeando sangre, abriendo los ojos, arrastrados por la torrentera incontenible, música, odio y alegría, el desfile ha comenzado y la fanfarria se expande.

Van a paso rápido los cinco hombres. Se dispersan después de darse una consigna, la cabeza metida entre los hombros de Segarra, el aire de dandi del lumpen de Acher, el disfraz de pistolero del Mula, la cara lobuna de Vandellós y la cojera de Saturnino, a cada paso más acentuada. El coche gorjea al ralentí, hace runrún al borde de la acera, humea, las bombas se calientan entre un tripoteo de gases y una pringue de aceites. Los transeúntes miran con extrañeza el hipo del coche y siguen su camino, atraídos por la barahúnda. Hasta que un hombre, con las manos manchadas de grasa, cruza desde el otro lado de la calle y se acerca al vehículo. Se agacha, olfatea, presta atención al carbureo, palpa la chapa que cubre el motor, es un experto.

No, sin duda, no era buen estratega Juan Bautista Acher. El talento para el arte no lo acompañaba en su actividad como matón o carnicero anónimo. Tampoco ninguno de sus compañeros demostró demasiada pericia como terrorista. Por fortuna para los viandantes, ninguno de los cinco ácratas tuvo ojos ni entendederas para advertir que justo frente al lugar donde abandonaban el coche había un taller de automóviles. Les pudo la ansiedad, el miedo, la angustia de sentirse observados, la imprevisión. El mecánico curioso sí se da cuenta de que algo raro está pasando. Se vuelve, se mete los dedos en la boca y da un silbido potente. Un compañero se asoma. El primero le hace señales para que se acerque, le pide que se apresure.

Mientras más de treinta mil somatenes desfilan ante la tribuna que preside Martínez Anido, los dos mecánicos paran el motor del coche, abren la portezuela que lo cubre y ven las bombas. Conminan a los curiosos a que se retiren, cunde el pánico y algunos gritos se mezclan con las ovaciones que cien metros más allá los somatenes

dedican al general Martínez Anido, el público lo vitorea, es el héroe que se ha enfrentado al hampa anarquista, uno de los mecánicos corre hasta una pareja de guardias apostada en la esquina, se forma un revuelo, un policía apunta con su fusil a un sospechoso que parece huir, más gritos y aplausos, el guardia golpea la cabeza del sospechoso con la culata, llegan nuevos policías, se llevan a aquel hombre que luego resulta ser un oficinista pacífico y ejemplar. Las bombas son sacadas de las tripas del automóvil, las tratan con gran delicadeza, las llevan al campo de la Bota y allí las desactivan.

Quizás los amigos de Juan Bautista Acher no trataran la dinamita con el mismo cuidado. El orgullo les quedó herido, así que no se rindieron.

Apenas una semana después de aquella chapuza, Acher fue a una reunión clandestina en la calle Toledo. Allí Roser Benavent, una joven morena, redondita y hacendosa, tenía un taller de costura. El taller, realmente, era una tapadera y después de que cada tarde las tres o cuatro empleadas abandonaran sus tareas de corte y confección aparecían los compañeros de la CNT para dedicarse a la fabricación casera de bombas.

El día de la cita con Acher era importante. Aquel grupo, que luego sería conocido con el nombre de Calle Toledo, pretendía atentar contra el ministro Juan de la Cierva y Peñafiel, de visita en Barcelona. Roser inventó unos alifafes y mandó salir antes de hora a sus modistas. Al poco llegaron los compañeros encargados de manejar los explosivos, y con ellos Juan Bautista Acher, muy interesado por aprender aquel trabajo de laboratorio.

Poca y mala cosa pudo aprender. Sólo llevaba unos minutos observando la faena de sus compañeros cuando se produjo una explosión cegadora. Los tabiques del edificio bufaron, los cimientos emitieron un ronquido sordo como si al monstruo que habita en lo hondo de cada casa lo hubieran herido ferozmente.

El edificio, después de la conmoción, se mantuvo en pie, pero todos sus cristales, parte de un muro, ladrillos, retazos y paños de tela, trozos de muebles e incluso trozos de gente, salieron despedidos y regaron las aceras, los toldos y los comercios de la calle Toledo e incluso los terrados y las aceras de las calles colindantes.

Al pie del inmueble empieza a arremolinarse gente. Desde el cuarto piso sale una nube de humo negra y en el interior del edificio se escuchan alaridos, lamentos, trozos de palabras. Unos segundos después los curiosos ven salir a dos hombres con las ropas quemadas y la piel de un color azul oscuro, grisáceo. Uno de ellos cae de rodillas ante la barrera de espectadores, el otro, desorientado, gira sobre sí mismo, con la chaqueta hecha jirones y el pantalón desflecado, desprendiendo un olor dulzón, humeándole la cabeza, la maraña de pelo achicharrado. Ayuda a levantarse a su compañero y comienzan a andar, trastabillando, calle abajo. Ha sido la primera aparición.

Inmediatamente después hacen su desfile Josefa Crespo y el propio Juan Bautista Acher. Josefa sangra abundantemente por el cuello y la boca, apenas lleva un pedazo

de falda, todavía con una llamita en la parte baja. A Acher le falta un trozo de la mano izquierda, la otra también parece medio mutilada. El artista intenta sostener a su amiga, pero ésta lo rechaza, escupe un cuajo negruzco y se recompone, apoyada contra la pared. Acher se derrumba en la acera, como si lo desmayara la aparición de otras dos víctimas. Son Àngela Abante, tía de Roser Benavent, y Josefa Castro, que surgen igualmente desastradas y desorientadas, aunque apenas con unos rasguños, sólo ennegrecidas y llorosas. Mientras, Josefa Crespo se separa de la pared, prueba a andar, escupe más sangre. A lo lejos ve una farmacia. Se dirige a ella, caminando como una borracha. Al entrar en el establecimiento la clientela se espanta, Josefa tiene un nuevo vómito sanguinolento. Dice incoherencias. La sientan en un taburete, la atienden.

Llegan los dos primeros policías. Ven a Acher tirado en el suelo, escuchan las palabras agolpadas de los curiosos, amontonados, excitados. Los policías piensan que se trata de un incendio fortuito, unos minutos después aparecen los bomberos. Entran en el edificio. En el segundo tramo de la escalera encuentran a Roser Segarra. Está desmayada, la ropa quemada, casi desnuda y con heridas por todo el cuerpo. Continúan subiendo. El olor se hace cada vez más intenso. Los bomberos ya saben que no ha sido una explosión casual. Uno de ellos retrocede y advierte a la policía. Ya son casi una docena de guardias los que han llegado al número 10 de la calle Toledo. Varios entran en el edificio, los otros empiezan a subir a los heridos a varios automóviles. Intentan esposar a Juan Bautista Acher pero un trozo de mano cae al suelo. Prueban a ponerle los grilletes a la altura de los codos. Imposible. Desisten.

Por la tronera en la que se ha convertido la ventana del piso siniestrado se asoma uno de los policías. «¡Aquí hay más! —grita como un niño, alegre—. ¡Y muertos! ¡Esto es un laboratorio! ¡Hay retortas y… de todo!». Entre el público se levanta un murmullo, parece que va a producirse una ovación. Pero todos callan, quieren más.

Los rumores empiezan a propalarse por toda la calle: El taller de costura ha sido atacado por los pistoleros del Sindicato Libre, las costureras eran anarquistas, entre ellas había una delatora de la policía, hay cinco muertas, cuatro, dos, seis, dos niñas, han encontrado medio cuerpo de un bebé tres calles más abajo, en el palomar de un terrado, Roser Benavent era en realidad rusa, al hombre que han recogido un rato antes se le ha caído un brazo entero, era un suicida, un confidente, un cobrador al que le sorprendió el estallido en la puerta del piso, Roser Benavent tenía oculto en el taller de costura a un científico alemán que estaba fabricando un veneno que echarían en el agua y acabaría con media Barcelona, la policía se había llevado rápidamente a todos los heridos porque todos eran policías, agentes de Martínez Anido, el propio Arlegui había estado allí. Los bulos trataron de imponer su fantasía a una realidad que rebajaba las ilusiones de los curiosos.

También el policía que se asomó al balcón gritando tuvo que bajar sus expectativas. Los bomberos encuentran un solo cadáver, el de Juan Abrau. También, en un primer momento, dieron por muerto a un individuo reventado por la onda

expansiva y que estaba incrustado en un armario, se trataba de Juan Bautista Cucha, otro activista aficionado a los explosivos, y que moriría dos días después sin haber recuperado el conocimiento. Cuando lo encontraron era un hombre expandido, absolutamente hinchado por la detonación, casi tan amplio como el armario que lo albergaba, aunque lo que más sorprendió al policía que registró el suceso, según el número de líneas que le dedicó en su informe, fue que el espejo del «despanzurrado» armario estuviera intacto, «como para mirarse uno de cuerpo entero». Por último, encontraron a la propia Roser Benavent, la dueña del taller de costura, completamente abrasada y presa de un extraño delirio que la llevaba a decir frases incongruentes «Sube todas las maletas, ese cura lleva los galgos, los niños deberían merendar…».

Todos los miembros de la célula fueron detenidos y, salvo Roser Segarra, que logró huir del hospital mientras se reponía de sus heridas, juzgados y condenados a diferentes penas.

Juan Bautista Acher logró conservar una de sus manos prácticamente entera y la otra bastante mermada, por lo que a partir de entonces añadió a sus numerosos alias el de El Artista de las Manos Rotas. Estuvo hospitalizado durante varios meses y pasará un tiempo en la cárcel antes de ser condenado a muerte. Su juicio coincidirá con los últimos días del Noi del Sucre. Entonces media intelectualidad española se movilizará en contra de la sentencia. Concha Espina se pondrá al frente de una petición de indulto a la que se sumarán entre otros Santiago Ramón y Cajal, Julián Zugazagoitia, Valle Inclán, Jacinto Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Luis Araquistáin, Mariano Benlliure o Álvaro de Albornoz. Desde fuera de España firmarán la petición de indulto personalidades como el abanderado del caso Dreyfus, Sébastien Faure, Henri Barbusse, Errico Maltesta, Gorki o Emma Goldman.

También Ramón Acín escribirá un artículo en defensa de Acher. En él dirá que había que evitarle el patíbulo al artista «por humanidad y por estética. Como hombre, por humanidad; no hay derecho a segar una vida joven y llena de promesas. Como artista, por estética hay que librarle de las feas contorsiones de los ajusticiados. Un humorista y anarquista del temple de Acher no sentiría tanto el ver cómo se le escapaba la vida, como el tener que sacar la lengua con arreglo a la ley».

Anticipándonos a los hechos, diremos que las protestas y peticiones tuvieron su fruto. La pena de muerte fue conmutada por cadena perpetua. Una perpetuidad que duraría hasta 1931, cuando la amnistía republicana le granjeó la libertad. A pesar de las mutilaciones sufridas, Acher seguiría ejerciendo como un importante ilustrador y cartelista. Tampoco las heridas de las manos lo disuadirían de participar como soldado en la Guerra Civil. Luego vendría el exilio. Francia, Cuba, Nueva York y México, donde moriría a los setenta años, en Cuernavaca.

Pero estamos en 1921, cuarenta y seis años antes de que Acher abandonara el mundo, y no en la capital de Morelos sino en Barcelona. El Noi del Sucre está encerrado en el castillo de La Mola, barre, fuma, piensa y escribe y a veces ríe. Otras,

en mitad de la noche, piensa en el desgajamiento que la violencia y los nuevos cachorros anarquistas pueden acarrear al sindicalismo, a la CNT. Lluís Companys es un combativo diputado a Cortes que, una vez clausurado el diario *La lucha*, dirige el periódico republicano *L'Avenir* de Sabadell, fundado por Layret. Ángel Pestaña, al igual que su antiguo oponente Salvador Seguí, siente que el anarquismo está dinamitándose a sí mismo cada vez que comete un acto terrorista. Cada bala en la espalda de un miembro del Libre es un disparo a nuestro corazón, cada atentado que se comete en nombre de la Confederación una bala que entregamos a la burguesía y al capital. Preso y depresivo, Pestaña rumia, escribe, no ve horizonte, pero nunca jamás tiene la tentación de rendirse. A veces piensa en qué estará pensando el Noi del Sucre.

Otro de los líderes cenetistas, Evelio Boal, que ha dejado su cargo de secretario general tras ser detenido, tendrá peor suerte. Está preso en la Modelo. Tiene el sueño del comunismo libertario. Es fiel al Noi del Sucre, pero rige por su cuenta. Echó los dientes en la militancia, entre las viejas glorias de las artes gráficas. Elegante, sensible, duro. La cárcel no puede con él. Pero sí el plomo.

La primavera es de sangre, y los nuevos cenetistas quieren a toda costa la de los enemigos más brutales. Someten a Arlegui a vigilancia. Para evitar sospechas eligen a dos mujeres, María Fernández y Josefa Castro. Lo hacen mal. Los guardaespaldas del general las detectan. Las detienen. Son melosas y al menos hacen bien el papel de ingenuas. Sin asideros para acusarlas en firme, las sueltan.

Descartado Arlegui, de nuevo ponen el blanco en Martínez Anido. Idean un nuevo atentado contra él. Pretenden matarlo en la puerta de la iglesia que visita con frecuencia. La de Santa Ana. Aníbal Álvarez y los hermanos Asdrúbal montan guardia en los alrededores durante varios días. Se turnan, pasan horas en una taberna colindante, en un portal vecino, en un almacén de cebada con cuyo propietario han trabado una amistad espontánea.

Martínez Anido, guiado en principio por la casualidad o tal vez por el instinto, deja de ir unos días a la iglesia. Después, alguien —¿el párroco, un vecino anónimo, el propio dueño del almacén de cebada?— le hace llegar la información de que unos individuos sospechosos merodean por los alrededores de Santa Ana. Y puede que el instinto o el cansancio también movieran a Álvarez y a los Asdrúbal, porque súbitamente desaparecen del barrio sin que la policía les eche el guante.

Pero Martínez Anido no puede quedarse sin venganza, pues no sólo iban a atentar contra su vida, sino contra la Autoridad. Y eso necesita un escarmiento, enjugarse con el ritual sagrado de la sangre. Se dan las órdenes adecuadas.

Esa misma noche, Evelio Boal y Antoni Feliu, tesorero de la Regional Catalana que ha sido detenido meses atrás, son trasladados desde la cárcel Modelo a la jefatura central de policía. Allí se encuentran en un calabozo con otro cenetista, José Domínguez. Un policía de paisano les hace un breve interrogatorio. Después de cumplimentar unos formularios, les comunican que quedan en libertad. Pueden irse.

Les entregan sus pertenencias. Son las dos de la madrugada. Ley de fugas.

Los tres compañeros salen en mitad de la noche llenos de prevención y precauciones. Caminan pegados a las paredes, buscando las sombras. Se detienen a cada tanto. No se oye eco de pasos. Sí algunas voces de borrachos o prostitutas. Sonidos enormemente tranquilizadores. En la calle Mirallers se separan. Boal y Feliu siguen juntos, Domínguez toma el camino de su casa. Apenas se han despedido cuando una lluvia de balas cae sobre Evelio Boal y Antoni Feliu. Boal es acribillado. Feliu, herido levemente, corre hacia un portal, sube las escaleras como un viento desaforado, hasta el final, hay una puerta endeble, la derriba, está en el terrado, sin saber si lo siguen o no. Oye una nueva andanada de disparos. Se tira al suelo. Pero no están dirigidos a él, suenan un poco más lejos, en la calle Sombrerers, que es donde han cazado a Domínguez. Después silencio. Un único disparo. Voces apagadas en la calle. Son los policías. Feliu se agazapa, se arrastra hasta las tejas, camina imitando a los gatos, sin ruido. Huye. Por poco tiempo. A Severiano Martínez Anido le gusta hacer bien su trabajo. Dos días después, unos pistoleros del Libre acabarán con él en las inmediaciones del Arco de Triunfo.

Sí, Martínez Anido es un gran trabajador. Y se le rinde tributo. Un homenaje «Aunque refractario a todo acto de pública ostentación, el gobernador no pudo negarse a aceptar el homenaje que en prueba de agradecimiento quiso tributarle Barcelona», nos dice su ilustre biógrafo, el también militar Oller Piñol.

Las inmediaciones del gobierno civil se llenan de automóviles negros. Llegan empresarios, banqueros, militares, damas piadosas, clero, gente de bien. Anido, engolado, pastoso, lento como si estuviese relleno de un líquido espeso, va de corro en corro entre los más de doscientos invitados y finalmente toma la palabra. Abre y cierra las mandíbulas un par de veces antes de emitir ningún sonido, mastica aire, espanta miasmas, habla:

«Siempre he sido contrario a todo acto ruidoso y, por ende, opuesto a toda manifestación ostensible; pero el homenaje del que soy objeto es tan importante por el número y la calidad de las personas, que no puedo por menos que aceptarlo y agradecerlo y deciros que de él conservaré grato recuerdo mientras viva. —Aplausos, el general eleva la barbilla, mira los artesonados, humilde, sigue—: Y ahora permitidme que haga pública manifestación de mi agradecimiento a la clase obrera, de la cual recibo a diario de cien a ciento cincuenta cartas alentándome a proseguir en la campaña que tiende a favorecer al pueblo trabajador. —Se levanta un murmullo, un nuevo conato de aplauso, se exalta el coraje del militar, aventurado en aquel terreno escabroso de su reivindicación de la clase obrera, pero él continúa la perorata, convencido, firme, cuartelero, habla de su amor a Cataluña, de los criminales disfrazados de proletarios—: Siento vivamente esta serie de atentados que están ensangrentando las calles de Barcelona, pero me consuela el creer que estos crímenes

sociales de ahora son las postreras convulsiones de un estado de agitación que agoniza. —Y también tiene un mensaje para los tibios, les recuerda quién lo avala—: El Gobierno de su Majestad está en absoluto identificado con mi política, pues de no ser así, es lógico que no permaneciera en este puesto. El Gobierno está a mi lado».

A continuación, el presidente de Fomento del Trabajo Nacional le entrega treinta y una carpetas que contienen las adhesiones recibidas. Aseguran que hay 102 092 adhesiones individuales y 253 corporativas, con ochenta y tres ayuntamientos al frente, de modo que en aquel homenaje, según sus convocantes quedan representados más de doscientos mil barceloneses.

En su alocución, el presidente de Fomento convierte esos números en poesía: «Estas cifras, que nos mueven a gratitud muy efusiva, nos dictan también el deber de reiterar a Vuestra Excelencia nuestra más firme adhesión personal, acompañada del ferviente voto de que Vuestra Excelencia pueda continuar la obra de justicia y pacificación social que con tan insuperable acierto viene realizando…».

Henchido el pecho mal construido, el general traga el aire de los salones adyacentes, oye la música que quiere oír y recibe el aliento necesario para continuar la ardua empresa de limpiar las fábricas de basura revolucionaria y fregar las calles, aunque sea con sangre. Por su honor lo jura.

Las llagas de un país

«Las llagas de un país no pueden curarse con gritos y amenazas; ni tampoco empujando al adversario al abismo con asesinatos. Queremos establecer un sistema de convivencia en el que sea posible la discusión de todos los temas, sin que se perturbe la armonía entre los hombres. El hombre y su pensamiento es lo más sagrado que hay en la tierra. No admitiremos ningún régimen que no respete al individuo. Todo ha de estar al servicio del hombre».

Ese fragmento pertenece a un discurso que Salvador Seguí había escrito poco antes de ser encerrado en el castillo de La Mola. Ahora se lo hacía llegar a algunos de los compañeros de la CNT que seguían en libertad. El Noi del Sucre intentaba hacer valer el peso legendario de su figura entre los activistas que en mitad de aquel año de 1921 se sentían acorralados, sin otra estrategia a la que agarrarse más que a la de los partidarios de las armas.

La situación era angustiosa para muchos de ellos. «Nos sentimos más presos que los que estáis presos, más en peligro y con menos capacidad de movimiento. Ya nadie sabe quién es nadie. Quién está con nosotros, quién con la policía o quién con los dos, es decir, con ninguno».

Todos saben que otra de las armas de Martínez Anido y de Miguel Arlegui es la delación, la compra de voluntades, el chantaje. Manuel Marcos, operario del sector gráfico, muere en un tiroteo con unos compañeros después de haber sido acusado de delator. Lo mismo ocurre con Salvador Coll alias el Mallorca.

No sé a qué sector pertenecía Coll, pero sí sé que después de ser acusado de chivato y de un interrogatorio en el que no logró disipar las sospechas que recaían sobre él, fue conducido a las tapias de Montjuich, puesto de rodillas y asesinado de dos tiros. El primero se lo dieron poniéndole la boca de la pistola encima de la cabeza, es decir, disparándole desde arriba, de modo que la bala le salió por el cuello y fue a incrustársele en el muslo derecho. El segundo disparo lo recibió ya en el suelo, en el parietal izquierdo. Y también sé que unos días después, los compañeros que lo habían matado, por medio de una prueba casual, supieron que Coll era inocente y que jamás había delatado a nadie.

Tampoco en el otro bando reina la serenidad. Todo son sospechas, por todos lados se teme una emboscada. Un crujido metálico se transforma inmediatamente en el clic de un revólver, un silbido callejero en la contraseña de un atentado. Así lo vive frenética e intensamente una noche de verano el destacado somatén José Bertrán y Musitu.

Bertrán y Musitu, antiguo carlista y ahora miembro de la Lliga Regionalista, es un estrecho colaborador de Martínez Anido. En la noche del 23 de junio, Bertrán se dirige a su domicilio conduciendo su propio automóvil. Va acompañado por su hijo mayor, un joven espigado, con flequillo espeso, al parecer no demasiado sagaz aunque sí lo suficiente como para advertir que una motocicleta sigue todos los giros y

cambios de dirección del coche de su padre, aunque él sigue a lo suyo.

Es una noche templada y el joven Bertrán se entretiene ofreciendo la palma de la mano a la dulce resistencia del aire nocturno. Sólo cuando el zumbido de la moto se hace demasiado cercano y familiar, José Bertrán se da cuenta de que los siguen. Se lo comunica a su hijo y éste, tranquilamente, se lo confirma. Sí, están así desde que salimos de Aribau. Y sólo entonces, al verbalizarlo, o tal vez al ver la cara de alarma de su padre, el joven advierte el peligro. José Bertrán piensa inmediatamente en el atentado contra Dato, el tiroteo desde la motocicleta, y ordena a su hijo que coja la pistola que hay bajo su asiento. Le grita lo que van a hacer:

«¡Paro y les tiramos!».

«¡Qué!».

«¡Paro el coche y les tiramos!».

«Je».

«Ahí, en la glorieta».

«Je».

Algo muy parecido a eso fue el breve diálogo entre padre e hijo antes de que Bertrán y Musitu detuviera en seco el automóvil y bajase del mismo a la par que sacaba de un bolsillo de su chaqueta una pistola de calibre pequeño. Su hijo tardó unos segundos más, algo parecido a una eternidad, en descender del coche. Cuando lo hizo ya habían sonado los dos o tres primeros disparos de José Bertrán, unos estallidos agudos, casi alegres que no fueron advertidos por los dos ocupantes de la motocicleta. Éstos, como luego declararon, se dieron cuenta de la situación de peligro más por la postura de tiro —muy ortodoxa— de Bertrán y Musitu que por las inaudibles —para ellos— detonaciones de la pistolita.

El conductor, que respondía a las iniciales APA y cuyo nombre no he podido rastrear, comprendiendo que no les quedaba otra opción que la huida, aceleró a fondo. La motocicleta, rajando la madrugada, rebasó el automóvil justo cuando el hijo de Bertrán bajaba y apuntaba. Inmediatamente después vino el primer disparo que salía de su revólver, y el segundo, y otro. El hijo de Bertrán corría, exaltado, eufórico detrás de la motocicleta sin dejar de disparar, y así lo hizo hasta que el piloto trasero del vehículo se hizo un punto rojo en lo hondo de la calle —la brasa de un cigarrillo que fumaba un ogro lejano— y su tambor se quedó sin ninguna bala. Pero justo en ese momento, cuando padre e hijo habían vaciado su munición y la noche, en un repliegue de animal, parecía que iba a recobrar su silencio más profundo, sonó un nuevo disparo. Y, como si un eco disparejo devolviera el ruido, oyeron otro, y otro. Sólo que ahora los disparos no iban dirigidos contra la motocicleta sino contra el hijo atolondrado de Bertrán, contra el automóvil y contra el propio Bertrán.

Éste le gritó al hijo que se ocultara en un portal mientras él, agachado, casi gateando, se acercaba al automóvil e intentaba encontrar una cajita con doce balas que, según recordaba, había dejado en algún lugar del vehículo semanas atrás. Alzó la cabeza para ver si su hijo le había obedecido y justo en ese instante vio cómo el joven

caía herido en la boca del portal al que pretendía entrar. Bertrán salió del coche a la carrera, llamaba a su hijo, oyó unas voces, unos gritos a su espalda. Se giró y quedó paralizado.

Dos policías le apuntaban. Dos policías. Los guardias, viendo la distinguida indumentaria de Bertrán, también empezaron a no comprender. Cruzaron balbuceos, Bertrán y los policías, los policías y Bertrán, mientras, sin que Bertrán dejara de mirar a los guardias y sin que éstos dejaran de apuntar a Bertrán, se acercaban al portal ante el que había caído el joven.

«¡Papá! ¡Policía! ¡Me han disparado, papá!».

«Han sido ellos».

El joven miró desconcertado a los policías, sin entender, y éstos preguntaban con la misma sorpresa:

«¿Quiénes son ustedes? Le estaban disparando a una moto».

«¿Por qué le tiraban a esa moto? ¿Qué ha pasado aquí?».

«¿Que qué ha pasado? Que ustedes han matado a mi hijo y casi me matan a mí es lo que ha pasado».

«¡Estoy vivo, papá! ¡Papá! ¡No me voy a morir, papá!».

Nadie entendía nada. Y lo cierto es que tuvo que transcurrir toda la noche para saber que los ocupantes de la motocicleta eran dos somatenes que, después de una reunión y viendo ir solo el coche de Bertrán y Musitu, habían decidido seguirlo a modo de escolta. Ante los disparos de Bertrán y su hijo no habían contemplado otra opción más que la huida. Por su parte, los policías, atraídos por los disparos, al doblar una esquina habían visto a dos hombres en la oscuridad, disparando, un coche cruzado en la acera. Les pareció evidente que eran dos pistoleros de la CNT. Siguiendo la lógica que entonces imperaba, antes de preguntar, dispararon.

La única suerte fue que a la mañana siguiente, cuando el violento embrollo quedó aclarado, el hijo de Bertrán y Musitu pudo seguir diciendo aquellas palabras que, según los policías, no dejó de repetir hasta que llegaron a la casa de socorro. Estoy vivo, papá. Estoy vivo. Y que una semana después abandonaba el hospital, renqueante y, efectivamente, vivo.

Tanto el asesinato gratuito de Coll el Mallorca en las tapias de Montjuich como el estrafalario suceso de Bertrán y Musitu dan la medida de la situación. Cualquier cosa era posible, en cualquier momento podía aparecer un par de individuos dispuestos a matarte y cualquiera que te rodeaba podía ser un delator. La preocupación del Noi del Sucre no era gratuita. Ni se debía a un debilitamiento de sus convicciones o a la neurastenia que se había apoderado de él en el castillo de La Mola, como algunos decían. Quienes lo conocían no daban crédito a las campañas de difamación.

Pero sí parecía evidente que, por el momento, el hecho de haber aislado en aquel lugar remoto a Seguí había sido un acierto rotundo de Martínez Anido. El Noi del Sucre era probablemente la única personalidad con fuerza suficiente como para haber controlado en aquel tiempo la situación dentro de la CNT. Sin él, el movimiento

anarquista seguía dando dentelladas feroces al anzuelo lanzado por el dúo Anido-Arlegui.

Sólo un día después del tiroteo de Bertrán y Musitu es Pedro Vandellós quien se las ve con la muerte. Cuesta creer que se tratara de una réplica. Vandellós, aquel que participó en el fallido atentado al lado de Acher el día de la entrega de la bandera bordada dando muestras de gran sangre fría, era un individuo esquivo al que la policía no se cansaba de seguirle el rastro, en vano.

Cambiaba continuamente de hábitos, aunque mantenía uno de manera permanente, casi obsesiva. Dedicaba el día a la lectura, siempre escondido en lugares inverosímiles, palomares, sótanos, bodegas, arrabales, y sólo al caer la tarde abandonaba su escondrijo para cumplir su trabajo, que no era otro que el de cobrar las cuotas del sindicato entre los trabajadores. Hecho lo cual desaparecía sin que nadie supiera dónde dormiría esa noche.

La tarde del 24 de junio fue diferente. Aseguran que lo delataron. También que la policía llevaba semanas interrogando no sólo a los obreros que le liquidaban la cuota, sino a sus familiares, niños incluidos. Les presentaban fotos de Vandellós y les preguntaban si sus maridos, padres, hijos, se veían alguna vez con ese individuo, si lo habían recibido en su casa, si lo habían visto alguna vez.

Poco importa cómo sucedió, el hecho irremediable para Vandellós fue que esa tarde, al salir de un telar de San Andrés donde había cobrado la cuota a varios compañeros, se vio encañonado por dos policías. Lo condujeron a comisaría. Allí lo distrajeron con preguntas sobre el atentado del día de la bandera y otros asuntos. Incluso le preguntaron si sabía quién era el Hombre del Impermeable Gris. Y lo acusaron de ser él mismo. Vandellós niega, impasible. Lo conminan a colaborar bajo amenaza de tortura. Pasan unas cuantas horas y ni la confesión ni la tortura llegan. Alrededor de la una de la madrugada un guardia le comunica que lo ponen en libertad. Vandellós se sabe condenado. Sale a la calle y todo es amenaza. Es astuto, toma todo tipo de precauciones. Pero los cazadores también están avezados en el oficio. Cuando camina pegado a una tapia frente a la fábrica de galletas La Esperanza recibe un ráfaga. Cae y muere.

Unos peones lo encuentran al amanecer. Casi tan rígido y tan metido en sí mismo como siempre. Pronto se corre la voz de su muerte. Sin embargo, el protagonista macabro de ese día va a ser Ramon Archs. Ya saben, la antítesis del Noi del Sucre dentro del movimiento anarquista, el cerebro que primero organizó el fallido atentado contra Martínez Anido en el entierro del inspector Espejo y quien luego se encargó de coordinar el de Eduardo Dato.

Si sobre la detención de Pedro Vandellós puede haber una pequeña duda y es imposible conocer con absoluta certeza si fue debida a la delación de un compañero, en el caso de Archs todo es certidumbre. Fue un miembro de la CNT (el nombre no lo sé) y confidente de la policía el que le tiende una emboscada y lo cita en la mañana del 25 de junio en la plaza de la Universidad. Archs llega allí en tranvía. Altivo, sus

ojos vacunos, el bigote con los extremos apuntando a las nubes. Sólo ha dado unos pasos en dirección al anónimo compañero cuando tres hombres caen sobre él, lo tiran al suelo y, a golpes, lo reducen.

Entre un revuelo de curiosos, es introducido en un automóvil. Lo conducen a la comisaría de Vía Layetana. Se sabe que lo llevan a un calabozo del fondo del edificio. Allí, esposado, solo, Archs permanece sentado en el suelo. Unas horas después la puerta se abre y Archs recibe la peor visita. Una figura enjuta, seca. Miguel Arlegui. Arlegui ha decidido torturar personalmente al escurridizo anarquista.

No se conocen los detalles del tormento. Sí los resultados, y en base a ellos es fácil imaginar cómo fue todo. La enorme brutalidad que se desarrolló a lo largo de las siguientes treinta y seis horas. Ramon Archs apareció tirado en la calle Vila i Vilá al amanecer del día 27, es decir dos días después de ser detenido. El cadáver presentaba numerosas heridas de arma blanca y estaba cosido a tiros. La hermana de Archs, Amor, apenas pudo reconocer el cuerpo. Tenía la cara machacada, aplastada por los golpes.

En tres días, Martínez Anido y Miguel Arlegui habían acabado con dos de los más duros y buscados activistas de la CNT. El general y su ayudante estaban de enhorabuena. Como se sabe, tenían el aval del Gobierno e incluso el del propio rey, pero a partir de entonces aún van a tener más autonomía.

La guerra de Marruecos seguía una escalada feroz. Hombres de toda España van a morir allí, siempre y cuando no dispongan del dinero suficiente para pagar su cuota y librarse del reclutamiento. La situación barcelonesa empalidece ante aquella creciente sangría, pasa a un segundo plano. Recuerden que es la época del desastre de Annual y que los rumores terribles de lo que allí ha ocurrido va propalándose de boca en boca hasta que se conoce la realidad y ésta es aún más espantosa de lo que habían anunciado los bulos. Cientos de soldados sitiados en una fortaleza, a casi cincuenta grados, sin agua, van bebiendo primero las existencias de vinagre, la tinta de las oficinas, su propia orina endulzada con azúcar y puesta a enfriar al frescor de la noche para disminuir la repugnancia. Luego, después de rendirse y de recibir la promesa de ser respetados, viene la matanza. Serán despiadadamente torturados y asesinados, los oficiales quemados vivos. En apenas cuatro horas son asesinados dos mil quinientos españoles y mil quinientos soldados indígenas adscritos al ejército de España. Pocas semanas después, el desastre se repetirá en el Monte Arruit. En esta ocasión la masacre se salda con tres mil hombres muertos.

Puesta la atención en otro lugar, el africanista Martínez Anido se siente con las manos aún más libres. Y no desaprovecha la ocasión. Son semanas de una gran dureza. La ley de fugas, culminada por somatenes o pistoleros del Libre, no deja de aplicarse y cada vez que se hace se publica una nota oficial:

> **Ha sido hallado muerto un hombre que, comprobada su identidad, figuraba en las listas de la policía como atracador y pistolero de acción peligrosísimo, perteneciente al sindicato anarquista.**

Siempre la misma nota, siempre las mismas palabras, ya fuesen referidas a un verdadero pistolero cenetista o a un pacífico militante del sindicalismo. Fue un verano duro y sangriento. El poder de Martínez Anido alcanza su máxima cota. Sí, pero a partir de ahí, sólo cabe descender. Y así ocurre. Detrás del escenario, entre bambalinas, se dan los primeros pasos para que llegue el principio del fin.

En agosto, Antonio Maura, que había rechazado el ofrecimiento de Alfonso XIII de formar Gobierno tras el asesinato de Dato, acepta ser jefe del Consejo de Ministros. La crisis de Marruecos hace que el veterano político se convierta por quinta y última vez en presidente del Gobierno.

Los empresarios catalanes acogen con agrado al nuevo equipo ministerial. En ese gobierno de concentración está Francesc Cambó al frente del Ministerio de Hacienda, en Gracia y Justicia el tiroteado Bertrán y Musitu. La clase dirigente catalana sueña con un nuevo periodo de esplendor en el que las reivindicaciones de los obreros serán debida y contundentemente contestadas desde el Gobierno. La Lliga es una barrera de contención para una clase trabajadora deslumbrada por falsos mesías y una amenaza constante para Madrid. Ahora, formando parte de la maquinaria gubernamental, no puede sino beneficiar a sus cachorros.

Salvador Seguí tiene las ideas claras sobre el papel de la Lliga y del catalanismo. Y lo dice, lo escribe, lo hace público. No importa que los nacionalistas acérrimos, obreros incluidos, confundiendo Lliga y orgullo catalán, lo pongan en la picota. Nadie, si no es por medio de las balas, va a hacer callar al Noi del Sucre:

«La política patrocinada por la Lliga ha pretendido, y en parte logrado, dar a entender a toda España que en Cataluña no existe otro problema que el suyo: el regionalista.

»Esto es una falsedad; en Cataluña, después del problema social, que no es catalán, sino universal, existe el problema que tienen planteado otros pueblos de Europa. El problema de libertad y descentralización administrativa, que todos los hombres liberales del mundo aceptamos. Ahora que, este problema no lo representa la Lliga, puesto que si lo representara Cambó no habría sido ministro en un poder centralista.

»La Lliga Regionalista no es una agrupación política en el sentido honrado de la palabra, sino un conglomerado de hombres de negocios que “hacen política” para arrancar del Poder público determinadas concesiones a favor de sus industrias y negocios sin conceder ninguna importancia a las ideas que dicen defender.

»Que se dé a Cataluña la autonomía, que se dé, si se quiere, la independencia, pero ¿sabéis quiénes serían los primeros en no aceptarla? Nosotros, no; de ninguna manera. Procuraríamos entendernos como fuese con la burguesía catalana. Los primeros en no aceptar la independencia de Cataluña serían los mercaderes de la Lliga Regionalista. La misma burguesía catalana que está dentro de la Lliga sería la que no la aceptaría de ninguna manera.

»Además, está demostrado que no les interesa este problema; ellos lo utilizan como trampolín…».

El Noi del Sucre, encarcelado o no, continúa siendo un auténtico problema para la patronal catalana más intransigente. Algunos empiezan a arrepentirse de que lo hubieran enviado a La Mola. Aquel castillo, pura paradoja, se ha convertido en su mejor defensa. Nadie es capaz de atravesar sus muros. Echarle estricnina en la comida, sobornar a un soldado, comprar a uno de los incomparables compañeros de cautiverio. Acabar con el Noi del Sucre, protegido por la propia autoridad, es imposible.

En las calles de Barcelona ocurre todo lo contrario. El otoño de 1921 continúa siendo un auténtico desfile mortuorio de anarquistas. La ley de fugas es el sistema cotidiano de liquidación y exterminio, aunque a partir del verano de ese año, Anido y Arlegui han perdido ascendencia sobre el Sindicato Libre, que, envalentonado, ha celebrado una gran asamblea y en ella ha decidido empezar a caminar por la senda de un verdadero sindicato. Es decir, proponiendo y exigiendo mejoras laborales a los empresarios y no actuando como coartada de la patronal y muchas veces como meros asesinos a sueldo.

Algunos empresarios hacen llegar a Miguel Arlegui el deseo de que se emprendan correctivos severos contra el Libre. Martínez Anido desoye esas peticiones. Tiene demasiados frentes abiertos. Cree que con los activistas del Sindicato Libre podrá contemporizar. Además, Arlegui hace unos meses que ha ideado un nuevo sistema para disminuir la población anarquista. Al nuevo invento lo llaman La Conducción por Carreteras y consiste en hacer vagar hasta la extenuación a pelotones de presos. Lo cuenta De Lera en su biografía de Pestaña: «Salían al amanecer, en grupos de cuarenta o cincuenta, lloviese, nevase o helara» y, bajo la vigilancia de guardias civiles que se turnaban cada día, caminaban por carreteras perdidas «hasta que, llegada la noche, eran encerrados en el calabozo infecto de algún villorrio, entre piojos y ratas, exhaustos, enfermos, con los pies sangrantes y el estómago vacío. A la mañana siguiente, otra vez el camino». Así día tras día, «¿hasta dónde? ¿Hasta cuándo? Ninguno lo sabía». Semanas después, famélicos, agotados, «eran abandonados en cualquier mísera aldea, sin dinero, sin trabajo».

Los que no eran sometidos a ese peregrinaje recibían el trato tradicional. Una vez detenidos pasaban cuatro o cinco días en celdas infectas y sin saber si les esperaba la prisión definitiva, la libertad o la ley de fugas. Algo que Pere Foix, probablemente basándose en su propia experiencia, recordaría poco tiempo después:

«Permanecer un par de días en los calabozos ya citados es realmente doloroso: la compañía del delincuente común que interroga con desprecio al detenido político o social; los gritos de las prostitutas sueltas por los pasillos y que, cuando pueden, flirtean con los guardias y con algún detenido a través de la reja; la nerviosidad que provoca la detención o el recuerdo del interrogatorio del día anterior y del que quizás espera produce un sufrimiento que sólo sabe quien ha pasado por ese trance. Cuando

inesperadamente aparece el sargento acompañado de una pareja de los llamados guardias de seguridad uniformados, grita varios nombres, los que salen del calabozo se preguntan: ¿Qué será ahora?».

Foix contaba cómo luego, los que se libraban de que les aplicaran la ley de fugas, eran conducidos a la Delegación de Atarazanas para ser fichados y fotografiados. Esos retratos que siempre muestran caras de hampones: «Es natural. Tres días sin afeitar y casi sin comida. Muchas horas sin dormir… Si algún día un diario publica esa fotografía, ni él se reconocerá».

Es la rueda que no para de girar. Los diarios seguirán publicando fotografías de elementos sospechosos y noticias, una y otra vez repetidas, sobre cadáveres encontrados en terraplenes, calles, descampados o playas. Sindicalistas tiroteados cuando trataban de huir o empresarios, somatenes o miembros del Sindicato Libre caídos por la saña y la venganza de los pistoleros anarquistas.

El Noi del Sucre, desengañado, reflexiona por escrito sobre todo ello:

«Las víctimas que ha habido de uno y otro lado son nuestras propias víctimas. Son víctimas de la cobardía de la prensa que en lugar de comentar las causas de los atentados, se recrea dando detalles informativos indignos, son víctimas de la cobardía pública, y son víctimas de las partes interesadas, que sólo se alzan para protestar con sinceridad y energía cuando los que caen forman parte de los suyos. El terror ha vencido al alma catalana, que tan serena se creía».

No tardará en experimentarlo en carne propia.

Garantías y teorías

El Noi del Sucre es trasladado a la cárcel de Barcelona. En noviembre, después de un año en la roca de La Mola, Seguí se despide de sus compañeros. La excusa del traslado es la de un proceso que se abre contra él en la audiencia de Barcelona. Muchos temen que sea la maniobra definitiva para acabar con su vida y eliminar al elemento que, por su complejidad y prestigio, Martínez Anido considera más peligroso dentro de la CNT.

Seguí no es un pistolero ni un exaltado al que se le puede poner el anzuelo de una provocación. Podría decirse que huele el veneno, que no se mueve por el instinto de los demás. No predica la destrucción del contrario, no usa la violencia. Habla, habla y habla y a cada palabra se hace más resbaladizo.

Sutilezas que voluntariamente escapan a Severiano Martínez Anido, decidido a que ninguna verborrea de tinte infiel —infiel a la herencia recibida por un pueblo nacido entre batallas y gestas imperiales— penetre en el fortín de su cabeza. Y justamente por fidelidad a esos valores, Anido, rememorando a aquel joven oficial del pasado que se ofrecía voluntario para todo y no se arredraba ante ningún peligro, da un paso al frente y se acerca a los inciertos terrenos de la política.

Propone al Gobierno la elaboración de un proyecto de ley que obligue a sindicarse a todos los obreros y empleados bajo un mismo techo estatal. La finalidad es el control de los trabajadores. Antonio Maura, como jefe del Ejecutivo, envía a la Ciudad Condal a su ministro de Trabajo con la idea de usar Barcelona como banco de pruebas. Si el plan funciona allí lo hará en cualquier parte. El ministro propone que todas las asociaciones de trabajadores y los sindicatos confluyan en un único organismo, gestionado o tutelado, aunque sea lejanamente, por el Gobierno. Los anarquistas denuncian ese intento de manipulación y el invento naufraga estrepitosamente.

Es el primer revés político de Martínez Anido. Pero no se desanima. Tendrá otro, bastante más duro. Se enfrenta al nacionalismo. Desde su llegada a Barcelona le han exasperado las reivindicaciones de la Lliga Regionalista. La palabra «autonomía», que no dejan de pronunciar Cambó y sus compañeros, es una navaja en las vísceras azules del general. Boicotea algunos actos de la Lliga y no pierde ocasión para ridiculizar al catalanismo. Lo hace demasiadas veces. Y es contestado.

Es contestado por un concejal del ayuntamiento de Barcelona, perteneciente a la Lliga. Este edil escribe en *La Veu de Catalunya* un duro artículo en el que aconseja al general que deje la política para los políticos y se dedique a lo suyo. El concejal, sin acudir a términos obvios, viene a recordarle que es el perro cancerbero de los señores y que no debe intentar poner orden en la casa, ni siquiera entrar en ella, sino que su única función consiste en cuidar la puerta y ahuyentar, del modo que sea, a la gente molesta.

Martínez Anido parece haber olvidado esa función. Mejor dicho, no la ha

entendido nunca. Se reúne con el alcalde de Barcelona, Antonio Martínez Domingo. Y le pide, exaltado, la cabeza del concejal.

Martínez Domingo, hombre de la Lliga, templado, y que ya ha lidiado con Anido, le aguanta la acometida. El general golpea la mesa, Domingo mira el puño en el tablero. Sonríe benévolo. La partida ya está ganada, pero Martínez Anido es, eso nadie lo podrá negar, batallador, y propone una paz honrosa. Pide que al menos el concejal rectifique públicamente. El alcalde niega, apenas con un gesto, antes de anticipar ninguna razón. Anido apela a su sacrificio y a su dignidad.

«La dignidad es de todos. Y el sacrificio, también. Cada uno debe soportar lo que recibe, aunque no lo merezca», le viene a decir el alcalde, y al decirlo se señala un costado.

Anido sabe a qué se está refiriendo Domingo. Apenas seis meses atrás el alcalde había sido víctima de un atentado en el que había muerto su amigo, el periodista Rosendo Jiménez, y él mismo había recibido un disparo en el tórax, más o menos a la altura que se señala al hablar con el otro Martínez.

Así que el general mira la mano del alcalde y el costado que la mano señala, el tejido oscuro de la chaqueta, las uñas pálidas, la mano venosa y firme. Martínez Anido, entonces, asiente y pide, ya en franca retirada, que al menos el concejal Maybnes, «¿Maybnes se llama, no?».

«Sí, Maybnes, usted lo sabe bien».

«Bueno, pues que el señor Maybnes me ofrezca unas excusas privadas».

«No, yo no haré eso, gobernador, ni eso ni nada».

«Eso tiene un significado».

«Por supuesto que lo tiene, gobernador».

«Claro —sonríe, si eso es una sonrisa, Anido—, claro, cree usted que yo haré públicas esas excusas privadas, como si el honor de un soldado no existiera y su palabra tuviese el valor de la de un mercachifle, o la de un político».

«Yo no dudo de ese honor del que usted habla, gobernador, ni del de un político, ni siquiera me paro a pensarlo porque, como usted decía, esta cuestión tiene un significado y es el de la democracia».

«Palabras, otra palabra que van a gastar».

«Palabras, sí, de eso se trata, de que el señor Maybnes pueda expresar sus palabras, lo que piensa, y que yo, esté de acuerdo o no, lo respete».

«O sea, que está usted de acuerdo con él».

«Ésa, gobernador, no es la cuestión».

«La cuestión es la cuestión».

«Si usted lo quiere ver así».

«Así es y así lo haré saber».

De ese modo transcurrió el encuentro entre los dos Martínez, Domingo y Anido. El contenido fue exactamente ése. La forma debió de ser muy parecida. Algunos concejales y secretarios escucharon algunas palabras a través de la puerta. Palabras de

Anido, porque la voz de Domingo no traspasó la madera y menos aún los muros de la alcaldía.

La diputación provincial de Barcelona también arremete contra el rumbo que ha emprendido el general. Desde esa institución le hacen llegar un escrito en el que critican los desórdenes sociales que viven los barceloneses y que no parecen acabar nunca. Hacen responsable a Martínez Anido. Ha metido la mano en el avispero.

Se inicia una guerra de guerrillas, política, periodística. *La Vanguardia* es el vehículo que utilizan los elementos no catalanistas de la patronal para mostrar su adhesión al gobernador. En una carta colectiva recuerdan que por su parte «no existe palabra alguna de censura para el señor Martínez Anido» sino para «los gobiernos que no han sabido o no han querido aprovechar la obra realizada por nuestro gobernador…».

El suelo empieza a moverse bajo los pies de Martínez Anido. Para hacerse oír con el mayor eco posible concede una extensa entrevista al diario liberal *El Sol*. A través de ese importante medio nacional, portavoz de Ortega y Gasset y propiedad del magnate periodístico Nicolás María de Urgoiti, el general, sorprendentemente, afirma que a lo largo del tiempo que lleva al frente del gobierno civil no ha actuado en ningún momento sobre el orden público sino que se ha limitado a combatir el terrorismo. Asegura que los disturbios habían disminuido gracias al férreo control que ha ejercido la policía e incluso el Ejército. Así que la solución no está en relajar el control, sino en conservarlo o incluso en aumentarlo. Traducido: era necesario mantener Barcelona en un permanente estado de sitio.

Sin embargo, la historia no va a seguir el paso marcial que el general reclama. El gobierno de Maura va a caer en el mes de marzo. La guerra de Marruecos se hace insostenible. Decenas de miles de hombres, licenciados meses atrás y siempre sin dinero para pagar las cuotas de exención, son de nuevo llamados a filas para hacer frente a un conflicto colonial y brutalmente sangriento en el que día a día se va hundiendo el país.

José Sánchez Guerra, andaluz, personaje tendente a una rara melancolía, conservador no recalcitrante, periodista, con apariencia de ir disfrazado de hombre mayor por un mal maquillador que le ha teñido de harina el pelo ralo y malblanqueado las cejas, se hace cargo del nuevo Gobierno. Está decidido a apaciguar el país, a rebajar las tensiones en todos los órdenes. Una de sus primeras medidas es restaurar las garantías constitucionales suspendidas tiempo atrás.

El día en que esa noticia se conoce tampoco es necesario tener la oreja pegada a la puerta del despacho de Martínez Anido para oír su voz. El gobernador, dicen, rompe ese día dos teléfonos. Los parte o los revienta contra la pared después de mantener sendas conversaciones con Madrid. Desde su llegada al cargo, la suspensión de las garantías constitucionales le había dejado las manos libres para actuar contra los asesinos que como una plaga de termes infectaba la ciudad de Barcelona desde las vigas del sótano hasta la cima de la última buhardilla. La

restauración de esas garantías dejaba ahora mermadas sus fuerzas y daba alas al enemigo.

Ese restablecimiento supone la automática puesta en libertad de los presos políticos que no tengan delitos de sangre. Hay una conmoción en las cárceles. Los patios son un hormiguero sobre los que se ha posado un pie gigante. Los presos se encuentran y se dispersan en una agitación epiléptica, agitan las antenas, intercambian un mensaje, escrutan el aire y vuelven atrás, recogen bultos como si fueran larvas, se cruzan por los pasillos, el movimiento no cesa y un hilo de reclusos atraviesa el portón, salen a la luz, se mezclan con los viandantes, se dispersan, corren, caen, ríen, beben.

Si todos los penales del país son recorridos por un estremecimiento eléctrico, en el castillo de La Mola todo ocurre de un modo más intenso, aunque más lento. Allí el hormiguero no existe. Cada individuo conoce su responsabilidad. Sopesa, escruta, habla en voz baja. Los presos que durante catorce meses han vivido en aquella roca imponiendo su propio código salen rumbo al buque que los va a devolver a la Península a paso lento, como llegaron. Entonces Layret era un cadáver recién agujereado, ahora un recuerdo, una nebulosa lejana y al mismo tiempo íntimamente próxima, casi como la propia ciudad de Barcelona, hacia donde se dirigen. Todos saben que la batalla continúa, que van al encuentro de un nuevo episodio y que sólo ha variado el viento.

Con todo, cuando el 4 de abril lleguen al puerto barcelonés, un destello de emoción recorrerá el ánimo de aquellos hombres de hierro que, al igual que los anarquistas de Marsé, por un instante, soñarán como niños al ver cómo una multitud se agolpa en los muelles y, gritando sus nombres, ¡Viadiu!, ¡Amador!, ¡Rey!, ¡Pinyol!, los recibe como héroes.

El Noi del Sucre, que había salido de La Mola en solitario, abandona la cárcel Modelo un atardecer. Y también lo hace solo. Las autoridades no han querido darle a la turba obrera más motivos de enardecimiento. Así que anuncian una hora y un lugar falsos para la puesta en libertad del Noi. De esa forma, sólo dos guardias, el que le abre la puerta y el centinela de puesto, lo ven marchar, erguido, silbante, marcando un paso alegre con sus alpargatas blancas, perdiéndose entre la luz última y dorada de ese día de primavera.

Las garantías traen un reajuste social. Los líderes de La Mola, además de Ángel Pestaña, que también ha sido liberado, tratan de rebajar la euforia de los ingenuos. No olvidan que Martínez Anido continúa en su cargo y que a su diestra sigue sentado Miguel Arlegui. También tienen en cuenta que el general Primo de Rivera acaba de ser nombrado gobernador militar y que las listas negras, la ley de fugas y la brutalidad van a seguir vigentes.

Barcelona se declara, por orden expresa de su gobernador civil, territorio de

excepción. La CNT, devuelta a la legalidad en el resto del país, es declarada al margen de la ley en la Ciudad Condal. Una delegación del sindicato anarquista pide ser recibida por Martínez Anido. Éste accede. Ufano. La comisión es encabezada por Jesús Vallejo. Ninguno de los grandes líderes cenetistas tiene tripas para sentarse frente al matón oficial. Además, consideran que Vallejo es un buen negociador y la persona adecuada para representar en ese momento a la CNT.

Martínez Anido recibe a Vallejo y a otros tres miembros del sindicato en su despacho. Sentado. Fuma un habano, sin ganas, pero con ostentación. Escucha las palabras y las supuestas razones de Vallejo, se mueve poco, apenas para reacomodarse en el butacón, como una gelatina que poco a poco se fuese deslizando y que de pronto se hinchara y recuperase volumen por un efecto químico, por una combustión interna. Asiente más con la papada que con la cabeza y una raya amarilla anuncia a veces lo que pudiera ser una sonrisa. A veces, a sus ojos se asoma un niño.

Jesús Vallejo no se rinde. Está preparado para todo. Expone sus argumentos con mucha templanza, como si el hombre que lo observa realmente estuviera interesado en sus palabras. Finalmente, Vallejo pide que en consideración a lo acordado en el resto de España se cumpla el último trámite para la legalización de la CNT en Barcelona. Calla y mira al gobernador. Sólo entonces éste alza, al parecer con mucho esfuerzo, las cejas, y pregunta: ¿Ya? Ahora quien no contesta es Vallejo.

Martínez Anido, como un mal actor que interpretara a un desalmado de cartón piedra, casi una caricatura, mira el habano, hincha la chaqueta y procura hablar de forma reposada: Como en el resto de España, ¿no? Muy bien. Pero resulta que en Barcelona mando yo. Si quieren que las cosas sean como en el resto de España, se van al resto de España. Y si no salen de este edificio en medio minuto los detengo aquí mismo. Ahora es Vallejo el que asiente despacio. Mantiene la mirada del lagarto, se da la vuelta y sale de la estancia con los suyos.

Esa misma tarde es asesinado el miembro de la CNT Joan Rius Albert. El mensaje está claro. A qué explicarlo.

A pesar de Martínez Anido y de encontrarse en una especie de limbo legal, la CNT comienza a reorganizar sus cuadros en Barcelona. Lo primero que se hace es intentar que todos los afiliados que en el periodo de clandestinidad absoluta, por miedo o simple conveniencia, han ido a enrolarse en las filas del Sindicato Libre, regresen a la Confederación. Delegados de la CNT van fábrica por fábrica, taller por taller y obra por obra ofreciendo a los antiguos militantes el camino de vuelta. Como puede imaginarse, esa estrategia llena el mundo obrero de tensión. Por todos lados afloran conflictos.

La lucha se recrudece dentro de la Confederación. La *Soli*, su periódico legendario, ahora inclinado hacia el sector radical, circula de nuevo por todas las fábricas de Barcelona. El embrión de lo que luego será la FAI empieza a germinar ese mismo año. Pero antes, en Zaragoza, se produce un encuentro clave en el futuro de la CNT y de algunos de sus dirigentes.

La llamada Conferencia de Zaragoza se inicia como una reunión preparatoria para un futuro congreso nacional, pero allí se van a solventar asuntos de máxima importancia.

Entre las cuestiones a resolver está la continuidad o no dentro de la III Internacional. Por primera vez, Ángel Pestaña puede leer públicamente su informe sobre Rusia. Analiza la experiencia vivida en el corazón de la Revolución, todo lo que vio y entendió. El informe no deja lugar a dudas. Se vota por el abandono de la Internacional y a favor del ingreso en la Alianza Internacional de Trabajadores fundada ese mismo año en Berlín por Rudolf Rocker, el autoproclamado «anarquista sin adjetivos» que promulga la confluencia de todas las corrientes anarquistas en un único río destinado a salvaguardar «la libertad personal y social de los hombres».

La relación con la política es el asunto más trascendente que se trata en Zaragoza. Quien hace la labor de avanzadilla es Salvador Seguí. Su estrategia está perfectamente estudiada y lo respaldan como una piña Josep Viadiu, Joan Peiró y Ángel Pestaña.

Se subraya el abecedario clásico de la CNT: «Somos y seremos siempre enemigos del Estado, de todas las formas de Estado y de sus instituciones», y se alerta sobre los regímenes totalitarios, vengan de donde vengan: «Somos y seremos enemigos irreconciliables de las dictaduras, sea cual fuere la etiqueta que se las ponga».

Hasta ahí, el eco de siempre, la música celestial que tantos afiliados de base, como niños que cada noche piden el mismo cuento, desean oír. Sin embargo, son muchos quienes se encuentran incómodos dentro de ese corsé que limita sus movimientos. Expresan de modo confuso su rechazo al anarquismo puro.

Seguí y los suyos van más allá. A esas alturas se consideran únicamente sindicalistas. Y no sólo se trata de semántica, aunque la semántica también les estorbe. El término anarquista se les atraganta. El Noi del Sucre y Simó Piera ya habían manifestado en 1919 que añadir cualquier adjetivo, incluido el anarquista, a la CNT suponía un atentado contra la unidad de la clase trabajadora. El anarquismo, considera Seguí, y con él ese grupo cada vez más definido, debe funcionar dentro de la CNT como una orientación moral pero no como una directriz política, o antipolítica.

En Zaragoza, con el informe ruso de Pestaña sobre la mesa, la ideología de la CNT vuelve al primer plano. El periódico *Lucha Social*, de Lérida, es el órgano del sector probolchevique, y da una información lógicamente sesgada y resentida del cónclave. La facción resulta definitivamente derrotada. Y puede decirse que la Conferencia de Zaragoza señala la puerta de salida a Andreu Nin, Joaquín Maurín, Hilari Arlandis y a todo su grupo.

Los vencedores son Seguí, Peiró, Viadiu y Pestaña. El Noi del Sucre ha sido el encargado de defender el apartado 6.º de la Conferencia, titulado «Nuestra posición ante la política nacional». Después de un exordio en el que preservaba a la CNT de cualquier contenido partidista y de recordar que la Confederación rechaza la acción

parlamentaria, declaró que al mismo tiempo es un organismo «netamente político, puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y fiscalización de todos los valores de evolución de la vida nacional…».

El documento va firmado por los cuatro sindicalistas y supone un auténtico acto revolucionario. Así lo acoge la prensa, que considera que la CNT ha abandonado su antiguo e inflexible antipoliticismo y se encamina hacia la participación política. Desde los periódicos puramente anarquistas, se ataca con dureza esa declaración. Las críticas más duras no se dirigen contra Joan Peiró, que es quien la ha redactado, sino contra el Noi del Sucre, al que se considera el ideólogo fundamental de la blasfemia.

Los ataques son de tal envergadura que la *Soli* publica un editorial con el que pretende sembrar la calma. Descarta, como idea de locos, que la CNT pueda concurrir a unas elecciones o estar presente en los ayuntamientos o en el Parlamento y considera a la Confederación Nacional del Trabajo incapaz de esa «apostasía infamante, de esta claudicación afrentosa», pero a continuación afirma que el sindicato tiene una vocación y una función política que cumplir, aunque no sean éstas las de gobernar o dirigir instituciones.

El tiempo vendrá, y con su tormenta de plomo, con sus aristas afiladas, domeñando gente, triturándola y germinándola, depurando voluntades, hará que muchos de los que entonces sienten náuseas ante la visión de una CNT contaminada por una presunta aproximación a la política, acepten una cartera ministerial, entrar en un gobierno junto a partidos tradicionales, sentarse en el banco de un parlamento, establecer jerarquías y llevarlas hasta las últimas consecuencias. Juan García Oliver, futuro ministro, por ejemplo. García Oliver, que despreciaba al Noi del Sucre, que miraba con desdén a Pestaña y que ninguneó cuanto pudo a Peiró y tachó a Viadiu de perro guardián del niño de azúcar, García Oliver, en aquel año 1922, se integraría en una cuadrilla llamada Crisol que unos meses después se uniría a los Justicieros y de cuya fusión nacerá el grupo que pronto fue conocido como Los Solidarios.

Si el Noi del Sucre y los otros tres firmantes del documento de Zaragoza son considerados como la élite del sindicato en ese momento, el grupo de Los Solidarios constituye asimismo otra élite, la que representa al anarquismo activista y cuyos miembros, aunque no ocupan cargos de importancia dentro de la CNT, muy pronto alcanzarán la gloria popular. Junto a Oliver, estarán en ese grupo Francisco y Aurelio Ascaso, Buenaventura Durruti o Rafael Torres Escartín.

Hay quien sostiene que Los Solidarios surgen a partir de una petición del Comité de Acción del sindicato, del que formaban parte Peiró y Pestaña. Hasta donde sé no está claro. Lo que sí lo está es que muy pronto el grupo, nacido para defender a los militantes por medio de la fuerza, cobra autonomía, actúa por su cuenta y se convierte en una verdadera pesadilla. Para la policía y también muchas veces para los cenetistas partidarios de los métodos pacíficos.

Los Solidarios cometen atentados, perpetran atracos a bancos y joyerías. Es el modo en el que entienden la acción revolucionaria. Pero no quieren ser un sector

aislado dentro del sindicato. Quieren el control. Así que, a la par que sus acciones violentas, llevan a cabo un intenso trabajo orgánico y tratan de coordinar a todos los grupúsculos anarquistas que hay dentro y alrededor de la CNT. Antes de un año de su creación convocarán una conferencia regional anarquista en Barcelona. En ella se crea un comité regional de relaciones anarquistas y en ese comité están Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Aurelio Fernández. Su intención, propagar por toda la península el poder de su grupo. Son los padres de la FAI.

Seguí y los suyos son acusados de propolíticos. Y no andan descaminados los acusadores. Ése será uno de los misterios que Seguí se llevará con él. Nadie podrá afirmar con rigor que el Noi del Sucre estaba a un paso de hacer política pura en el momento de su muerte, tampoco nadie podrá asegurar lo contrario, aunque todo indica que sus pasos lo habrían llevado al ejercicio de la política, como ocurrió con su, desde entonces, igual ideológico, Ángel Pestaña, que, después de ser expulsado de la CNT, creará el Partido Sindicalista.

Hablaremos de ello un poco más adelante. Aún estamos en 1922. A Salvador Seguí Rubinat le quedan diez meses de vida y tanto él como Ángel Pestaña son considerados los vencedores de la Conferencia de Zaragoza. Allí, su compañero y hombre fiel Joan Peiró ha sido elegido secretario general de la CNT mientras que el propio Seguí es nombrado secretario del Comité Nacional. En la mente del Noi del Sucre persiste el objetivo de la unidad de la clase trabajadora mediante acuerdos y, más adelante a través de una fusión, con la UGT.

Zaragoza marca el rumbo de la CNT. A partir de ese momento queda definida como una organización de corte anarcosindicalista. El anarquismo sigue presente, pero reducido en beneficio de un sindicalismo puro y orientado hacia la política aunque rechazando de entrada su participación directa en la misma.

Para difundir ese evangelio, el Noi del Sucre emprende una larga gira por Andalucía. Allí, en las zonas agrícolas y también en la vapuleada industria de Málaga, el sindicalismo es fuerte y muy combativo. Salvador Seguí vive unas semanas de esplendor entre sus compañeros del sur. Casi cien intervenciones públicas en ateneos populares, descampados y teatros de pueblo siembran en esa tierra sedienta la palabra profunda, irónica y viva del nuevo sindicalismo.

Pestaña, un atentado

Diario *ABC*, 21 de julio, 1922

ATENTADO CONTRA
UN INSPECTOR
DE POLICIA

Barcelona 20, 2 tarde. A las dos aproximadamente de la madrugada fue agredido a tiros en la Riera de Horta por un grupo de desconocidos que estaban allí apostados el delegado del distrito del Norte, D. Honorio Inglés Pizarro, sobre el que hicieron aquéllos unos 25 disparos causándole una herida en el muslo izquierdo, con entrada por la cara interna y salida por la posterior; otra en la mano izquierda, con entrada por la región dorsal y salida por la palmar, y una contusión en la región precordial. Una de las balas le atravesó la cartera, en la que llevaba tarjetas, algunas cartas y una imagen del Sagrado Corazón. La bala se quedó detenida entre la ropa.

El Sr. Inglés repelió la agresión haciendo uso de la pistola que llevaba y poniendo en fuga a los agresores, a los que no conoció, aun cuando vió perfectamente que uno vestía traje claro y obscuro los restantes. El comisario fué conducido al dispensario de San Andrés, en el que le recibió declaración el juez de guardia. Parece que el señor Inglés ha manifestado que repetidas veces ha sido amenazado de muerte por elementos del Sindicato único, a causa de la vigilancia a que les tenía sometidos en cumplimiento de las órdenes recibidas de sus superiores. Las heridas que sufre no son graves, afortunadamente, aunque los médicos creen que la herida de la mano puede ocasionarle la pérdida de uno de los dedos.

Hemos interrogado esta mañana al general Arlegui acerca del suceso. Nos ha dado el jefe superior de Policía la versión que transmitimos agregando que el distrito del Norte comprende las barriadas obreras de San Martín, San Andrés, Clot, Horta, etc. Y que bien se comprende que es allí donde los anarquistas tienen su mejor campo de acción. El delegado Sr. Inglés había practicado algunas detenciones de anarquistas significados, y como ahora se encuentran todos en libertad, se trata indudablemente, a juicio del general Arlegui, de una venganza del grupo a que pertenecían aquéllos.

LO QUE DICE EL GENERAL ARLEGUI

Barcelona 20, 12 noche. «¿Es que van a comenzar otra vez?», se habrá preguntado la ciudad al enterarse de la agresión de esta madrugada. «¿Es que vamos a retornar a la violencia, a la inútil y contraproducente violencia?».

Como esta curiosidad es lógica y humana, contraponiéndola nosotros hemos acudido esta mañana al despacho del general Arlegui:

—Es innegable —nos dice el general, contestando a nuestras preguntas— que el atentado contra el Sr. Inglés tiene la importancia de que está revestida toda agresión a una persona que ejerce autoridad; pero no hay indicios que nos lleven a creer que éste sea el primer acto que indique una nueva serie de atentados y que tenga el hecho carácter puramente social. El señor Inglés ha quebrantado considerablemente la organización anarquista en las barriadas obreras que comprende su distrito, deteniendo a muchos de los componentes de aquélla, los cuales ahora, por virtud del restablecimiento de las garantías, vuelven a estar en libertad.

> Recientemente ha practicado el señor Inglés la detención de un caracterizado individuo muy peligroso, y por ello los que componen el grupo anarquista al que el detenido pertenece se han vengado con la agresión de esta madrugada.
>
> Y añade:
>
> —Cada vez me convenzo más de que el aspecto grave de este problema depende de la presencia entre los obreros de una porción de individuos que no quieren trabajar. Los obreros honrados, afiliados a un campo de ideas o a otro, no llegan a ejecutar nunca actos como éste. Si alguna vez realizan un atentado, es por algún motivo, aunque les falte razón. Los obreros que trabajan, sean socialistas, o radicales, o conservadores, no se prestan a disparar la pistola por 50 pesetas. Esto lo hacen solamente los vagos, y mientras no haya una ley coercitiva de vagancia, será imposible evitar tales hechos.

Pocos días después del atentado contra el inspector Honorio Inglés fue acusado del mismo, aunque sin ninguna consecuencia legal, Pedro Mártir Homs. Mártir Homs era un abogado que originalmente había defendido a algunos anarquistas y que poco a poco había ido derivando hacia posturas cada vez más radicales y finalmente había tomado parte en distintas acciones de los grupos más agresivos de la CNT. Hasta que él mismo, en compañía de su mujer, a la que todos conocían como la Payesa, había formado a comienzos de aquel verano de 1922 una banda de pistoleros que muy pronto empezó a llevar a cabo toda clase de atentados, atracos y extorsiones. Y también a hacer un doble juego que suponía favores y confidencias a la policía. En su mostrador se despachaba toda la gama de las bajezas. Había hecho de la violencia, como tantos otros, un negocio.

Mártir Homs y señora habían instalado su sede y centro de reclutamiento en un bar de la calle Aribau llamado L'Esquerra de l'Eixample. Tenía un ambiente espeso. Y, a veces, alegre. Dicen que Inocencio Feced pasó por allí e intimó con Homs. Feced ya estaba en Barcelona. Ya hablaremos de él. Por desgracia.

Los pistoleros contratados por el antiguo abogado y la Payesa eran muy activos. Se dice que en ese verano participaron en la mayor parte de los atentados cometidos en nombre de los anarquistas. Así que eran el blanco perfecto para que desde el gobierno civil los señalaran como los posibles culpables del atentado contra Inglés.

Nunca quedó claro el papel que la banda de Mártir Homs y la Payesa pudieron tener en el aparatoso ataque contra el policía. Todo era bastante más confuso y complejo. En las palabras de Miguel Arlegui al reportero de *ABC* deducimos su preocupación por el estado de cosas que ha acarreado la restauración de las garantías constitucionales: todos los anarquistas en la calle, los peores delincuentes liberados, y la necesidad de volver a suspender los derechos básicos en beneficio de la paz.

El atentado contra el inspector Inglés era una prueba clara de los argumentos que Arlegui y su superior Martínez Anido defendían con uñas y dientes. Una prueba demasiado clara. Tanto que hubo sospechas sobre quién o quiénes estaban detrás de los pistoleros que habían atacado al policía. Eso es. Lo que están pensando. El propio Arlegui, el propio Martínez Anido.

Honorio Inglés era un elemento que les había hecho buenos servicios, sí, pero estaba demasiado manchado. Se había involucrado en demasiados asuntos turbios, y no sólo en lo que respecta a asesinatos de obreros, sino en negocios sucios que no eran del agrado de los generales Anido y Arlegui. ¿Se puede considerar esa teoría, la de que Anido y Arlegui habían planeado el atentado contra Inglés como una mera especulación? Algo más que eso.

Tiempo después, un pistolero del Sindicato Libre llamado Ramírez aunque más conocido como el Pamplonés le confesó al inspector Inglés —que a esas alturas ya había sido detenido y procesado por cohecho al estar involucrado en un timo con billetes falsos por valor de veintiocho mil pesetas— que él había participado en el atentado contra el policía y que el encargo venía de arriba.

El mismo general Arlegui lo había ordenado. «Y el encargo iba a matar, don Honorio», le dijo el Pamplonés al policía. Luego parece ser que intentó excusarse, haciendo algún gesto de timidez para subrayar unas palabras que durante bastante tiempo estuvieron zumbando en los oídos del experimentado Inglés: «Para mí que de mi mano no le llegó ni un tiro, o sea, ninguna de esas heridas que tuvo usted, porque lo habíamos estado esperando en la taberna del Tuerto y yo llevaba el riñón con más aguardiente que sangre, y si le di a la pared que había detrás de usted suerte tuve, de lo que ahora puedo decir, don Honorio, que me alegro superlativo».

Con el atentado del inspector Inglés, Martínez Anido y su subalterno Arlegui tenían una nueva coartada para incrementar los ataques contra la CNT, fueran del sector que fueran. Así que, después de unas semanas de cierta calma, de nuevo se abría la veda de los cenetistas. Y ahí es donde aparece Ángel Pestaña.

Pestaña había pasado el tiempo más duro de los atentados en la cárcel. La aplicación de la ley de fugas siempre anduvo sobrevolando sobre él. María, su compañera, confesó más tarde que pasaba aquellas noches en un dramático duermevela, sobresaltada por cualquier ruido. Un golpe en la calle, el petardeo de una motocicleta, el grito de un borracho automáticamente se transformaban en un disparo que llevaba incorporada la imagen, absolutamente vívida, de su Ángel caído en una acera, con la mirada vuelta, la mano tendida hacia ella y una palabra incomprensible saliendo de su boca. Siempre la misma palabra ininteligible, siempre la misma mirada y siempre la misma postura en una calle tan irreconocible pero tan real como la palabra que Pestaña pronunciaba casi cada noche.

Cientos de veces fue asesinado Pestaña en las madrugadas de María. En el mundo de lo estrictamente real, tuvo mucha más suerte.

Pero, ahora, su figura moderada y cada vez más relevante dentro de la CNT lo convertían en una víctima idónea a la hora de dar un golpe demoledor al sindicalismo. Porque, como bien dice Ángel María de Lera en la biografía del sindicalista leonés, en aquellas fechas Pestaña había logrado «alcanzar la cumbre de su prestigio dentro de la organización cenetista». Luego —sin que uno pretenda emprender una carrera de galgos entre Pestaña y Seguí— exagera el biógrafo al

escribir que «incluso llegó a eclipsar un tanto la figura del Noi del Sucre». Aunque sí acierta al recordar que, a pesar de sentirse incómodos con su actitud, «los anarquistas todavía no le atacaban. Su experiencia en la Rusia soviética le acreditaba como dirigente de talla internacional. Su postura decidida y valerosa frente al terrorismo oficial en Barcelona consolidó su fama de hombre íntegro y resuelto». Un párrafo más abajo, sigue De Lera: «La Conferencia de Zaragoza fue su consagración como "guía" indiscutible de la CNT, pero, al destacarse de tal manera, atrajo también hacia su persona la atención de sus enemigos que no le habían olvidado».

De modo que, bajo la óptica de Anido-Arlegui, acabando con la vida de Pestaña, además de eliminar a un elemento peligroso —peligroso no físicamente, sino por su influencia entre la masa obrera de Barcelona y su capacidad para movilizarla— su talante moderado podía ser usado de un modo malévolo para culpar del crimen a los anarquistas más radicales, como pronto empezarían a hacer de un modo sistemático desde el gobierno civil cada vez que caía asesinado un sindicalista del sector templado. La estrategia sólo reportaba ventajas. Acababan con un elemento muy incómodo y dividían al enemigo. Pestaña era un blanco perfecto.

Eligen Manresa. La Federación Local de Sindicatos lo ha invitado a dar allí una conferencia. La programan en el teatro Moderno, el 17 de agosto. El tema central sobre el que tiene pensado hablar es la corrupción, tanto en lo que afecta a la patronal como al Sindicato Libre, que durante tanto tiempo ha sido, y continúa siendo, aunque en menor medida, un fiel servidor de los patronos y de la policía.

Nada más apearse del tren que lo lleva a Manresa, Pestaña es conminado por los compañeros que lo están esperando a que no salga de la estación y tome un nuevo tren de regreso a Barcelona. Desde primeras horas del día se han visto por las calles unos tipos sospechosos, llegados de fuera. Un tal Espinalt, amigo personal de Pestaña y organizador del acto, le insiste. En Manresa corre peligro, los compañeros no pueden garantizar su seguridad.

Pestaña, triste, narigudo, templado, se las ingenia para sacar una sonrisa y le dice a su amigo que no está dispuesto a marcharse sin hablar: «Imposible», sentencia ante los argumentos de Espinalt y los demás compañeros. Y para concluir el asunto pide que le enseñen la ciudad, porque no la conoce.

Lo llevan a la pensión donde va a hospedarse. Pestaña deja en la modesta habitación su escuálida maleta. Espinalt y los otros vigilan la calle. Todo parece seguro. Pestaña baja. Pide ir a la Rambla. Y hacia allá se dirigen. El sol pesado, la calma aplastada y el buen ánimo del sindicalista hacen que por el camino todos se relajen.

Al día siguiente, el diario *El Diluvio* de Barcelona publicaba la noticia:

> De la fonda donde se hospedaba salió Pestaña en compañía de varios compañeros y amigos.
>
> Serían las siete de la tarde cuando, inopinadamente y al cruzar el torrente de San Ignacio, junto a la calle de Cantarell, sitio poco frecuentado, salieron al paso del grupo que formaban Pestaña y sus

amigos tres desconocidos que, casi a quemarropa, dispararon seis veces sus pistolas, dándose inmediatamente a la fuga.

Los que acompañaban a Pestaña salieron ilesos y escaparon al punto.

Sólo el líder cayó al suelo bañado en sangre.

Básicamente, los hechos ocurrieron como el redactor de *El Diluvio* recogió en su apresurada información. Hubo dos tandas de disparos, una realizada a pocos metros de distancia, en la que pareció que los pistoleros disparaban indiscriminadamente al grupo, sin acertar un solo disparo pero poniendo en fuga a los acompañantes de Pestaña, y una segunda, ésta hecha verdaderamente a quemarropa, con el líder cenetista ya identificado y un individuo gritando a la par que le disparaba «¡A ti te busco!». De esta segunda descarga, Ángel Pestaña recibió cuatro disparos. Uno en la cabeza, otro en la garganta, un tercero en el pecho y el último en un brazo.

Pestaña, casi igual que lo había hecho repetidamente en el duermevela de María, quedó tumbado en la acera, en medio de un charco de sangre que rápidamente fue tomando la forma del mapa de Australia (la mancha quedó varias horas expuesta a los ojos de los transeúntes y así lo señaló más de uno, pues al parecer por la Rambla transitaba gente ilustrada y con aficiones geográficas).

La primera persona en socorrer a Ángel Pestaña fue una profesional de un prostíbulo cercano. Con un inmenso pañuelo de seda que rasgó en dos le taponó certeramente las heridas del cuello y del pecho. De inmediato acudieron en su ayuda unos soldados del batallón de Reus. Los militares, siempre con la María Magdalena colaborando con ellos, montaron en un carro a Pestaña y lo trasladaron, ya inconsciente, al hospital de Nuestra Señora de Manresa.

El estado era de extrema gravedad. En *El Diluvio* incluso coqueteaban con el fatal desenlace: «Puede decirse sin hipérbole que si la muerte de Pestaña acaeciese, desaparecería la figura más preminente del sindicalismo barcelonés…». Y seguían como si ya estuvieran redactando su obituario, usando más de lo adecuado el pretérito: «La moralidad de Pestaña ha sido reconocida por sus mismos adversarios, los cuales, al hablar de él, decían que era la honradez personificada, incapaz de llevar a cabo ninguna acción reprobable. Su austeridad era generalmente reconocida…». Recordaban anécdotas del personaje, como se hace con los difuntos recientes: «Cuando se presentó en la estación de Atocha de Madrid para dar la conferencia en el teatro de la Zarzuela, el asombro y la decepción de los reporteros y del público fue enorme. Esperaban ver en Pestaña a un hombre de gran empaque, de no poca prestancia, y, al encontrarse con la figura ascética, escuálida, humilde del líder del sindicalismo catalán, no podían creerlo. Pestaña descendió de su coche de tercera clase y por todo equipaje llevaba un minúsculo maletín». Seguramente la misma lamida maleta que había quedado en la modesta fonda.

Mientras el redactor de *El Diluvio* se aplicaba en su panegírico, Pestaña era operado de urgencia y su cuerpo se sumergía en ese extraño umbral en el que la vida y la muerte pisan un terreno muy próximo. La intervención de los médicos fue tremendamente afortunada. Apenas veinticuatro horas después del atentado se consideraba a Pestaña fuera de peligro. Clínicamente hablando. Porque su vida seguía estando amenazada de un modo muy serio.

Los pistoleros no habían huido. Continuaban en Manresa y continuaban empeñados en cumplir el encargo que habían recibido. No cobraban sólo por atentar, sino por matar.

Incluso cuando María, la compañera de Pestaña, llegó a Manresa acompañada por su hija Azucena, una niña de apenas cinco o seis años, varios cenetistas tuvieron la precaución de estar esperándola en la estación con un viejo automóvil para darle escolta y llevarla al hospital. Los criminales no se ocultaban. Andaban por los burdeles y los garitos de Manresa alardeando de su profesionalidad y de cómo antes o después acabarían con «el Seco ese». Entrarían en el hospital y lo rematarían en su cama o esperarían a que saliera del sanatorio, pero ni ellos se iban de Manresa sin hacer su trabajo ni Pestaña iba a salir vivo de esa ciudad. Era «una cuestión matemática».

No sólo eso. Nuevos pistoleros llegan a la ciudad en apoyo de los primeros. Montan guardia frente al hospital. María, desde una ventana, ve a aquellos hombres merodeando por la acera de enfrente, fumando, intercambiando gestos, guardando silencio con la mirada perdida en la fachada del hospital. Las autoridades de Barcelona, naturalmente, no están dispuestas a mover un dedo en ayuda de alguien que les haría un gran favor desapareciendo de la faz de la tierra. Por su parte, el sector moderado de la CNT, tan alejado en esos momentos de los pistoleros anarquistas como de la policía, no tiene recursos suficientes para garantizar la vida de Pestaña.

Un factor externo viene en su socorro. Una foto lo cambia todo.

En la prensa de aquellos días aparece una fotografía del sindicalista. En ella se ve a Pestaña postrado en la cama del hospital. Tapado hasta el cuello, de perfil, resignado. La mirada serena, el pelo revuelto de los enfermos, la barba de varios días. A su lado, mirando a la cámara, está María, una mujer con cara de niña y el gesto dolido aunque digno. En sus brazos tiene a la pequeña Azucena que igualmente mira al fotógrafo, a todo aquel que en los diferentes periódicos se asoma a ver la foto. Un aire de clamorosa inocencia flotando sobre aquel drama humilde y gratuito. Una familia sencilla en manos de criminales.

Ya no son sólo el entusiasta redactor ni la dirección de *El Diluvio*. La noticia del atentado corre por toda España y esa fotografía se convierte en una denuncia de la barbarie. Una parte de la sociedad recibe el impacto y se moviliza. Partidos políticos, ateneos e intelectuales hacen una llamada a favor de los líderes obreros pacíficos y en contra de los métodos represivos utilizados por Martínez Anido y su subalterno Arlegui. Y toman a Ángel Pestaña como ejemplo de la injusticia.

La vida personal de Pestaña va de periódico en periódico. El público sabe entonces de sus penurias de la infancia, que vive dentro de una modestia espartana en el mismo piso de la calle San Jerónimo que alquiló a su llegada a Barcelona en 1914. Cuando no ha trabajado para la *Soli*, el único dinero que Pestaña ha percibido es el que honradamente gana con su oficio de relojero, un dinero incierto a causa de las temporadas que pasa detenido y cuya escasez obliga a María a trabajar primero en una fábrica y después como lavandera. Las palabras de María, hablando de su Ángel y de su vida a *El Diluvio* refuerzan esa percepción generalizada de avasallamiento: «En mi casa no hay un céntimo. Hemos de trabajar todos para poder comer y vivir, tan modestamente como el más humilde de los obreros…».

Los médicos del hospital, testigos directos de lo que ocurre, dan un definitivo aldabonazo al denunciar públicamente la descarada y amenazante actitud de los pistoleros, resueltos a acabar con la vida de su paciente. Reclaman protección a las autoridades.

Éstas, para cubrir el expediente, mandan detener a varios miembros del Sindicato Libre de Manresa. Entre ellos hay un individuo apodado el Tromqui y otros dos, Joan Pladevilla, más conocido como Joan de la Manta, e Isidro Viñals que sí han participado, y muy activamente como veremos, en el atentado y que muy pronto son puestos en libertad sin cargos.

El caso llega al Congreso de los Diputados de la mano de Indalecio Prieto. El líder del PSOE interpela en la cámara al presidente del Gobierno y lo acusa de complicidad con unos asesinos que impunemente mantienen asediado el hospital donde se encuentra herido un representante sindical, protegido por su mujer y su hija, por unos cuantos compañeros desarmados y por unos valerosos médicos que cumplen con sus funciones mucho más allá de donde dicta su juramento hipocrático.

El jefe del Gobierno, Sánchez Guerra, incómodo por la magnitud que están alcanzando los hechos, promete tibiamente tomar cartas en el asunto. Demasiado tibiamente. Tanto, que el astuto don Inda, buen conocedor de los bajos fondos de la sociedad y del alma humana, al final de la sesión parlamentaria se queda tan preocupado por la suerte de Pestaña como lo estaba al inicio de la misma y decide seguir puntualmente informado de lo que está ocurriendo en Manresa, a más de seiscientos kilómetros de distancia. Indaga, pregunta. Y así es como recibe un informe confidencial.

En ese informe se dice que a pesar de la interpelación en el Congreso, las autoridades de Barcelona se mantienen firmes en la decisión de no intervenir y dejarán completa libertad de movimientos a los pistoleros. Éstos, inquietos por la trascendencia que ha tomado el asunto, están decididos a zanjar el asunto cuanto antes. Si hay que asaltar el hospital, lo harán.

Indalecio Prieto, la historia se ha encargado ampliamente de acreditarlo, no era hombre de amilanarse. Una vez leído el informe sabe que la vida de Pestaña pende de un hilo y que el tiempo es fundamental. Imposible esperar a una nueva sesión

parlamentaria. Don Inda pone en movimiento su oronda anatomía y al caer la tarde monta sus sobrados ciento veinte kilos en la parte trasera de un petardeante automóvil y da instrucciones al chófer. Sabe que sólo desde las más altas instancias puede evitarse la muerte del sindicalista. Se dirige al despacho oficial de Sánchez Guerra.

El jefe del Gobierno no se encuentra allí. Prieto, atosigado por el agosto madrileño, vuelve al automóvil con su andar bamboleante y decidido. Se queda unos minutos conversando con el chófer en la acera. Le pregunta a éste por su familia, mira las copas recalentadas de los árboles, como cabezas de locos, con pájaros alborotando y nervaduras torturadas. Prieto no deja de rumiar mientras el chófer fuma y habla. Hasta que toma una decisión. Monta en el auto y da una nueva dirección.

El diputado socialista empieza una rara ronda. Va de un lugar a otro en busca del jefe del Gobierno. En vano. Se cierra la noche. No se da por vencido. En un par de sitios le dicen que el presidente acaba de salir. «Lo vamos oliendo, don Inda», lo anima el chófer, a esas alturas completamente implicado en el rastreo. Hasta que, ya de madrugada y como última opción, ponen rumbo a Villa Rosa, un local nocturno de moda frecuentado por toreros, artistas, políticos y putas de postín.

Sánchez Guerra está en animada conversación con un par de diputados conservadores, varios hombres de negocios y una cupletista sin identificar. Al ver acercarse a Prieto esboza una sonrisa, que le dura menos de un segundo. Hasta la papada de Prieto venía rígida. El socialista, sin preámbulos, le pide un aparte. Todos los presentes, menos la cantante, hacen amago de levantarse. Sánchez Guerra los detiene con un gesto. Es él quien se levanta y camina hacia un reservado con Indalecio Prieto. Éste no tarda en ponerlo al corriente de lo que ha leído en el informe. Tiene la certeza de que van a asesinar a Pestaña y de que eso puede poner Barcelona, Cataluña, en pie de guerra. La respuesta de la CNT a una vileza de esa tipo va a ser descomunal. El Ejército en la calle, otra vez.

El jefe del Gobierno, con su mirada sombría, la calva habitualmente despeinada y su aire sempiterno de jeque en el destierro, le clava las pupilas y después de un instante, aunque sabe que la cuestión está de sobra, pregunta: ¿Está usted seguro de eso que está diciendo, Prieto? El socialista se limita a mantenerle la mirada, los ojos de huevo, el óvalo de la cara como una montaña.

«Está bien», expira sonoramente por la nariz Sánchez Guerra.

«No hay tiempo que perder, presidente —añade Prieto—, ni un segundo».

El otro asiente, la barba de púas grises y blancas como una alambrada a medio nevar se mece afirmativamente en la penumbra. Llama a un asistente. Pide que lo lleven a una dependencia con teléfono. Prieto sale. Sube al coche y pregunta al conductor si sabe de algún sitio donde a esas horas den de cenar en paz.

Mientras el coche se pierde por la madrugada veraniega de Madrid, Sánchez Guerra está telefoneando a Martínez Anido. Lo levanta de la cama. Tienen una conversación tensa. Sánchez Guerra debe recurrir a toda su autoridad y al cargo incuestionable de jefe de Gobierno para doblegar al general. Éste, agrio, acata. Pero

todavía tiene ánimo para amenazar con desgracias incalculables. Sánchez Guerra también corta ese fuego. Pide silencio y diligencia en el cumplimiento de sus órdenes. Bajo ninguna circunstancia puede ser agredido Ángel Pestaña. «Usted me responde de su vida», cierra la conversación Sánchez Guerra. La enemistad queda sellada entre ambos.

La mañana siguiente, María comprueba que los movimientos de los matones alrededor del hospital han cesado. No hay rastro de ellos.

Aunque fueron identificados, ninguno fue detenido. Todos eran miembros de una banda del Sindicato Libre. Quien dirigía el grupo y les dictaba sus objetivos era, oh, casualidad, el inspector Honorio Inglés. Los integrantes eran Isidro Viñals, Carles Baldrich, Ramón Ródenas y Joan Pladevilla alias Joan de la Manta. El que gritó a ti te busco y disparó en la cabeza a Pestaña fue Viñals.

No sólo eso. Se supo algo más. Por ejemplo, unos meses después, se supo que la empresa que había sufragado el atentado había sido la Hispano-Suiza. Y que el dinero de esta empresa pasó por el despacho de la persona que había ordenado el atentado, el general Severiano Martínez Anido.

Desde el gobierno civil y por vía de Juan Oller Piñol (sí, el luego biógrafo o hagiógrafo de Martínez Anido) se hizo correr la versión —con poco éxito y bastantes lagunas— de que el atentado había sido perpetrado por pistoleros de la propia CNT, enemigos de la moderación que Pestaña, Seguí o Peiró representaban.

Todo se diluyó en la nada. Sólo en 1924, después de amontonarse tantas evidencias que hicieron imposible no llevar a cabo un juicio, o al menos una representación teatral, fueron juzgados por el suceso Ramón Ródenas y un tal Pedro Mollar Prades, que al parecer no había intervenido en el atentado aunque sí fue uno de los refuerzos llegados desde Barcelona a Manresa. El juicio se saldó sin condena y con una sonrisa perenne en la boca de los dos acusados. Nadie esperó nunca otra cosa. Y menos que nadie Ángel Pestaña, que, una vez abandonado el hospital y restablecido de las heridas, fue el primero en olvidarse del asunto.

No era indiferencia hacia la justicia ni hacia su propia persona. Simplemente conocía el terreno en el que se movía.

Adiós, Anido

Inocencio Feced andaba de nuevo por Barcelona. Inocencio Feced Calvo, al que fugazmente entrevimos en el atentado del *cabaret* Pompeya, pesará sobre el final de esta historia y será uno de sus elementos indispensables a pesar de que hasta entonces nunca hubo datos completamente veraces sobre él y casi nunca sobre sus acciones.

Inocencio Feced era delgado, con aspecto algo enfermizo. Moreno y con el pelo espeso. Tenía los pómulos pronunciados y las orejas un poco más separadas del cráneo de lo normal, era más bien bajo, con los ojos un poco disparados, inquietos y fijos al mismo tiempo, con la intensidad con que miran los locos o quienes están muy concentrados en algo. Así aparecen sus pupilas en las pocas fotografías que se conservan de él.

Había pertenecido al sector del metal de la CNT. Era violento. Había sido acusado de ser el autor del atentado del Pompeya. Un estudiante de Zaragoza presente en el *cabaret* lo identificó en un principio como al hombre menudo que, unos asientos detrás de él, había dejado en la butaca aquella gorra oscura debajo de la cual empezó a salir un humo blanco, la bomba que produjo el desastre. El estudiante, apesadumbrado y confundido se retractó de su declaración primera y dijo que no se atrevía confirmar al cien por cien que Feced fuera la misma persona que había visto en el teatro. Feced se libró del garrote, aunque no de unas fundadas sospechas.

El rumor, bastante extendido y con bastantes posibilidades de ser cierto, decía que en los interrogatorios sobre el caso lo había torturado personalmente Miguel Arlegui. Y que en ese trance se produjo la conversión. Feced se dio la vuelta. Se hizo confidente de la policía. Y miembro del Sindicato Libre.

Al Noi del Sucre nunca le gustó. Ni antes ni después de haber pasado por las manos de Arlegui. Fue un amor no correspondido. Inocencio Feced, en sus primeros tiempos, quedó deslumbrado por la personalidad impetuosa de Seguí. Sonreía cuando Seguí sonreía, echaba atrás la cabeza cuando el otro lo hacía, cogía el cigarrillo del mismo modo y se dirigía a los conocidos comunes de la misma forma y en el mismo tono que el Noi lo hacía.

Al nen ese lo quiero lejos, no lo trago, le oyeron decir a Seguí alguna vez los íntimos. Feced probó a cambiar de modales, se mostró menos efusivo y se enroscó al cuello alguna corbata pensando que el gesto e incluso el trapo serían del agrado del Noi del Sucre. No era eso. No eran los gestos ni el modo de hablar. Era algo más profundo, algo que rozaba lo absoluto. Era su carne, era su existencia, su respiración, lo que repelía al Noi. Y Feced acabó por recibir el mensaje. Lo interiorizó, lo hizo tan suyo como el aire que respiraba, también rozando el desatino de lo absoluto. Y la termita inició su trabajo.

Octubre empieza torcido. Jaime Rubinat Grau, primo hermano por vía materna de

Salvador Seguí y miembro de la CNT, es asesinado por pistoleros del Libre. Puede verse a Seguí en el funeral, ojeroso, con la mirada algo desvaída, un poco menos él mismo.

El asesino es Blas Marín Pérez. Por si a estas alturas y dentro de esta cuerda de criminales no ubican el nombre, es el individuo que en 1920 intentó matar al Noi del Sucre en la calle Mendizábal. En aquella ocasión, Seguí repelió el ataque a tiros. Eran los tiempos del barón de Koënning y la indignación que la patronal mostró ante el falso aristócrata por el fracaso del atentado acabó recayendo sobre Blas Marín en forma de despido temporal de la banda. La vida del Noi del Sucre se convirtió en un agravio para Marín. Si no lo pudo matar a él, acabar con su primo carnal, es de suponer, le supondría algún alivio.

El Noi lamenta profundamente la muerte de su primo, al que había convencido de que se afiliase a la CNT. Le duele el modo en el que la justicia ha vuelto a actuar. Sabe, él, como todo el mundo, quién es el asesino, y que anda suelto. De nada había valido la declaración de la mujer de Jaime Rubinat, como tampoco sirvieron sus últimas palabras. Todo tenía el sello de la podredumbre.

La cosa había sucedido así: A Jaime Rubinat, de treinta años, fundidor, como cada tarde, lo había esperado su mujer, Loreto Solá, en la puerta de la fundición donde trabajaba, en la calle Conde del Asalto. Ese día los acompañaba una sobrina de quince años. Reían cuando un hombre se les acercó por la espalda, apuntó a la cabeza de Rubinat y así, a sólo unos centímetros de distancia, hizo un disparo. Rubinat se derrumbó entre las dos mujeres. La sobrina recibió un fogonazo, el roce de la bala al salir por el pómulo izquierdo de su tío. Sobre la mujer de Rubinat cayeron unas salpicaduras leves, un rocío rosado, de la sangre de su marido. El agresor emprendió la huida, pero antes de que se perdiese entre el revuelo de gente pudo ser reconocido por la mujer de Rubinat e incluso por el propio Rubinat, que llegó a balbucear: «Es Marín, es Marín». Lo conocía bien. Meses atrás, Marín había agredido a Rubinat por negarse éste a ingresar en el Sindicato Libre. Lo había llamado cobarde, una gallina metida bajo el ala de su primo. La disputa terminó en una aparatosa pelea que se solventó con la detención de ambos.

Jaime Rubinat murió dos horas después en el hospital Clínico. Sus últimas palabras fueron las que pronunció en la calle del Carmen, el nombre de su asesino.

Ante la insistencia de la viuda, la policía detuvo esa noche a Blas Marín. Cuando fue sometido al careo con la viuda de Rubinat, Marín se mostró tranquilo, reconoció haber peleado con Jaime Rubinat meses atrás y basó en ese hecho la acusación de la viuda. El juez quiso creerlo. La muerte queda impune.

Salvador Seguí camina entre las tumbas. El suelo empieza a temblar. Sopla el primer aire del otoño y los cambios van a ser radicales.

Los Solidarios, el grupo que se había formado por la unión de Crisol y los Justicieros

y del que forman parte García Oliver, los hermanos Ascaso y Durruti, quiere dar un importante golpe de mano. Asesinar a Martínez Anido. Curiosamente, Martínez Anido también suspira por un gran golpe de efecto. Su autoridad, después del atentado de Pestaña y de la llamada al orden del presidente del Gobierno, se encuentra resentida.

Los Solidarios convocan una reunión de grupos anarquistas afines. Buscando la máxima seguridad, se reúnen en mitad del campo, en un bosque del Maresme. Inútil. Ante el tejido de espionaje y confidentes perfectamente urdido por Anido y Arlegui una reunión de esas características habría necesitado de hombres mudos e invisibles para no ser descubierta.

Al saber lo que se trama en el bosque del Maresme, Arlegui tiene una revelación. Los que se reúnen allí son elementos peligrosos, con unos antecedentes violentos conocidos por todos. Son la excusa perfecta para emprender una maniobra de represión como nunca antes se ha visto. Asestar al enemigo un golpe demoledor. Y para que no haya voces discordantes, para que desde Madrid o desde los sectores más moderados de la patronal nadie se espante, aún piensa Arlegui en una coartada mayor. Facilitar el atentado contra Martínez Anido. Eso devolverá la autoridad moral al gobernador y justificará la reacción.

Anido escucha atentamente a su subordinado. Inspira y expira como un animal antediluviano, con una dificultad que parece congénita, que forma parte de su especie. Asiente. Sí, paladea, rumia. Es una buena idea.

Deciden ponerse a trabajar sin pérdida de tiempo. Allí mismo empiezan a elucubrar. Necesitan a un tipo sin escrúpulos para que se infiltre entre los anarquistas y haga el doble juego sin temblar. La boca azulenca de Martínez Anido apenas se abre para pronunciar el nombre del elegido, sus ojos tienen un reflejo brillante, una ilusión infantil: Inocencio Feced.

Miguel Arlegui estira el cuello, como si quisiera despegar su cabeza del tronco. Todos dicen que era su señal de nerviosismo, o por lo menos de incomodidad. No cree que Feced sea el hombre adecuado. Martínez Anido desestima la opinión de su camarada. Arlegui insiste, conoce bien a Feced, argumenta. No se fía de él. Ése nos puede vender, o ir a lo suyo. El gobernador lo mira fijamente, haciéndole ver que está decidido, sin necesidad de hablar más.

A pesar de ello, Arlegui, quizás impulsado por el hecho de sentirse padre de la idea, se atreve a proponer algo intermedio. Feced puede ir acompañado y para esto sí tiene al hombre idóneo. Se trata de Florentino Pellejero, un policía recién llegado de Bilbao, desconocido en Barcelona y con experiencia en el mundo obrero. De hecho, ya ha establecido algunos contactos en el sector textil de la ciudad haciéndose pasar por anarquista. Él será el control de Feced, mi general, la garantía de que Feced hace lo que sabe hacer. Martínez Anido mueve los labios como si mamara, concede.

Dos días después, Inocencio Feced y el policía Florentino Pellejero se entrevistan con Jenaro Tejedor alias el Madrid. Tejedor, un fundidor nacido en Segovia y

emigrado a Barcelona en la adolescencia, pertenece al Sindicato del Metal de la CNT y es miembro de Los Solidarios. Tiene veintiséis años pero ya es un veterano de la lucha obrera, o eso piensa. Conoce algunos de sus recovecos, y conoce la fama de Feced. Aunque no lo suficiente como para que éste no logre convencerlo de sus intenciones: Quiere vengarse por todo lo que Arlegui le hizo sufrir. Su detención, su tortura, las humillaciones y la enemistad que todo aquello le acarreó con sus compañeros de toda la vida. Además, puede proporcionar información valiosa sobre Martínez Anido y sus movimientos, sobre ese coche blindado con el que últimamente se mueve a todas partes, sobre sus planes. Tiene información de primera mano.

Florentino Pellejero, que se ha creado fama de honesto y presume de un impecable pasado en Bilbao, avala a Feced. Quiere participar en el atentado que se prepara contra Martínez Anido. Jenaro Tejedor, como dos días atrás hiciera el general con su subordinado, concede. Feced y el policía Pellejero ya están dentro del atentado contra el gobernador civil.

Todo está en marcha. La información va y viene, siempre en secreto, siempre con doble filo. Inocencio Feced se esmera, tiene auténtico control sobre cada una de sus palabras, sobre cada gesto. Martínez Anido y Arlegui ponen el cebo para el atentado que debe producirse contra el primero de ellos. El gobernador hace saber a algunos de sus íntimos que acudirá al teatro El Dorado la noche del 23 de octubre. Arlegui se lo comunica a Feced para que éste pase la información. La noticia llega a Los Solidarios. El elegido para dirigir el golpe es Manuel Talens el Valenciano. Talens convoca a su gente. Estudian el caso. El Dorado está situado en la plaza de Cataluña y eso deja abiertas muchas posibilidades. Las van a estudiar a fondo.

A primera hora de la tarde de ese día 23, en el bar Monumental, situado en la parte alta de Gracia, Manuel Talens y los que van a participar en el atentado repasan la estrategia. Al lado de Talens, callado, mirando de abajo arriba a todo el mundo con sus ojos claros, está Amalio Cerdeño, él es quien ha suministrado la mayor parte del armamento.

Todos tienen muy claro cómo deben actuar. Feced, que ya ha informado a Arlegui de todo, está presente. Gasta alguna broma, mira a Talens con una expresión que dice: Lo hemos conseguido. Cuando todo ha sido repasado, el ataque, los posibles contratiempos, las vías de escape, Talens distribuye dinero y armas. El grupo que va a participar en el atentado lo forman veinte hombres, todos miembros de la CNT.

Cuando cae la noche, algunos miembros del numeroso comando suben las Ramblas. Se van situando en los lugares estratégicos. Desde unas horas antes, toda la plaza de Cataluña y sus alrededores están tomados, invisiblemente, por la policía.

Arlegui le ha encomendado el mando de la operación al comisario Agapito Martín, un policía que a pesar de su veteranía anda con nervios esa tarde. El despliegue es complejo y el comisario teme que alguno de sus hombres cometa un

ínfimo error que eche por alto la operación. Todavía tiene en la retina las pupilas de Arlegui y todavía le viene un sabor amargo al paladar recordando la voz del general, pautada, congelada, subrayando la importancia de la misión, lo que el Gobierno, lo que Barcelona se juega en ella. Error de Arlegui.

El comisario Agapito Martín pasea por el perímetro de la plaza, sólo en apariencia calmoso. Entra en un portal y se asegura de que en el primer tramo están apostados un sargento y cinco guardias, mira de reojo a los falsos transportistas que fingen descargar un camión y con la vista llama la atención de uno de ellos, que incomprensiblemente lleva la guerrera del uniforme bajo el guardapolvos, mostrando su abotonadura característica, alza la mirada y observa los balcones de la entreplanta donde, detrás de unos visillos, un nutrido grupo de guardias espera una señal. Cerca de la embocadura de las Ramblas ve a lo lejos a Inocencio Feced y al policía infiltrado Pellejero, están con un anarquista que no logra identificar. Agapito Martín aparta la mirada fingiendo no haberlos visto.

El comisario va, viene, fuma, escupe, huele, vuelve a mirar, arrastra los pies y resopla. Así se imagina uno a aquel hombre que corta la plaza en diagonal, que entra en una cafetería de la Rambla de Canaletes y pide un vaso de leche tibia mientras por el espejo ve a cuatro de sus hombres sentados a un velador, cerca de la vitrina, mirando como él, de tanto en tanto, la plaza, los movimientos de la gente, algún automóvil que va más lento de lo normal, reconociendo entre los paseantes a algún anarquista, oliendo ya el peligro, percibiendo ese tufo raro que todo empieza a desprender y que le produce sudoración en las palmas de las manos, la percepción absoluta de su cuerpo —su levedad, su peso, una electricidad en fuga por todo el organismo— y al mismo tiempo el desconocimiento total de su anatomía, la sensación de que su cuerpo y su vida son un territorio ignoto, vasto, algo lejano y por descubrir que en un momento puede desaparecer, perderse en el vacío. Siente, en fin, ese conglomerado de sensaciones contradictorias e indefinidas, la oscura mezcla de desconfianza y curiosidad que conforman el miedo.

El comisario apura su vaso de leche, unas gotas se le derraman por la barbilla: ha visto a tres anarquistas cruzar por delante de la cafetería a paso rápido, uno de ellos llevaba la mano en el bolsillo, empuñando una pistola, Agapito Martín ha visto el borde de la culata, mira su reloj, piensa que es demasiado pronto, pero las cifras le bailan, confunde la hora de entrada al teatro con la de salida, mira otra vez hacia la calle, ahora reconoce a Jenaro Tejedor y a Manuel Talens el Valenciano. Suelta unas monedas en el mostrador, le hace un gesto a los guardias que están sentados ante la vitrina y señala con la barbilla a Tejedor y a Talens, sólo uno de los guardias ha visto su gesto, y no comprende, el comisario señala hacia la calle, abiertamente, ahora todos los guardias miran al exterior, sus movimientos han alertado a los anarquistas, que ya corren por la acera, dando la señal de alarma, Talens lleva un revólver en cada mano, dobla una esquina y entra en la calle Nueva de San Francisco gritando ¡Encerrona, encerrona! Tejedor corre hacia la plaza de Cataluña, pegado a la pared,

todo ojos, la plaza se descompone, policías, anarquistas, transeúntes, vecinos, cada cual corre en un sentido, suena el primer disparo, los anarquistas buscan las Ramblas, las calles que se pierden a partir de ahí, en la huida disparan, dispara la policía, los transeúntes buscan refugio en los portales, tropiezan con guardias que salen, temblando, se echan al suelo, gatean, el comisario Agapito Martín intenta dar órdenes, las detonaciones y el zumbido metálico de las balas le tapan la voz, sale a mitad de la plaza, vengándose del miedo que antes ha sentido, grita, dispara a dos bultos que se esconden detrás de un automóvil y que al mismo tiempo disparan, un policía cae herido cerca de él casi al mismo tiempo que en la puerta del colmado donde se habían camuflado unos guardias cae el cenetista Adolfo Bermejo el Madriles, casi antes de tocar el suelo ya está muerto, el tiroteo se hace denso en las Ramblas, baja por esa arteria, empieza a dispersarse por las bocacalles, otro anarquista, Rafael Climent, es herido de muerte al tiempo que Jenaro Tejedor choca literalmente con dos policías y rueda por el suelo, le apuntan al pecho, deja caer su arma, además de esa pistola le sacan de los bolsillos otras cinco y dieciséis cargadores, recibe aproximadamente dos patadas y media por cada uno de los cargadores, su compañero Talens corre peor suerte, una bala perdida le ha entrado por un costado y se desploma, se levanta, pretende correr, pierde fuelle, se desinfla como un globo viejo y antes de que pueda refugiarse en un portal lo atrapa un sargento de la policía. Además de Tejedor y Talens son arrestados Joan Manen, Vicente Soler y Guillermo Martí.

Continúan las carreras y los disparos. El comisario Agapito Martín le ordena a un cabo que busque por los alrededores la motocicleta con sidecar en la que, según Feced, los anarquistas encargados de disparar sobre Martínez Anido tienen pensado huir. El cabo, acompañado de dos guardias, identifica la moto cerca de la plaza Real. El motorista, sin tiempo para arrancar, corre a pie, dispara, le disparan, es veloz, atraviesa la calle Aviñó, la plaza de Milans y la plaza de Regomir, uno de los agentes, con un tobillo dislocado, abandona la persecución, el cabo y el otro guardia la continúan. El fugitivo, además de rápido, es hábil, ya está en la calle Merced, muy cerca del paseo de Colón, pero el cabo es igual de rápido y más hábil, se detiene en seco, apunta al vacío, al centro de la calle, y cuando el anarquista va a pasar por su punto de mira dispara, el fugitivo cae aparatosamente, muere. En el sidecar encontrarán una pistola Star con el seguro quitado y dos cajas de munición.

La operación no ha terminado. Queda la guinda. Toda la zona se ha convertido en un laberinto en el que policías y anarquistas se persiguen y disparan. La noche y los tiros se alían en una pesadilla en la que el miedo es puro y a veces asoman los mecanismos de un juego infantil. En un callejón del Raval un anarquista acorralado lanza una bomba de mano sobre el policía que lo persigue, la bomba no explota pero va a dar en la cabeza del agente, que cae herido y abandona la persecución. Cerca de allí hieren de bala a un compañero, Josep Claramonte, y en la calle Nueva de San Francisco descubren a Pellejero, el policía infiltrado que hacía poco había llegado de

Bilbao, tirado en la acera, en posición decúbito supino (si bien con una pierna torcida, imitando el trazo de una zeta) y con dos tiros en el cuerpo.

Nunca quedó claro si éste fue víctima de los anarquistas, que descubrieron su doble juego, o de la policía, que en la confusión del tiroteo pudo tomarlo por un verdadero anarquista. Pero ésa no es la guinda de la que les hablaba, porque finalmente la muerte de Pellejero no deja de ser un asunto chusco, un simple error de sus compañeros o la fulminante inspiración de un anarquista que adivinó la condición de policía del desgraciado Florentino. No. La guinda, el colmo de aquel gran despropósito que fue el falso (o al menos el manipulado) atentado contra el general Martínez Anido tuvo que ver con Amalio Cerdeño, ya saben, el tipo que había sido el proveedor de las armas para el atentado y que junto a Manuel Talens había supervisado su entrega en el bar Monumental aquella misma tarde.

Estaba previsto que Cerdeño no participara activamente en el atentado. Inocencio Feced había informado de ello a Arlegui, y Arlegui había dispuesto que esa noche, una vez desmontada la operación se detuviese a Cerdeño en su domicilio, facilitado igualmente por Feced en una nota de caligrafía primorosa que durante varios días estuvo dando vueltas sobre el escritorio de Arlegui: *Calle Serra Xic, número 3 (el piso por averiguar)*.

Sin embargo, en el último instante, Amalio Cerdeño decidió estar en el lugar de los hechos. Quizás lo había pensado siempre y lo ocultó por prudencia. Se encontraba cerca de las Ramblas cuando empezaron los primeros disparos. Al instante comprendió lo que sucedía. Pero, ofuscado por el nerviosismo, en el paso siguiente el instinto le falló. Corrió a buscar refugio en su casa, decidido a meterse en la cama y fingir ignorancia de lo que estaba ocurriendo. Cerdeño no sabía hasta qué punto las autoridades estaban informadas de toda la operación. Lo supo poco después, cuando a los pocos minutos de acostarse la policía derribó la puerta de su vivienda sin una llamada previa y varios guardias se le echaron encima.

Las órdenes que los policías habían recibido eran precisas. Aplicación de la ley de fugas. Así que sacaron a Cerdeño de la cama, le ordenaron que se vistiese con las ropas que todavía conservaban la tibieza de su cuerpo y lo metieron en un coche.

Al llegar a la calle Espartería le ordenaron que bajara. Amalio Cerdeño vio unas sombras sospechosas al otro lado de la calle, se negó a abandonar el vehículo. Lo encañonaron. Ante esa situación, y ya con la puerta abierta, no lo dudó. Fue rápido, bajó de un salto y corrió imitando el vuelo quebrado de un murciélago, haciendo una especie de zigzag sobre los resbaladizos adoquines. Inútil. Desde el coche y desde el lugar donde se entreveían las sombras dispararon contra él. Fuego cruzado. Cerdeño, según confesaría luego uno de los policías, hizo una especie de cabriola, cayó, inerte. Se oyeron unas voces. Muerto. La palabra se repitió dos o tres veces, como si fuera un eco. Las sombras desaparecieron y el coche, que en ningún momento había detenido su motor, se fue calle adelante con un ronroneo siniestro.

Pero Amalio Cerdeño no está muerto. Caído en la acera, se desangra, inconsciente, hasta que unos transeúntes, dos amigos noctámbulos y achispados, casi tropiezan con él. Al instante aparece un trabajador de abastos. Comprueban que Cerdeño está con vida y, cogiéndolo por las axilas y las corvas, deciden llevarlo al puesto de socorro más cercano. En el camino, quizás a causa del dolor que le produce el zarandeo, Cerdeño recupera a medias la conciencia, balbucea, gime, dice nombres que los que lo llevan creen que son puro delirio, habla del gobernador civil, del jefe de la policía. Los borrachos creen que, además de herido, también está borracho. El de abastos calla y empuja.

Cuando llegan al puesto de socorro, Cerdeño está ya plenamente consciente. Lo tumban en una camilla. Mientras dos enfermeras lo desnudan para calibrar las heridas, el médico de guardia le pide a los que lo han llevado que no se vayan. Son testigos. Y van a ser testigos de lo que Cerdeño va a seguir diciendo. Allí, ante las enfermeras, dos médicos y los tres hombres que lo han llevado hasta el dispensario, Cerdeño revela punto por punto el entramado del caos que esa noche impera en Barcelona, el atentado contra el gobernador, el doble juego que evidentemente han llevado a cabo la policía y el propio gobernador, cómo acababan de aplicarle la ley de fugas.

Los presentes se miran atónitos. Aquel hombre no es un borracho ni tiene delirios. El médico de guardia es observado por las enfermeras, por los tres testigos, por el médico ayudante. Y toma una resolución. Conozco al fiscal Diego Medina, dice. Sale de la sala donde Cerdeño no para de hablar. Hace una llamada telefónica. Sólo unos minutos después, un automóvil se detiene ante la puerta. De él baja un hombre menudo. El fiscal.

El fiscal mantiene una charla aparte y breve con el médico. Se sienta en la sala de espera mientras el doctor sigue haciendo la cura a Cerdeño. Una enfermera contó cómo el fiscal parecía un ratón, metido en un abrigo demasiado grande, con los ojos muy inquietos rotando detrás de unas lentes ovaladas y mínimas.

Una vez que el médico da por acabada la primera cura, el fiscal Medina entra en la sala. Cerdeño está tumbado en una camilla, por el suelo todavía hay prendas de ropa ensangrentadas, huele a formol y a sangre. Amalio Cerdeño, con el único ojo que ahora tiene abierto, mira al fiscal con desconfianza. De un modo muy parecido a como el fiscal mira al anarquista. Me han dicho que tiene cosas que contarme, es lo primero que dice éste. El otro, según refieren, emite un sonido desde la camilla, asentimiento, gruñido o queja. Pues dígame, empezando por el principio.

El fiscal mete las manos amarillentas en el abrigo exagerado y escucha.

Al otro lado del cristal esmerilado que tiene la puerta de la sala de cura, los médicos y los testigos vuelven a oír lo que Cerdeño les ha contado. Ahora lo hace con un poco más de orden, aunque también con unos silencios más prolongados y con la voz más pastosa. Es la sedación, dice una enfermera. O la desconfianza. A veces, cerca del cristal suena la voz del fiscal, fina y clara, haciendo preguntas, pidiendo

aclaraciones.

Al cabo de una media hora se hace el silencio. El fiscal abre la puerta, hace unos movimientos mecánicos con los hombros, aupando el abrigo. Avanza hasta la silla donde antes ha estado esperando y se sienta. Mira a todos los presentes, mira las puntas de sus zapatos, las manchas raras del suelo, apenas unos segundos. Y vuelve a levantarse. Le pregunta al médico dónde hay un teléfono.

El fiscal Diego Medina llevó a cabo esa noche una cadena ininterrumpida de llamadas. En cada una de ellas intentó esquivar a los elementos dudosos de la policía o del Gobierno, y cuando tuvo sospecha de encontrarse en un terreno pantanoso no dudó en cortar la comunicación de modo súbito. Finalmente, a las cuatro de la madrugada, consiguió hablar personalmente con el presidente del Gobierno.

Sánchez Guerra lo escuchó atentamente. El último enfrentamiento con Martínez Anido no lo predisponía precisamente en su favor. Hacía tiempo que recelaba del general y, como dijo esa noche al fiscal, lo creía capaz de cualquier cosa, de cualquier bajeza, a él y a Arlegui.

La llamada de Sánchez Guerra a Martínez Anido no se hace esperar. El gobernador, al poco de comenzar el tiroteo y recién salido del teatro, ha pasado por la zona en su aparatoso coche blindado. Ha visto carreras, fogonazos, gente que se echaba al suelo. Sabe que antes o después, el jefe del Gobierno se pondrá en contacto con él, pero no está preparado para una llamada de ese tono, de esa contundencia.

Sánchez Guerra es inflexible. Bajo ningún concepto autoriza ni aprueba lo ocurrido. Apela a la ley y a su cumplimiento y lo pone en antecedentes sobre la conversación que ha mantenido con el ministro de Gobernación. Le recuerda que el ministro había advertido a Arlegui en una reciente visita de éste a Madrid de que las cosas no podían continuar así. Le dice que no puede admitir que haya un gobernador y un jefe de Seguridad «que se consideren desligados del Gobierno y actúen con total independencia de juicio y libertad absoluta de movimientos».

Sánchez Guerra carga contra Arlegui, que siempre cuelga al Gobierno los desmanes que él mismo comete. Y antes de que el gobernador, acumulando paciencia, pueda responder y salir en defensa de su subalterno, el jefe de Gobierno le comunica que ha cesado a Arlegui como jefe de la policía de Barcelona. Martínez Anido pierde su reserva de paciencia:

«¡De ninguna manera!».

«¿De ninguna manera?», pregunta retóricamente Sánchez Guerra, y ordena al gobernador que frene su ímpetu.

«Lo que usted dice es imposible», sigue diciendo con voz autoritaria Anido.

El jefe del Gobierno le informa de que esa imposibilidad ha sido vencida y que de hecho ya ha firmado el nombramiento del coronel Borrué como jefe superior de policía de Barcelona.

Martínez Anido ve el rumbo que toma todo, después de Arlegui, será él. Siente cómo el abismo que siempre ha estado ahí, bajo sus pies, se abre y muestra toda su

profundidad. Piensa, en un destello, que todavía puede salvar la situación. No quiere creer que el nombramiento de Borrué ni todo lo que puede estar asociado a él, su propio derrumbe, esté cerrado, le parece inverosímil un cambio tan repentino. Debió de ser como si le hubieran detectado una enfermedad mortal. Niega. Intenta volver al segundo anterior, al instante previo al que le han dado la noticia, cuando el horizonte y las posibilidades del mundo eran casi infinitas. Y al tiempo que experimenta todas esas sensaciones, casi simultáneamente, le pide al jefe de Gobierno que reflexione sobre lo que está ocurriendo en Barcelona. Oller Piñol, el biógrafo, recoge sus palabras textuales:

«Estos hechos, como no son provocados por nosotros, no veo el medio de que se eviten. Pues mientras usen la pistola para infundir el terror y conseguir sus fines, no cabe otro medio que contestar en la misma forma. De no ser así, a estas horas Barcelona estaría sumida en el terror».

Sánchez Guerra lo interrumpe:

«¿Podría estar sumida en el terror? ¿Y me quiere decir usted cómo está?».

Anido responde que mucho más apaciguada que cuando él fue nombrado gobernador y sigue intentando justificarse, a él y a Arlegui, porque sabe que la suerte de uno es la del otro. La ley de fugas le parece un bulo. Sobre ese asunto pronuncia unas palabras que también se hicieron públicas: «Hay hechos que parecen preparados y no es así, es que las personas que resultan víctimas se ponen en condiciones de que lo parezcan. El general Arlegui no trata de extralimitarse en sus atribuciones. Son los hechos que la fatalidad conduce a que se realicen, siendo él y yo los primeros en lamentarlos».

Después de eso, atribuye a los periodistas algunos de los males que está padeciendo y anuncia el propósito de no volver a dar ninguna información a la prensa, apela a la soledad en la que se encuentra y marca el camino a seguir: «Mientras en esta podredumbre que desde tantos años se cierne sobre Barcelona no se haga una depuración poco se conseguirá, y tengo la seguridad de que si no fuera por la constante presión que sobre ella ejercemos no sé adónde se hubiera llegado».

El jefe del Gobierno escucha, ya sin dar réplica.

Ante ese silencio desdeñoso, la frustración de Martínez Anido crece. El rencor, la ira, el deber, la cólera, son una tentación. El desbocado general acusa al presidente del Gobierno de desconocimiento de la situación y de blandura ciega y finalmente de cobardía, de supeditarlo todo a los intereses políticos. Quizás es lo que Sánchez Guerra estaba buscando desde el comienzo de la conversación.

El jefe del Gobierno ordena a Martínez Anido que entregue el mando al presidente de la Audiencia de Barcelona. Queda destituido.

El general calla al instante. No da crédito. Le pregunta a Sánchez Guerra qué está diciendo, y éste, como en una adivinanza o en una discusión infantil, le responde: Lo que usted ha oído. Además le comunica que al día siguiente quiere que se le presente en Madrid. La humillación no ha terminado.

Es de imaginar al saurio. Con el corazón azul, congestionado. Acorralado en su despacho. Siente la voz de ese patán, de ese político, todavía vibrando en la baquelita como un insecto que se retuerce con el abdomen boca arriba, moviendo sus élitros, intentando levantarse, volar, huir, dejando atrás el mundo de los hombres. Se quedaría mirando ese objeto negro que ahora le parecía nacido de las entrañas del infierno, un instrumento de tortura. Tal vez le sobreviniera un deseo de aplastarlo, de arrojarlo por la ventana o estrellarlo contra la pared.

Parece ser que no hizo nada de eso, o que si lo hizo disponía en las inmediaciones de su despacho de otro teléfono, porque queda constancia de que minutos después de hablar con el jefe del Gobierno, mantuvo una conversación telefónica con Miguel Arlegui.

A esa hora de la madrugada en la que en las celdas de los condenados empiezan los preparativos para la ejecución, ambos generales alimentan una rabia idéntica, indivisible, un rencor que es común a los dos y que crece a medida que uno y otro le descubren matices, escamas, orificios purulentos, fines miserables, movimientos repulsivos. Se han estado alimentando de sus vísceras, los han estado usando como perros guardianes y ahora los abandonan.

En lo único que parecen disentir es en el modo de afrontar públicamente el cese. Martínez Anido dice que él no va a darle el gusto a Sánchez Guerra de lamerse en público las heridas. Insistirá en que ha sido él quien, ante la disparidad de criterios con el Gobierno, ha presentado la dimisión. Lo dirá a la prensa y lo se lo dirá a sus personas de confianza. No podemos darles además esa satisfacción, que nos vean heridos, dice. Lo afirma de tal modo que suena a orden.

Arlegui siente no estar de acuerdo, cree que en poco tiempo este asunto, el cese de ambos, se convertirá en una deshonra para el Gobierno, una vergüenza ante la que Sánchez Guerra acabará bajando la cabeza. Además, ya es demasiado tarde. Arlegui, unos minutos antes, le ha confesado —realmente le ha gritado— a un periodista de *ABC* que ya no es jefe superior de policía.

Así lo publica, veintiséis horas después, el periódico madrileño:

Como nosotros le preguntáramos la causa de su dimisión ha añadido:

—No, no he dimitido; me han echado; que no es lo mismo. Parece que el gobierno no está conforme con la manera como aquí se lleva la represión del terrorismo.

Arlegui pasará ante la opinión general por cesado. Martínez Anido también, aunque el ya exgobernador declarará siempre —y así lo recoge mansamente su biógrafo— que ha dimitido por discrepancias con el Gobierno y que los trámites de la dimisión fueron en todo momento respetuosos por las dos partes.

Nadie lo cree. Hasta en la última dependencia del edificio de gobernación se oyen sus voces cuando unas horas después comprueba que han retirado de su servicio su imponente automóvil blindado. El general grita que quieren que lo maten y que con

gusto entregaría su vida si fuese España quien se la pidiera y no unos gusanos con levita.

Pide el amparo de Cambó. Se entrevista personalmente con él. El líder catalanista escucha sus quejas con el encogimiento de hombros que se tiene ante las injusticias de la prehistoria. Martínez Anido, con su anticatalanismo, había quemado demasiadas naves. Ahora va comprendiendo. Pero todavía protesta telefónicamente ante los secretarios y subsecretarios del Gobierno que cree afines. Resultan ser menos de los que pensaba. Sondea asimismo a algunos generales, casi todos resultan tibios.

A última hora de la mañana, antes de salir hacia Madrid, deja escrita una carta a los barceloneses que envía a varios periódicos para su publicación. En ella expresa el honor de haber servido a Su Majestad y da las gracias al pueblo de Barcelona. Lamenta dejar su cargo no por los honores ni por el duro trabajo que éste representa, sino por el apego a esta tierra y por el temor de que en su ausencia «no cunda vuestra felicidad con la intensidad que muy de corazón os deseo».

El aparato sentimentaloide está muy presente y domina la última parte del palimpsesto. La sensación es rara. Algo así como ver al aguerrido general desenvolverse por el escenario con tutú.

«Mi alma queda aquí; yo seguiré con placer absolutamente sincero los progresos y el bienestar del pueblo barcelonés; yo sentiré profundamente vuestras amarguras como se sienten las de los hermanos; yo pondré siempre a vuestra disposición cuanto soy y cuanto valgo para contribuir a vuestro sosiego, a la felicidad a que tenéis derecho, como pueblo laborioso, culto, moral, artista y grande.

»Desde la prensa me ofrezco incondicionalmente, en la seguridad de que en mí encontraréis siempre al amigo afectuoso dispuesto a complaceros».

Seguí en paralelo

Martínez Anido se marchó con ruido. Pero lo cierto es que fue mucho mayor el eco de las celebraciones que su pataleo. Dos días después de su salida del cargo, éste pasaba a manos de un nuevo militar, el general Ardanza.

Ardanza era más templado que su predecesor y además había recibido otro tipo de instrucciones. El método Anido-Arlegui se consideraba fracasado. Hubo sectores de la CNT convencidos de que había llegado el momento de la normalización, o al menos de algo parecido. Incluso llegaron a creer que era posible algo que hasta entonces sólo podría haber sido calificado como un delirio, la paz con el Sindicato Libre.

En cualquier caso, los cenetistas consiguieron respirar. Notaron que el cerco sobre ellos se hacía algo más flexible, aunque nada estaba resuelto. Ni el orden ni la paz social volvieron a Barcelona. En realidad, nadie recordaba ya exactamente qué significaban esos términos. Ni cómo era una ciudad en la que aquellos valores imperasen.

Hubo, sí, algunos motivos para la esperanza. A los pocos días de que el general Ardanza llegase a Barcelona, se avino a recibir a una comisión de la CNT. Hace de portavoz de los sindicalistas el abogado y compañero de Lluís Companys en muchas vicisitudes Joan Casanovas. Casanovas, que en el futuro llegará a ser presidente del Parlament y que milita entonces en el Partit Republicà Català, transmite al general el deseo de colaboración de la CNT en ese nuevo periodo. Para ello considera indispensable que se levante el veto contra el sindicato y se lo acoja dentro de la legalidad, sin restricciones. Casanovas deja claro que no es un chantaje lo que está exponiendo, sino una medida razonable y justa que permita a los miembros del sindicato desarrollar su labor pacíficamente.

El general Ardanza escucha con atención los argumentos de Casanovas, agradece la visita y la actitud pero declara que nada depende de él. Trasladará, palabra por palabra, lo que allí se ha dicho al Gobierno de Madrid, y será el Gobierno quien decida lo que se ha de hacer. Sea lo que sea, informa Ardanza, él lo hará cumplir al pie de la letra.

El nuevo gobernador quiere dejar muy claro a todos, sindicatos y patronal, que no va a caer en las tentaciones de Martínez Anido. Ni va a convertir Barcelona en un virreinato ni va a interpretar las órdenes del Gobierno según su criterio. Lo quiere todo por escrito.

La de la CNT no es la única visita sindical que Ardanza recibe en los primeros días de su mandato. La misma tarde en que se ha entrevistado con los representantes de la CNT, su secretario le comunica que Juan Laguía Lliteras pide audiencia con él.

Laguía es miembro del Sindicato Libre, quizás su líder más destacado entonces. Ardanza le da cita para dos días después. La entrevista es breve. Laguía no es amigo de circunloquios y, como se ha apuntado, Ardanza tampoco. El enviado del Libre

pregunta abiertamente si es verdad que el Gobierno va a legalizar en Cataluña a la CNT. El general responde sin énfasis ni tonalidad que dejen el más mínimo rastro de opinión, Podría ser.

Laguía asiente, el general no. Es el hombre tranquilo. Se pasa la lengua por los dientes, con la boca cerrada, como si estuviese solo en aquella estancia algo destartalada. Reflexionando sobre algo lejano y sin demasiada importancia.

Laguía sabe ya ante qué clase de individuo se encuentra o eso cree. Y dice lo que ha venido a decir. Que el Sindicato Libre desea aprovechar ese momento para crear un marco de concordia y vería con buenos ojos la legalización de la CNT. Me congratula saberlo —o algo así— le responde el general, y se queda mirando a Laguía. Daríamos nuestro visto bueno, dice el del Libre. Ardanza asiente leve pero insistentemente, con un muelle bajo la barbilla, como si recordara algo. Su segundo apellido es Lliteras, ¿no?, es lo que dice. Laguía, lacónico: Sí. Curioso, responde Ardanza. ¿El apellido? Sí, no lo había oído nunca, nunca no, una vez, cuando era niño, y ya entonces me pareció tan extraño. ¿Es que vivió usted en Barcelona, en Cataluña, mi general? No, viví en otra parte, aunque ya empieza a parecer que no viví en ninguna y todo es una invención, ya sabe, la edad y sus trampas, esas trampas a las que uno se va acostumbrando. Ojeroso, Ardanza parece ser que aventuró una sonrisa o una mueca parecida a una sonrisa.

Laguía salió medianamente satisfecho de la reunión, así lo hizo ver a sus compañeros. A los compañeros que como él pretendían un acercamiento de posturas entre su sindicato y la CNT, o al menos el fin de la guerra. Sin embargo, al poco de abandonar el despacho de Ardanza, las palabras del general iban a volver a su cabeza haciendo disminuir el optimismo. Le pareció intuir en la actitud del gobernador un doble sentido. Una invención, las trampas a las que uno se va acostumbrando. De estar ante él le habría preguntado a aquel hombre imperturbable por el sentido último de esas palabras.

Las buenas intenciones se deshicieron con la misma naturalidad con que el sol derrite la nieve. La CNT recibió la bendición de Madrid y trató de reorganizarse internamente. Lo consiguió, pero de un modo temporal. Una facción seguía dominando sobre otra. Los pacíficos, por llamarlos de algún modo, seguían oficialmente por encima de los partidarios de la acción violenta. Pero la clandestinidad dejaba sus vicios, su entramado críptico, sus células casi autónomas, su vida dura pero poco laboriosa.

Seguí, Pestaña, Peiró, Piera van imponiendo sus tesis no violentas. Se reabren locales, se celebran asambleas y se normalizan las cotizaciones. Después de mucho tiempo, al fin el sindicato se centra en las cuestiones de carácter puramente laboral.

En el otro lado de la balanza los radicales no están dispuestos a la mansedumbre de los comités, las asambleas y unas negociaciones que, según su óptica, siempre se inclinarán del lado de la patronal si ésta no está sometida a la presión de las armas. Van a actuar por su cuenta. Y si el dinero para sus actividades no sale de las arcas del

sindicato lo hará justamente de las del enemigo más feroz. La banca. Está a punto de llegar la era de los atracos.

Los resultados son desastrosos para la CNT. Según Ángel Pestaña, en el sindicato conviven los que delinquen creyendo servir a sus ideas y los que asesinan por dinero y esconden su amoralidad detrás de la bandera anarquista.

Pestaña describiría la situación por escrito algún tiempo después: «La organización perdió el control de sí misma y después perdió su crédito moral ante la opinión. La CNT llegó a caer tan bajo en el crédito público que decirse sindicalista era sinónimo, desgraciadamente, de pistolero y malhechor, de forajido, de delincuente ya habitual». Y continúa: «Todos los ingresos de la administración sindical se dedicaban a sostener un ejército de gente que no quería trabajar, buscando por todos los procedimientos justificar jornales en la organización. Además, se creó el mito de la revolución. Había que prepararse para la revolución, y prepararse para la revolución era gastar en comprar pistolas todos los fondos de los sindicatos… Para cultura no había pesetas, pero las había para comprar pistolas».

El resentimiento de Pestaña es grande. Él ha visto la cara de la revolución. Empieza a no creer en grandes palabras. Todas ellas las cambia por un trabajo cotidiano, sostenido, a favor de la clase obrera, en una mejora salarial que le dará mayor dignidad y sobre todo le permitirá el acceso a la cultura para así ser más libres, más fuertes. Él y los pacíficos, con Seguí en primera línea, intentan en esa etapa crear una Escuela Normal para la formación de maestros racionalistas. Emplean fondos y esfuerzos, pero el proyecto no pasa de un mero pasaje efímero y sin trascendencia. La labor de reorganización que requiere el sindicato es enorme.

Tras el paso de Anido y Arlegui por Barcelona la CNT se encuentra en medio de un desastre organizativo. El siniestro dúo casi ha logrado su objetivo de desarticular el sindicato. Las asambleas dejan constancia de la precariedad financiera en la que se encuentran. Los comités Pro-presos apenas pueden atender al gran número de compañeros encarcelados. Como recuerda Ángel María de Lera, «faltaba dinero en grandes cantidades y urgentemente».

Es entonces cuando surgen los atracadores. Algunos, dice De Lera, «se lanzaron a los “golpes económicos” para aliviar la situación de los sindicatos y contribuir, efectivamente, al sostenimiento de los presos, pero los hubo también que se valían de tales excusas para encubrir su comportamiento de verdaderos forajidos». Unos entregaban el botín completo a la CNT, otros apenas «una pequeña limosna». Una limosna que de todos modos era recogida por la organización y que ni los más puristas, Seguí, Pestaña, Peiró, acorralados por el desastre económico, rechazaron. «Hubo así dinero, pero un dinero sucio que sólo servía para encenagar las conciencias de todos: ejecutores, encubridores y organismos beneficiarios», sigue rememorando De Lera.

No. Nadie rechazó el dinero, pero, como certeramente apunta el escritor, ese dinero sumado a la sucesión de asesinatos que en los últimos tiempos habían

empañado de sangre las siglas cenetistas deja un rastro cenagoso. La CNT, para algunos, empieza a ser un sueño truncado. Una especie del orteguiano no es esto, no es esto. Y el primero, o uno de los primeros en pensarlo es Salvador Seguí, acorralado o al menos orillado por los acontecimientos.

A pesar de encontrarse en el núcleo director de la CNT, Seguí percibe cómo desde hace un tiempo la organización se desarrolla en un sentido y él en otro. Procedían del mismo lugar, habían nacido con los mismos anhelos transformadores, pero la Confederación había cambiado, y él también. Ni una ni otro eran fieles a sus orígenes.

En aquellos meses finales de 1922, cuando Seguí ronda la mitad de la treintena, poco queda del muchacho violento, aquel Noi del Sucre incendiario, lector furibundo de Nietzsche y esperanzado en un cambio radical y revolucionario que trajese la justicia en poco más de un abrir y cerrar de ojos. El trato con Layret y Companys, el sedimento que uno dejó y la influencia que el otro todavía ejerce, el largo cautiverio en La Mola, el contacto con dirigentes de la UGT, con políticos, los kilómetros recorridos de una sede a otra de la CNT, las lecturas, el conocimiento del ser humano y de sí mismo, todo ha ido dejando un poso que sitúa a Seguí no en una tierra de nadie, pero sí en una posición incómoda dentro de la CNT.

Lo llaman relativista, acomodado y traidor. Pero el Noi del Sucre es de todo menos acomodado. Tampoco traidor. Quizás sí relativista. No ha bajado los brazos, su actividad sindical es tan intensa como en sus mejores años. Su traición, por tanto, no existe, la causa obrera continúa siendo la prioridad básica de todo su ideario y el destino de todos sus esfuerzos. Lo único que han cambiado son los métodos para conseguir la justicia social. Relativista, sí en cuanto al desapego que le provocan las palabras rimbombantes y las declaraciones utópicas, normalmente lanzadas en beneficio de quienes las pronuncian y que, siguiendo el carácter del Noi maduro, casi siempre provocan una sonrisa irónica y un comentario sardónico antes que un arrebato de ira.

Si en el fondo se quiere alcanzar una mejora para los trabajadores, para los humillados, eso no se va a conseguir ni con palabras llenas de viento ni con pistolas. Abandonado lo deseable, hay que pelear por conseguir lo posible, lo concreto, aquello que se puede traducir, hoy, mañana, en pasos cabales para mejorar las condiciones de vida de los más débiles.

Seguí reflexiona sobre la existencia de una sociedad paralela. Ya no se trata de que la clase obrera arrebate su lugar a la burguesía y sustituya a ésta como clase dominante. Históricamente, piensa, se ha demostrado que esa vía conduce al fracaso, a una derrota de los trabajadores. La experiencia confirma que no se puede acabar con la burguesía e inmediatamente desmantelar la sociedad capitalista. Así que la lucha debe ir orientada a crear una sociedad transitoria, paralela al capitalismo, coexistente con la burguesía pero que atienda preferentemente las demandas de los avasallados, propugne la equidad y reivindique la dignidad de todos sus miembros.

Una sociedad que progresivamente avance hacia la justicia. Un sacrilegio. Los miembros de la línea dura colocan a Seguí en el punto de mira. Detectan que todo ese movimiento teórico conduce inevitablemente a la política. Su amistad con Layret y Companys, su trato tanto en Barcelona como en Madrid con esa turba de políticos que se reúnen en salones alfombrados y en restaurantes de señoritos, no hacen sino confirmar las sospechas. Y así lo hace saber oficialmente el sector extremista. Eligen como portavoz a Estanislao Maqueda.

Estanislao Maqueda es un viejo adversario de Seguí. Pertenece al Sindicato de Carroceros de la CNT, es un teórico del anarquismo revolucionario que pertenece al grupo radical Tierra y Libertad. Maqueda ha elaborado un documento en el que se enumeran al por menor todas las actuaciones, palabras y omisiones sospechosas del Noi del Sucre. A través de ellas, Maqueda llega a la conclusión de que el Noi es un traidor y señala que sus pasos están encaminados a la creación de un partido político obrero o al ingreso de Seguí y de otros dirigentes de la CNT en un partido ya existente —el Partit Republicà Català de Companys— al que, además, como siniestros flautistas de Hamelín, arrastrarían a una gran parte de las bases de la Confederación que abandonarían cualquier rastro de anarquismo y se transformarían en peones de la ralea política.

Palabra por palabra, el Noi del Sucre debe oír todas las acusaciones en un cónclave que se celebra a finales de noviembre de ese año de 1922 en el Ateneo Sindicalista de la calle de La Paloma. Aquella especie de juicio empieza a las siete de la tarde. Salvador Seguí, acompañado por sus fieles Josep Viadiu y Francesc Comas alias Perones —que días antes ha participado brillantemente en un mitin en el teatro del Bosque defendiendo las tesis de Seguí y que va a morir a su lado alrededor de cien días después—, escucha sin inmutarse las acusaciones. No se indigna, no protesta ni gesticula. En alguna ocasión contiene a Viadiu y aplaca las protestas de Perones.

Deja que Maqueda y sus compañeros se explayen. Cuando éstos han acabado de hablar pide la palabra. Con paso tranquilo se acerca a la tribuna. Apoya las manos en el estrado, mira a los concurrentes. No lleva ninguna cuartilla ni ningún apunte. Habla. Habla con aquella voz que llevó a cambiar de opinión a los iracundos de la plaza de Las Arenas en la huelga de La Canadiense, con la que movilizó las fábricas o enmudeció durante horas a sus compañeros presos en La Mola.

Eran las nueve de la noche cuando tomó la palabra. La ejerce, ininterrumpidamente, durante siete horas. Son las cuatro de la madrugada cuando el Noi del Sucre cierra su discurso con su habitual He dicho.

Ante él tiene el mismo número de personas que había cuando inició el discurso. Aquellos que tenían dudas sobre su integridad han dejado de tenerlas. Algunos de ellos piensan ahora que el Noi del Sucre puede estar equivocado en algunas cuestiones de carácter ideológico o práctico, pero saben que ni miente ni es un traidor. Sus partidarios previos lo son aún más después de aquella profunda

exaltación del movimiento obrero y de la búsqueda de una justicia social que no debe ser por definición enemiga de la paz.

Los que habían promovido la acusación contra el Noi han seguido el discurso con atención, recopilando aquí y allí nuevos argumentos contra él. Además de haberse aburguesado lo acusan de un desmedido afán de protagonismo por mucho que sus palabras digan lo contrario: «en el sindicalismo el único héroe que existe es el colectivo. Nosotros no toleramos los prestigios. Entre nosotros no puede haberlos. Como no puede haber sangre, aunque otros, aquí presentes, se empeñen en afirmar otra cosa».

No ha defendido el anarquismo. Ha encomendado la lucha obrera a un sindicalismo desligado del movimiento libertario. Y según sus críticos ha dinamitado y ridiculizado la revolución y ha dejado puesta una serie de luminarias que conducen directamente a la política.

Esta última acusación, la de que su forma de pensar acabará por conducirlo a la política activa, será uno de los enigmas del Noi del Sucre. Los aficionados a la especulación y al futurismo podrían tener ahí un filón para echar sus cartas y aventurar pronósticos. ¿Qué habría hecho Seguí de continuar vivo en los años de la dictadura de Primo de Rivera, ante el auge de la FAI, en los años de la Segunda República?

Si tomando determinados puntos clave de su biografía se traza una línea imaginaria y se continúa después de su muerte como aquellos dibujos infantiles cuyo perfil se completaba uniendo puntos, todo indicaría que Seguí —procedente del radicalismo anarquista, convertido en un sindicalista neto y cuyas teorías se imbrican cada vez más con el modo de actuar de los partidos de izquierda—, antes o después, habría acabado por desembocar en la política activa, siempre del lado de los trabajadores y siempre tratando de casar la actividad sindical con el movimiento político en un afán transformador, no revolucionario, de la sociedad. Como dijimos, un camino semejante al que recorrería Ángel Pestaña, que acabaría siendo expulsado de la CNT cuando ésta quedó en manos de los faístas y fundando un partido político que lo llevó a ser diputado y a participar como subsecretario gubernamental en el engranaje del Estado, aunque sin llegar a aceptar el ministerio que se le ofreció durante la Guerra Civil.

El Noi del Sucre se mostró ambiguo al respecto en los últimos meses de su vida. Amigos, enemigos, incondicionales, críticos y gente neutral no dejaría de exponer entonces y después del asesinato sus teorías. Algunos de los incondicionales niegan tajantemente su acercamiento a la política. Ellos también lo considerarían una traición. Otros lo disculpan pensando que el Noi no pretendía otra cosa que dar un golpe de timón para alejar a la Confederación del abismo al que muchos parecen empeñados en conducirla. Algunos de sus partidarios lo ven como un precursor que detectó antes que nadie los males de la CNT y fue consciente de que su trabajo por la causa obrera podía ser más eficaz participando en la política que dándose golpes

contra un muro que no iba a ceder.

En cualquier caso, la denuncia de su contaminación política no era nueva. El periodista Francisco Madrid hizo saber que el propio Seguí le había confesado que, ya en 1920, Layret y Companys lo habían convencido para que participara en la creación de un nuevo partido. Si el Noi aceptaba, en las siguientes elecciones figuraría como candidato dentro de una coalición en la que participarían socialistas y catalanistas de izquierda.

Francisco Madrid se había entrevistado con Lluís Companys y con Salvador Seguí en la Modelo, antes de que los embarcasen rumbo a La Mola. Aseguraba que el Noi del Sucre estaba decidido a dar el gran paso, previamente pactado con algunos dirigentes de la CNT. La organización abandonaría momentáneamente su carácter apolítico para que algunos de sus dirigentes concurrieran a las próximas elecciones. Madrid afirmaba que tanto Seguí como Companys le confirmaron la noticia y así lo escribió y publicó poniendo en boca de Seguí las siguientes palabras: «Creo que formaremos la candidatura de Barcelona Companys, Eugeni d'Ors, Gabriel Alomar, Andrés Ovejero, éste por los socialistas, y yo. Layret se presentará por Sabadell; Domingo, por Tortosa… En la candidatura de Madrid incluiremos el nombre de Ángel Pestaña».

Francisco Madrid recogía el entusiasmo de Companys, que se veía ganando las elecciones en todo el país. «Vamos a colocar un petardo en el armatoste desvencijado de un Estado que no puede seguir un día más». Según Madrid, los ojos de Companys brillaban con «las fiebres de sus ilusiones», mientras que «en la palabra de Seguí había mayor comedimiento y serenidad, pero se notaba en él la emoción del salto que iba a dar en la trayectoria de su vida pública española».

Sin embargo, todo se viene abajo con la deportación a La Mola y el asesinato de Layret. La muerte de Layret aún iba a verter más incertidumbre sobre el salto de Seguí, de Pestaña y probablemente de un tercer sindicalista a la política. Poco después del asesinato se difundió la noticia de que unos minutos antes de su muerte Layret estaba escribiendo una comprometida carta en la que se daba cuenta de la incorporación del Noi del Sucre a la gran coalición que él trataba de poner en marcha.

La carta estaba siendo escrita en castellano porque iba dirigida a una personalidad relevante de la política madrileña y quedó interrumpida cuando la mujer de Lluís Companys llegó a casa de Layret pidiendo auxilio para su marido, al que acababan de embarcar con rumbo desconocido en el buque *Giralda*. Lo que sucedió después ya lo saben.

Mientras Layret se desangraba en la acera de la calle Balmes, la tinta de la carta se secaba encima de su escritorio. Es de suponer que, días después del caos y la natural confusión, la carta pasaría a poder de alguno de sus hermanos y que desde ese entorno familiar se transmitiera su contenido a algún amigo íntimo o a algún correligionario de la plena confianza de Layret. De ahí se convirtió en un rumor camaleónico.

Se decía que Layret pactaba con Pablo Iglesias, que lo hacía con Cambó y con la Lliga. El Noi del Sucre era uno de los asuntos indispensables del bulo. Unas veces para asegurar que encabezaría la candidatura por Sabadell de un nuevo partido, otras para confirmar que había aceptado afiliarse al Partit Republicà Català e incluso que abandonaba definitivamente la CNT para formar parte de la UGT.

Cincuenta años después de que la carta fuese abandonada atropelladamente sobre el escritorio del abogado y político asesinado, una conocida periodista, Maria Aurèlia Capmany, la publicaría en un libro escrito en colaboración con Xavier Romeu i Juvé, escritor y miembro de Esquerra Republicana en los duros años del franquismo. El libro, titulado *Preguntes i respostes sobre la vida i la mort de Francesc Layret, advocat dels obrers de Catalunya* y publicado en París, reproduce la famosa carta. En ella puede leerse:

«Yo tengo la seguridad que un éxito de las candidaturas francamente socialistas y comunistas en Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, etc. Sería el término inmediato de la represión, aparte de que, por la inmunidad, representaría sacar de la cárcel a los dirigentes y facilitarles la obra de la dirección y propaganda, aunque no fueran al Parlamento una vez elegidos.

»Hoy he hablado con Seguí de todo esto y creo que por su parte no hallaríamos obstáculos».

Pasado ese medio siglo, algunos viejos militantes todavía esgrimieron las palabras de Layret como prueba de una inminente deserción de Seguí. Algunos de sus fieles, como Simó Piera, anciano pero memorioso, interpretaron el texto de modo distinto. El Noi del Sucre, según Piera, nunca tuvo intención de abandonarlos: «Layret era un hombre honrado, un político honesto, pero había tenido que formarse en una época especialmente turbulenta. Si no hubiese muerto trágicamente habría llegado a asimilar muchas cosas. Era gran amigo de todos, especialmente de Seguí, pero yo no creo que el Noi del Sucre hubiese fundado un movimiento político junto con Layret. Lo que sí puede que hubiera pasado es que apoyara con seriedad la acción de Layret».

Historiadores, compañeros, periodistas, políticos y detractores, cada cual opinó lo que consideró oportuno. Lo que creía o lo que le interesaba. Por su parte, Ángel Pestaña nunca mencionó nada sobre aquel proyecto de Layret. Ni afirmó ni negó. Y el propio Seguí, unas veces negó su probable ingreso en un partido político y otras se limitó a guardar silencio.

En cualquier caso, en aquel otoño de 1922 la figura del Noi del Sucre es la de un adversario peligroso, tanto para la patronal como para sus rivales dentro de la CNT. Unos y otros tienen idéntico grado de recelo. Su liderazgo, su facultad para movilizar a los obreros lo hacen temible. Y lo ponen en el punto de mira de demasiada gente.

Era versátil, se entendía del mismo modo con un trabajador manual que con un diputado. Los primeros formaban parte de sus raíces y de su vida íntima, los otros eran conocimiento, materia de trabajo.

Pero a lo largo de noviembre del 22 el Noi del Sucre no sólo se reunió con políticos y con miembros de la CNT de todas las tendencias. También lo hizo con Juan Laguía Lliteras, a petición de éste.

Inmediatamente después del intento de purga sufrido por parte de sus compañeros, Seguí accede a entrevistarse con ese líder del Sindicato Libre. Para no levantar nuevas suspicacias lo recibe en su propia casa. Laguía llega allí un sábado por la tarde. Llueve, una bruma fría envuelve la parte baja de Barcelona. Teresita Muntaner recuerda el impermeable mojado de Laguía, sus zapatos bastos y el modo discreto con el que mira la modesta casa. Teresa ya está embarazada del hijo que el Noi no va a conocer. Lleva dos tazas de café al comedor, unos picatostes y una frasca de agua. Seguí había colocado ya encima de la mesa una botella de aguardiente. Teresita mira por última vez a Laguía y se marcha a la cocina. El hombre tiene una tos rara, parece que va a sonreír e incluso a reírse y luego hace una mueca, como si le faltase el aire, y tose de un modo extraño, emitiendo una especie de jadeo.

Teresa recordaba, o creía recordar, cómo la lluvia no dejó de tamborilear en los cristales y cómo desde el comedor, aparte del humo del tabaco, cuya intolerancia se le acentúa esos días con el embarazo, le llegaba el rumor de las voces. Un poco más tarde, cuando por el pasillo aparece como un perro manso el reflejo de la lámpara del comedor, el murmullo se rompe a veces con el eco inconfundible de la risa de Seguí y con unas palabras nítidas que los dos hombres pronuncian en voz alta. Teresa está inquieta. Por mucho que Seguí no hable en casa de sus asuntos, ella sabe quién es ese hombre, y sabe que hay muertos a su espalda.

Teresita no supo entonces qué buscaba Laguía ni de qué hablaron Seguí y él. Esa misma noche lo supieron Josep Viadiu y Simó Piera. La mañana siguiente Gabriel Alomar, Joan Peiró, Lluís Companys y Ángel Pestaña. Un día después la noticia empezaba a propalarse y era recibida con desprecio por Los Solidarios, con rabia por una parte de los del Libre y con esperanza por otra facción del mismo sindicato. La patronal se sintió bastante preocupada.

Juan Laguía le había propuesto al Noi del Sucre algo que ya había insinuado al nuevo gobernador civil, un pacto entre la CNT y el Libre. El definitivo fin de las hostilidades y la consideración por parte de los cenetistas de que el Libre era una organización obrera cuya única finalidad era mejorar la situación laboral y social de los trabajadores. El pasado era pasado.

«Y en algún momento tenemos que enterrarlo —le dijo Laguía al Noi, y ante el silencio de éste, Laguía reconoció—: Sí, enterrarlo como hemos enterrado a tantos de los nuestros. Los nuestros son los de la CNT y los del Libre, los nuestros son los vuestros y los vuestros los nuestros, trabajadores todos».

«Y pistoleros, y asesinos».

«Y asesinos. Nuestros y vuestros».

Parece ser, y cuadra con su personalidad, que el Noi del Sucre no entró en los orígenes de un sindicato y de otro ni en una pugna por poner en la balanza las

acciones de cada uno de ellos. También él habría querido dar el pasado por enterrado, pero sabía que no podía arrogarse ese protagonismo.

«Yo no soy el sepulturero de la CNT. Y habrá compañeros que quieran enterrar el pasado y otros que no. Diría que de estos últimos hay más que de los primeros».

«Se puede influir en ellos, se pueden orientar. El propósito lo merece».

«Son las asambleas y las federaciones locales las que tienen que decidir y aprobar una cuestión de esa importancia».

«El propósito lo merece, Seguí».

«Tenemos muchas federaciones locales en manos de grupos que lo único que quieren es acabar con vosotros. No descubro nada si digo que también estarían felices en darnos por liquidados a algunos de los que no estamos de acuerdo con ellos. Y que nos presentemos con esta propuesta no nos va a ayudar».

Ante la inminente protesta de Laguía, el Noi le pidió paciencia con un gesto, bebió un trago de aguardiente, rió y dijo unas palabras que llegaron hasta los oídos de Teresita:

«Pero aquí está mi cabeza para recibir las pedradas que sean necesarias. Una más poco va a importar».

Teresa sintió deseos de salir de la cocina y decirle que si a él no le importaba a ella sí, y a la criatura que estaba por venir seguramente tampoco le gustaría tener un padre lapidado, sintió deseos de decirle a aquel hombre que se fuera, que no volviese por aquella casa, pero se contuvo, se dijo como tantas veces se decía, Teresa, Teresa, Teresa, y consiguió quedarse en la cocina, ensimismada, imaginando remotamente cómo habría sido la vida de su compañero, la suya propia, si Seguí se hubiese amoldado a las circunstancias como tantos otros y hubiera seguido el oficio de su padre, panadero, sin tantas palabras, sin tanto afán y sin tantas vueltas que a saber si no iban a ir a parar al mismo sitio. Pero ya los dos hombres habían vuelto a su conversación inaudible, ya todo volvía a la realidad, Seguí era Seguí, y ella una mujer cansada, con aquel embrión germinando en su vientre, orgullosa de su compañero, molesta por las arcadas, por el tufo que venía desde el comedor, por la presencia de ese hombre por el que le gustaría sentir una aversión aún mayor de la que sentía.

«Lo transmitiré, pero por mucho que el propósito lo merezca, creo que no se podrá hacer nada», le decía el Noi del Sucre a Laguía.

Éste, por lo que cuentan, era un hombre paciente y tenaz. Y con esa actitud conforme y voluntariosa escuchó esas, o muy parecidas, palabras de Seguí. Bebería, fumaría, pasaría la mano por el mantel o miraría la ventana en la que la lluvia no paraba de dibujar un alfabeto borroso y cambiante. Y en un momento dado, antes o después de que el Noi del Sucre se levantara a encender una luz que por un momento les puso cara de cadáveres, Laguía volvió a la tesis de la colaboración y expuso uno de sus argumentos mayores.

Esperaría a que la modulación de las palabras de Seguí y los silencios le fuesen favorables, y entonces, cuando la atención gravitaba sobre él, dijo que si no llegaban

a algún tipo de acuerdo, por pequeño que fuera, no sólo se harían un mal a ellos mismos sino que estarían siguiendo el juego de la patronal, de los policías corruptos y de todos esos matones que se habían convertido en una peste para el verdadero sindicalismo.

«El verdadero sindicalismo», repitió el Noi del Sucre. No pretendía ser irónico, si acaso mostrarse un poco incrédulo.

«Sí, el que vosotros y nosotros ahora representamos».

Poco podía Seguí añadir a eso sin entrar en una conversación que habría durado hasta más allá del amanecer. («Ahora dicen que son tan sindicalistas como nosotros», le comentó al día siguiente a Viadiu, y Viadiu sólo dijo, «Y su madre también»).

«Hay mucha gente interesada en que sigamos enfrentándonos».

«Algo sé de esos intereses», al Noi del Sucre se le fue la gana de sonreír.

Si la memoria de Teresa Muntaner hubiera podido registrar al milímetro la visita que Laguía hizo la tarde de aquel sábado de noviembre a su casa habría podido recordar el momento preciso en el que, ya con la noche empezando a cerrarse y los cristales convertidos en un espejo oscuro que reflejaba las luces del interior de la casa, un silencio completo se hizo en el comedor. No supo cómo ni en qué instante sucedió, sólo que al percatarse de ese silencio, igual que si despertara de un sueño, sintió que todo lo que la rodeaba seguía una pauta malsana. Sintió una inquietud repentina, un mal presentimiento. Dejó en una fuente las verduras que estaba enjuagando y secándose las manos en el delantal fue hasta el comedor y vio a los dos hombres, todavía callados. Seguí, con el codo apoyado en la mesa, tamborileaba únicamente con el dedo corazón, transmitiendo una nota repetitiva y sorda, un morse que parecía dirigido a sí mismo. Teresita tuvo una pasajera sensación de alivio, una sensación ligera y huidiza, el aplazamiento frágil de un miedo que, ahora se daba cuenta, no había dejado de acompañarla en los últimos meses, quizás en los últimos años.

Así al menos lo recordaría muchos años después, cuando un viejo compañero de Seguí fue a verla a Toulouse y ella fijó en aquella tarde oscura de noviembre la consumación de una antigua pesadilla que había permanecido latente y que entonces se manifestaba de un modo turbio, cenagoso, «quizás por el embarazo, que me hacía verlo todo de otro modo, o porque aquel hombre, aunque ahora viniera a traerle a Seguí proposiciones pacíficas, me provocó mucho rechazo desde el momento que lo vi, o quizás fuese por la misma oscuridad del día, que se me había metido en el pecho, y era como si estuviera viviendo dentro de un sueño y Seguí no fuese del todo Seguí y aquel hombre, Laguía, no fuera un hombre sino la encarnación de algo malo, eso es lo que sentí, y ya ves que ese hombre, al final, no le hizo ningún daño a Seguí, pero de esa manera es como yo me sentí, una manía, una debilidad o a saber, y eso es de lo que me acuerdo cuando pienso en ese día e incluso en ese invierno, aquella tarde, la lluvia y mi casa que ya no era mi casa y que me parece que ya nunca lo volvió a ser».

Juan Laguía, viendo a Teresita en la entrada de la habitación se puso de pie y se excusó por lo largo de la visita. Un abuso, dijo.

«Nos hemos comido la tarde. Ya me marcho», se puso su impermeable endeble y Teresa volvió a fijarse en sus zapatos bastos, de labrador o algo así.

Seguí abandonó su golpeteo mudo sobre el tablero de la mesa y también se levantó. Laguía aún le dijo, «¿Cuánto tiempo más vamos a soportarlo? Ésa es la cuestión. Cuánto».

Seguí asintió con los párpados, y a Teresita le pareció un acertijo, uno de tantos y tantos acertijos entre los que se movía Seguí, un enigma que detrás de él arrastraba prisiones, pasillos sombríos, noches en vela, hombres extraños con los que a veces lo veía marchar, trenes, tumultos, días de soledad, pistolas, patrones, hambre, más miedo y un nuevo río de palabras y de ideas y de sueños que pasaban por encima de Seguí como las nubes pasan sobre la tierra, ensombreciendo su cara o volviéndola a iluminar, como si su cara fuera un paisaje de montañas y llanuras vacías, así hasta siempre, hasta que un hombre como aquél, u otro parecido, con otras palabras y otros enigmas, apareciera un día y se llevara para siempre todos los paisajes, todas las palabras y todos los sueños que había detrás de aquella risa y de aquellos ojos, de la voz y los silencios de Seguí.

1923

1923, el último año.

La situación general es de desconcierto. El país vaga sin rumbo. La investigación que se realiza sobre el desastre de Annual y los escándalos de la administración militar en África ofrecen un resultado demoledor. Puede considerarse que la última decisión importante de Sánchez Guerra fue la destitución de Martínez Anido. El Gobierno del cordobés no da para más. En diciembre del 22 es sustituido por el liberal Manuel García Prieto, pero la capacidad de movimiento de éste era escasa. Empezaba a circular el rumor de que se estaba preparando un golpe militar.

Por su parte, Cataluña era un enjambre. El relevo del siniestro dúo Anido-Arlegui sumado a la orientación pacifista que trataban de imponer Seguí y Pestaña había rebajado los asesinatos y los actos terroristas a unos niveles que meses atrás habrían resultado increíbles. Sin embargo, el enredo político no dejaba de complicarse.

Ángel Ossorio y Gallardo, testigo privilegiado y biógrafo de Companys, describe así la encrucijada: «la situación de Cataluña era absolutamente insoportable. La Lliga Regionalista estaba tan desorientada como su jefe Cambó, que daba bandazos yendo de una táctica a la contraria. Las masas catalanas sentían una tentación separatista, bien meramente espiritual del naciente partido Acció Catalana, bien la materializada de Macià y su Estat Català. Todos los grupos aborrecían a la monarquía, pero no se inclinaban a la República porque ésta se hallaba en España encarnada en Alejandro Lerroux». Ossorio, irremediablemente, acaba el párrafo recordando el entorno de Layret: «Marcelino Domingo sólo contaba con una fuerza personal en Tortosa. Layret estaba enterrado. Companys no estaba cuajado todavía. No. No se advertía tampoco solución constructiva por el lado de Cataluña».

Los cambios en el Gobierno repercutieron en Barcelona. El estoico general Ardanza fue sustituido como gobernador civil por Salvador Raventós Clivilles, hombre de confianza del nuevo presidente. También hay cambios en la cúpula de la policía barcelonesa. Ingresa en ella Julio de Lasarte. Lasarte, como se recordará, fue el capitán de la guardia civil reclutado por Bravo Portillo para confeccionar aquel exhaustivo fichero en el que quedaban registrados todos los dirigentes anarquistas y sindicales. Un material que tiempo después sería conocido como *Los Archivos del Terrorismo Blanco* y del que, como sabemos, se habían beneficiado ampliamente Martínez Anido y Miguel Arlegui. Es fácil comprender que el nombramiento de Lasarte fuese recibido con preocupación por parte de los sindicatos. La amenaza de un nuevo periodo negro flotó en el aire.

Por su parte, el encuentro entre Salvador Seguí y Juan Laguía había producido efecto. En el último mes de 1922 los dos sindicatos llevaron a cabo alguna acción conjunta. No era lo que Laguía ansiaba ni se vislumbraba que pudiera llegarse a un pacto general, pero la influencia del Noi del Sucre se había hecho notar. En Calella, ante una demanda de mejora económica por parte de los trabajadores, los empresarios

habían decretado un cierre patronal. La respuesta fue la convocatoria de una huelga conjunta por parte de la CNT y el Libre. Por primera vez los empresarios se encontraron con unos trabajadores unidos y sin fisuras.

Sin embargo, un odio fraguado sobre tantos muertos no puede diluirse de un día para otro. Todavía se producen escaramuzas entre un sindicato y otro. Seguí, Pestaña, Laguía, Peiró, contienen las represalias y frenan a sus partidarios. Pero, como ya sabemos dentro de la CNT hay elementos que el Noi del Sucre no puede considerar precisamente como partidarios.

El año comienza con un pleno regional de la CNT. Se celebra el 2 de enero, en la Barceloneta. Aunque se espera que el Noi del Sucre intervenga, finalmente no hace acto de presencia. Sus directrices, sin embargo, están claras y se aceptan por una amplia mayoría. El ideario de Seguí sobre la sociedad paralela está en marcha. En la reunión se acuerda la creación de una serie de cooperativas y de escuelas nocturnas. El sindicato debe preocuparse por cubrir las necesidades físicas y de abastecimiento de los obreros tanto como por elevar su nivel cultural. Nuestra arma más poderosa será la cultura, sin cultura nunca alcanzaremos la libertad, repiten una y otra vez.

Juan García Oliver, uno de los destacados líderes de Los Solidarios que había acudido al pleno regional, puede atestiguar hasta qué punto la postura de Seguí crea animadversión dentro de algunos sectores de la CNT. En sus memorias recuerda que las sesiones de mañana y tarde transcurrieron dentro de la normalidad. No así la de la noche. Para esa sesión, García Oliver ha sido nombrado presidente de Debates, dicho de otro modo, es el responsable de coordinar las discusiones y otorgar a un miembro o a otro la palabra. Momentos antes de que comience la asamblea nocturna, alguien —que García Oliver se niega a identificar— le entrega una nota:

Compañero presidente, nos hemos enterado de que en la sesión de esta noche tomará la palabra el Noi del Sucre. Te advertimos que si le otorgas la palabra lo mataremos aquí. El grupo Fecundidad.

El futuro ministro de la República afirma en sus memorias que se siente terriblemente sorprendido, «me quedé lívido». Él mismo está empeñado en acabar con la línea moderada del Noi del Sucre pero no cree que ése sea el método a emplear. Tampoco cree que la gente de Fecundidad sea capaz de llegar a esos extremos. Toma la nota como la manifestación de un estado de ánimo. Por suerte, la ausencia de Seguí evita poner a prueba lo que García Oliver cree o deja de creer.

En cualquier caso, el pensamiento de García Oliver y los suyos está claro. Con el fin de desestabilizar al Noi del Sucre y acabar con ese prestigio que lo hace intocable, varios grupos de la misma cuerda que Los Solidarios o Fecundidad se reúnen días después con el objetivo de trazar su estrategia inmediata.

Para alcanzar la revolución y el derrocamiento de la clase burguesa tienen que empezar a actuar desde ese momento, al margen de los profetas y los especuladores. Nombran un comité destinado a organizar las actividades, las publicaciones, todo lo que está encauzado a la inmediata agudización de los conflictos y a la futura toma del

poder. Es lo que el propio García Oliver llama «La Gimnasia Revolucionaria».

La patronal toma nota. Pero, lo que es peor, previamente ha tomado nota de los movimientos que viene realizando el Noi del Sucre. Su aproximación a la política, su relevancia nacional cada vez más evidente y su influencia para llevar a la CNT a un juego democrático y organizado con el que va ganando las demandas laborales que plantea, lo convierten en alguien mucho más peligroso que sus compañeros violentos. «Ese Seguí pacifista es mucho más explosivo que todos sus amigos juntos cargados de bombas», se oyó decir más de una vez en los círculos de empresarios barceloneses. «Con las huelgas que pone en pie y sus negociaciones nos desarma. Es el más subversivo, el más resbaladizo, el más dañino».

La violencia, por encima de todos los dramas provocados, había sido un regalo para la patronal. Sin ella era más difícil que los políticos le dieran un apoyo incondicional. La violencia dejaba en segundo plano las reivindicaciones, la razón, los derechos. A la violencia se respondía con una violencia mayor. Era un juego en el que, respaldados por las autoridades, siempre ganarían. Por el contrario, el Noi del Sucre les planteaba una dura partida de ajedrez. Estaba pisando un terreno verdaderamente peligroso.

Los empresarios, naturalmente, no daban la batalla por perdida. Había que resucitar el viejo espíritu del odio, el dulce sonido de las armas retumbando en las calles de Barcelona. Ellos, como los partidarios de la Gimnasia Revolucionaria, también desean que se agudicen los conflictos.

El día 24 de febrero es asesinado Amadeo Campi. Campi, un «honrado y pacífico obrero» según lo define un diario de Madrid, era presidente del Ramo del Agua, del Sindicato Libre, y esa tarde, cuando está tomando café en un bar llamado el Apeadero, en el barrio del Clot, un individuo al que nadie identifica, apenas una sombra, se sitúa en la puerta del bar y desde allí dispara cinco veces sobre él. Todo el mundo se echa al suelo, se vuelcan las sillas, cae un par de mesas. Cuando el estruendo ha pasado, los parroquianos rebullen, se levantan mirando a un sitio y a otro, uno de los acompañantes de Campi lo conmina a incorporarse, «Va, levanta, cagón, que ya ha pasado todo». Pero Campi nunca volverá a levantarse, ya está prácticamente muerto, y bajo su cuello asoma una mancha oscura de sangre.

La policía se pone inmediatamente en marcha y desde la patronal, Félix Graupera, su presidente, emite un doloroso comunicado en el que lamenta lo sucedido y quiere mostrar su confianza en que los desmanes terroristas del pasado no vuelvan a aparecer.

Dos días después del asesinato es detenido como principal sospechoso el cenetista Miguel Font Viñas. Según la versión oficial, la policía se había puesto tras sus pasos al saber que un par de semanas antes Campi y Font habían mantenido una fuerte discusión en medio de la cual y ante numerosos testigos Font amenazó a Campi con unas palabras que la policía consideró como un claro indicio del futuro asesinato. «Muy pronto dejarás de gallear». En casa de Font, además, se encuentra un revólver

que, a pesar de que no parece haber sido usado recientemente, por su calibre bien pudiera ser el empleado en el bar Apeadero. Pero nadie muerde el anzuelo.

Los primeros que dicen desconfiar de la versión oficial son varios líderes del Sindicato Libre, Laguía entre ellos. Casi al mismo tiempo, es la CNT la que sale en defensa de Font y desmiente las acusaciones que se vierten sobre él.

Es verdad que existió la pelea, pero son varios los compañeros que afirman haber estado con Font en el momento en que Campi fue tiroteado. Y aunque la policía se niegue a dar crédito a esa coartada, al menos tendrá que creer que al revólver de Font le falta el percutor y tiene óxido en el ánima. Sí, es posible que el arma fuese otra y que Font se hubiera desprendido de ella, que no estuviese donde varios testigos afirmaban y que su figura fuese la que se había asomado al umbral del Apeadero para descerrajar cinco tiros sobre Amadeo Campi y que así dejase de gallear definitivamente, pero también era posible, y mucho más probable, que Miguel Font Viñas no tuviese nada que ver con aquel asunto.

Así lo reconoció también una parte de la patronal, la menos virulenta, la que no quiso verse involucrada en aquella muerte y miró acusadoramente hacia la cúpula de su propia organización en busca de responsabilidades. Porque, una vez descartada la autoría de Font, y de cualquier otro militante de la CNT, aquellos miembros moderados de la patronal se preguntan algo que los sindicalistas, tanto los del Libre como los de la CNT, ya habían dado por resuelto. ¿A quién interesaba sobremanera un nuevo enfrentamiento entre los dos sindicatos? La respuesta era obvia. A la patronal. O al menos a la más dura, la que encabeza su presidente, Félix Graupera, al que ya vimos en la víspera del día de Reyes cuando viajaba en su automóvil, un Ford T modelo 1919, y sufría un atentado en el que él recibió un disparo en la pierna, el mismo Graupera que, como también dije, morirá a manos de unos milicianos anarquistas en agosto de 1936 en Arenys de Munt y que entonces, en aquel mes de febrero de 1923, queda nítidamente señalado como el instigador y patrocinador del asesinato de Amadeo Campi.

Por más que en los primeros momentos Graupera, todavía acostumbrado a los tiempos de impunidad que había propiciado Martínez Anido, rechazara, incluso con ironía, las acusaciones —Mírenme las pistolas, señores, mírenmelas, cómo me asoman por el chaleco, pistolas y bombas, soy un polvorín— y las rebajara a pura maledicencia y rumor de elementos terroristas, al cabo de unos días no puede soslayar las presiones que está recibiendo y, para evitar males mayores, dimite como presidente de la Federación Patronal.

Con ese gesto se evaporaban sus responsabilidades y una espesa bruma caía sobre el caso. Ya nadie investigaba nada. Miguel Font Viñas fue retenido unos días en prisión, se le acusó de algunos delitos menores, un atraco en un banco de Gracia del que a los dos días se le dejó de acusar, la agresión a una prostituta que en el último momento cambió su declaración para reconocer que en su vida había visto a ese hombre. Pero nadie volvió a interrogarlo sobre la muerte de Amadeo Campi.

Si los asesinos de Campi habían sido miembros del sindicato rival o delincuentes comunes contratados por un enviado de Graupera nunca acabó de saberse. El ya expresidente de la Federación Patronal pasó unos días en su casa de veraneo, de ésa de la que los milicianos lo sacarían trece años después para darle un tiro en la nunca, y dejó que las aguas se calmaran. Sólo unos días.

Porque ni su renuncia ni el silencio momentáneo de sus compañeros más recalcitrantes significaban que estuvieran escarmentados ni que se hubieran rendido. Todo lo contrario. Habían aprendido la lección. Ya sabían que el camino a seguir no era liquidar a un activista de tercera e involucrar a un desgraciado. Van a apostar a fondo. Su posición, su forma de vida, sus costumbres, sus familias, su Dios y sus benditos pecados, todo aquello que han conseguido con tanto esfuerzo se encuentra amenazado por un sórdido afán de revancha, por unas mal disimuladas ansias de poder, por un torrente revolucionario, vengativo y aniquilador.

Pero sabrán defenderse. Si Martínez Anido y Arlegui, que al cabo fracasaron en su misión, ya no están para servirles de escudo y herramienta, ellos se bastarán a sí mismos. Sabrán cómo reconducir la situación. Y lo harán golpeando la cabeza de la bestia.

La muerte

A Seguí lo asesinaron el sábado, 10 de marzo, alrededor de las siete de la tarde. Su muerte era inminente, estaba calculada por los instigadores, trazada por los asesinos que ya estaban planeando el cómo, el dónde y el cuándo.

Sin embargo, el entorno del Noi del Sucre es ajeno a todo eso. Es más, después del asesinato, como probablemente ocurre siempre ante los desenlaces inesperados y dramáticos, los días inmediatos al mismo parecen llenos de vitalidad, cargados de un futuro que, al no cumplirse, se puebla de símbolos y presagios. Es la lectura de los supervivientes, de aquellos que se empeñan en darle un sentido —aunque sea dramático— a la vida. Una forma de esconder el absurdo. Un afán por hacer de la existencia un suceso narrativo.

Probablemente el Noi del Sucre no pensara de ese modo. El futuro no estaba formado por unas líneas imaginarias ni la vida se desarrollaba por unos raíles invisibles. Había visto a muchos caer a su lado. Huérfanos, viudas, hermanos sin amparo, trastornados porque súbitamente debían reconocer el sinsentido del mundo. Filosofía barata. Salvador Seguí vivía demasiado a fondo para pensar en ese tipo de cosas, al menos eso se deduce de casi cada uno de sus pasos, de sus decisiones y de sus palabras. Y así continuó siendo en las últimas dos semanas de su paso por el mundo.

A su alrededor hablaban del futuro y él mismo se afanaba en planear los meses, los años venideros, no importaba si él iba a estar allí para beneficiarse de aquello, era el pulso de la historia. La lucha social era un mecanismo que ya formaba parte de su biología, de su existencia. Comer, respirar, dormir, pensar. Estar alerta.

La vida no toca los timbales intuyendo que está a punto de llegar un momento crucial. Los desastres brotan en medio de lo cotidiano, lo desmoronan, lo trituran y lo engullen en silencio. La aniquilación tiene la esencia de lo inconmovible, no importa si la provoca una enfermedad, una catástrofe de la naturaleza o la mano de otro hombre. «La muerte es cotidiana, la muerte es lo más cotidiano», había dicho alguna vez el Noi del Sucre. Y así se dirigió hacia ella. Y así sucedió.

Los árboles se mecían como borrachos, suavemente, en la cabecera de las Ramblas. Era por la mañana y Pere Foix le hablaba a Seguí de su contacto en la masonería. El Noi sabía que Foix, por su condición de periodista o por una cuestión puramente personal, tenía amistad con un aristócrata del que desconocemos el nombre aunque sabemos que era masón en grado 31. También se sabe que era alguien muy informado y al tanto de los rumores palaciegos que circulaban entre la élite de Madrid.

Este individuo le contó a Foix y a otro militante de la CNT también amigo suyo, Emilio Nogués, que un grupo de generales estaba preparando un golpe militar contra el Gobierno, aunque no contra el rey. Se aseguraba que lo iba a encabezar Primo de

Rivera. La intención de esos militares era acabar con la situación a la que unos políticos incompetentes, burgueses y apoltronados estaban llevando a España. Para ello, aspiraban a contar con el apoyo de las organizaciones obreras, especialmente de las catalanas, que habían demostrado su capacidad de sacrificio y lucha. Si las centrales sindicales convocan una huelga general el día que los militares les señalan, aprovecharán el caos para dar el golpe.

Mientras atraviesan la plaza de Cataluña, cruzan la Ronda de San Pedro y suben por el Paseo de Gracia, Foix va desgranándole a Seguí todo lo que el masón les ha contado a Nogués y a él y cómo, por determinadas sospechas, medias palabras y rumores, todo le parece altamente fiable. Tampoco el Noi del Sucre considera que sea un bulo sin sentido y convoca a un pequeño grupo de compañeros para hablar sobre el asunto y tomar alguna medida preventiva. Es el último día de febrero, el invierno parece dar una leve tregua.

Seguí se reúne con Foix y un pequeño grupo de compañeros del sindicato entre los que se encuentra Massoni —Pedro Massoni, víctima del primer atentado que llevaron a cabo Bravo Portillo y su capo Antonio Soler y que desde entonces renquea y desconfía de todo— para tratar el asunto del posible golpe de Estado.

Pere Foix repite a los demás lo que ya contó al Noi. Éste, por su parte, se muestra contrario a cualquier colaboración con los militares, de cuya palabra desconfía y cuya posible alianza le repugna. «Sólo en el cerebro de un militar cabe una idea como ésa, nosotros colaborando con ellos».

En cualquier caso, aconseja que si los militares piden una entrevista vayan a oírlos para descubrir su juego y saber a qué atenerse. Los reunidos acuerdan que Foix mantenga vivo el contacto con el masón y que es necesario informar al Comité Regional de todo lo que han hablado. También apuntan que deben proponer al Comité que Seguí sea el portavoz del sindicato en caso de que exista una posible reunión con los militares.

La respuesta del Noi del Sucre es la habitual. Si ésa es la decisión del Comité Regional estaré a su disposición, a la hora que me digan. Al disolverse la reunión, Pedro Massoni se acerca a Seguí, le tiene devoción, y le dice, «Cuida mucho de ti porque te necesitamos mucho, Salvador».

Es muy probable que en el mismo momento en el que están reunidos los sindicalistas, o unas horas antes, o después, un reducido grupo de miembros de la Patronal Catalana estuviera decidiendo la suerte del Noi del Sucre. Allí llegan a la conclusión de que hay que acabar con él. Es claramente el hombre a eliminar, no sólo el punto vital en el que la CNT se apoya para movilizarse organizada y racionalmente, sino el que puede servir de puente con el Libre, con los políticos de izquierda.

Los hombres de la patronal ponen su plan en marcha. No van a contar con el apoyo de la policía. No informarán a ninguna autoridad oficial. Ellos van a hacer el trabajo que hay que hacer y quieren a verdaderos profesionales para que no ocurra

como tres años atrás, cuando Blas Marín y su acompañante perpetraron la chapuza de la calle Mendizábal que acabó con el Noi del Sucre disparando sobre ellos y poniéndolos en fuga. Deciden que Pedro Mártir Homs se encargue de organizar el atentado.

Homs ha recibido ya el encargo y una parte importante del dinero por su trabajo. Homs, el antiguo abogado que desde el anarquismo derivó hacia el matonismo y había organizado una peligrosa banda comandada por su mujer, la Payesa, debe encontrar a la persona adecuada para apretar el gatillo. Ni Homs ni la Payesa lo dudan. Inocencio Feced es el hombre.

Desde los tiempos del barón de Koënning y el atentado del Pompeya, Feced ha sobrevivido a todas la mutaciones del pistolerismo, a todas las modulaciones y a todas las intensidades. Y ahora de nuevo está ahí. Dispuesto para la acción. Pequeño, vivaz, ansioso.

Al ser destituidos Anido y Arlegui, Feced había desaparecido una breve temporada de Barcelona, nadie sabía dónde, pero había regresado más desafiante que nunca, vanagloriándose de los crímenes cometidos y publicando un folleto titulado *¿Por qué no maté al general Martínez Anido?*, en el que, además de justificar su colaboración con la policía, difamaba a unos cuantos líderes de la CNT, Seguí entre ellos.

La antigua admiración hacia el Noi del Sucre se había convertido en una ciénaga. En más de una ocasión se le había oído decir: «¡A Seguí lo mato yo!». Ahora estaba en su mano. Elegirá los cómplices, el lugar y también el momento del asesinato. Y lo hará pronto. La patronal no le ha concedido a Homs mucho tiempo para que cumpla su encargo, una semana, diez días como máximo. Homs, Feced, los matones, se mueven con diligencia, alborotan más de lo debido, despiertan habladurías.

A oídos de Francesc Macià llega el rumor de que desde altas esferas de la patronal se está planeando primero el asesinato del Noi del Sucre y después el de Ángel Pestaña. La noticia, que probablemente llega a oídos de Macià a través de la familia de su mujer —Eugenia Lamarca, hija de terratenientes— tiene la suficiente solvencia como para que el político la tome en consideración. Tanto es así que inmediatamente escribe dos notas y encarga a un hombre de su confianza, Ramón Durán, que las lleve a las casas de ambos sindicalistas.

Durán va a la de Seguí, calle Valencia, 559. Le abre la puerta una niña de unos diez u once años que dice estar sola. Es la hija de Teresa. Durán duda, pregunta cuándo volverá su madre o su padrastro, la niña se encoge de hombros. Finalmente le entrega la nota encomendándole que se la dé a Seguí, de parte del señor Francesc Macià. La niña cumple la encomienda, aunque a medias. Da la nota a Seguí, éste la lee un par de veces. El mensaje va sin firmar, así que el Noi pregunta a la niña quién ha llevado la carta. La niña describe más o menos al hombre y dice que la ha traído de parte de un señor del que no recuerda el nombre. Seguí dobla el papel y se lo guarda en un bolsillo de la chaqueta.

No es el único mensaje de alerta que le llega. En los primeros días del mes, tal vez el 1 o el 2, va a recibir un anónimo amenazante. Como puede suponerse, le han llegado por decenas a lo largo de su vida, aunque éste tiene un aire especialmente esquinado: Reunidos los elementos del Sindicato Libre, hemos acordado asesinarte a ti y a Pestaña entre otros. Esta vez no escaparéis ninguno, aunque tú serás el primero.

Seguí es consciente de que la amenaza no proviene directamente del Libre, tal vez, sea de alguno de sus grupos incontrolados. O quizás piensa que, como el mensaje anterior, probablemente se trate del aviso de algún amigo, alguien del Sindicato Libre que se ha enterado de un complot para acabar con su vida. El Noi está tentado de ponerse en contacto con Laguía, pero acaba por descartarlo. Mira una y otra vez el papel, media cuartilla con renglones rayados en rojo, casi en rosa, probablemente cortada de un libro de contabilidad.

No sabe exactamente por qué, percibe un peligro sordo en aquellas letras garrapateadas con caligrafía casi infantil, no le habla a casi nadie del anónimo. Por supuesto, menos que a nadie, a Teresa. Sólo hace un par de llamadas telefónicas. Una a Ángel Pestaña, por estar implicado en el mensaje, y otra a Joan Peiró, al que el Noi del Sucre considera también en peligro. A Josep Viadiu sí se lo cuenta de viva voz y le pide que le devuelva la pistola que tiempo atrás había llevado consigo y de la que se había desembarazado una vez que se habían restablecido las garantías constitucionales y el clima de violencia se había atenuado. Viadiu se la entrega esa misma noche, liada en un trapo, metido en un cubo en el que van brochas, paletas y otros utensilios de trabajo del Noi.

El 6 de marzo Ángel Pestaña y el Noi del Sucre participan en un mitin en el cine Bohemia. Al final del acto, Pestaña, Viadiu y Seguí conversan brevemente sobre el anónimo recibido. Deciden no darle más importancia de la necesaria.

Inocencio Feced, menudo, huesudo, con una gorra vieja y aquellos ojos brillantes que un día quedaron fijados en su ficha policial, ha estado merodeando por los alrededores del cine Bohemia. Va con uno de sus compinches. Suben y bajan por la plaza. Feced ve entrar en medio de un remolino de obreros a Seguí. Lo estudia, quiere volver a verlo antes del último día, todavía libre, vivo, expansivo, el rey de nada.

Feced ha estado madurando su plan. Sus hombres llevan varios días controlando todos los movimientos, las idas y venidas de Seguí, su rutina, sus rutas, los bares que ahora frecuenta, los círculos obreros a los que va, las obras en las que está trabajando. Anotan que suele ir casi a diario al bar el Tostadero, en la plaza de la Universidad, y que sigue yendo con regularidad al café Español, en el Paralelo. En esos días está pintando un piso, propiedad de Lluís Companys, en Sants. Inocencio Feced elige Sants o la plaza de la Universidad como los lugares propicios para perpetrar el asesinato. «Como un conejito, así va a acabar», le dice a uno de sus camaradas.

Pere Foix hace una llamada telefónica a Seguí. Su contacto dentro de la masonería le ha informado que el grupo de militares que planea el golpe va a reunirse

un día después en el casino militar. El masón podrá darle alguna noticia a media tarde de lo que han tratado los militares, así que Foix le pide a Seguí que se vean unas horas después para valorar la información. Seguí le cuenta que él, ese día, va a ir a Tarragona para dar un mitin y que quizás desde Tarragona vaya a Flix. El Noi del Sucre bromea y le dice a Foix que los militares podrán esperar a dar su golpe hasta el domingo. Quedan en verse el sábado por la tarde, en el centro obrero de la calle Olmos.

Seguí se marcha a Tarragona. Feced inspecciona los alrededores del piso de Companys donde últimamente ha estado trabajando el Noi del Sucre, se entera de que ya ha acabado allí su tarea. Elige el Tostadero como lugar a partir del cual se montará el seguimiento y el asesinato de Seguí.

El Noi del Sucre da el mitin en Tarragona, y allí mismo decide regresar a Barcelona, no irá a Flix. Simó Piera está con él, trata de convencerlo de que se vayan juntos a ese pueblo de Ribera de Ebro. Viadiu le ha comentado a Piera el asunto del anónimo, la mella que ha hecho en el Noi. «Qué vas a hacer en Barcelona, vamos a Flix, los compañeros te necesitan allí, Salvador». Seguí comprende. Se encoge de hombros. No hace falta que repita algo que siempre ha dicho y que todos sus compañeros saben: cuando quieren ir por ti van, dondequiera que estés, dondequiera que te metas, así que mejor no comportarse como una rata.

Es algo parecido a lo que dos o tres días atrás le ha dicho a Macià, cuando ambos se han encontrado en el café Continental y Seguí, pensando en la posible algarada militar, le comenta al líder catalanista que lo mejor que puede hacer es salir de Barcelona durante una temporada.

«Aquí no tiene la menor seguridad», le dice Seguí.

Macià, extrañado, le pregunta si no recibió la nota que le hizo llegar por medio de Durán, y sólo en ese momento comprende el Noi la importancia del mensaje.

«Sí, sí, la vi, la leí», dice un poco confuso.

Macià lo mira con atención: «Mire, Seguí, quien tiene que salir inmediatamente de la ciudad es usted. A nosotros todavía no nos ha llegado el turno, pero usted sí que corre en Barcelona todos los peligros».

Seguí, apesadumbrado al saber que la nota que la había entregado la hija de Teresa no la remitía un iluso ni un aficionado a meter miedo, se encoge de hombros y esboza una sonrisa dudosa.

«Seguramente tiene razón, amigo Macià, pero yo no puedo irme de aquí. Es mi sitio y no puedo abandonarlo».

Los dos hombres se miran, se dan la mano y se separan. Nunca volverán a verse.

Seguí va recorriendo por última vez los lugares que pisa. Sin saberlo, se despide de forma definitiva de todas las personas con las que ha compartido los últimos años.

Compañeros, amigos o simples conocidos recordarán apenas cuarenta y ocho horas después el último momento en que vieron al Noi del Sucre. En la memoria de todos ellos se irán recomponiendo esos instantes de modo apresurado y distorsionado

y cada cual empezará a colocar los cimientos de una mítica personal alrededor de Salvador Seguí.

Cada cual dará su versión de aquellos últimos momentos y una imagen diferente del luchador obrero. El Noi del Sucre será a partir de entonces el reflejo de una cara en un cristal, una imagen que gesticula, se mueve y habla al otro lado de una barrera infranqueable. El espejo se llena de sombras.

Los últimos pasos.

El Noi del Sucre no fue a Flix. No pudieron convencerlo. Desde Tarragona, pasando por Reus, regresó a Barcelona. Caminó solo por el andén. Viajeros y niños. Subió a un automóvil.

Los árboles pasan por los vidrios del coche y el rostro del Noi por los árboles. Ramas y ojos se mezclan en un juego de reflejos que avanzan y se transforman por las calles de Barcelona hasta llegar a su domicilio. Un portal triste, una escalera con eco y vacía, una puerta marrón, sería como un ataúd vertical. Por su arco humilde entran y salen las sombras, el Seguí de otro tiempo, los niños, Teresita, el ruido y los olores, compañeros, gente desconocida, muertos y vivos, el mundo que se despide, el camino, una serpentina que huye. Ya no es Seguí quien avanza, sino el mundo el que retrocede y el que en su huida lo arrastra todo con él.

El viernes, 9 de marzo, vieron a Feced en el bar el Tostadero, un hombre malcarado, un hombre escurridizo que miraba a los lados, el mundo ya no gira como un carrusel en el que van montados los vivos, ya no gira sobre el mismo eje con la quimera de la repetición y de lo eterno, el mundo se desliza ahora en línea recta, muestra sus precipicios, el barranco de la muerte, lo que tiene puertas y fronteras, a Feced lo vieron en el bar el Tostadero, buscando, el hambre de los perros, los dientes y los ojos ávidos, el alimento del rencor, pero sólo tiempo después, días, semanas después, advirtieron que aquel hombre enjuto, moreno y esquivo era Inocencio Feced, el asesino.

El Noi del Sucre estaba atento, caminaba por las aceras anchas, miraba en el reflejo de los escaparates, trabajó, fue a ultimar alguna cosa al barrio de Sants, sonrió, fumó y bromeó, con Perones, que morirá junto a él en la puerta de una ferretería, con Viadiu al que vio por las Ramblas, en un café, con los compañeros de trabajo, a los que no volvería a ver, escuchó por última vez la voz de Lluís Companys a través del hilo telefónico, y cuando ya estaba avanzado el día, decidió ir al teatro Cómico, donde esa noche se va celebrar una función a beneficio de los presos políticos. El peligro es una marea que viene y va.

Chaqueta negra, pantalones pálidamente rayados con líneas de gris muerto sobre un fondo también negro, sombrero y alfiler, la camisa blanca de los mediterráneos. Le pide a Teresita que vaya con él. Algún personaje ha anunciado que irá al teatro acompañado de su mujer y Seguí no quiere que Teresa Muntaner sea menos. También

le dice que puede acompañarlos su hijo, Heleni, que lo pasará bien en la función. Teresita, grávida, de siete meses, cansada, feliz, o casi, saca la ropa de los domingos, la ropa oscura de las ocasiones, se recompone, protesta, Seguí ríe, van juntos del brazo, bajan las escaleras, el niño delante, seis años y la cara redonda, caminan bajo la noche fría como bajo un puente, a ratos huele a primavera, luego montan en un tranvía, vuelven a caminar un poco, Seguí piensa en el peligro, sus compañeros saben que lleva días pensando en él, lo espanta, como siempre, sin detenerse a mirarlo, sabiendo quién es quién. Ahora está en el reflujo, siente que se aleja. Lo percibió esa tarde, sentado en su casa, un momento antes de decirle a Teresita que lo acompañara. La normalidad espanta a los monstruos. El Noi se agarra a ese asidero.

La función es divertida. La familia Seguí está en un palco. A él van varios compañeros. Entran y salen, sacan a Seguí al pasillo. Teresita sospecha, pero se queda sentada, mirando el escenario, mirando a Heleni, sus ojos fijos, limpios. La voz se ha corrido, todos, por un lado o por otro, han oído que el Noi del Sucre está amenazado, seriamente. Cada cual inventa una estrategia y un consejo. Joan Casanovas, futuro presidente del Parlament, habla largamente con él. Teresita no sabe nada, y a pesar de que está acostumbrada a las confidencias y a los secretismos la ponen nerviosa los susurros. Se acuerda, en mala hora, de la tarde en que Laguía estuvo en su casa. Quiere borrar el recuerdo, escapar de los malos presagios, salir de allí, pero adónde.

En un entreacto es Ángel Pestaña quien se presenta en el palco, lo acompañan dos hombres que Teresa no ha visto nunca. Hablan con Seguí, éste le dice a Pestaña que lo verá a la salida del teatro y Pestaña hace un gesto de asentimiento, dando por sabido de lo que van a hablar. Teresita intenta prestar atención al final del espectáculo, se levantan los aplausos, Heleni se pone de pie, mira a su madre sin dar crédito de que aquello sea posible, adultos jugando a ser quienes no son, adultos haciendo pantomimas para otros adultos.

Abandonan el palco, van por los pasillos con lentitud, mezclados con otra gente. En el ambigú ya los esperan Pestaña, Casanovas, Viadiu y unos desconocidos. Seguí deja a Teresa y al niño cerca de una puerta y habla animadamente con aquellos hombres. Se le ve negar repetidamente con la cabeza. Los demás lo miran alejarse en dirección a su mujer, sonriente. Ella le pregunta qué quieren. Seguí contesta, «Acompañarnos». «¿Acompañarnos?». «Sí. ¿Te ha gustado, Heleni?». «Acompañarnos, ¿por qué?». «Por nada. Hace frío, vamos a tomar un taxi». Salen.

Salen y, sí, suben a un taxi, demasiado apresuradamente. Inician la marcha. Al poco, Teresa se da cuenta de que el taxista no aparta la mirada del espejo retrovisor, y ella, como antes ha hecho el Noi, se gira para mirar atrás. Pregunta, no se sabe si al conductor o a Seguí, qué pasa. Es el taxista quien responde, «Ése, que no se despega de detrás desde que salimos del teatro». Teresita deja la mirada fija en Seguí, él le aprieta la mano y niega con la cabeza, restando importancia. Los faros del automóvil que los sigue ilumina a veces el interior del taxi, todos van en silencio, Heleni dormido, pasan las fachadas, las aceras vacías, el carrusel abandonado de la noche.

Se van acercando a su casa y el coche continúa tras ellos. Corren las aceras, los edificios como mastodontes. Los brazos fantasmales de la Sagrada Familia se pierden en el cielo. Entran en la calle Valencia. A lo lejos está su portal. Seguí toma una determinación. Ordena al conductor que acelere. El taxista obedece, ganan un poco de ventaja, y cuando están cerca de la casa, Seguí le pide que frene. El coche da una sacudida, se detiene, el Noi hace que Teresa baje lo más rápidamente posible, Heleni, adormilado, sale del coche detrás de su madre, Seguí ya lo ha hecho por la otra puerta. Temiendo que la calle se convierta en un campo de tiro, le grita al taxista que se vaya, el conductor arranca justo cuando el otro automóvil está llegando y Teresita y Heleni han entrado en el portal. Teresa le pide a Seguí que suba con ellos, el coche que los venía siguiendo se para a quince o veinte metros del Noi del Sucre, también se ha detenido el taxi, casi a la misma distancia pero en sentido contrario, Seguí le grita a Teresa, «¡Sube!», pero ella, llorando, deja al niño en el portal y sale, coge a Seguí por el brazo, tira de él hacia la casa. Seguí la mira a los ojos, «¡Sube! Sube y déjame estar. Hazme este favor».

Teresita retrocede, abraza a Heleni, que ha roto a llorar. El automóvil está detenido en el mismo lugar, respirando, con el motor en marcha y los faros encendidos. Seguí da unos pasos hacia él, lleva una mano en el bolsillo, simulando que palpa una pistola que no existe, tiene la mirada fija en el parabrisas del coche, negro, como si en vez de vidrio fuese de acero. El taxista se baja de su vehículo, lleva una barra de hierro en la mano y camina en la misma dirección que el Noi del Sucre. El Noi grita entonces. «¡Si tenéis valor tirad! ¡Tirad, no tengo miedo!». El taxista, a su vez, grita volviendo la cabeza atrás, como si hablara a alguien que estuviese en su coche o en un portal cercano. «¡No salgáis! ¡Todavía no! ¡No salgáis!».

Teresa Muntaner lo contó muchos años después, en Toulouse, ya anciana, cuando Heleni, muerto de tuberculosis a los diecisiete años, hacía mucho que había desaparecido de la faz de la tierra y Teresa Seguí, la hija del Noi del Sucre, nacida dos meses y tres días después de la muerte de su padre, era una mujer madura que escuchaba cómo su madre, entera, rocosa, recordaba aquella noche de marzo, víspera del asesinato.

Teresita no se explicaba lo que había sucedido ni por qué el misterioso automóvil, cuando Seguí ya estaba apenas o cinco o seis metros de él —el taxista a veinte o treinta—, emprendió la marcha y salió de allí a toda velocidad sin que el Noi llegase a ver quiénes eran sus ocupantes y sin que hicieran un solo disparo ni el más mínimo amago de atacar al hombre que habían venido siguiendo casi desde la otra punta de Barcelona.

«No sé si los arredró que yo me quedase allí, porque no me subí a casa, cómo me iba a subir y dejarlo solo, y caminaba detrás de Seguí, despegada de él, pero pisando su sombra, y pudo ser que no quisieran matar a una mujer, o si aquellos gritos del taxista y su presencia o lo que fuera les hizo pensar otra cosa, dejarlo para otra ocasión más cobarde, pero así se marcharon, eso hicieron, y allí iría ese Feced, con el

puño de la pistola recalentado en la mano, con su bilis y su miseria», así le hablaba Teresa Muntaner a Huertas Clavería en Toulouse a principios de los años setenta, «Para que digas las cosas como son, como fueron, y no como quisieron inventar después, como todavía inventan».

Una vez que el automóvil se marchó, pasando por al lado del taxista, éste se acercó a Seguí. «Es usted el Noi del Sucre, lo reconocí nada más montar en el coche pero no quise decirle nada. ¡Madre de Dios! ¡Qué valor que tiene usted! ¡Nunca me lo hubiese creído! Iban a matarlo. Lo que me ha hecho sufrir, reina santa».

El Noi le agradece la ayuda, mira la barra de hierro que el hombre sostiene en las manos temblorosas, casi con parkinson, y le pregunta qué le debe. «Nada, hombre, nada. No le quiero cobrar nada». Se dan la mano y al taxista, caminando hacia su coche, todavía se le oye decir, «¡Lo que he sufrido!».

Seguí permanece todavía unos momentos en la acera, mira a un lado y a otro de la calle. Se da la vuelta despacio y ve un poco más atrás a Teresita. Camina hacia ella. Se abrazan. Y se dirigen abrazados al portal. Suben. En la escalera está Heleni, sentado en el último peldaño y apoyado contra la pared, medio dormido, lloroso.

«Cuando entramos en casa, cuando acostamos a Heleni, Seguí se subió a una silla y cogió de la parte alta del armario la pistola. La había puesto allí para que los niños no la alcanzaran, y aunque le pregunté dos veces por qué no la había llevado esa noche, no me quiso contestar. Pero yo sé por qué lo hizo, por qué no la llevó. Porque yo lo acompañaba y porque venía Heleni con nosotros, y antes prefería que le dieran a él un tiro que se emprendiera un tiroteo y ponernos en peligro al niño o a mí. Por eso lo hizo. Ése era tu padre. Así», se quedó con la vista perdida Teresita Muntaner, casi cincuenta años después de aquella noche, contando a Huertas Clavería y a Teresa Seguí cómo fue o cómo recordaba ella aquella noche del 9 de marzo de 1923.

«Yo pensé que lo matarían al día siguiente, y así fue. Con ese peso nos metimos en la cama, como quien se mete en un cajón, así lo digo, y yo con ella en el vientre, así eran las cosas en aquel tiempo. Así fueron».

La muerte en sí.

Y ésa fue la noche en que Salvador Seguí anduvo perdido en una rara somnolencia que a veces se interrumpía y lo dejaba en un estado de máxima lucidez, o eso creía, hasta que de nuevo desaparecía en una hondonada que no era sueño ni miedo ni lucidez y apenas vida, con Teresa, a la que él quizás creía dormida, a su lado, girada de cara a la pared, despierta, ambos sin hablar, confiados en que aquella sensación se aliviaría cuando pasara la noche. A lo lejos se iban oyendo los golpes de una campana, se oían voces y risas de noctámbulos, pasos en las aceras, un eco de vida, el sonido tumultuoso de algún automóvil y la luz de sus faros barriendo el techo del dormitorio y haciendo que Seguí se quedara aún más quieto, temiendo que el coche se detuviera bajo su ventana. Volviendo a respirar cuando el sonido se alejaba y

los faros parecían haber sido una alucinación.

Ése fue el día que amaneció brumoso, marcando una dudosa raya de luz, un resplandor mortecino, en el espejo del armario. Y allí, mirando aquel fulgor, o calmado por la quietud del amanecer, Seguí abrió la mano, dejó que sus dedos desprendieran el bocado de la sábana y se quedó dormido, cuando le quedaban doce horas de vida.

Teresita se levantó sin haber dormido, anduvo por la cocina, se asomó cada pocos minutos por la ventana, fue a mirar casi con la misma frecuencia a Seguí, impuso silencio a los niños, se sentó en el comedor, se acordó de Laguía, sentado en la misma silla, recordó a Pestaña y a aquellos hombres en el teatro, se levantó y cocinó, y a las doce, oyó cómo Seguí se desperezaba en el dormitorio y sintió un vuelco de alegría y de terror al mismo tiempo, sintió deseos de ir hacia él apresuradamente, de quedarse donde estaba y romper a llorar, pero no hizo ni lo uno ni lo otro, se agarró a la mesa, se sostuvo, y siguió preparando la comida, quizás cortando verduras, fregando platos o añadiendo condimento a un guiso mientras le llegaban los sonidos cotidianos, ahora extraordinarios, de Seguí en el dormitorio. Allí, él vería aquel resplandor que los días de sol se producía en el vidrio de la ventana, aquel arcoíris pequeño que se insinuaba bajo los visillos.

Se levantó, se aseó y abrazó por detrás a Teresa al tiempo que le decía que iba a ver a Viadiu y casi al tiempo que ella le respondía que no saliera, que le hiciese ese favor y que se lo pedía como él le había pedido la noche antes que lo dejara estar, solo, en la calle. Seguí bromeó, para el caso que me hiciste, y Teresita, mirando al suelo, o a la mesa, o al lebrillo en el que flotaban verduras, le dijo, no salgas, te lo pido, y Seguí, serio, dijo, está bien, pero esta tarde viene Perones, tenemos que hacer el cobro del trabajo que le hemos hecho a Companys, y luego yo tengo un compromiso. Tú y tus compromisos, Seguí, tú y tus compromisos, adónde nos llevarán. Lejos, sonrió Seguí, y luego dijo que si había aguantado tantos meses en La Mola podría aguantar un rato preso en su propia casa y con mejor compañía.

Es tan poco tiempo.

Se sentaron a la mesa. Seguí comió mucho, «casi exageradamente, casi con desesperación o qué sé yo», le dijo Teresa Muntaner medio siglo más tarde al hombre que había ido a Toulouse para escribir un libro sobre el Noi del Sucre, aquel sindicalista que había agitado a los obreros de Cataluña y había desesperado a los patronos, y también le dijo Teresa que mientras comía, el Noi hablaba con Heleni de la función de la noche anterior, le hacía bromas y le prometía llevarlo a un circo que pronto llegaría a Barcelona. Leones, payasos y trapecistas que vuelan por el aire y no se caen nunca, hombres con zancos para ver más lejos y dar pasos más largos que nadie. Te llevaré y lo verás y nunca se te olvidará.

Sesteó, cuando le quedaban tres horas de vida. Teresa durmió en la cama. Quizás una hora, o más, derrumbada por la mala noche que había pasado. «Y en ese tiempo no sé lo que hizo Seguí, sólo sé, y eso lo recuerdo bien, y ya ves, han pasado

cincuenta años como quien dice, que me desperté como si viajara en un barco, aunque nunca monté en ninguno, pero era igual que si todo se hubiera ido lejos y todo se moviese, y no pienses que yo creo en premoniciones ni en cosas que no están en este mundo, pero fue una sensación muy cierta, aunque, claro, pasó en un momento, y todo se me acercó, no como si el barco llegara a alguna parte sino como si yo saliera del fondo del mar o de debajo de un líquido espeso. Para no llegar a ninguna parte».

Poco antes de que dieran las siete llegó Francesc Comas Pagès, Perones. Veintisiete años, de oficio vidriero, delgado, con las orejas despegadas del cráneo y su pelo espeso, «como una boina, serio, tan joven y tan formal, con su mujer que estaba como yo, embarazada, y traté de convencerlo de que dejaran el cobro y lo que fuese para cualquier otro día, le conté lo que había pasado la noche anterior, pero el que mandaba era Seguí. Me hizo unas morisquetas y se fueron. Los oí hablar por el hueco de la escalera, y ya no supe más, hasta que tres horas más tarde Viadiu y Maurín llamaron a la puerta».

Teresita Muntaner se quedó en aquel piso pequeño de la calle Valencia mientras Seguí y Perones caminaban un rato, montaban en un tranvía, bajaban, charlaban pasaban por el bar el Tostadero —allí, el camarero Saleri dio aviso a Homs y Homs a Feced—, tomaban un café y salían a paso algo más vivo. Había gente por la calle, Teresa va escuchando el subir y bajar de los vecinos por la escalera, los juegos de los niños, el bullicio de un sábado por la tarde con la primavera apuntando por todas partes. Había tanta gente en la calle que los tres asesinos desisten de atacar en la plaza de la Universidad, junto al Tostadero, como tenían previsto, y siguen de lejos a sus víctimas hasta llegar a la Cadena. Y al llegar a la calle de la Cadena, Perones quiso comprar tabaco. Y Seguí le dice que lo espera en la puerta.

Todo fue muy rápido, del mismo modo que suceden los hechos intrascendentes. Igual que sucede todo. Pero, como siempre ocurre con esas cosas, luego viene la magnificación, la disección del tiempo, el desglose de lo que ocurrió y el ensamblaje de los diferentes detalles hasta crear una narración aproximada, medianamente verosímil de los hechos.

Hay una foto de esa calle de adoquines minutos después de que se produjera el atentado, y hay una foto de Seguí muerto. Los ojos y la boca entrecerrados, la mirada no del todo perdida. Parece que está abriendo los ojos al despertar de un mal sueño o que está a punto de llorar.

Alguna de la gente que aparece en la foto de la calle presenciaría lo ocurrido, una parte de ello, vería a un hombre correr, una pistola, el miedo o la cara de espanto de otro testigo, sin saber quién es víctima y quién asesino, o escucharía los disparos, las voces y las carreras. Están ahí, todavía sin querer marcharse, fascinados, mirando un vacío, el lugar donde hace unos instantes estaba el cadáver del Noi del Sucre, observando la mancha negra de la sangre en mitad de la calle. Hay ocho o diez niños. Un hombre con sombrero que sostiene un cigarrillo en la mano y observa de reojo a un guardia estático, otro hombre indiferente a todo que cruza la calle y camina junto

al charco de sangre, apenas a veinte o treinta centímetros del manchón, lleva una gorra clara y el paso rápido. Una mujer saca a un niño de la escena, nadie parece hablar, sólo miran la nada, los adoquines, la sangre, el rostro de quienes como ellos están vivos.

Eran tres hombres, eso sí lo vieron muchos testigos. Nadie sabe de dónde salieron, por qué calle llegaron. Uno, vestido con una gabardina ligera y de color claro, Inocencio Feced, es el que se dirige decidido hacia Seguí, por un lado, a grandes zancadas pero sin correr, y dispara, y al mismo tiempo los otros dos hacen varios disparos al aire para sembrar el pánico y ahuyentar a la gente, y es uno de esos dos quien apunta y dispara a Perones, que acaba de salir del estanco y resbala, quizás ya herido, cae y se levanta y recibe, ahora sí, un disparo en un costado que lo hace trastabillar, pero no se derrumba, corre como puede, se refugia en una carnicería, y ya no mira atrás y no ve el cuerpo de Seguí. Probablemente unos segundos antes ha visto cómo el hombre menudo y ágil se ha puesto al lado del Noi del Sucre y le ha colocado la pistola ante la cabeza al tiempo que Seguí lo reconocía y, sabiendo que iba a morir, se giraba y trataba de sacar su pistola del bolsillo, cuando ya era tarde, cuando ya estaba al otro lado de la nada, y quizás uno de los gritos, el grito primero que se oyó, fuera el de Perones advirtiendo al Noi, pero ya había pasado todo. Corrieron los hombres, una mujer gateaba por la acera, con una herida de bala, se cerraban las puertas y la gente se apartaba de las ventanas.

El cuerpo de Seguí quedó en medio de la calle. Durante unos momentos un espasmo eléctrico le convulsionó una pierna. Luego nada. Quedó tirado como un maniquí que hubiera caído de un camión de mudanza. Un objeto olvidado y raro sobre un charco espeso, no demasiado abundante. Vestía un traje oscuro, unos botines de color rojizo. Un pañuelo blanco de seda, que no se manchó, al cuello. La gorra había salido disparada de su cabeza y quedó a su lado, como una seta gigante.

En el bolsillo izquierdo de la chaqueta le encuentran la nota que días atrás le ha enviado Francesc Macià advirtiéndole del peligro que corre. También un cargador suplementario para la *browning*. En la cartera, algo de dinero, unos papeles con anotaciones sin importancia y una tarjeta que dice: «Salvador Seguí, pintor».

Eso fue todo.

Taparon el rostro de Seguí con un saco. Momentos después, a un sindicalista que pasaba por allí, llamado José Gardeñas, le resultó familiar la indumentaria del muerto. Se acercó y levantó el saco. Reconoció al Noi del Sucre y se fue calle adelante repitiendo el nombre de la víctima a gritos.

La noticia corrió rápidamente. María Espés, la mujer de Ángel Pestaña, que vivía cerca, acudió con una sábana para cubrir dignamente el cuerpo de Seguí. Muy poco después apareció el juez y se llevaron el cadáver, al hospital Clínico. Los médicos que practicaron la autopsia, los doctores Liñana y Luanco, certificaron que tenía una única herida producida por arma de fuego, en la cabeza, con orificio de entrada en la región occipital, pero sin salida. La bala quedó alojada en la región frontal. La herida tenía una trayectoria de abajo hacia arriba. Seguí era bastante más alto que Feced.

Perones fue conducido desde la carnicería en la que se refugió al dispensario de la calle Marqués de Barberà. Por el camino, semiinconsciente, repetía una y otra vez, «¡Pobre Noi!». Minutos después que él, llegan al dispensario varios compañeros. El médico de guardia lo tiene tumbado en una camilla, fuma un cigarrillo, habla con calma y dice que no puede hacer nada por salvarle la vida. Simó Piera, que es uno de los que acaba de llegar, saca una pistola y se la pone en la cara al médico, lo conmina a actuar. El médico, lívido, dice que allí no hay medios para intervenir y ordena que lleven al herido inmediatamente al hospital de la Santa Cruz. Lo ingresan en la sala de Santo Tomás, cama 15. Perones había recibido tres impactos. Dos en la pierna izquierda y otro en el lado derecho del tórax, con orificio de salida por la zona izquierda, que había afectado al pulmón derecho y al hígado. El estado es de máxima gravedad.

En la calle Valencia, Teresita Muntaner ha terminado de poner la cena a los niños cuando por el patio oye a un vecino comentar algo con la portera. Hablan muy bajo, Teresa escucha, dicen que ha habido un atentado en la calle de la Cadena, pero no puede entenderlo todo. A pesar de ello «el corazón me iba muy deprisa». Casi inmediatamente hay un revuelo en la escalera. Suben varias personas, llaman a la puerta. Teresa tiene ante sí a Josep Viadiu y a Joaquín Maurín. Antes de que le digan nada, pregunta, ¿Han matado a Seguí? Le responden que no, pero ella insiste, Sí, sí, sí, lo han matado. Los niños, sentados a la mesa, miran asustados bajo la lámpara en

forma de barco.

Con la noche, alrededor del hospital Clínico se va reuniendo un grupo cada vez más numeroso de trabajadores y sindicalistas. Quieren ver el cadáver del Noi del Sucre. La policía acordona la entrada. Se reclama una actuación rápida de la justicia. Se lanzan amenazas. Se convoca una huelga.

Al amanecer hay cientos de personas en las inmediaciones del hospital. Barcelona entera está levantada. Las autoridades toman la decisión de sacar de allí el cuerpo del Noi a escondidas. Se decide que el entierro se celebre clandestinamente. La conmoción es máxima, mucho mayor que la prevista por quienes han organizado el asesinato. Y así se hace.

El lunes 12, a las cuatro de la tarde, entierran al Noi del Sucre en un nicho de Montjuich de forma anónima. Sin que nadie supiera nada ni asistiese ningún miembro de su familia ni ningún compañero del sindicato. Un grupo de policías escolta el féretro. Únicamente permiten que, como representantes legales, estén presentes Lluís Companys y Agustí Castellà, el joven amigo de la familia.

Companys, que años después, con los pies desnudos para poder pisar tierra catalana, será fusilado cerca de aquel lugar, despide así al Noi del Sucre, el miembro más vital del triángulo inseparable que habían formado Layret, Seguí y él mismo.

El día siguiente muere Perones. La CNT se moviliza. Se convoca una multitudinaria manifestación en la plaza de Cataluña y desde allí se dirigen hasta la sede del gobierno civil, donde unos representantes del sindicato y de la familia de Francesc Comas, Perones, se entrevistan con el gobernador y pactan que el entierro no sea como el de Seguí. Salvador Raventós, el gobernador, íntimamente avergonzado por todo lo que ha sucedido con el Noi del Sucre, accede a que el de Perones sea público.

Doscientas mil personas se congregan en los alrededores del hospital de la Santa Cruz. Desde allí, el ataúd de Francesc Comas es llevado a hombros hasta el cementerio de Hospitalet. La conmoción es enorme. El funeral de Perones se convierte en el de él mismo y en el de su amigo Salvador Seguí. El Noi del Sucre y él son homenajeados, vitoreados, llorados y ensalzados. Joan Peiró, amigo de ambos y secretario general de la CNT, pronuncia unas emotivas palabras al pie de la tumba de Perones. Recuerda a los dos hermanos caídos juntos y promete justicia.

No la habrá. La policía inicia una tímida investigación. Dos días después del asesinato del Noi del Sucre es detenido un tal Luis Adset, cuya cartera se había encontrado a escasos metros del lugar en el que Seguí había caído muerto. Es interrogado una y otra vez, quizás como maniobra de distracción. El hombre declara no saber cómo perdió la cartera. Se trata, simplemente, de un curioso que se acercó a ver lo ocurrido una vez que habían acabado los disparos. Confiesa que se agachó a ver de cerca el cadáver de Seguí y piensa que fue en ese momento cuando la cartera cayó de su bolsillo.

Desde algunos medios oficiales y patronales insinúan, o declaran abiertamente,

que Seguí ha sido asesinado por elementos radicales de la propia CNT. Los anarquistas lo odiaban, se oye decir en más de un círculo. Nadie inquieta a Homs ni tampoco a Feced. Feced presumirá de ser él quien mató al Noi del Sucre. Nadie hace nada. Poco después la huelga cesa. La gente vuelve al trabajo.

Nota de los editores

Las calles y plazas mencionadas en esta novela han tenido varios nombres a lo largo de su historia. Se han utilizado los que tenían en la época en la que transcurre la acción, siempre que se han podido comprobar.

ANTONIO SOLER (Málaga, 1956). Es autor de doce novelas. Entre ellas, *Los héroes de la frontera*, *Las bailarinas muertas*, que recibió el Premio Herralde en 1996 y el Premio Nacional de la Crítica en 1997, *El nombre que ahora digo*, galardonada con el Premio Primavera en 1999, *El sueño del caimán*, *Lausana* y *Una historia violenta*. Con *El camino de los ingleses* obtuvo el Premio Nadal en 2004. La novela fue llevada al cine con guión del propio Soler. Ha publicado asimismo un libro de relatos, *Extranjeros en la noche*. Sus novelas se han traducido a una docena de idiomas. Pertenece a la convulsa Orden de Caballeros del Finnegans.